

BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NO. 10.

Vol. 10.

NEURA

SERENUS

NO. 10.

Vol. 10.

NO. 10.

BT430

R3

1855

c.1

252(042)



1080045867



6446.91

CONFERENCIAS

SOBRE LA PASIÓN

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CONFERENCIAS

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

PREDICADAS

EN LA BASILICA DE S. PEDRO, EN ROMA,

POR EL M. R. P. VENTURA DE RAULICA,

ANTIGUO GENERAL DEL ORDEN DE LOS TRAPINOS,
CONSULTOR DE LA SACRADA CONGREGACION DE RITOS, EXAMINADOR DE LOS ORDENES
Y DEL CLERO ALEMANO.



CapPA RIS Sina

Biblioteca Universitaria

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS,

SUCESORES DE D. V. SAGÚ,

Calle de Salazar-Pérez, n.º 4

MÉXICO: J. M. ANDRADE, PORTAL DE AGUSTINOS, N.º 3.

1835.

38156
53589

BT430



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Cuando se estudian atentamente las herejías, se ve al momento que todas ellas no son en realidad otra cosa que la negación mas ó menos explícita de la divinidad ó de la humanidad santa de Jesucristo. Am aquellas mismas que respetan, al parecer, estos dos dogmas tan importantes, y que se limitan á negar algunos puntos de la doctrina del Salvador, algunos de sus sacramentos, ó la infalibilidad de su Iglesia, lo primero que hacen es dudar del poder divino de Jesucristo, y combatir su divinidad. Así el Hijo de Dios hecho hombre por la salvación del género humano, cuando espiraba en la cruz, fué objeto de los ultrajes de los dos criminales colocados á sus dos lados: *Et qui crucifigi erant cum eo, conviciabantur ei*; (Marc.) al presente, sentado á la diestra de su Padre y en posesión de su reino, sufre todavía las blasfemias de los herejes de dos escuelas opuestas: la una que niega que sea verdaderamente hombre, y la otra que niega que sea verdaderamente Dios.

Mas un Dios que no fuera verdaderamente hombre, que no tuviera realmente en sí todas las condiciones de la humanidad, no hubiera podido sufrir ni satisfacer por los hombres. De la misma manera, un hombre que no fuera verdaderamente Dios, no hubiera podido hacer que su satisfacción y sus sufrimientos fuesen dignos de la justicia de Dios; Dios solo no podía sufrir; el hombre solo no podía satisfacer. Jesucristo pues ha consumado la obra de la redención del mundo, solo porque es Hombre-Dios. Como Dios, ha comunicado á los sufrimientos del hombre un valor infinito; como hombre, ha sido la víctima humana que debía ofrecerse en sacrificio á la divinidad. Por consi-

guiente, si Jesucristo no se vistió de nuestra misma humanidad, todo lo que ha hecho por nuestra salvación nos es absolutamente extraño; y si no es realmente Dios, su sacrificio no tiene eficacia alguna para nosotros.

En este supuesto no hay ya redención, no hay gracia; no hay perdón ni salvación. En este supuesto tampoco hay religión, porque todo el edificio de la religión se funda en el dogma de la caída del hombre, y en el de la rehabilitación, que es la obra de un mediador: Dios y hombre al mismo tiempo. Si esta rehabilitación del hombre no es mas que una quimera, su caída no es mas que una fabula, y entonces será necesario rechazar, como otras tantas imposturas, la tradición primitiva, la narración inspirada de Moisés y la revelación cristiana, unánimes en proclamar esta misma verdad. En esta hipótesis no existe la revelación divina; la fe, la ley y el culto no son otra cosa que palabras vanas; el Cristianismo se desploma todo entero, supuesto que no existe ya religión alguna, no existe un orden espiritual y divino, no existen penas ni recompensas eternas; supuesto que el alma se reduce á la nada, y que aun Dios mismo deja de existir. De modo que, el que niega la divinidad ó la humanidad de Jesucristo, se ve arrastrado de error en error, hasta la destrucción de toda verdad, y acaba por precipitarse en la sima espantosa del ateísmo.

En efecto, ¿qué espectáculo es el que nos ofrece hoy el verdadero protestantismo? El rechaza, como un error, la Divinidad y la humanidad de Jesucristo; y este error capital, origen infernal de todas las herejías, lo vemos aparecer con otros errores simultáneos que él produce; y sobre los restos de todas las verdades, lo vemos ostentar su orgullosa apostasía con un exceso de audacia y de impudencia desconocidas á los siglos pasados. Porque el verdadero protestantismo se ha quitado hoy la máscara con que, en su nacimiento, pretendía ocultar su vergonzosa deformidad, y se ha presentado como el enemigo personal de Jesucristo. Los racionalistas puros niegan abiertamente su divinidad, y con ella sus milagros, su doctrina y su Iglesia. Los humanitarios llegan hasta negar su individual-

idad humana, su existencia histórica y real; Jesucristo, á su modo de ver, no es otra cosa que un ente alegórico, un mito fenomenal; no es otra cosa que la espresion temporal de la humanidad que, por su fuerza oculta y progresiva, hace salir de tiempo en tiempo de su seno nuevos rayos de inteligencia, y produce un nuevo foco de ideas, de principios y de acciones en las que estos principios se realizan. De todos estos fenómenos esparcidos en el mundo, componen los hombres un todo alegórico que personifican en un solo ser, y este ser ideal es Jesucristo.

En cuanto á Dios como Dios, escitados por su ciego orgullo en negar su potencia creadora, despues de haber rehusado reconocerle como Redentor, algunos llevan la blasfemia hasta sostener que *Dios es todo*, y que *todo es Dios*; ellos pretenden que los seres existentes no son otra cosa que modificaciones pasajeras ó aparentes del Ser infinito, de la razon divina; de este modo despojan al hombre absolutamente de su existencia. Otros, en su soberbio delirio, proclaman que *todo es la razon humana*, que el hombre es todo, y que todo es el hombre. Ellos sostienen que los demás seres no son otra cosa que modificaciones del espíritu humano, de la razon humana, y de este modo niegan absolutamente la existencia de Dios. Así pues, en la Suiza protestante, donde Servet y Gentil osaron combatir por primera vez, á los ojos mismos de Calvino, la divinidad de Jesucristo, la prensa ha publicado últimamente un periódico en el que la existencia de Dios se niega de la manera mas absoluta: « La idea de un Ser superior al hombre, se dice en él, es insufrible al hombre; es necesario pues destruirla por todos los medios posibles. » Es verdad que en Alemania la secta de los Luteranos devotos, los evangelistas de corazón y los pietistas procuran oponerse al desarrollo progresivo, al resultado lógico y necesario de los principios del luteranismo, y pretenden atenerse á las confesiones y á los símbolos del siglo XVI; pero, exceptuando estos, la inmensa mayoría de los protestantes instruidos, de los doctores y alumnos de las universidades (que pertenecen á la herejía,) profesan el racionalismo. Ya no hay para ellos barreras sagradas;

ellos niegan con una audaz licencia la divinidad ó la humanidad de Jesucristo, y por una consecuencia inevitable rechazan todo símbolo divino á que la inteligencia debe someterse, y toda ley divina á que el corazón debe obedecer; en una palabra, ellos no admiten ningún culto religioso, y profesan abiertamente el *panteísmo*, ó el puro *materalismo*. Este delirio de la razón humana es un misterio no menos incomprensible que todos los misterios de la sabiduría divina; y lo más sensible es que estas aberraciones del espíritu ofrecen una vergonzosa mezcla de absurdos y de incoherencias que aspiran á la destrucción de toda moralidad y de toda organización social.

Aun nos daríamos por dichosos si esos viles sectarios de Satanás, el primero y el más furioso enemigo de Jesucristo, ocultasen sus blasfemias en el fondo de sus corazones. Pero, ¡ay! sus escuelas, sus academias y sus templos resuenan diariamente con sus impías declamaciones; sus libros y sus periódicos están llenos de ellas; su pretendida teología, lo mismo que su filosofía, su literatura y su enseñanza política están corrompidas radicalmente. Con un ardor insaciable, y que sería incomprensible si no supiésemos que es obra del infierno, convengan todos sus esfuerzos para propagar estas doctrinas disolventes en los países mismos donde reina el Catolicismo; ellos se ligan para declarar á Dios, en la persona de su Cristo y de su Mesías, una guerra implacable y encarnizada; ellos trabajan con todas sus fuerzas para arrancar del corazón de los cristianos la fe en el Redentor, para despojar al hombre del precioso patrimonio de sus creencias, para privarle del pan de la palabra de Dios, y reducirle, como al hijo pródigo del Evangelio, á nutrirse con manjares impuros, y alimentarse con las vanas opiniones de los hombres. Todos esos protestantes se agitan en todos sentidos para precipitar á los pueblos en el abismo de la duda, de la incredulidad ó de la indiferencia, para destruir en la tierra el reinado de la verdad, y quitar á los desventurados humanos todo apovo, todo auxilio sobrenatural, y hasta los dulces consuelos de la esperanza.

Ved aquí porque el estado de la controversia religiosa

entre los verdaderos protestantes y nosotros los católicos, ha venido á ser en nuestros días lo que fué en los primeros siglos de la Iglesia entre los cristianos y los filósofos del paganismo. Ya no se trata hoy de defender tal ó cual dogma cristiano contra un error opuesto; se trata de sostener el edificio entero del Cristianismo, combatido fuertemente en su base por todas las fuerzas reunidas del filosofismo. Hoy se hace necesario defender la realidad de las dos naturalezas en Jesucristo, dogma fundamental sobre el que descansa toda la Religión cristiana, y contra el que los solistas de todos los países dirigen sus ataques con una combinación espantosa. La guerra que prosiguen con una increíble perseverancia se dirige nada menos que á la destrucción total de la religión, y esta es tal vez la última prueba que tenía que sufrir en la tierra la verdad de Dios antes de volverse á los cielos gloriosa y triunfante.

Pero el mejor medio de defender á Jesucristo es el de hacerle conocer: porque la verdad no necesita más que ser conocida, para ser creída, y para ser amada. Solo en el Evangelio es donde Jesucristo se encuentra representado tal como es en realidad. Este libro misterioso es como el reflejo divino de la angusta persona del Salvador; es el espejo que reproduce con la mayor pureza su imagen adorable; es el cuadro en que los rasgos majestuosos del Hombre-Dios están dibujados con los colores más vivos y más expresivos, y donde está retratado con la mayor fidelidad y la mayor perfección.

En primer lugar el Evangelio, al presentar el doble carácter de la sencillez y del sublime, es la expresión exacta de Jesucristo que reúne en sí la humanidad y la divinidad. Así como Jesucristo es el Verbo de Dios oculto en la humilde flaqueza de la carne, el Evangelio es la sabiduría de Dios oculta en la sencillez de la letra. Así como la unión de las dos naturalezas humana y divina en la persona del Verbo no pudo ejecutarse sino por la *virtud del Altísimo*, por la operación del Espíritu Santo, que descendió y rodeó con su sombra el seno virginal de María, del mismo modo la unión que ofrece el Evangelio de la sabiduría más sublime con una sencillez que toca casi en los límites del

estilo humilde, solo pudo ser obra del espíritu de Dios, que inspiraba á los evangelistas. Los hombres, abandonados á sus propias luces, no han conocido ni podrán conocer jamás el estilo del Evangelio, de ese libro que lleva en sí mismo las pruebas de su verdad, de su autenticidad y de su inspiración divina; y así como al leer la Eneida es imposible dejar de convenir que es obra de un gran poeta, es todavía mas imposible dejar de confesar, al leer el Evangelio, que el mismo Dios es el que ha dictado ese libro tan admirable.

Además, ¿con qué colores está representado en este libro divino aquel que forma el objeto de él? La verdad, la realidad de las dos naturalezas de Jesucristo resalta en cada una de sus acciones; ella se manifiesta con la mayor evidencia en todas las circunstancias de su encarnación, de su nacimiento, de su vida y de su muerte. A cada página, ó mas bien á cada versículo de la historia evangélica, aparece siempre Jesús, el hombre que lleva el peso de todas las enfermedades humanas y que sufre todas las miserias y todas las penas del hombre, y al mismo tiempo se ve en él el Dios que ejecuta todas las obras de un Dios, que revela en todos sus actos la sabiduría, el poder, la independencia, la majestad y la gloria de Dios. De modo que, sin otra demostración, la sola lectura del Evangelio hecha con reflexión basta para convencernos de que el héroe del Evangelio es un personaje extraordinario que no pertenece mas que á sí mismo, un personaje que no solo no ha tenido igual, sino que ningún otro puede compararsele, ni aun remotamente; en una palabra, un personaje verdaderamente hombre y al mismo tiempo verdaderamente Dios.

Oigamos sobre este particular á uno de los mas poderosos genios del siglo último, Juan Jacobo Rousseau. Nacido en el seno de la herejía, la intemperancia de su imaginación, el orgullo de su corazón, la inconstancia de su carácter, la misantropía de su genio y el cinismo de su vida le precipitaron en el abismo de la incredulidad. Por el prestigio de su elocuencia y por los sofismas de su raciocinio, dividió con Voltaire el otero de la literatura, y tuvo como él la funesta gloria de sembrar todos los errores, de zaherir todas las verdades, de legitimar todos los vicios,

de desacreditar todas las virtudes y de debilitar ó destruir la religion en el corazón de los pueblos. Pues bien, este hombre, tan tristemente célebre en los anales de la impiedad, no pudo, á pesar de su escepticismo y sus preocupaciones irreligiosas, sustraerse á la luz brillante que brota de cada página del Evangelio. Así pues, en uno de aquellos intervalos lucidos en que acostumbraba tributar homenaje á las mismas virtudes, á las mismas verdades que combatía incesantemente con una horrible sangre fría, Juan Jacobo Rousseau dejó caer de su pluma y escapar de su corazón, en favor del Evangelio y de Jesucristo que es su héroe, este magnífico testimonio, esta elocuente apología, generalmente conocida, pero que no estará demás reproducir.

«Yo os lo confieso, dice, la majestad de la Escritura me admira, la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa; ¿cuán pequeños son al lado de este! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á la vez sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia forma no sea mas que un hombre? ¿Es ese el estilo de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¿Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres, qué gracia en sus instrucciones; qué elevación en sus máximas, qué sabiduría tan profunda en sus discursos, qué presencia de ánimo, qué delicadeza y qué precisión en sus respuestas, y qué imperio sobre las pasiones! ¿Dónde está el hombre, donde está el sabio que sepa obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentación? Cuando Platon pinta á su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todas las recompensas de la virtud, pinta exactamente á Jesucristo, y la semejanza es tan grande que todos los Padres la han conocido, y no es posible dejar de conocerla.

«¿Cuanta preocupación, cuánta ceguedad no es necesario tener, para atreverse á comparar el hijo de Sofronisco al Hijo de María! ¿Cuanta distancia hay del uno al otro! Sócrates, muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene fácilmente su papel hasta el fin, y si está muerto fácil no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates, con todo su espíritu, fué otra cosa que un sofista. El inventó, segun

se dice, la moral; pero otros ántes que él la habian ya puesto en práctica; él no hizo mas que decir lo que ellos habian hecho, él no hizo mas que enseñar sus ejemplos. Aristides habia sido, justo ántes que Sócrates dijese lo que era la justicia. Leónidas habia muerto por su país ántes que Sócrates hubiera formado un deber del amor á la patria. Esparta era sobria ántes que Sócrates hubiera elogiado la sobriedad; ántes que hubiera alabado la virtud, la Grecia abundaba en hombres virtuosos. Pero, ¿de dónde habia tomado Jesús entre los suyos esa moral elevada y pura, cuyas lecciones y cuyos ejemplos no ha dado nadie mas que él? Del seno del mas furioso fanatismo salió la mas alta sabiduría, y la sencillez de las virtudes mas heroicas honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que se puede desear; la de Jesús, espirando en los tormentos, injuriado, escarnecido y maldiceído de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa emponzoñada, bendice al que se la presenta lloroso. Jesús, en medio de un horroroso suplicio, pide por sus verdugos encarnizados. Si, si la vida y la muerte de Sócrates son propias de un sábio, la vida y la muerte de Jesús son propias de un Dios.

«Y deberémos decir que la historia del Evangelio es inventada por capricho? Amigo mio, no es así como se inventa, y las acciones de Sócrates, de que nadie duda, son menos auténticas que las de Jesucristo. En realidad, esto es huir de la dificultad sin resolverla. Seria todavía mas incomprensible suponer que muchos hombres se pusieron de acuerdo para componer este libro, (el Evangelio) que admitir que uno solo haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran encontrado jamás un hombre semejante ni una moral parecida; y el Evangelio tiene unos caracteres tan grandes, tan maravillosos y tan inimitables, que el inventor de ese libro seria un personaje todavía mas grande que su héroe.» (*Emile, tomo III, libro IV.*)

Así pues, á los ojos de Rousseau, como á los de cualquiera otra persona imparcial que lea el Evangelio con

atención, dos cosas son evidentes, dos verdades se demuestran: la primera que los hechos que en él se refieren, la moral que en él se contiene, y su estilo mismo, revelan una superioridad tan evidente, y se separan tanto del modo de pensar y de escribir de los hombres, que no es posible admitir que este código notable sea una invención humana. De donde se sigue, que todo cuanto en él se refiere ha sucedido realmente del mismo modo que se dice; que su narración es sincera, verdadera y auténtica, y que de su sencillez misma nace la prueba mas incontestable de su verdad. La segunda es que el personaje, que forma el objeto de esta historia extraordinaria, se muestra en ella infinitamente superior al hombre. En una palabra, el Evangelio prueba de una manera invencible que Jesucristo vivió verdaderamente, que habló, que obró, que murió como este libro lo atestigua, y que el personaje que así vivió, habló, obró y sufrió ese género de muerte, es á un tiempo mismo verdadero hombre y verdadero Dios. Por lo demás, el Evangelio es por sí solo una demostración rigorosa, imponente é irrefragable de la humanidad y de la divinidad de Jesucristo.

Pero la parte del Evangelio que habla al espíritu y al corazón con mas elocuencia, es la que nos presenta la narración de los sufrimientos y de la muerte de nuestro Redentor. ¡Qué magnificencia en sus cuadros! El hijo del hombre, tímido ante la imagen de su pasión, se muestra al mismo tiempo cierto de su triunfo. Él habla en su oración el lenguaje de los mas pequeños de entre los justos, y abre á los mas fuertes el sendero de la virtud mas sublime. Él se horroriza de la muerte, y la acepta con ardor. Él cae á tierra bajo el peso de su tristeza y de su dolor, como el mas débil de todos los hombres, y al mismo tiempo derriba á sus pies con una sola palabra un cuerpo de soldados, una turba de viles emisarios que intentan apoderarse de él, y con una señal, en que se manifiesta todo el poder de Dios, cura la oreja de Malco desprendida por la espada. Él es amarrado como un vil esclavo, y sin embargo manda como señor á sus enemigos; y de este modo asegura la libertad á sus discípulos. Él es presentado ante

los tribunales como un criminal sin defensa, y en ellos obra y habla como juez inaccesible al temor. El guarda un silencio que parece ser la confesion de su criminalidad, y hace triunfar al mismo tiempo su inocencia. El es condenado como culpable, y obliga a sus mismos jueces á darle públicamente el título de justo. Víctima de las pasiones de los hombres, confunde todos sus proyectos haciéndolos servir á sus propios designios. El sufre los tormentos mas crueles, las ignominias mas atroces, y llena de consternacion á sus propios verdugos; él penetra sus pensamientos mas ocultos, él suspende ó dirige á su arbitrio sus manos crueles. El se somete como un esclavo á una vergonzosa flagelacion, y hace proclamar solemnemente su soberania. El sufre la sentencia de Pilatos, y llena de consternacion á este juez infame. El consiente en ser clavado en una cruz, y hace fijar en el infame patíbulo sus verdaderos títulos de Mesías y de Salvador del mundo. Profundamente humillado bajo la inexorable justicia de su Padre, se hace el dispensador de su misericordia. Dios le castiga como á un culpable ante sus ojos, y Jesus le habla con toda la seguridad que da la santidad, con toda la confianza que puede inspirar el corazón de un hijo. El se hace obediente hasta la muerte, y conserva íntegra su soberania y su independencia. El se entrega como una víctima en las manos de los que la inmolan, y ora en calidad de pontífice, intercediendo como mediador. Al mismo tiempo que se queja de su abandono, promete el Paraíso al ladrón arrepentido. Él muere al parecer en virtud de la sentencia pronunciada contra él, y no muere sino por su propia voluntad, porque el mismo ha preparado la hora y el momento. Así pues, sujeto á la muerte, se muestra sin embargo el dueño y el arbitro de su vida; parece un insignie criminal que expia sus delitos en los horrores del suplicio, y sin embargo se reconoce en él el pontífice que consume su sacrificio. En esa oracion inefable, en que solicita los primeros frutos de su sangre para los mismos que la vierten, hace ver que no le quitan la vida, sino que él la da voluntariamente por un esfuerzo de su amor. La muerte le hiere en un océano de oprobios y de tormentos, lejos de

todo consuelo y de todo socorro; mas, ¡o prodigio! el conmueve el cielo, hace temblar la tierra, oscurece el sol, desgarrá el velo del templo, hiende las rocas, obliga al pueblo á darse golpes de pecho, y cubre á sus verdugos de confusion. Todos finalmente reconocen, lanzando gritos de consternacion y vertiendo lágrimas de arrepentimiento, que Jesus es verdaderamente el Hijo de Dios. De modo que la pasion de Jesucristo, que es la página mas humillante de su historia, es tambien la mas magnífica y la mas gloriosa. Jesus se muestra en ella débil y poderoso á un tiempo mismo; él es mirado como insensato y admirado como sabio; él se deja ver paciente y terrible, humillado y sublime, preso y libre, esclavo y señor, acusado y juez, súbdito y soberano; él recorre toda la escala de los sufrimientos y del dolor, de la ignominia y del menosprecio, él desciende hasta el grado mas infimo á que puede llegar el hombre, y al mismo tiempo se ve rodeado de las pruebas mas brillantes que pueden imaginarse de la sabiduría, del poder, de la libertad y de la gloria de Dios.

Todas estas circunstancias tan contradictorias y tan opuestas, relativas á un mismo personaje y referidas por cuatro escritores diferentes, no pueden ser obra de su invencion. Unos hechos tan extraordinarios, tan nuevos y tan superiores al poder humano, no pueden ser inventados por el espíritu humano. El hombre no hubiera podido jamas concebir la idea de representar al mismo individuo bajo un aspecto tan vario, con colores tan diversos y con rasgos humanamente imposibles de encontrar, de conciliar ni de comprender.

Por consiguiente, la historia de la pasion de Nuestro Señor es la expresion sincera y fiel de unos hechos sucedidos realmente. Jesucristo padeció, y murió como los evangelistas lo atestiguan. Mas, las circunstancias que refieren los escritores sagrados respecto á la pasion y á la muerte de su divino Maestro, demuestran, mucho mas que su vida entera, que él es verdadero Dios y verdadero Hombre. Así pues, en nuestros dias en que los misioneros del infierno se esfuerzan en destruir entre los cristianos la creencia en los dogmas de la humanidad y de la divinidad

de Jesucristo, es mas conveniente que nunca, es un deber rigoroso publicar en alta voz y explicar por escrito los misterios, las obras, la doctrina y la vida del Salvador, tales como se encuentran en el Evangelio. Es importante sobre todo referir el grande y sublime misterio de su pasión y de su muerte, en la que apareció como el mas débil y el último de los hombres; y en la que probó su divinidad de una manera tan brillante.

La pasión de Jesucristo nos manifiesta tambien evidentemente el poder de Dios, que obra un cambio universal y triunfa de todo por un medio tan nuevo y tan vil en apariencia. Ella atestigua su liberalidad, supuesto que ha dado su propio hijo al mundo; ella atestigua su misericordia, supuesto que entrega á la muerte este hijo querido para comunicar la vida á sus enemigos; ella es la prenda de su justicia, que no perdona ni aun á este hijo inocente desde el momento que lo ve cubierto con los despojos del pecado; ella es un homenaje tributado á su sabiduría, que hace servir los oprobios y los padecimientos del Redentor para inspirar al hombre una idea mas alta de Dios, para hacerle adorar, servir y amar de una manera mas digna. Finalmente, este grande y profundo misterio nos demuestra, mas que otro alguno, el valor y la inmortalidad del alma, supuesto que Dios hizo tanto para rescatarla; el horror y la maldicia del pecado, supuesto que para alcanzar el perdón fué necesario que un Dios padeciese y se entregase á la muerte. El supone igualmente la eternidad de las penas, supuesto que un misterio tan grande no se hubiera obrado seguramente para librar al hombre de penas temporales y pasajeras.

Por esta razon protestaba S. Pablo altamente que no queria mas ateneo que Jerusalem, ni mas escuela que el Calvario, ni mas cátedra que la cruz, ni mas maestro que Jesucristo crucificado, ni mas libro que su costado abierto ni mas ciencia ni mas filosofía que la que se enseña en la historia de la Pasión y muerte de Jesucristo: *Nilil arbitratum sum me scire inter vos nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* (1. Cor. 2).

Estas mismas ideas nos ocupaban cuando en el mes de Agosto de mil ochocientos cuarenta sorprendió la muerte

al sacerdote encargado en predicar la cuaresma del año siguiente en la célebre Basilica de S. Pedro, en el Vaticano. Entonces fuimos invitados á reemplazarle en tan honorífica mision. Ejercitados en el ministerio de la palabra santa desde el principio de nuestra carrera eclesiástica, no nos habiamos sin embargo inclinado á este género de predicacion, cuyo uso se ha introducido en Italia en la época de la cuaresma, y por esta razon no habiamos tratado jamás de componer un curso de sermones tal, como pudiera desearse, para la santa cuaresma, principalmente como podia exigirlos el auditorio de S. Pedro. Además, poco habituados á este ejercicio cotidiano, dudabamos con razon si nuestras fuerzas físicas serian bastantes para un trabajo tan penoso. Aceptar semejante mision á una edad ya madura era á nuestros ojos una temeridad y una imprudencia. Nosotros hicimos presentes estas razones para no admitir el honor que se nos ofrecia. Mas como se nos concedió la libertad de tomar el reposo que juzgásemos necesario, y del que no tuvimos necesidad con la ayuda de Dios; como se nos hizo á un mismo tiempo árbitros del tiempo que habia de durar cada sermón, se acallaron nuestros escrúpulos, y debimos resignarnos á aceptar una invitacion tanto mas honrosa, cuanto mas alta era su procedencia. Entonces fué cuando nos dedicamos á realizar el plan que habiamos concebido de un curso de sermones sobre la pasión del Señor, y conseguimos, segun nos lo permitió el poco tiempo que se nos concedia para un trabajo tan extenso y tan importante, componer treinta y dos Conferencias (*Homilias*) sobre esta grande obra del poder, de la sabiduría, y del amor de Dios por la salvacion del hombre.

La pasión que se lee en la misa del domingo de Ramos comienza por la conjuracion de los principes de los sacerdotes contra el Salvador, á quien decidieron entonces hacer morir; la del martes santo principia en la comida que Jesus tuvo en Betania en casa de Simón el leproso, donde la Magdalena escitó las murmuraciones de Judas al derramar los perfumes á los pies del Salvador; y la del miércoles santo en la traicion de este indigno discípulo, y en la última cena en que fué instituido el Sacramento de la Eu-

carista. Nosotros hemos creído deber seguir la pasión según S. Juan, que se reza el viernes santo; y hemos comenzado nuestras homilias en el momento en que *Jesus se dirige al huerto de las Olivas*; ya porque aquel es propiamente el primer acto de este drama sangriento, ya tambien porque nos hemos ocupado antes, ó porque tendremos ocasion de ocuparnos en otro lugar de las circunstancias que precedieron á aquel momento, como por ejemplo la *Institucion de la Eucaristia*; y finalmente, porque si hubieramos tomado nuestra narracion de muy atrás, nos hubiera sido difícil reducirla á las proporciones de una cuaresma.

El lector encontrará en estas homilias la historia completa de la pasión de nuestro Salvador, desde que pasó el torrente Cedron hasta su muerte, sin que falte en ellas circunstancia alguna de las que se encuentran esparcidas en los cuatro evangelistas; circunstancias que hemos procurado reunir de tal modo que no resulte de ellas, por decirlo así, más que una sola narracion.

Nosotros hemos evitado las discusiones que podrian suscitarse en ciertos pasajes en que los evangelistas parece que no están de acuerdo entre sí, y hemos tratado de conciliar esas contradicciones aparentes dándoles, según la autoridad de los Padres ó de los intérpretes, la explicacion que nos ha parecido mas plausible, y mas conforme á las circunstancias ó al encauamamiento de los hechos, y sobre todo mas edificante y mas propia para enseñar la piedad de los fieles.

El lector encontrará tambien en estas homilias, además del sentido literal, la interpretacion alegórica de esta sublime historia, es decir, descubrirá los misterios mas grandes y mas importantes del Cristianismo que el Dios de amor infinito se dignó cumplir en el corto periodo de la pasión de Jesucristo, y que ocultó bajo las circunstancias mas sencillas y mas insignificantes en apariencia. Hemos procurado especialmente hacer resaltar las misiones sublimes de que se encargó el Redentor, las funciones que ejerció, y los deberes que cumplió en aquel último y misterioso periodo de su vida; hemos manifestado cómo hizo servir á

sus designios la voluntad rebelde, el odio feroz y la notoria injusticia de sus enemigos; cómo hizo servir á sus designios sus injustas pasiones; cómo hizo de ellos otros tantos instrumentos ciegos de su voluntad suprema, otros tantos ministros de su sacerdocio y su sacrificio; cómo ordenó todos los acontecimientos por medio de una relacion íntima y secreta, y los hizo contribuir con una economía admirable á la belleza, y á la perfeccion de un todo; de modo que resultase evidentemente la prueba mas clara y mas incontestable de su poder infinito y de su sabiduría; en una palabra, de su divinidad. Se ha tratado con mucha frecuencia el asunto de la pasión del Salvador de una manera puramente humana. Ese método, empleado sin duda para despertar en los corazones de los lectores ó del auditorio sentimientos de una estéril compasion por Jesus, debe infaliblemente debilitar la grandeza del asunto á los ojos del espíritu; el oscurece y eclipsa la accion lo mismo que la persona divina que la ejecuta; él no permite que la pasión de nuestro Señor sea reconocida por lo que es en sí, es decir el gran misterio de sus profundas humillaciones y de sus tormentos inauditos, y la prueba mas brillante al mismo tiempo de su magnificencia, de su grandeza y de su gloria. Por lo mismo, bajo este último punto de vista es necesario presentar á los fieles el cumplimiento de los misterios del Dios que rescató al género humano, si se quiere afirmarlos mas y mas en la fe de este divino Redentor, que en este siglo de incredulidad es el blanco de los ataques mas insidiosos y mas violentos.

Para hacer comprender mejor la economía de la sabiduría de Dios en los padecimientos y en los oprobios con que permitió que su hijo adorable fuese abrumado, hemos procurado presentar, cuando lo hemos creído necesario, los hechos y las profecias del antiguo Testamento en que se describieron con anticipacion los dolores del Hombre-Dios con todos sus padecimientos y todas sus circunstancias. Este estudio deberá bastar para convencer á los mas incrédulos que el mismo Dios fué el que, en su sabiduría y por el exceso de su amor, permitió y dispuso con una admirable providencia absoluta aquella horrible serie de crímenes, de in-

justicias y de infamias de parte de los hombres; para hacerles tocar como con la mano que todas las ignominias y todos los tormentos de Jesucristo, lejos de degradarle, no hacen otra cosa que aumentar el esplendor de su grandeza y de su divinidad.

Finalmente, el lector encontrará en estas homilias, con mas ó menos desarrollo, las lecciones mas importantes de la moral cristiana. Como ellas resultan naturalmente de la reunion de hechos y de misterios que explicamos, adquieren por lo mismo una fuerza particular que las imprime mas profundamente en el espíritu y en el corazón, y nos hace sentir la necesidad de ponerlas en práctica. ¿Y qué lecciones mas persuasivas ni mas eficaces que las que da, con sus acciones mas que con sus palabras, un Dios Salvador que se inmola por nosotros? ¡Oh! cómo Jesucristo, reducido á la desnudez de los esclavos, nos predica el desprendimiento de los bienes terrenos! ¡Cómo Jesucristo, con la cabeza ceñida con una corona de espinas, nos inspira la santidad de los pensamientos! ¡Cómo Jesucristo, ensangrentado con una cruel flagelación, nos enseña á mortificar nuestra carne! ¡Cómo nos enseña la humildad con los oprobios de que se ve cubierto; la paciencia, con su religiosa resignación en los tormentos, el perdón de las ofensas con la suplica inefable que dirige á su Padre en favor de sus verdugos! ¡Cómo nos manda la templanza, aceptando sin murmurar la hiel y vinagre que le ofrecen! ¡Cómo nos enseña á amar la obediencia, al dejarse crucificar para satisfacer á la justicia de su Padre! ¡Cómo finalmente nos inspira la caridad con nuestro prójimo, muriendo por nuestra salvación!

Nosotros hemos procurado particularmente, cuantas veces se ha presentado la ocasión, hacer ver las proporciones inmensas de la caridad de Jesús para con el hombre, á fin de inspirar al hombre el amor á Jesús; porque no hay cosa alguna mas eficaz para obrar la conversión del hombre, que excitarle al amor de Dios.

En resumen, nuestra intención, al componer estas homilias, ha sido la de dar al público cristiano, en cuanto nuestras fuerzas lo han permitido, un amplio comentario

literal, místico y moral de la pasión y muerte de Nuestro Señor. También hemos procurado explicar en ellas la Teología del misterio de la Encarnación del Verbo y de la Redención del mundo, y unir á ella la demostración y la confirmación de los principales dogmas católicos, el elogio de todas las virtudes cristianas, la censura de todos los vicios, y finalmente la manifestación de la verdad, de la santidad, de la grandeza y de la gloria de toda la Religión. Y en efecto, la historia de la Pasión se presta á este plan de una manera admirable; ella encierra en sí todas estas cosas, y esta es la razón porque la hemos titulado: *El tesoro escondido*.

Pero, abandonados á nuestros propios conocimientos, no hubiéramos podido descubrir las riquezas inmensas que la sabiduría de Dios ocultó en el misterio de las humillaciones y de los padecimientos de su Divino Hijo. Los Padres de la Iglesia, á quienes Dios concedió la gracia especial de penetrar en la profundidad de los misterios de la Sagrada Escritura, han sido nuestros guías. Por mejor decir nos hemos apropiado sus pensamientos; hemos espuesto sus propias reflexiones, y su doctrina es la que constituye el fondo de la nuestra.

También nos hemos valido de la obra de M. Duguet, que consagró veinte volúmenes á la explicación del misterio de la Pasión. Mas no hemos tomado cosa alguna de él con respecto á la parte histórica, que hemos extraído de los diversos textos de los evangelistas reunidos, y que hemos traducido según el espíritu, mas bien que según la letra, para hacer conocer mejor la importancia y el encadenamiento de la narración. Respecto á la parte moral, hemos tomado nuestras lecciones de la Sagrada Escritura, de los Padres de la Iglesia y del conocimiento que el ejercicio del ministerio, por espacio de veinte y dos años, nos ha hecho adquirir de los vicios del siglo, de las miserias del corazón humano y de los medios de remediárlas.

Lo que nos ha costado bastante trabajo, ha sido reunir en cada homilia, bajo un solo punto de vista, las diversas circunstancias del pasaje histórico que explicamos en ella, y referirlas todas á un solo título y á un solo texto de la

Escritura. Nosotros hemos adoptado este sistema para dar á cada homilia la unidad, de que se cuida muy poco generalmente, y que sin embargo añade tanto valor y tanto interés á los discursos del pulpito. Sin esto, nuestras explicaciones hubieran parecido un simple comentario, una simple interpretación de la Escritura Sagrada, y no hubieran reunido las condiciones esenciales de la homilia.

En cuanto al estilo, hemos procurado que sea sencillo, fácil, claro, sin pretension y sin presuncion; nosotros hemos confiado mucho mas en la gravedad y la importancia de las materias que en el artificio estudiado, la eleccion afectada y la combinacion de las palabras.

Debemos prevenir á nuestros lectores que, respecto á las citas de la Escritura, no hemos indicado el capítulo de los textos cuando este pertenece á la pasion de Jesucristo; sino que hemos citado solamente el Evangelista, por la facilidad con que cada uno puede encontrarlo. En cuanto á los demás textos tomados de la Escritura, hemos indicado generalmente el capítulo.

Solo nos resta suplicar á los fieles cristianos, que lean estas homilias, que no busquen en ellas un vano alimento á su curiosidad, sino mas bien un alimento sólido á su piedad, y que las mediten con reflexion en vez de leerlas con una rapidez sin fruto; ¡tan grande es la importancia del asunto que tratamos en ellas!

Pero, para sacar mas fruto de estas lecturas ó consideraciones, es necesario tener siempre presente dos cosas. La primera, que la pasion de Nuestro Señor no es solo un hecho que se cumplió diez y ocho siglos há, sino un hecho siempre presente, y que todos los cristianos, dice S. Leon, deben mirar como tal: *Ut nos non tam præteritam quam presentem videamus inspicere*. (Serm. VII, de Nativ.) En efecto, el Apostol nos advierte que Jesucristo es el único ser que abraza todos los siglos y todos los tiempos, lo pasado, lo presente y lo futuro: *Christus heri, et hodie, ipse et in sæcula*. (Hebr. 13.) Y en este supuesto sus obras y sus misterios son siempre nuevos, como si se verificasen diariamente á nuestra vista. Porque, como dice S. Bernardo, lo que renueva continuamente nuestros

espíritus y nuestros corazones, con su fuerza divina, es siempre nuevo, y lo que derrama constantemente torrentes de luz y de gracia sobre nuestras almas, á fin de hacerlas fructificar para la vida eterna, no pasa ni se envejece jamás: *Semper est novum quod semper innovat mentes; nec unquam vetus quod fructificare non cessat*. (Serm. IV, in Vigil. Nativ.) En estas condiciones se encuentra precisamente la pasion y la muerte del Redentor, supuesto que su memoria vive siempre en el augusto sacrificio de la misa, y que es siempre eficaz en los sacramentos que toman toda su virtud de la sangre preciosa de Jesucristo. Así pues, Sto. Tomás nos enseña que podemos aplicarnos continuamente, por la fe, los frutos de la pasion del Salvador, y sacar de ella las gracias mas abundantes, no solo por las luces que derrama en nuestra inteligencia, sino por los castos y tiernos sentimientos que escita en nuestro corazon: *Per fidem applicatur nobis passio Christi ad percipiendum fructum, non solum quantum ad intellectum, sed etiam quantum ad affectum*. (3. p. q. 49. a. 11.)

La segunda cosa que es necesario no olvidar en la meditacion de la pasion de Jesucristo, es que el Señor, como observa Sto. Tomás, al mismo tiempo que ha padecido por todos los hombres, ha tenido presentes á cada uno de nosotros en particular. Nos ha aplicado á cada uno todo el fruto de su sangre, con tanta abundancia y de una manera tan perfecta, como si no hubiera sufrido ni hubiera muerto mas que por cada uno en particular; de la misma manera que si cada hombre recibiese solo los frutos de sus sufrimientos y de su muerte y todos los demás permaneciesen estraños á ellos: *Quid interest si Christus aliis præstitit eum, quæ tibi sunt præstita, ita integra sunt atque perfecta; quasi nulli alii ex his aliquid fuerit præstitum?* (3. p. q. 1. a. 3.) Ved aquí porque, continúa Sto. Tomás, debemos mirar los padecimientos y la muerte de Jesucristo como si el Hombre-Dios los hubiera sufrido por cada uno de nosotros exclusivamente, á causa de la caridad con que nos ha comprendido á todos, y que le ha hecho sufrir los tormentos y la muerte por cada uno en

particular; cada uno pues debe atribuirse los a sí mismo, y manifestar por ello su amor y su reconocimiento al Dios reparador: *Et ideo propter unionem charitatis eorum, quod omnibus est impensum, unusquisque debet sibi adscribere.* (3. p. q. 1. a. 3.) Así es como obraba el apóstol S. Pablo. Él se representaba continuamente á Jesucristo dando su vida por él en particular; y exclamaba: Yo vivo de la fe y en la fe del Hijo de Dios: yo no pienso que él sufrió y murió por los demás. Yo pienso y considero que este Dios Salvador me amó á mí mismo, y que se entregó á la muerte por mí: *In fide vivo filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* (Galat. 2.)

Dichoso el cristiano que considera frecuentemente bajo este punto de vista la pasión de Jesucristo. Esta piadosa meditación, dice S. Buenaventura, le librará de todo. Le atraerá toda clase de bienes, y le proporcionará las riquezas de la gracia de Dios en esta vida, y la prenda inmortal de su gloria en la otra: *Devota meditatio passionis Jesu á malis te servabit, bona singula tibi dabit, in presenti Dei gratia te ditabit, in futuro sua gloria te dotabit.* (Stimul. Divin. Amor. p. 1. c. 4.)

CONFERENCIAS

SODRE

LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

CONFERENCIA PRIMERA.

Jesús se dirige al huerto de las Olivas.

Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.

Deinde colit in thesauro, ubi cor habuit in carnis.

(Matth. 6. 21.)

Cual es, señores, en el orden de la salvacion, ese tesoro de que habla el evangelio de hoy, tesoro tan precioso, que si llega á fijar nuestros pensamientos, cautiva al instante mismo todas nuestras afecciones? *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* Es, según S. Pablo, el misterio de los sufrimientos y de los oprobios de Jesucristo, Hijo de Dios y Redentor del mundo; el misterio sublime y profundo en el que ha encerrado Dios todas las riquezas de su sabiduría, de su poder y de su bondad, y que revelando á Moisés muchos siglos antes que se cumpliese, inspiró al santo legislador, como nos lo asegura el Apóstol, el deseo de participar de él, y la resolución de sacrificar á él todos los tesoros de Egipto: *Fide Moyses... majores divitias aestimans thesauro Egyptiarum inproperium Christi.*

En efecto, este misterio, que escandaliza á los Judíos obstinados y subleva el orgullo de los Gentiles, es sin embargo el que ha renovado la faz del universo, el que ha satisfecho á la justicia de Dios, el que ha conquistado la salvacion del hombre, el que ha abierto el

V. DE R. III.

particular; cada uno pues debe atribuirse los a sí mismo, y manifestar por ello su amor y su reconocimiento al Dios reparador: *Et ideo propter unionem charitatis eorum, quod omnibus est impensum, unusquisque debet sibi adscribere.* (3. p. q. 1. a. 3.) Así es como obraba el apóstol S. Pablo. Él se representaba continuamente á Jesucristo dando su vida por él en particular; y exclamaba: Yo vivo de la fe y en la fe del Hijo de Dios: yo no pienso que él sufrió y murió por los demás. Yo pienso y considero que este Dios Salvador me amó á mí mismo, y que se entregó á la muerte por mí: *In fide vivo filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* (Galat. 2.)

Dichoso el cristiano que considera frecuentemente bajo este punto de vista la pasión de Jesucristo. Esta piadosa meditación, dice S. Buenaventura, le librará de todo. Le atraerá toda clase de bienes, y le proporcionará las riquezas de la gracia de Dios en esta vida, y la prenda inmortal de su gloria en la otra: *Devota meditatio passionis Jesu á malis te servabit, bona singula tibi dabit, in presenti Dei gratia te ditabit, in futuro sua gloria te dotabit.* (Stimul. Divin. Amor. p. 1. c. 4.)

CONFERENCIAS

SODRE

LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

CONFERENCIA PRIMERA.

Jesús se dirige al huerto de las Olivas.

Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.

Deinde colit in thesauro, ubi cor habuit in carnis.

(Matth. 6. 21.)

Cual es, señores, en el orden de la salvacion, ese tesoro de que habla el evangelio de hoy, tesoro tan precioso, que si llega á fijar nuestros pensamientos, cautiva al instante mismo todas nuestras afecciones? *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* Es, según S. Pablo, el misterio de los sufrimientos y de los oprobios de Jesucristo, Hijo de Dios y Redentor del mundo; el misterio sublime y profundo en el que ha encerrado Dios todas las riquezas de su sabiduría, de su poder y de su bondad, y que revelando á Moisés muchos siglos antes que se cumpliese, inspiró al santo legislador, como nos lo asegura el Apóstol, el deseo de participar de él, y la resolución de sacrificar á él todos los tesoros de Egipto: *Fide Moyses... majores divitias aestimans thesauro Egyptiorum improprium Christi.*

En efecto, este misterio, que escandaliza á los Judíos obstinados y subleva el orgullo de los Gentiles, es sin embargo el que ha renovado la faz del universo, el que ha satisfecho á la justicia de Dios, el que ha conquistado la salvacion del hombre, el que ha abierto el

V. DE R. III.

cielo, santificando la tierra y desarmado al infierno. Este misterio es el que ha producido una religión más santa, un culto más espiritual y una virtud más pura, porque es más interior; de él han procedido unos sacramentos más eficaces, unas gracias más abundantes, unas ceremonias más sublimes y unas leyes más perfectas; él es quien ha sustituido a la antigua alianza, fundada en un temor servil, la eterna alianza de los hombres como hijos de Dios; este misterio es la manifestación brillante de todas las verdades, y la censura de todos los errores; todos los vicios encuentran en él su condenación, todas las virtudes su principio y todos los méritos su recompensa; él es, en una palabra, el fundamento de la fe, el sosten de la esperanza y el motivo más poderoso del amor de Dios.

¡Recibe pues, o preciosa Pasión de mi Salvador, el tributo de mis alabanzas y de mi reconocimiento! Yo te adoro y te bendigo, porque de ti procede la instrucción de los ignorantes, la ciencia de los doctores, la eficacia de la predicación y la intrepidez de los mártires. Tú reanimas á los que sucumben á la fatiga, tú fortificas á los débiles, tú purificas á los que están manchados, tú enriqueces á los pobres; tú vuelves la libertad á los cautivos, la salud á los enfermos y la vida á los muertos; tú eres una poderosa armadura para los hombres asaltados por la tentación; tú formas el consuelo de los afligidos y la esperanza de aquellos que no esperan ya; en ti es en quien encuentran los pecadores el perdón, las almas cobardes la fortaleza y las tibias el fervor; por ti consiguen los santos la perfección, los justos la perseverancia y los elegidos su corona; y esta es la razón porque, principiando por San Pablo, tú has sido siempre, y eres aun las delicias y la gloria de las almas verdaderamente cristianas y de los corazones consagrados á Jesucristo.

Así, pues, la pasión del Salvador debe ser el primer estudio, el estudio continuo de todo cristiano. Y es muy justo, dice S. Buenaventura, que nosotros no dejemos de meditar en los padecimientos que nuestro Salvador no tuvo dificultad en sufrir por nosotros (1). Con tanta más razón cuanto que entre todas las obras de Dios, dice S. Leon, no hay ninguna que consuele tanto como la pasión de nuestro Salvador el corazón fiel que hace de ella el objeto de sus meditaciones (2).

(1) Non debet nos tacere cogitare, quod ipsum Dominum non tedit tolerare. (Mol. Fé. Christ. v. 74).

(2) Quid alicui, inter opera Dei, contemplationem mentis nostrae oblectat sicut Passio Salvatoris? (Serm. II. de Pass.)

Mas, si debemos meditar en todo tiempo sobre las ignominias y sufrimientos de Jesucristo, con mucha más razón, observa el mismo Santo, conviene entregarnos á esta meditación en los días en que vamos á entrar; en este tiempo para el que los apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, establecieron en la Iglesia el ayuno solemne (1), á fin de que podamos unirnos en espíritu á la cruz de Jesucristo, en tanto que crucifiamos nuestra carne por la penitencia y que nos ocupamos en participar de sus dolores, en la época que nos renueva la memoria de todo cuanto sufrió por nosotros (2).

Veid aquí porque, señores, encargado yo de la honrosa misión de anunciaros desde esta cátedra la palabra divina en esta catedral, no trataré de otra materia que de aquella que formaba el principal asunto de la predicación de S. Pablo, es decir, de la pasión y muerte de Jesucristo crucificado. Para esto no haré otra cosa que desenvolver sucesivamente la historia de la pasión del Salvador, presentándola con su sencillez tan profundamente admirable, y tal como resulta del relato de los cuatro evangelistas.

Nosotros consideraremos hoy á Jesus dirigiéndose al huerto de las Olivas, y veremos lo que significa el cántico que el Salvador dijo, *et huiusmodi dicto*, y su salida de Jerusalén, *egressus est Jesus*, y el torrente Cedron que atravesó, *trans torrentem Cedron*, y el monte de las Olivas adonde se dirigió, *in montem Olivarum*, y finalmente el lugar llamado Getsemani y el huerto donde se detuvo con sus discípulos: *In villam, quae dicitur Gethsemani, ubi erat hortus: in quem introiit ipse et discipuli ejus*. (De este modo descubriremos un rico tesoro de misterios, de instrucciones y de ejemplos, oculto en las palabras más sencillas y más naturales. ¡Dichosos nosotros si fijando en el nuestro espíritu, fijamos también nuestro corazón! *Thi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum*. ¡Dichosos si nos familiarizamos con la pasión del Señor durante esta vida! pues que, según S. Ambrosio, es el medio de obtener en la otra la participación de su gloria (3). Fundándose S. Leon en estas palabras del Apóstol: « Si participamos de las penas del Salvador y sufrimos con él recordaremos también con él, » no teme afirmar que la posesión de la eterna bienaventuranza que nos está prometida, la tiene asegurada

(1) Devotionem nostram presentes vel maxime dies exigunt, in quibus á sanctis prophetis, per doctrinam Spiritus Sancti, majara sunt ordinata jejunia.

(2) Ut, per commune consortium crucis Christi, etiam nos aliquid, in eo quod propter nos gessit, ageremus. (Serm. IX. De Quadrage.)

(3) Qui consortio Passionis auctur, consortio paradisi Joñatur. (Serm. 111.)

de una manera infalible el cristiano que se asocia á la pasión de Jesucristo (1).

Mas, ¿qué podré yo decir acerca de un misterio tan profundo, inaccesible á los ángeles, impenetrable á los demonios y absolutamente incomprendible á la razón humana? ¡Ah! Este misterio, dire con S. Leon, por lo mismo que es superior á todas las palabras y á todas las ideas, nos suministrará en abundancia ideas y palabras. Dejándonos de admiración nos hará elocuentes, y encontraremos siempre una materia inagotable en un asunto en que, por mucho que se diga, no se puede jamás decir lo suficiente (2).

Y supuesto que en la escuela de vuestra religion, o Dios mio, así como no se comprende sino por la fe, tampoco se puede aprovechar sino por la oracion, de vos es de quien imploramos la luz necesaria para descifrar el esplendor de vuestra divinidad en medio de las mas profundas humillaciones de vuestra humanidad santa (3); á vos que habeis cumplido este sublime misterio es a quien pedimos humildemente la inteligencia y el amor, á fin de aplicarnos su fruto.

Y vos, augusta Maria, madre de Dios y madre tierna nuestra, alcanzadnos esas preciosas gracias, á fin de que una obra que tantas sagradas costas á vuestro corazón, no sea infructuosa para nuestras almas. Vos tambien, glorioso principe de los apóstoles, San Pedro, haced, yo os lo suplico, que junto á la piedra fundamental de vuestra fe, que es tambien la mia, en este templo augusto, depositario de vuestros sagrados huesos, refiera yo con fruto las glorias supremas, es decir, la pasión de nuestro divino Maestro de quien vos misma hablasteis con un amor tan ardiente: *Christi passiones, et posteriores glorias*. (I. Petr. 1.) Haced que los misterios que voy á esplanear se graben profundamente en nuestras almas y en nuestros corazones, y que los expresemos con las acciones de nuestra vida, á fin de que ellos formen nuestra fuerza en la hora de la muerte y sean la prenda de nuestra eterna felicidad. Bendecid el curso de esta predicacion que yo abro bajo vuestros auspicios para gloria de Jesucristo, para santificación de sus fieles y edificación de su Iglesia: en

(1) Apostolus ait: Si computatur et evangelicabitur. Certe aliquid securus est expectatio promissa beatitudinis, ubi est participatio Domini. Passiones. (Loc. cit.).

(2) Igna materia, ex eo quod est ineffabilis, fandi tribuit facultatem; nec potest delicta quod dicatur, dum nunquam potest satis esse quod dicitur. (Serm. II. de Pass.).

(3) In lumine tuo videbimus lumen. (Ps. 35.)

el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

PRIMERA PARTE.

Cuando se acabó la cena, aquella grande y solemne cena en la que, por la inefable institucion de la Eucaristia, la sabiduria infinita, el Dios de amor habia fijado para siempre su permanencia en el mundo y entre los hombres, en el momento mismo en que los hombres formaban el inícuo plan de arrancarle para siempre del mundo, el Salvador, segun refieren los evangelistas, antes de salir del cenáculo recitó un cántico con sus discípulos: *Et hymno dicto*. Y bien, ¿cuál fué este cántico, y para qué lo recitó el Salvador?

Pablo de Burgos, fundado en los libros litúrgicos de la sinagoga, dice á propósito de este himno ó cántico que recitó entonces el Salvador, que fueron los siete salmos cuyas letras iniciales componen en hebreo la palabra *aleluia*, salmos que los Hebreos acostumbraban cantar al fin de cada cena, y especialmente de aquella en que comían el cordero pascual. Así pues, al recitar este himno despues de la última cena, en la que el cordero de Dios fué inmolado bajo una forma mística, y ofrecido despues y dado por alimento á los discípulos en la comunión eucarística, quiso el Salvador, como asegura S. Juan Crisóstomo, enseñarnos con su ejemplo que si despues de tomar el alimento corporal, debemos tributar humildes y fervientes acciones de gracias al Dios de bondad, que se digna reparar las fuerzas de nuestro cuerpo por medio de los alimentos que nos proporciona su Providencia, estamos todavia mas obligados á ello despues de haber asistido al banquete espiritual en que Dios da por alimento á nuestras almas el cuerpo y la sangre de su divino Hijo. De ahí nació entre los primeros cristianos el uso, que se conserva todavia en las comunidades religiosas, de dar gracias á Dios en comun despues de cada comida; de ahí procede tambien que la Iglesia termina el sacrificio de la misa con la oracion llamada *post-communion*, á la cual se sigue la recitacion de seis y noua. En efecto, esas oraciones y esos salmos corresponden admirablemente al himno que los apóstoles cantaron con Jesucristo despues de haber asistido á la primera misa celebrada en el cenáculo, y de haber recibido la comunión eucarística.

El venerable Beda da otra interpretacion admirable al himno que Jesucristo recitó en estas circunstancias. Nuestro Señor, dice, preludiando su pasión con un cántico sagrado, quiso manifestarnos

el deseo vehemente de su tierno corazón, la amorosa impaciencia, el gozo y el ardor con que iba á padecer y á morir, á fin de enseñarnos que nosotros debemos también estar prontos á abrazar los sufrimientos, á mortificar nuestras pasiones y á sacrificarnos por Jesucristo con un corazón diligente, con una verdadera y santa alegría.

Después de haber cantado este himno, sale el Salvador de Jerusalén con sus apóstoles (1). Yo me pregunto á mi mismo con qué objeto han referido los evangelistas esta particularidad que, bajo el punto de vista histórico, podría parecer superflua. Efectivamente, ¿no era fácil comprender sin esta advertencia, que para ir al monte de las Olivas, situado fuera de Jerusalén, era necesario salir de esta ciudad? Mas no, no es ociosa, no es superflua esta particularidad que recuerda y figura un profundo misterio. Jesucristo forma con sus apóstoles la verdadera Iglesia. Luego esta salida de Jesucristo y de sus apóstoles de la ciudad de Jerusalén, para ir á dar principio á su pasión, nos representa de una manera sensible la verdadera Iglesia, la verdadera Religión, que por los sufrimientos y la muerte de Jesucristo, abandona desde este momento á los judíos á su ceguera voluntaria, y va á ilustrar á los gentiles, que se aleja de Jerusalén para trasladar su silla á Roma. Jesucristo que era todo de los judíos, es desde este momento todo nuestro. ¡O infortunada Jerusalén! ¡O dichosa Roma! ¡O misterio de justa severidad para con los judíos, y de misericordiosa predilección para con nosotros! Mas, no solamente nos presenta el Salvador en su salida de Jerusalén la figura de un misterio profundo, sino que también nos ofrece una enseñanza muy provechosa.

Para comprenderla bien es necesario recordar que en aquel mismo momento estaban reunidos en consejo los príncipes de los sacerdotes para acordar los medios de apoderarse de Jesús, que todas se ocupaba en reunir soldados y asesinos para la ejecución de este proyecto, y que todas las pasiones se agitaban para hacer condenar á muerte al Salvador de los hombres. Por consiguiente, Jerusalén era en esta ocasión la verdadera figura del mundo, donde todas las pasiones, y principalmente las de los grandes, y de los falsos sabios, llenos del espíritu y de las máximas del siglo, están en agitación continua, y trabajan sin descanso para urdir intrigas y tramar conspiraciones contra Jesucristo, contra su culto, su doctrina y su religión, contra la libertad de su Iglesia y contra la virtud de sus fieles discípulos.

(1) El himno citado, egressus cum discipulis suis.

Así pues, Jesucristo que sale de Jerusalén acompañado de sus apóstoles, es Jesucristo que repudia y que rechaza el mundo, es Jesucristo que nos enseña que para ser del número de sus discípulos, para formar parte de su sociedad, de su familia y de su verdadera Iglesia, según el espíritu, no es bastante escusar y profesar su doctrina, no basta participar alguna vez de sus santos misterios, recitar en su honor algunas alabanzas estériles, ni dirigirlas algunas débiles oraciones; sino que es necesario separarse del mundo, sino en realidad, al menos por el desvío del corazón; que es necesario renunciar á la corrupción del mundo, á las máximas del mundo, á la opinión del mundo, á esas costumbres, á esas modas, á esas comodidades, á esas leyes del mundo que están en oposición con el Evangelio. El espíritu del mundo ha sido anatematizado por Jesucristo; ha sido excluido de su oración, de su misericordia y de su amor. ¡Desgraciados de nosotros si vivimos según este espíritu! Nosotros seremos condenados también por causa del mundo, y pereceremos con el mundo.

Los evangelistas refieren también que después de haber salido Jesús de Jerusalén, pasó el torrente Cedron. Esta particularidad misma encierra un sentido misterioso. Este torrente es aquel de quien David había dicho lleno de un espíritu profético: El beberá al pasar el agua del torrente; y por esta causa elevará gloriosamente su cabeza (1). Es decir que aquel era el torrente de los dolores y de las afrentas con que el Redentor debía ser inmolado hasta el exceso durante su paso por esta tierra, pero que debía convertirse después para él en un río de delicias, en un motivo de triunfo y de gloria. Este torrente se llama Cedron, palabra hebrea, dice S. Jerónimo, que significa negrozco, oscuro. Así pues, Jesucristo descendiendo hacia el torrente de la oscuridad y de las tinieblas, es Jesucristo penetrando en la sombría noche, en el horror profundo de los negros pesamientos, del odio cruel, de las odiosas mentiras, de las atroces calumnias, de las injusticias, de las traiciones, de la perfidia y de la hipocresía, para ser al fin la víctima de sus enemigos; es Jesucristo, caminando en medio de la horrosa oscuridad de las penas, de los innumerables tormentos, de los insultos y de los ultrajes multiplicados hasta el exceso que, según el lenguaje de los profetas, semejantes á un torrente furioso y cargado de impuro eleno, debían abrirse paso á través de su sagrado cuerpo, y desbordando sobre su

(1) De torrente in viam salutis: propitius exaltavit caput. (Ps. 103.)

alma, y enjuégndola por todas partes, abisma en un océano de amarguras, de afrentas y de dolores (1).

Además, el arroyo Cedron corre por el fondo de un valle que por la parte de oriente separa la ciudad de Jerusalén del monte de las Olivas. En este valle se elevaba un espeso bosque, que la superstición de los judíos degenerados, según refiere S. Gerónimo, había consagrado á Moloch. Este pueblo había llegado entonces á un exceso tal de estúpida impiedad y de demencia cruel, que los padres vendían en tropel á este bosque á sacrificar sus pequeños hijos á un ídolo infame, haciéndolos quemar vivos en su honor. Y para no enternecerse por los gritos de las inocentes víctimas, tenían cuidado de ahogar sus voces, durante este bárbaro sacrificio, con el ruido de tambores y de otros instrumentos estrepitosos. Ellos, en fin, arrojaban sus cenizas á las aguas del torrente, que, como nota Cornelio á Lápide, fue llamado por esta causa *Cedron*, es decir, *negro y oscuro*, por los restos de los cadáveres que se arrojaban en él cuando crecidos por el fuego (2).

Aquel era, pues, el lugar más impío y más impuro de todo el universo; era como la silla y la metrópoli del imperio de Lucifer en la tierra. Donde este ángel apostata recibía del pueblo mismo de Dios, y á vista del templo del Señor, honores divinos y un culto abominable en que la atrocidad se juntaba al sacrilegio.

Todas estas circunstancias nos explican de una manera admirable por qué nuestro Señor quiso principiar su pasión cerca de este torrente y de este mismo valle; por qué escogió, con preferencia á otro alguno, un lugar tan infame para ofrecerse solemnemente á la muerte. La causa de esto fue, dice el intérprete que acabamos de citar, que el Salvador quiso acometer al demonio en el centro mismo de su sacrilegio imperio. Así pues, Jesucristo, pasando el arroyo Cedron y trasladándose á la orilla opuesta, es el Redentor que camina al encuentro de Lucifer para humillarle, para confundirle, para desarmarle y abatir su poder por medio de su agonía y de sus sufrimientos; semejante á un guerrero generoso y magnánimo que desciende el primero á la arena y sale al encuentro de su enemigo, seguro de vencerle y de triunfar de él (3).

(1) Quoniam intrare vel seque neque ad animam meam. (Ps. 68.) Magna est venit mare contritio tua. (Thren. 2.)

(2) Cedron, niger, obscurus, à calaverum combustorum fuligine. (In 26. Math.)

(3) Magnanimitatis hoc dedit exemplum, ut arenam, cum diabolo pugnatum, primis capessat, qui certus de victoria et triumpho. (Loc. cit.)

Tampoco carece de misterio el cuidado que tienen los evangelistas de decirnos que Jesucristo se dirige al monte de las Olivas, *in montem Olivarum*. En esta circunstancia se encuentran figurados los frutos saludables que nosotros debíamos recoger un día de la Pasión, cuyos primeros dolores quiso el inaugurar en la pendiente de aquel monte misterioso. La oliva es el símbolo de la paz, y Jesucristo dirigiéndose al monte de las Olivas es, dice Orígenes, la figura simbólica de Jesús que va á terminar, al precio de su sangre, la antigua guerra que reinaba entre la tierra y el cielo; y á estipular un tratado solemne de paz entre Dios y el hombre. La oliva, por el aceite que produce, es el símbolo de la misericordia, y Jesucristo caminando hacia el monte de las Olivas, continúa el mismo Padre, es Jesucristo que sube á la montaña de la misericordia y que eleva su inefable amor al punto más culminante, á la más alta potencia y al más incomprensible exceso, ofreciéndose á la muerte por nosotros. Jesucristo es la verdadera oliva, que se eleva soberbia y magestuosa para recoger el campo de la Iglesia (1). De este modo Jesús dirigiéndose al monte de las Olivas es, según S. Pablo, la oliva fértil y fructífera que por la abertura de sus venas y la efusión de su sangre, ingiere en su propio tronco, uno á incorpora á sí las olivas salvajes y estériles, que son nuestras almas, á fin de hacernos fructificar con su propia virtud, con la savia celestial de su gracia y de su amor. Finalmente, el monte de las Olivas adonde Jesús se dirige á ocultarse de las miradas de todos y sufrir allí los primeros dolores, las primeras afrentas, la primera agonía y, por decirlo así, la primera muerte interior del alma, es el mismo monte desde donde muy pronto, vencedor de la muerte, se elevará á los cielos cargado de trofeos. Por este primer viaje, esclama S. Ambrosio, nos muestra el Salvador el camino que debemos seguir para ser restituidos al cielo de donde fuimos desterrados (2); es decir, que nos enseñamos rectificar y confesar la doctrina de Jesucristo, fortificarnos con la cena eucarística, huir de la corrupción de Jerusalén, o en otros términos, renunciar á toda soledad, á todo contacto con el mundo, atravesar el negro torrente de las tribulaciones, de los sacrificios, de las humillaciones y de todas las penas inseparables de una vida verdaderamente cristiana, y entrar con Jesucristo en el lugar del recogimiento, de la soledad y de la oración; que debemos en una palabra

(1) Ego quasi olivas speciosa in campis. (Eccl. 24.)

(2) Vide quibus itineribus ad Paradisum reducuntur. (Lib. 4. in Luc.)

ofrecernos a Dios al pie del monte de las Olivas, y participar allí de su agonía, por su amor. Ved aquí el medio único, ved aquí el único camino; aprendámoslo bien para triunfar de la muerte y del pecado y entrar en el cielo que es el lugar adonde conduce.

Mas, ¿por que el Salvador, que quería orar en la pendiente de la montaña, y sufrir allí los dolores de una agonía cruel, se dirigió á Gethsemani y entró en el huerto que había en aquel lugar? ¿Y por que refieren los evangelistas con tanto cuidado estas circunstancias tan minuciosas (1)? Deberemos creer que Jesus trataba de sustraerse á las pesquisas de aquella turba de hombres impíos, que con Judas á su cabeza debían aproximarse muy pronto para apoderarse de su persona? Todo lo contrario; porque, como advierte S. Lucas, era aquel un lugar adonde naturalmente debían irle á buscar, pues que todas las noches, después de la cena, acostumbraba Jesus retirarse á aquel sitio para orar allí: *Secundum consuetudinem*. S. Juan es todavía mas explicito, pues afirma que el perdido Judas tenía un conocimiento perfecto del lugar: en razón á que el Salvador se retiraba á él frecuentemente para orar, acompañando de sus discípulos y del mismo traidor (2). Así pues, dice S. Cirilo, al retirarse el Salvador á este huerto solo trató de ahogar el infame Judas el trabajo de buscarle inútilmente en otra parte (3). De esta manera hizo ver á sus discípulos, y nos probó á nosotros mismos, añade S. Juan Crisóstomo, que el camino á la muerte voluntariamente y sin violencia (4).

En efecto, el había dicho en términos claros y expuestos que nadie hubiera podido quitarle la vida si el mismo no lo hubiera consentido; añadiendo que si consentía en dar su vida, era para volverla á tomar muy pronto (5). Si hubiera esperado á que hubiesen venido á apoderarse violentamente de él en público, hubieran ocurrido en cierto modo esta brillante y solemne verdad de la espontaneidad de su muerte. Además, cuantas veces quisieron prenderle los Judíos antes del tiempo que el mismo había fijado, se evadía de sus pesquisas por medio de la fuga, ó se hizo invisible á sus ojos por medio

(1) In villam quæ dicitur Gethsemani, ubi erat hortus, in quem intravit.

(2) Sciebat autem Judas locum, quia frequenter Jesus consuevit illuc cum discipulis suis. (Joan. 18.)

(3) Hoc agebat, ut à traditore citra negotium inveniretur. (In Joan.)

(4) Ostendens discipulis, quia volens ad mortem venit. (Heml. 83. In Joan.)

(5) Nemo tollit animam meam à me; sed ego eam pono, ut iterum sumam eam. (Joan. 10.)

de un milagro, porque su hora no había llegado todavía (1). Mas, hoy que ha llegado al fin esa hora por la que tanto ha suspirado, esa hora tan afectuosa para nosotros, esa hora que el mismo había determinado en los consejos eternos de su Padre (2), Jesus sale espontáneamente al encuentro de la violencia que se le quiere hacer; y se retira á Gethsemani, porque sabe que es un lugar muy conocido de Judas, y que su infiel discípulo le encontrará allí con mas facilidad: *Sciebat autem Judas locum*.

Los fariseos tenían además que si se apoderaban de Jesus durante la fiesta, estallase alguna sublevación en el pueblo, que se mostraba tan afecto á su persona (3). Este temor, como observa S. Leon, no procedía de celo. ¿Qué importaba en efecto, á los sacerdotes de aquella época que la fiesta se profanase con algunos excesos, supuesto que ningún interés tomaban en el culto ni en el amor de Dios? Mas, ellos tenían que á favor del desorden se les escapase de las manos el preso (4). Pues bien, dirigiéndose el Salvador á Gethsemani, lugar apartado, solitario y pacífico, extramuros de Jerusalem, evitó todo movimiento popular; tomó á su cargo el cuidado de disipar los temores de sus enemigos, quitó todos los obstáculos que podían oponerse á su captura y salió al encuentro de las maquinaciones que se tramaban contra él. En su generoso designio de cumplir desde este instante, de una manera secreta y oculta, su sacrificio en el interior de su corazón, aun antes de que su cuerpo fuese entregado para ser inmolado, la sagrada víctima se trasladó espontáneamente al lugar donde debe ser arrebatada, y se coloca bajo el cuchillo homicida que la ha de sacrificar. El verdadero Abel se dirige voluntariamente al medio de la campiña donde oíó Cain queda fácilmente apoderarse de él para inmolarte á su odio cruel (5).

Además, no siendo la pasión de Jesucristo un suplicio, sino un sacrificio, y el mas grande, el mas augusto y el mas meritorio de todos los sacrificios, no era conveniente que la santa víctima destinada á un sacrificio tan santo fuese aprehendida en un lugar profano. Por consiguiente, el Salvador, dice Orígenes, no debía ser aprehendido en medio del día, en las plazas, ni en las calles públi-

(1) Quia hodie venerat hora ejus. (Joan. 7.)

(2) Pater venit horum. (Ibid. 17.)

(3) Non in die festo, ne forte tumultus fieret in populo. (Matth. 26.)

(4) Solitorem in principis sollicitudine metuebant, non ut populum non peccaret: sed ne Christus evaderet. (Serm. de Pass.)

(5) Ostendens quantum volens ad mortem venit.

cas, ni en medio de la cena, sino durante la noche y en el huerto de las Olivas, es decir, á la hora de las preeces y en el lugar donde el Hijo de Dios acostumbraba á ir para tener sus coloquios con Dios su padre, y que por lo mismo se habia transformado en un verdadero santuario, en un verdadero templo de Dios.

S. Ciello nos descubre en este pasaje otro misterio mas amable aun y mas tierno. Recordad, exclama este Padre, que Adán pecó en un huerto. Pues bien, en un huerto es tambien donde entra hoy Jesucristo, á fin de que sus padecimientos principien en un lugar semejante á aquel en que habia tenido principio el pecado (1). Jesucristo es pues en esta ocasion nuestro mediador que se adelanta para desarmar al celestial querubín colocado por la justicia divina á la puerta del verdadero paraíso; para romper entre sus manos la espada centellante con que impide la entrada á los infortunados mortales, y para obtener á los desgraciados hijos de un padre prevaricador su vuelta al lugar de delicias de donde habian sido desterrados. Y para colmo de ventura ese lugar, del que el paraíso terrestre solo fué una figura imperfecta, nos ofrece, no gozes materiales y perecederos, sino bienes celestiales y eternos. En una palabra, concluye el célebre Alejano, Jesus entrando en Gethsemani es el nuevo Adán que va á espiar en un huerto con su obediencia la rebelion de que se hizo culpable el primer Adán en otro huerto (2).

¡Oh nuevo huerto! ¡o nuevo paraíso! ¡Cuán diferente es tu aspecto del de el antiguo Eden! Allí el primer Adán disfrutó del reposo; de los gozes; de las delicias y de las dulzuras de la vida; aquí el segundo Adán solo experimenta combates, aflicciones, tristezas, amarguras, angustias y agonía. Allí corrían rios de un agua clara y límpida; aquí solo se percibe un torrente humeante de la sangre que brota de las venas del Redentor. Allí un ángel apostata fué el instigador y la rebelion y el pecado; aquí un ángel fiel viene á sostener la obediencia y el sacrificio. Allí la Majestad de Dios recibe un ultraje; y aquí recibe una satisfaccion. Allí se cometiese el pecado, aquí se reparó. En el Paraíso terrenal, la humanidad fué precipitada hácia su perdicion; en el huerto de las Olivas se le hace volver á entrar en el camino de la salvacion eterna. En el Eden, del seno de las flores y de los frutos no salió otra cosa que las espinas de la maldicion

(1) In paradiso, omnis tristitia nostre principium fuit; in horto Christi quoque Passio incubata est. (In Joann.).

(2) Ubi erat hortus; ut peccatum, quod in horto commissum fuerat, in horto deberet. (In Calm.)

y del castigo; en Gethsemani, sobre las espinas mismas de la amargura y del dolor brotan flores y frutos de méritos, de bendiciones, de gracias y de virtudes. Allí, en fin, nace la muerte á la sombra del árbol de la vida; aquí, en medio de un aparato de muerte, renace la esperanza de la resurreccion y de la vida.

Este es, pues, el misterioso huerto de la Iglesia, adonde la esposa de los cantares instaba vivamente á su amado que descendiese (1). O amable Jesus, esposo querido de nuestras almas, apresurados á venir á este huerto tan lleno de delicias para nosotros, y sembrado para vos de tantos dolores! Mas, qué necesidad hay de redoblar nuestras súplicas para obligar al esposo sagrado á emprender este viaje? Una fuerza secreta, la fuerza de su caridad le impulsa á ello, le arrastra y le transporta con un poder irresistible. Ved en efecto, cómo camina con un paso rápido, con la frente serena, el corazón dilatado y el rostro radiante de alegría.

Cristianos, no perdamos este instante precioso. Apresuremonos á seguir á Jesus al huerto, donde su corazón nos abre todos los tesoros que pueden santificar y atraer al nuestro: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum*. Me explicaré. No perdamos en la molición, ni en las enojosas vanidades del siglo, unos dias que solo se nos han concedido para que sigamos é imitemos á Jesucristo. Detengámonos en la consideracion de estas palabras tan sencillas, pero que encierran un sentido tan misterioso: *Jesus entró en el huerto con sus discípulos* (2). El divino Redentor se dirige al huerto acompañado de sus discípulos; él mismo dirige sus pasos, él los instruye con sus palabras, los edifica con su ejemplo, los consuela y los sostiene con el espectáculo de sus penas; él los santifica ofreciéndose por ellos; él los asocia á sus preeces de una manera especial, les aplica eficazmente el fruto de su sacrificio y de aquella sangre preciosa que vierte en presencia de ellos, y finalmente, con la virtud de su poder se hace su escudo y su amparo contra la rabia de los Judíos. Jesucristo, en una palabra, hace hoy á sus discípulos los espectadores y los compañeros de sus sufrimientos sobre el mismo monte de las Olivas, adonde bien pronto los llamará para que sean los compañeros y los espectadores de su gloriosa ascension. Todo esto, dice S. Ambrosio, es la imagen sensible de la Iglesia; lo es la figura de lo que Jesucristo hace por los hijos de su Iglesia, y de que pide para ellos; esta

(1) Veniat Effectus meus in hortum suum. (Cant. 6.)

(2) In quem introiit ipse et discipuli ejus.

es la historia de las promesas que él hace y de las recompensas que reserva á los verdaderos fieles. ¡Ay! Si, lo que Dios no permita, tuviésemos nosotros la terrible designación de vernos separados del cuerpo de esta Iglesia por el cisma ó por la herejía, ó de que el pecado nos hiciese extraños á su espíritu, apresurémonos á entrar en el seno de esta sociedad divina. Únicamente en ella es donde habita Jesucristo. Apresurémonos á confiadnos por medio de una santa unión con los apóstoles y los discípulos, con todas las almas piadosas y fieles que caminan en pos del Salvador. Apresurémonos, ahora que tenemos tiempo, á unirnos á esa dichosa sociedad, fuera de la que seríamos excluidos, para siempre del eterno gozo cuya posesión ella sola puede asegurarnos.

Para esto, escuchemos con un espíritu humilde y un corazón fiel el sublime y último precepto que Jesucristo nos da de recibir su fe y observar su santa ley: procuremos fortificarnos con frecuencia en la sagrada mesa de la Eucaristía: dirijámonos frecuentemente á Dios el himno del reconocimiento y del amor: huyamos del aire inficionado de Jerusalén, alejémonos de las asambleas profanas, de los espectáculos corruptores y de la sociedad de los impíos; bebamos de las negras aguas del arroyo Cedron, afectando con una piadosa resignación las tribulaciones y la penitencia; atravesemos este torrente, sufriendo con fortaleza y constancia los desprecios del mundo por el amor de Jesucristo; retirémonos frecuentemente con él al huerto, es decir, al silencio de la meditación y de la oración. Y no nos aterremos á nos vemos envueltos en la oscura noche de la humillación; procuremos que la amargura del torrente de la mortificación no nos haga desmayar; que las persecuciones de la moderna Sinagoga de los mundanos no nos hagan retroceder. Miremos sin terror la subida escarpada y difícil que presenta la montaña de la santidad. Todo se puede, todo se vence, cuando se camina en pos de Jesucristo, llenados en el monte de las Olivas con el Salvador agonizando, participaremos de la unción de su gracia, y sostenidos por su propia fuerza, nos volveremos á encontrar mas tarde sobre esta misma montaña, para participar del gozo de su gloriosa ascension.

SEGUNDA PARTE.

Solo nos resta indagar los motivos por qué los evangelistas han querido conservarnos el nombre del lugar afortunado donde el Salvador fué á consagrar á la oración los últimos instantes de su vida.

Este lugar, nos dicen, se llamaba *Gethsemani* (1), palabra hebrea, que significa *el valle del Aceite* ó *el molino de Aceitunas*. Y ¿qué importaba al mundo cristiano saber el nombre de este lugar, si no hubiera encerrado en este nombre un misterio? Para comprender este misterio, procuremos recordar la historia de aquella pobre viuda de quien se habla en el libro cuarto de los Reyes. Reducida á la última indigencia y á la imposibilidad absoluta de pagar las deudas que su marido habia dejado al morir, se vela amenazada de ver á un acreedor inhumano arrebatárle sus hijos y conducirlos á la esclavitud (2). El profeta Eliseo, compadecido de la suerte de esta madre desolada, se presenta en su casa, y multiplica milagrosamente el poco aceite que le quedaba, de tal modo que ella pudo satisfacer á todos sus acreedores con el producto de la parte que vende, y reservar lo bastante para subsistir ella y sus hijos (3). Pues bien, esta historia es una figura y una profecía del misterio de *Gethsemani*, cuya explicación nos da ella misma. En efecto, la viuda de Samaria representa á la humanidad entera, á quien la muerte espiritual de Adán, su cabeza y su esposo, habia reducido á la última indigencia. Ella no tenia con que pagar la deuda contraída con el príncipe de las tinieblas, y veía sus propios hijos expuestos á ser eternamente esclavos desgraciados del demonio. Entonces Jesucristo, verdadero Eliseo, pues que la palabra *Eliseo* significa *Dios Salvador*, se movió á compasión por esta desgraciada familia; bajó á la tierra, habitó con la pobre humanidad, y derramó y multiplicó en ella el aceite de su misericordia y de su sangre. Por medio de este precioso licor hemos reunido nosotros, mortales infortunados, la suma necesaria para pagar todas nuestras deudas, para librarnos de la esclavitud del demonio, para vivir la vida de la gracia y revestirnos de la inmortalidad. Y como Jesucristo ha cumplido esta obra de su amor infinito por medio de su pasión, eligió para dar principio á ella el huerto de *Gethsemani*, ó *el valle del Aceite*, á fin de que el nombre mismo del lugar nos instruyese del misterio que obraba en él.

Esta es la causa por qué habia anunciado David que el Mesías ó el ungido del Señor seria cubierto del óleo misterioso de la alegría, á causa de la verdad de su enseñanza, de la dulzura que el mostra-

(1) In villam hanc dixerunt Gethsemani.

(2) Ecce creditor venit, ut tollat filios tuos ad servitium suum.

(3) Vende oleum, et redde creditoribus tuis; tu autem, et filii tui vivite de reliquo. (1^a Reg. 4.)

ría en sus sufrimientos, de la justicia que haría brillar en sus juicios, de su amor á la virtud y su odio al vicio (4). Mas, Jesucristo no tenía necesidad de esta unción como Hijo de Dios; él la recibía pues como hijo del hombre, como cabeza y representante de la humanidad, para derramarla sobre todos los hombres. En el huerto de Getsemani, dice S. Agustín, fué donde Jesucristo principió á comunicarnos este óleo divino. Allí fué donde se hizo verdaderamente nuestro *Cristo* ó nuestro *ungido*; allí fué donde derramo sobre nosotros á manos llenas el óleo de su misericordia para hacernos renacer á la alegría, y el óleo de su virtud para darnos la fuerza suficiente para pelear, á ejemplo suyo, con el demonio, y vencerle. Por ventura no se sabe que con el óleo es con lo que los luchadores hacen sus miembros más ágiles, más flexibles y más vigorosos? Por consiguiente, queriendo Jesús hacernos patente este tierno misterio de su amor, ¿podía elegir una figura más conveniente ni más exacta que la del *valle del Aceite* material, que representa de una manera tan perfecta la unción de su óleo espiritual y divino? (2)

Además, en este huerto era donde se estrain el óleo del fruto de la oliva, y en él fué también, dice el intérprete, donde Jesucristo principió á derramar de sus divinos miembros la sangre que nos resata, que nos fortifica con su unción, y que es para nosotros un bálsamo de la inmortalidad (3).

Mas, así como el aceite multiplicado por Eliseo no se vertió sino en los vasos que le eran presentados por la viuda, del mismo modo la sangre de Jesucristo no se recoge sino por las almas que la Iglesia le presenta después de haberlas purificado; y estas almas son las que escuchan las palabras de la Iglesia, profesan su fe y participan de sus sacramentos. Porque en efecto, S. Pablo ha dicho: Yo os he desposado á este único esposo que es Jesucristo, para presentaros á él como una virgen sin mancha (4).

Eliseo pedía sin cesar á la viuda otros vasos para llenarlos de su

(1) Propter veritatem, et mansuetudinem, et justitiam... dilectissimi iustitiam et dilecti iniquitatem: propterea unxit te Deus oleo heritici. (Ps. 44.)

(2) In montem Oliveti, in montem christiatis intravit Jesus, ubi enim nos unxit oleo heritici, quo ipse á Deo unctus erat. Ideo autem nos unxit, quia contra diabolum luctatores efficit. (In Joann.)

(3) Sicut ex oliva exprimebatur oleum, ita ibi ex agonia expressus est sanguis Christi, quo quasi oleo reficimur, unguimur, poscimus. (In Matth.)

(4) Desponsi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo. (II. Cor. 11.)

aceite milagroso, y de este mismo modo es como Jesucristo, que desea columnas de sus gracias, mucho más que nosotros mismos deseamos rectitud, pide continuamente á su Iglesia nuevas almas para derramar en ellas el óleo de su misericordia, y la Iglesia se esfuerza en buscar estos vasos preciosos. Con este objeto envía sus misioneros á los países idolátricos y herejes, y aun en los mismos países católicos nos elije en este santo tiempo de cuaresma para que seamos sus predicadores y os exhortemos, en su nombre, á vosotros, amados fieles, á que abráis vuestros corazones para que el verdadero Eliseo pueda llenarlos de los dones de su amor (1). El óleo del profeta no cesó de correr hasta tanto que la viuda no tuvo vaso alguno que presentarle (2). Lo mismo sucede á la bondad de Dios: jamás es ella la que nos falta; los corazones de los hombres son los que relusan aprovecharse de ella. ¡Ay! Temblemos por nosotros; porque el Señor, como él mismo nos ha amenazado, irritado justamente de haber esperado en vano por largo tiempo á nuestro corazón para derramar en él su gracia, detendrá el curso de este raudal precioso. Lo mismo que las vírgenes necias del Evangelio, desearemos á la hora de la muerte proporcionarnos el óleo de su misericordia; mas no encontraremos entonces quien nos lo quiera dar.

Así pues, hoy que este manantial precioso de la misericordia de Dios se abre para derramarse sobre nosotros, renunciemos á nuestros vicios, purifiquemos nuestros corazones de los gustos profanos con las lágrimas de la penitencia, y recojamos en ellos la gracia que corre tan abundantemente de la pasión de Jesucristo; á fin de que, si somos en este momento vasos de cólera para Dios, en el momento de ser rotos por la muerte (3), nos hagamos vasos de elección, vasos de honor y de gloria, dignos de las complacencias, del amor y de la eterna sociedad del Señor. Así sea.

(1) Dilata os tuum, et implebo illud.

(2) Il respondit: Non habeo vas. Sicquid oleum.

(3) Vani enim apti in interitum. (Rom. 9.)

CONFERENCIA SEGUNDA.

Las pasiones.

Debit per omnia fratibus similari, ut misericors fieret.

El debió ser en toda semejanza á sus hermanos, para que fuese misericordioso con ellos.

(Heb. 2.)

¿Qué significa, señores, la extraña metamorfosis, el cambio imprevisto que, según los evangelistas, se verificó en la persona del Redentor á su entrada en el huerto de las Olivas? Pocos instantes ha, en su admirable discurso después de la cena, manifestaba una dulce serenidad, y expresaba un vivo deseo de ir á la muerte por nosotros, exhortaba á sus discípulos á la paciencia, á la calma y á la paz, y los animaba á morir con gozo por él; y ved aquí que de repente, sin que ningún acontecimiento nuevo haya sobrevenido, se manifiesta á sus discípulos abrumado de tristeza, consternado, tímido, temblando y poseído de un abatimiento profundo (1). Y no solo deja adivinar sus angustias por la inmovilidad de sus miradas, la palidez de su rostro, la hinchazón de su pecho, el desorden de su semblante, el temblor de todo su cuerpo, sino que él mismo las declara á sus apóstoles, él se las confiesa diciéndoles con una voz débil y sollozando: Hijos míos, yo me siento próximo á morir bajo el peso de la tristeza que me abruma. ¡Ay! si vosotros me amais, permaneced aquí y velad conmigo (2). ¡Grati Dñs! ¡qué la alegría del cielo se entristece sobre la tierra; aquel que causa la alegría de los ángeles está afligido entre los hombres, el valor titimbla, la fuerza vacila, la virtud está enferma, el autor de la vida se estremeció á vista de la muerte, y el que prometía á los demás su fuerza, su apoyo y sus

(1) El asombró Petro et duobus filiis Zebedai conjit pavore, dolore, contristari et morbo esse.

(2) Tristis est anima mea usque ad mortem. Sustinete hic, et vigilate mecum. (Matth. 26. Marc. 14.)

consuelos, lleno ahora de terror, declara tener necesidad él mismo de apoyo, de consuelo y de fuerza!

Sin embargo, este estado del alma santa del Redentor había sido anunciado siglos antes, ó mas bien había sido históricamente descrito en este pasaje de los Salmos: Mi corazón está turbado dentro de mí, y los terrores de la muerte han caído sobre mí. El temor y el horror me han cercado por todas partes; y yo estoy sumergido en las tinieblas (1). Pues bien, si el mismo Dios había predicho todas estas circunstancias con tanta individualidad, es claro que él las había querido y decretado; ellas deben pues tener su razón en las profundidades de la sabiduría y del amor de Dios. Esta razón nos la ha descubierto San Pablo diciéndonos que habiéndose hecho hombre el Hijo de Dios para rescatar al hombre, debió experimentar todas las enfermedades del hombre, y hacerse en todo semejante á sus hermanos, para poder de este modo cumplir la obra de su misericordia para con nosotros: *Debit per omnia fratibus similari, ut misericors fieret.* Bajo el punto de vista que nos presentan estas luminosas palabras del Apóstol, es como debemos considerar los sentimientos de temor, de tristeza y de angustia de que estuvo poseído nuestro Señor en el huerto de las Olivas; y al ver la libertad con que los escita en su interior, el orden con que los sostiene y la verdad que nos revela en ellos, lejos de encontrar un motivo de escándalo, veremos por el contrario un motivo de consuelo y de edificación. Porque en efecto, nosotros quedaremos convencidos de que estos sentimientos no son indignos de un Redentor Divino, sino que por el contrario este Dios Redentor ha debido mostrarse semejante en todo á nosotros, para hacernos experimentar su misericordiosa bondad: *Debit per omnia fratibus similari, ut misericors fieret.*

PRIMERA PARTE.

Al dirigirse Jesus al huerto de Gethsemani, ha dado su primer paso hacia el Calvario; ¡Ay! La hora del sacrificio se aproxima; ya se levanta la boquera, el fuego se enciende, la víctima se adelanta hacia el altar, sobre el cual debe ser inhumanamente degollada. Mas, qué camino tendrá Jesus que recorrer para llegar á él! El ca-

(1) Cor meum contritum est; formido mortis coecit super me; timor et tremor venient super me, ut contremat me tenebrae. (Ps. 54.)

minará de suplirlo en suplicio y de padecimiento en padecimiento. Todos sus pasos serán marcados con oprobios; todos los instantes que le restan aun de vida serán colmados de amargura, de aflicción y de dolor. El camino desde Getsemani al Calvario será una larga serie de ultrajes, de insultos, de tormentos y de martirios los mas atroces; los preludios de la inmolación del Salvador serán tan acerbos y tan crueles como la inmolación misma. Pues bien, á vista de tantos males que se presentan tan terribles y de una manera tan minuciosa y tan viva en la imaginación del Redentor, la repugnancia y el terror agitan su apetito sensitivo, un sentimiento de horror se apodera de su humanidad santa; y se ve poseído por las angustias y por los temores mas terribles: *Debit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.*

Mas, ¿es verosímil, se nos dirá, que Jesucristo experimentase á vista de la muerte una tristeza tan grande, una repugnancia tan violenta y un terror tal, que muchos cristianos no lo han experimentado en semejantes circunstancias? Esos sentimientos, que podrían pertenecer á un hombre vulgar, ¿no son humillantes para un sabio? ¿No son indignos absolutamente de un Redentor Divino que se ofrece el mismo á la muerte por la gloria de Dios y la salvación del mundo? Si Jesucristo no pudo evitar esas pasiones, ó alejarlas de sí, no es Dios. Y si es verdaderamente Dios, no puede comprenderse que, habiendo podido evitar en sí esos movimientos, los sufriese; y no es menos incomprensible que pudiendo eximirse de ellos, se sometiese á unas angustias que, desgarrando su corazón, rebajan su dignidad y empañan su gloria. Tal es la dificultad que presentan ciertos hombres temerarios, ó mas bien insensatos, que osan medir con la estrecha capacidad del pensamiento humano la altura y la profundidad de la caridad divina. Mas, si se considera á la luz del Evangelio y de la tradición el misterio de la tristeza y del horror que el Salvador experimentó en el huerto de las Olivas á vista de la muerte, se reconocerá que esos rasgos de semejanza que Jesucristo tuvo con nosotros, nos eran útiles y necesarios, y que fueron asimismo dignos de un Redentor Divino, resuelto á darnos todas las pruebas posibles de su misericordia: *Debit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret.* Guiados por esta luz vamos á penetrar en las profundidades de este misterio.

En primer lugar es indudable, según Sto. Tomás, que las afecciones del apetito sensitivo por las que Jesus apareció agitado, aterrado

y afligido, fueron y pueden ser llamadas, con toda propiedad, verdaderas pasiones del alma (1).

En segundo lugar es igualmente cierto que esas pasiones y esos sentimientos nos obraron solamente en el apetito sensitivo, sino tambien en el alma Divina del Redentor, supuesto que el mismo dice que su alma está triste. Además, él las experimenta tambien en su voluntad, al menos en cuanto á la parte inferior, supuesto que el mismo añade: *Mátese tu voluntad, Padre mío, y no la mía: Non mea voluntas, sed tua fiat.* Esto significa claramente, como observa el intérprete, que hubo en su voluntad humana una tristeza y un temor natural de la muerte, y que él hizo un verdadero acto de voluntad al pedir que se le librara de ella (2).

Ultimamente, no puede dudarse, añade S. Leon, que esas pasiones fuesen en Jesucristo pasiones reales, verdaderas pasiones humanas. Porque el Salvador experimentó nuestra melancolía entristeciéndose, del mismo modo que sintió nuestra confusión al sufrir los menosprecios, y nuestro dolor cuando fué clavado en la cruz (3). De otro modo, su semejanza con nosotros no hubiera sido exacta y perfecta como debía ser: *Debit per omnia fratribus similari.*

Guardémonos sin embargo de deducir de todo esto que Jesucristo, al abandonarse realmente á la tristeza de nuestra humanidad, se afligiese de la misma manera que nosotros. La perfección de su semejanza con nosotros exigia sin duda una conformidad entera con nuestra naturaleza, mas no se sigue de aquí que debiese participar de nuestro pecado, ni de sus consecuencias. Del mismo modo que el Hijo de Dios se había vestido verdaderamente de la carne de Adán con exclusion del pecado, del mismo modo había aceptado realmente nuestras pasiones, pero no el desorden de ellas. Ved aquí por qué estas mismas pasiones, tan humillantes para nosotros en su principio, en sus efectos y en su fin, fueron, respecto á estas tres circunstancias, una gloria para Jesucristo en su humillación misma (4).

Las pasiones son humillantes en nosotros en su principio, porque nacen en nosotros sin nuestro consentimiento. Llegamos á percibir una cosa que no es agradable ó molesta, que es favorable ó con-

(1) *Propterea dicuntur passionibus animae affectiones appetitus sensitivi, quae in Christo fuerunt.* (3. p. 4. 15. c. 4.)

(2) *Voluntate ergo sua tristatus est, et voluit à morte liberari* (In 26. Math.)

(3) *In nostra est humilitate contemptus; in nostra est mortificatione contristatus; in nostro est dolore crucifixus.* (Serm. VII. de Pass.)

(4) *Christi passiones et posteriores glorias.* (Petr. 1.)

Uaría á nuestro bien moral ó material, y no está en nuestro poder impedir que independientemente de nuestra voluntad, y muchas veces también contra nuestra voluntad, el amor ó el odio, la alegría ó la tristeza, el atractivo ó la repugnancia, el deseo ó el temor se despierten en nuestro interior. Así pues, esos sentimientos que experimentamos en nosotros, y que sufrimos en cierto modo, no se designan con el nombre de *acciones*, sino con el de *pasiones*.

Más, estas pasiones, en cuanto á su principio no fueron involuntarias en Jesucristo; ellas fueron un efecto de su elección, y por consiguiente no fueron humillantes para él. En efecto, los evangelistas no dicen que Jesús *temió*, que *se asustó* ni que *se entristeció*. Ellos se valen de estas expresiones: Jesús *principió á temer*, á ser abrumado por el tedio y á entristecerse (1). Esto significa claramente, según Cornelio á Lápide, que el Salvador se turbó libremente y por su propia voluntad, y no á pesar suyo ni por un efecto necesario de la prevision de sus penas (2). S. Ambrosio había dicho también que en tanto que nosotros sufrimos nuestras pasiones por una triste necesidad de nuestra naturaleza corrompida, Jesucristo se sujeto á ellas por la fuerza de su voluntad (3).

Y en efecto, el alma santa del Salvador fue adulta desde el instante mismo de su concepción. Ella no siempre de la manera mas clara y distinta en la persona divina del Verbo, á la que estaba hipostáticamente unida, todos los tormentos, todos los sufrimientos, todos los horrores de su pasión y de su muerte. Sin embargo, los sentimientos que esta vista terrible y esta aprehension funesta hubieran debido excitar naturalmente en su apéto sensitivo, la tristeza y el tedio, el espanto y el horror, no se apoderan de su alma sino en el día de hoy, porque solo en este día es cuando el consiento que se elevan en su interior, por lo menos, en el grado de intensidad que se advierte en su agonía. Así como una sola vez, en el Tabor, permite que el gozo beatífico que experimentaba su alma en la vision de Dios resplandeciese en todo su cuerpo; del mismo modo una sola vez, en el huerto de las Olivas, permite que su sensibilidad fuese agitada por la tristeza, el horror y el temor, á vista de los ultrajes y de los tormentos que le esperaban. Para asemejarse á los demás

(1) *Cogit pavere, dolere et morari esse.*

(2) *Cogit, id est, ultro et sponte sua; voluntario et libere, non coacte, non insite. (In Math.)*

(3) *Uolens nos huiusmodi affectus ex humana conditionis necessitate; Christi Domini infirmitas fuit ex voluntate.*

hombres, debió participar verdaderamente de todas las enfermedades del hombre: *Debuit per omnia fratribus similari*. Mas, él permaneció siempre, dice S. Agustín, dueño de sus sentimientos y no los dejó desarrollarse en él sino porque quiso, cuando quiso y como quiso, porque era Dios. El se turbó y se entristeció como hombre, pero con la misma libertad y la misma independencia con que se había revestido de la naturaleza humana, con que daba su vida por el hombre. El espanto, lo mismo que la muerte, no se acercó á él sino temblando, por decirlo así, y cuando él mismo le dio orden para que se acercase (1).

Pero si el alma de Jesús, se me podrá decir, gozaba de la vision clara de Dios, cuyo efecto es alejar todas las penas y derramar en nosotros torrentes inagotables de delicias, ¿cómo pudo el Salvador experimentar un dolor tan intenso y una tristeza tan viva, que era capaz de causarle la muerte (2)? Aquí no hay nada que deba sorprendernos, responde S. Agustín. La flaqueza de Jesús al lado de su virtud divina, la indecible tristeza que experimentó al lado de un gozo infinito, fué un efecto milagroso de su poder sin límites (3). Con la misma libertad y el mismo poder con que impidió que su bienaventuranza reflexase sobre su cuerpo, á fin de poder sufrir y morir físicamente, impidió también que su gozo Divino irradiase sobre su alma, á fin de poder sentir como nosotros la aflicción y los dolores morales. Estas pasiones, pues, fueron tan gloriosas para él en sus principios, como humillantes son para nosotros. Fueron sin duda pasiones naturales al hombre, supuesto que Jesucristo era verdadero hombre; sin embargo, ellas fueron, dice San Pedro Damiano, superiores á la naturaleza humana. La flaqueza es la que produce nuestras pasiones; el poder fué el que produjo las de Jesucristo. Ellas reinan generalmente sobre nuestros corazones; ellas obedecian siempre á Jesús. Ellas previenen en nosotros la razón; ellas la segulan en Jesucristo. Ellas nacen dentro de nosotros independientemente de nuestra voluntad; ellas no se elevan dentro de Jesucristo, sino cuando él lo manda. Ninguna cosa en él es efecto de la necesidad; todo es efecto del poder y de la libertad: el hambre y la sed fueron en él males voluntarios, lo mismo que la tristeza y el

(1) *Hos motus ita cum voluit suscepit animo humano, acut cum voluit factus est homo. Quos potestate mortuus est, eadem est potestate tulatus. (De Trinit. lib. 14; et in Joann. 60.)*

(2) *Tristis est anima mea usque ad mortem.*

(3) *Ejus infirmitas fuit ex potestate. (Contr. Faust.)*

terror (1). ¡Oh! ¡Cuán augusto, cuán admirable y magnífico es todo cuanto hay en Jesucristo! ¡Cuán orden, cuánta armonía y cuánta perfección reina en esta hipóstasis Divina! Las inefables prerogativas de la Divinidad no impiden las flaquezas de la humanidad, ni las miserias del hombre degradan la majestad ni la grandeza de Dios. ¡O amable Jesús! ¡Cuán digno sois, en vuestras mismas humillaciones, de nuestro culto, de nuestra admiración y de nuestro amor (2)!

Las pasiones son humillantes para nosotros, no sólo en sus principios, sino también en sus efectos. ¡Cuán desgraciados somos los mortales! No es bastante que las pasiones se antepongan en nosotros a la razón; es necesario también que la ofuquen, ellas no se contentan conajar nuestra voluntad, sino que llegan también a debilitarla; no solamente turban ellas el corazón, sino que muchas veces le tiranizan, le arrastran al mal y no le dejan mas libertad que la que es necesaria para que se haga culpable. ¡Cuántos criminales desiguales nos inspira el deseo de las riquezas, de los placeres y de las dignidades, y el temor de la pobreza, de los sufrimientos y de la dishonra! ¡Cuántos crimenes no nos aconsejan nuestras pasiones! ¡Cuántas bajezas y cuántas infamias no nos hacen cometer! ¡Cuántos vicios no produce el respeto humano, por ejemplo; y cuántas virtudes no ahoga, especialmente en el corazón de las mujeres y de los jóvenes! No hay duda que muchas veces nuestras pasiones son naturales y legítimas, como por ejemplo, el amor de la vida y el temor de la muerte; pero muchas veces también se ha visto que este amor de la vida y este temor de la muerte ha impellido el alma fuera de sí misma. ¡Cuántos apóstoles se han hecho desertores y perjuros bajo el imperio de esta pasión! ¡Cuántos mártires se han hecho apóstatas! ¡Cuántos vírgenes se han olvidado de la virtud! ¡Cuántas esposas han despreciado sus deberes! ¡Cuántos cristianos han caído en la infidelidad! No sucedió así con las pasiones de Jesucristo; dociles y sumisas en sus principios, fueron también inocentes, puras y santas en sus efectos.

Observad, os ruego, el relato que los evangelistas nos hacen de la tristeza y del pavor de Jesús en el huerto de las Olivas. Todas las palabras de que se valen, observa el intérprete, expresan el dolor

(1) *Super naturam fuerunt, quia non praecelebant in eo voluntatem. Nihil enim coactionem in Christo, sed omnia voluntaria fuerunt. Volens enim exsultare, timuit, tristatus est. (De Fide, lib. 3.)*

(2) *Gloriamur in Christo Jesu. (Philipp. 3.)*

con una especie de *énfasis* (1). Estas palabras mismas del Salvador: *Mi alma está triste hasta la muerte*, significan claramente: El temor de los tormentos y de las ignominias que me aguardan me llena de tristeza; mi terror es tan vivo, y ha penetrado y quemado mi alma de tal modo, que si de ella desbordase sobre mi cuerpo, sería suficiente para hacerme morir. Yo experimento una melancolía y un abatimiento semejantes á los que experimenta un hombre que lucha con la muerte. Yo siento que mis fuerzas me abandonan, que mi vida y mi alma se separan de mí, y me parece que me muero por la violencia sola de mi dolor. Estas palabras del Salvador: *Mi alma está triste hasta la muerte*, tienen, según S. Hilario, esta significación. Tal es el terror que experimento en el fondo de mi corazón que, si la presencia de mi virtud divina no viniera al socorro de mi flaqueza humana, no podría sobrevivir á él, sino que debería necesariamente morir (2). Y sin embargo, ¡o grandeza de alma de Jesús! Todo está perfectamente ordenado en el autor del orden. Sufrimientos excesivos en la parte sensitiva é inferior, y libertad perfecta y absoluta en la parte superior y racional. Su tristeza es profunda y su resolución es firme. Este dolor tan agudo y tan penetrante no turba en ninguna alguna su razón; no disminuye su fortaleza; no perjudica su poder; ni quebranta en manera alguna su propósito generoso de caminar á la muerte por nosotros. Muy pronto le oiremos, en la súplica sublime que dirige á Dios su Padre, tener horror á la muerte y desearla, palpar de temor á vista de ella y aceptarla gozoso (3). Nosotros le veremos retroceder ante la imagen de la muerte y salir al encuentro á los que vienen á darla (4). ¡O dichosas pasiones de mi Salvador! La razón les da su vehemencia, y la razón les asigna sus límites, de modo que no se dirigen á ninguna fin que no sea santo, sublime y divino; ¡O pasiones puras que lejos de humillar al mediador de los hombres, no hacen otra cosa que darle manifestando su divinidad, al mismo tiempo que revelan su perfecta semejanza con el hombre! *Debut per omnia fratribus simulari.*

Fácilmente, las pasiones son humillantes para nosotros, no sólo en sus principios y en sus efectos, sino también en su objeto y en su

(1) *Singula verba illius emphaasin doli. (In 26 Math.)*

(2) *Tristis est anima mea, etc. id est: Tanta est animae meae tristitia, ut, nisi virtus divina periretaret, me periret usque ad mortem. (In 26 Math.)*

(3) *Tramite... ex rali. etc. Verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat.*

(4) *Surgite, animi hinc.*

fin. Nuestros temores y nuestras esperanzas, nuestra tristeza y nuestra alegría, nuestra repugnancia y nuestros deseos tienen generalmente un objeto frívolo. Nosotros nos inquietamos muchas veces por males puramente quiméricos, ó por bienes que no tienen realidad alguna, y que con frecuencia son funestos. Nosotros tememos la pobreza, que nos causa una humillación saludable; la tribulación, que nos conduce al fortalecimiento; la humillación, que nos cura del orgullo; las enfermedades, que evitan en nosotros el pecado; y la muerte, que nos asegura una vida inmortal (1). Por el contrario, amamos y buscamos las riquezas, que corrompen nuestro corazón; los placeres, que nos debilitan; la gloria, que nos embriaga y la prosperidad, que nos pierde. Muchas veces tambien solo se dirigen las pasiones á un objeto culpable. Efectivamente muchas personas no temen otra cosa que la virtud, no ansían otra cosa que el vicio, ni se proponen otro fin, en sus alocuciones, que arrebatarse el bien, empujar el honor y destruir la vida de sus semejantes.

Más, ¿qué objeto tuvieron las pasiones humanas en Jesucristo? S. Pablo nos lo enseñó con estas palabras: Jesús, dice, tuvo siempre un fin sublime, puro y digno de un Dios; jamás tuvo otro móvil que la misericordia y el amor: *Debuit per omnia fratribus simillari*.

Santo Tomás, de acuerdo con los santos Padres, afirma que las pasiones de nuestro Salvador tuvieron tres fines principales: el primero, satisfacer á Dios por los pecados del mundo; el segundo, proporcionararnos un remedio contra nuestras pasiones; y el tercero, probarnos la verdad de su humanidad. Yo tendré ocasión de desenvolver cumplidamente los dos primeros motivos en el curso de estas conferencias. En este día me limitaré únicamente al primero, y procuraré haceros comprender cuán importante es para nosotros este motivo, y cuán digno es de la bondad de nuestro divino Maestro: *Et misericordia fieret*.

Notad, en primer lugar, estas palabras de S. Pablo: Jesucristo, dice, *debuit* hacerse semejante en todo á los hombres, con los cuales quiso tener á Adán por padre. Esto quiere decir que no fue solo por simpatía y por afecto por lo que quiso tener con nosotros una perfecta semejanza y tomar nuestras pasiones, como lo haría un hijo de un rey que, arrastrado por su inclinación á un esclavo, adoptase su lenguaje y sus modales y se hiciese semejante á él. Por el contrario, la palabra *debuit*, *debio*, implica una especie de necesidad. Significa

(1) Illic trepidaverant timore nili non erat timor. (Pr. 43.)

que habiendo concebido el Salvador, en la inmensidad de su amor y en la plenitud de su libertad, el designio de revestirse de nuestra mortalidad para salvar á los hombres, fue necesario que se hiciese en todo semejante á ellos; porque solo de este modo es como podia darles una prueba sensible de su misericordia: *Debuit per omnia fratribus simillari, ut misericordia fieret*.

Para comprender esto, recordemos, dice S. Agustín, que el pecado de Adán era de tal naturaleza que solo el hombre que lo había cometido podia expiarlo; pero que al mismo tiempo, solo un Dios era el que podia satisfacer dignamente á Dios por este mismo pecado (1). La verdad de la Redencion depende por consiguiente de la verdad de la Encarnacion. Si el Verbo de Dios no tomó verdaderamente la naturaleza del hombre, esta naturaleza desgraciada no oro ni sufrió ni satisfizo en él; ella es estraña á la accion reparadora del Divino Mediador; ella no tiene parte alguna en su sacrificio; ella no ha sido rescatada.

Si el Verbo eterno no vistió la naturaleza humana sino en apariencia, su redencion, lo mismo que su naturaleza, es una cosa ilusoria. Sin embargo, esclama S. León, nosotros hemos sido verdaderamente rescatados; porque de nuestro mismo reñid fue escogida la víctima que se inmolo en el Calvario. Esa carne inmaculada engendrada por una Madre virgen, y clavada despues en la cruz por la impiedad de los judios, nos pertenece, y es verdaderamente nuestra. Jesucristo en su pasion ha defendido nuestra misma causa, porque reunia en sí, y representaba bajo una forma real la naturaleza de todos los hombres, á escepcion del pecado (2).

El Verbo de Dios era al mismo tiempo verdadero hombre. Esta es una verdad consoladora, y tanto mas importante cuanto que es el fundamento de todo el Cristianismo. Así es que el Salvador ha quiso hacer de una evidencia incontestable, mostrándose á vista de la muerte, accesible á la tristeza, al tedio y al temor. Tal es al menos la comun opinión de los padres. Oigamos á algunos de ellos.

Antes de morir podia Jesús, si tal hubiera sido su voluntad, dice S. Agustín, haber elegido de sí la tristeza; pero quiso pasar por esta prueba para mostrarnos que tenía en sí la naturaleza física del

(1) Peccatum Adæ tantum erat ut illud non deberet solvere nisi homo; sed non posset nisi Deus.

(2) Nostrium est quod peperit materno Virginitas; nostrum est quod hinc inde circumfuit impietas. Per eum agitur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (Serm. VIII, et XIII.)

hombre, de lo que es propio afligirse bajo el peso de la tribulación y bajo el golpe de la muerte (1).

S. Juan Crisostomo es todavía más explícito. Para condenar de antemano la impiedad de los herejes *fantásticos*, que sostenían que Jesucristo solo había tenido un cuerpo aparente y fantástico, nuestro Redentor se somete á sufrir todos los males de nuestra condición; él experimentó el hambre, la sed y la fatiga; él sufrió á la hora de la muerte nuestra repugnancia y nuestras angustias. En una palabra, él padeció absolutamente como un hombre para convencernos de que había tomado una verdadera humanidad (2).

Observad también que el Salvador no dijo: *Yo estoy afligido*; sino: *Mi alma está afligida*: palabras admirables y llenas de sabiduría, en opinión de S. Ambrosio. En efecto, valiéndose Jesús de este lenguaje, nos ha revelado por una parte, que había en él, además del alma, el *yo* ó la persona del Verbo, á la que su alma y su cuerpo estaban sustancialmente unidos, y esta es la razón porque dijo *mi alma*; y que por consiguiente la tristeza estaba en la naturaleza humana y no en la naturaleza divina. Por otra parte nos ha hecho ver que al hacerse hombre, no solo tomó un cuerpo, sino también un alma humana, en una palabra, que vistió una humanidad perfecta como la nuestra (3).

Veid aquí finalmente como se expresa S. Hilario: Jesucristo se manifestó triste, horrorizado y afligido; él vertió lágrimas, no para recibir algún consuelo de parte de los hombres, sino para revelar á los hombres un grand misterio. Al experimentar esas flaquezas, esas afecciones puramente humanas, quiso convencernos de la realidad de su humanidad (4).

Deduzcamos de todo esto, añade S. Agustín, que al someterse Jesucristo á estas pruebas de nuestras enfermedades, lo mismo que al revestirse de nuestra carne, no ha sido obligado por una ne-

(1) *Mortuus ponit utique sine tristitia esse; sed portavit infirmitatem eorum qui iustas tribulationes impie cruciabantur. (In Ps. 30.)*

(2) *Ut ne phantasma putaretur, permittit karum suum ferre naturales defectus: curare, sinit; laborare, sinit; humana sustinet, ut veram carnis se habuisse demonstraret. (Hicel., 48: in Math.)*

(3) *Tristis est, non ipse, non divina substantia, sed anima: suscepit enim animam meam sicut et corpus meum. (Lib. 10: in Luc.)*

(4) *Christus non sibi debuit, sed nobis: ut assumpti hominis veritatem ipse quoque affectus humane consuetudinis prelatetur. (De Trinit. 10.)*

cesidad de la naturaleza, sino por un exceso de misericordia (1).

Y bien, como nos convenceríamos, prosigue S. Ambrosio, de que Jesucristo es nuestro Redentor, y de que sufrió por nosotros, si hubiera rehusado asemejarse á nosotros, y hubiera desdichado nuestros sentimientos como indignos de él (2). Desde el instante en que él se sometió al terror y á la tristeza, que son propias del hombre enfermo, cuantos menos motivos tenía para temer y afligirse por sí mismo, tanto mas ciertos estamos de que se afligió y temió por nosotros (3). Si no supiéramos que Jesucristo es Hijo de Dios no podríamos conocer si la idea de los tormentos de que estamos amenazados fué la que le hizo sufrir aquella tristeza mortal que descubrió con tanta confianza á sus discípulos; mas como sabemos que es Hijo de Dios y verdadero Dios y feliz por consiguiente en sí mismo, podemos deducir, al verle triste y lloroso, que él no se aflige sino por nosotros, y que sus lágrimas no corren sino por nosotros (4). Como verdadero cristiano no me ruborizo yo de la tristeza de Jesucristo, así como tampoco me ruborizo de su cruz; y o publico que mi Salvador se afligió, lo mismo que digo que fué crucificado, sin que mi confianza se disminuya por eso, porque su aflicción y su cruz me prueban igualmente que el misterio de la Encarnación no fué una apariencia sino una verdad, y que el motivo principal que le impulsó á obrar fué el amor que me tenía (5).

Mas, el motivo de misericordia, que hizo temblar al Salvador á vista de la muerte, es de tanta importancia respecto á la dignidad del mismo Salvador y respecto á nuestra fe y á nuestra esperanza, que exige de nosotros una explicación mas extensa.

Observemos á este propósito con S. Agustín que el temor de la muerte nos es efecto de una vana opinión ó de una preocupación funesta; sino que es un sentimiento natural al hombre: y que *ha temido por morir al mismo Dios* (6). Si la muerte fuera en sí una cosa agradable ó indiferente, la gloria de los mártires sería quimérica, pues que no habrían hecho á Dios otro sacrificio que el de un vano

(1) *Hoc humano infirmatis affectus, non igitur carnis, sed carnis conditionis necessitate, sed misericordie voluntate suscepit. (Lib. 8: in Luc.)*

(2) *Quomodo doleret meo vulnere, si meum non gereret affectum? (In Ps. 51.)*

(3) *Ergo pro me doluit, qui pro se nihil habuit quod doleret. (In Luc.)*

(4) *Tanto meo infirmatis affectus: suscepit tristitiam meam. (In Luc.)*

(5) *Concordes tristitiam nominis, quia carnis prelio: necque enim speciem incarnationis contempsit, sed veritatem. (Ibid.)*

(6) *Mortem timeo Christi equum, sed natura. (Serm. CLXXII, de Verb. Ap.)*

terror (1). Pero no es así; por el contrario, el enemigo más formidable, que los mártires tuvieron que vencer al confesar la fe, fué el amor de la vida. Este amor vivía siempre en el fondo de sus corazones, aun ante la perspectiva de una felicidad eterna, en cuya posesión iban a entrar al dar la vida por Jesucristo. Triunfando de este amor por amor de Jesucristo fué como tantos cristianos merecieron la gloria del martirio; y por no haberlo sabido ó no haberlo querido vencer fué por lo que otros cayeron en una malhadada apostasia.

Si el deseo de la muerte es un sentimiento común a todas las almas santas y perfectas, todas ellas sin embargo experimentan al ocurrirse un horror instintivo y secreto. En tanto que exclaman con S. Pablo: *Desgraciado de mí que soy hombre! Cuando me verá libre de este cuerpo de muerte* (2) una voz secreta de la naturaleza parece que protesta contra este generoso deseo, y repite con el mismo apóstol: *Yano quisiera sin embargo ser de pujado de mi cuerpo; yo desearia que lo que hay en él de corruptible fuese absorbido por la vida ó por la gloria celestial, y con la inmortalidad viniese á cubrirme como una vestidura nueva, sin que tuviera necesidad de despojarme de la antigua* (3). Esto equivale á decir, según observa San Juan Crisostomo, que los santos desean sin duda una vida mejor que los una á Jesucristo, pero que no desean la muerte por sí misma. Si ellos la invocan, es por el deseo que tienen de verse libres de la corrupción y de la concupiscencia que se ocultan en su cuerpo y que son obra del pecado; pero no odian el cuerpo que es obra de Dios. Ellos quieren despojarse de lo que les es extraño, mas no quieren que se les arrebathe lo que les es propio (4). Si es un deber para nosotros aceptar la muerte con resignación, como una pena que Dios ha impuesto con justicia al hombre para que expie su pecado, si es un acto de caridad sublime descartar, á fin de unirse cuanto antes á Jesucristo para siempre; sin embargo, experimentar el horror á ella es un sentimiento natural y legítimo; y el miedo de un noble

(1) Si nulla esset mortis, aut parva molestia, non esset tam magna Martyrum gloria. (Treat. 122 *In Thomam*.)

(2) Infelix ego homo! Qui me liberabit de corpore mortis huius? (Rom. 7.)

(3) Nolimus expoliari, sed supervetiri, ut absorbeatur quod mortale est á vita. (II. Cor. 5.)

(4) Non carmen volumus deponere, sed corruptionem; non corpus, sed mortem. Non corpus est opus Dei; corruptio et mors autem peccato inveniunt. Ad ignem Paulus: In quo alium est excoelo volo, non quod possidem. (Ser. XXIII. de Rom.)

instinto que nos recuerda que fuimos destinados en un principio á la inmortalidad. Porque aun cuando el pecado nos haya despojado de este glorioso privilegio, no dejamos por eso de aspirar á él, así como el hijo desheredado pierde sus derechos á la sucesión paterna, pero no el deseo de obtenerla. De modo que si se exceptúan los ensos en que el hombre es impulsado al suicidio por algún desarreglo de sus facultades intelectuales ó por una fría desesperación, no puede arrancarse enteramente de su corazón, dice Sto. Tomás, el deseo de vivir, y por consiguiente la muerte es siempre para él un objeto natural de horror (1).

Esto supuesto, Jesucristo experimentó un terror mortal en presencia de la muerte, para convencerlos, dice S. Juan Crisostomo, por este sentimiento natural al hombre, que había tomado realmente nuestra mortalidad, y que era, como nosotros, hijo de aquel Adán cuyo pecado se disponia á expiar (2).

Los mártires podían con toda seguridad desplegar su fortaleza, insultar á los tiranos y manifestar un gozo sincero y una calma perfecta en medio de los suplicios más atroces; ellos podían mirar con intrepidez los crueles aparatos de la muerte; nadie podía dudar que ellos eran verdaderos hombres. Mas, si á vista de una muerte afrentosa, precedida de los tormentos y de los oprobios de una pasión no menos dolorosa, no hubiera manifestado Jesucristo ninguna señal de dolor, de tristeza ni de espanto, los herejes habrían abusado de esta circunstancia. Ellos hubieran pretendido que su humanidad no era semejante á la nuestra; que ella era aérea ó aparente, espiritual ó celestial, y por lo mismo impasible. Porque si, á pesar de todas las pruebas que el Salvador dió de la realidad de su carne, se encuentran todavía herejes que se han atrevido á negarla; hasta qué punto no hubieran llevado su temeridad si Jesucristo se hubiera mostrado impasible ó indiferente á vista de la muerte?

Esta reflexión es de S. Juan Crisostomo, el cual se expresa en estos términos: Si la malicia del demonio se atrevió á negar la verdad de la naturaleza humana de Jesucristo por el órgano de Marcion, de Valente, de Manés y de tantos otros novatistas impíos; si él procuró también destruir por su base todo el misterio de la Redención, á pesar de que los sufrimientos experimentados por Jesucristo, su muerte y su sepultura demuestran que es hombre; qué estragos tan

(1) Naturaliter vitam perpetuam remanere vellemus et amissio vite corporalis naturaliter est horribilis humane nature. (3. p. p. 46. a. 6.)

(2) Non tam carnis; sed quod est humanum intenderet. (In Matth. 26.)

SEGUNDA PARTE.

Ya hemos visto al principio de esta conferencia la precisión y claridad con que David había anunciado en los salmos el misterio de la tristeza del Salvador en el buerto. Ahora añadimos que el mismo David, historiador fiel de Jesucristo, más bien que su profeta, no solo anunció este misterio, sino que también presentó la figura de él en su persona. La Sagrada Escritura nos refiere que, saliendo de Jerusalén el santo rey, perseguido por Absalon su hijo ingrato y degenerado, caminaba a pie, con la frente encorvada por el dolor, sin llevar más acompañamiento que las personas de su casa y el pequeño número de súbditos que le habían permanecido fieles. Todos le seguían derramando abundantes lágrimas (1).

También nos dice la Escritura que al salir de Jerusalén el santo rey se dirigió hacia el arroyo Cedron. Después de haber atravesado este torrente, subió al monte de las Olivas, con los pies desnudos y la cabeza descubierta, y se detuvo allí llorando para adorar a Dios y ofrecerle su humilde suplica (2). Pues bien, dice A. Lapidé fundado en la opinión de los antiguos Padres, es imposible no ver en este cuadro el retrato anticipado de Jesucristo, que perseguido también por nuevos Absalones, por los Judíos, sus hijos ingratos y rebeldes, abandonó a Jerusalén con un ayo de tristeza profunda; el no va acompañado más que de su pequeña familia, es decir, de los apóstoles, que participan de su aflicción; el atraviesa el mismo torrente Cedron, y va también a retirarse al monte de las Olivas, para orar allí en actitud de la mayor humildad y del más vivo dolor (3).

Grocio, intérprete protestante, y por lo mismo nada sospechoso de misticismo, añade que Achitophel, el amigo antiguo y el consejero de David, a quien hizo traidor después para hacerse consejero y guía de Absalon, fue la figura de Judas. En efecto, este pérfido discípulo hizo también traidor a Jesús, cuyo amigo había sido, y sirvió de guía a los Judíos para que pudiesen apoderarse de la persona del Salvador, como lo había aconsejado el mismo. Por

(1) *Egressus est rex, et universa domus eius pedibus suis omnesque flebant voce magna.* (II. Reg. 15.)

(2) *Transgrediebatur torrentem Cedron; ascendebat olivum olivarium, flevit, et aperto capite, et nudis pedibus, adorabat Dominum.*

(3) *David cum suis transgressus torrentem Cedron, fuit typus Christi, eundem torrentem transgredientis.* (In Matth. 26.)

otra parte, continúa el mismo autor, Absalon, indigno hijo de David y rebelde a su rey, fue la figura del pueblo judío, a quien el Señor, en la Sagrada Escritura, había llamado *su hijo*, y que se reveló contra Jesucristo, su verdadero maestro y señor (4).

Pero del mismo modo que David, después de la persecución de Absalon, subió al trono y se afirmó en él; así Jesucristo, después de la persecución de los Judíos, estableció su reino sobre bases eternas: *Et regni ejus non erit finis.*

Y para que nada falte a la semejanza entre la figura y el original, debemos añadir que Achitophel, autor y complice de la rebelión de Absalon, y Judas, que había animado la traición de los Judíos, cayeron los dos en la desesperación, y perecieron de la misma manera, estrangulándose con sus propias manos. Y finalmente, un acero vengador puso fin a los crímenes de Absalon dándole la muerte, así como la espada de los romanos destruyó al pueblo judío dispersando por el mundo sus desgraciados restos.

Mas, si David se mostró inconsolable en la muerte de Absalon no fue tanto, a mi parecer, por haber perdido su hijo amado, como porque, ilustrado por una luz profética, descubrió en el triste fin de Absalon la terrible figura del fin todavía más triste del pueblo judío, que debía ser heredero de su castigo lo mismo que de su crimen. Por otra parte el dolor que David manifestó en esta ocasión fue también una figura de la tristeza mortal que Jesucristo experimentó en Gethsemani por la pérdida de su pueblo predilecto y la de los cristianos que habían de seguir su ejemplo.

Así pues, desgraciados de vosotros, Absalones sensuales, ingratos y rebeldes, para quienes la santa tristeza de la piedad, las prácticas severas del Evangelio y el espíritu de sumisión y de obediencia a la voluntad de vuestro Padre celestial, son cosas desconocidas! Desgraciados de vosotros, los que solo pensáis en asegurarnos en el mundo una posición cómoda y brillante, y en pasar alegremente vuestros días en medio de los regalos y de los gozos de la vida! Porque llegará un día en que vuestra loca alegría y vuestras risas insensatas se convertirán para vosotros en un motivo de llantos eternos y de eternos dolores (5).

Mas por el contrario, los compañeros que habían permanecido

(4) *David typus Christi; sicut perfidus Achitophel Judæ, ita Abshalonus, ingratus et rebellis filius populi judæi imaginem gerit.* (In Joann.)

(5) *Vni vobis qui ridetis nunc! Quia flebitis.* (Luc. 6.)

fieles á David, y que le habían seguido en su fuga y en su destierro, dividieron después con él las comodidades del trono; y fueron por consiguiente una figura de los apóstoles y de todos los verdaderos cristianos que, después de haber estado asociados á la tristeza y al dolor de Jesucristo, participarán de su gloria y de su felicidad.

¡Dichosas pues las almas fieles, que animadas de un celo sincero por su salvación eterna y de un amor ferviente por Jesucristo, procuran asociarse á sus amarguras! Si, almas cristianas, vosotras seréis dichosas si sufrís vuestras delicias en la soledad, si os encerráis lejos del mundo, en el silencio de la oración, en medio de las lágrimas y de las mortificaciones de la penitencia; porque vuestra tristeza, vuestra pobreza, vuestro recogimiento, vuestra humildad, vuestra modestia, vuestra reserva, vuestra delicadeza de conciencia, vuestra vida de sacrificio y de oración, todas estas cosas de que el mundo se burla porque no conoce su valor ni su recompensa, serán convertidas un día para vosotras en una alegría perfecta, en una gloria inmortal; que los mundanos podrán envidiaros, pero que jamás os podrán arrebatar (1).

El lugar mismo en que Jesucristo se turba y se enfriestece es su premio tanto mas feliz para vosotras, cuanto mas funesto es para los pecadores. En efecto, el valle de Gethsemani, atravesado por los aguas del arroyo Cedron, es precisamente el valle de Josafat, como afirma el venerable Beda (2). ¡En este lugar pues, es donde embriagados de gozo y circundados de luz, veréis un día, ó almas predestinadas, á los Absolones modernos, á los mundanos, muy diferentes de lo que son hoy! Al presente están entregados á la sensualidad, al orgullo y á la avaricia; ellos se muestran intratables, desdenosos, crueles y sin piedad. Al presente, viles colmijadores de vuestras acciones, censores injustos de vuestra piedad, son los autores de vuestros desgracias. Mas entonces los veréis humillados, degradados, postrados á vuestros pies, con el signo de la reprobación en la frente, el sello de la ignominia en el semblante y la desesperación en el corazón, esperar de vuestros labios la sentencia que ha de decidir de su desgraciada suerte por toda la eternidad (3).

(1) Tristitia vestra convertetur in gaudium; et gaudium vestrum nemo tollet á vobis. (Joan. 20.)

(2) Inter muros urbis et montem Olivetum est vallis Josaphat, interfluviuque á torrente Cedron.

(3) Stabant iusti in magna constantia adversum eos qui se angustiaverunt. (Sap. 5.) Judicantes duodecim tribus Israel. (Math. 19.)

¡Oh! cuán terrible será encontrarse entonces á la izquierda, entre los réprobos en compañía del demonio! ¡Y cuán dulce será estar á la derecha con Jesucristo y entre los escogidos! Ay! Supuesto que todavía es tiempo, hagamos un esfuerzo para asegurar desde hoy el puesto que desearemos ocupar en ese gran día. Reunámonos para esto en torno de Jesucristo; deseemos humillarnos, sufrir y mortificarnos por él, y tendremos seguramente la dicha de reinar con él (1). De este modo reconocemos por nuestra propia experiencia que las humillaciones y las miserias humanas, cuya prueba habla querido sufrir Jesucristo, fueron la condición necesaria para que participásemos de su misericordia en esta vida y de su gloria en la otra: *Debit per omnia fratribus simillari, ut misericors fieret*. Así sea.

(1) Si... compatimur ut et glorificemur. (Rom. 8.)

CONFERENCIA TERCERA.

La Oración en el Huerto con relación a Jesucristo



Aspirantes in auctorem fidei, et copiosius loquentur Jesum.

Postulat los que en Jesús, autor y encontrador de la fe.

(Luc. XII. 2.)

Mientras que la sabiduría del hombre no comunica sus lecciones sino por medio de la palabra, Jesucristo, la sabiduría de Dios, nos ha instruido también con sus obras. Ya ocho siglos antes, había anunciado Isaías que los hombres serían instruidos en la escuela del Mesías, no solamente escuchándole, sino también viéndole (1). Esta es la razón, porque el apóstol S. Pablo nos exhorta á que nos acordemos siempre de las instrucciones salidas de la boca de nuestro Divino Maestro, y principalmente á que tengamos los ojos continuamente fijos en sus ejemplos; asegurándonos al mismo tiempo que estas miradas de piedad, de religión y de amor nos harán progresar mucho en la ciencia de la fe, y nos ayudarán á consumar la obra importante de nuestra salvación: *Aspirantes in auctorem fidei, et copiosius loquentur Jesum.*

Nuestro misericordioso Salvador ejerció principalmente este divino precepto en el principio de su sagrada Pasión. En efecto; ¿hay cosa alguna que, á primera vista, nos parezca menos digna de un Dios Redentor que la oración que hace en el huerto? Y sin embargo, en esta oración, en la que parece que rezaba la muerte como el más dulce de los hambres, se muestra claramente verdadero hijo de Dios y Redentor del mundo.

No haremos pues otra cosa en el día de hoy que fijar con una placida atención nuestras miradas en Jesús cuando ora; este será el modo de confirmarnos en nuestra fe, de abrasar nuestros corazones

(1) Et erunt oculi tui videntes gratitorem tuum. (Is. 80.)

LA ORACION EN EL HUERTO CON RELACION A JESUCRISTO. 39
en el amor de Dios, y de esmerarnos á consumar con él la obra de nuestra salvación.

PRIMERA PARTE.

Después que el Salvador, en el Huerto de las Olivas, hizo conocer á sus discípulos, como dijimos ayer, el dolor que inundaba su alma, y les recomendó la calma, la vigilancia y la oración, S. Mateo y S. Marcos nos dicen que se alejó un poco de Pedro, de Santiago y de Juan (1). Por una parte, dice Orígenes, se alejó á fin de quedar solo para orar; porque la soledad conviene especialmente al corazón afligido y al alma desconsolada, que procura encontrar el consuelo en el recogimiento y la oración; mas por otra parte, se alejó poco, á fin de que los apóstoles pudiesen ser testigos de su aptitud y oír los acentos de su oración para poder anechar un día los grandes misterios que le habían de ver obrar para la salvación del mundo. S. Lucas se vale á este propósito de una expresión muy notable. El ánge que Jesús se arranca de sus discípulos y se alejó de ellos á la distancia de un tiro de piedra (2). No hay en la Escritura Sagrada, dice S. Jerónimo, una sola palabra ni una sola letra que no haya sido colocada con intención y por un justo motivo (3). Por consiguiente, al decir el Evangelista, no que Jesús se alejó, sino que se arrancó de la compañía de sus discípulos, expresion que en cierta una idea de benevolencia, de adhesión y de afecto, nos ha dado á entender claramente que Jesús se alejó de sus amados discípulos con pena y como por fuerza, y que este sentimiento procedía, no de que él tuviese necesidad de su compañía ni de sus consuelos, sino de que ellos mismos necesitaban de su presencia y de su apoyo. ¡O amable Jesús! Luego es verdad que si nosotros permanecemos en estado de gracia, si nos mostramos vuestros verdaderos discípulos, vos encontráis vuestras delicias en permanecer con nosotros! Luego es cierto que, no sin un disgusto amargo, os separáis de nosotros cuando nuestra tibieza, nuestra ingratitude y nuestros pecados os obligan á alejarnos de nosotros! Pero, ¡o misterio de misericordia infatigable! Aún en este caso, Jesús no se aleja sino á una distancia corta, y de tal modo que podamos verle y ser vistos de él, oírle y

(1) Progressus proculum. (Math.) Cum progressisset proculum. (Marc.)

(2) Et ipse avolavit ab eis quantum jectus est lapillus. (Luc. 22.)

(3) Neque littera in Scripturis sine causa est. (In 18. Math.)

ser oídos. El permanece a muy poca distancia a fin de poder, celosamente una mirada amorosa, convertirnos y volver a ocupar su lugar en medio de nosotros.

Notad también esta bella y misteriosa expresión: *Se alejó a la distancia de un tiro de piedra* (1). Cualquier persona, lo mismo el niño que el hombre, puede arrojar una piedra a una distancia mas ó menos larga, según el grado de su fuerza. Luego al decir el Evangelista que Jesús no se alejó sino a la distancia de un tiro de piedra, ha querido advertirnos que cuando nuestra cobardía, nuestra insensibilidad, nuestro sueño y nuestras faltas obligan a Jesús a alejarse de nosotros, lo hace de manera que con un ligero esfuerzo de nuestra parte, un poco de violencia sobre nuestras pasiones, una intención recta, ó una suplica ferviente podemos todos y cada uno de nosotros lanzar hacia el nuestro corazón, cuya dureza le ha hecho semejante a una piedra. Cualquier brazo es bastante fuerte para esto, toda voluntad puede llegar sin trabajo hasta nuestro Salvador Jesús, todo deseo sincero puede llegar a herir amorosamente su corazón y obligarle a abrirse a la misericordia. Esta es la causa por que la Escritura Sagrada nos dice: Arroja tus cuidados y tus afecciones en el seno de Dios, y el recibirá tu corazón en el suyo, derramará en él la unción de su gracia, él lo ablandará, él convertirá la piedra en barro, él lo alimentará y le dará la vida (2).

Después que el Salvador se alejó un poco de sus discípulos, se puso de rodillas, añaden los Evangelistas: inclinó humildemente su cuerpo, bajo su frente (3) y se prosternó devotamente con el rostro contra la tierra (4). ¡O espectáculo capaz de enternecer los corazones mas duros! ¡Ved ahí arrodillado a aquel cuyo nombre no pueden oír pronunciar los habitantes del cielo, los de la tierra ni los del infierno, sin caer al momento de rodillas (5)! El hijo de Dios adora y pide a su eterno Padre como el último de los hombres! ¡Ah! Esto consiste en que, al mismo tiempo que ha querido tributar a Dios su Padre, por medio de esta humilde actitud, por este acto de adoración, un culto perfecto y digno de él, ha querido enseñarnos también la humildad, el recogimiento y el respeto con que

(1) Quantum locutus est lapidis.

(2) *Facile super thronum curam tuam; et ipse te eruiet. (Ps. 34.)*

(3) *Prostratus in faciem suam. (Math.)*

(4) *Prostratus super terram. (Marc.)*

(5) In nomine Jesu omne genuflectatur coelestium, terrestrium et infernorum. (Philipp. 2.)

debemos adorar y suplicar a la majestad infinita de Dios. Él ha querido instruirnos, con su ejemplo, de la necesidad que tiene el hombre, cuando ofrece a Dios el homenaje de su adoración y de sus preeces, de asociar todas las partes del cuerpo a los sentimientos de su alma, a fin de que todo el hombre sea el que pide y adora. Previendo que los herejes se atrevieran un día a poner en duda la importancia de los actos exteriores del culto, quiso enseñarnos el mismo que las genuflexiones, las inclinaciones, la elevación o la unión de las manos, los golpes de pecho, la señal de la cruz, en una palabra, todas las ceremonias de la Iglesia, están un muy lejos de ser cosas indiferentes; que, si ellas no alcanzan la gracia por sí mismas, concurren sin embargo a alcanzarla, supuesto que humillan el espíritu, invitan al recogimiento y aumentan la devoción.

Mas no perdamos de vista a nuestro Salvador que, al aplicar a la tierra su frente, su boca y sus brazos extendidos, convierte en bendición la antigua maldición con que estaba herida la tierra, la abraza, la estrecha contra su corazón y le da el beso de paz que la reconcilia con el cielo; la riega con sus lágrimas, la humedece con un sudor sangriento y se prepara para consumir la obra de nuestra salvación. En efecto, levantando lentamente la cabeza, fijando en el cielo sus ojos bañados en lágrimas, y extendiendo los brazos en forma de cruz, exclama con una voz sonora aunque triste, con un tono firme pero humilde y respetuoso: Padre mío, Padre mío, vos que todo lo podéis, ¡ay! haced que este cáliz de mi pasión se aleje de mí, porque está demasiado lleno de vuestro furor. Si es posible, si vos lo queréis, os pido la gracia de que me dispenséis de beberlo. Sin embargo yo me someto enteramente a todo cuanto disponáis. Hágase vuestra voluntad y no la mía (1).

Mas, ¡o Dios mío! que oración es esta! ¡Es este el resultado de los ardientes deseos, de los vehementes trasportes que han hecho suspirar a Jesús toda su vida por el cáliz de sus penas! ¡Ahora que ese cáliz se le presenta, procura aljarle de sí, vuelve la cabeza y pide con instancias a su Padre que le libre de él! ¿No es él quien decía pocos días ha a sus discípulos: Yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre? ¡Oh! ¡si supiese el dolor que me devora y cuánto me parece que tarda el día en que debo beber de él hasta las heces! ¡Si vosotros pudierais ver como palpitaba de impaciencia mi corazón, con cuánta ansia desea volar al encuentro de la lanza que

(1) *Pater, omnia ista possibilia sunt. (Marc.)*

debe atravesarla (1)!; Y bien, cómo se concilia este deseo ardiente que Jesús experimenta de derramar su sangre por vosotros, con la repugnancia que manifiesta ahora a derramarla!

¡O suplica llena de terribles misterios! Si el padre eterno no escuchó a su Hijo, ¿qué va a ser de Jesús? Y si lo escuchó, ¿pobres de nosotros! ¿qué suerte será la nuestra? ¿Deberemos decir que Jesús siente que sus fuerzas le faltan, que su valor le abandona, que su amor vacila y que la salvación del mundo está en peligro? No, hermanos míos; todo lo contrario. Mientras que esta oración parece que debe escandalizar nuestra fe, ella la confirma; mientras que ella pone en duda, al parecer, nuestra salvación, la lleva a debido efecto: *Aspicientes in anclorem fidei, et consummationem Jesum.*

Sería un error muy grave, dice S. León, creer que Jesucristo haya querido por un solo instante rechazar la muerte, por medio de esta suplica; porque no solo la había aceptado ya desde el instante de su encarnación, sino que había consagrado también su perpetua memoria en la institución de la Eucaristía, y por medio de este sacramento había comunicado ya anticipadamente su fruto a sus discípulos (2).

Esta razón tiene mucha fuerza, porque, según el modo de argumentar de S. Hilario, el cáliz, que Jesucristo distribuyó entre sus discípulos durante la cena, era el cáliz mismo de su pasión; él contenía la sangre misma que iba a ser derramada muy pronto para la remisión de nuestros pecados, y suponía por consiguiente la inmolación de la víctima. El Salvador pues no podía retractarse de lo que había hecho.

Él no podía negarse a ser víctima, supuesto que ya se había inmolado al mismo como víctima de una manera mística. El no podía negarse a derramar su sangre, supuesto que había ya dispuesto de ella para nuestro provecho en el sacramento de la Eucaristía (3). A esto añade S. Agustín que Jesucristo como Hijo de Dios había pronunciado, de acuerdo con su eterno Padre, el decreto de su pasión y muerte. Esta es la razón por que estaba en cierto modo

(1) *Espluma habeo baptizari: et quomodo excoctor usque dum perficiatur.* (Luc. 12.)

(2) Non est existimandum quid Dominus Jesus passionem et mortem voluerit declinare, cuius jam discipulis sacramenta tradiderat. (Serm. 75.)

(3) Numquid pati ipse voluit? Atqui superius fundendum in remissionem peccatorum corporis sui sanguinem consecraverat. (Cant. 31. in Matth.)

obligado a someterse a él, supuesto que el que debía haber de este cáliz amargo era el mismo que lo había preparado (1).

Es necesario finalmente recordar que esta repugnancia de Jesús, esta oposición de su voluntad humana a su voluntad Divina, había sido ordenada y dispuesta, según Sto. Tomás, por su misma voluntad Divina, supuesto que la voluntad humana en Jesucristo estaba sometida enteramente a la voluntad Divina (2).

¿Por qué pues, quiso el Salvador experimentar esta repugnancia que rebaja al parecer la excelencia de su sacrificio; y por qué nos la quiso dar a conocer? Por motivos dignos de la sabiduría de Dios y de su amor a los hombres.

S. Gerónimo dice en primer lugar que al dirigir Jesús esta suplica a Dios, rechazó el cáliz de su pasión, no porque tuviese horror de beber su licor amargo, supuesto que solo había venido al mundo para sufrir; sino porque este cáliz le era ofrecido por las manos de los Judíos, que tenían una patria común con él, que descendían de su mismo origen, que no podían presentárselo sino para la ruina de ellos mismos, y finalmente porque debía beberlo en Jerusalén, ciudad infortunada cuya entera destrucción debía causar esta circunstancia (3).

Ved aquí por qué, según observa el venerable Beda, no dice el Salvador simplemente, *pase el cáliz*; sino *pase este cáliz*; es decir, esta pasión que le era presentada por los Judíos, y que no podían hacerse sufrir sin hacerse ellos mismos culpables del mas horrendo crimen, digno de los mas terribles castigos (4).

Ast pues, por esta exclamación: *pase de mi este cáliz*, no tanto se muestra Jesús horrorizado por sí mismo, cuanto penetrado de compasión por su antiguo pueblo escogido; es, dice Trófilo, como si hubiera exclamado: ¡Cadenas, látigos, espinas, cruz, tormentos, blasfemias, oprobios, muerte, de donde venís a mí! ¡O Jerusalén! ¡O pueblo mío muy amado! Yo consiento en morir por la salvación, pero que no sean tus manos las que derramen mi san-

(1) *Auctor calicis huius est ipse qui bibit.* (Tract. in Joann. 112.)

(2) Hoc testis quod voluntas humana in Christo plura voluit quam eius voluntas divina, procedit ex ipsa voluntate divina, cuius dispensatio natura humana totibus propriis movetur. (3. p. 4. 40.)

(3) Non timore patitur, quia hoc venerat in potestatem; sed propter reprobatum populi Iudeorum, et exercitum muris Jerusalem. (In Matth.)

(4) Non dicit: Transfer a me calicem; sed significat, calicem istum, hoc est populi Iudeorum, qui excusationem habere non potest. (In Marc.)

gre. La muerte me es muy amada, ó Padre mío, mas vos sabéis cuanto amo también a aquellos que han de perecer por habérmela dado (1).

Pero el Salvador se propuso en su oración un objeto mucho mas interesante para nosotros. Ya vimos en la conferencia de ayer cuán importante nos era que Jesucristo nos convenciese de la verdad de su humanidad, mostrándose sujeto á la tristeza y al miedo, sentimientos propios del hombre; pero no era menos interesante que nos convenciese también de la certeza de su Divinidad. El dogma que nos enseña que Jesucristo es Dios y hombre al mismo tiempo y que tiene dos naturalezas en una sola persona, es el principio de nuestra salvación, es el fundamento de todo el Cristianismo. En efecto, como hemos dicho ya, si Jesucristo no es verdadero hombre, si no pertenece realmente á nuestra humanidad, su redención nos es estraña é indiferente; y si no es verdadero Dios, si no tiene la misma Divinidad que su Padre, su redención es estéril é ineficaz. Pues bien, su oración, que es una manifestación inefable de la bondad de su corazón, es al mismo tiempo una revelación clara de la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona. Esta es la razón por qué debemos reconocer en Jesucristo, que dirige esta súplica, no solo el Dios de misericordia que se agita de los Judíos, sino también el Dios de sabiduría, que establece y consuma la fe de los cristianos: *Aspicientes in auctorem fidei, et convincuntorem Jesum*. En efecto, Jesús dice por una parte: *Pase de mí este cáliz*, y por otra añade: *Hágase vuestra voluntad*. Y ved aquí claramente, exclama S. Ambrosio, dos voluntades distintas en Jesucristo, y por consiguiente dos naturalezas, oídas sin alterarse ni confundirse. La palabra *transit* es el grito de la flaqueza y de la repugnancia; el precepto que en Jesucristo la Divinidad no ha quitado á la humanidad el sentimiento ni la aprehensión del dolor. La palabra *fiat* es por el contrario la expresión de la fuerza y del precepto; ella prueba que la humanidad en Jesucristo no ha quitado á la naturaleza Divina su inmutabilidad ni su impassibilidad. La voluntad que rehúsa revela el verdadero hombre; la voluntad que acepta y que manda nos manifiesta el verdadero Dios (2).

(1) *Postulat misericordia propter populi, ne alii filiat calicem propinatum. (In Matth.)*

(2) *Quasi homo mortem recusat, quasi Deus sententiam suam servans. (Ibid. loc.)*

Por mejor decir, esta misma repugnancia á la muerte, que es una prueba de su humanidad, lo es al mismo tiempo de su Divinidad. En efecto, Jesucristo es hombre, mas segun la calificación que él mismo se dio por boca del Profeta, es un hombre singular, un hombre único en su peregrinación sobre la tierra (1), pues que es el único hijo de Adán que participa de su naturaleza sin haber heredado su falta. Es pues extraño á la muerte, lo mismo que al pecado del que ella es castigo. La inmortalidad le pertenece. Pues bien, si á vista de la muerte hubiera guardado silencio y la hubiera aceptado sin manifestar repugnancia alguna, hubiera parecido que abdicaba sus derechos naturales á esta inmortalidad que le era debida por un doble título, es decir, como Hijo de Dios, y como hijo del hombre exento aun de la sombra misma del pecado que es la causa de la muerte. El hubiera dado á entender que aceptaba la muerte como una pena merecida en justicia. El hubiera manifestado que no solo era hijo de Adán segun la naturaleza, sino que participaba también de su falta. Aquel que jamás conoció el pecado, sería confundido al momento con los pecadores. Esta repugnancia á la muerte, que manifiesta al principio de su oración: *Pase de mí este cáliz*, es una protesta clara de que no es tributario de la muerte, porque nada tiene de común con los pecadores justamente condenados á morir. Mas, cuando añade *Hágase vuestra voluntad*, declara que solo la acepta por someterse al decreto de su Padre. El declara que sin este decreto que él mismo formulo de acuerdo con su Padre, y al cual ha suscritto por su voluntad, no debía ni podía morir. El declara, dice Sto. Tomás, que ama su propia vida, y que debe amarla necesariamente, porque es santa, pura y Divina; y en fin que, como dice el Profeta, solo se decide á abandonar en manos de sus enemigos una vida tan preciosa y tan amada, por obedecer la voluntad de su Padre, que es la misma voluntad del Verbo, y por su amor ardiente á los hombres (2).

Así pues, prosigue S. Juan Crisostomo, Jesucristo en esta oración manifiesta lo que él es, y asegura todos sus derechos y todos sus privilegios. En el momento mismo en que se sujeta á la muerte, revela su inmortalidad. En tanto que se somete á la condición del hombre, conserva su dignidad de Hijo de Dios. El tributa á su

(1) *Singulariter sum ego donec transierim. (Ps. 140.)*

(2) *Christus vitam suam maxime dilectam propter donum claritatis pauli, secundum illud: Dedi dilectam animam meam in manus inimicorum. (3. p. 6. 46. art. 6.)*

Padre celestial el culto que le es debido, porque no inclina su frente por necesidad, sino que obedece por amor. El no tiembla en su presencia como un vil esclavo, sino que le habla con la seguridad y la familiaridad de un hijo. ¡Ay! muy bien conoce la grandeza del Padre celestial el que de ese modo se dirige á él. El sabe lo que debe decirle y lo que puede serle agradable. La humildad y la confianza de la oración aumentan la nobleza del que la hace, y publican su grandeza y su Divinidad (1).

Jesucristo pues, en esta inefable oración manifiesta que es Dios y hombre á un tiempo mismo; en ella prueba también que es Redentor del mundo. Para reparar el género humano no era bastante que Jesucristo fuese verdadero hombre, sino que era necesario también que representase en sí la humanidad caída, que sufriese y muriese como hombre pecador, sin haber contraído la mancha del pecado. El debió ser no solamente verdadero Dios, sino también un Dios que elevase hasta el infinito el mérito de los sufrimientos y de la muerte del hombre. Pues bien, este es el misterio que nos descubre también la oración del Salvador.

En efecto, al oírlo repetir, con una voz débil é interrumpida por los sollozos, estas palabras: *Padre mío, si es posible, pase de mí, dispensadme de beber este cáliz de amargura*, ¿cómo sería posible reconocer en él al Hijo único de Dios, igual en todo á su Padre, y de la misma naturaleza que él? No se oye oír por el contrario, observa S. Agustín, el lenguaje del hijo del hombre, mas del hombre débil, tímido y enfermo, que gime bajo el peso del pecado (2)? ¿No son esos acentos los mismos que habríamos hecho oír nosotros, pobres pecadores (3)? Luego supuesto que el ora como nosotros, supuesto que usa un lenguaje que se asemeja al del pecado, no nos es posible dudar que tomó realmente una carne semejante á la carne de pecado (4).

Mas, á pesar de que Jesús, añade S. Leon, usa el lenguaje de nuestra naturaleza desgraciada, tímida y frágil, no lo habla como nosotros; él lo habla, no como un lenguaje propio, sino como un lenguaje que ha tomado de nosotros, y que conviene al ser humilde

(1) Sponte Filius Patris thellivis, non quasi conditione servi sed magnam honorem Patri exhibens, et Filii dignitatem servans. (Houll. T. in Epist. ad Ephes.)

(2) In carne infirmitatem agnoscebat vox peccatoris. (In Ps. 21.)

(3) Unde erant illæ voces nisi ex nobis assumpsit?

(4) Quia suscepit similitudinem carnis peccati, suscepit similitudinem vocis peccati. (Ibid.)

que representa, es decir, al hombre pecador. Él habla, como uno de nosotros, porque habla por nosotros (1).

Y para que no nos quede duda alguna sobre este particular, observemos que á los acentos de la miseria y de la flaqueza propias del hombre pecador, añade los acentos de la resignación y de la fuerza, que solo convienen al hombre regenerado, rescatado y perfeccionado en la persona y por la persona de su Redentor, que es Dios. Haciendo Jesucristo que á la repugnancia que manifiesta á beber el cáliz, precedan estas palabras: *Si es posible*, manifiesta que está repugnancia de la naturaleza humana está, desde un principio, subordinada al decreto de Dios, y que ni un solo instante ha estado en oposición con él; que es un sentimiento que le había sacrificado aun antes que naciese en él, y por lo mismo es puro, santo y legítimo. Cuando á la manifestación de esta repugnancia añade estas palabras: *Sin embargo*, *Láxase vuestra voluntad, y no la mía*, nos hace ver que esta misma oración, que parecía revelar la flaqueza y el miedo, revela verdaderamente el carácter de una sumisión completa, de una resignación absoluta y de una obediencia perfecta. Sin embargo, no es esta, dice el venerable Beña, una oración contradictoria ni incoherente; sino una oración cuyas partes se armonizan de una manera admirable. Ella es simple y absoluta, tal como debe ser en la boca de un Redentor Divino que, por una parte, represente en sí todos los pecadores, y que, acordándose por otra parte que solo los representa para salvarlos, los eleva á todos á la santidad y á la perfección de Dios, y forma de ellos una ofrenda digna de su grandeza, de su majestad y de su amor (2).

Puede interpretarse también de otro modo esta oración. Tomada á la letra, significa lo siguiente: « Si es posible, Padre mío, que los hombres se salven por otro medio, ¡ay! haced que yo me libre de las humillaciones profundas y de los tormentos atroces que me aguardan. » Pero, ¿no sabía el Hijo del hombre, podrá decirse, que el decreto que le condenaba á una muerte vergonzosa y cruel, jamás libre en su principio, era irrevocable en cuanto á su ejecución? ¿Por qué pues dice: *Si es posible*, cuando sabía que no lo era? ¡Ah! No es por sí por quien ha hablado de esta posibilidad, sino por nosotros; es para hacernos comprender lo que jamás comprendere-

(1) Nostre utitur voce naturæ; causam agit fragilitatis, et terribilitatis nostræ. (Serm. LVI.)

(2) Reminiscentis propter quod missus est, clamat: Non sicut ego volo, sed sicut tu. (In Marc. 14.)

mos demasado: la maldad del pecado. Él había dicho: *Padre mío, si es posible, líbrame de esto; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y a pesar de una súplica tan tierna, la condición de esta muerte para la salvación del género humano permaneció en su verdadera inmutabilidad. Esto nos demuestra claramente que era imposible que los hombres se salvaran de otro modo que por las penas y las humillaciones del Mesías, por su pasión y su muerte de cruz. Así pues, la grandeza del remedio revela la profundidad del mal. Y es necesario deducir de aquí que los pecados de los hombres son un mal horrible a los ojos de Dios, y que irritan hasta el extremo su justicia, supuesto que se necesita nada menos que los oprobios, sangrientos y los padecimientos mortales del Hijo de Dios para poder expiar estos pecados y satisfacer esta justicia. Es necesario deducir de aquí que la maldad del pecado es inmensa a los ojos de Dios, supuesto que de ella resultó, en cierto modo, para Jesucristo la imposibilidad de verse libre de tantas penas, supuesto que el pecado le obligó a beber este cáliz amargo, desde el momento en que él se hizo generosamente nuestro Cristo, nuestro Redentor: *Opportuit Christum pati*. Una satisfacción infinita supone una ofensa infinita. Por consiguiente, supuesto que esta satisfacción infinita fue rigurosamente exigida, es necesario decir con Sto. Tomás que del pecado del hombre, con respecto a Dios contra quien se cometió, es una ofensa infinita.

Finalmente, la muerte no es obra de Dios. Ella entró en el mundo en consecuencia del pecado, por los artificios y por la envidia del demonio, a quien Jesucristo llama por lo mismo el asesino del hombre desde el principio del mundo (1).

Además, si el Salvador hubiera aceptado la muerte sin temor ni repugnancia, hubiera dado motivo para suponer que la aprobación y la mirada como la condición natural del hombre: error gravísimo, engendrado después por los pelagianos.

¿Qué hizo pues? Lo rechazó (2), y por esta repulsa, dice S. Ambrosio, protestó contra la iniquidad, contra el escándalo de la muerte que no es obra suya, y condenó al demonio que es su autor (3). Él manifestó al mismo tiempo su dolor al ver que el pecado y el demonio habían sujetado a todos los hombres, contra el

(1) *Dilectus homicida erat ab initio*. (Lucan. 8.)

(2) *Transiit a me calix iste*.

(3) *Deus mortem non fecit: et sic hostilitas Christus quod ipse non fecit*. (Lb. 10. in Luc.)

designio primitivo de su bondad, a la triste necesidad de morir. De modo que esta palabra *transiit*, pase, es un rapto de su amor; una exclamación de su corazón que se aflije a vista de la funesta condición a que nos vemos reducidos, mas bien que el efecto del terror que le inspiran las llegas de que muy pronto va a verse cubierto el mismo (1).

Pero después de haber manifestado este sentimiento de indignación contra la mano perversa que dió la muerte al primer hombre, y en él a toda su posteridad; después de haber hecho conocer la diferencia que existe entre el Hijo de Dios, autor misericordioso de la vida, y el demonio, autor infame de la muerte, reuerencia lo que él es, y para lo que ha venido al mundo. Esta es la causa por que, en el momento mismo en que parece mirar la muerte con repugnancia, la acepta con alegría; cuando parece que huye de su vista, corre a su encuentro; cuando parece que la teme, acodern el momento en que debe sufrirla, y exclama: *Hágase vuestra voluntad y no la mía*. ¡Ay! esto consiste en que él ve que al someterse a la muerte que le está reservada nos provee de armas para combatir, para vencer y destruir la nuestra; asegurándonos al mismo tiempo el privilegio de resucitar un día con él, y manifestándonos por lo mismo que es nuestro verdadero Redentor (2).

¡Cuánta dignidad pues, cuánta grandeza brilla en esta oración tan sencilla y tan humilde! ¡Cuántas cosas se encierran en ella! ¡Cuántos misterios nos descubre! ¡Cuántas verdades nos revela! Jesús dice al principio: *Pase de mí este cáliz*; y ved aquí la naturaleza humana que sufre; ved aquí la flaqueza que se intimida a vista de la muerte; ved aquí el esclavo que rehúsa los tormentos; ved aquí el culpable que huye del castigo; ved aquí el pecador; ved aquí el hombre. Pero Jesús añade: *Hágase vuestra voluntad, y no la mía*; ved aquí como desaparece el primer Adam y como se manifiesta el nuevo en todo su esplendor; ved aquí el lenguaje de la flaqueza reemplazado por el sublime acento de la fuerza, de la santidad y del deber; ved aquí la víctima que se ofrece voluntariamente a Dios; ved aquí el sacrificio augusta que principia; ved aquí el mediador compasivo que intercede; ved aquí el Redentor, ved aquí a Dios (3).

¡O sabiduría profunda, o magnificencia sublime de las acciones de

(1) *Doleo, Domine, non tua, sed mea vulnera; non tuam mortem, sed nostram infirmitatem; quia post Adæ lapsum tali transitu nobis esset ex hoc seculo recedendum, ut mori necesse sit*. (Ibid.)

(2) *Remissionem propter quod missus est, clamat: Non sicut ego volo, sed sicut tu*.

(3) *Remissionem propter quod missus est, clamat: Non sicut ego volo, sed sicut tu*.

Jesús nuestro Divino Maestro! En la humildad misma de su actitud, en la sencillez de sus palabras, en la expresión de su dulzura y en la manifestación misma de su dolor, nos hace ver de una manera casi sensible los misterios de su persona, el carácter de su misión, el objeto de su venida, la espontaneidad de su sacrificio y la vehemencia de su amor. Ved aquí pues como esta noche sombría y funesta brilla con la claridad del día más puro: *Nec sicut dies illuminabitur.* Ved aquí como nos permite ver, puestas, por decirlo así, en acción, las verdades fundamentales de nuestra Religión santa.

Contempla, o cristiano, a tu Salvador que ora; considérale con una dulce complacencia en esa actitud tan humillante para él, y tan fecunda en misteriosos resultados para ti. De ese modo sentirás renimarse tu fe, renacer tu esperanza e inflamarse tu caridad, y volverás á adquirir el valor que necesitas para aplicarte á la obra de tu santificación y de tu salvación.

Sin embargo, para consumar esta grande obra, necesitamos, no solo contemplar á Jesucristo, sino también imitarle y dividir con él el cáliz de sus humillaciones y de sus padecimientos. Esto es lo que nos ha enseñado también nuestro Salvador por medio de su oración Escuchadlo.

Es doctrina de S. Pablo, que el cuerpo real de Jesucristo representaba también su cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Pues bien, apoyándose S. Hilario en esta doctrina del Apóstol, sostiene que cuando Jesús pidió á su Padre que alejase de él este cáliz, se encontraba poseído de temor, no por sus tormentos, sino por los nuestros. Su intención, pues, fué pedir que se le dispensase de beber el cáliz amargo de los sufrimientos, no á él como cabeza, sino á él en sus miembros; no á él en su humanidad, sino en la nuestra; no á él en su persona, sino á su Iglesia, á quien representaba (1).

¡O corazón tierno y compasivo de Jesús! En todo el discurso de su vida había cifrado sus delicias en enjugar todas las lágrimas, en endulzar todos los padecimientos y en librar á los hombres de todos sus males. Ahora que la muerte se le aproxima, sufre todos los tormentos á que nos habíamos de ver expuestos nosotros mismos, se aflige de nuestro dolor y pide que, si es posible, todas las tribulaciones, todas las iniquidades y todos los tormentos pasen de su cuerpo místico á su cuerpo real; pide que sean acumulados sobre él solo, y se vean libres de ellos sus fieles, sus escogidos, á quienes mira como á

(1) *Totus igitur supra eos qui potuerant melius est: atque adeo pro his erat qui potuerant post se erant, dicens: Transcende á me calicem iste. (Canon 11 in Math.)*

si mismo; él pide en fin agotar solo el cáliz de sus sufrimientos, de tal modo que no quede en él una sola gota para nosotros: *Transcende á me calicem iste.* Mas, al manifestar con tanta prontitud su entera conformidad á la voluntad divina, *Verumtamen, non sicut ego volo, sed sicut tu,* declara abiertamente, dice S. Agustín, que es imposible que el hombre se cure sin el remedio amargo de los sufrimientos, y que resulte sin acrecer á sus labios el caliz de las humillaciones y de la muerte (1).

¡O vosotros los que os quejáis de veros en la tribulación y en las lágrimas, acordaos de que Jesucristo nos hubiera dispensado, con su oración, de todo sufrimiento, si pudiésemos salvarnos sin sufrir! Porque, ¿qué es lo que hubiera podido negar el Padre Eterno á su Hijo después de una oración tan humilde y tan ferviente? Mas al sumeterse Jesús á su voluntad no solo aceptó las tribulaciones para nosotros, sino que las atrajo todas en cierto modo sobre nuestras cabezas. Es necesario, pues, convencerse, dice S. Pablo, de que ellas son necesarias; que entran en el plan y en el orden de nuestra salvación, con la que están estrechamente ligadas, y que este es el único camino, el camino seguro para entrar en el reino de Dios (2).

¡Ay! Las riquezas, los placeres, los honores y las prosperidades del mundo embriagan el espíritu, enervan el corazón, corrompen al hombre y le conducen á su perdición; mas la humillación, la miseria, el dolor, la adversidad, el aislamiento del mundo y el desprecio de sí mismo le curan y aseguran su salvación.

Almas frágiles, que en medio de las angustias de la vida murmuráis contra la providencia de Dios, acusándole de muy severa con vosotros, sabed pues que el Dios que os prueba, no es tanto el Dios que castiga en su indignación, como el Dios que entra en su bondad, y que al haceros pasar por el crisol de las tribulaciones, solo procura purificaros, y de ninguna manera causar vuestra desgracia.

No nos engañemos. Fué necesario que Jesús sufriese, como nos lo asegura el mismo, para entrar en la gloria que le pertenecía por su naturaleza (3); con mucha más razón debemos nosotros sufrir para gozar de una felicidad que no nos pertenece sino por gracia.

(1) *Sicuri non potes, nisi amarum tribulationis calicem bibere: habet ut vivas; quid amarum est in tali poculo quod prior ipse non libere? (Serm. lxxxv de Temp.)*

(2) *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei. (Act. 14.)* Aspiéndonos en nuestro dolor, y consummándonos en Jesús.

(3) *Oportuit Christum pati, et ita intrare in gloriam suam. (Luc. 24.)*

Cuando Jesucristo, sin embargo de ser Hijo de Dios; cuando Maria, sin embargo de ser Madre de Dios; cuando los apóstoles, los martires, todos los santos y elegidos de Dios, á pesar de ser sus amigos, se han salvado por medio de las humillaciones y de los sufrimientos, ¿podría suceder que alguno de nosotros se salvase por otro medio? Si nosotros suspirásemos sinceramente por nuestra patria, no abandonemos el camino real de la cruz: este es el único que conduce al cielo. Jesucristo, dice S. Agustín, ha sido como un médico compasivo, que sin embargo de estar lleno de salud, ha gustado primero la amarga bebida, á fin de animar con su ejemplo al enfermo para que la tome. Nosotros alegamos el pretexto de que no tenemos deseo ni fuerza para beber el cáliz de los sufrimientos que Dios nos envía (1); mas unámonos á Jesús con el amor y con la intencion; estendámonos como él la mano con valor para recibir el cáliz de amargura que nuestro Padre comun nos presenta, y bebamos de él con una paciencia cristiana, con una piadosa resignacion, exclamando tambien con él: *Flagrase nuestra voluntad, Dios mío, y no la mía*. Y para elevar nuestro valor á esa altura, tengamos la vista fija en Jesucristo. El ora, él se enristeó, él sufre por nosotros, y de este modo nos dice en voz alta que nosotros debemos tambien orar, afligirnos y sufrir con mucha mas razon. Él ilustra nuestra fe con sus palabras, al mismo tiempo que nos alienta y nos sostiene con su ejemplo: *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorum Jesum*.

SEGUNDA PARTE.

El profeta David nos ha revelado un motivo todavía mas tierno y mas sublime de la repugnancia que el Redentor del mundo manifestó á la muerte en el huerto de las Olivas. A saber, que él estaba dominado por el pensamiento del valor infinito de la sangre que iba á derramar por la salvacion de los hombres en el discurso de su pasion, y del poco fruto que muchos de ellos habian de sacar de su muerte: *Qua utilitas in sanguine meo* (Psal. 29).

La muerte eterna, la ruina irreparable de tantas almas como iba á rescatar inutilmente con su sangre, fué, dice San Ambrosio, la causa de las angustias, de la tristeza y del temor de la muerte que

se apodero de su corazon amante (1). ¿Qué tormento para un padre tierno ver á sus hijos ingratos redoblar el furor y los ultrajes contra él en proporcion de su ternura para con ellos? ¿Qué prueba tan terrible para su corazon verlos correr á su perdicion al revelarse contra él, y verse obligado, á pesar del grito de la naturaleza que se eleva en favor de ellos, á escuchar la voz de la justicia, á abandonarlos á su suerte funesta, y á ser él mismo el testigo y la causa inocente de su perdicion!

Tal fué el suplicio que desgarró el alma de David. Absalon su hijo, habia degollado inhumanamente con sus propias manos á su hermano Amón. Todavía cubierto de sangre, toma las armas este hijo bárbaro contra su propio padre, que no solo le habia indultado de la pena de muerte, sino que le habia concedido el mas generoso perdón. A pesar de esto, David en la vispera de una batalla, de la que dependia su corona, y tal vez su vida, olvidó que era rey, y solo se acordó de que era padre. Así pues, en las instrucciones que dió á los generales de su ejército, les dijo: *¡Ay! salvad por piedad á mi infortunado Absalon* (2). O Josab, ¿has oído cuáles mi deseo y mi voluntad? Que Absalon sea desarmado y humillado, pero que viva. Él es ingrato y rebelde sin duda alguna; pero es mi hijo: yo quiero que se salve, y lo quiero: *Servate mihi puerum Absalom*.

La batalla se dió, el ejército real triunfó, mas Absalon fué atra-vesado con una lanza. ¡Oh! ¿Quién podría espresar el dolor de David al oír esta noticia! El torrente Cedron, y el monte de las Olivas, como dije en el día de ayer, se admiraron de verle pasar con los pies desnudos, la cabeza cubierta de ceniza, la tristeza en el rostro, la palidez en la frente, las lágrimas en los ojos y la angustia en el corazon. Este no es un rey victorioso y triunfante; su aspecto es el de un rey vencido, fugitivo ó prisionero. Las orillas del torrente y el eco de la montaña repiten tristemente, en vez de los cánticos de victoria, los gemidos lastimeros de este padre desolado, que exclama á cada paso: *¡O victoria funesta para el corazon de un padre, pues que le privas de su hijo! Absalon, hijo mío, hijo mío Absalon, ¿dónde estás? ¿Por qué no puedo yo dar mi sangre para volverte la vida? ó al menos, ¿por qué no he podido yo morir antes que tú o al mismo tiempo que tú?* (3).

(1) Tristitator, quia nec malos perire volebat. (Jo. Luc.)

(2) Servate mihi puerum Absalom. (II. Reg. 18.)

(3) Absalom, fili mi, quis mihi det ut ego moriar pro te, fili mi Absalom?

(1) Ne dicat: Non possum, non fero, non habeo; prior bibat medicus Jesus, ut habere non dubitaret agrotos. (Serm. cxxviii de Temp.)

¿No observais, hermanos míos, en este acontecimiento memorable de la Escritura Sagrada, la historia mas bien que la profecía de la escena dolorosa que el Salvador nos presenta en el Huerto? Los lugares donde llora David son los mismos donde Jesucristo se entristece y se ve poseído por el dolor: Las mismas cavernas repleen los mismos ecos. David se lamentaba solo de haber perdido un hijo á quien toda su solícitud y toda su previsión no habían podido salvar de la muerte temporal; y Jesucristo llora, gime y tiembla por los cristianos, sus hijos regenerados, aunque endurecidos, á quienes toda su sangre y todo su amor no podrían salvar de la muerte eterna.

Si, el Salvador prevé en este día que muchos de nosotros, verdaderos Absalones, leídos aun con el bautismo de sangre de nuestro hermano inmolado por nosotros y para nosotros, se rebelarán contra la autoridad y la ley de Dios, nuestro común Padre; y que desde entonces el título de hijos de Dios, y de hermanos de Jesucristo santificados y redimidos con su sangre, haciéndonos mas ingratos, nos hará tambien mas culpables; y que por consiguiente, su sangre, en la que no habremos querido ser lavados para merecer la recompensa, solo servirá para redoblar el castigo, para convertir el remedio en ponzoña y transformar en tesoros de cólera las riquezas de su misericordia: *Que utilitas in sanguine meo?*

Si él llora, no es por los multiplicados tormentos que debe sufrir por nuestra salvación; por el contrario, él quisiera poder sufrir todavía mas por un objeto tan amado para su corazón: *Quis mihi det ut moriar pro te?* La causa de su llanto es que nuestra malicia, nuestra perversidad debe hacer inútil su pasión para muchos de nosotros, y que á pesar de todos sus oprobios y sus tormentos, nosotros nos obstinaremos en perecer.

Así pues, cuando Jesucristo está en tierra en el Huerto, cuando extiende sus brazos como para figurar de antemano su posición en la cruz, cuando se entristece, cuando se llena de angustia y se cubre de un sudor de sangre, es porque entonces se coloca entre el infierno y nosotros, es que nos intercepta el camino para que no corramos á precipitarnos en él, es que procura apagar sus llamas eternas, es, finalmente que, con sus lágrimas y sus súplicas, hijas mas bien de su amor que de su dolor, nos grita desde lejos para obligarnos á que nos detengamos y abandonemos el camino funesto de la perdición.

Mas, en presencia de un espectáculo tan tierno, á vista de este misterio de misericordia y de bondad, que nos muestra un Dios llorando, solo al pensar que llegará un día en que nos perdamos, ¿no es

un horrible escándalo ver que nosotros permanecemos tan indiferentes y tan insensibles á nuestra perdición? ¡Ay! Es muy cierto por desgracia que, la mayor parte de los cristianos, aun en esta metrópoli del Cristianismo, totalmente ocupados de lo presente como si no corrieran ningún riesgo para el porvenir; dedicados al regalo de sus cuerpos y olvidados enteramente de sus almas, inquietos por las cosas de la tierra sin pensar siquiera en el cielo, viven como si la vida presente no debiera concluir, o como si la eternidad no hubiera de principiar jamás! Y que resulta de aquí? Resulta, dice la Escritura Sagrada, que, sorprendidos por la muerte en medio de sus placeres y de sus vicios, en un momento son precipitados en el fuego devorador del infierno, y encerrados para siempre en el abismo de la condenación. ¡Victimas insensatas de las preocupaciones del siglo, de las asechanzas del demonio y del delirio de las pasiones, ¿por qué os obstináis en perecer? ¡Ay! abrid los ojos y ved la suerte funesta que os aguarda. Pensad en que tenéis una muerte que sufrir, un juicio que temer y una eternidad que encontrar! Ahora que tenéis tiempo, aprovecháos del infinito de la oración, de las penas y de los dolores de Jesucristo. Reformad vuestra vida conformándola á la de vuestro Salvador, de tal modo que podáis fijar vuestras miradas en él sin rubor y sin remordimientos. Penetrémonos todos de estos sentimientos y tomemos todos á la vez esta resolución, á fin de que, después de haber adorado, servido é imitado á Jesucristo en la tierra, tengamos todos la dicha de contemplarle y de bendecirle para siempre en el cielo, como el autor de nuestra fe, el apoyo de nuestra esperanza y el consumidor de nuestra salvación eterna: *Aspicientes in ruentem fidem, et consummatorem Jesum.*

(1) *Dormit in bonis dormiens, et in paucis ad inferna descendit. (Jed.)*

CONFERENCIA CUARTA.

La vigilancia y la oración.

Vigilate et orate, ut non intreatis in tentationem, spiritus quidem promptus est, caro autem infirma.

Velut y órd, para que no entréis en tentación; porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil.

(Math. 26.)

La mayor miseria del hombre no consiste en ser débil, sino en creerse fuerte, en estar demasiado pagado de sí mismo y llenarse de orgullo á pesar del triste espectáculo de su debilidad. A cada instante vemos que se renueva en el mundo lo que David refiere de sí llorando; esto es, que el hombre es siempre desgraciadamente derribado y vencido cuando confía demasiado en sus fuerzas. Muchas veces cree poder sostenerse contra todos los ataques de la tentación (1); mas cuando en su loca presunción pensaba tocar el cielo, se encuentra precipitado en las puertas mismas del infierno (2). Efectivamente, el que se apoya en sus propias fuerzas como si fuera Dios, no tarda en sufrir la triste experiencia de la flaqueza humana; mas por el contrario el que teme, el que desconfía de sí mismo, el que vela y ora, porque tiene muy presente que no es más que un hombre, adquiere la fuerza de un Dios (3).

Ved aquí por que la última lección que, pocas horas antes de morir, nos dirigió el Salvador en las personas de sus discípulos, que nos representaban en el huerto de las Olivas; el último precepto que nos dió, y que nos dió como su testamento, como la última expresión de su solicitud y de su amor, fué que velásemos y oremos sin cesar, si no queremos ser el juguete miserable de las tentaciones. Porque, añade, aun cuando el espíritu está pronto y lleno de reso-

(1) Ego dixi, in abundantia mea: Non movebor in eternum. (Pr. 49.)

(2) In vita mea inferno appropriavi. (Pr. 87.)

(3) Ego dixi: Dñs es. (Pr. 81.)

lucion, la carne es siempre débil y enferma: *Vigilate et orate*. Después, juntando el ejemplo al precepto, se puso el mismo á velar y á orar por largo rato á vista de sus discípulos.

Interrumpimos tambien nosotros en el día de hoy, como el mismo Salvador lo hizo para darnos esta importante y saludable lección, la oración que le vimos principiar ayer. Expliquemos la lección y el ejemplo que Jesús, en un momento tan doloroso para él, nos dió acerca de la vigilancia y la oración. Veamos como están expresadas é inculcadas en ella la necesidad, la importancia y las condiciones de esta primera práctica de la Religión, y encontráremos en ella un motivo amplio de instruccion y de edificación para nosotros.

PRIMERA PARTE.

Ya vimos que habiendo llegado el Salvador á Gethsemani, mandó á ocho de sus discípulos que se detuviesen á la entrada de este lugar, y llamando aparte á Pedro, Santiago y Juan, penetró con ellos solos en el interior del huerto plantado de olivas, que se encontraba en aquel lugar (1). Y bien, ¿por qué dividió Jesús sus discípulos en dos secciones? Los apóstoles, hermanos míos, con Jesucristo á su cabeza componían la Iglesia que existía entonces, y eran la imagen de la Iglesia futura. Por consiguiente al dividir Jesucristo los apóstoles en dos porciones, la una que descansaba, *señale hic*, y la otra que camina con él, *assumit secum*, manifiesta, dicen los Padres y los intérpretes, las dos clases distintas que debían componer su Iglesia; la una formada de aquellos que contemplan en el reposo y la otra de aquellos que progresan trabajando; la una de simples fieles que obedecen y la otra de pastores que gobiernan; aquella que contiene los débiles y esta que contiene los perfectos; la primera aumentada con los reprobos, que componen el mayor número y la segunda que contiene únicamente los escogidos, que forman la minoría, supuesto que él mismo ha dicho que *son muchos los llamados, y pocos los escogidos* (2).

En cuanto á los apóstoles que el Salvador introdujo consigo en el Huerto, no fueron mas que tres, porque este número misterioso de las tres Divinas Personas es el mas perfecto de todos. Si eligió á

(1) Venit Jesus cum illis in villam quam dixerunt Gethsemani; et dixit discipulis suis: Sedete hic (Math.); et assumit Petrum et Jacobum et Joannem secum. (Marc.)

(2) Multi sunt vocati, pauci vero electi. (Math. 20.)

Pedro, Santiago y Juan, fue en primer lugar, dice Orígenes, porque estos tres discípulos eran las columnas principales de la Iglesia naciente; porque eran los mas firmes de todos, los mas ferrientes y los mas perfectos, y por lo mismo los menos susceptibles de escandalizarse de la tristeza, del pavor y de la agonía que debía experimentar su Divino Maestro. Podemos añadir á esto que su eleccion recayó sobre ellos porque representaban las notabilidades, y por decirlo así, la alta aristocracia de la Iglesia; esto es, Pedro representaba los prelados, Juan los doctores y Santiago los mártires. Finalmente, él los eligió porque, después de haber sido ellos los ilustres testigos de los sufrimientos y de las glorias de Jesucristo, debían anunciarlas en los idiomas mas generales entonces, y en las ciudades mas celebres de la tierra; á saber, Pedro en Roma en idioma latino, Juan en Efeso en griego, y Santiago en Jerusalem en hebreo.

Observemos sin embargo, respecto al asunto de que tratamos, que Jesucristo, segun nota S. Lucas, mando velar y orar para no ser vencidos por la tentacion, á todos los apóstoles, lo mismo á los que dejó á la puerta que á los tres que entraron con él en el Huerto. El quiso enseñarnos de este modo que la oracion y la vigilancia son una necesidad, una práctica, un deber comun en todos tiempos y en todas circunstancias, un remedio universal para todos los que pertenecen á la Iglesia, sea cualquiera su edad, su sexo ó su condicion; que no es menos necesaria al justo para perseverar, que al pecador para convertirse; al hombre perfecto para sostenerse, que al débil para fortalecerse; que ella es la fuente del celo de los apóstoles, de la sabiduría de los doctores, de la prudencia de los prelados, de la fuerza de las almas acometidas por la tentacion y del fervor de las almas persistentes; que ella es finalmente el escudo de las vírgenes, la armadura de los mártires y la corona de los elegidos. Mas extremos, con respecto á estas dos prácticas, en algunos pormenores, y descendamos á las aplicaciones particulares.

En todo tiempo, hacia dicho nuestro Salvador en el Evangelio, debe el hombre velar, porque en todo tiempo puede ser asaltado por la tentacion y sumido (1). Hay sin embargo ciertas ocasiones en que la tentacion está mas próxima y es mas violenta, y entonces es necesario estar vigilante contra si mismo mas que nunca. Tal era la posicion de los apóstoles en aquella noche terrible. Satanás, como el Salvador lo habia dicho, todo lo tenia dispuesto para pasarlos por la

(1) Vigilate itaque omni tempore. (Luc. 21.)

criba, como se hace con el trigo cuando se le quiere separar de la cizaña (1); es decir que quería, segun la explicacion de Eutimio, hacerles caer y perder la fe (2). Aquella noche pues debía ser para todos ellos, por su fe en Jesucristo, una noche de peligros y de contratiempos. Ellos debían verse expuestos á huir y á dispersarse como un rebaño tímido que se ve privado de su pastor. Su valor debía ser puesto á una prueba difícil. Se le habia de tener que sostener rudos ataques, por lo que habían de ver que sucedía á su Maestro. Jesus se lo habia anunciado claramente (3). Mas las palabras del Salvador, que espresaban entonces el peligro de la situacion en que se hallaban los discípulos en Jerusalem, pintaban tambien muy al vivo el peligro de la nuestra en medio del mundo. Con mucha razon, dice S. Gregorio, se compara nuestra vida en este pasaje á la noche; porque así como durante la oscuridad de la noche es cuando se abandonan principalmente los hombres al vergonzoso vicio de la embriaguez, del mismo modo cuando el espíritu se halla oscurecido y sumergido en las tinieblas, es cuando el escándalo y la tentacion se muestran con mas frecuencia (4). De modo que estas palabras de Jesucristo se dirigen tambien á todos nosotros, supuesto que de nosotros todos puede decirse que en la noche funesta de este mundo debemos suponer que sufriremos el escándalo y la tentacion, por cuanto seguimos la fe de Jesucristo (5).

¿Cuál es en efecto, esclama S. Leon, la obra de virtud evangélica que no sea contrariada? ¿Cuál es la fe que no sea combatida? ¿Cuál es el cristiano que no tenga enemigos poderosos que vencer? ¿Cuál es en fin la victoria que se obtiene sin resistencia? Mientras que vivimos en la tierra nos vemos rodeados de asechanzas por todos lados, y expuestos á luchas porperuas en todas partes (6).

Una virtud que gozase de no sufragio constante y universal; una virtud que no encontrase obstáculo alguno, que no escitase la envidia, que no provocase la censura ni suciese la contradiccion, sería

(1) Satan expavit eos ut traheret eos in tentationem. (Luc. 22.)

(2) Exsuscitatur fides quam in me habetis. (In Matth.)

(3) Omnes vos scandalum patiemini in me in ista nocte. Scriptum est enim: Exeritiam pastoralem, et discipuli cece ceciderunt. (Matth.)

(4) Signanter audit in ista nocte: quia, quandoque qui inebriantur, nocte inebriantur: sic qui scandalum patiuntur, in nocte et tenebris subsistunt. (In Matth.)

(5) Omnes vos scandalum patiemini in me in ista nocte.

(6) Nulla sunt sine temptationum experimentis opera virtutis. Nulla sine probationibus fides. Nullum sine heste certamen. Nulla sine congressione victoria. Vita haec nostra in medio praeborum est.

una virtud sospechosa. En efecto San Pablo asegura que todos los que aspiran á vivir segun las leyes de una piedad sincera, y á examinar por las pisadas de Jesucristo, encuentran oposiciones de toda especie, que degeneran en persecuciones verdaderas (1). Y en esto no hizo el Apostol mas que repetir en otros términos la predicción del Salvador, de que todos sus fieles se verían espuestos al escándalo y á la tentación durante la noche de la vida presente (2).

La Iglesia, al menos en nuestras comarcas, goza de una paz profunda. Mas esta paz, dice S. Ambrosio, tiene tambien sus persecuciones y sus contrariaciones. Hay tambien en nuestra época una turba de mártires ignorados, que se ven obligados diariamente á confesar la fe de Jesucristo en medio de las mas rudas pruebas, y los verdaderos fieles sufren tantas especies diferentes de martirios, quantas especies hay de persecuciones en el mundo (3). ¡Cuántas veces las lenguas envenenadas presentan como crimenes las acciones mas santas! ¡Cuántas veces vemos que la gracia mas edificante solo excita el desden ó la envidia, y que la inocencia mas pura no puede hacerse perdonar su recto y su delicadeza (4)!

El que consigue librarse del desprecio ó de la persecucion de los grandes, no puede sustraerse á la envidia de sus iguales ni á la oposicion de sus semejantes. Y no dejan de verse algunos padres que se burlan ellos mismos de la religion de sus hijos, ó algunos esposos que insultan la modestia cristiana y la piedad de sus esposas (5). Muchos que habian resistido á los mas rudos ataques, se dejan seducir por las atractivos de una vida regulada y ociosa. ¡Cuántos cristianos han perdido en estas persecuciones ocultas del vicio las coronas que habian conquistado en las persecuciones públicas de los tiranos (6)! Porque, como advierte S. Agustin, la lengua de un vil adulador es muchas veces mas mortífera que la mano cruel de

(1) *Et omnes qui pio volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. (II. Thimoth. 3.)*

(2) *Omnes vos scandalum patientini in me in ista nocte.*

(3) *In pace plures persecutores esse cognovi. Quanti quotidie in occulto Christi martyres sunt? et Jesum Dominum confitentur! Ut mille persecutiones, aliis et multa martyria. (In Ps. 118.)*

(4) *Quoties benefacta crimini dantur! Quoties virtus opprobrio docetur! Quoties ipsa ingratia est gratia. (Ibid.)*

(5) *Pater fidem filii frequenter irridet. Vir conjugis suae mentem fecit opprobriis. (In Matth.)*

(6) *Tentant omnes quos bella non fregerunt. Multi, in persecutione publica coronati, occulta hac persecutione ceciderunt. (Ibid.)*

un verdugo (1). En una palabra, concluye S. Bernardo, no solo está espuesta esta vida continuamente á los peligros y á las tentaciones, sino que ella es en sí misma un peligro incesante y una tentación continua (2).

Y sin embargo, vemos acaso muchos cristianos que temen estos peligros, ó que al menos se guarden de ellos? Llenos, por lo general, de una loca presunción, no cuentan mas que con sus propias fuerzas y miran con ojos compasivos y con una sonrisa burlona las precauciones de la virtud y la timidez de la humildad. En vano los ministros de Jesucristo les advierten en su nombre que vivan preparados contra los peligros que les rodean; en vano les dicen que ninguno puede evitarlos todos en medio de las tinieblas de este mundo: *Omnes vos scandalum patientini in ista nocte*. Ellos parecen que dan con sus acciones la misma respuesta que Pedro dió á Jesucristo de viva voz: ¡Y bien! ¿qué necesidad tenemos de tantas precauciones? ¿No se puede ser un excelente cristiano sin huir del mundo ni ser tan metidoso? Nosotros creemos que otros sucumben; pero en cuanto á nosotros, estamos resueltos á no ceder; la tentación y el escándalo serán impotentes para hacernos vacilar: *Et si omnes scandalizati fuerint, ego nunquam scandalizabor*. Mas volvamos al fuero de las Olivas; escuchemos las instrucciones que Jesus nos da en la persona de Pedro, y veamos como reprende la ciega confianza que tenemos en nuestras propias fuerzas.

Para reprimir Jesus la necia y orgullosa presunción de su discípulo, le responde: ¡Pedro, qué es lo que estás diciendo? ¿Tu te jactas de ser mas fuerte que todos los demas? ¡Pues bien! yo soy el que te lo anuncio, tu caerás mas desgraciadamente que los demas; y antes que el gallo haya hecho oír su canto en medio de la noche, tu me habrás negado tres veces (3).

Esta predicción del Salvador no era absoluta, sino solo condicional. Por consiguiente, Pedro podia y debía impedir su cumplimiento por la vigilancia y la oración, como en otro tiempo conjuraron los Niirvitas con su penitencia la amenazadora profecía de Jonas.

El príncipe de los apóstoles, dice Eufimio, debía entonces estar mas preparado contra sí mismo, implorar el auxilio divino, y decir

(1) *Plac persequitur lingua adulatoris quam manus intersectoris. (In Ps. 69.)*

(2) *Tot tentationibus plenus est vita nostra, ut non immerito tota vita tentatio debeat appellari. (Serm. 7. in Ps. 90.)*

(3) *Amen dico tibi: priusquam gallos cantet ter me negabis. (Matth.)*

á Jesus : Señor, sed vos mi apoyo; y si vos me sostenéis, no os negaré ni una sola vez (1).

Pedro no hubiera laqueado si, menos presuntuoso, hubiera puesto su confianza en el auxilio divino; supuesto que está escrito que, del mismo modo que una alta montaña desfila las olas y las tempestades, así el hombre que se vuelve á Dios y confía en él, no es conmovido por el soplo de las tentaciones (2).

Mas Pedro, por el contrario, piensa que se basta á sí mismo; él se cree bastante fuerte con su fe, con su amor y con su valor, y tiene el atrevimiento de responder al Dios profeta : No será como vos lo decís. Aun cuando me fuera necesario morir con vos, ninguna tentación, ninguna fuerza será bastante para separarme de vos (3).

Es verdad, dice S. Jerónimo, que la viveza de su fe y la vehemencia de su amor á Jesucristo inspiraron á Pedro esta respuesta (4). Mas el apóstol pinta á esta fe y á este amor un sentimiento tal de confianza en sus propias fuerzas, que cree no tener necesidad de ningún auxilio extraño para sostenerse. Así pues, añade graciosamente S. Jerónimo, ved aquí un ave sin precaución, que trata de remontar su vuelo sin tener las alas del auxilio divino, y cuya caída será tan lamentable, cuanto temeraria es su tentativa (5). Y es tal el contagio del orgullo, que los demás apóstoles á imitación de su cabeza se atreven á usar el mismo lenguaje (6). Sin acordarse del precepto de velar y orar que Jesucristo les había impuesto, todos se duermen tranquilamente y se abandonan al reposo, y aquellos hombres que acababan de asegurar á su Divino Maestro que estaban dispuestos á morir por él, no pueden, dice S. Juan Crisostomo, velar con él ni un solo instante (7). Además, cuando Jesus se acerca á ellos para despertarlos, los encuentra sumergidos en un sueño tan profundo, que le miran sorprendidos sin conocerle, y le oyen sin comprenderle ni saber que responderle (8). Mas esta somnolencia

- (1) *Tunc maxime deprecari opus fuit, et dicere: Auxilium nobis. (In Matth.)*
 (2) *Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion. (Ps. 124.)*
 (3) *Etiam oportuerit me mori tecum, non te negabo. (Matth.)*
 (4) *Ex ardore fidei pronuntiat, et ardenti affectu erga Dominum. (In Matth.)*
 (5) *Eccce avis sine petulo in altum volare nititur. (In Marc. 14.)*
 (6) *Similes autem et omnes discipuli dicunt. (Matth. 26.)*
 (7) *Qui mori simul cum Christo elegerant, neque cum eo vigilare potuerunt. (Rom. In Matth.)*
 (8) *Et ignorant quid respondeant ei; erant enim oculi eorum gravati. (Marc.)*

que embargaba sus miembros era, dice S. Jerónimo, una imagen de la flaqueza de su espíritu, próximo á caer (1). Y Orígenes añade que si los ojos del cuerpo estaban en ellos grabados por el sueño, los de su alma lo estaban todavía mas (2).

¡Que dolor para el Salvador, qué golpe tan rudo para su corazón desconsolado, el de verse así abandonado de sus amados discípulos, y entregado á su tristeza y á su aflicción! Y sin embargo él sufre todavía con calma esta señal de fría indiferencia. Si él los despierta, es mas por el interés de su fe, que para buscar en ellos un alivio á sus propias penas. Porque en efecto, él se contenta con decirles en un tono lleno de dulzura y de afabilidad : ¡Estáis dormidos! ¿con que no habeis podido velar una hora sola por vosotros mismos, mientras que yo oro y sufro por vosotros (3)! Después dirigiéndose mas especialmente á Pedro, porque, como dice S. Hilario, él había manifestado mas presunción que los demás, y se había jactado de que ninguna cosa le escandalizara ni podría separarle jamás de Jesus (4), le dice : ¡Y tú tambien duermes, Pedro! ¿Y es esto el amor que me tienes? ¡Ay! ¡el que se jactaba de ofrecirme el sacrificio de su vida no puede sacrificarme ni una sola hora de sueño! En seguida les dirige á todos una instruccion grave, en la que, en medio de la amargura y de la reconvención, se dejan ver su bondad y su sabiduría; en la que todo es grande y conforme á las necesidades de todos; en la que planta en pocos palabras la fragilidad de la carne, la necesidad de prevenirse contra la tentación y la imposibilidad de vencerla sin la vigilancia y la oración. Velad, les dice, velad y orad; para que no entrais en tentación; porque, si el espíritu está pronto, la carne es débil (5). Instruccion tan sólida y tan importante que el Salvador procura dirigir á todos los cristianos de todos estados y de todas edades; y que por lo mismo merece ser meditada.

Es desde luego evidente, observa el venerable Beda, que por la palabra *velad*, no quiere Jesucristo recomendar á los apóstoles esa vigilancia que combate el sueño del cuerpo; sino una vigilancia espí-

- (1) *Langues habet Apostolorum beatificas, vigilas vicinas. (In Matth.)*
 (2) *Peto quid non tentata corporum oculi, quibus animarum erant gravati. (In Matth.)*
 (3) *Sic non potestis una hora vigilare mecum? (Matth.)*
 (4) *Petrum per omnia arguit, qui non se scandalizandum fuerat gloriatum. (In Matth.)*
 (5) *Vigilate et orate. Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma. (Matth.)*

ritual que sacude el entorpecimiento del alma y la libra de caer en el sueño de la infidelidad (1); esa vigilancia de la que habia dicho en otro tiempo en su Evangelio: *Dichoso el siervo á quien el Señor á su venida encontrará vigilante y fiel.*

Pues bien, para comprender la necesidad de esta vigilancia, oigamos la doctrina profunda del apóstol Santiago. La tentación, dice, no principia en nosotros sino por la distracción, que es como el sueño del alma. La oscuridad del espíritu prepara siempre el camino á la flaqueza del corazón. Cuando el entendimiento está disipado, distraído, adormecido, la seducción despliega su fuerza y arrastra la voluntad, y entonces la concupiscencia triunfa y produce el pecado (2). Es pues absolutamente necesario que velemos con mucho cuidado sobre todos los pensamientos de nuestro espíritu y sobre todos los movimientos de nuestro corazón.

Sin embargo la vigilancia sobre sí mismo de nada sirve sin la oración. La fe es seguramente un gran don; mas, como dice S. Agustín, no debemos confiar en ella hasta el punto de creernos capaces de todo con su solo auxilio (3). Al hombre que no está asistido de la gracia, le sucede lo que le sucedió al mismo Pedro cuando hizo el juramento de morir por Jesús, sin haber implorado antes su auxilio (4). Porque demasiado débil por sí misma la voluntad del hombre, añade Sto. Tomás, nada puede en el orden de la salvación sin el auxilio de la virtud divina (5).

Este auxilio no lo alcanzamos sino por medio de la oración. La fuerza nos viene de lo alto; la verdadera fortaleza es estraña á nosotros. El hombre en el mero hecho de serlo, es débil, y supuesto que es débil, tiene necesidad de la oración (1).

Verdaderamente la oración es para el alma, dice en otro lugar S. Agustín, lo que los alimentos son para el cuerpo. Ella es el jugo que

(1) Non á somno dormitionis prohibet, cujus tempus non erat, imminente periculo: sed á somno infidelitatis et torpore mentis. (*In Marc.*)

(2) Unusquisque tentatur á concupiscentia sua abstractus, et illicita, Conceptio cordis patit peccatum. (*Eccl. 1.*)

(3) De fide non ita gloriandum est, ut quasi aliquid possumus.

(4) Quid est homo sine gratia, nisi quod fuit Petrus quando promissit, non adhibito auxilio Dei, se pro Domino moriturum? (*Serm. XXIV, de Temp.*)

(5) Voluntas humana non est per se ipsam efficax ad implenda que vult, nisi per virtutem divinam. (3. p. q. 21. a. 1.)

(6) Ex quo homo, ex hoc infirmus; ex quo infirmus, ex hoc orans. (*Adequati. Tract. 107, in Joann.*)

la nutre y la fuerza que la sostiene (1). Así es que uno de los artificios de que se vale el demonio muy comunmente, añade S. Pedro Crisologo, es el de separar al cristiano de la oración donde recibe las fuerzas que necesita. Por este medio está seguro de engañarle y de hacarle su esclavo, supuesto que el abandono de la oración asegura el triunfo de la tentación (2).

Ved aquí por que al precepto de la vigilancia junta Jesucristo el de la oración, y hace depender de esta doble práctica nuestra victoria sobre el espíritu tentador. Es necesario, pues, segun el consejo de S. Ambrosio, que esta voz divina, esta advertencia, este precepto, estas solennas é importantes palabras de nuestro Salvador: *Velad y orad para que no entreis en la tentación*, no deja de resonar un solo instante en los oídos de todos los fieles (3).

Y admiremos aquí con S. Cirilo la belleza de esta espresion del Salvador: *Para que no entreis en tentación*. En efecto, nuestra entrada en la tentación, y la entrada de la tentación en nosotros son dos cosas muy diferentes. La tentación que entra en nosotros, es la tentación que sufrimos; mas el hombre que entra en la tentación, es el hombre que la consiente y se complace en ella, es el hombre que sucumbe á ella (4).

Nosotros, frágiles criaturas, podemos pedir y debemos procurar que la tentación no entre en nosotros, ó en otros términos, que no nos venamos espuestos á ella; esta clase de lucha es muy trabajosa y la victoria es muy incierta; pero no siempre lo podremos obtener. S. Geronimo observa á este proposito que el Señor no dijo: *Orad para que no seais tentados*, porque en primer lugar es imposible al hombre evitar todos los escándalos y eludir todas las tentaciones (5); y por otra parte no es un mal sufrir la tentación; de otro modo Jesucristo no la hubiera permitido en sí mismo, ni hubiera consentido en pasar, como dice S. Pablo, por todas las pruebas de este género: *Tentatus per omnia*. Lo que Jesucristo dijo fué:

(1) Sicut ex carnalibus escis altior caro, ita oratione interior homo nutritur. (*De salut. Mont. c. 28.*)

(2) Inimici est ita subreptio: decipere parat, quos non pallit orationibus communi, in tentationem exilit, qui ad orationem non valit. (*Serm. XLIII.*)

(3) Semper debet vox illa, in aures fidelium intonare: Vigilate et orate, ne intreis in tentationem. (*De Fac. gen. 29.*)

(4) Illud est ingredi tentationem, cum aliquis tentatione obducitur. (*Catech. 5.*)

(5) Non ait: Orate ut non tentemini, quia impossibile est humanam aulam non tentari. (*In Matth. 26.*)

Velad y orad, para que no sucubáis á la tentación que vendrá á sorprenderos. Lo cual puede interpretarse de este modo: «No depende de vosotros evitar la tentación á la que vais á veros espuestos. Esta noche vendrá ella á sorprenderos y á asaltaros á pesar vuestro; mas vosotros podéis resistirla y triunfar de ella, si á la vigilancia del espíritu junta la oración, que es el grito del corazón (1).»

Pero procuremos comprender asimismo lo que significan estas otras palabras del Salvador: *El espíritu está pronto, mas la carne es débil.* El espíritu pronto, según dicen los Santos Padres, es el alma que está en gracia de Dios, y á quien esta gracia dispone al bien por la luz que derrama en ella, los deseos que la inspira, las fuerzas que le da y el favor que le comunica. En cuanto á la *carne débil*, significa la concupiscencia que se oculta en nuestro cuerpo, los movimientos del amor propio, los deseos profanos y las inclinaciones corrompidas, cuyo origen es la carne, y que, según S. Pablo, se oponen en nosotros á las inspiraciones de la razón y al influjo de la gracia. De modo que dentro de nosotros el espíritu se halla en un estado de lucha continua con la carne, y los dos se hacen una guerra á muerte (2). Jesucristo pues quiso advertirnos con estas palabras, dice S. Gerónimo, que las buenas disposiciones del corazón, que son obra de la gracia, no destruyen en nosotros el peso de la concupiscencia ni las enfermedades de la naturaleza corrompida. Con mucha frecuencia una ocasión imprevista, una tentación que no se ha propiamente rechazado con la debida prontitud, pueden hacer desvanecer en un instante estas buenas disposiciones, y en este supuesto es necesario que el ardor de nuestra fe no nos inspire la confianza temeraria de poder, según nuestra voluntad, á nuestro arbitrio y con nuestras solas fuerzas, llevar á efecto sus obras. Nosotros debemos sin duda alguna confiar en los sentimientos de nuestra fe, pero de tal manera que no dejemos de temblar por la fragilidad de nuestra carne. La oración pues debe ser nuestra ocupación continua (3). Porque debemos estar convencidos, exclama S. Agustín, de que no existe la vida cristiana sin la oración, y que solo aquel que sabe orar es el que sabe vivir (4).

(1) Vigilate et orate, ne intretis in tentationem.

(2) Caro concupiscit adversus spiritum: Iuxta illi invicem adversantur. (Galat. 5.)

(3) Hoc autem est contra temerarios qui, quod crediderint, putant se posse consequi. Itaque, quantum de ardore mentis confidimus, tantum de carnis fragilitate timeamus. (Jo. 96. Math.)

(4) Vere novi recte vivere qui recte novit orare. (Hov. 4. 22. 5.)

Sin embargo, observa en este lugar Sto. Tomás, Jesús no se contentó con darnos una instrucción tan sólida como interesante acerca de la oración; sino que quiso también grabarla en nosotros con su ejemplo (1). Con este objeto, añade Orígenes, llevó el Salvador consigo al Huerto á sus discípulos, principalmente á Pedro, el mas presuntuoso de todos. El espectáculo del Hijo de Dios orando de rodillas debía naturalmente abrir sus ojos y enseñarles el lugar donde se halla la fuerza del hombre, y que está no se obtiene sino por medio de la oración, y por consiguiente, á presumir menos y tener menos confianza en sí mismos y mas diligencia en la oración (2).

¡O sublime ejemplo! ¡cenit poderoso y eficaz deber para nosotros! y ¡qué! ¿Seremos nosotros, esclama S. Lorenzo Justiliano, seremos nosotros por ventura mas fuertes que el Hombre-Dios y mas constantes que el Dios Salvador? Seguramente que no. Pues bien, si durante la lucha que el sostiene como hombre, busca en la oración el consuelo y la fortaleza, ¿cómo podremos nosotros bisonjennos de encontrar sin la oración la fuerza necesaria para sufrir nuestros males, y el remedio para curar nuestras heridas (3)?

Escuchad finalmente la instrucción que nos da el ejemplo de Jesucristo, y veamos como comprende su oración todas las condiciones que deben acompañar la nuestra.

Jesucristo habia dicho en su Evangelio que para que nuestra oración sea agradable á su Eterno Padre, debe hacerse en secreto (4). Esta quiere decir que para orar, es necesario buscar la soledad, no solo del cuerpo, sino tambien del corazón; que es necesario alejarse á un mismo tiempo del tumulto de los hombres y de la murmuración de las pasiones. Pues bien, del mismo modo que el alma humilde, pura y desprendida de las cosas vanas, está en cierto modo sola y recogida, aun en medio del ruido del mundo, así tambien el alma agitada por los vanos cuidados del interés y de la ambición ó por los deseos vergonzosos de la voluptuosidad, se halla en la disipación y en el seno de una sociedad finesta, aun cuando esté sola y

(1) Voluit ad Patrem nativum dirigere, ut nobis grandi exemplum daret. (S. P. 31. 6.)

(2) Ad hoc adduxit eos, maxime Petrum, magna de se confidentem, ut viderent ubi est posse hominis. (Tract. 32. in Math.)

(3) Numquid in Christo fortior aut Salvatore constantior? Ille, in agone constitutus: ad orationis solatium declinavit; tu, absque implorantis medicamine, tribulationum vulnere perferre proximus. (De Christ. agno. 8.)

(4) Tu autem cum oraveris, ora Patrem tuum in abscondito. (Math. 5.)

silenciosa. Revolviendo en su corazón pensamientos inútiles ó deseos culpables, en el momento mismo en que su lengua articula maquinalmente algunas oraciones, lejos de encontrar á Dios en su templo, ni aun siquiera puede encontrarse á sí misma. ¡Oh! ¡cuántos cristianos, dice el venerable Beda, asisten de este modo en nuestros templos al tremendo sacrificio! Es verdad que sus ojos se dirigen al altar, mas su alma vagabunda anda errante fuera del templo; su boca articula algunas oraciones en las que ni el corazón ni el espíritu toman parte, y que por lo mismo permanecen sin fruto y sin resultado.

En este pasaje, observa S. Juan Crisóstomo, ha querido Jesucristo hacernos conocer todavía mas con su ejemplo la necesidad del doble cuidado del cuerpo y del espíritu que nos había recomendado con sus palabras. Nosotros le vemos efectivamente alejarse, para orar, de los muros de la tumultuosa Jerusalén, retirarse á la soledad de un bosque, al fondo de un valle, separarse de sus discípulos y concentrarse en sí mismo en un recogimiento profundo (1).

La humildad es la segunda condición que se exige para la oración. La divina misericordia aparta sus ojos de los espíritus orgullosos, dice S. Agustín; ella no se digna echar una mirada de bondad sino sobre el alma humilde y penetrada del conocimiento de su nada (2). Esto consiste en que la oración no es otra cosa que el grito de una grande miseria, que implora un gran socorro y una grande piedad (3), y solos aquellos que se reconocen pobres, ¡ó Dios mío! y que hacen ante vos la confesion de su indigencia, son enriquecidos con la abundancia de vuestros dones (4). Pues bien, el Salvador nos da tambien el ejemplo de esta profunda humildad, tan necesaria en la oración. En primer lugar, por el sitio mismo que escoge. En otras circunstancias, cuando oraba en el monte, observa Remy, su objeto era enseñarnos que la oración debe tener por fin principal los bienes y los intereses del cielo; en el día de hoy, yendo á orar al valle de Gethsemaní, nos enseña que la humildad debe ser la compañía inseparable de la oración (5).

(1) Errores nos quoniam et tranquillitatem in orationibus appetimus. Formam nobis tradidit, ut aliquid et solitudinem in orationibus queramus. (Celen. in Math.)

(2) Ad inopiam et egeniam inclinat aurem, ut est ad humilem et indigentem misericordia.

(3) Cum oramus omnes mendici Dei sumus.

(4) Illi soli, qui cognoscunt se pauperes, et confitentur illi pauperitatem suam, dilatare á te. (Is. Pr. 83.)

(5) Cum oravit in monte docuit nos in oratione pro celestibus Dominum suppli-

En segundo lugar nos inculca la necesidad de la humildad en la oración, por la actitud de su persona. Miradle: el cne de rodillas; esto no basta, él se prosterna con el rostro junto á la tierra, según lo había anunciado Jeremías en estos términos: « El humillará su frente en el polvo, y aguardará así el resultado de su oración (1). » Es decir, observa S. Buenaventura, que, pareciendo olvidar su cualidad de Hijo de Dios, toma la actitud del último de los hombres, del publicano del templo, de esos pecadores que ni aun se atreven á levantar sus ojos al cielo, en fuerza de la confusion que experimentan á vista de sus pecados (2). Además, por esta humillacion exterior de su persona, manifiesta, dice el venerable Beda, los sentimientos interiores de humildad de que está penetrado su espíritu, y nos hace ver que en presencia de su Padre su corazón es tan humilde como lo manifiesta su exterior (3).

Asi pues Jesus nos enseña, en la oración, el alma y el cuerpo deben asociarse para obtener el perdón, así como se asocian para cometer el pecado; que, para invocar á Dios, nuestro cuerpo y principalmente nuestro espíritu deben humillarse; finalmente que nuestra oración debe ser mas humilde aun que el espíritu y el cuerpo, y que, hablando con el Profeta, debe prosternarse en la presencia de Dios (4). Esprision fuerte y energética, pero muy natural, porque conviene al pecador justamente humillado ante el Dios que ha ofendido.

Mas cuando el inocente Jesus, cuando el Hijo de Dios, cuando Dios mismo se muestra á nosotros orando á su Eterno Padre con tanta humildad y tanto respeto, ¿no es un horrible escándalo ver á esos hombres levantados del polvo, llenos de vicios, á esas miserables mujeres cargadas de pecados (5), á esos jóvenes vanos y disolutos, á esos jóvenes que hacen plaire de pudor, entrar descaradamente en nuestras iglesias, permanecer en pie ante la majestad infinita de Dios, y asistir á sus terribles misterios sin bajar jamás la

care. Cum vero in valle oravit, nos instruit ut in oratione temper humilitatem servare studemus. (In Cant. in Matt.)

(1) Posuit in pulvere os suum, si forte sit spes. (Jerem. 3.)

(2) Oblitus se Deum esse videtur, et erat ut homo, et ut hominibus de populo.

(Beda. Pr. Christ. c. 77.)

(3) Prociades ruit in faciem suam, et humilitatem mentis habito carnis ostendit.

(De Marc.)

(4) Prostratus precor ante faciem tuam. (Dan. 8.)

(5) Mulierculas operatas peccatis. (Mt. Tim. 3.)

vista, sin inclinar la frente, ni doblar la rodilla? ¡Ay! eso no es dirigir una súplica a Dios, eso es hacerle un insulto; eso no es honrar a la Majestad Divina, es ultrajarla: en su misma presencia, en su propia casa, en su templo mismo; eso no es solicitar el perdón para los pecados cometidos, si no cometer otros nuevos. Así pues, esas visiones hechas a nuestras iglesias, lejos de alcanzarnos la misericordia de Dios, provocan su justicia; lejos de merecernos sus gracias, llaman sobre nosotros sus castigos. Sin embargo, ¡desgraciados, desgraciados de aquellos que, soberbios delante de los hombres, no saben humillarse ni aun en la presencia misma de Dios! Llegará un tiempo en que esos espíritus orgullosos, despreciadores sacrilegos de la Majestad Divina, se vean humillados y cubiertos de una horrible confusión y de un oprobio eterno (1).

En tercer lugar, Jesús, sin embargo de humillarse así, principia su oración con esta invocación: «Padre mío! Padre mío! Abba, Pater mi!» Es decir que aunque era con la humildad de un pecador, no por eso olvida la confianza ni el amor que debe inspirarle su cualidad de Hijo de Dios, de Hijo muy amado de su Eterno Padre (2). Y de este modo nos enseña que, así como el ave no puede hendir los aires si no está sostenida por sus dos alas a la vez, así la oración no puede elevarse hasta Dios, si al dirigirla el hombre, no reúne a la humildad de pagar la confianza de hijo de Dios. La humildad es en ella la base; y la confianza es el sosten. Esta es la razón por que Santiago nos dice que no debe dudarse por instante que se alcanzará de un padre tan bueno lo que se le haya pedido (3); y por esto mismo nos asegura el Salvador que la fe y la confianza son la condición esencial para obtener de una manera cierta los favores que pidamos al Padre celestial (4). Y esto se comprende fácilmente; porque en efecto, del mismo modo que si la confianza no estuviera acompañada de la humildad, no sería otra cosa que presunción, así también la humildad que no estuviera sostenida por la confianza no sería otra cosa que envilecimiento. Es necesario pues presentar a Dios en espíritu profundamente humillado que se crea indigno de todo, pero es necesario presentarle al mismo tiempo un corazón lleno de tierna confianza que lo espere todo de su bondad.

(1) Qui continent mer, erunt ignibiles. (1. Reg. 2.)

(2) Manifestata devotionem quasi directis et complacens. (Crisostomus, in Matth.)

(3) Postulet autem in fide, laudans. (Jac. 1.)

(4) Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et eveniant vobis. (Marc. 11.)

Finalmente Jesús no se contenta con orar una sola vez, sino que lo hace hasta tres veces, repitiendo siempre las mismas palabras (1); y S. Lucas añade que redobló sus oraciones e insistió en ellas largo rato: *Protrahens orabat*. La intención del Salvador, dice S. Gregorio á este propósito, es enseñarnos que no debemos desmayar si nuestra petición no es oída prontamente, sino que debemos por el contrario perseverar en la oración con una constancia cada vez mayor (2). Porque, como observa igualmente S. Juan Crisóstomo, nuestra insistencia acaba por alcanzar lo que podría negarse á nuestra indignidad. La fe, la humildad, el respeto y la confianza preparan las gracias, mas la perseverancia es la fuerza que nos las alcanza. El corazón de Dios se mueve por la humildad, pero solo se vence por una santa importunidad. Esta es una verdad que Jesucristo nos habla ya revelado (3).

Así como la pobre esclava, sirviéndome de la comparación del Profeta, tiene las miradas fijas en su buena señora, de quien ella espera pacientemente y en silencio su alimento, así nosotros debemos tener siempre fijos los ojos en nuestro Dios y Señor, y dirigir á él nuestra esperanza y nuestra oración, hasta tanto que se digna tener piedad de nosotros (4).

Si, esa mirada de respeto y de confianza, de humildad y de amor, expresión sincera de la confusión y del dolor que nos causa nuestra miseria y del deseo que tenemos de ser consolados; esa mirada que, sin la mediación de los labios, hará que se oiga en el corazón de Jesús el grito de nuestro corazón, recibirá muy pronto una respuesta. El corazón de Jesús, tan lleno de amor, no resiste por mucho tiempo al espectáculo de nuestra humildad y de nuestro dolor. Nuestra oración le apiada; le enternece y le hace descender hasta la compasión. El nos volverá mirada por mirada, amor por amor, y, según la promesa solemne que el nos ha hecho, encontraremos lo que buscamos, alcanzaremos lo que pedimos, y la puerta de los cielos, á la que hayamos llamado con una santa insistencia, nos será abierta (5).

(1) Oravit tertio circuloque personarum discussis. (Matth.)

(2) Habes perseverantiam documentum; ut si primo non exaudieris, ab oratione non desinas. (Ep. 6. á Marci.)

(3) Vult Deus rogari, et quadam importunitate vinci.

(4) Sicut oculi ancille in manibus domine suae, ita oculi nostri ad Dominum, donec miserator nostri. (Ps. 122.)

(5) Petite, et accipietis; querite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis. (Matth.)

SEGUNDA PARTE.

Una de las causas que afligen tan profundamente al Señor en el huerto de Gethsemani, es, dice S. Gerónimo, la prevision que tiene de la caída de sus discípulos (1). Y sin embargo ¡o ingratitud, o frialdad de los apóstoles! exclama S. Ambrosio. Ellos duermen profundamente su sueño, y no tienen cuidado alguno de orar por sí mismos, en tanto que su Divino Maestro ora por ellos, y por ellos se halla poseído de la tristeza y del dolor (2). Cosa sorprendente! Jesucristo llevaba entonces á efecto aquel exceso de infinita misericordia, del que estos mismos discípulos le habían oído hablar en el Tabor con Moisés y Elias, y sin embargo no fijan en ello la atención. La víctima se prepara por sí misma para el altar en que debe ser inmolada por ellos, y ellos no piensan siquiera en ella. El sacrificio principal, y ellos no se inquietan ni se alteran, como si este sacrificio no tuviera relación alguna con ellos. Jesús obra su reconciliación y su salvación, y ellos no toman interés alguno en ella. El momento de la tentación que les ha sido anunciada se aproxima, y ellos no se preparan para resistirla. Estos mismos apóstoles, observa Teofilacto, que pasaban toda la noche echando inútilmente sus redes al mar cuando se trataba de adquirir el alimento del cuerpo, no pueden velar una hora ni pueden orar ahora que tienen necesidad de auxilio y de fuerza para su alma (3).

¿Mas por qué admirarnos de la ceguera de los apóstoles? ¿No es su frialdad una imagen fiel de la nuestra? Rodeados de peligros por todos lados, amenazados por enemigos numerosos, dominados por toda clase de pasiones, asaltados por todas las miserias de la naturaleza culpable, descuidamos nosotros también, dice S. Bernardo, nuestros intereses espirituales y nos dormimos en una loca seguridad, como si gozásemos de los privilegios de la naturaleza inocente (4).

Para agradar al mundo, para contentar la carne, para alimentar

(1) *Tristatam Dominus propter scandalum discipulorum.* (In 26. Math.)

(2) *Dormunt, et insistent dolore pro quibus doluit Christus.* (Eib. 40. in 22 Luc.)

(3) *Per totam noctem vigilat corpori, qui animæ per horam vigilare non potest.* (In 14. Marc.)

(4) *Nos miseri et miserabiles, tot insurgentibus inimicis, perniciosa negligentia dormitamus; pigri ad spiritualia exercitia, perinde hæc si jam pax sit atque securitas.* (Serm. 11. de S. And.)

la ambición y la codicia, para asegurar á nuestro cuerpo algunos días de una felicidad efímera, nos fatigamos de día y velamos de noche; y sin embargo, cuantos disgustos experimentamos, cuántas humillaciones devoramos en silencio, cuántos desprecios sufrimos, cuántos sudores derramamos y á cuántos sacrificios penosos nos vemos obligados á condenarnos! Y sin embargo jamás llegamos á encontrar algunos instantes para aplicarlos á la oración, á fin de asegurarnos una vida inmortal, una felicidad eterna (1).

Es verdad que el sueño de los apóstoles es mas bien el resultado de la flaqueza que el de la desobediencia; y que procede mas bien de la enfermedad de la naturaleza que del desreglo de la voluntad. Mas estas excusas no tienen valor alguno cuando el alma está en peligro, cuando la salvación eterna se halla comprometida. ¡Ay! si se hubiera tratado de un peligro imprevisto que hubiera amenazado sus vidas, los apóstoles hubieran triunfado seguramente de esta flaqueza que les parecía invencible. Si ellos se hubieran visto sorprendidos por los judíos, se hubieran reanimado, hubieran pedido socorro y el amor de la vida hubiera disipado en ellos aquella somnolencia que les parecía invencible. Lo mismo nos sucede á nosotros. Si tuviéramos un verdadero interés por nuestra salvación eterna, hiciéramos por el alma al menos tanto como hacemos por el cuerpo. Ved cuánta actividad, cuántos recursos desplegamos cuando nuestros placeres son contrariados ó nuestros intereses se hallan amenazados. Todo lo vencemos, de todo triunfamos, nada nos es imposible cuando se trata de los bienes del mundo ó de las ventajas del cuerpo. La indolencia, el enfado, el disgusto y el sueño no se apoderan de nosotros sino cuando se trata de las cosas de Dios y de la salvación de nuestra alma. No tenemos dificultad en disipar los años en negocios inútiles, en juegos, en vanas diversiones ó en partidas de recreo, y no queremos invertir un día, una hora ni un momento en el gran negocio de la eternidad. (R)

Pero Jesucristo no deja á los discípulos tranquilos en su sueño. Tres veces va á visitarlos, y tres veces los hace salir de este sueño funesto, precursor de una caída mas funesta todavía. Pues bien, la bondad de Dios tiene con nosotros la misma conducta. El no permite que nos durmamos tranquilamente en la tibieza y en el pecado.

(1) *Per totam noctem vigilat corpori, qui animæ per horam vigilare non potest.*

El nos visita con frecuencia por medio de las desgracias, las humillaciones y las enfermedades; el detiene el curso de nuestras prosperidades, contraria nuestros designios, burla nuestras intrigas y derrama la amargura en nuestros placeres, nos reconviene, por medio de los remordimientos ocultos de la conciencia, nos amenaza con la certeza de la muerte, la severidad de sus juicios y el horror de sus castigos; y de este modo nos estimula á que velemos y oremos: *Vigilate et orate*. Mas nosotros, hombres de intereses y de placeres, semejantes á los apóstoles, que despertados por Jesucristo, vuelven á caer en su sueño, nosotros no sacudimos un instante el entorpecimiento de nuestra alma, sino para abandonarnos á un letargo mas profundo, que nos hace olvidar enteramente nuestros intereses espirituales (1).

¡Ay! llegará sin embargo el momento, en que el pecador, que ha dormido su sueño, durante su vida entera, despertará al fin: este momento terrible es el de la muerte. ¡Oh! ¡qué confusión reinará entonces en su espíritu! ¡qué angustia desgarrará su corazón! ¡cómo se abrirán sus ojos sorprendidos! ¡cómo cambiará todo de aspecto al su alrededor! ¡cómo se agitará todo su ser para asir el tiempo que se le escapa, ó para obtener la gracia que le falta y encontrar la esperanza que le abandonó (2)!

Salgamos pues, hermanos míos, de este sueño funesto en que estamos sumergidos: *Ut quid sopore deprimeris?* (Joann. 1. Previengamos ese despertar terrible de la muerte que nos descubrirá toda la estension de nuestros deberes, pero que nos constituirá en la imposibilidad de cumplirlos, que estenderá ante nuestros ojos el sombrío cuadro de nuestra vida, pero que no nos dejará tiempo ni fuerza para corregirla.

Seamos dóciles á la voz tierna de Dios, que nos llama ahora á la resurreccion del perdón: *Surge, et invoca Deum tuum*. (Ibid.) A fin de que podamos librarnos de oír la voz terrible de este mismo Dios que nos mandará resucitar para el castigo. Caminemos á aumentar el numero de esos dichosos y fieles siervos que velan, oran y trabajan en el gran negocio de la salvacion (3). Si, como ellos, somos vigilantes durante la vida, nos encontraremos en el momento de la muerte sin remordimientos de lo pasado, sin turbacion en el

(1) Dormierunt solum sicut viri dicitarunt. (Ps. 75.)

(2) Evigilabant, et nihil invenierunt. (Luc. 12 et Ps. 75.)

(3) Beati servi illi, quos cum venerit Dominus invenit vigilantes.

presente, ni miedo del porvenir, y firmes é inmutables en nuestra esperanza, iremos á reposar para siempre y á dormirnos gozosos en el seno de Dios, que nos admitirá á los goces de sus bienes eternos. Así sea.

CONFERENCIA QUINTA.

La oración en el Huerto con relación al hombre.

Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus.

El hombre se eleva á la altura de su vocación, y Dios será glorificado.

(Psal. 63.)

Increíble parece á primera vista que volviendo Jesucristo segunda y tercera vez al Huerto para orar, no hiciese mas que repetir su primera oración con las mismas palabras que antes (1). Porque, ¿es posible que la sabiduría inefable, al orar segunda y tercera vez á su Padre Eterno, no encontrase nada nuevo que decirle en un momento tan solemne y tan misterioso en que iba á inmolarse por la salvación del mundo? ¿Es posible que no pudiese mudar las palabras de su oración, al añadir otros pensamientos más elevados, otros sentimientos más sublimes y más dignos del Dios á quien se dirige, y de la alta misión que entonces cumplía?

¡Ah! dice S. Agustín, Jesús defendía entonces: nuestra causa y no la suya. No hablaba entonces como Hijo de Dios, sino como fiador de los hombres; y como esta oración era la única que convenía á los hombres, y él no la hacía sino por ellos, poco le importaba que sus palabras ocultasen ó hiciesen olvidar su Divinidad, el solo trataba de hacernos participantes de su misericordia, aun á espensas de su Majestad (2).

Mas, este oscurecimiento de su grandeza solo fué aparente y momentáneo; pues, en realidad, por esta oración tan sencilla y tan humilde, el corazón humano, según la profecía de David, recibió un nuevo vigor, se elevó sobre las flaquezas y las miserias de la humanidad, y esta gloria del hombre contribuyó admirablemente

(1) *Iterum secundo pluit et oravit, eundem sermonem dicens. (Math.)*

(2) *Oculum Deum decorum vocis elevari magis ex christiano patre quam ex majestate sua (Tract. 109. in Joann.)*

LA ORACION EN EL HUERTO CON RELACION AL HOMBRE. 77
á glorificar á Dios: *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus.*

En efecto, no solo nos reveló Jesucristo en esta oración los misterios de su persona; no solo nos demostró claramente, como ya hemos visto, que él era verdadero hombre, verdadero Dios y Salvador del mundo; sino que, tomando á su cargo nuestros intereses de una manera especial, nos preparó en ella, como veremos hoy, una enseñanza que ordena nuestros afectos, un auxilio que nos anima en nuestros temores, y un apoyo que aumenta nuestra fuerza y nuestro valor. Proseguiremos pues descubrir estas riquezas nuevas que la misericordia de nuestro Señor ha encerrado en su oración, á fin de que, apropiándonoslas, podamos elevar nuestro corazón hasta Dios, y por este medio, sea Dios glorificado en nosotros y por nosotros: *Accedet homo ad cor altum; et exaltabitur Deus.*

PRIMERA PARTE.

Es necesario no confundir nuestros vicios con nuestras pasiones, ni nuestros pecados con nuestras enfermedades. Nuestras pasiones no son pecados, aun cuando sean el origen de todos los pecados. Hay en ellas algo de inocente y de legítimo, y al mismo tiempo algo de malo y de injusto. La repugnancia al dolor, á la pobreza y á la deshonra, y el horror á la muerte, son sentimientos naturales que hacen aparecer nuestra flaqueza, sin hacernos viciosos. Por el contrario el amor de los placeres y de la vida, el desecho de las riquezas y de la gloria, ¿cuántos deberes no nos hacen olvidar! ¿Cuántas leyes no se infringen por seguirlos! ¿Cuántas intrigas no se trampan! ¿Cuántas injusticias y cuántos pecados no se cometen! El corazón humano desciende entonces á todas las bajezas y se sumerge en las profundidades del desorden. Es necesario pues aplicarse, no á abolir estas pasiones, sino á reprimirlas; no á destruirlas, sino á ordenarlas; á fin de que el corazón no trasgase los límites del deber: que no se adhiera á lo que repugna á la justicia y á la santidad, sino que por el contrario se eleve del abismo de la miseria á la altura de Dios (1).

Así pues, dos sentimientos diversos, dice Orígenes, son los que dominan al hombre cristiano en los sufrimientos, en las humillaciones y en la muerte. En primer lugar, el experimenta la repu-

(1) *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus.*

gnañela, porque es hombre, revestido de una carne flaca, y este sentimiento le es común con todas sus flaquezas; mas en segundo lugar, porque es cristiano, se siente inclinado á aceptar estos males con una piadosa resignación, en el caso de que Dios se sirva mandárselos ó permitirlos (1).

Esta doctrina tan bella, que está de acuerdo con la naturaleza y la razón, y que arregla todos nuestros sentimientos, está conteída evidentemente, dice el venerable Beda de acuerdo con S. Gregorio, en la oración del Salvador. Jesús habló el lenguaje de nuestra enfermedad, al mismo tiempo que el de su virtud; él nos enseñó que, si nos vemos abrumados por las tribulaciones ó la tristeza, podemos pedir que este cáliz de amargura se aleje de nosotros, porque somos débiles; pero que debemos al mismo tiempo, en calidad de cristianos, estar prontos á someternos á la voluntad de nuestro Criador, á un cuando esté en oposición con la nuestra (2).

En efecto, cuando Jesús esclama: *¡Pulire mio, pase de mí este cáliz!* expresa la repugnancia que el hombre experimenta naturalmente en presencia de los sufrimientos y de la muerte. Mas cuando añade: *Hágase vuestra voluntad y no la mía*, nos muestra la voluntad de Dios como la única justa y santa, y nos la señala como el límite contra el que el coposo de nuestros deseos y de nuestros temores debe quebrantar el orgullo de sus irritadas alas.

El expresó pues los sentimientos de nuestra humanidad; pero contenidos en los límites del deber, y subordinados á la voluntad de Dios; él habló el lenguaje de nuestra flaqueza, pero unido al de su virtud. En nos enseñó, dice S. Juan Crisóstomo, que la voluntad Divina debe en todas las cosas hacer callar la nuestra; que ella debe triunfar de todas la repugnancias; que ella debe forzarnos, á despecho de los vanos gemidos de la naturaleza, á someternos á la severidad de los juicios de Dios, y á aceptar las tribulaciones, las ignominias, las erboes y la muerte, aun cuando estemos adornados de la santidad y de la inocencia, y nos parezca que no las merecemos (3).

Estas palabras: *Pase de mí este cáliz*, no son suyas, sino nues-

(1) *Propter hominis fragilitatem; propter quidem nolite pati, quia carnalis homo est, si autem Deus sic voluerit, acquiescere, quis fideles est?* (In Matth.).

(2) *Infirmis in se vocem sumptis, ut cum hoc imminet quod fieri volumus, sic per infirmitatem petamus ut transcat, quatenus per fortitudinem parati sumus ut voluntas Conditoris nostri, etiam contra nostram voluntatem, fiat.* (Moral. lib. 12. c. 2.)

(3) *Exemplum suo docet, etiam abhorrente et repulente natura, Deum esse uterendum.* (Basil. 84. in Matth.).

tras. Yo era, dice S. Agustín, erais vosotros, eran todos los miembros que componen el cuerpo de la Iglesia, éramos nosotros todos los que por boca de nuestra cabeza pedíamos con instancia no beber la copa de los sufrimientos. Jesús no hizo otra cosa que espresar la miseria de nuestra enfermedad de que se había revestido (1).

Al prorumpir en este acento de dolor, se colocó en lugar nuestro. Mas, si él se hubiese concretado á estas palabras, se nos hubiera asemejado demasiado; él no hubiera dejado ver más que la humanidad, y hubiera sido impoiente para salvarnos. Cuando añade: *Hágase vuestra voluntad, y no la mía*, nos llama á que nos coloquemos en su lugar. Después de haberse bajado hasta nosotros, en cuanto le era posible, nos tiende una mano amiga para elevarnos hasta él (2). Después de haber hablado nuestro lenguaje, nos enseña á hablar el suyo, y mientras que ejerce las altas funciones de nuestro intercesor para con su Padre, no olvida que es también nuestro Maestro (3).

Esta oración sublime es pues un ejemplo, una lección que Jesús nos da para arreglar nuestros sentimientos; pero también es un consuelo que nos ofrece en nuestras aflicciones y en nuestros terrores. Para comprender bien esto, es necesario observar que desgraciadamente no todos los cristianos llevan la perfección hasta el punto de gloriarse de la pobreza y de los oprobios como los apóstoles, de sospirar por los padecimientos como los mártires, ni de sentir en los brazos mismos de la muerte, un santo gozo, como el que han experimentado los santos. La mayor parte de los fieles, aun entre los mas exactos observadores de la ley de Dios, se sienten flagrear bajo su yugo, y sufren con trabajo sus pruebas. La paciencia en las adversidades esta unida siempre al deseo de ver cuanto antes el término de ellas. Su resignación á la muerte va ordinariamente acompañada de un miedo y un temor que la hace dudosa é imperfecta. Ved aquí pues, dice S. Agustín, un nuevo secreto amoroso que Jesucristo encierra en su oración. Al manifestar voluntariamente una flaqueza semejante á la que tienen la mayor parte de los miem-

(1) *Sed quid nisi infirmitatem nostram portavit? Unde erat illi vox? Membrorum ipsius erat, non capitis. Dicit de tuo, de illo: corpus suum gerabat, id est Ecclesiam.* (In Ps. 21.)

(2) *Accipit humo ad cor altum.*

(3) *Non est designatus loqui veritas nostris, ut nos loqueremur veritas nostris.* (In Psal. 30.) *Ita se Patri exhibere voluit precatorem, ut meminerit se nostrum esse discipulum.* (Tract. 161. in Joann.).

bras de su Iglesia, quiso consolarlos y fortalecerlos. Quiso darles á entender que, aunque débiles en los sufrimientos y tímidos ante la muerte, no deben por eso creerse pecadores reprobados por Dios, ni desesperar de su salvación eterna (1). El quiso también, añade S. Leon, usar en esta oración el lenguaje de nuestra débil naturaleza para hacerse el defensor de nuestra miseria y de nuestro temor (2).

El misterio de bondad, rasgo afectuoso de la misericordia del Dios Salvador! El que en calidad de Hijo de Dios podía, dice S. Ambrosio, disponer de doce legiones de ángeles para rechazar lejos de sí la pasión y la muerte, quiso mas bien salir al encuentro de ella con toda la timidez del hombre. Quiso mas bien mostrarse misericordioso que invencible; quiso mas bien cuidar de nuestro consuelo, que de su gloria; quiso mas bien asemejarse á sus ovejas, que abandonarlas; quiso mas bien ser mirado como la mas débil de ellas, que verlas turbarse y desesperarse por la flaqueza y por el temor (3). Cuando el encerró en el seno de una Virgen, podía tomar indudablemente la naturaleza de los ángeles, pero no lo hizo; él se vistió de la naturaleza humana (4), y descendió hasta el último grado de la escala de las criaturas inteligentes, que es el hombre, porque después de él se encuentra el bruto. Así es que, cuando oró en el Huerto, no se valió, como podía hacerlo, del lenguaje sublime de las almas heroicas; sino que prefirió el lenguaje tímido de las almas débiles; y descendió hasta la última grado de la escala de las almas justas; porque mas abajo no hay mas que el pecado. Lo mismo que los cristianos mas tímidos, se turbó voluntariamente á vista de la muerte, y de este modo, observa S. Agustín, consoló á los que se hallan poseídos de una tristeza y de una turbación involuntaria en medio de los sufrimientos y de las angustias del último combate (5).

(1) *Infirmi in suo corpore, hoc est in una Ecclesia, voluntaria similitudine infirmitatis sunt consolati; ut si qui coram morte imminente, turbatur spiritus, ipsum intendant, nec, hoc ipso, se reprobos reputantes, pejore desperationis, morte solvantur. (In Joann. tract. 60.)*

(2) *Notus auditor vocis naturae; cum non infirmitate et trepidatione notat. (Serm. 117.)*

(3) *Cui poterant pluraquam illorum Angelice servire legiones, maluit nostram suscipere formidinem quam suam exercere potestatem. (Lib. 10. in Luc.)*

(4) *Nusquam Angelos apprehendit, sed semper Abraham. (Hebr. 2.)*

(5) *Quando turbatur qui non turbatur nisi volens, cum consolatus est qui turbatur et uideat. (Luc. cit.)*

No debemos pues entristecernos, al encontrarnos tan débiles y tan tímidos en presencia del dolor y de la muerte. A la manera que un padre, lleno de amor á sus tiernos hijos, diciendo algunas veces hasta ellos, repite las palabras á medio formar que su lengua comienza á preñarse, y aparenta balbucear con ellos, como para convencerlos de que su ignorancia y su niñez no les hacen perder nada de su ternura ni de su amor; así Jesucristo, manifestando á su Padre nuestra repugnancia y nuestros temores, nos ha demostrado que estas flaquezas no nos perjudican á los ojos de Dios, ni nos hacen indignos de su misericordia y bondad: que ellas no son un defecto, supuesto que el mismo quiso experimentarlas; que por el mismo hecho de sujetarse á ellas, las había declarado inocentes; que al manifestarlas con sus palabras, las había santificado. Podemos pues solicitar é insistir en que se nos dispense de beber el cáliz del dolor. Jesucristo no puede condenar una suplica que él mismo hizo. Porque si al vestirse de nuestra carne, la digno, justifico igualmente esta suplica al dirigirla á Dios su Padre; y estas palabras: *Alcjad de este cáliz de amargura*, se purificaron de tal modo al pasar por su boca divina, y salieron de ella tan santas que nosotros podemos repetir las sin temor de ofender la virtud mas perfecta.

¡Sea pues esto un motivo de consuelo para nosotros! Aun cuando nuestra resignación en las penas de la vida sea tan débil que degenera muchas veces en una impaciencia; aun cuando nuestra insensibilidad no siempre pueda abstenerse de quejas y de murmuraciones; aun cuando nuestros sacrificios ofrecidos con una mano trémula, regados con nuestras lágrimas y cumplidos entre la exigencia del deber y la rebelión de la naturaleza, sean del número de aquellos en que parece que la víctima se resiste bajo la mano que la impulsa, sin embargo Jesucristo los ha unido al suyo, por mas que sean de poco valor; él los ha ofrecido en sí mismo á su Padre; él ha realizado el mérito de la resignación que los acompaña; él los ha hecho dignos de la aceptación divina; y elevando de este modo el hombre hasta Dios, ha hecho que Dios se glorifique y se complazca en el hombre.

Pero no solamente somos ignorantes y tímidos, no solo tenemos necesidad de instruccion y de fortaleza; sino que necesitamos tambien un auxilio para aumentar nuestras fuerzas y nuestro valor. Porque tal es la condicion humana, dice S. Leon, que el hombre no puede elevar su corazon, si Dios no baja el suyo hasta él; el

hombre no puede subir hacia Dios, si Dios no desciende hasta él; y solo á ese precio infinito es como podemos volver á colocarnos en el lugar de donde caímos. El hombre no hubiera podido jamás volver de la impiedad á la justicia, de la miseria á la eterna felicidad, si el Justo por excelencia no hubiera descendido personalmente hasta los impíos, si Aquel que es esencialmente dichoso no se hubiera inclinado humildemente hasta los desgraciados (1). Este es el gran beneficio que nos hizo la oración del Salvador. Aunque esta oración es humilde y sumisa, es eficaz, y de un valor infinito. Por ella nos ha enseñado Jesús el modo de contener nuestras pasiones en sus justos límites, y nos ha dado fuerza para ello; ella nos ha mostrado la voluntad de Dios, como la ley suprema ante la que todas las frentes deben inclinarse, todo orgullo humillarse y toda repugnancia sacrificarse; y al mismo tiempo nos ha alcanzado los auxilios y las gracias necesarias para poder conformar á ella la nuestra.

En efecto, S. Pablo nos enseña que al someterse Jesús voluntariamente á nuestras tentaciones y sufrió nuestras enfermedades, adquirió, en cuanto hombre, el derecho particular, el poder especial de socorrer á los que, como él, se ven afligidos por las tentaciones: *la quo passus est ipse et tentatus, potens est et his qui tentantur auxiliari*, (Hebr. 2.) Esto supuesto, dice S. León, el Salvador no tomó de las pasiones humanas mas que lo que hay en ellas de natural y de inocente, para prevenir y corregir en nosotros lo que ellas tienen de culpable y de injusto. De modo que al experimentarlas en sí, las entró en nosotros, y al participar de ellas, se hizo el mismo su remedio; y del mismo modo que al hacerse esclavo nos alcanzó el título de señores, al tomar la forma de pecador nos alcanzó el mérito de justos; sus penas nos alcanzaron la alegría, sus humillaciones la gloria, y su muerte la vida eterna. Así es que tomando nuestros temores y nuestra repugnancia al dolor, nos hizo participantes de su virtud y de su fortaleza, y aparentando imitar nuestra flaqueza y nuestra inconstancia, nos alcanzó la gracia de vencerlas (2). Es verdad que no nos restituyó á aquel estado de sanidad perfecta que

(1) Humilitas divinitus nostra provocatio est. Nos tanto redimimur pretio, Quis enim ab impiebat ad justitiam; á miseria ad beatitudinem esset reversus, nisi Justus ad impios, et beatus ad infelices. (Serm. 1.)

(2) Veritatem quidam formidinem profitentibus, nostra infirmitatis effectus participando curabat. In nobis Dominus nostro pavore trepidabat, ut inconstantiam nostram sua virtute sollicitaret. (Serm. LII.)

el primer hombre tenía en los bellos días de su inocencia: el nos dejó las cicatrices de nuestras antiguas llagas, para que pudiésemos recordar que habíamos sido heridos mortalmente. El no nos eximió de los primeros movimientos de las pasiones, pero nos alcanzó la gracia de someterlas al deber, de rechazar sus asaltos, de contener su violencia y de abreviar su duración, con la condición sola de que nos uniésemos á él é imploriésemos sus auxilios. De aquí se sigue evidentemente, continúa S. León, que la misericordia de Dios, personificada en Jesucristo, curó las pasiones de nuestra mortalidad al experimentarlas el mismo, y que la virtud de Dios curó nuestra flaqueza dignándose revestirse de ella (1).

S. Agustín, admirado de la tristeza y de la repugnancia que Jesús manifiesta en su oración, exclama dirigiéndose á él: «¿Qué es esto, Dios mío? ¿cómo me mandas en vuestro Evangelio que no me abandone al desaliento ni al temor, cuando veo que vuestra misma alma se turba y se abate? ¿Cómo podrá mi flaqueza soportar el peso de la tribulación, cuando veo que vuestra misma constancia retrocede quebrantada ante ella? ¿Puedo yo esperar que conserve un carácter firme y sólido, cuando vos mismo, que sois la piedra angular de todo el edificio cristiano, manifestáis sucumbir? (4)? » En seguida el Santo Doctor pone en boca de Jesucristo una respuesta formulada en estos términos: «Debil mortal, estas palabras: *Pase de mi este cáliz*, son la expresión de tu flaqueza, salida por el órgano de mi boca; y porque esta palabra de tu flaqueza ha pasado por mis labios, has adquirido el derecho de pronunciar estas otras: *Hágase la voluntad de Dios*, que son la expresión de mi fuerza. Al revestirme pues de tu miseria, te he provisto de fuerzas para que puedas andar y correr; al tomar, como lo he hecho, ese espanto que te hace temblar, he trasladado á ti mi virtud, á fin de que te resignes, te elevantes sobre ti mismo y puedas triunfar (5). » S. León supone igualmente que Jesucristo responde en estos mismos términos

(1) Pasiones mortalitatis nostrae ob hanc misericordiam sublevis, ut a saeculis; ob hanc virtutis receptas, ut vincamus. (Serm. LII.)

(2) Quomodo non turbetur iustus animam meam, si turbetur victor animam tuam?

(3) Quomodo sufferam quod grave tanta formitas sentit?

(4) Quomodo succumbentium quiescam, si Petra succumbit? (Tract. 82 in Joan.)

(5) Audisti in me vocem infirmitatis tuae? Audi in te vocem fortitudinis meae. Vires suggero ut curras, transiero in me quo trepidas et sublevo quo trucescas. (Ibid.)

al cristiano que tiene horror á los sufrimientos: « ¡Valor! ¡o hombre, valor! Yo mismo he experimentado tus temores, á fin de que pudieses estar seguro de vencer con mi fuerza (1). » Finalmente S. Hilario afirma que Jesucristo intercedió por todos aquellos que, después de él y por su causa, gemirían bajo el peso de las aflicciones, y que el sentido de la súplica que dirigía á su Padre era este: « Yo os pido, Padre mío, que todos mis discípulos beban la copa de amargura, como yo la hebo, sin perder el valor, sin cerrar sus corazones á la esperanza, sin dejarse abatir por el dolor ni tener miedo á la muerte (2). »

Pero muy pocos cristianos comprenden la virtud y la eficacia de estas palabras: « Padre mío! » Si es absolutamente necesario que yo beba el cáliz amargo que se me presenta, hágase vuestra voluntad! Esto consiste en que ellos la consideren como la expresión de la conformidad que Jesucristo tuvo después de una larga y penosa lucha dentro de sí mismo, siendo por el contrario la manifestación libre de su voluntad que fortalece maravillosamente la nuestra. Así como el Verbo Eterno, al vestirse, como nosotros, de la carne del pecado, conservó su justicia; del mismo modo, al usar el lenguaje de nuestra flaqueza, conservó su omnipotencia. Así como el cuerpo del hombre, unido en Jesucristo á la persona del Verbo, se hizo capaz de un mérito infinito, del mismo modo la voz de la súplica humana, al pasar por su boca divina, adquirió una eficacia infinita. Jesús exclamando: « Hágase la voluntad divina, » no es un hombre tímido que se resigna, sino un Dios que manda como señor. El que así habla es el mismo Verbo Eterno, que con un solo fiat creó el universo, y este nuevo fiat no es menos poderoso ni menos fecundo que el de la creación. El primero hizo salir del caos el cielo, la tierra y todos los árboles cargados de frutos. El segundo creó un cielo nuevo, el cielo de las almas elevado, una tierra nueva, la tierra de las almas débiles, é hizo salir, del seno de la corrupción y de los abismos de pecado, los frutos de todas las virtudes cristianas (3). Esto es tan cierto, que después que Jesucristo pronunció en el Huerto estas maravillosas palabras: « Hágase la voluntad de Dios » se vio en primer

(1) Ego de tuo fui trepidus et tu de meo esto securus. (Serm. III de Pau.)

(2) Pro his rogat qui passuri post se erant; id est: Quomodo à me bibitur, ita et his bibatur: sine spei dilidencia, sine acuti doloris, sine metus mortis (Cronin 31 in Math.)

(3) Faciam caelos novos et terram novam. (Is. 65.) Sed nova creatura. (Galea, 6.)

lugar á los apóstoles, después á los mártires, á los primeros fieles, y en seguida de ellos á todos los santos y á todos los verdaderos cristianos, establecer el reino absoluto de la voluntad de Dios sobre las ruinas de todos los intereses y de todas las pasiones terrenas, y sacrificar al cumplimiento de esta divina voluntad la fortuna, el honor, las delicias y la vida misma. Y así como la reproducción de todos los seres, la vegetación de la naturaleza en el mundo material es todavía hoy el efecto omnipotente, el eco prolongado del primer fiat, que Dios pronunció en el principio de la creación; del mismo modo la reproducción sucesiva, la propagación no interrumpida de todas las virtudes en el mundo espiritual es el producto, el eco repetido del segundo fiat, que el Hijo de Dios pronunció en el Huerto al principio de la Redención.

Por consiguiente, estas sublimes palabras de la cabeza de la Iglesia, son, dice S. Leon, la salvación de todo el cuerpo. Estas palabras fecundas, así por el ejemplo que ofrecen, como por la eficacia que encierran, han sido y serán siempre el origen de la intrepidez de aquellos que practican la virtud y la piedad á despecho de los sarcasmos y de las persecuciones de los mundanos, lo mismo que de aquellos que confiesan la fe á presencia de los tiranos. De ellas procede la fuerza maravillosa que destruye los odios, inspira el perdón de las ofensas, eleva al hombre flaco á la altura de Dios, y le da el valor suficiente para bendeir al Señor en la tribulación, para regocijarse en medio de los sufrimientos, para gloriarse de las ignominias, y saltar de gozo en los brazos mismos de la muerte. Estas palabras poderosas produjeron el celo de los apóstoles, la constancia de los mártires y la paciencia de las víctimas de la persecución. Ellas han formado el consuelo de los afligidos, el valor de las almas tímidas, el fervor de los confesores, la generosidad de los corajeros penitentes, y han sido el escudo de las vírgenes. Estas palabras en fin han alcanzado la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos, la instrucción, la hermosura y la santidad de toda la Iglesia. En una palabra, ellas han hecho nacer en la tierra todas las gracias del cielo. El mundo no hubiera sido testigo de todos estos prodigios, si Jesucristo no hubiera orado de este modo en todos y por todos (1).

(1) Haec vox capituli salus est totius corporis. Haec vox omnes fideles instruit, omnes confesores accendit, omnes martyres commovet. Nam quis mundi odia, quis tentationum turbules, quis posset persecutorum aspersio terrores, nisi

¡Cuán bellas y consoladoras son las palabras de este gran Pontífice! Jesús oró en todos y por todos: *In omnibus et pro omnibus*. El no se limitó a una oración general y común; y nosotros también estuvimos presentes en su pensamiento; todos sin excepción.

¿Qué suerte sería la nuestra, mortales infortunados, sin esta oración? Ya hemos visto que al decir Jesús a su Eterno Padre: « Si es posible, » manifestó claramente que el hombre degradado no puede evitar el amargo caliz de los sufrimientos. Si esto hubiera estado en el orden de las cosas posibles, el Salvador hubiera querido beberlo todo él solo; y su amor nos hubiera librado a todos de beberlo. Y bien, ¿que hubiera sido de nosotros bajo el peso de las tribulaciones de la villa; de que no podemos evadirlas, ni tenemos la fuerza suficiente para soportarlas? ¿Que hizo pues nuestro Redentor? El tomó sobre sí nuestra infirmitad, dice S. Hilario, para librarnos de ella; y con su oración crucificó en sí mismo, por decirlo así, todo aquello que nos hace frágiles y tímidos, y convirtió en trofeos de victoria esos despojos de nuestra naturaleza pobre y trémula (1). ¡Que expresiones tan admirables! ¿que doctrina tan magnífica y tan profunda! Así es en efecto; la paciencia de los cristianos en las penas procede de la virtud de los sufrimientos de Jesucristo; nuestro valor nace de su timidez; nuestra resignación, de su tristeza; nuestra conformidad en participar de su caliz, de su repugnancia; nuestra fuerza, de su flaqueza; nuestra perseverancia, de su oración (2).

Ved en efecto los incrédulos y los disidentes. Separados del cuerpo de la Iglesia, y por lo mismo de Jesucristo que es su cabeza, no participan de los frutos de esta poderosa oración. Por consiguiente, a pesar de su filosofía, a pesar de su interpretación de la Escritura, a pesar de su fe vaga e incierta en Jesucristo, ¿de qué modo soportan las molestias de la vida, los dolores de las enfermedades, las variaciones de la fortuna, la pérdida de las personas mas amadas, la injusticia de las persecuciones o el peso de la deshonra? Ay! Con una

Christus in omnibus, et pro omnibus dicitur Patri: Fiat voluntas tua! (Serm. LXX.)

(1) *Omnes in se corporis nostri infirmitatem assumpsit, crucique acem universa quibus infirmamur affuit. Et deo transire ab eo calix non potuit, nisi liberet illum, quin nos pati, nisi ex ejus passione non possumus. (Con. 21 in Mark.)*

(2) *Pati nisi ex ejus passione non possumus.*

impaciencia, con una rabia, y un odio interior y secreto contra Dios y contra sí mismos, que los arrastra a la locura o al suicidio. En efecto, en los países donde domina la herejía, y en aquellos en que la duda de todas las verdades religiosas ha destruido la fe, el número de los desgraciados privados de razón es tan grande, que los establecimientos mas vastos no son capaces de contenerlos; los suicidios se multiplican de una manera tan espantosa que se ven, no solo hombres, sino también mujeres y niños atentar contra su propia vida con una horrible sangre fría. ¡Es pues cierto, como lo habían proclamado los estoicos, que el suicidio, ese horroroso exceso contra naturaleza, se hace en cierto modo un deber triste, una necesidad funesta para el hombre sin religión, porque ese hombre carece de la fuerza necesaria para soportar una existencia mas amarga que la muerte!

Observad también, con respecto a los católicos, esos hombres en quienes no reina ya la fe ni la piedad. Vedlos cuasi reducidos a la triste condición de los incrédulos y de los herejes. Por consiguiente el menor obstáculo que se opone a sus proyectos de ambición, a su hambre de deleites o a su sed de riquezas, los irrita; la menor adversidad los desalienta; la pérdida mas leve los abruma; la mas pequeña humillación los ahúta; cualquier dolor los desespera; y la adversidad los hace, o encuentra ya débiles hasta la bajeza, impacientes hasta el furor, o melancólicos hasta la muerte.

Mas, considerad por otra parte los verdaderos católicos, que tienen viva en el fondo de sus corazones la fe de Jesucristo sufriendo. Su lengua repite continuamente estas sublimes palabras: « ¡Hágase la voluntad de Dios! » Y la miseria, la entumecida, la humillación y el dolor los encuentran siempre, sino gozosos y tranquilos, al menos resignados, humildes y pacientes. Ellos no abren la boca sino para bendecir al Señor. Ellos no se acuerdan de las injurias sino para perdonarlas. Ellos no piensan en las penas que sufren sino para hacer de ellas un sacrificio a Dios. ¡Ah! ¿quien podría pintar el maravilloso poder de estas bellas palabras de resignación a la voluntad de Dios! ¿Quien podría decir las llagas que cicatrizan, la fuerza que comunican, el valor que inspiran, las penas que endulzan y las vidas que conservan!

Tengamos pues confianza nosotros, hijos de la verdadera Iglesia, en esta oración omnipotente de nuestro Salvador; San Leon es quien nos exhorta a ello. Repitámos frecuentemente con Jesucristo, y no dejemos jamás de pedir que la voluntad de Dios, nuestro criador y

nuestro padre, se cumple en nosotros y por nosotros: *Fiat voluntas tua*. Hagamos de esta oración un arma de defensa para nuestra voluntad vacilante, cuando la tentación venga a asaltarnos, y un escudo de paciencia, cuando la adversidad nos hiera o la tribulación nos oprima (1).

¿Qué dice finalmente de la fuerza de estas palabras para librarnos del temor de la muerte? Entre todos los santos, acordaos principalmente ahora de S. Pablo. Ningun hombre en el mundo ha expresado el deseo de vivir con tanta frecuencia como S. Pablo ha solicitado la gracia de morir. Ya hemos oído exclamar: El único deseo de mi corazón es ver romperse los lazos de mi cuerpo, para ir a unirme con Jesucristo: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo*. ¿Qué fenómeno tan extraño es este? pregunta S. Agustín. Pablo desea la muerte, y Jesús la teme; Pablo la llama, y Jesús la aleja de sí (2). ¿Y qué? el discípulo es más intrépido que el Maestro, tiene el esclavo más valor que su Señor, la oveja más que el Pastor, y el hombre es más fuerte que Dios? Sí, esto es y debe ser así. ¿Y sabéis por qué? ¡Ah! el discípulo está gozoso, precisamente porque su Maestro se aflige; el esclavo está en seguridad porque su Señor temió; la oveja está animosa porque el Pastor tembló; y el hombre mortal siente en sí energía y fuerza, porque el Hombre-Dios experimentó el espanto y la flaqueza.

Al vestirse de nuestra carne el Verbo Divino, dice S. Ambrosio, tomó todos sus sentimientos, y al crucificar la una crucificó también los otros. Así como nos mereció la gracia al crucificar en su persona misma la carne del pecado, así también nos adquirió la fuerza al crucificar todos los sentimientos de nuestra flaqueza. De ahí nace que el temor de la muerte, ese sentimiento común á todos los hombres, no turbe á los verdaderos cristianos (3). Y en efecto, ¿qué es lo que pasa hoy á nuestra vista? Nosotros vemos que los que solo son cristianos en el nombre, eclesiásticos por casualidad, eclesiásticos por interés, ó religiosos por vanidad, que no tienen pensamientos que no sean terrenos, que no trabajan sino para satisfacer su ambición, ó que, sumergidos en los placeres sensuales, parecen que aspiran á la

(1) *Dilectus hanc vixem Ecclesie fili; et precibus prementissime orationis utatur; ut, cum adversitas tentationis violenter incumdat, superato timore formidinis, accipiant solvantur passionis.* (Serm. 4, 77.)

(2) *Paulus optat mortem, Christus timet.* (Ib. Ps. 21.)

(3) *Communis affectus est mortem timere, quem suscepit Christus, ut crucifigeret, sicut cruciatus et carnis.* (Ib. Ps. 22.)

felicidad de los brutos, y que, á pesar de pertenecer al cuerpo de la Iglesia, se hacen prácticamente cismáticos, supuesto que se separan de su espíritu: nosotros vemos, repito, á esos hombres temblar, palidecer, turbarse y helarse de espanto al solo recuerdo de la muerte, y de ahí su empeño en alejar de sí el pensamiento de ella, como si olvidándola pudieran retardarla un solo momento. Y si alguno de ellos recibe, al parecer, la última hora con cierta especie de indiferencia, esto no es ni puede ser por un exceso de valor, sino porque la razón le ha abandonado, ó porque se ha entregado á una desesperación profunda, tanto mas diabólica é incurable, cuanto mas fría es y mas tranquila en apariencia. Tal es el sobeibio y culpable desprecio de Dios y de sí mismo á que el impío se deja llevar cuando llega al fondo del abismo: *Lupius, cum in profundum venerit, contemnit.* (Prov. 18.)

Otra cosa muy diferente sucede á las almas verdaderamente cristianas, que, mirando con un noble desprecio el mundo y sus decepciones, la carne y sus placeres, no solicitan mas que el cielo, no aborrecen mas que el pecado, no tienen otro amor que el de la virtud, otro anhelo que el de la gracia, ni otro celo que el de la amistad y la posesión de Dios. Nosotros vemos esas almas, ¡y con cuánta edificación, con cuánta ternura y con cuánto gozo de nuestro corazón! nosotros vemos esas almas cuando somos llamados á llevarles los consuelos de la Religión en su último momento; nosotros las vemos tranquilas á vista de la muerte, mirarla sin alterarse, esperarla con ánimo firme, con frente serena, y recibirla con la sonrisa en los labios y con una piadosa y tranquila resignación.

¿Y qué es lo que puede proporcionar á esas almas privilegiadas en ese terrible momento tanta paz y tanta confianza? ¿De donde les viene esa elevación de corazón y esos sentimientos tan sublimes y tan superiores á los sentimientos comunes de la humanidad? ¡Ah! Esto consiste en que esos cristianos son el verdadero pueblo escogido y amado de Dios, en el que este Dios se complace en hacer brillar su poder. Esto consiste en que ellos son los miembros vivos y gloriosos del cuerpo adorable de Jesucristo, unidos á él como á su cabeza, por la profesión sincera de la fe, por la posesión de la gracia santificante y por el ardor de la caridad divina. Con este fin les comunica el mismo, según la promesa que hizo por el profeta rey, ese valor sobrehumano, al hacerles participantes de los efectos maravillosos

de su oración (1). En efecto, esos álmus cristianos, en los piadosos trasportes de su fe, repiten continuamente esta misma súplica: « ¡Hágase la voluntad de Dios! » Y estas divinas palabras son, lo mismo para ellas que para nuestro Redentor, un alimento tan delicado como confortativo: *Mens cibus est ut faciam voluntatem patris mei.* (Joan. 4.)

¡O grande y sublime oración! La unidad del cuerpo de la Iglesia se hace en ella sensible por la unidad de cabeza. Ella comprende á los justos de todos los grados, ella expresa los sentimientos de los débiles, lo mismo que el heroísmo de los fuertes; ella representa todas las miserias y promete todos los socorros. En ella la amargura encuentra una dulzura, la flaqueza un sosten y la aflicción un consuelo. Todas las pasiones están crucificadas en ella, y todas las virtudes recompensadas. Ella es la fuente de la paciencia durante la vida, y de la resignación, de la confianza y de la paz a la hora de la muerte. Ella sola basta para convencernos de una manera sensible de que el que en este día oró al parecer como el último de los hombres, es verdaderamente Dios; ella es inudablemente el cumplimiento del oráculo del profeta, supuesto que por su medio se eleva el hombre á una gran altura de alma, de sentimientos y de virtudes, y por consiguiente Dios es conocido y glorificado de una manera admirable: *Arcades homo nã cor altum, et exaltabitur Deus.*

SEGUNDA PARTE.

La ley divina no es otra cosa que la voluntad de Dios manifestada para que sirva de regla al hombre. Luego cuando Jesús pronunció en el huerto de Gethsemani, con un tono tan sumiso, y tan lleno de autoridad al mismo tiempo, con tanta humildad y con tanto imperio á la vez estas sublimes palabras: Padre mío, hágase vuestra voluntad: *Pater, fiat voluntas tua*, no solo hizo, como Redentor, una oración instructiva, consoladora y eficaz, que dirige nuestro sentimiento, escusa nuestra repugnancia y fortifica nuestra flaqueza en el tiempo de la tribulación y á la hora de la muerte; sino que, como legislador, promulga segunda vez la ley divina, y nos intimó de nuevo á todos la obligación de cumplirla. Estamos pues obligados á tener siempre presente en el espíritu y grabada en el corazón esta

(1) Mirabilis Deus in sanctis suis; ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi suæ. (Ps. 67.)

ley divina, esta voluntad de Dios, la única santa, la única perfecta, inmutable y eterna, porque nuestro Salvador, que es también nuestro Dios, nos la ha impuesto como el objeto de nuestras afecciones, el término de nuestras operaciones y la regla de nuestra vida.

Mas, ó santa y adorable ley de mi Dios, ¿en qué has venido á parar actualmente, ¡ay! entre los cristianos? ¿Quién es el que, en nuestros días, piensa en ella, la ama y la observa? ¿Quién es el que forma un escrúpulo, ó mas bien, quién es el que no se falta y se gloria de violarla? ¿Y por qué? Por un pedazo de pan, por un puñado de cebada, como se queja el mismo Dios por boca de su profeta: *Propter pugillum hordei et fragmen panis dereliquerunt me* (Ezech. 12.); es decir por satisfacer una ambición que nos pone en ridículo entre los hombres, al mismo tiempo que nos hace culpables ante Dios; por alimentar un odio que nos produce á nosotros mismos disgustos mas graves que el mal que causa á la persona que es su objeto; por acumular riquezas que muy pronto vendrá la muerte á arrancarnos de las manos; por satisfacer los culpables deseos de una carne destinada á ser bien pronto presa de la corrupción, y á no ser mas que un cadáver informe, que exhale por todas partes la infección; finalmente por intereses efímeros, por pasatiempos invariables y por placeres que pasan en un instante. Y por esto es por lo que se viola la ley de Dios: por esto es por lo que se olvida, se ofende y se ultraja al mismo Dios: *Propter pugillum hordei et fragmen panis dereliquerunt me.*

Hay mas; por el mas pequeño estímulo del interés, de la ambición ó de las pasiones, por cualquier exigencia de la vanidad, del lujo, ó de eso que se llama las conveniencias del mundo, no solo los jóvenes de imaginación ardiente, y las jóvenes de corazón impresionable, sino los hombres mas graves, y aun las mujeres de edad madura, no perdonan paso alguno, se exponen á todos los peligros, sufren toda clase de humillaciones y se condenan á todos los sacrificios. Mas, cuando Dios manda que se ejecute su voluntad, que se observe su ley, entonces es cuando, ante esta ley, ante esta ley suprema del Dios por excelencia, del Rey de los reyes, se presentan objeciones para exaltar su severidad, pretextos para eludir su obligación, y escusas, ya de debilidad, ya de impotencia, para justificar su transgresión. Quiero ir todavía mas lejos. Los padres, los amigos, los extraños, y sobre todo las personas que se distinguen por su rango y por su autoridad, nos encuentran siempre prontos á servirlos, hijos para adularlos y solícitos para complacerles y obedecer sus órdenes,

sus deseos y hasta sus caprichos. Solo con Dios es con quien nos manifestamos rebeldes y pertinaces. Unicamente de su voluntad es de la que no nos cuidamos. Añadiré mas aun. Si prevemos que la violación de la ley de Dios, en otros términos, el pecado, ha de causar la ruina de nuestra fortuna, así como causa la de nuestra alma; si conocemos que nos ha de imprimir el sello de la infamia ante los hombres, así como nos atrae el odio de Dios; que nos ha de perder para el tiempo, así como nos pierde para la eternidad; ¡oh! entonces, encontramos en nosotros mismos fuerzas suficientes para abstenernos de él, para reprimir las mas violentas inclinaciones, para contener las pasiones mas furiosas. Es decir, que solo violamos la ley de Dios cuando esta transgresion no ofende mas que á Dios, no nos atrae otra desgracia que la desgracia de Dios ni otros castigos que los castigos de Dios; y de est emodo, como observa un Padre de la Iglesia, al delito de ofender á Dios, añadimos el de no ofender mas que á Dios: solo, de preferirlo todo á Dios, de colocar á Dios en un grado inferior á todo, y de lanzar nuestro desprecio sobre Dios, en la comparacion que hacemos entre la criatura y el Criador (1). ¡Desgraciados de nosotros, hermanos míos! El dia terrible vendrá, y mas pronto tal vez de lo que creemos, en que, sorprendida por la muerte, deberá nuestra alma presentarse en el tribunal de ese Dios de majestad y de grandeza, sin que ningún pariente la asista, sin que ningún abogado la defienda. Ninguno de nosotros podrá evadirse de esta terrible comparecencia: *Omnes nos manifestari oportet ante tribunal Christi* (II. Cor. 5.). Y bien, ¿cuál será entonces nuestra confusion, nuestro espanto y nuestro dolor, cuando ese Dios, con la ley en la mano, nos pida cuenta del olvido á que la hemos condenado y de la impudencia desenfrenada con que la hemos violado? ¿Cuál será el castigo que por ello deberemos esperar? Prevenimos esta terrible desgracia. Juramos hoy delante de esos altares, cumplir en adelante en todo y por todo la voluntad de Dios. Juramos delante de ese mismo Jesucristo que nos ha dado el precepto de cumplirla, que nos ha dado el ejemplo, y nos ha asegurado la posibilidad de hacerlo, por medio del auxilio divino que nos ha alcanzado con su oracion. ¿Y cuál es esta voluntad divina? ¿Cuál es el deseo que ese Dios de amor nos manifiesta? *Hec est voluntas Dei, sanctificatio vestra*. Es que tengamos todos una vida cristiana, para y santa, y que todos sin escepcion aseguremos la salvacion de nues-

(1) *Deus solus in comparatione omnium tibi vili fuit.*

tras almas por medio de la exacta observancia de su ley divina: *Deus vult omnes homines salvos fieri* (I. Timoth. 2.).

Si, gran Dios, vos sois nuestro principio y nuestro fin, nuestro Criador y nuestro Soberano, nuestro Padre y nuestro Dios; nosotros queremos por consiguiente que vuestra voluntad, en la que vuestra gloria está asociada á nuestra salvacion eterna, se cumpla siempre en nosotros en el cielo y en la tierra: *Fiat voluntas tua sicut in celo et in terra*. Nosotros queremos permanecer siempre sumisos, siempre fieles á esta voluntad; ella es nuestra ley suprema. Haced que reine siempre en nuestro espíritu y en nuestro corazón. Mas ¡ay! ¿que podemos nosotros sin vuestro auxilio? Aplicadnos pues el fruto de vuestra oracion en el Huerto. Concedednos la gracia necesaria para hacer callar ante vuestra ley santa toda murmuracion de nuestra parte, para abogar nuestra repugnancia, para vencer nuestra flaqueza, para domar nuestra resistencia, para reprimir nuestros deseos culpables, para mandar la carne, para vencer los respetos humanos, para despreciar todas las ventajas temporales, para inmolrar todo amor profano, para soportar todas las penas y estar dispuestos á todos los sacrificios. Haced en fin que el cumplimiento exacto de vuestra voluntad, despues de haber sido la regla de nuestra vida, sea nuestra fuerza, nuestro consuelo y nuestra esperanza en la hora de la muerte, y que, por haber cumplido vuestra voluntad en la tierra con una obediencia perfecta, podamos cumplirla para siempre por nuestro honor perfecto en el cielo. *Asi sea.*

CONFERENCIA SEXTA.

LA AGONIA.

*In fortitudine non directus est cum angelo,
et sicut et confortatus est: Rex et
regisit eum.*

*Por su fortaleza prevaleció contra un ángel
y venció, y fue fortalecido: Rey y aplicó
al ángel.*

(Osa XII, 3. 4.)

Fue una lucha extraña, única y singular la del patriarca Jacob cuyo elogio ha hecho el profeta en estas pocas palabras, donde nos manifiesta un frágil mortal desplegando una fuerza maravillosa contra el ángel Gabriel, ese ángel que representa y cuyo nombre nos recuerda la virtud misma de Dios. En presencia del ángel se morió Jacob animoso, y prevaleció contra el mismo Dios: *Et inveniit ad angelum, et confortatus est*. Y sin embargo el no tuvo otro poder ni otras armas que la humildad, la humillación, las lágrimas y la oración: *Plevit et rogavit eum*.

Mas, no es posible leer estas palabras del profeta Osea relativas á Jacob, sin recordar al mismo tiempo estas otras palabras que los Evangelistas S. Mateo y S. Lucas han escrito de Jesucristo: « Separándose Jesús de nuevo, oró por tercera vez, y un ángel se le apareció del cielo para confortarle. Habiendo entrado entonces en la agonía, continuó orando: *Iterum dixit: et oravit tertio* (Matth.). *Apparuit autem illi Angelus de caelo confortans eum. Et factus in agonía, prolixius orabat* (Luc.). »

¡Ah! dice S. Isidoro, siguiendo en esto la opinión de San Agustín: supuesto que estos dos hechos se refieren cuasi con las mismas palabras, no puede dudarse que el uno sea la predicción del otro; no puede dudarse que la lucha del patriarca en los llanos de Betel fuese la imagen profética, la historia anticipada de la lucha ó agonía de nuestro Señor en el huerto de Gethsemani (1). Así pues la causa

(1) In hoc principaliter sacramenti Domini imago figurata est.

principal porque el misterio de Jacob ha merecido ser tan aplaudido en la Escritura Sagrada es porque sirvió para figurar un misterio tan grande de Jesucristo. Mas, ¡o admirable armonía de los Libros Santos! Si el combate de Jacob debe su dignidad al de Jesucristo, la lucha de Jesucristo tiene su explicación en la de Jacob. Nosotros vemos en la figura una reunión de circunstancias que Moisés expresó, pero que S. Lucas pasó en silencio en el original. Pues bien, como debemos hablar hoy de la lucha ó agonía de Jesucristo, es absolutamente necesario exponer circunstanciadamente la historia de la lucha de Jacob, que fué su predicción y su figura. Esto es precisamente lo que yo me propongo hacer en este día. Mi objeto es explicar el Evangelio, con el Génesis en la mano, y por medio de la luz que refleja de un hecho evidentemente misterioso y profético del antiguo Testamento, disipar las tinieblas de uno de los mas importantes misterios del nuevo. El asunto, como veis, es muy importante, y merece de vuestra parte la mayor atención.

PRIMERA PARTE.

La palabra *agonia* se deriva del griego, y significa propiamente « lucha ó combate, » y porque en los últimos instantes de la vida parece que el alma está en lucha con la enfermedad que la obliga á abandonar el cuerpo, se dice del hombre que se halla en su última hora « que está en la agonía, » ó de otro modo que está en *lucha* con la muerte. Pues bien, en el pasaje relativo á la última oración del Salvador en el Huerto, la palabra *agonia* se ha usado en el sentido primitivo de « lucha ó combate. » Efectivamente, donde el texto latino dice que Jesús entró en *agonía*: *factus in agonía*, el texto original griego dice que estaba en *lucha*: *Cum esset in agone*: es decir, que el Señor, en el Huerto, semejante a un atleta animoso, tuvo que luchar y combatir; y su agonía no fué el esfuerzo del hombre débil que se muere, sino la lucha del hombre fuerte que pelea con valor. Mas, ¿de qué naturaleza fué este combate? ¿Quiénes fueron los combatientes? ¿Con qué armas pelearon? El Evangelio calla en este particular. De modo que la agonía del Salvador en Gethsemani, el mayor de los misterios de su Pasión, parece que es también el mas oscuro y el mas impenetrable.

Ciertos escritores mas pladosos que ilustrados han creído dar una explicación plausible á este misterio, diciendo que el Salvador en el Huerto tuvo tan viva en su imaginación la representación de las he-

ridas atroces que habían de desgarrar su sagrada carne, y los oprobios que su augusta persona había de sufrir, que su humanidad, abandonada entónces á su flaqueza, quedó inundada de horror por esta vista y llena de abalimiento, que después de sucumbir Jesús bajo el peso de tanta angustia y de tanto horror, suplicó encarecidamente á su Padre que le librase del terrible cáliz que contenía tantas penas y tantas ignominias, y que la necesidad en que estaba de beberlo por razón de un decreto inexorable y el contraste violento que se elevó en él entre la voluntad humana que rehusaba, y la voluntad divina que aceptaba, le redujeron á la agonía y á un sudor de sangre, hasta tal punto que tuvo necesidad de que un ángel viniese á confortarle.

Estas interpretaciones, estas conjeturas son, no solo erróneas, sino injuriosas también á la augusta dignidad del Dios Redentor, á la excelencia de su sacrificio y á la grandeza de su amor para con nosotros. En primer lugar, desde el momento en que el Salvador, apenas nacido en Belén, se ofreció á su Padre como víctima, según la expresión de S. Pablo, por la salvación del mundo, no hubo un solo instante de su vida en que la luz de su solidaridad infinita no se representase en su espíritu los tormentos y los oprobios de su pasión, de una manera tan clara como los vio en el Huerto. La prueba de esto es que ya los había anunciado muchas veces á sus apóstoles con todas sus circunstancias. Y sin embargo, lejos de experimentar repugnancia u horror, lejos de entrar en agonía por este pensamiento, habló siempre de él con todos los trasportes del deseo, con la satisfacción mas verdadera de corazón.

No puede sostenerse tampoco sin favorecer la herejía de Nestorio que, en estas circunstancias, la humanidad santa de Jesucristo, fué abandonada á su flaqueza. Porque es de fe que no hubo un solo momento en que la humanidad de Jesucristo creciera del auxilio de la persona del Verbo, en la que subsistía.

En tercer lugar, ya hemos notado muchas veces con Santo Tomás que la humanidad sagrada de Jesucristo estaba sometida á la Divinidad, de tal manera que la Divinidad era precisamente quien la inclinaba á todas sus voliciones y determinaba todos sus movimientos humanos. Luego cuando su voluntad humana parece querer una cosa contraria á su voluntad divina, ese movimiento de la voluntad humana había sido determinado espresamente por la voluntad divina. Por consiguiente, jamás hubo en Jesucristo esta oposición que nosotros experimentamos tan frecuentemente entre el espíritu y

la carne, ni jamás hubo en el desacuerdo ni contradicción alguna entre las dos naturalezas (1).

Por el contrario, esta misma oración que principia con estas palabras, « si es posible » indica de parte de la voluntad humana del Salvador una sumisión completa y absoluta á la voluntad divina, en el momento mismo en que parece que se opone á ella, y la repugnancia de la carne fué sacrificada aun ántes de nacer.

Pues bien, esta sumisión absoluta, que puso las dos voluntades en perfecta armonía y subyugo la sensibilidad misma de la carne, previno desde entónces é hizo imposible toda lucha interior, todo esfuerzo violento. Por otra parte, unas palabras tan humildes, tan pacíficas y tan admirablemente mesuradas, y tales como convenían al alma santa de Jesucristo y á la persona del Verbo, á la que estaba unida, alejan la idea de que el Salvador sostuviese un combate en sí mismo y que fuese presa de la agonía por obedecer un decreto de su Padre; tanto mas cuanto que de acuerdo con su mismo Padre había formulado y suscrito este decreto, porque, no perdamos de vista, dice San Agustín, que el autor del cáliz de la Pasión es el mismo Dios que lo bebe (2).

¡ Lejos de nosotros pues unas suposiciones tan absurdas y tan injuriosas á nuestro Divino Salvador! unas suposiciones que no solo manellan su dignidad de autor y consumidor generoso de nuestra salvación, sino que le presentan como un hombre común, como Calvino osó llamarle, un hombre débil, fluctuando entre la obediencia y el temor, entre el tedio de vivir y el miedo de morir; que le presentan finalmente como un justo, cuya flaqueza puede escusarse y llorarse, pero que la obediencia no podría proponerse por modelo.

¿Cuál es pues el misterioso secreto de esta lucha? Esta lucha tiene una relación evidente con nosotros; todos nosotros estamos comprendidos en ella. Porque al ver al Hijo de Dios prosternado, con el rostro contra la tierra, temblando, llorando, y entre las angustias de la agonía, parecería que olvidado de los hombres y de todo cuanto le rodea, solo se ocupa de sí mismo y de la idea terrible que llena su imaginación, los tormentos y los oprobios que le esperan.

(1) In Christo non fuit contrarietas carnis ad spiritum sicut in nobis et hoc ipsum quod voluntas humana assensit voluit quam ejus voluntas divina, procedebat ex ipsa voluntate divina; cuius beneplacito natura humana motibus propriis movebatur. (S. p. q. 18.)

(2) Auctor calicis est ipse Dominus qui bibit.

Mas cuando se le ve interrumpir muchas veces su oracion, adelantarse con gravedad majestuosa hacia sus apóstoles, sacarles de su sueño y exhortarles a velar y a tomar parte en su oracion, no deja dudar ya, dice el venerable Beda, que esta oracion y esta lucha fueron mas bien por sus discípulos y por nosotros, que por él (1).

Mas, ¿de qué modo combatió el Salvador por nosotros dentro de sí mismo? Este misterio, lo repito, se encuentra explicado en la lucha de Jacob, figura de la de Jesús. En efecto, nosotros leemos en el Génesis que volviendo Jacob de Mesopotamia, y temiendo por sí y por su familia el odio inveterado de su hermano Esaú, que venia hacia él con fuerzas considerables, pasó con sus once hijos un torrente que atravesaba su camino. Dividió su comitiva en dos partes, y se separó de ella para encomendarla a Dios que se la había dado (2). Pues bien, la historia de Gethsemani está figurada en este pasaje con todas sus circunstancias. Jesucristo, verdadero Jacob, perseguido para ser condenado a muerte por los Judíos, tan bien simbolizados en la persona de Esaú, pasó el torrente Cedron con sus hijos, con sus apóstoles, reducidos al número de once por la defección de Judas. El los dividió en dos secciones; dejó ocho de ellos a la entrada del Huerto, y penetró con los otros tres en el interior, y separándose de todos, se retiró aparte para orar por aquella familia amada que su Divino Padre le había dado: *Quos dedisti mihi* (Juan. 17); Es decir, que fue a orar por la Iglesia naciente, cuyo tipo fiel fue la familia de Jacob; porque así como todo el pueblo judío descendió de los doce hijos de Jacob, de los doce apóstoles salió todo el pueblo cristiano.

Jacob oró en estos términos: « Libradme, Señor, de las manos de mi hermano Esaú. » Mas añadió al momento: « Porque he aquí que se acerca ya tal vez para degollar a la madre y a sus hijos (3). » Y por consiguiente es claro que Jacob, al hablar de sí mismo, reflexionó todo su pensamiento a su familia; que por ella es por quien en realidad tiembla y se entristece, y que para ella sola implora la divina protección que parece invocar para sí mismo. Así fue como, según el Evangelio, pidió la Cananea a Jesucristo que tuviese pie-

(1) Demonstrat; quis et pro illis oraverit, quos et ipso seculo noscet, orationem suam vigilando et orando existere participes.

(2) Jacob cum undecim filiis transiit vadum; divisit populum qui secum erat, in duas turmas, et mansit solus. (Gen. 32.)

(3) Erue me de manibus fratris mei Esaú, ne forte veniens percussit matrem cum filiis.

dad de ella; mas esta piedad que ella solicitaba para sí misma no era otra que la gracia de ver a su hija sana: *Jesu, fili David, miserere mei. Filia mea male à demonio vexatur.* (Matth. 15.)

Observad también que, teniendo Jacob consigo cuatro mujeres, de quienes había tenido sus once hijos, parece que debía haber dicho « las madres » y no « la madre ». Esto consiste en que en estas palabras, « la madre con sus hijos, » es necesario reconocer unas palabras misteriosas. ¡Ay! ¡comprended bien, hermanos míos, la grandeza de los misterios que, bajo las narraciones mas sencillas y familiares, se hallan encerrados en la Escritura Sagrada! Jacob no tuvo a la vista solo « las madres » y sus hijos presentes entonces, sino también « la madre » y sus hijos ausentes, es decir, la Sinagoga y los Judíos, que debían descender de él y de su raza. Y cuando él insiste con Dios a fin de obtener su bendición, no la implora para sí mismo, supuesto que Dios se la había prometido personalmente en muchas ocasiones, sino que pide rendidamente que esta bendición se estienda a toda su descendencia, a todos los Judíos que nacerán un día de él.

¡Pues bien! La oracion de Jacob fue el símbolo admirable de la de Jesús en el Huerto, y nos da su explicacion. Es verdad que el Salvador al esclamarse: « Pase de mí esta caliz » imploró al parecer un favor personal; mas en el fondo, dice S. Hilario, oró por sí mismo en sus relaciones con la madre y los hijos; es decir, por la Iglesia y por los fieles. En efecto, él no pidió ser eximido de la pasion; lo que hizo fue solicitar de su Padre que le dejase « el solo todo el horror y toda la amargura, y que se nos transmitiese a nosotros los cristianos que componemos su familia toda la gloria y todo el mérito que él había de adquirir por sus sufrimientos (1). El no rehusó para sí la copa de la justicia divina, por el contrario, la reclamó con todo su ardor: *Fiat, fiat*. El pidió que al derramarse sobre su cabeza este caliz nos viésemos nosotros libres de él, y que pudiésemos participar de su herencia sin pasar por las terribles pruebas de sus tormentos, que habríamos merecido todos personalmente (2). El pidió ser tratado, sin embargo de ser la cantidad infinita, con el mismo rigor que si fuese el hombre del pecado, y que nosotros, aunque cargados de todos los pecados y dignos de todos los castigos,

(1) Quod autem et se transiret rogat, non ut ipse praeteriret rogat; sed ut in alterum id quod a se transiret, arderet.

(2) Vellent quidem eos non pati, sed ut coleretur suam gloriam sine passionis non difficultate mereretur.

fuésemos tratados con las mismas consideraciones y el mismo amor que si fuésemos la inocencia misma y la santidad de Dios (1). En una palabra, él no pidió la pasión sino para sí solo: *Erat voluntas tua*.

En cuanto á la bendición de su Padre, no la reclamó para sí, que como hijo de Dios es bendito eternamente; él pidió que esta bendición que le era ya debida por naturaleza, fuese por gracia y en virtud del mérito de sus sufrimientos comunicada á nosotros. Vuestra bendición, parece que decía, es cierta para mí, Padre mío; nadie puede disputármela. Mas esto no me basta. Yo pido que ella sea derramada sobre todos los que han de nacer de mi amor, y que un decreto terrible condene á la maldición eterna. Yo soy su fiador, su mediador y su víctima. Vos mismo, Padre mío, al formarme un cuerpo, para que sustituya á las antiguas ofrendas, me habeis encargado este misterio: *Hostiam et oblationem voluisti, corpus autem aplasti mihi* (Hebr. 10).

Vos mismo me habeis dado por hijos esos por quienes ruego. Yo quiero pues que ellos se coloquen en mi lugar, así como yo me he colocado en el suyo; que ellos participen de mis privilegios y de mis gracias, como yo me he vestido de su carne de pecado; y que después de haber sido hasta aquí vuestros enemigos, puedan en adelante invocaros, encontrar en vos un padre lleno de bondad y ser amados de vos como tiernos hijos: *Et ubi sum ego, illi et minister meus erit* (Joann. 12). Tales son los sentimientos que la oración de Jacob nos hace encontrar en la de Jesucristo. Pero penetremos mas adelante en la historia misteriosa de este santo patriarca.

Mientras que Jacob oraba con tanto desinterés y tanto fervor por su posteridad, por toda la nación judía, se le apareció un ángel en figura humana, para disputarle el éxito de su petición.

En efecto, este ángel garantizó de nuevo su bendición á Jacob, mas á él solo; y en cuanto á su posteridad, en cuanto á la sinagoga de los Judíos, le reveló la imposibilidad que había de bendecirla, supuesto que por el contrario debía ser un día maldecida y entregada á la destrucción por haber negado y condenado á muerte al Mesías.

A esta revelación de la suerte futura de su pueblo se hieló de es-

(1) Non reputans illis delicta ipsorum. Ut efficeretur iustitia Dei in illo. (II. Corinth. 5. et 6.)

panto Jacob. De pronto se abraza cuerpo á cuerpo con el ángel, le oprime entre sus brazos, y lucha con él hasta el amanecer: *Et ecce luctabatur cum eo usque mane*; Intimidándole que no le dejará sin que haya obtenido de él la promesa de que el pueblo judío sería conservado á pesar del decidido de que había de hacerse culpable, y que además sería bendecido un día después de haber recibido su perdón; Jacob declara en una palabra que combatirá hasta que obtenga, en su persona misma, la bendición del ángel para su posteridad y para su pueblo: *Non dimittam te nisi benedixeris mihi*.

Ved aquí pues la historia anticipada y la explicación de la lucha de Gethsemani. Según la opinión de los Santos Padres y de los intérpretes, este mismo ángel Gabriel, que se apareció á Jacob muchos siglos antes, se apareció también á Jesus en Gethsemani. Esta « virtud de Dios » anunció al Salvador que los rigores de la justicia divina contrariaban los desiguales de su misericordia para con los hijos de los hombres. Convertir en bendiciones los anatemas y las maldiciones que los hombres habían merecido y que los condenaban á todos al suplicio de los ángeles rebeldes; permitir que los privilegios del Santo de los santos fuesen transmitidos á los pecadores, y que las penas y las ignominias de los pecadores fuesen acumuladas sobre la cabeza del Santo de los santos; consentir en que la inocencia fuese castigada y el crimen quedara impune; todo esto era, le dijo él, un exceso tal de bondad, que el Redentor no podría obtenerlo sino á fuerza de ardientes suplicas y por medio de la mas penosa lucha.

Este anuncio capaz, no de abultar, sino de fortificar el amor de Jesus á nosotros, fué el único consuelo que el ángel le ofreció (1). Esto hizo decir al venerable Beda que este consuelo no sirvió para disminuir el dolor y el abatimiento de Jesus, sino para aumentarlos (2).

No es esto decir, como veis, que el Hijo de Dios tuviese necesidad de un ángel para conocer la severidad de los juicios de su Padre; sino que, como dice S. Hilario, del mismo modo que él se afligió y sufrió por el género humano á la manera de los hombres, así también quiso recibir esta manifestación de una manera humana para convencernos cada vez mas de que era verdaderamente hom-

(1) Apparuit Angelus de celo confortans eum.

(2) Confortatus tali confortatione, que dolore non minuit, sed magis auxit. (In Luc. 22.)

bre (1). A esto añade el venerable Beda que para darnos una prueba mas irrefragable de que en Jesucristo hay dos naturalezas, dice el Evangelio que los ángeles le sirvieron y confortaron; que le sirvieron como Dios, y le confortaron como hombre (2).

Sin embargo, al oír esta manifestación, se despiertan mas vivos los temores y los cuidados de Jesús por nuestra pérdida; su amor se hace mas ardiente, sus fuerzas toman un desarrollo nuevo; él entra en lucha con la justicia de Dios, él insiste en su oración con mayor energía de espíritu y mayor vehemencia de afecto. Y observad que esta interpretación por sí sola derrama mucha claridad sobre el texto del Evangelio, pues que la agonía ó la lucha del Señor, y la doble intensidad de su oración se notaron despues de la aparición del ángel, como una consecuencia del consuelo que le llevó: *Apparuit Angelus confortans eum; et, factus in agoniam, prolixius orabat.*

Ya hemos descubierto el verdadero motivo, el carácter natural de la lucha de nuestro Señor en el Huerto. ¡Oh!; cuán noble, cuán sublime y cuán digno es de un Dios mediador! Esta agonía, esta lucha se verifíca, no entre las dos voluntades de su Persona, sino entre dos atributos de su Naturaleza Divina, entre la justicia y la misericordia; aquella representada por el Padre, y esta personificada en el Hijo. Esta agonía, dice San Ambrosio, no es el resultado de una extraña flaqueza, sino el efecto del mas tierno amor. No es el temor de su Pasión quien le empeña en esta lucha, sino el deseo mas ardiente de aplicarnos su fruto, y de hacernos triunfar con su propia victoria (*In Psal.*). Pero procuremos descubrir mejor aun la realidad y el cumplimiento de este profundo misterio, á la claridad de la figura que es al mismo tiempo su profecía.

El ángel, oprimido entre los brazos de Jacob, le pide por favor le deje ir: *Alt: Dimitte me.* Esto era como una confesión de su derrota. Pero Jacob le responde: En vano lo esperas. Mientras no me hayas dado la seguridad de que la bendición que me es personal se extenderá también sobre mi pueblo, y que él alcanzará su salvación al mismo tiempo que su perdón, no saldrás de entre mis brazos: *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi.*

Esto mismo sucede en Getsemani. La justicia de Dios, severa é

(1) *Sicut pro nobis est contristatus, ita et pro nobis est confortatus.* (Esb. 10. de Trinit.)

(2) In documentum utriusque nature, et ei Angeli ministrasse, et eum confortasse dicuntur. (*In Luc.*)

inflexible á las dos primeras súplicas de Jesús, parece que le repeta: Separa tu causa de la de los pecadores. Déjame que derrame libremente mi cólera sobre la posteridad proscrita de un padre culpable: *Dimitte me.* Mas el Salvador principia por tercera vez la misma oración, y lucha con la justicia de Dios, insistiendo mas largamente y con mas fuerza en su demanda. Porque, como nos lo ha enseñado S. Pablo, á la oración del mas ferviente amor une las súplicas de la humildad mas profunda; á las lágrimas que corren de sus ojos mezcla las lágrimas de su corazón, y á los acentos de su palabra junta la voz mucho mas sonora de su sangre (*Hebr. 5.*), y parece que esclame: No, no, justicia eterna, yo no dejare de llorar ni de luchar con vos, hasta tanto que los pecadores, á quienes represento, sean colocados en mi lugar; hasta tanto que ellos sean perdonados y benditos en mí y conmigo: *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi.*

Para vencer la resistencia de Jacob, le hiere Gabriel en un costado; le entorpece el musculo que une el muslo á los lomos y donde reside la fuerza de los atletas; él le paraliza, le debilita y le derriba en tierra. Mas, ¿quién lo creyera! Jacob, así debilitado, toma nuevas fuerzas; estrecha mas de cerca á su adversario celestial, y obtiene al fin lo que pretendía: la bendición divina que habia pedido para su pueblo: *Et benedixit ei.* En otros términos, él obtiene la promesa de que los mismos perdidos judíos serian conservados milagrosamente: que tendrian tambien parto un dia en la sangre del Mesías, indignamente derramada por sus padres, y que hechos finalmente cristianos, serian santificados y salvados: *Salvus fiat omnis Israel.* (Rom. 11.)

¿Mas, quién es, pregunta S. Isidoro, este hombre misterioso que adquiere mas vigor al ser debilitado; este hombre á un tiempo mismo vencido y vencedor, humillado y bendecido (1)? Este es, responde el mismo Padre, este es el tipo, el simbolo de Jesucristo, que, por la enfermedad de su carne y por la humillación de su persona en el Huerto, prevaleció contra el mismo Dios (2).

En efecto, él ha sido tambien, segun la espresion del Profeta, colocado bajo el peso de la justicia de Dios, y en cierto modo herido,

(1) *Quis est iste claudus et benedictus?*

(2) In passione vietus est Christus in corporis sui infirmitate prevaleuisse Deo (*In Genes.*)

abatido, humillado, quebrantado y oprimido (1). Siendo él el Hijo amado de Dios, santo e inocente, ha sido tratado como uno de nosotros, como un hombre pecador y odioso, que, para hallar gracia, tiene necesidad de luchar y de descender al grado de suplicante. Mas, como su condición de Hijo de Dios es inseparable de su humanidad, y como esta está unida a la persona del Verbo, y todas sus acciones son por lo mismo de un valor y de un precio infinito, se hace fuerte contra Dios en la flaqueza misma a que se ve reducido como hombre; hace brillar, en su propia humillación, toda la altura de su dignidad, y obtiene para nosotros la bendición de su Padre, y la adopción divina que solicita con tanta insistencia y con tantos esfuerzos: *Exaltatus est pro sua reverentia* (Hebr. 5).

¡Oh! ¡cuán grande es y cuán precioso el misterio que se cumple para nosotros en la agonía de Jesucristo! Gracias a este combate, nosotros nos colocamos desde este momento en el lugar de nuestro Salvador, que permanece en el nuestro. El peso enorme de nuestras culpas se acumula sobre la cabeza inocente del Redentor, y a nosotros, que somos rescatados, se nos ha devuelto su justicia y su santidad. Nosotros todos somos en este instante incorporados a él y asociados al sacrificio que acaba de comenzar, de tal manera que todo el dolor y todo el oprobio caen sobre él, y a nosotros se nos reserva todo el fruto y todo el mérito. Desde este instante su Pasión será la nuestra, por cuanto él sufrirá en nuestro nombre; la humanidad entera, toda la especie humana, según la doctrina de S. Pablo, sufrirá en él y con él, y todos, elevados a una potencia y a una dignidad infinita por la persona que nos representa, nos hacemos capaces de satisfacer completamente a la justicia infinita. De modo que después de la consumación de su sacrificio en el Calvario, cada uno de los que hayan sido regenerados en él por el bautismo, y que renazcan de él, podrá decir a Dios con justa razón y con plena confianza: « Justicia eterna, vos no tenéis ya nada que exigir de mí; yo os he satisfecho ya plenamente. Yo soy el mismo que ha sido entregado en la persona de mi Redentor; yo mismo soy el que ha sido acusado, escarnecido, escupido, azotado, coronado de espinas y cubierto de heridas. Yo soy en fin el que, en calidad de hombre viejo, de hombre de pecado, ha sido clavado en la cruz con Jesucristo? Po-

(1) *Voluit enim percussus a Deo et humiliatum. Voluit Deus contere eum infirmitate.*

deis pues exigir más de mí? Yo he pagado mucho más de lo que debía, supuesto que por faltas que solo son un mal finito, he dado una satisfacción infinita. El cuerpo de mis iniquidades se ha destruido; así pues inclinados hacia mí para sellar mi reconciliación, elevad la mano y bendecidme (1). »

Finalmente el ángel muda el nombre de Jacob, su vencedor en esta lucha, en el de Israel, que significa un « hombre fuerte contra Dios mismo; » y le añade esta promesa: « Supuesto que has quedado vencedor del mismo Dios, mucho más fuerte serás contra los hombres. » Además, la enfermedad de su pierna, de que quedó cojo para toda su vida, atestigüa la verdad de su lucha, y se hace como el trofeo y la insignia de su victoria. Pues bien, todo esto se ve igualmente en Jesucristo. Su humillación tan profunda, que le hace tomar la naturaleza de esclavo (2), su perseverancia en la oración, su obediencia tan perfecta que le hace aceptar la muerte, y la muerte de cruz (3), le hacen triunfar de la justicia. Esta es la causa por qué le ha dado Dios un nombre nuevo, que aventaja a todos los demás nombres en gloria, en majestad y en grandeza; un nombre glorioso ante el que el cielo, la tierra y los infiernos se inclinan, y toda rodilla se dobla. Sus heridas mismas, cuyas cicatrices conservará aun en el cielo, prueban incontestables de sus humillaciones y de sus dolores, atestigüan la lucha penosa que él ha sostenido, y serán al mismo tiempo como el trofeo magnífico de la victoria que ha alcanzado en nuestro favor (4). De modo que al ver las heridas de la humanidad de Jesucristo, toda lengua se verá obligada a reconocer y confesar que es el verdadero Hijo de Dios, igual a su Padre en la gloria lo mismo que en la naturaleza: *Et omnis lingua confiteatur quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris* (Ibid.).

Mas, ¿cómo ha podido el Dios Padre mostrar este inexorable rigor con su Hijo que es igual a él? ¿Cómo ha podido exigir de él que, para desarmar su cólera, descendiera a unas humillaciones tan grandes y tan contrarias a su dignidad?

¡Ay! hermanos míos, este Divino Hijo tiene en sí, es verdad, la santidad infinita de Dios; mas está cubierto al mismo tiempo de los

(1) *Non scimus quia vetes lingua nostra crucifixus est, in destruat corpus peccati.* (Rom. 6.)

(2) *Humiliavit semetipsum, formam servi accipiens.* (Philip. 2.)

(3) *Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* (Ibid.)

(4) *Propter quod donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genuflectatur, coelestium, terrestrium et infernorum.* (Ibid.)

despojos del pecado, está cargado con la responsabilidad del pecado. Esto solo basta para hacerle en cierto modo odioso a su Padre, que le enjendra de su sustancia y que hace de él el objeto de sus delicias eternas. Esto solo basta para que su padre aparte al parecer sus ojos de él, se haga insensible a sus lágrimas y desoiga sus súplicas. Esto solo basta en fin, dice San Pablo, lleno de admiración al ver que un Dios, Hijo tan elevado y tan puro, objeto de tanto amor, no pueda hallar gracia ante un Padre, Dios como él, para que sea envuelto en los castigos que nosotros hemos merecido, y entregado en lugar nuestro a todos los horrores de una muerte la más cruel (1). ¡Dios no ha perdonado aún a su propio Hijo! ¿Cuánto se encierra en estas palabras!

¡O malicia del pecado! ¡O rigor de la justicia de Dios! ¡Ni el diluvio con que Dios cubrió la tierra, porque quería mejor verla privada de habitantes que poblada de vicios, ni el fuego que redujo a cenizas la Pentapolis con sus infames habitantes, ni el castigo pronto y terrible que los ángeles sufrieron por un solo pecado, ni aun el ardor devorante de los fuegos eternos del infierno, nos dan una idea tan viva y tan fiel de la justicia de Dios, de su odio y de sus venganzas contra el pecado, como la que nos da la lucha que Jesucristo sostiene y las humillaciones que sufre por la reconciliación de los pecadores! O vosotros los que juzgáis el pecado con tanta indulgencia, que lo miráis más bien como un efecto de la fragilidad de la naturaleza, que de la malicia de la voluntad, que véis en él una sorpresa hecha a la razón, más bien que un monstruoso aborto de los desórdenes del corazón, un olvido más bien que una ofensa de Dios; vosotros los que aseguráis que, siendo infinita la misericordia de Dios, disminuirá y perdonará vuestros pecados: *Misericordia Domini magna est, multitudine peccatorum, magna miserabitur* (Ecl. 5). Vosotros que formáis de Dios la idea de no ser difícil e inabarcable, semejante al dios de Epicuro, que cierra los ojos sobre todos los desvíos que una vergonzosa pasión se perdona a sí misma, de no ser poco cuidadoso de recompensar a quien le honra y de castigar a quien le ultraja; vosotros que pensáis, como el mismo Dios se queja por el profeta, que la santidad infinita juzga el pecado con la indiferencia estúpida del hombre que lo comete: *Existimasti inique, quia ero similis tui* (Ps. 49); vosotros en fin que procuráis dismi-

(1) *Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum.* (Rom. 8.)

nuir a vuestros propios ojos el mal del pecado, y que exageráis al mismo tiempo la severidad de la pena eterna que os amenaza, mirándola como excesiva é incompatible con la idea de un Dios infinitamente bueno y misericordioso (1); ¡ah! comprended ahora por la lucha que Jesucristo ha sostenido en Gethsemani para obtener el perdón y la reconciliación de los pecadores, cuánto aborrece Dios el pecado y con cuánta severidad lo castiga. Comprended que si Dios ha tratado con tanto rigor a Jesucristo, santuario de la gracia y de la inocencia; si no ha perdonado a su propio Hijo, que solo llevaba la forma exterior del pecado, mucho menos os perdonará a vosotros, enemigos suyos, vasos vergonzosos de infamia, cargados de desórdenes y de toda clase de pecados. Comprended bien la advertencia solemne que os hace S. Pablo, a saber, que no hay gracia, indulgencia ni salvación para los que no observan el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, y que si la muerte viene a sorprenderlos en estado de pecado, Dios sin tener consideración a su número ni a su condición, los destina inexorablemente a una condenación eterna (2).

Sin embargo no nos engañemos acerca de esto. La santidad, la justicia y la misericordia se encuentran en el Padre lo mismo que en el Hijo. En tanto que el uno rehusa al parecer lo que el otro pide con tantas instancias, hay entre los dos la misma voluntad y los mismos intereses, así como hay la misma naturaleza. El mismo Hijo de Dios, en cuanto Dios no quiere perdonar a los hombres, sin que hayan satisfecho rigurosamente a la justicia de Dios, y estaría igualmente pronto a castigarlos, si una víctima divina, y por consiguiente la única digna de Dios, no se le ofreciera en espación por ellos y para ellos. El Hijo de Dios mismo es esta víctima divina. El se vistió expresamente de la naturaleza humana para poder cumplir, en nuestra mortalidad, lo que la severidad de sus propios juicios tenía derecho a exigir de los hombres. Así pues Jesucristo, tengamos esto presente, se humilla, derrama lágrimas y súplicas ante su propia Divinidad, que le es común con su Padre; él tiembla y se aterra en presencia de la justicia divina, que es la suya, él mismo quiere que ella sea satisfecha antes que los hombres puedan obtener lo que pide para ellos. ¡O misterio que conserva a Jesucristo toda la dignidad y toda la grandeza de Dios, aun en las humillaciones mismas del último de los hombres! ¡O misterio por quien la Jus-

(1) *Contemnit culpam et exagrat penam.* (Tertull.)

(2) *Qui non obediunt Evangelio Domini nostri Jesu Christi penas dabunt in interitu eternas.* (II. Thea. 1.)

ticia obtiene una satisfacción infinita, y la bondad da pruebas de una infinita misericordia! En la agonía de Gethsemani, en este misterio de rigor y de amor es donde, según la bella imagen del Profeta, la verdad de los decretos divinos, la paz y la reconciliación de los hombres, la justicia que condena sin apelación y la misericordia que perdona con amor se encuentran, se confunden en un mismo abrazo y en un mismo beso, y triunfan unidas: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt.* (Ps. 84.) ¡O misterio! ¡O abismo profundo de la sabiduría, de la omnipotencia, y de la bondad de Dios! ¡O razón humana, humillante! ¡Sabiduría creada, confundete y anonadate ante esta obra maestra de la virtud de Dios! Si, misterio sublime, yo me inclino, yo me anonado, yo me confundo ante ti, y en mi confusión te admiro y te adoro. Unidos a mí, inteligencias celestiales; uníos a mí, almas cristianas; rindamos nuestro homenaje a este misterio profundo de nuestra Religión, y glorifiquemos en nuestra fe, basada sobre un misterio que Dios solo puede comprender, y que Dios solo ha podido cumplir.

SEGUNDA PARTE.

En la lucha de Jacob contra el ángel y en la de nuestra humanidad con Dios, ¿no parece que Dios y el ángel debían haber quedado vencedores? Sin embargo, ya hemos visto que no fue así. En Jacob el hombre, triunfa de un ángel; en Jesucristo la humanidad entera ha triunfado en cierto modo de Dios (1). Mas ¿cuál es este secreto de la fuerza prodigiosa que aseguró a Jacob la victoria sobre el ángel? El profeta Ose nos lo ha revelado; este secreto fue la humildad, las lágrimas y la oración: *Flevit et supplex fuit illi.* Por otra parte S. Pablo nos ha descubierto el secreto de la fuerza que hizo a Jesucristo, aunque en la enfermedad de nuestra carne, vencedor de Dios mismo en su gloria; esta fuerza la encontró en la humillación, en la oración, en las lágrimas y en las súplicas: *Cum clamore et lacrymis pro sua reverentia.*

En el misterio pues que hemos explicado en el día de hoy se encierra una profunda y preciosa enseñanza; vedla aquí. En las luchas de hombre a hombre, el que tiembla ante su adversario, el que sale herido, el que es derribado en tierra y cuya sangre ha corrido, ese se reputa vencido; mas en las luchas del hombre con Dios, aquei

(1) Virtute sua superavit Deum et potens fuit.

á quien un santo temblor agita en presencia de este mismo Dios, y que abatido bajo el peso de la tribulación, anonadado á vista de las heridas de sus propios pecados, arrastra su frente por el polvo, es el vencedor que triunfa de la justicia de Dios como obligándole á abrir los tesoros de su misericordia (1).

¡Cosa admirable! Dios es infinito, inmenso, absoluto, omnipotente; nada resiste á su poder; todo cede á su palabra; todo desparece á un signo de su voluntad. Y sin embargo existe un medio de vencer á un Dios tan elevado en poder y en majestad, y este medio es la humildad de espíritu, la contrición de corazón y la súplica ferviente. Es imposible que Dios no acoja estas demostraciones, que no ceda y se rinda á ellas. El poder de Dios triunfa de todo; mas la humilde y fervorosa oración triunfa de Dios mismo; ella detiene su brazo, y apaga el rayo en sus manos, ella le desarma, le apacigua, hace de él un amigo y le coloca cuasi bajo su dependencia (2).

El rey profeta había ya dicho: en otro lugar que el hombre no puede esperar su auxilio sino de Dios, pero que este auxilio divino está colocado á una altura, á una distancia infinitamente grande de suerte que el hombre, por muchos esfuerzos que haga para elevarse y estender sus manos, no puede alcanzarlo: *Quoniam tu es, Domine, spes mea; altissimum posuisti refugium tuum.* (Ps. 90.) El verdadero Jacob sin embargo nos ha mostrado hoy la verdadera escala que hace juntar el cielo con la tierra; él nos ha hecho conocer que la humildad, la contrición y la oración hacen desaparecer la distancia que separa el hombre de Dios, que ellas hacen que Dios descendá hasta el hombre, y elevan al hombre hasta Dios, de tal modo que concluyen por comprenderse, por amarse y poseerse mutuamente. Tal es el gran secreto que Jesucristo nos ha enseñado con sus palabras y sus ejemplos. El publicano del templo, Zaqueo, la Magdalena, Pedro y tantos otros penitentes ilustres, los generosos confesores de la fe y todos los cristianos fervientes lo habían aprendido también, dice Cornelio A. Lapide, y este es el medio por donde pudieron vencer la justicia de Dios, apseguarla cuando su indignación llegaba á su colmo, convertirla en compasiva bondad y obtener de ella todo cuanto quisieron: el perdón, la gracia, la santidad, la salvación eterna y el poder de obrar todos los prodigios de la virtud (3).

(1) Flevit, rogavit, potens fuit.

(2) Cor contritum et humiliatum Deus non despicies. (Ps. 50.)

(3) Hoc arcanum vincendi, et quidvis obtinendi communis adivat et usurpat viri sancti, qui in Deo faciunt virtutem. (Jo 26. Matth.)

S. Gregorio había dicho también: El muslo es el símbolo del amor propio, de la confianza en las propias fuerzas y de la concupiscencia. Pues bien, es necesario que esté nervio, herido, lastimado y humillado por la mano de Dios, pierda su fuerza bajo su impresión, porque el hombre no puede elevarse hasta el amor de Dios, si no principia por debilitar dentro de sí el amor del siglo, y humillar su amor propio (1).

¡Animo pues, o cristianos, á quienes la multitud, la malicia y la vergüenza de vuestras faltas abate y desespera! Venid á los pies de Jesucristo, que lucha por vosotros, que por vosotros está posado de angustia y de agonía. Humillaos, llorad, orad con el y con el mismo fervor que él. Confesad que vosotros solos habeis cometido el crimen de ofenderle, y que solo vosotros merecis ser castigados; y por los méritos del misterio de este día implorad en alta voz la misericordia y el perdón que este misterio os ha alcanzado. Formad en favor vuestro una asociación de oraciones con otros hermanos; invocad la mediación de los santos, de los ángeles y de Maria su amable reina; haced novenarios, consagraos á las prácticas de devoción, fortaleceos con reliquias y con escupularios. Vosotros mirais tal vez estos medios como necesidades, y estos objetos como cosas supersticiosas, buenas á lo mas para las mujeres y para los imbéciles; mas todo esto pertenece en el fondo á la mas alta filosofía. Estas prácticas, al mismo tiempo que son actos de fe, de esperanza y de religion, son tambien actos de sincera humildad. Por ellas principiareis á debilitar el servicio de vuestro muslo, receptáculo funesto del amor propio. Por ellas volveréis á la simplicidad evangélica de los niños, os haréis penitentes, y esta primera victoria, obtenida sobre el orgullo que os pierde, os alcanzará la gracia que os salva. Si se os dijese que era necesario renunciar á vuestras riquezas, dar al mundo un eterno á Dios y encerráros en un claustro: que era necesario estenuaros con ayunos, desgarrar vuestro cuerpo é inmolarse con la penitencia como una víctima viviente, deberíais sin duda hacerlo (2). Se trata de vuestra alma, y supuesto que habeis sufrido tanto para penderla corriendo por los caminos de las pasiones, no debéis doleros de sufrir para salvarla; Jesucristo ha sufrido por vosotros los dolores de la agonía, y parece que vosotros no debéis tener dificultad alguna en

(1) Femur, id est, amor proprius, fiducia suorum virtutum et concupiscentia que viget in femore, Dei virtute tacta decessit: quia necesse est ut, debilitato amore suavitatis, homo convalescat ad amorem Dei. (Moral.)

(2) Si rem grandem divisset tibi propheta, facere debuisses. (2^a Reg. 5.)

agonizar por vosotros mismos, como la Escritura os exhorta á hacerlo (1); debéis pelear hasta la muerte por la justicia y por el cielo, supuesto que habeis sufrido tan ruidas pruebas por el mundo, el infierno y el pecado. Un sacrificio temporal, por penoso que sea, es siempre pequeño; y no es nada en comparacion de la eterna felicidad que debe proporcionaros. Con mucha mas razón debéis procurar poner en práctica los medios que os he propuesto; el resultado es tanto mas seguro cuanto mas fácil es la elección.

El hombre que se humilla, que ora y gime está cierto de su salvacion. ¡Cuántos pecadores y cuántos incrédulos despues de caer de rodillas se levantan justos y fieles! Dios exige poco de nosotros, porque sabe que no podemos dar mucho, mas sin embargo quiere alguna cosa, y esta pequeña cosa es la humildad y la oracion. Si vosotros alcanzáis sobre vosotros mismos esta primera victoria, este Dios de clemencia y de misericordia estenderá sobre vosotros sus brazos misericordiosos para saceros del abismo de la corrupcion en que habeis caído. Dad pues el primer paso; su misericordia hará lo demás, y vosotros adquirireis sucesivamente la fuerza necesaria para domar todos vuestros vicios, todos vuestros hábitos culpables y todas vuestras pasiones. El ángel habia dicho á Jacob: Si tu has prevalecido contra Dios, con mucha mas facilidad triunfarás de los hombres. Y vosotros tambien, dice san Jerónimo, si por medio de una oracion humilde conseguís aplacar á Dios, con mucha mas razon podréis triunfar por ella de vuestras pasiones, de vuestros enemigos, y del mayor de todos ellos que sois vosotros mismos (2). ¡Ah! Hagamos todos la misma experiencia de este gran secreto de la vida cristiana, y cogemos todos el mismo fruto, de modo que podrá decirse de cada uno de nosotros: Por su fortaleza prevaleció contra el ángel; venció y fué fortalecido despues de haber llorado y orado (3). Así sea.

(1) Agonizate pro anima tua; et usque ad mortem certa pro justitia. (Eccli. 49)

(2) Si per orationem dominatur Deo; multo magis de omnibus affectus et hostibus prevalebit.

(3) In fortitudine sua directus est cum Angelo, et invictus, et confortatus est; flevit et rogavit eum.

CONFERENCIA SÉPTIMA.

El sudor de Sangre.

*Si sanguis lauroreum, et cinis vitulae asper-
gatur, inquinatus sanctificat ad emundationem
carnis; quanto magis sanguis Christi emun-
dabit conscientiam nostram ab operibus mor-
tuis ad serviendum Deo viventi?*

Si la sangre de los toros, y la aspersión del
agua mezclada con la ceniza de una becerra,
sanctifica á los inmundos, purificando en carne;
¿cuánto más la sangre de Cristo purificará nuestra
conciencia de los obras mortuos, para hacerlos
tributar un culto verdadero al Dios vivo?
(Hebr. 9.)

Estas bellas palabras del Apóstol prueban claramente que el anti-
guo sacrificio judaico de la « ternera roja » era misterioso y profético,
y representaba el grande, el inefable, el precioso sacrificio de Jesu-
cristo.

La víctima era una ternera, y su sexo significaba, según los san-
tos Padres, la enfermedad de la carne de que el Verbo Eterno se
había vestido, supuesto que la hembra es el símbolo de la flaqueza
como el hombre lo es de la fuerza. Por esta razón ha dicho san Pa-
blo que Jesucristo fué crucificado y muerto según la flaqueza de la
carne, y que resucitó por el poder de Dios: *Crucifixus est ex in-
firmitate, vivit ex virtute Dei*. (II. Corinth.)

La ternera debía ser roja, pero sin tacha, y sin haber llevado
jamas el yugo; estas particularidades eran el emblema de la huma-
nidad de nuestro Salvador, humanidad sin tacha, como que fué
exenta aun de la sombra misma del pecado, y libre absolutamente
del yugo de Lucifer que pesa sobre todos los hombres desde su na-
cimiento, porque son pecadores, mas toda eurojeada, toda cubierta
de la sangre que derramó por nosotros. Así es que la esposa de los
Cantares dice hablando de Jesucristo: *Dilectus meus candidus et
rubicundus*. (Cant. 3.)

La becerra, después de inmolada, era consumida por el fuego, y

de sus cenizas mezcladas con agua se formaba una especie de agua
bendita, con la que se hacía por siete veces una especie de aspersión
del tabernáculo y del pueblo que se ponía alrededor de él. Así es co-
mo del cuerpo adorable de Jesucristo, consumido por el fuego de la
caridad divina, se formó ese baño salvable que, por medio de los
siete sacramentos, resparte sus aguas purificantes sobre la Iglesia,
verdadero tabernáculo de Dios entre los hombres, y sobre todo el
pueblo fiel. Hay sin embargo la diferencia de que el rito hebreo no
producía mas que una purificación legal para el cuerpo: *Sanguis et
cinis vitulae sanctificat inquinatos ad emundationem carnis*, mien-
tras que el rito cristiano, conocido por la carne crucificada y por
la sangre de Jesucristo, purifica las almas de las manchas del vicio,
y las hace dignas de ofrecer un verdadero culto al Altísimo, de serie
agradables, y de hacerle vivir en nosotros y nosotros en él: *Sanguis
Christi emundat conscientiam nostram ab operibus mortuis ad ser-
viendum Deo viventi*.

Los mismos doctores judíos nos han transmitido una particulari-
dad de la mas alta importancia, relativamente á la inmolación de la
« ternera roja ». Ellos dicen que se ofrecía á Dios este sacrificio al
pie del monte de las Olivas, en el huerto de Gethsemani. No puede
dudarse que este sacrificio era la figura del que Jesucristo ofreció á
su Padre en el mismo lugar, derramando un sudor misterioso de
sangre, é inmolándose á sí mismo por nuestra salvación en medio de
las llamas de su caridad divina. Esta segunda circunstancia de la
agonía del Salvador es la que vamos á meditar en el día de hoy.
Nosotros debemos penetrar el misterio profundo que se cumplió en
este sudor sangriento, el misterio de la purificación del hombre por
la abolición del pecado y por el aumento de la gracia, á fin de que
concebamos el deseo de aprovecharnos de él para gloria de Dios y
salvación de nuestras almas: *Et sanguis Christi emundabit con-
scientiam nostram ab operibus mortuis ad serviendum Deo vi-
venti*.

PRIMERA PARTE.

El Salvador había dicho en cierta ocasión á sus apóstoles: Un bau-
tismo de un género absolutamente nuevo, un bautismo de sangre me
está reservado, y ¡cuán vivo é impaciente es el deseo que tengo de
recibirlo (3)! Esta profecía se cumplió literalmente en el huerto de

(1) Baptismo habeo baptizari, et quomodo coactor usque dum perficeretur.
(Luc. 12.)

las Olivas. En efecto, según refiere san Lucas, después de la agonía que había sufrido, un sudor de sangre manó de su sagrado cuerpo, y con una abundancia tal que, no solo el mismo Jesús fué todo bañado y como bautizado en su propia sangre, sino que la tierra fué regada en torno de él (1).

Y bien, ¿cuál fué la causa, cual fué el fin de este extraordinario y maravilloso sudor? Algunos autores piensan que fué un efecto de la ansiedad violenta que el Señor experimentó á vista de sus tormentos. Sus profundas angustias, su espantoso terror, dicen, contraían todas las venas y el corazón mismo, y de tal modo las hacían incapaces de contener la sangre, que ella se abría paso al través de los poros, y manaba por todas las partes de un cuerpo tan delicado como puro.

Mas esta esplicacion de uno de los mas estupendos milagros, que el Salvador obró en sí mismo, es evidentemente errónea, porque es contraria á la dignidad de la persona del Redentor, á la generosidad de sus sentimientos y á la excelencia de su sacrificio. En efecto, no solo no hubo jamás en Jesucristo, como lo he demostrado en el día de ayer, lucha alguna interior entre el espíritu y la carne, entre la voluntad divina y la voluntad humana; sino que ni aun experimentó de una manera marcada repugnancia alguna á sufrir; no puede pues admitirse en él una repugnancia bastante fuerte y bastante profunda para extraerle la sangre de las venas. Además, si el Redentor no se hubiera sometido á beber el caliz amargo de sus penas sino después de haber estado en agonía hasta derramar sangre, sino se hubiera resignado á ello sino con una obediencia forzada y violenta; si hubiera manifestado una voluntad contraria á la de su Padre, si él no hubiera sucumbido sino á una necesidad inevitable, no sería verdad lo que dice san Pablo, que Jesucristo, á saber, que nosotros hemos sido santificados y rescatados por el ardor y la generosidad con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros á su Padre (2). ¡No, no! exclama el venerable Beda con la generalidad de los Padres de la Iglesia, esta efusión de sangre del Redentor no fué el resultado de la debilidad del hombre, fué un prodigio de la omnipotencia de Dios; pues, por mas

que digan ciertos autores, sudar sangre por todas las partes del cuerpo es un fenómeno contra la naturaleza (1).

¿Cuáles fueren pues los motivos de este sudor milagrosamente sangriento? Yo los voy á indicar, con la ayuda de las luces de la Escritura y de los santos Padres.

Entre los sacrificios que el mismo Dios había prescrito en la ley antigua, el holocausto ocupaba el primer lugar. Se inmolaba una víctima muy pura, que era ofrecida y consumida toda entera en honor de Dios, en reconocimiento de su majestad suprema y del alto dominio que ejerce sobre la vida y la muerte de todos los seres. Por esta razon se llamaba el sacrificio por excelencia; este era el mas agradable á Dios y cuyo olor le era el mas suave (2).

Ved aquí pues el primer motivo del sudor de sangre que Jesús experimentó en Gethsemani; este fué el deseo, dice Santo Tomás, de ofrecer á su Eterno Padre en nuestro nombre un holocausto perfecto, en el que la víctima toda entera fué consumida por las llamas de la caridad divina, en vez de serlo por el fuego material (3).

Efectivamente nuestro Salvador había anunciado muchas veces que un día daría su vida voluntariamente, para volverla á tomar muy pronto. Había declarado también por boca de David que su sacrificio sería voluntario, y que esta circunstancia formaría toda su excelencia y todo su mérito. (Ps. 53.) Sin embargo, ¿cómo podía cumplirse este sacrificio de una manera sangrienta sin que la injusticia y la violencia tomaran parte en él? Y tomando parte en él la violencia y la injusticia, ¿cómo podía ser mirado como enteramente puro y voluntario? Pues bien, estas dos condiciones que parece que se excluyen mutuamente, se encontraron admirablemente unidas en el huerto de las Olivas, donde se ofreció un sacrificio sangriento sin el concurso de la violencia. Allí no hubo tormentos ni golpes; ninguna herida, ninguna causa exterior obliga á la sangre á salir de las venas. Ni la traición de Judas, ni la injusticia de Pilatos, ni el odio de los Judíos, ni la crueldad de los Gentiles tuvieron en ello parte alguna; ellas permanecieron completamente extrañas.

Ningún crimen deshonra, ni aun en apariencia, un sacrificio tan grande. Ninguna infamia mancha una acción tan pura. Ningun

(1) Nemo sudorem hunc infirmis deponit: quia contra naturam est sudare sanguinem. (In Luc. 22.)

(2) Holocaustum oblatio suavisissimi odoris Domino. (Levit. 4.)

(3) Loco materialis ignis fuit, in holocausto Christi, ignis charitatis (3. p. q. 46. art. 4.)

(1) El factus est sudor ejus sicut gutte sanguinis decurrentis in terram.

(2) Qui propositis sibi gaudiis sustinuit crucem, contumeliam contempta. (Hebr. 12.)

(3) In qua voluntate sacrificium sumus. (Hebr. 10.)

sentimiento perverso viene á ofuscar á nuestros ojos la generosidad con que Jesucristo se inmola. Ninguna boca profana insulta aquí su amor como sucedió en el Calvario, y no puede atribuirse á la violencia ni á la fuerza lo que es un efecto de su bondad infinita. Aquí, Jesucristo, verdadero pontífice, no tiene necesidad ni de ministros ni de servidores para cumplir su sacrificio, pues él se basta á sí mismo. Porquiescindo á la vez sacerdote, altar y víctima de su sacrificio, abre él mismo por su propia voluntad sus venas sagradas, y deja salir libremente la sangre y la vida, de manera que solo su omnipotencia es capaz de detener la muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem*.

Este es pues un sacrificio completo por la entera destrucción de la víctima; es asimismo el mas augusto de los sacrificios, porque el cuchillo que degüella esta víctima es su obediencia, el altar sobre que se ofrece es su santidad, y el fuego que la consume no es otra cosa que su amor. Así como la tierra mejor es la que produce en abundancia flores y frutos sin ser hendiida por la reja del arado y sin tener necesidad de cultivo alguno; así como la fuente mas pura es la que derrama por sí misma el agua clara, sin necesidad del trabajo del hombre; así como la uva mas esquisita es aquella de que destila un dulce licor aun antes de ser pisada en el lagar; así tambien la parte mas noble del sacrificio de Jesucristo en su Pasión es al parecer la que se cumplió en el Huerto. Allí su cuerpo adorable, sin haber sido labrado aun por los azotes, sin haber sido herido por los clavos, ni por la lanza, sin haber sido prensado sobre la cruz, derrama espontáneamente su divina sangre para el alimento, el consuelo y la salvación del hombre. ¡O amable Redentor! Vos parece que decíais entonces: «Mi sangre es exigida, es necesaria; el cielo y la tierra, Dios y los hombres tienen sed de esta sangre. ¡Pues bien! Vedla ahí, yo la derramo por los que la reclaman.» ¡O puro y sublime holocausto, que hace abolir y olvidar todos los holocaustos antiguos que solo había prescrito y aceptado Dios en otro tiempo, porque eran la figura simbólica de este (1)! ¡O puro y sublime holocausto! ¡Cómo desde el fondo del valle de Gethsemani hace subir su suave perfume hasta el trono del Eterno! ¡Cómo serena su semillante irritado! ¡Cómo forma las delicias de su corazón (2)!

S. Pablo esclama que en este holocausto se ofreció Jesucristo por

nosotros y en nuestro nombre á Dios su padre como una víctima de una suavidad infinita (1).

Ved aquí pues como la humanidad entera ofrece á Dios, en la persona de Jesucristo y por Jesucristo, un holocausto de una escelsencia y de un mérito infinito, porque divina es la víctima que se inmola, y divino es el sacerdote que la presenta. De este modo recibe Dios de parte de los hombres, en este misterioso instante, un culto perfecto y digno de él, y la Esencia infinita es honrada cuanto puede serlo.

El sacrificio de la «ternera roja» no solo tenía por objeto honrar á Dios, sino tambien purificar á los hombres: *Ad emundationem carnis*. Era pues á un tiempo mismo un holocausto de adoración y de culto, y un sacrificio propiciatorio y expiatorio para la remisión de los pecados. S. Pablo observa que, para que los pecados fuesen perdonados, se exigía siempre la efusión de la sangre de la víctima y esta es, añade, la segunda razon por que el Salvador derramó la suya en Gethsemani, por medio de un sudor abundantísimo: el quiso purificarnos de todos nuestros pecados (2).

A decir verdad, Jesus nos había ya dejado alivianar sus generosas intenciones y revelado este misterio de bondad y de misericordia por la humilde actitud que tomó desde el principio de su oración. Al inclinarse profundamente con el rostro en la tierra, nos dió á entender evidentemente, dice A. Lápide, que había consentido en llevar la inmensa carga de nuestros pecados, y que en este momento se veía obligado á encorbarse hasta la tierra, como abatido y cuasi aplastado bajo este enorme peso. Por otra parte, continúa el mismo intérprete, Jesucristo en esta actitud es nuestro amable Redentor que, por nosotros, se presenta ante su Padre como un culpable arrepentido que viene á someterse al castigo que ha merecido, y que parece que le dice al mismo tiempo: Vedme aquí, Padre mío, yo me entrego á vos por los hombres; yo me ofrezco á sufrir solo toda la pena en que ellos han incurrido. Desde este momento entrego mi cuerpo para que sea desgarrado por los azotes; mi cabeza para que sea ceñida con una dolorosa corona; yo presento mis manos y mis pies á los clavos, y todo mi cuerpo á la cruz. No azotéis, Padre mío, mas que á mi solo, no coronéis de espinas, ni clavéis en la cruz mis

(1) Christus tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis, (Ephes. 5.)

(2) Purgationem peccatorum faciem, (Ephes. 4.)

(1) Hostias et oblationes nolasti, corpus autem aptasti mihi. (Hebr. 10.)

(2) Holocaustum, oblatio carissimí odoris Domine.

que á mí solo: perdonad á los hombres y volvedles vuestra amistad.

Mas, ¿por qué junta Jesús á esta súplica una contrición profunda y un sudor de sangre? Para comprender esto, observemos que, segun las palabras del mismo Salvador en el Evangelio, el pecado se forma en el corazón antes de que se consuma por la acción exterior (1). Por mejor decir, no consiste, hablando con propiedad, observa el Doctor angelico, en la materialidad del acto, sino en la determinación de la voluntad (2). Por esta razón continúa el mismo Santo, antes de que el pecador ofrezca á Dios el sacrificio de su cuerpo por medio de la satisfacción, debe ofrecerle por la contrición el sacrificio de su corazón; porque el dolor voluntario del pecado con que se ha manchado es la primera condicion indispensable al pecador para que pueda obtener su perdon y reconciliarse con Dios, y ella es la que constituye esencialmente la penitencia verdadera (3). Ved aquí pues, prosigue Sto. Tomás, la causa primera del dolor interior que Jesús sintió entonces; él quiso concebir y experimentar la contrición por todos los pecados del género humano, supuesto que se había encargado de expiarlos (4), y el sudor de sangre que se esparció en abundancia sobre todo su cuerpo sagrado, fue, dice S. Bernardo, el terrible efecto de esta profunda contrición que destruía su corazón (5).

¡Cuánta magnificencia hay en esta interpretación del sudor sangriento de Jesús, y cuán digna es de su augusto misterio! Ella ordena de un manera admirable los misterios de Pasión, y nos hace conocer toda su economía. Procremos sin embargo ampliarla algo mas. El pecado, observa Sto. Tomás, tiene algo de infinito, si se considera con relacion á la majestad infinita de Dios, contra la cual se subleva (6). El pecado encierra tambien, añade S. Gregorio, una

(1) De corde exiit cogitationes pravae, fornicationes, homicidia, etc. (Matth. 7.)

(2) Peccatum ubi aliud est quam actus humanus malus, id est, voluntarius, ideo sit quasi à voluntate imperatus. (1. 2. q. 71. a. 6.)

(3) Penitentia est dolor voluntarius pro peccato quod dicit commissus. (In 4. Dist. 17. q. 2. art. 1.) Impossibile est quod peccatum alicui remittatur sine penitentia; et dispensatio peccati requiritur ad rationem vere penitentiae. (S. p. q. 86. a. 2.)

(4) Doloris interioris causa fuit primo quidem omnia peccata generis humani pro quibus satisfaciebat. (3. p. q. 48. a. 6.)

(5) Neque enim corpus extrinsece tanto talique sudore dissolvetur, si cor intrinsece nullius doloris molestia frangeretur. (Trac. de Pas. Dom. c. 27.)

(6) Peccatum quoniam infinitatem habet ex infinitate Divinae Majestatis. (2. p. q. 1. a. 2.)

malicia en sí infinita, de parte del hombre que lo comete, pues que el hombre que se abandona al pecado lo sigue con tal avidez, y su corazón se encuentra de tal modo dispuesto, que quisiera poder vivir siempre á fin de poder siempre pecar; de modo que si la vida del pecador no tuviera fin, su pecado tampoco tendría término (1). Y supuesto que aquí á quien la muerte sorprende en el pecado permanece en esta horrible disposición de querer constantemente la culpa, aun en el tiempo mismo en que sufre y maldice la pena, se sigue que los condenados deberán sufrir para siempre supuesto que conservan siempre la voluntad de obrar mal, y así como su pecado es eterno, eterno debe ser tambien su castigo (2). Pues bien, supuesto que el pecado tiene una malicia infinita, y que es una ofensa infinita contra Dios, se debería, para alcanzar el perdon, concebir un dolor infinito de él. Mas, cual es el hombre que comprende todo el mal que ha hecho á Dios y á sí mismo al cometer el pecado (3)?... ¿Y quién puede detestarlo con la viva contrición con que merece ser detestado?

¡Ah! El dolor de David, de Pedro, de la Magdalena, y de otra multitud de santos modelos de contrición sincera, de verdadera penitencia, estuvo muy lejos de llegar á la altura de la malicia del pecado. Por consiguiente asi como las adoraciones de un Hombre-Dios son las únicas que podian tributar á Dios el culto que le es debido, así como los sufrimientos de un Hombre-Dios son los únicos que podian satisfacer por el castigo del pecado, del mismo modo tambien la contrición de un Hombre-Dios es la única que podía detestar y llorar dignamente la malicia del pecado.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo en Gethsemani. El Salvador, como lo dice ver en el día de ayer, habia obtenido, por el mérito de su lucha misteriosa y de su sublime agonía, la gracia que solicitaba con tanto amor, de colocarse en nuestro puesto y de representar en sí mismo la universalidad de los pecadores pasados y futuros hasta el fin del mundo, sin escepcion alguna. El habia obtenido quedar por fíador de todas sus culpas, y satisfacer completamente por ellas á la justicia de Dios. Pues bien, para cumplir esta grande explicación, principio por experimentar en su tierno corazón un dolor perfecto de todos estos pecados, antes de que su cuerpo tan puro

(1) Vellent sine fine vivere, ut posset sine fine peccare.

(2) Ideo sine fine poenas lunt quia voluntatem haberent sine fine peccandi.

(3) Delicta quis intelligit? (Ps. 48.)

sufriese el castigo de ellos; para cumplir esta expiación detesto la culpa, con toda la amargura de la contrición mas viva, antes de sufrir la pena con la muerte mas ignominiosa y mas cruel; y el amargo dolor que experimento voluntariamente fué, segun el piadoso Luis de Blois, tan profundo y tan intenso, como si los pecados de todos los hombres hubieran sido suyos propios, y los hubiera él solo cometido todos (1).

Es decir que Jesucristo nos habia sustituido, y que habiendo tomado sobre si la responsabilidad de todas nuestras dendas y de todos nuestros deberes, quiso, como pontífice fiel, pagar las unas y cumplir los otros de una manera perfecta. Parece que se olvido por un instante de su santidad, de su inocencia infinita y de su semejanza con su Padre, y que no llevó a su presencia mas que el vestido del pecado; él se presentó con las condiciones de verdadera penitencia que deberíamos tener nosotros, y experimentó todos los sentimientos que deberíamos experimentar nosotros a vista de nuestros pecados, si nuestra inteligencia estuviera esclarecida por las mismas luces que la suya, si como él conociésemos toda la grandeza y toda la majestad de Dios, si como él conociésemos toda la malicia y toda la deformidad del pecado y los horribles castigos que le están reservados.

En efecto, si pudiésemos tener de estas cosas el conocimiento que tenía el Redentor, si el terror de la justicia divina produjese en nosotros la impresión que debiera producir, no hay duda que nuestro semblante se cubriera de confusión; un terrible espanto, una consternación profunda abatiría nuestro espíritu; el dolor mas agudo y mas intenso destruiría nuestro corazón; un frío glacial, un temblor convulsivo agitaría nuestros miembros, un terror mortal se apoderaría de nuestras personas; nosotros sentiríamos tambien abrirse nuestros venas, y no solo sudaríamos sangre como Jesús, sino que moriríamos de angustia en el acto, porque nuestra flaqueza sería impotente para resistir un desbordamiento tal de dolores.

Pues bien, Jesucristo, dice Sto. Tomas, experimentó en si reunidos á la vez todos estos sentimientos de amargo dolor, y de terrible espanto, que debieran agitar el corazón de todos y de cada uno de los pecadores si viesen sus faltas con la claridad que Dios las ve. Él sintió pues en su corazón, mas fuertemente aun, la contrición que

(1) Omnia mundi peccata in se recuperat, tantumque pro illis ultro sibi dolorum cordis assumpsit hac si ea ipse palasset. (De Fati. Dom.)

todos los hombres juntos han tenido, y que debían tener; ya porque se afligió por los pecados de todos, y ya tambien porque su dolor nacia del conocimiento claro que tenía de la majestad, de la grandeza y de la bondad infinita de Dios á quien el pecado ultraja y de su inmenso amor por los hombres, á quienes este mismo pecado precipita en su eterna ruina (1).

¿Quién podrá pues, no digo medir ó espresar la intensidad del dolor que, segun la espresion de Isaías, molió el corazón de Jesús á vista de sus pecados, *Attritus est propter scelera nostra* (Is. 53.), sin formar de él la mas pequeña idea? A este propósito, observa el Doctor angélico que, debiendo satisfacer por los pecados de todos los hombres, se vio poseído por la tristeza mas profunda que puede imaginarse (2), y su dolor fué mas fuerte que todos cuantos dolores podemos sufrir en la vida presente (3). En efecto, ved aqui como habla el mismo Salvador por boca de sus profetas: «O vosotros todos los que pasáis cerca de mí, espectadores insensibles é indiferentes, deteneos un instante y ved si hay en el mundo un dolor que pueda igualarse á mi dolor: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*. (Thren. 12.) Yo he sido saciado de todas las amarguras posibles; se me ha obligado á beber hasta el escro un licor emponzoñado (4). Todas las iniquidades de los hombres, semejantes á torrentes hinchados por aguas cenagosas, han venido á descargar dentro de mí (5), ellas han turbado mi corazón, y todas reunidas han formado en él como un océano inmenso de dolores, cuyos abismos horracosos me han sumergido y tragado en cierto modo (6).»

Así pues, cuando los evangelistas dicen que Jesucristo sintió en el Huerto un pavor indecible, una profunda melancolía, un temblor

(1) Passio et dolor a Christo fuerunt assumpti voluntarie propter finem liberationis hominum a peccato: et ideo tantum quintalem doloris assumpsit qui est proportionata magnitudo fructus qui inde sequelatur. Doluit pro peccatis omnium, qui dolor in Christo exsuperat omnem dolorem cuiusque contriti: tum quia ex maiori sapientia et charitate processit, tum quia pro omnibus peccatis simul doluit. (S. p. p. 46. a. 4.)

(2) Ut satisficeret pro peccatis omnium hominum, accepit tristitiam maximam.

(3) Dolor interior in Christo fuit maximus inter dolores presentis vite.

(4) S. p. p. 46. a. 6.

(5) Replevit me amaritudinibus, inebriavit me absinthio. (Thren. 3.)

(6) Torrentes iniquitatis confurbarunt me. (Ps. 47.)

(7) Magnus est velut mare contritio tua. (Thren. 2.) Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me. (Ps. 68.)

horrible, un inmenso espanto y una ansiedad capaz por sí sola de causarle la muerte. *Capit pueri, torideri et mixtus esse...* *Tristis est anima mea usque ad mortem*, usan unas expresiones, que lejos de ser exageradas, se quedan muy inferiores á la verdad, supuesto que no existen palabras para pintar un dolor sin límites.

Y es extraño en vista de esto que el corazón tierno de Jesús, como David lo había anunciado, se derretiese y se liquidase en Gethsemani, como la nieve á los rayos del sol, ó como la cera al calor del fuego (1)? Debe causar admiración que una contrición tan profunda, que un dolor tan intenso abriese su corazón y sus venas, y que, abiertos también por fuerza los poros de su delicada piel, dejasen salir la sangre en gotas tan abundantes, que corriesen en pequeños hilos hasta llegar á regar la tierra (2)? Debe causar admiración que experimentase un desfallecimiento tan extraordinario y tan excesivo, que sin un nuevo milagro hubiera sido bastante para causarle la muerte? *Tristis est anima mea usque ad mortem*.

Ved aquí, pues el profundo misterio de este milagroso sudor de sangre. Este es el gran acto de contrición que el Hijo de Dios hizo por los pecados de todos los hombres, y que acompañó con sus lágrimas, más con unas lágrimas tan extraordinarias como el dolor que las produjo, es decir, con lágrimas de sangre. ¡O dolor! ¡O lágrimas! ¡Cuántos tormentos causais á Jesucristo, pero cuántos consuelos derramáis sobre nosotros! Porque el Redentor se contristó por nosotros. *Attritus est propter scelera nostra*, nosotros estamos seguros al presente de poder obtener la gracia necesaria para arrepentirnos de nuestras faltas. Sin este exceso de amor, hubiéramos permanecido endurecidos y sumergidos obstinadamente en nuestros pecados, y hubiéramos puesto el colmo á ellos con la desesperación y la impenitencia. ¡Ah! El dolor que ha quebrantado el corazón de Jesús ha ablandado el nuestro, y su sudor de sangre ha preparado el curso á nuestras lágrimas. Esta contrición del Salvador es la fuente de la nuestra. De ella es de donde el arrepentimiento, el llanto y los gemidos del pecador reciben su origen, su mérito y eficacia, porque el precio infinito de la contrición tan viva y tan profunda del Hijo de Dios ha dado á la nuestra el poder de borrar en nosotros el pecado

(1) Effusus sum velut aqua. Factum est cor meum tanquam cera liquecenti. (Ps. 21.)

(2) El factus est sudor ejus sicut gutte sanguinis decurrentis in terram.

y conseguir nuestra reconciliación con Dios (1). Y de este modo se cumple el divino oráculo de que: La sangre que Jesucristo derramó en el huerto de las Olivas purifica nuestra conciencia de las obras muertas del pecado (2).

Luego cuando el alma de Jesucristo está en agonía, cuando su corazón está abismado en la tristeza, cuando todo su cuerpo adorable está sumergido y como bañado en su propia sangre, no debemos mirar en él, dice S. Pablo, sino una víctima divina que expía y borra el pecado con sus padecimientos voluntarios (3).

Finalmente, cuando el fuego había consumido la víctima se mezclaban las cenizas y la sangre de la novilla roja con agua, y se formaba una especie de agua lustral ó bendita, con la que se asperjaba siete veces el pueblo. De modo que este holocausto ofrecido en honor de Dios y por la expiación del pecado era al mismo tiempo un sacrificio impetratorio que obtenía una especie de sacrificación legal (4). Bajo este aspecto, fué también la figura del sacrificio de Gethsemani, en el que el Redentor nos alcanza todas las gracias que por medio de los sacramentos vienen á embellecer nuestras almas y hacerlas dignas de servir á Dios y de vivir unidas á Dios (5).

Jesucristo, dice en otro lugar S. Pablo, amó á su Iglesia hasta el punto de entregarse él mismo por ella; y de esta manera formó una Iglesia dotada de belleza y de gloria. Ella era lamunda y él la hizo aparecer santa y pura; ella era odiosa y digna de menosprecio, y él la hizo amable por los atractivos con que la adorno (6).

Pues bien, con el sudor de su sangre es con lo que cumplió el Salvador principalmente este admirable misterio, supuesto que este sudor se manifestó en seguida de su agonía y de su oración, cuando Jesús había solicitado con tantos esfuerzos, con tantas lágrimas y

(1) Ipse exhibuit quod sufficiens fuit ad omnium peccatorum deletionem. (3. p. q. 1. c. 4.)

(2) Sanguis Christi emundat conscientiam nostram ab operibus mortuis.

(3) Ad destructionem peccati per voluntatem suam offertur. (Hebr. 9.)

(4) Sanguis vitule aspergitur sacrificium legitimum.

(5) Emundat conscientiam nostram ad serviendum Deo viventi.

(6) Christus dilexit Ecclesiam, et tradidit semipsum pro ea, ut exlaberet sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam aut rugam; sed ut sit sancta et immaculata. (Ephes. 5.)

tantos gemidos que todo el mérito de su Pasión se nos aplicase á nosotros : *Et factus in agonia prolixius orabat.*

Así pues, observa el venerable Beda, por este sudor sangriento que mana del cuerpo real de Jesús, símbolo de su cuerpo místico, nos da una prueba sensible de que su oración ha sido oída, y de que nosotros, representados en su persona, principiámos también á ser purificados por su sangre (1).

¡O tierno y afectuoso misterio! añade S. Bernardo. Las lágrimas que corrieron de los ojos del Redentor no bastaron á su amor; él quiso que todos sus miembros se trasformasen en cierto modo en otros tantos ojos, y que toda su sangre se convirtiese en lágrimas; él quiso verter lágrimas de sangre y asociar su cuerpo á esta manifestación patética de dolor, á fin de purificar y embellecer en todas sus partes á la Iglesia su esposa (2); Purificación preciosa, observa S. Agustín, que principió á hacer brillar en todo el cuerpo de la Iglesia, entre todas las virtudes, la paciencia de las almas afligidas y la constancia de los mártires (3)!

Esta escrito también que la sangre que salió de todas las partes del cuerpo adorable del Señor, después de haber bañado su carne sagrada, corrió hasta humedecer el suelo : *Sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* Pues bien, por este hecho nos quiso dar á entender que desde este instante pertenecía su sangre á la tierra, á fin de que, según la profecía, todos los pecadores que vivieran en la tierra pudiesen embriagarse con este sagrado licor : *Bibent omnes peccatores terræ* (Ps. 77). Quiso advertirnos también que la tierra, una vez empapada en este sagrado licor, no se secará jamás, y que la sangre del verdadero Abel, derramada, no ya por la mano cruel de Cain, sino por la caridad misma del Redentor mas poderosa que el odio y la envidia de sus enemigos, no cesará jamás de elevar desde esta tierra, que ha sido regada con ella, gritos poderosos hacia el cielo; que sin embargo estos gritos no llamarán el castigo ni la venganza, sino la misericordia y el perdón, y que nosotros, aun-

(1) Per irrigatam ejus sanguine terram, nobis declaratur et quod effectum sue prece obtinere ut nos suo sanguine purgaret. (In 22. Luc.)

(2) Non solum oculis, sed quasi omnibus membris Jesus flevisse videtur; ut totum suum corpus, quod est Ecclesia, totius corporis lacrymis purgaretur. (Hemil. 3. Dom. Pal.)

(3) Sudore sanguinis Domini significavit de toto corpore, quod est Ecclesia, manatura martyria.

que polvo, aunque tierra herida por la maldición y el anatema, abriremos nuestro seno á los beneficios de este rocío divino, y seremos benditos y salvos (1).

La aspersión de la verdadera agua lustral se estableció para nosotros sobre esta tierra; nosotros podemos disponer de la sangre de la verdadera víctima divina, como habla S. Pedro. Con tal que así lo queramos, podemos ser lavados y purificados siete veces en los siete sacramentos de la Iglesia, que se ofrecen á todos indistintamente (2).

¡Desgraciados pues de nosotros sino participamos de este santo riego! La ley que prescribía el rito de la aspersión antigua concluía con estas terribles palabras : « Todo aquel que no fuere purificado por este rito, será excluido de la comunión del pueblo, perecerá : *Si quis hoc ritu non fuerit expiatus, peribit anima illius de medio Ecclesie.* » Estas palabras eran proféticas, ellas no se cumplen á la letra sino aplicándolas á la aspersión de la sangre de Jesucristo; porque nadie se justifica sino el que se lava en esta divina sangre. El que no se aplica sus méritos, el que no lava sus manchas en esta sangre preciosa, se ve excluido durante su vida de la comunión y del espíritu de la Iglesia, y después de su muerte será desterrado para siempre de la asamblea de los santos : *Si quis hoc ritu non fuerit expiatus, peribit anima illius de medio Ecclesie.* (Núm. 19.)

Detengámonos aquí un momento. Contemplemos de nuevo á Jesús que postrado en tierra después de haber lavado, según la profecía de Jacob, la ropa de su cuerpo, es decir, nuestra humanidad en el vino misterioso, y su vestido en la sangre de la vid escogida (3), riega todavía con su propia sangre toda la tierra que está á su alrededor. Reconozcamos en esta circunstancia la fuente misteriosa del Salvador, que se eleva en el centro de su Iglesia, adonde según otra profecía, deberán venir todas las naciones á sacar con gozo las aguas de la salvación eterna (4). Reconozcamos aquí al Redentor, que rescata al hombre aun mas allá de lo que es necesario por una redención infinita como su santidad (5), y que, según la

(1) Christi sanguis deluxit in terram, ut significaretur terrenis homines Christi sanguine irrigandos. (Theoph.)

(2) Et sanguis Christi emundabit nos ab operibus mortuæ ad serviendum Deo viventi.

(3) Lavabit in vino stolam suam, et in sanguine uvæ pallium suum. (Genes. 49.)

(4) Maurietis aquas in gudio de fontibus Salvatoris. (Is. 12.)

(5) Copiosa apud eum redemptio. (Ps. 129.)

expresión de San Pablo, ha hecho superabundar la misericordia y la gracia donde el desbordamiento y la corrupción del pecado lo había inundado todo (1). Reconocemos en fin á nuestro tierno Padre que arrastrado, como dice S. Juan, por el exceso de su amor, ha querido lavar en su sangre las manchas con que el pecado había afectado nuestras almas (2), para merecerlas la dicha de formar parte un día de esos cristianos afortunados de quienes se ha dicho: «Ved aquí las almas verdaderamente grandes y heroicas, que despreciaron la vida y las caricias engañosas del mundo, y conquistaron el premio del reino eterno, porque supieron purificar sus conciencias en la sangre del cordero (3). Apreséndonos pues nosotros también á recurrir á los sacramentos; este es el baño sagrado donde debemos ir á mojar el vestido impuro que alca nuestras almas, seguros de que la sangre divina nos lavará de todos nuestros pecados.

SEGUNDA PARTE.

El misterio del sudor de sangre fué, como hemos dicho, una prueba de la inmensa contrición que los pecados de los hombres oscilaron en el Redentor.

Al sufrir este profundo dolor, y al derramar estas lágrimas amargas por los pecados de otros, quiso el Salvador, como observa Sto. Tomás, darnos un ejemplo luminoso de lo que nosotros debemos hacer por nuestros pecados; él fué el modelo de la verdadera penitencia (4).

Mas, ¡o ceguedad, o escándalo! El mundo, y aun el mundo cristiano está lleno de pecadores; ¿y quiénes son los que miran el pecado como el mayor de todos los males? ¿Quiénes son los que lo miran con horror, y hacen una penitencia sincera (5)? Lejos de mirar el pecado como un veneno que infiltra la muerte en el alma: *penitus quem peccaverit ipsa morietur*, se comete con la misma indiferencia y la misma facilidad con que se bebe el agua que refrigiera la vida: *Bi-bunt iniquitatem quasi aquam*. (Job. 15). Mas no es esto todo. El

(1) *Ubi abundavit delictum, superabundavit et gratia*. (Rom. 5.)

(2) *Dilexit nos, et lavit nos á peccatis nostris in sanguine suo*. (Apo. 7.)

(3) *Iti sunt qui contempnerunt vilam vitam, et perseverant ad premia regni, et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni.*

(4) *Christus dedit maximum penitentium exemplum, dum non pro peccato proprio, sed pro alieno voluit penam subire*. (3. p. n. 46.)

(5) *Nullus est qui agit penitentiam de peccato suo dicens: Quid feci?*

pecador hace un juego de sus malas acciones: *Et quasi per risum operatur scelus*. (Prov. 10.) En vez de confundirse, en vez de ruborizarse del mal que comete, forma una vanagloria sacrilega de las cosas mas vergonzosas y mas infames: *Lolentur cum male fecerint; et exultant in rebus pessimis*. (Prov. 2.) En fuerza de entregarse al pecado y de sumergirse en él; en fuerza de amarlo y de habituarse á él, forma de él el pecador como una segunda naturaleza, y cae en una horrible ceguedad acerca de la malicia que encierra. ¡Almas verdaderamente dignas de compasión! Porque si los pecadores son los mas desgraciados de entre los hombres, los que multiplican sus culpas con una licencia tan desenfrenada, que no se ruborizan de ellas, que no experimentan remordimientos ni sienten su peso en la conciencia, son los mas desgraciados de entre los pecadores. De todas las enfermedades, la mas grave y la mas desesperada es aquella que no se siente. Pues bien, la contrición profunda de Jesucristo en el Huerto y su sudor de sangre nos descubren la malicia, el escándalo y el peligro de esta terrible insensibilidad, de esta infernal indiferencia de los pecadores. Porque al cargar Jesucristo con los pecados de todos los hombres, tomó sobre sí la responsabilidad de la pena, pero no la malicia de la culpa. Él tomó la superficie, las miseria del pecado, pero no su injusticia ni su naturaleza; todo cubierto en apariencia de los despojos del culpable. Esau, conservó sin embargo la voz pura, dulce e inocente del amable Jacob. Porque aunque todos nuestros pecados se acumularon sobre su adorable cuerpo, no pudieron sin embargo penetrar en su corazón inmaculado, no pudieron pervertir su voluntad, ni manchar su inocencia, ni hacerle un solo instante criminal ó culpable. Y sin embargo estos pecados, que no son suyos, aunque los expía como tales, estos pecados estranos que él abomina y detesta aun en el acto mismo de cargarlos sobre sí por nuestro amor; le cubren de tanta confusión, le inspiran un horror tan grande y excitan en él un dolor tan vivo que tiembla ante la justicia de Dios aunque no la ha provocado, cae en un desfallecimiento mortal, sus ojos se convierten en dos arroyos de lágrimas y su sangre se abre paso al través de sus miembros.

Mas, siendo así que los pecados ajenos producen en Jesús una impresión tan dolorosa, ¿por que estraña obcecación somos nosotros tan indiferentes á nuestras propias faltas? Es cierto que su terror y su contrición nos aseguran el perdón; pero no nos dispensan de la penitencia ni nos prometen la impunidad. Nosotros no estamos

realmente seguros de nuestro perdón por la contrición y las lágrimas sangrientas de Jesucristo, sino en tanto que nos asociamos á ellas por medio de un arrepentimiento sincero. Mas si continuamos en pasar tranquilamente nuestra vida en el pecado, si nos obstinamos en cometerlo como por diversion, y en vanagloriarnos de él; si á la audacia de abandonarnos al pecado sin pasión, sin recato y sin remordimientos, añadimos el furor diabólico de revolcarnos en su fango impuro y de hacernos, con todas las potencias de nuestra alma, con todos los miembros de nuestro cuerpo y hasta en el meollo de nuestros huesos, hombres de pecado; si continuamos profanando con nuestros vicios, nuestros escándalos, nuestros sacrilegios y nuestras irreverencias en el santo templo, esa sangre divina con que hemos sido bañados en el bautismo, ¡oh! entonces, esclama S. Pablo, la sangre del Testamento, la sangre de la alianza, de la reconciliación y del perdón, la sangre preciosa y sagrada de Jesucristo que habremos hollado indignamente como una cosa vil y profana, lejos de implorar la piedad en nuestro favor, dará gritos de venganza contra nosotros y atraerá sobre nuestras cabezas los mas terribles castigos (1). Desgraciados de aquellos de entre nosotros sobre quienes se cumples esta terrible profecía: « Porque has odiado la sangre que debía santificarte y causar tu salvación, esta sangre te perseguirá y caerá sobre ti como un castigo: *Cum sanguinem uideris, sanguis persequetur.* » (Ezech. 35). Ella os perseguirá durante la vida, para llenaros de amargura; ella os perseguirá en la muerte, para atraer sobre vosotros la desesperación; ella os perseguirá en el tribunal de Dios, para llamar la condenación sobre vuestras cabezas; ella os perseguirá aun en los abismos eternos del infierno, para avivar el fuego, para hacer vuestros remordimientos mas punzantes y vuestro suplicio mas atroz.

¡Ay! Esta sangre se levanta tal vez contra nosotros sin que nosotros nos apercebamos de ello, y tal vez tambien somos nosotros de esas plantas de que habla el Evangelio, estériles para la virtud y fecundas para el escándalo y el desorden. Ya el hacha fatal de la justicia de Dios está próxima á caer sobre la raíz, y á precipitarnos de un golpe en el abismo sobre el que estamos suspendidos (2). Pocos dias mas, algunos instantes mas tal vez, y un golpe imprevisto,

(1) Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui sanguinem Testamenti, in quo sanctificatus est pollutum duxerit? (Hebr. 10.)

(2) Jam securus ad radicem posita est. (Math. 3.)

una rápida enfermedad nos llevará á la tumba aun antes de que hayamos pensado en morir. Todo lo habremos perdido entonces para siempre, y seremos presa de esas llamas devoradoras de las que ningún poder será bastante á librarnos, de las que ninguna gracia podrá eximirnos, ni aun la sangre misma de Jesucristo nos sacará de ellas (1).

De este modo corremos á nuestra perdición, no precisamente porque cometemos el pecado, sino porque no nos detenemos jamás en la carrera del pecado, porque no tenemos dolor sincero del pecado ni hacemos una verdadera penitencia.

¡Ah! Prevengámonos una desgracia tan grande por una pronta vuelta sobre nosotros mismos. Dios no prolonga la vida al hombre que ha tenido la desgracia de ofenderle sino para que haga penitencia de sus culpas. Guardémonos pues de abusar, para cometer nuevos pecados, del tiempo precioso que el concede á nuestro arrepentimiento. Recurramos al mérito infinito de la sangre del Redentor que corre todavía abundantemente para nosotros de una manera mística en el sacramento de la penitencia y en el de la Eucaristía. Apliquémonos sus frutos. Oremos, insistamos para que esta sangre divina ablande nuestro corazón y lo penetre de un dolor profundo, que nos asegure el perdón. Entonces esta preciosa sangre, que habíamos profanado anteriormente, pero que obtiene al presente nuestros homenajes y nuestras adoraciones, se derramará sobre nosotros; ella borrará de nuestra alma las obras de muerte, las obras de pecado que la designan; ella nos volverá la vida con los adornos preciosos de la gracia santificante, de tal modo que despues de haber servido fielmente á Dios en la tierra, tremos á vivir eternamente con él en el cielo (2). Así sea.

(1) In inferno nulla est redemptio.

(2) El sanguis Christi cumulatim consecrabit nostram ab operibus mortis, ad servitium Deo viventi.

CONFERENCIA OCTAVA.

Judas en el Huerto.

Dominator, Domine Deus, misericors et clemens, pater et multae misericordiae ac verax, qui custodis misericordiam in millia, qui auferis iniquitatem et scelera atque peccata.

Rey de los Reyes, Señor Dios, Dios caritativo, paciente y rico en misericordia, Dios de verdad, vos sois quien hacéis misericordia hasta mil generaciones, y quien borrais la iniquidad, el crimen y el pecado.

(Evol. 30)

Por muy admirable que Dios se manifieste en sus santos, no respaldaren tanto su bondad, su grandeza y su omnipotencia en el corazón del que le consagra su amor y sus adoraciones, como en el corazón rebelde que le olvida y que le ultraja; y las maravillas que obra en favor de las almas justas no nos hacen conocer tan bien al Señor como las que obra con los pecadores. Así pues cuando Moisés comprendió claramente en el monte Sinaí la paciencia con que Dios sufre al culpable, el atán con que le busca, la longanimidad con que le espera y la generosidad con que le perdona, entonces le pareció Dios mas grande, mas poderoso, mas magnifico, y si puede decirse así, mas Dios. En efecto, en medio del arrobamiento y del éxtasis fue cuando se le oyó exclamar como fuera de sí: Señor, vos sois verdaderamente el Dios y el dominador universal; vos sois el Dios de la verdad, de la clemencia, de la paciencia y de la bondad, pero de una bondad infinita. ¡Porque yo veo al presente como sufrís todos los crímenes, como borrais todas las culpas y con cuánta abundancia derramáis sobre todos los hombres los tesoros de vuestra misericordia! *Dominator, Domine Deus, misericors et clemens, pater et multae misericordiae ac verax, qui custodis misericordiam in millia, qui auferis iniquitatem et scelera atque peccata.*

Pues bien, así como Cain fué el mayor criminal del antiguo Tes-

tamento, del mismo modo Judas fué el ser mas perverso y mas detestable del nuevo. Si Cain mató con su propia mano al mas puro de los hijos de los hombres, Judas, con un beso mas cruel y mas acerbado que el arma mas mortífera, dió la muerte al Hijo santísimo de Dios. Y sin embargo, ¿cómo recibió Jesus al pérfido discípulo? ¿Cómo trató á este infame, marcado con el sello de la traición, cuando fué al Huerto á consumir cara á cara su traición? Tal será el asunto de esta conferencia.

¡O rasgo admirable y patético de la Pasión de nuestro Salvador! Jesus nos ha retratado en el todo su corazón; en el nos ha manifestado toda la solicitud y toda la ternura de su amor para con los pecadores. Estudiemos atentamente este cuadro divino, y en tanto que Judas abusa, para su mal, de la inefable bondad del Salvador de los hombres, apresurémonos á aprovecharnos de ella para nuestra salvación; de este modo podremos reconocer también y publicar, como Moisés, la grandeza y la misericordia de Dios que borra nuestras faltas y nos envía el perdón.

PRIMERA PARTE.

No puede escusarse verdaderamente la conducta de los apóstoles en Gethsemani. En efecto, mientras que su Divino Maestro cumplía los mas grandes misterios, mientras que intercedía en su favor y sostenía por ellos una lucha terrible, ellos no tenían el valor de velar una hora, ni sabían orar por sí mismos. Algunas veces no puedo persuadirme que el Salvador les hablase irónicamente cuando despertándolos por tercera y última vez, les dijo: «Dormid ya y descansad; ved aquí que se acerca la hora; y el hijo del hombre va á ser entregado en manos de los pecadores (1).» «No, lo repito, yo no puedo creer que Jesus quisiese echados en cara, con unas palabras tan punzantes, su ingratitud y su cobardía. Este tono de sarcasmo no pudo convenir á Jesucristo en el momento supremo en que, embriagado, por decirlo así, por el deseo ardiente de inmolarse por nosotros, no debía manifestar otra cosa que su paciencia, su bondad y su dulzura. Yo diría pues, con Orígenes y Beda, que estas palabras: «Dormid ya y descansad,» son palabras de misericordia y de

(1) Et venit tertio ad discipulos suos, et ait illis: Dormite jam et requiescite: ecce appropinquavit hora; et filius hominis tradetur in manus peccatorum. (Matth. et Marc.)

consuelo; que son como una consecuencia de los grandes misterios que el Salvador había obrado, misterios hasta entonces de terror para los hombres, y en adelante de confianza y de misericordia, supuesta la intervención del divino mediador. Esto es lo que había hecho decir a David que las almas fieles al Señor se dormirán un día y descansarían en paz en el seno de Dios (1). Es claro pues que al dirigir el Salvador a los apóstoles estas palabras del profeta rey: «Dormid ya y descansad,» quiso usarlas en el mismo sentido, y significar que había llegado la hora en que la profecía se cumpliera. Es como si les hubiera dicho: «Ahora que el sacrificio que voy a ofrecer por vosotros ha sido aceptado, que mi sangre está a vuestra disposición y que os he asegurado el perdón y la protección del cielo, podéis reposar tranquilamente en el seno de la misericordia divina, como el niño que duerme un sueño tranquilo en los brazos de su madre.» De modo que lejos de ser estas palabras una reconvencción, son una promesa de la más tierna caridad.

Además, ¿podía Jesús manifestar algún disgusto a sus apóstoles cuando permanece sereno ante la perfidia de los Judíos y la traición de Judas; cuando recibe al traidor como a un amigo que vuela a su socorro, y no como a un cruel perseguidor ansioso de inmolarse? Pero prosigamos.

El Salvador nos había ya dicho que los amadores del mundo muestran más diligencia y actividad para cometer el mal y para perderse que los partidarios de la virtud para hacer el bien y salvar sus almas (2). Los discípulos fieles se entregan al sueño, mas el discípulo que le entrega no duerme. El se halla muy ocupado en reunir soldados, en asegurar los puestos y organizar el espionaje, y después de haberlo dispuesto todo con una astucia diabólica y una horrible sangre fría, se dirige a la hora convenida hacia el huerto Getsemani, acompañado de una turba de hombres armados, y se presenta, dice S. Leon, no ya como otras veces cubierto con la piel de oveja, sino con todo el exterior de un lobo furioso y cruel (3).

Estos soldados componían la cohorte que el gobernador romano acostumbraba poner a disposición del gran sacerdote para la guardia del templo, y este pontífice apostata, poniéndola a las órdenes

(1) In pace, in idipsum dormiam et requiescam. (Ps.)

(2) Filii hujus sæculi prudentiores filii lucis in generatione sua sunt. (Luc.)

(3) Non ovina pelle velatus, sed lupino furente manifestus. (Serm. I. de Pass.)

del traidor discípulo, la emplea en hacer prender é insultar al Dios del templo (1).

Esta turba sacrilega estaba engrosada por un gran número de príncipes de los sacerdotes, de doctores de la ley, de senadores y de magistrados del pueblo. Movidos por el bárbaro placer de ser testigos oculares de la captura de Jesús de Nazaret, no se ruborizaban de mezclarse a la vil soldadesca, ni de descender de la dignidad de jueces al puesto infame de verdugos. Aquellos, que no habían podido concurrir personalmente a este acto de iniquidad, tuvieron gran cuidado de hacerse representar en él por sus criados y sus satélites. Por esta causa una gran turba de arqueros, de empleados subalternos y de esclavos, enviados espresamente por los príncipes de los sacerdotes, por los ancianos del pueblo y por los doctores de la ley se había reunido a la fuerza armada (2), para que pudiera decirse con verdad que toda la nación, por sus representantes, contribuyó a la captura del Mesías de Jacob.

Además de las espadas y palos de que iban armados todos aquellos hombres, llevaban también consigo linternas y antorchas en gran número (3), para impedir sin duda que a favor de la noche pudiese Jesús sustraerse a sus pesquisas, internándose en la espesura del bosque. Con este orden cumulan en silencio. Judas a su cabeza los manda y les sirve de guía (4). Esto era muy justo, esclama a este proposito S. Leon, porque la presidencia debía concederse a aquel que entre toda la turba gozaba del privilegio de la perfidia, y que tenía sobre todos ellos la infame primacía de la maldad (5). Y S. Cipriano añade que no siendo esta turba una tropa de soldados, sino una cuadrilla de malhechores, era natural que Judas, como el mas insignie de todos los malhechores, fuese su jefe, su guía y su enseña (6).

Contemplad sin embargo por otra parte lo que sucede en este momento en el Huerto. La escena ha cambiado de repente. El hombre tímido y abatido bajo el peso de una profunda tristeza y de una

(1) Judas ergo cum accepisset cohortem. (Joan.)

(2) Cum turba multa, misit a principibus sacerdotum et senioribus populi, (Matth.) et scribis. (Marc.)

(3) Cum gladiis et fustibus. (Matth.)

(4) Judas antecedebat eos. (Luc.)

(5) Turba ducem sequitur, qui privilegio perfidie obtinuerat in facinorae principum. (Serm. VII. de Pass.)

(6) Judas agnifer instructa malignitate præcedit. (De Pass. Dom.)

agonía mortal ha desaparecido en Jesucristo; al presente solo se ve en él el Dios Salvador, satisfecho de haber prevalecido por nosotros contra el Dios juez, de haber desarmado su justicia y asegurado nuestra participación en su sacrificio y nuestro derecho á su bendición eterna; el camino generoso é intrépido como cabeza y modelo de los mártires, á consumar la obra de nuestra salvación.

Así pues, mientras que sus crueles enemigos vienen á apoderarse de su persona, el que conoce perfectamente la trama urdida contra su vida, y los tormentos que se le preparan, los previene y se adelanta á su encuentro con la confianza de un hombre que sale á recibir á sus fieles amigos que vienen á socorrerle (1). Al pasar junto á sus discípulos les dice: Levantaos, vamos; el traidor está ya cerca (2). Apenas había hablado cuando Judas se presenta con su turba criminal. ¡O ímpio sacrificio! Los ángeles y los santos no se acercan á Jesucristo sino para servirle y adorarle, y Judas no se acerca sino para entregarle! ¿Y qué hará Jesús? ¿Se hará invisible á esta horda sacrilega? No, este Salvador lleno de bondad no huye, no se oculta sino cuando el pueblo, en el exceso de un santo entusiasmo, quiere elevarle al trono; mas cuando se trata de ser elevado por nuestro amor á la cruz, el mismo sale al encuentro de los que le llevan los tormentos. ¡Cuán bello es, esclama á este proposito S. Gerónimo, ver al Redentor presentarse espontáneamente á sus perseguidores y á sus verdugos, cuando está seguro de poder ofrecerse é inmolarse por nosotros! ¡Cuán bello es oírle decir á sus discípulos: « Levantaos, vamos! » á fin de que pudiesen atestiguar un día el desecho, la calma, la confianza y el gozo de corazón con que el Hijo de Dios se habla ofrecido á la muerte por los hombres (3). Vedle: Judas se aproxima, y Jesús sale á su encuentro. El mira la traición con horror, pero quisiera trocar y convertir al traidor, y por lo mismo le recibe con la frente serena y el semblante afable. La dulzura reposa en sus labios, sus palabras están llenas de bondad, su continente es amable; es la imagen viva de la misericordia de Dios, pues que esta misericordia, según el profeta rey, no deja de correr en busca del pecador de donde le encuentre, ofreciéndole la reconciliación y el perdón en el tiempo mismo en que el pecador la desprecia y la insulta (4).

(1) Scienſa Jenuſanna que ventura erat ſuper eum, proceſſit. (Joan.)

(2) Surgite, eamus hinc; ecce adpropinquavit qui me traſcit. (Matth.)

(3) Poſteaſque crevit terribi ſecurus de Paſſione ſui pergit ad diſcipulos, dicens: Surgite, eamus: ut confeſſionem et gaudium paſſuri ſilam. (In Matth.)

(4) Et miſericordia tua ſubſequetur me. (Ps.)

Mas, sin embargo de manifestar su amor, con el desiguo de mover el corazón de estos malvados, no deja por eso de manifestar la independencia y el poder de su Divinidad, á fin de confirmarnos en la fe; y al Dios, que hablando como hombre podía poco há que se le perdonase, sucede el hombre que habla y obra como Dios, que confunde á sus enemigos y se hace obedecer de ellos.

¡Cuánta no sería en efecto la consternación de estos criminales al verse sorprendidos por Jesús, cuando pensaban poder sorprenderle fácilmente, y tener la cruel satisfacción de aterrorizarle con la llegada repentina de tantos hombres armados! El Hijo de Dios desconcertó su culpable desiguo; él se presenta á ellos, y les dice con una voz mezclada de dulzura y de majestad: « ¿A quién buscáis? » No es esto decir, observa Teofilacto, que Jesús, la sabiduría incarnada, no supiese á quien buscaban, sino que de este modo quiso manifestarnos que, aunque estaba en su presencia, no fué conocido de ellos (1).

Mas, si estos malvados no le conocen, nosotros los reconocemos, por este rasgo, por el Dios de la sabiduría que se burla de los designios perversos de los hombres. Jesús, nuevo Eliseo, dice S. Juan Crisóstomo, habló con seguridad á esta insolente soldadesca que había venido á apoderarse de él (2). Del mismo modo que los enviados del rey de Siria no reconocieron á Eliseo, aun cuando estaban en su presencia, y se dirigieron á él mismo para preguntarle donde estaba Eliseo, así estos enviados del príncipe de las tinieblas se encuentran en presencia del Salvador sin conocerle, y preguntan al mismo Jesús donde está Jesús para apoderarse de él. ¡Luego tantas luces no le descubren, tantos ojos no le distinguen, tantas personas como habían estado en su compañía no le reconocen! Concluyamos de aquí, añade S. Juan Crisóstomo, que Jesús va voluntariamente á la muerte por nosotros; que sin su consentimiento no hubieran podido sus verdugos hacerse dueños de su persona, y que se les hubiera hecho invisible sino se hubiera dignado descubrirse á ellos (3).

¿Y de qué sirvió al infame haber dado á los soldados esta consigna: « Aquel á quien yo besare, ese es, prendedle y conducidle con cui-

(1) Sed ostendere volens quia, cum preſens eſſet, ab eis videri non poterat. (In Joan.)

(2) In medio eorum exiſtens, exaravit oculos eorum. (Ibid. 82. in Joan.)

(3) Nos autem fecit Jenuſ extendens quod non ſolum comprehendere eum non poſſent, ſed non videre, niſi ipſe conſentiret. (Loc. cit.)

dado para que no se os escape (1)? » ¿De qué sirvió a Judas haber elegido como señal, para entregar a su Maestro, el beso, que es lo mas sagrado que hay en la amistad? Jesucristo no quiere ser reconocido por esta señal criminal, y por lo mismo la hace inútil. Judas, el vil delator, Judas en presencia del mismo Salvador, no encuentra al que ha convenido en entregar por medio de un beso; Judas, que se ha jactado, que ha prometido manifestarle a los demás, no le reconoce al mismo, y responde tambien a Jesus de Nazaret, que él busca a Jesus de Nazaret.

Mas, ¿cómo es posible que Judas, á un paso de distancia de su Maestro, no le reconociese por su dulce voz, por su talle esbello, por su bella figura, por su semblante apacible y su actitud divina? Esto no debe sorprendernos. Orígenes escribe que una antigua tradicion conservada entre los cristianos de la Judea y llegada hasta él contaba que: A la manera que el maná del desierto ofrecia un sabor diverso segun las disposiciones y el gusto de cada uno, Jesucristo, verdadero maná bajado del cielo, como se llama él mismo, se transformaba de diversas maneras ante aquellos que le rodeaban, de modo que cada uno le reconocia mas o menos, o no le conocia absolutamente, segun las disposiciones de su propio corazón (2).

Pues bien, Judas, al principio confidente de Jesus, se habia vuelto traidor; de discipulo del Salvador se habia convertido en su enemigo; él viene á visitarle en este momento con la hipocresia en la frente, la mentira en los labios y la perfidia en el corazón; por consiguiente no le reconoce. Con este milagro ha querido el Salvador darnos una importante leccion. Ella se dirige principalmente á vosotros, nuevos Judas, herederos de su espíritu de odio, de hipocresia y de avaricia; á vosotros que, esclavos de la vanidad, estais todavía dominados por el orgullo y devorados por el veneno de la envidia; á vosotros á quienes el placer embriaga y la voluptuosidad corrompe. Ciegos por las tinieblas que acumulais en torno vuestro tantas pasiones y tantos vicios, no veis ni podéis ver á Jesucristo. Vosotros no le reconocéis ni aun en el acto mismo en que os jactais de ser del número de sus discipulos y de creer en él. Vosotros no sentís la majestad de su presencia en nuestros templos sagrados; vosotros no

(1) *Quicumque oculis fuero, ipse est; tenele eum. (Math.)* et dicite caute. (Marc.)

(2) *Venit traditio quae ad me: quod unicuique, prout fuerat dignus, apparuit: sicut monna habebat saporem ad quem vivum convenientem. (Tract. 35 in Math.)*

gustais las dulzuras de su gracia en la mesa eucarística; vosotros no distinguís el sonido de su voz en la predicacion evangélica; vosotros no experimentais el amor de sus miradas en sus celestiales inspiraciones. Su presencia os rodea por todas partes, y vosotros no sabeis tributarle un homenaje, dirigirle una súplica, pedirle su amistad ni hablarle de la vuestra. Él es vuestro Redentor, vuestro hermano afectuoso, vuestro amigo fiel, el tierno esposo de vuestras almas, y es para vosotros como sino existiera; él es como un Dios extraño que un muro de division separa de vosotros y que se oculta á vuestros ojos bajo las sombras de un doble misterio: el misterio de su grandeza y el de su justicia (1). Apresuraos pues, infortunados, á conocerle mientras que es todavía tiempo; no aguardéis el diafunesto en que os dirá á su vez que no os conoce, y en que os cerrará irremisiblemente la entrada de su paraíso (2). Porque desgraciado de aquel que haya apartado su vista para no verle, porque será privado para siempre de contemplar su rostro divino en el cielo (3).

Mas en tanto que Judas no puede reconocer á Jesus, los otros discipulos que le ven distintamente se preparan para vengarle. Así pues, o almas humildes y modestas, almas sencillas y puras, almas amantes y fieles, Jesus os renueva en el prodigio que obra la consoladora promesa que os habia hecho en otro tiempo de palabra, que solas vosotras sois las que veis á Jesucristo; porque vosotros le reconocéis en sus misterios, vosotras le admiráis presente en su Iglesia, es decir, vosotras le escuchais en su doctrina, vosotras gustais sus delicias en sus sacramentos, y conversais familiarmente con él en la oracion. Vosotras solas sois las que le tenéis siempre presente en vuestro espíritu y mucho mas en vuestro corazón, y solas vosotras sois las que, despues de haberle conocido y amado al través de las santas oscuridades de la fe, gozais sin obstáculos de su vista despues de la muerte (4). Y lo mismo durante la vida que en vuestra última hora, le encontraréis siempre prodigo de gracias, vuestro verdadero y lleno de misericordia: *Misericors et clemens, patiens et multa miserationis ac verax.*

Este mismo acontecimiento nos descubre tambien otro misterio de justicia con respecto á los Judios. El acto de buscar á Jesus mientras que está en presencia de ellos es el presagio del inmenso

(1) *Peccata vestra dividerunt inter me et vos. (Tr. 50.)*

(2) *Nescio vos. (Math.)*

(3) *Aliscondi faciem meam ab eis. (Ezech. 339.)*

(4) *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbant. (Math.)*

castigo que atraca sobre toda su posteridad el crimen enorme de que se hacen culpables al presente. Ya hay en efecto diez y ocho siglos que Jesús vive entre los cristianos esparcidos por todo el mundo, y ellos no le perciben. Ellos no pueden dar un paso en el mundo sin encontrarle, y sin embargo no le ven. Ellos no pueden comer el cordero sin tenerle á la vista, y no le reconocen. Ellos no pueden leer una sola página de la Escritura sin oír su voz, y no la distinguen. Si les gritais: ¿Qué buscáis, desgraciados? Ellos os responden: todavía hoy que esperan continuamente al Mesías, que buscan á Jesús de Nazaret. El Mesías sin embargo vino: Jesús está al lado de ellos; mas, repudiando por sus padres y detestado por ellos mismos, los deja en su ceguedad (1).

Y si preguntáis igualmente á los herejes y en particular á los protestantes: «¿Qué queréis? ¿qué buscáis despues de trescientos años, con la lectura continua de la Biblia? ¿Para qué tantos exámenes y tantas investigaciones, tantos esfuerzos y tantos viajes, tantos estudios y tantas disputas?». Ellos os responden al momento que buscan la verdadera Religión, la verdadera Iglesia de Jesucristo. Y sin embargo esta Religión y esta Iglesia existen muy cerca de ellos; á saber la Iglesia Católica, la Religión Católica. Ellos la encuentran aun en el seno mismo de sus familias, en la persona de sus padres que en gran número abrazan el Catolicismo, y sin embargo no la distinguen, y buscan siempre y vuelven á buscar continuamente á Jesús de Nazaret.

Esto consiste en que animados de los mismos sentimientos que el discípulo infiel, buscan á Jesús con el espíritu lleno de orgullo y el corazón henchido de odio, de injusticia, de aversión y de una fe corrompida; y como la verdadera fe de Jesucristo no se encuentra en el camino del orgullo y de la obstinación, estos desgraciados cristianos, imitadores de los gentiles de otros tiempos, sufren su mismo castigo. De modo que puede aplicarseles lo que S. Pablo decía de los Gentiles: «Ellos persiguen la verdad sin descanso, y ella se les escapa siempre, y cuando se glorían de haber encontrado la verdadera sabiduría, no han encontrado otra cosa que la duda, el error y la locura (2)».

¡O misterio profundo! En tanto que los sectas disidentes buscan

(1) *Ut videntes non vident, et audientes non audiunt neque intelligunt.* (1^a Cor. 13.)

(2) *Semper discerentes et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* (1^a Tim. 2.)
Sapientiam querunt, et stulti facti sunt. (1^a Cor. 1.)

en vano la verdadera Iglesia, pueblos enteros de idolatras en la India, en la China, en el Africa, en las dos Américas y en la Océania la encuentran sin buscarla; en tanto que Jesús Nazareno se hace invisible á los ojos soberbios del hereje que pretende verle, se descubre por sí mismo al humilde idolatra que no le conoce ni pregunta por él. Así es como se verifica esta predicción: «Yo he sido encontrado por los que no me buscaban, y me he hecho ver de los que no preguntaban por mí (3)».

Cristianos desgraciados, á quienes el error ciega y la presunción degrada, ¡ay! buscad á Jesús y á su Iglesia con la rectitud de corazón y la humildad de espíritu, con que los buscan esos Gentiles afortunados, y los encontraréis como ellos. Buscad á Jesús en tanto que os concede días para ello, en tanto que está cerca de vosotros, que os llama y os espera (4), y no os esponáis á buscarle á la hora de la muerte, cuando, sorprendidos en vuestro pecado de orgullo y de rebelión, no podréis verle ni encontrarle (5). ¿Mas, qué digo? Vosotros le veréis, vosotros le encontraréis, mas no será entonces ese Padre tierno, ese Dios clemente, ese Redentor misericordioso que quiere salvaros; será un Dios de majestad, un juez severo que os llenará de espanto y pronunciará contra vosotros una sentencia de condenación. Esta vista será formidable; y la manera terrible con que Jesucristo se manifestó á los Judíos en el Huerto no fué mas que el preludio y la figura.

Cuando á esta pregunta de Jesús: «¿A quién buscáis,» respondieron los Judíos que buscaban á Jesús de Nazaret, el Salvador añadió: «Yo soy.» Esta palabra estaba sin duda llena de dulzura y de modestia; mas Jesús, según la profecía, le había comunicado la virtud de Dios (6). Todos los que la oyeron fueron heridos por ella como por un rayo, y de repente toda aquella turba de hombres armados, y el mismo Judas con ellos, helados de espanto, caen los unos sobre los otros y son derribados en tierra.

¡O palabra! ¡O prodigio! ¿Por qué caen todos esos hombres en un momento? Esto sucede, dice S. Agustín, por el poder de Jesús,

(1) *Invenitis sum et non quaeristis me; palam apparui vobis qui me non interrogabatis.* (Rom. 10.)

(2) *Quaerite Dominum; dum inveniri potest; invocale eum, dum prope est.* (Is. 55.)

(3) *Quaeritis me et non invenistis, et in peccato vestro moriemini.* (Joan. 7.)

(4) *Dabit vobis vocem virtutis.* (Ps. 67.)

que puede hacer todo cuanto quiere (1). Esto sucede porque Dios está oculto en el cuerpo de este hombre. ¿Dónde está ahora el aparato formidable de tantas armas? ¿Dónde está el odio furibundo de tantos verdugos? Una sola palabra pronunciada por un hombre sin defensa los hiere, los vence y los derriba en tierra (2).

Esto es, añade S. Cirilo, lo que hace este espectáculo magnífico y digno de fijar la admiración de nuestra fe. ¿Cuán bello es en efecto ver una cohorte de mil soldados reunida á un número igual de hombres armados, todos finidos y temblando, y derribados por una sola palabra de Jesucristo! ¿Cuán bello es contemplar al que, lleno poco há de espanto y de tristeza ante sus discípulos, se hace de pronto tan terrible á sus enemigos! ¿Cuán bello es reconocer por este rasgo la omnipotencia de Dios que se manifiesta en Jesucristo en el momento en que presenta sus manos á las cadenas como el último de los hombres (3)!

Mas, ¿o grandexa del misterio cristiano! Esta palabra: «Yo soy: *Ego sum*,» que resonó en otro tiempo tan terrible sobre el Sinai, ha tenido ahora en Gethsemani un eco todavía más terrible. Esta palabra, que conquistó al egipcio, confunde ahora al judío, y nos revela claramente que el que la pronuncia es el mismo Dios omnipotente. A esta palabra caen todos por tierra; solo Jesús permanece en pie. Así se representa de una manera sensible la deferencia que hay entre el Creador y la criatura. Solo Jesús es, solo Jesús existe por su propia virtud; todo lo demás solo tiene una existencia precaria, una vida prestada, y por esta razón todo lo demás existe como sino existiera. «Yo soy el que soy.» Y en efecto todo tiembla en su presencia; el universo se desploma, se deshace y se aniquila. Jesús solo es grande, Jesús solo reina y manda. Jesús solo es Dios.

Cesad de hablarle, esclaman S. Ambrosio, de esas legiones de

(1) Quare cederant, nisi quia hoc volui, qui potui quidquid volui? (*Tract. 118. in Joan.*)

(2) Ubi aue militum cohortes, et militaria principum et phalarum: Ubi terror et imitaciones armorum? Namque una vox turbavit eos ferocem, armique terribilem, sine ulla tela percussit, repulsi, stravit. (*Ibid.*)

(3) Invisit eos illic timor, et prostrati et examinés jacere solo; et armatum cohortem vox unius hominis terravit, et latens in humanitate omnipotentia. Et qui se discipulis pavulam, coram persecutoribus terribilem se exhibuit. (*In Joan.*)

ángeles que él podía hacer bajar del cielo para que le defendiesen. Ese socorro hubiera dado importancia al poder de sus enemigos, y hubiera hecho dudar del suyo. Al derribarlos con una sola palabra, se muestra todavía más formidable. De ese modo resplandecen más su majestad, su poder y su divinidad; esa es una prueba incontestable de que él se basta á sí mismo, que es fuerte por su propia fuerza, que puede quitar la vida á esos malvados, supuesto que les quita el poder de obrar; esa en fin la prueba de que Jesús es el Dios preconizado por los profetas, que cuando le place, puede confundir con un soplo la impiedad, y aniquilar el ímpio (1).

Mas; ay! no puede contemplarse esa turba de judíos y de romanos derribados por la palabra del Redentor, sin pensar en la multitud de pecadores que en ese mismo valle quedarán mudos de espanto al oír á Jesucristo repetirles desde su tribunal esta palabra: «Yo soy! Si, yo soy, dirá en ese gran día, cuando se manifieste al mundo con todo el esplendor de su gloria, con todo el aparato de su justicia y de su majestad; yo soy. ¿Me conoces ahora, filósofo orgulloso, que rehusas creer mi religión? ¿Me conoces tú, hereje obstinado, que niegas la verdad de mi doctrina? ¿Me conoces, insensato cismático, que desgarras el seno de mi Iglesia? ¿Y tú también, entolico sacrilego, me conoces? ¿Vosotros todos, voluptuosos, ávaros, soberbios, hipócritas, vengativos, que habeis violado mi fe, profanado mis sacramentos, deshonrado mi templo, ridiculizado mis ministros y hollado mi sangre, me conocéis ahora? Yo soy aquel cuya justicia habeis provocado con tanta frecuencia y con tanta audacia, cuya paciencia habeis fatigado y cuyo amor habeis despreciado: *Ego sum*. Reconocedme, y experimentad en mí vuestro Dios y vuestro juez, ya que no habeis querido amarme como á vuestro Dios y vuestro Redentor.

Desgraciados pecadores, esclaman S. Agustín y S. León, ¿cómo podremos entonces resistir la mirada severa y el semblante irritado del Dios de las venganzas, supuesto que los Judíos en el huerto de las Olivas sintieron que sus fuerzas les abandonaban en presencia del Dios de las misericordias! ¿Qué consternación, qué terror profundo no producirá en nuestros corazones esta palabra, pronunciada con un tono amenazador por la majestad del Dios que vendrá á juzgar al mundo, supuesto que causó tanto terror cuando fue pronunciada por el Dios compasivo que iba á ser juzgado! ¿Cuán terrible será

(1) Et spiritus labiarum suorum interficiet impiam. (*Jr. 11.*)

Jesús cuando venga á reinar, si se muestra tan terrible ahora que va á morir (1)!

Sin embargo, no era aquel aun el tiempo de justicia y de su venganza, era por el contrario el día de su clemencia y de su misericordia, y por esta razón con la misma voz omnipotente que había paralizado y derribado á los Judíos, les manda que se levanten, y les vuelve el movimiento y la libertad.

Más! ¡ay! qué terrible misterio se nos revela en este hecho! El misterio del hombre llegado al endurecimiento en el pecado. ¡Corazón de roca! La misericordia divina no puede ablandarle ni los beneficios atraerle; los castigos no le doblan; la dulzura le hace insolente; la severidad le hace perverso, él se envanece en la prosperidad; se desespera en la desgracia; se vuelve sordo, ciego, insensible á todo lo que puede moverle y convertirle; los mas grandes prodigios no hacen otra cosa que condenar las tinieblas que le cubren y afirmarle en su endurecimiento.

Ved á los Judíos en el Huerto. Derribados mortalmente por una palabra de Jesucristo, se ven vueltos á la vida. Este fué un prodigio evidente que cada uno de ellos experimentó en sí mismo, y lo vio en los demás, y de que fué á un tiempo mismo parte y testigo, y sin embargo este prodigio tan extraordinario del poder y de la bondad del Salvador no produjo en ellos la mas leve impresión. Los sacerdotes y los fariseos fueron los primeros en querer oscurecerlo, y su ejemplo movió á los otros á no hacer aprecio de él ó atribuirlo á un vértigo natural. En prontitud misma con que fueron levantados del suelo acabo de obsecrarlos, y, si ingratos, ciegos, pérfidos eran cuando cayeron, dice S. Augustin, se encontraron al levantarse todavía mas pérfidos, mas ciegos y mas ingratos (2).

Mas el que en esta circunstancia solemnemente se mostró mas ingrato, mas pérfido y mas tenebroso que todos fué, dice S. Juan Crisostomo, el traidor discípulo. Derribado en tierra con todos los otros, levantado como ellos á una señal de su Divino Maestro, no solo abusa del doble milagro obrado en favor de todos, no solo no vuelve en sí mismo y se convierte, sino que llevando mas lejos que los otros la perversidad y el desearo, añade la impiedad, la hipocresía y el in-

(1) Quid jam poterit majestas judicatura, cujus tantum potes humilitas judicanda? (*Leu. Sermon. 1.º de Pauc.*) Quid regaturus poterit, qui mortiturus hoc poterit? (*Aug. Tract. 112. in Joann.*)

(2) O innumeri Judaei? Interrogastis, et occidistis; levati estis, et ingrati estis. (*Serm. CXXI. de Temp.*)

sulto á la ingratitud y á la perfidia. S. Pablo dice que la pasión de las riquezas ha hecho perder la religión y la fe á un gran número de cristianos (1). Judas fué una prueba terrible de esta verdad. La avaricia le había hecho perder la fe. El cesó de creer que Jesucristo era Dios, y por esta causa, dice Teofilacto, se lisonjaba el pérfido de engañar á su Maestro con el beso de la amistad, ocultarle así la perversidad de su corazón, y pasar todavía por su amigo y su discípulo, cuando era el enemigo que le vendía. Con este pensamiento se acerca al Salvador con una benevolencia afectada y una calma hipócrita. Maestro, le dice, yo os saludo. Pérfido! le llama su Maestro en el momento en que va á entregarlo como á un vil esclavo por unas cuantas monedas de plata. Le llama su Maestro cuando, apóstata cobarde, ha abandonado su divina escuela para secundar las inspiraciones y cumplir la obra del infierno.

El Mesías había anunciado por su profeta que la boca del hombre de pecado, del hombre eminentemente hipócrita, se abriría para urdir la perfidia; Y bien! dice S. Gerónimo, ved aquí como Judas se presenta en este momento á Jesús. El no le saluda, él no le habla sino para entregarle. La profecía se cumplió en él (2).

¿Y qué hace Jesucristo? ¿qué le responde? Jesús vetó la negrura de ese corazón abominable, de esa naturaleza infernal, él mide toda la profundidad de su malicia, y sin embargo en vez de una mirada que le confunda, de una amenaza que le aniquile, echa sobre Judas una mirada llena de amor y le dirige una palabra de dulzura que pueda convertirle. « Judas, le dice, amigo mío, ¿tú aquí? ¿y á qué has venido? »

¡Amigo mío!... Qué título para un monstruo que ha diecho pocos instantes há: « ¿Que queréis darme y yo le entregaré vivo en vuestras manos? » ¡Amigo mío!... ¡Ay! ¿quién hubiera esperado una palabra tan llena de dulzura y de amor de parte de un Dios ultrajado, de un Salvador entregado? La traición está conocida; la traición está descubierta; Judas se adelanta para poner el sello con la mas negra perfidia, y Jesús le da todavía el nombre de amigo. ¿Será cierto, o Dios de bondad, que Judas podía todavía tener derecho á vuestra amistad con tal que desistiese de su crimen? Sin duda alguna. El Salvador quiso manifestarnos claramente por su conducta que aun-

(1) Quam quidam appetentes, erraverunt á fide. (*1.º Thimot.*)

(2) Venit Judas ad Dominum, ut eum tradat. Ecce os peccatoris et dolosi. (*In Ps.*)

que el pecador haya descendido hasta la perdición y el endurecimiento, no deben sus ministros desesperar de su conversión ni el pecador mismo de su perdón hasta el último instante. ¡O misericordia de mi Dios! ¡Cómo se describe aquí vuestra ternura! Del mismo modo que una tierna madre cuando ve de repente que su tierno hijo está próximo a caer, corre, vuela para detenerle en el borde del precipicio, así Jesús, cuando ve a su infortunado discípulo próximo a consumar su reprobación con su pecado y a precipitarse en los infiernos, emplea con él todo el poder de la caridad para ablandar su corazón endurecido, y volverle a la gracia, a la salvación y a la vida (1).

Y en efecto, ¿qué palabras pudieran emplearse mas propias para convencer a Judas del horror de su traición, y de la bondad del que va a entregar, y para volver al traidor al camino del arrepentimiento, que estas de Jesucristo: « Amigo, ¿a qué has venido? » Porque esto era decirle: Judas, ¿piensas tú que ignora el horrible delito que te ha traído aquí? ¿Piensas que no sé el bando criminal a que te has afiliado, el papel infame a que has descendido, la misión cruel de que te has encargado y el abismo de hieja y de perdición en que has caído?

¿Quién lo creyera! Estas palabras tan dulces, pronunciadas por Jesús con un acento particular de enérgica sollicitud y de tierno amor, estas palabras capaces de romper el corazón mas duro y derretido en lágrimas, no hacen impresión alguna en el de Judas ni cambian su resolución: él se acerca a Jesús para imprimir en su frente el beso homicida... Detente, detente, le gritan en este acto los Padres de la Iglesia. O Judas, le dice en primer lugar S. Agustín, ¿qué infame sacrilegio es el tuyo? Tú haces que el signo de la paz sirva para romper el Sacramento mismo de la paz; tú empleas una prenda de amor para hacer una profunda herida, y bajo el símbolo de la amistad das la muerte (2). Judas, le grita a su vez S. Ambrosio, ¿cómo osas acercar tus labios impuros a un rostro sagrado, en el que apenas osas María imprimir con el mayor respeto sus castos besos?

(1) *Amicus affectu corripit. (Theoph. in Joan.)* Student sua humanitate illum lucrari. (Ambros. in Luc.) Et hoc benignitas sue fuit, ut omnia illa exhiberet quae pravi cordis pertinaciam emollire possent. (Bernard. Serm. de Pass.)

(2) O signum sacrilegium ubi, per pacis signum, pacis rumpitur sacramentum! O Judas, pro pignore amoris, vultus indigis: pacis argumento, mortem inmisit. (Serm. XI, de Temp.)

¿Cómo osas venir a derramar el veneno de la perdición en esa boca divina de donde proceden la gracia y la verdad, y convertir en signo de traición el beso, esta expresión de amor, esta prenda de amistad, este sello de fidelidad (1)?

¡Dulce Salvador mío, esclama igualmente S. Bernardo, Dios de infinita bondad! Y qué, ¿no os contentáis con llamar amigo al traidor que os entrega, sino que aplicáis tambien amorosamente vuestra boca divina que no conoce la doblez a esta boca del infierno, de donde no sale otra cosa que la malignidad y la perdición? ¡Ah! Vos tocáis todos los resortes para mover el corazón de vuestro infiel discípulo, y para volverle al camino de la salvación haciéndole conocer todo el horror de su perdición (2).

Mas, ¿podemos nosotros decir a Judas una cosa mas sensible que estas dulces palabras que Jesús le dirige: « Judas, tú entregas al Hijo del Hombre con un beso? » Porque, observad en primer lugar que él le llama por su nombre, y le prueba de este modo, segun S. Juan Crisostomo, que, lejos de estar irritado contra él, le llora vivamente y quisiera verle volver en si y salvarse. No hay efectivamente una señal de afecto y de interés como la de hablar a alguno llamándole por su nombre. En segundo lugar, Jesús no dice a Judas: « Tú entregas al Hijo de Dios, por no aterrarle con la idea de su poder y de su justicia; sino que le dice: « Tú entregas al Hijo del Hombre, » a fin de atraerle mejor por el recuerdo de su dulzura y de su bondad (3). Si, observa igualmente S. Ambrosio, por estas palabras salidas del fondo de su corazón, y sacadas de los tesoros de su bondad divina, Jesús da a entender a Judas que conoce su traición, mas al mismo tiempo le ofrece de nuevo el perdón (4). Ved aqui por que, añade S. Bernardo, no muestra el Cordero divino repugnancia alguna a dejar que se aproxime esta bestia feroz, ni su boca furunculada repele el contacto de los labios impuros de Judas (5). El no se

(1) *Venerum infandis osculo; quo gratia claritatis infunditur, quod pacis insignis est, quo fides sancta signatur. (Idem. Per. 39.)*

(2) *Os, in quod solus inuentus non est, os, quod abundavit malitia dulciter applicuit, et illam commouit; et dicens: Amicus, haurire sceleris sui os impit, ferre voluit. (Serm. de Pass.)*

(3) *Troptum uocem ponit: quod erat magis dolentia et reuocantia, quam provocati ad iram. (Catech. in Luc.)*

(4) *Consilium proditoris aperitur, et alium poenitentia non negatur. (Idem. Per. 39.)*

(5) *Accedentem ad osculum sanctissimi oris trucem bestiam aduersatam non est. (Serm. de Pass. Dom.)*

aparta, él no muestra un rostro severo, él no retira su frente, sino que sale al encuentro del pérfido, se arroja á él, le abraza y recibe su beso.

Detengámonos aquí un instante á considerar á Jesús enlazando sus brazos con los del traidor discípulo. Venid á contemplar conmigo esta escena de ternura y de amor, vosotros impíos, heréjes, ó pecadores, á quienes los muchos extravíos de vuestro espíritu, la perversidad de vuestro corazón, los escándalos de vuestra vida, vuestras costumbres voluptuosas, vuestros odios crueles y vuestras fogosas pasiones han desmoralizado y desanimado hasta el punto de hueros desesperar de vuestro perdón y de vuestra salvación, y de haceros mirar como inevitable vuestra condenación eterna: ¡ah! fijad vuestras miradas en este cuadro único que nos ha transmitido el pincel de los evangelistas. Ved á Jesús estrechando á Judas entre sus amorosos brazos, la santidad confundida con el pecado, Dios con el hombre, la bondad y el amor con la perfidia y el odio: esta es la expresión sensible, la pintura viviente de la misericordia de Dios, cuyo seno está siempre pronto á recibirnos, cuyo corazón está siempre abierto para abrigarnos, y que está siempre dispuesto á volveros su amistad y á sellarla con el beso de la reconciliación. Cobrad ánimo, elevad vuestras miradas al cielo y abrid vuestro corazón á la confianza y al amor. Cuando Judas se haya retirado, arrojaos en lugar suyo en los brazos de Jesús, seguros de que ese testimonio de afecto, que no fué recusado á un Judas, tampoco lo será á ningún pecador por culpable que sea. Judas, aunque soberbio, cruel y obstinado en su crimen, no fué rechazado, sino por el contrario acogido en los brazos de Jesús; vosotros tampoco seréis rechazados cuando os presentéis á él con un corazón contrito y humillado.

En cuanto á mí, pobre pecador, os confieso que el beso que Jesús concedió á Judas me habla de la misericordia divina mucho más que la mirada amorosa que arroja sobre Pedro, mas que el perdón que otorga á la Magdalena, mas que la alianza divina prometida á Zaqueo, y mas aun que el paraiso abierto al malhechor. En esta circunstancia y á esta divina misericordia confirman la verdad de las consoladoras promesas que ha hecho á los pecadores arrepentidos; yo la veo desplegar toda la grandeza de su clemencia infinita y toda la ternura de su inmensa caridad; y confundido de admiración y lleno de emoción, no sé hacer otra cosa que llorar la ternura, afirmarme en mi esperanza, herir mi pecho con la contrición, y esclamar en los transportes del reconocimiento: « ¡O Rey de reyes, Se-

ñor Dios, Dios caritativo, paciente y rico de misericordia, Dios de verdad; vos sois el que hacéis misericordia hasta la milésima generación, y el que borrais la iniquidad, el crimen y el pecado! »

SEGUNDA PARTE.

El misterio de la perfidia de Judas fué figurado y anunciado en la Escritura Sagrada desde el principio del mundo. Cain que bajo el manto de la más astuta hipocresía, oculta la perversidad de su alma; que engaña al inocente Abel su hermano con la miel de sus palabras y con sus fingidas caricias; que, después de haberle asegurado su amistad, le invita á salir al campo como por recreo, y le hiere y le sacrifica á su envidia, á su odio y á su credulidad, fue según S. Gerónimo, el tipo profético de Judas. Y en efecto, el discípulo infiel se presenta á Jesús en el campo de Gethsemani con la simulación en el rostro y el odio en el corazón; él trata de engañarle con un saludo hipócrita, con un pérfido beso, y le entrega en manos de sus enemigos (1).

Judas, prosigue S. Leon, á ejemplo de Cain mató también al verdadero Abel, pues el beso con que le designó á los Judíos fué el primer golpe, y el más cruel de todos, que quitó la vida á Jesús (2).

Mas, ¡ay! dice Orígenes, la raza de este traidor desgraciadamente no se extinguió en él. Todos los heréjes que pretenden tener á Jesús por Maestro, y corrompen su Escritura, alteran su doctrina é insultan su Iglesia, son otros tantos Judas (3). Todos los malos sacerdotes que se acercan al altar para alabar y bendecir á Jesucristo, para darle el beso de paz y alimentarse de su carne, pero que se acercan con un corazón inundo, enemigo de la cruz y de la santidad cristiana, son igualmente otros tantos Judas; porque profanan el más santo de los misterios, y traicion con la sangre divina de Jesucristo, como Judas, por un vil interés. También pertenecen á la raza de Judas esos malos cristianos que vienen al templo bajo pretexto de oír la palabra de Dios, y de asistir á las divinas lecciones de Jesucristo, *Ave Rabbi*, y que por la inmundicia de sus miradas, por la indecencia de su postura, y de sus maneras, son el escándalo de muchos

(1) Dat Judas signum osculi cum veneno doli. Sic Cain obtulit sacrificium solum et reprobatum. (In Math.)

(2) Signum traditionis sacre omnia teis, osculo premit. (Form. P. de Pass.)

(3) Omnes heretici similes Judas, Iren. dicit: Rabbi. (Hoea. 35. in Math.)

crisianos para quienes hacen inútil el precio de la Redención. Son finalmente Judas esos viles hipócritas que, durante el tiempo pas-cual, se acercan al tribunal de la penitencia, y después se sientan en la mesa eucarística como si quisiesen reconciliarse con Jesucristo, abrazarle y hacerse sus amigos fieles, mientras que su corazón no se ha mudado; mientras que están prontos á volver á la vida de escanda-lo y de pecado que solo interrumpen por algunos instantes; mien-tras que en estos actos exteriores de religion no se proponen otra cosa que engañar al publico, á sus padres, ó á sus superiores, y con-jurar el anatema de la Iglesia; mientras que solo dan al Señor un beso impio, pues salen del santo tribunal sin tener un pecado de me-nos y cargados con dos sacrilegios mas. En una palabra, son traido-res y fementidos como Judas todos los hipócritas que afectan en sus discursos por la verdad, la virtud y la religion, un celo y un amor que no tienen en el corazón.

Pero ¡cuán lamentable es la suerte de todos estos traidores! Al acercarse á Jesus con semejantes disposiciones, reciben un abrazo que no los convierte, un saludo que no los santifica y un beso que no los salva. ¡Ay! esta bondad y esta misericordia de Jesucristo pro-ducen para ellos lo mismo que para Judas una justicia mas severa y un castigo mas terrible. No seamos nosotros del número de esos per-ridos á quienes la traición y la mala fe conducen á la impenitencia y á la condenación. Escuchemos por el contrario á David que en el salmo segunda, según el texto hebreo, nos invita á abrazar devota-mente al hijo: *Osculamini filium*. Porque este hijo no es otro que aquel de quien dijo Isaias: «Un niño nos ha nacido; un hijo nos ha sido dado» (1). «Este es aquel hermano tan amable, aquel esposo amoroso de nuestras almas, cuya compañía buscaba y cuyos besos ansiaba la esposa agrada de los Cantares» (2). Este hijo es Jesu-cristo, y la manera de saludarle sin ultrajarle, de darle el beso sin hacerle traición, de estrecharle en nuestros brazos sin aprisionarle; el modo de manifestarle el amor que espera de nosotros y que nos promete, es, dice S. Bernardo, servirle con un afecto verdadero, y ob-servar con obras santas la doctrina que nos trajo del cielo, al mismo tiempo que la profesamos con nuestras palabras» (3). No osemos de

(1) *Puer natus est nobis, filius datus est nobis.*

(2) *Quis mihi est te fratrem meum et inveniam te, et despeculor te? Osculetur me osculo oris sui.* (Cant. 1. et. 8.)

(3) *Osculum gratissimum est, quando jucunda inspiratione trahimur ad bene agendum.* (Lib. Sentent.)

abrazar de este modo á ese Hijo divino: *Osculamini filium*. Porque en cambio de nuestros piadosos besos el nos dará, como nos lo ha prometido, riquezas de misericordia y de amor; el mismo vendrá á estrecharnos entre sus brazos, y á prodigarnos sus caricias á la hora de la muerte en los últimos sacramentos, y de este modo acabaremos nuestra vida en el beso del Señor. Dichoso beso para nosotros, esclama-re yo con S. Bernardo, afortunado beso, prueba admirable de las complacencias divinas, admirable beso, que no solo aproxima un rostro á otro rostro, una boca á otra boca, sino que une el Criador á la criatura, el hombre á Dios, en el tiempo y en la eter-nidad (1). *Así sea.*

(1) *Felix osculum est: stupenda dignitate mirabile, in quo non os ori imprimitur, sed Deus homini unitur.* (Serm. 11, in Cant.)

CONFERENCIA NOVENA.

La Prisión de Jesús.

Oblatus est, quia ipse voluit.

Et se offert, propter quod.

(Lc. 22.)

Lo que forma la mayor gloria de Sansón, no es el haber sido el mas fuerte de todos los hombres, sino haber sido un personaje profético y haber figurado en si uno de los misterios mas importantes de Jesucristo.

Este celebre Nazareno, a quien el odio de los Filisteos habia puesto muchas veces asechanzas inútiles, acabó por ser apisionado; mas esto no se verificó sino cuando el exceso de su amor a una esposa infiel le hizo cortar el cabello en el que residia todo el secreto de su fuerza.

Pues bien, ¿puede verse una figura mas marcada de Jesucristo? El verdadero Nazareno, después de haber desconcertado siempre los designios de los Judíos que querian prenderle, y hecho inútiles todos sus esfuerzos, no cae en poder de sus enemigos sino cuando, en el exceso de su caridad y por la sinagoga, frecuentemente designada por los profetas con el nombre de *esposa infiel*, consiste en que la gloria de su cabeza sea disimulada. Esto significa que los verdaderos Filisteos no prevalecen sobre el verdadero Sansón sino cuando este permite que su humanidad santa deje de ser protegida visiblemente por la divinidad a la que está unida personalmente, y que sea sometida a la flaqueza común de los hombres. De modo que el Mesías, como lo habia anunciado claramente el profeta, no fue inmolado sino porque el mismo se ofreció voluntariamente: *Oblatus est, quia ipse voluit.*

Estas breves y sencillas palabras de Isaías encierran la circunstancia mas importante de la pasión y muerte del Redentor. Porque su sacrificio no ha sido eficaz para nosotros ni nos ha rescatado, sino porque fue voluntario, y porque su muerte, mas bien que el exceso de

la malicia de los hombres, fue el misterio de su caridad divina: *Oblatus est, quia ipse voluit*; verdad esencial que brilla con un resplandor especial en el misterio de la prisión de Jesús en el huerto de las Olivas. Guardémonos pues, dice S. Ambrosio, al ver a Jesús en poder de sus verdugos, de acusar su propia flaqueza, ó la fuerza y la violencia de los hombres (1). No, no, la traición de Judas, la sacrilega audacia de los Judíos no son mas que instrumentos elegos de los designios de su salubridad y de su amor ardiente. No es la fuerza de las armas sino el misterio de la salvación del mundo lo que encadena al Salvador y le entrega a sus enemigos (2). Consideremos pues hoy bajo este punto de vista el tierno misterio de la prisión de Jesús en Gethisemán, á fin de que tomemos la resolución de hacernos cautivos voluntarios de aquel que voluntariamente se hizo cautivo por nosotros: *Oblatus est, quia ipse voluit.*

PRIMERA PARTE.

Al derribar el Salvador con una sola palabra á la infame soldadesca amotinada para apoderarse de su persona, no lo hizo porque pensara escaparse de las manos de sus viles perseguidores, solo quiso manifestarnos, dice S. Agustín, que sin su voluntad nada podian sobre él. Esta prueba no le basta y ha querido añadir a ella otras mas palpables y mas luminosas para convencernos cada vez mas de su divinidad y de la libertad de su sacrificio (3).

Ved en primer lugar el tono de autoridad con que manda que dejen libres á sus amados discípulos, y les garantiza la vida. El se vuelve con un aire de soberano hacia los criados insolentes y crucles á quienes el mismo poder que los habia derribado acaba de levantar, y añade: *Ya os lo he dicho; yo soy Jesús de Nazaret. Si pues es á mí á quien buscáis, os permito que os apoderéis de la persona del Maestro, mas no toquéis á los discípulos* (4).

Y bien, ¿qué simple mortal, añade S. Agustín, hubiera osado jamas en tales circunstancias habitar así á unos soldados que habian venido á prenderle? ¿No hubiera temido por el contrario hacer nacer

(1) Cum legimus teneri Jesum, cavemus ne potentes eum teneri invitum, et quasi infirmum. (In Luc.)

(2) Dominum omnium mysteria non rema tenuerunt. (Ibid.)

(3) Ostendit quod adversus eum nihil caluissent nisi quod ipse voluisset. (Tract. 112. in Joan.)

(4) Dixi volas quia ego sum. Si ergo me queritis, sinite hos alios. (Joan. 18.)

en ellos con un lenguaje tal, una idea que tal vez no tenían, la de apoderarse tambien de los discípulos, o dar una orden que no hubieran obedecido? Mas el Hijo de Dios, cuya palabra produjo el cielo y la tierra, sabe cuanto es el poder y la fuerza de sus mandatos. Esta es la causa por que habla como un rey á sus vasallos, como un señor á sus criados, como un Dios á sus criaturas, sin temer de modo alguno ser desobedecido. El habla como Dios que ejerce su imperio lo mismo sobre las voluntades mas rebeldes que sobre las mas dóciles; sus mismos enemigos se ven obligados por una fuerza invencible á dejar ir á sus discípulos, porque su Divino Maestro no quiere que perezan: *Inimicos habet et hoc faciunt; sinunt scilicet, eos abire, quos Jesus non vult perire.*

En efecto, ¿puede explicarse de otra manera que los Judíos prendan á Jesus como cabeza de una nueva sociedad, que miraban como herético, y que defen en libertad á sus discípulos depositarios de su doctrina, y que no dejarían de propagarla aun despues de la muerte de su Maestro? ¿Cómo comprender que se apoderen de un pretendido reo de estado, y no inquieten á sus cómplices? Como comprender que unos lobos devorados por el hambre se precipiten sobre el pastor, y dejen libres á todas las ovejas, sin tocar ni á una sola? Además, ¿qué resistencia podían oponer once hombres á aquella multitud armada que los tenía ya cercados y les había quitado los medios de fugarse? Si pues nadie osa tocar á uno solo de los apóstoles, no es, dice S. Juan Crisostomo, por efecto de la benevolencia de los soldados, sino por la virtud divina de su augusto prisionero que imprimió á este nuevo precepto: « Déjales ir, » la misma fuerza que había dado á esta palabra: « Yo soy. » Asi pues el mismo poder divino que había abatido á los Judíos á los pies del Maestro, los contiene para que no puedan hacer mal alguno á los discípulos (1).

Por medio de esta orden, que sus enemigos siguen con una obediencia tan pronta y tan perfecta, aleja Jesus la idea de que haya podido caer en manos de los Judíos por la fuerza. El demuestra á los mas incrédulos la facilidad con que podía impedir que se apoderasen de su persona, supuesto que no tiene mas que hablar para que sus discípulos conserven su libertad, y demuestra al mismo tiempo

(1) Admirari qui posset ear. non comprehenderint etiam cum Jesu, aut verberaverint discipulos. Quid ergo eos continuit? Hoc quippe non fuit eorum propositum, sed illius potentia que eos egerat retrorsum. (Róm. 82. in Joan.)

que es llevado á la muerte porque así lo permite, lo consiente y lo quiere: *Oblatus est, quia ipse voluit.*

¿Cuán patético es este rasgo de amor del Redentor! Olvidado de si mismo, no piensa mas que en poner á sus discípulos en seguridad. Pronto á aceptar para si la prisión y la muerte, se apresura á asegurar á sus amigos la libertad y la vida; mas en la conducta que observa hoy con respecto á los apóstoles que le acompañan, ha dado, dice S. Cirilo, una garantía de lo que hará un día por todos los fieles cuya figura eran los apóstoles. Porque si el maestro en estas circunstancias tanta solicitud por salvar un número tan pequeño de los suyos, ¿cómo es posible que no quiera proteger siempre la innumerable multitud de los cristianos (1)? Dichosos pues los que le pertenecen por la docilidad de su fe y el fervor de su caridad! El, como lo anunció por boca de su profeta, los rodea, los cubre, como con un escudo, con su protección divina y con su tierno amor. El los toma en sus brazos amorosos y los estrecha en su seno como una madre afectuosa hace con su tierno hijo. Ninguna fuerza cruzada puede entonces arrancarlos de este asilo de seguridad que ellos encuentran en las manos de su Salvador, y ni la maldicia de los hombres durante la vida, ni los horrores de la muerte osan acercarse á ellos para causarles mal alguno (2).

El Señor obliga á sus enemigos, no solo á obedecer sus ordenes, sino tambien á oír sus reconveniones. Dirigiéndose á los príncipes de los sacerdotes y á los magistrados del pueblo que se hallaban presentes les dice: « ¿Y qué? soy yo un villano para que vengaís armados de espadas y de palos para prenderme? » Con estas palabras queria decirles, segun S. Jerónimo: « ¿Cuán insensatos sois en venir con un aparato tan formidable á prender un hombre sin defensa, que se pone el mismo voluntariamente en vuestras manos (3)? » Despues añade Jesus: « Maríamente he estado en medio de vosotros, enseñando públicamente mi doctrina en el templo. ¿Por qué no me prendisteis entonces que podíais hacerlo con tanta facilidad? » Es como si les hubiera dicho, segun la explicacion de S. Cirilo: « Yo he enseñado en el templo donde vosotros obráis como

(1) Psalmum est insignem omnium eos tenuisse. Qui tam paucorum, tali tempore, curam habuit, quomodo innumerabiles fideles non proteget? (Lib. 11 in Joan.)

(2) Et una tantum illis inermium malitia (vel), scriptum est mortis. (Sup. 2.)

(3) Quasi dicere: Stultum est cum gladius quarere qui se ultro vestris manibus tradit. (In Matth.)

señores y donde tenéis á vuestras órdenes una guardia numerosa. Yo os he enseñado doctrinas que os eran odiosas. Muchas veces he arrojado de él los vendedores cuyos fraudes y engaños aprobabais. Vosotros bramabais de rabia, pero ninguno de vosotros se atrevió á poner las manos sobre mí. Esto debería convenceros de que solo tenéis la pífida intención de dañarme, pero que os falta el poder para hacerlo. Sabed pues que lo que no pudisteis hacer entonces, porque yo no quise, no lo podéis tampoco ahora si yo no lo permitiese; si yo no os entregase espontáneamente mi persona y me complaciese en hacer que vuestro odio impotente sirva al cumplimiento de mi designio. (1) Finalmente el Salvador concluye con estas graves y misteriosas palabras: « Hacedlo ahora; esta hora es la vuestra; esta es la hora del poder de las tinieblas. » (2)

¡Oh! ¿Qué horrible revelación, esclaman Orígenes, es la que hizo el Salvador á aquellos aires perversos, cuando así les habló! El les descubre que obraban sin saberlo bajo la inspiración del poder de las tinieblas, es decir, que eran impulsados por el demonio, que ellos obedecían al demonio, que eran ministros ciegos y ejecutores de sus deseos injustos y crueles (3). En efecto esto fue como si les hubiera dicho: Esta es la hora en que podéis prevalecer contra mí, porque es la hora en que he permitido al demonio que ejerza sobre mi persona el mismo poder que le di en otro tiempo sobre Job, que fué mi figura. Vosotros pues sois ministros del infierno, sois demonios visibles. Animados contra mí de un odio igual al de Lucifer, las mismas tinieblas os elean, el mismo furor os posee; y ¡ved aquí, desgraciados, lo que os agrada, y de lo que os gloríais como de un triunfo! *Hec est hora vestra et potestas tenebrarum.*

Mas, ¿que es esto! La soldadesca está pronta; el traidor ha dado la señal; Jesucristo se ha dado á conocer; los sacerdotes braman, están impacientes por tenerle entre sus manos; y sin embargo esos soberbios, impudentes y audaces permanecen inmóviles y escuchan en silencio unas reconvenciones tan amargas. Y ninguno hay que ose interrumpirle, ninguno que se atreva á respirar, ninguno que imponga silencio ni haga ejecutar contra él el mandamiento de prisión; ¡Ay! Esto consiste en que la misma virtud divina que los ha derribado, que los ha levantado y los ha obligado á

(1) Cyril. Alex. in Cat. in Luc.

(2) Hec est hora vestra, et potestas tenebrarum. (Matth.)

(3) Dixit etiam, quod hanc potestatem est tenebris data, il est diabolus, et Iudeis insurgendi in Christum. (In Matth.)

respetar á sus discípulos, contiene igualmente su furor y detiene sus brazos extendidos contra el Maestro. Así como Jesús no quiso ser conocido de ellos sino cuando se dignó darse á conocer, del mismo modo en este momento no permite que ninguno de ellos le toque sino cuando sea su voluntad. Así como hizo que el beso de la traición fuese inútil para designarle, así ahora hace que la fuerza y el odio sean impotentes para prenderle. Así como no quiso que el reconocimiento de su persona dependiese de la pérdida de su discípulo, así tampoco quiere que el instante de su prisión dependa del furor de los soldados, sino que lo retarda según su voluntad. De este modo demuestra todavía mas claramente que supuesto que hace inmóviles á sus enemigos por espacio de una hora, pudiera dejarles en este estado para siempre; que no podrían prenderle si él mismo no consintiese; en una palabra, demuestra que es Dios, y como tal, el dueño de su vida, el arbitro de su libertad y el sacerdote voluntario de su sacrificio: *Obvlatus est, quia ipse voluit.*

Mas, cuando Jesús dice: « Esta es vuestra hora; esta es la hora del poder de las tinieblas; » da á los Judíos el permiso para acercarse y para apoderarse de él, y declara que desde aquel momento se abandona á merced de su crueldad y de su furor. Ved aquí por que los arqueros y los soldados, todos hean sus armas, preparan las cuerdas y se disponen para amarrarle. Mas como los satélites de los grandes y de los poderosos se señalan ordinariamente por su audacia, un cierto Malco, esclavo vil del gran sacerdote, se adelanta el primero para apoderarse del Salvador. A vista de esto no pueden los apóstoles contener su celo. Señor, dicen á Jesús, ¿no nos permitis que hagamos uso de nuestras espadas? *Domine, si percusimus gladius?* (Luc.) Podrá, mas tímido y mas ardiente que los otros, sin esperar la respuesta del Señor, y mas veloz que la palabra, se arroja sobre el insolente criado, y quiere hendirle la cabeza con su espada; mas, por una disposición secreta de Jesús, el golpe se tiere, y en vez de abrirle la cabeza, le corta la oreja derecha (1). ¡Oh! ¡cuán imprudente es el celo del príncipe de los apóstoles! ¿Quién puede calcular las consecuencias de la lucha desigual que se empeña entre los soldados y los apóstoles! Sin embargo, no temais; apenas principia, cuando el Salvador pone fin á ella. Basta, basta, dice

(1) Simon Petrus eduxit gladium; et percussit servum principis sacerdotum, amputavit auriculam ejus dexteram. (Joan.)

á sus discípulos, no opongas mas resistencia: *Sinite usque huc.* (Luc.) En seguida dirige á Pedro vivas reconvenções, y bajándose, coje la oreja ensangrentada de Malco, la coloca en su lugar y la cura milagrosamente.

Seguramente los Evangelistas no han referido estas circunstancias sin una razon elevada, y este relato, tan sencillo en apariencia, oculta en el fondo misterios importantes.

En primer lugar, ¿cuán bello es, dice S. Gerónimo, ver á Pedro manifestar en todas partes el ardor de su fe mas que todos los otros! Y aunque en estas circunstancias probase que no comprendia el gran misterio de la muerte del Salvador, no se engaña sin embargo en su amor á él. Su corazón no resistió al dolor de ver cargar de ligaduras y arrastrar á la muerte al que habia reconocido y confesado por verdadero Hijo de Dios (1). ¿Pero sabéis vosotros, prosigue S. Ambrosio, por qué es Pedro y no otro de los apóstoles, quien corta la oreja á Malco? Porque solo á Pedro es á quien ha dado Jesucristo, con el poder de atar y desatar, el derecho de cortar con la espada espiritual del anatema la oreja espiritual de los que no escuchan o escuchan mal la doctrina de la Iglesia (2).

La reconvenccion misma que Jesus le hace no es menos misteriosa ni menos sublime. De estas palabras: «Baja tu arma; vuelve esa espada á la vaina; porque todos los que se sirvan de la espada, perecerán por la espada,» resulta claramente, dice el Emiseno, que el Señor no opuso resistencia alguna porque no quiso, no porque tuviese imposibilidad de hacerlo. Además no es menos evidente que aunque se trataba entonces de una defensa legítima, se negó Jesus á usar de las armas (3).

Mas, ¿qué quiere decir esto? ¿Quiso por ventura el Salvador al expresarse así, prohibir á los príncipes y á sus soldados el uso de las armas en una guerra justa y en el caso de una defensa legítima, como lo cree equivocadamente Tertuliano? No sin duda; mas él quiso advertirnos, responde S. Cirilo, que las persecuciones de los tiranos contra los cristianos (cuyo preludio y cuyo símbolo es la que

(1) In omnibus locis audientiori fides invenitur Petrus; et fides erecta in Jesus, non erat affectu: nolens illum mori quem confessus est: Filium Dei. (In Marc.)

(2) Quare Petrus? Quia ipse ligatus atque solvendi adeptus est potestatem. Et ideo talis gladio spirituali armis male intelligitis. (In Luc.)

(3) Quod se non defendit, non est impotentia, sed voluntas, sed neque ius Domini armis voluit decedat. (In Matth.)

Jesus sufre al presente por los Judios), no debían ser rechazadas por la fuerza material, que nos espone á parecer por la espada, sino que debía emplearse contra ellas la fuerza del alma, la dulzura, la humildad, la paciencia y la oración. El quiso enseñarnos que en una guerra espiritual no son las armas visibles las que conviene emplear, porque si con ellas podemos vencer, podemos tambien ser vencidos; sino las armas invisibles y espirituales, de que habla San Pablo: el escudo de la fe, el casco de la esperanza y la coraza de la caridad, que harán siempre triunfar la Iglesia en la tierra y asegurarán á los mártires una corona de victoria en el cielo (1).

Sin embargo, el Salvador insiste, y continúa diciendo á Pedro: «¿Cómo puedes tú creer que yo rechuse el cáliz que mi Padre me ofrece por mano de estos verdugos?» Esto era decirle: Pues qué, ¿he oído tanto, he luchado tanto para beber sola la amargura del cáliz de mis dolores y aplicar todo el fruto á los hombres, y ahora que estoy próximo á llegar al fin de mis combates, ahora que este cáliz se me presenta, quieres tú que yo retire la mano y que no le beba? Sabe, o Pedro, continúa el Salvador con un acento de majestuosa firmeza, sabe, Pedro, que si yo no quisiera hacer uso de mi poder, sino apelar á una defensa exterior, no tendria mas que hacer una señal, y el cielo y la tierra se conmovieran para volar á mi socorro; en vez de doce apóstoles, podria yo disponer de mas de doce legiones de ángeles, y exterminar en un instante á mis enemigos (2). Mas entonces estaria yo en contradicción conmigo mismo, porque yo soy quien ha enviado los profetas, yo quien los ha inspirado cuando han anunciado mis oprobios, mis tormentos y mi muerte. ¿Luego, como puedo yo impedir el cumplimiento de lo que he hecho anunciar en las Escrituras, y que he establecido yo mismo? Así pues, yo soy quien detiene el auxilio celestial que mi Padre estaria pronto á concederme. Mi amor á los hombres engendra su justicia, mi resignacion calma la impaciencia de los ángeles, y la que se apodera de todas las criaturas á vista de los ultrajes que recibe el Criador. ¡Oh! ¿Qué declaración tan preciosa! Nosotros sabíamos, Señores, que no es por necesidad, sino por amor, por lo que os entregué á la muerte por nosotros; mas es muy consolador, es muy dulce á nuestro corazón oírlo repetir con tanta frecuencia, y

(1) Docemur hoc lecto quam pectus zelus in Christum procedat. Arma enim nostra non carnalia sunt, sed, ut ait Apostolus, spiritualia. (In Joan.)

(2) Ah putas, quis non possum rogare Patrem meum; et exhiberi mihi plusquam duodecim legiones Angelorum? (Matth.)

reconocer por unas pruebas tan evidentes que vuestra caridad, mas que la perfidia de los hombres, es aya hoy las manos y os carga de cadenas: *Oblatus est, quia ipse voluit.*

Mas ¿la amputación de la oreja de Malco y su curación carecen acaso de misterio? No, dicen los Padres. Recordemos en primer lugar que en muchos lugares de la Escritura la oreja del cuerpo se toma metafóricamente por la inteligencia, la docilidad y la obediencia del espíritu a la palabra de Dios; y en este sentido está escrito: «El pueblo gentil me ha obedecido en el entendimiento de su oreja», (Ps. 17) y Jesucristo en el Evangelio repite con frecuencia estas palabras: «El que tiene orejas para oír, que me oiga.» (Matth. 11) Esto supuesto, ¿sabéis por qué, observan Orígenes y S. Cirilo, en castigo del insulto hecho á Jesucristo sufrió el criado del gran sacerdote la amputación de la oreja derecha, en tanto que la izquierda fue preservada? Esto significa lo que sucedió realmente; es decir, que el pueblo judío, por haber negado y condenado á muerte al Mesías, fue castigado con la pérdida de la oreja derecha; es decir, que perdió el sentido fácil, verdadero y espiritual de la Escritura Sagrada. El no la entiende ya sino con la oreja izquierda, el no comprende ya las promesas ni los misterios sino en un sentido falso, material y humano; él no percibe mas que la sombra y la corteza, sin descubrir en manera alguna la sustancia y la verdad (1).

Jesús vuelve á colocar milagrosamente en su lugar la oreja ensangrentada de Malco, y con esto nos da á entender, dice S. Agustín, que llegará un día en que, en su misericordiosa bondad, volverá á los Judíos la verdadera inteligencia de la Escritura, y les dará un corazón dócil y sumiso á su palabra (2).

S. Ambrosio piensa que esta amputación de la oreja derecha es el emblema de la sordera espiritual con que están heridos los herejes en castigo de haber negado de Jesucristo al renegar de su Iglesia. Porque la experiencia prueba que ellos no entienden la Escritura sino en un sentido ridículo y erróneo; que la desfiguran de una manera atroz y que hacen de ella un horrible sacrilegio, empujando, para apoyar los errores que les pierden, el código de la verdad que debería edificarlos y salvarlos. Mas Jesucristo, por la curación de

(1) Quo, cum typis quoniam, significatur: Inbarbarum populos dextero et laici auditu caecitatis. (Cyrill. in Joan.) Nam legem modo cum sinistro auditu audiant. Unquam habentes traditionis de lege, non veritatem. (Orig. in Matth.)

(2) Quid mirum pro Domino amputata ei a Domino sanata significat? Sui (Judæis) auditum, amputata veteri retulisse, reversionem?

Malco, nos da á entender que los herejes mismos, si se convirtiesen sinceramente, tendrían la inteligencia verdadera de los Libros Santos, y se salvarían (1).

¿Cuán dichosos somos nosotros los calóicos en tener la inteligencia perfecta y comprender en su verdadero sentido la palabra de Dios encerrada en los Libros Santos! Mas no olvidemos que esta ventura nos será inútil sino procuramos conformar nuestras obras á esta celestial doctrina; á esta palabra de Dios que profesamos sinceramente en nuestro espíritu, y cuya pureza publica nuestra boca.

Pero podrá decirse: ¿no podía el Salvador haber curado á Malco con una sola palabra ó con un solo signo? Sin duda alguna, supuesto que á una palabra suya salió el universo de la nada. Sin embargo quiso que esta curación fuese obra de sus manos para manifestar, dice S. Ambrosio, que el Dios que en este día no cura mas que un solo miembro del cuerpo humano, es el mismo Dios que le formó en otro tiempo todo entero del limo de la tierra, y que el que al presente rescata al hombre, es el mismo que le crió en otro tiempo (2). Por esta razón, prosigue S. Ambrosio, se vió entonces al fodo, de que el hombre está formado, reconocer á su artífice primitivo, y obedecer á su Criador. Y en efecto, añade S. Leon, apenas acerca Jesucristo su mano poderosa á la oreja de Malco, caído la carne, todavía palpitante, siente al momento que la fuerza divina del que la formó la primera vez la vuelve á formar al presente, y dócil vuelve á tomar al instante su primera figura (3).

Sin embargo, por este milagro no manifestó Jesucristo tan solo su omnipotencia, sino también su dulzura, su paciencia y su caridad. Esta es la causa por que no cesan los Padres de meditar en él, y hacer el objeto, en su admiración, de sus elogios y de su amor.

En primer lugar al obrar nuestro Redentor este admirable prodigio con un vil criado que se había adelantado para insultarle, manifestó, según S. Juan Crisóstomo, la bondad de su corazón. El quiso enseñarnos que no debemos negar nuestros beneficios ni nuestro amor á persona alguna, ni aun á los que nos hacen mal y nos

(1) Sed Dominus refundi audiam, demonstrat et ipsos (Hæreticos), si converterint posse salvari. (En Luc.)

(2) Tubere potuisti, sed maluit operari, ut agnosceremus ipsam esse: qui de limo terræ corporis membra formavit. (Lib. 10. in Luc.)

(3) Reformatur Christus, quod ipse immutavit. Nec tanta cura requiritur ejus Imperium, cujus erat ipsa figuratum. (Serm. 1.º de Pass.)

persiguen [1]; O ternura de nuestro Salvador! esclama S. Ambrosio, él no quiere que ninguno sea víctima hoy por su causa; él no permite que ninguno de sus perseguidores sea herido por su defensa. Por esta señal reconozco al que vino para ser herido y para curar á todos los hombres con la sangre de sus heridas (2).

¿Puede imaginarse una cosa mas tierna ni mas patética, dice S. Cipriano, una cosa que nos pinte mejor el corazón tan noble de Jesús, que verie curar amorosamente por sí mismo al primero que alienta contra su persona (3)? Ved aquí, añade San Ambrosio, como cumplió el Señor la ley que él había dado á todos de hacer el bien á los mismos que nos odian. Él curó las heridas de los criminales que vienen á arrastrar á la muerte al que es santo y justo por excelencia (4).

Mas, ¿o furor maldito de esos monstruos endurecidos, prosigue S. Bernardo, ó corazonces mas duros que las rocas, pues que no se ablandan por la majestad de un obispo tan grande, ni por los ruegos de una caridad tan extraordinaria (5)! Ved aquí que ellos se preparan para prenderle y que ejecutan esta cruel y sacrilega prision con todas las circunstancias descritas por los profetas (6). En primer lugar ellos le rodean, semejantes á perros rabiosos que acosan de cerca á una tímida oveja, ó á toros furiosos que persiguen á una novilla cobarde (7). A la manera que un torrente, engrosado por las lluvias, rompe todos los diques y se precipita sobre los campos vecinos, así su furor, tanto mas violento cuanto mas largo tiempo había estado comprimido, se desencadena contra él (8). En seguida le echan sogas al cuello como á una bestia feroz, y amarran fuertemente por

(1) *Dilectus manus tulinera Christi: cruciatus nos quod la persecutorum nostras carceres non nos tulerunt. (Hos. 32, in Joan.)*

(2) *Noluit persecutores ipsius vulnerare, qui voluit eos vulnerare omnes homines. (Lec. 3. Officior.)*

(3) *Quia potest dementius, quid benignius dici? Sanatur á Christo qui servit in Christum. (De Bea. Palam.)*

(4) *Mi Juxta mortem inferrebat: persecutorum vulnera ipse sanabat. (In Luc.)*

(5) *Maledictus furor eorum, qui peritiam: quem nec majestas mirandi nec pietas beatissimi cruciari potuit. (Serm. De Pass.)*

(6) *Cebat ergo, et trillans, et ministri Judaeorum comprehenderunt Jesum, et ligaverunt eum. (Joan.)*

(7) *Circumdederunt me viri multi, tauri pignos elegerunt me. (Ps. 21.)*

(8) *Quasi rupto muro irruerunt super me, et ad mea miseria devoluti sunt. (Job. 20.)*

los brazos y por la cintura al dulce Nazareno, que voluntariamente presenta sus manos á las ligaduras (1). Al mismo tiempo los guardias, los sacerdotes y los doctores que asistían á esta ejecución con la boca abierta, braman de rabia, como un león hambriento ruge al divisar su presa. Ellos saltan, ellos se regocijan como los vencedores dueños ya del botín que deben repartir entre sí; y aplaudiéndose los unos á los otros con un gozo feroz, esclaman: «Yo llego el día tan deseado; al fin se nos ha concedido devorar una vida que nos ha sido tan funesta y podemos hacer de ella el delicioso alimento de nuestro odio (2).»

¡Hombre elego é insensatos! ¡Almas pérdidas y crucies! les grita S. Ambrosio, así cargais de cadenas al Dios autor de la vida y de la libertad, á aquel á cuyos pies deberíais arrojarlos suplicándole que os librase de las ligaduras de vuestras iniquidades (3)! ¡Deteneos por favor; pensad en lo que hacéis y temblad! Porque no se encadena impunemente á la sabiduría encarnada; no se aprisiona impunemente al que es la justicia incorruptible.

Mas, ¿por qué apostrofar á los Judíos? Jesucristo, observa S. Ambrosio, no se hace su prisionero sino porque estaba ya dispuesto á serlo, ni es cargado de cadenas sino porque así lo ha querido. El Salvador, añade S. Agustín, había ya probado por una serie de prodigios sorprendentes que nadie hubiera podido apoderarse de su persona si él no lo hubiera permitido y que si en esta ocasión no lo hubiera consentido, como en otras varias, los Judíos se hubieran retirado en silencio sin realizar el proyecto cruel que les había conducido al Huerto. Mas tampoco Jesucristo hubiera cumplido el amoroso sacrificio para el que vino al mundo (4). S. Pablo hablando de sí mismo, y cuyas palabras debemos aplicarnos cada cual, había dicho antes: «Jesús me amó, y por mi amor se entregó en poder de sus enemigos (5).»

(1) *Funes extendunt in laqueum mihi. (Ps. 139.)*

(2) *Sicut exultant victores capta preda, quando dividunt spolia. (Is. 9.) Vocem dedegunt, sicut in die solemn. Prehuncunt dentibus suis, et dixerunt: Devorabimus. Ha ista dies quam expectavimus. (Jer. 2.)*

(3) *Oh amantes et periti: ligaverunt Deum, á quo solvi potuit velle deherant. (In Luc.)*

(4) *Si nunquam se ab eis permittere comprehendi, non quidem isti facerent propter quod venerant; sed nec ipse faceret propter quod venerat. (Tract. 2 in Joan.)*

(5) *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me. (Galat. 2.)*

Comprendamos pues este misterio. El verdadero Sanson no pudo ser preso sino cuando quiso serlo; él se hizo traicion en cierto modo á sí mismo, no pudiendo resistir á su amor por estos hombres ingratos é injustos que debía librar con sus propias ligaduras, así como debía glorificarlos con sus oprobios, consolarlos con sus dolores y resucitarlos con su muerte. Y en efecto, ¿ó desgracia del pecador! el estado de pecado, dice el Espíritu Santo, es para el alma un estado de triste cautiverio y de vergonzosa esclavitud: *Qui facit peccatum, servus est peccati*. Y esta esclavitud es tan dura que el alma manchada por el pecado no solo está en la servidumbre y en la dependencia, sino que también está cargada de cadenas que tienen encorvada su frente hacia la tierra, y la impiden elevar sus miradas al cielo; degradada por el pecado se halla como envuelta en las ligaduras que no la permiten moverse; de modo que no puede dar un paso en el camino de la salvación, y solo halla reservada para la muerte eterna bajo el imperio del demonio (1).

Pues bien, Jesucristo, como hemos visto ya, había obtenido de su Padre, por sus súplicas y su agonía, la gracia de ser tratado como uno de nosotros y de ocupar nuestro lugar, á fin de que nosotros pudiésemos colocarnos en el suyo, y participar de sus méritos y de sus privilegios. En este supuesto él debió verse cargado con las cadenas humillantes de nuestros pecados. Mas como es la santidad y la inocencia infinita, estos horribles lazos no pudieron envolver su alma, y por consiguiente fué necesario que los sufriese su cuerpo; y para obtener que nuestra alma se viese libre de ellos, debió sujetar su cuerpo al poder de las tinieblas. ¡Ah! exclama S. Leon: seguramente el Salvador no hubiera sido preso por los Judíos si él no lo hubiera querido. Mas el peso de las cadenas invisibles con que el Espíritu Infernal retiene purstas desventuradas almas era tan enorme, la fuerza de aquellos lazos era tal que ninguno de nosotros podía librarse de ellos, ni hacerse hijo de Dios, siendo como era esclavo del demonio, si el mismo Hijo de Dios no hubiera consentido en cargar su cuerpo inmaculado de cadenas visibles, y ser tratado como prisionero de los hombres (2). En estas circunstancias, añade S. Leon,

(1) *Funes peccatorum circumplexi sunt me. (Ps. 118.) Preoccupaverunt me laquei mortis. (Ps. 17.)*

(2) *Si teneri nollet, non alique teneretur. Si quis hominum posset salvari, nisi illi non auctoret comprehendere. Talibus vinculis tenelatur adstricti, ut, nisi per hunc opem, non possemus absolvi. (1. de Pass.)*

el demonio, obcecado por su propio orgullo, no descubrió la libertad de la inocencia ni la santidad infinita que distinguía á Jesus de todos los demás hombres; él creyó que habiéndose vestido el nuevo Adán de la naturaleza humana, había contraído también su mancha original. En esta inteligencia trató de perseguirle como á uno de los esclavos que el pecado había sometido á su imperio. Esta es la razón por que se atrevió á aprisionar por mano de los Judíos á aquel que nada le debía; y este acto de injusticia que ejerció contra el nuevo Adán, cabeza de un pueblo de santos, le hizo perder los derechos funestos que le había hecho adquirir la enipable temeridad del primer Adán, cabeza de un pueblo de réprobos.

¡O sublime é incomparable misterio de bondad! exclama San Cirilo; si el velo que le cubre se hubiera descorrido entonces, se hubiera visto verificarse el cambio precioso que, Jesus había solicitado por su agonía, de tomar lo que nos pertenecía, y merecernos lo que era exclusivamente suyo. Entonces se hubiera visto que en tanto que unas manos sacerdotales cargaban á Jesus de cadenas, otra mano misericordiosa é invisible rompía las nuestras; que en tanto que el demonio se apoderaba de la persona del Salvador por mano de los Judíos, nosotros nos emancipábamos de la esclavitud del demonio (1). S. Pablo había dicho todavía con más fuerza: « Por que el Hijo de Dios fué atado como un vil asesino por una turba insolente y feroz, es precisamente por lo que nosotros hemos sido emancipados de la vergonzosa servidumbre de la corrupción y del pecado, y hemos sido investidos solemnemente con el derecho que nos hace participantes de la gloria y la libertad de los hijos de Dios. ¡Cuán preciosa es y cuán dulce esta libertad que Dios nos ha dado (2)! En ella se cumplió esta profecía solemne de David: « El Señor, que ha criado el cielo y la tierra, ha acudido á nuestra socorro; al modo que una mano compasiva libra al pájaro que imprudentemente ha caído en el lazo del cazador, así este Dios de bondad ha roto las cadenas que nos tenían atados, y nuestra alma se ha salvado de la red infernal de Satanás (3). »

(1) *Miles vincula Demoni immittunt, qui ad nostram naturam descendit, ut á peccatorum et diaboli vinculis nos eripere. (San Cyril. Alexand. in Joan.)*

(2) *Quia libertate Christiani nos liberavit. (Galat. 4.)*

(3) *Anima nostra, sicut passer, excepta est de laqueo venantium. Laqueus contritus est, et nos liberati sumus: Adjutorium nostrum in nomine Domini qui fecit celum et terram. (Ps. 124.)*

Recibid pues, o Señor, el tributo de mi reconocimiento y de mis alabanzas, supuesto que os habeis dignado romper y llevar vos mismo en mi lugar las cadenas de mi esclavitud. Esta libertad es para mí de mucho precio; es un reflejo de la gloria; porque al salvarme del infierno me asegura la rica y preciosa herencia del cielo. ¡O santas e inextinguibles cadenas de mi Redentor! Quién me diera besarlascn amor y respeto! ¡Quién me diera poder ponerlas en mi cuello, y gloriarne como S. Pablo de ser el prisionero de Jesucristo! De este modo podría decirse de mí que el amor me hacía cautivo de mi Salvador, del mismo modo que mi Salvador ha querido hacerse cautivo por mi amor: *Oblatus est, quia ipse voluit*.

SEGUNDA PARTE.

No puede admirarse demasiado la generosidad, el anhelo y la caridad con que el Salvador presentó voluntariamente sus manos a las cadenas de sus enemigos; mas tampoco podrá detestarse lo bastante la audacia impía y la infame crueldad de los Judíos y de Judas en particular, que no se detienen en encadenar á Jesus, despues de haberle visto obrar tantos prodigios. Sin embargo, esto no debe sorprendernos, Judas y los Judíos, que ligan el cuerpo del Salvador, están ellos mismos envueltos con ligaduras mas terribles. Porque el Evangelista dice de Judas que despues de su comunión sacrilega entró Satanás en su alma y tomó posesion de ella (1), y el mismo Jesucristo habia dicho á los Judíos pocos momentos antes, que al apoderarse de él, obraban como satélites del poder de las tinieblas que reinaba en ellos. El crimen de que se hacen culpables Judas y los Judíos al apoderarse de Jesus, sin embargo de que es tan infame en si mismo, no debe sorprendernos, supuesto que ellos mismos son esclavos del demonio y obran bajo sus inspiraciones y sus preceptos.

Lo que es necesario deducir de esto, amados hermanos, es que Dios habita verdaderamente por su gracia en el alma justa, mientras que el demonio reina por su malicia en el alma manchada por el pecado. Por consiguiente, así como las virtudes sublimes de los santos, que salen de los límites ordinarios de la moralidad humana, se deben á las comunicaciones inefables, y al poderoso auxilio de Dios que fija su morada en el corazón del hombre justo, así los des-

(1) Post acceptam buccellam introivit in eum Satanás. (Joan. 13.)

órdenes y los pecados que llenan de admiración y de horror á los pecadores mismos, que escandalizan á los mismos escandalosos, y salen de los límites ordinarios de la perversidad humana, son el resultado del impulso formidable, de la infernal energía del demonio que reina en el corazón de los pecadores.

Esos padres desnaturalizados que, no contentos con ser ellos mismos impíos y libertinos, toman al parecer todos los medios para inocular á sus propios hijos en la impiedad y el libertinaje de corazón; esos amigos engañosos, esos perdidos compañeros, esos infames confidentes en quienes la malicia iguala á la corrupción, y que procuran, sin saber por qué, iniciar en los impuros misterios de la voluptuosidad á las vírgenes inocentes, y á los jóvenes que conservan aun la sencillez de la virtud; esos autores de libros impíos y de poesías obscenas que pierden con sus escritos aun á aquellos que no pueden perder con sus discursos; esos fomesos autores de pinturas escandalosas y de estatuas indecentes, que llegan á insinuar el vicio representándolo en acción, que parecen dominados por una especie de furor que les arrastra á acometer pecados inmortales, pecados que les sobreviven, y con los que infestan no solo la generación presente, sino también las generaciones futuras; esos incrédulos, que despues de haber abjurado toda creencia y toda religion, despliegan un celo infernal por arrancar del corazón de los pueblos todo sentimiento de fe y de piedad, y destruir en ellos todos los principios de religion; todos esos seres perversos, de quienes no puede decirse que sean arrastrados por el placer ó por la pasión, sino por un celo ardiente de propagar y de eternizar el pecado, no obran tanto por si mismos, cuanto por instigacion del espíritu infernal; ellos son los verdaderos ministros, los verdaderos apóstoles y los verdaderos esclavos de Satanás; y segun las palabras del mismo Jesucristo, el demonio es su padre, y ved aquí por que ellos cumplen los deseos y ejecutan las obras del demonio (1).

¡Mas, cuán triste es la recompensa que reciben de su docilidad sacrilega y de su infame ministerio! ¡Oh! ¡Cómo sus cadenas se hacen cada vez mas pesadas! ¡Como con el transcurso de los años se hace su esclavitud mas dura y mas irremediable! Ella comienza en el tiempo, y no concluirá jamás, porque tendrá por duracion la eternidad entera. Esos son los corazones perversos de quienes dice la Escritura que su conversion es muy difícil: *Perversi difficile corri-*

(1) Vos ex patre diabolo estis; desideria ejus vultis perficere. (Joan. 8.)

guntar. Sin embargo, el número de esos hombres tan profundamente corrompidos no es tan grande. Mucho mas numerosa es la multitud de pecadores de costumbre, cuya malicia no es tan profunda, pero que no por eso dejan de estar bajo la dura esclavitud del demonio, y cuya conversión presenta por consiguiente grandes dificultades.

¡Ah! ¡Desventurados cristianos! ¿De qué les servirá que el Redentor se haya dejado ligar por ellos, y que haya roto una vez las cadenas de sus pecados, si ellos continúan en forjar otras nuevas con sus propias manos? Porque nuestras obras de tinieblas, nuestros hábitos criminales son verdaderas cadenas preparadas por el infierno, y ligaduras pesadas con las que atamos nuestra alma para hacerla esclava del mas cruel de los tiranos (1); y cuán difícil es evadirse de estos hierros cuando se ha principiado á llevarlos!

¡Ved en efecto ese pobre pecador cuyas recaidas se han multiplicado con tanta frecuencia, y que ha visto crecer sus cabellos en una finísima esclavitud! Pues bien, ya son por la necesidad íntima que el alma tiene de Dios, ó por el temor de perderse ó el deseo de salvarse; ya sea por la voz amorosa de la gracia que no cesa de dejarse oír á lo lejos del pecador que huye de ella, al mas pequeño golpe con que se siente herido en su fortuna, en su persona ó en su familia; al mas pequeño terror que le causa una muerte repentina; al crecerse una solemnidad cualquiera, ese pecador forma propósitos de conversión. Mas, ¡ay! apenas los ha formado cuando los abandona; y ¿por qué? porque así como la cadena que llevan los esclavos por muchos años penetra algunas veces la carne y aun hasta los mismos huesos, así en los pecadores envejecidos en el servicio del demonio, la cadena infernal, como S. Agustín dice de sí mismo, se insinúa hasta en la voluntad, que por lo mismo se endurece en ellos al igual del hierro, y bajo un peso tal que ellos no hacen otra cosa que suspirar, y las mas veces en vano: *Suspirabam ligatus, non aliena catena, sed forcea voluntate*. Esos desgraciados quisieran, y no pueden; se levantan, y vuelven á caer; se arrepienten, y cometen nuevos pecados; se agitan en el fango, y jamás salen de él; oyen la voz de la gracia, y obedecen los instintos vergonzosos de la naturaleza. Ellos no quisieran haber comenzado, y jamás se resuelven á acabar. Ellos se echan en cara sus vicios, y jamás se corrigen. Ellos gimen bajo el peso de sus cadenas, pero nunca las rompen. El

(1) Vinculis tenebrarum compellis. (Sap. 11.)

pecado, que otras veces les causa horror, se les ha hecho con el tiempo una costumbre indiferente. La costumbre, dice á este propósito S. Bernardo, se ha convertido en naturaleza, y la naturaleza se ha hecho para el pecador una necesidad de pecar. ¡Horrible necesidad, que produce cuasi la imposibilidad de corregirse! ¡Fatal imposibilidad que degenera en una fría desesperación de la salvación! ¡Horrorosa desesperación, que consume el terrible misterio de la condenación eterna! De este modo los pecadores de costumbre continuarán llevando siempre las mismas cadenas; de temporales que son, ellos las harán eternas. Ligados al presente por el pecado, ellos y todas sus facultades, permanecerán para siempre encañados por el castigo que llorarán eternamente, que los abrumará eternamente, sin encontrar jamás alivio alguno (1). En tanto que el alma del justo unida á Dios por la cadena de oro de la caridad, llevando á Dios en su corazón, y permaneciendo ella misma en el seno de Dios, se despierta en Dios á la hora de la muerte para reposar siempre con Dios; por el contrario el alma del pecador que ha vivido en la esclavitud del demonio unida á él por la cadena del pecado, que tiene al demonio en su corazón, y que ella misma habita en él, se despierta á la hora de la muerte entre sus brazos para ir á participar eternamente de su sociedad en medio de un fuego devorador. ¡Toman pues los justos perder la dulce y preciosa libertad que han adquirido; y gimen los pecadores al ver la horrible esclavitud á que los ha reducido el demonio!

Mas, ¿no queda ya esperanza alguna? ¿No hay medio alguno para romper las cadenas tan degradantes, y salir de una esclavitud tan vergonzosa? ¡Ah! ¡Desventurados pecadores, vuestro estado me causa compasión! Mas, ¿qué queréis que os diga? Vosotros os habéis internado en él demasiado.

Escuchad sin embargo lo que no habéis querido oír en otro tiempo, á saber, que no es lo mismo llevar al tribunal de la penitencia un solo pecado, que diez pecados; no es lo mismo confesar despues de haber cometido una falta, que poner un intervalo de muchos años entre el pecado y la penitencia. Escuchad: si el mal es grave, ¿quién es la causa? ¿por qué os internáis tanto en los caminos del desorden, á pesar de los avisos de la gracia y los remonimientos de la conciencia? Al presente siento deciroslo con S. Agustín; pero di-

(1) Ligatis manibus, et pedibus mittite eum in tenebras exteriores: illa erit fletus et stridor dentium. (Matth. 22.)

simular el peligro no sería mejorar vuestra situación. El hombre habituado á cometer el mal, el hombre agobiado bajo el peso formidable de los hábitos criminales, difícilmente se levanta. Sin embargo no desmayéis; tened confianza. Vuestra conversión es difícil no lo niego; pero no es imposible. El mérito infinito de la prision que el Salvador quiso sufrir por vosotros permanece en toda su virtud. Vosotros no tenéis que hacer mas que aplicároslo; esto podréis conseguirlo por medio de la oracion, de las lecturas piadosas y de las practicas de devoción, con el uso de los sacramentos, la huida de las ocasiones, y una separacion pronta de todas las personas y de todos los lugares donde principió vuestra esclavitud. Confieso que esto no es fácil; pero es indispensable. ¿No os sometéis á la prueba misma del fuego y del hierro para prolongar algunos dias la salud de vuestro cuerpo? ¿Y qué es el sacrificio de los falsos amigos, de las sociedades disolutas y de las intrigas homicidas, cuando se trata de salvar el alma por toda la eternidad? Creed además que lo que os es imposible con las solas fuerzas de la naturaleza, se os hará fácil con los auxilios de la gracia. Lo que el hombre no puede, lo puede Dios. Si, vosotros vereis caer á vuestros pies los pedazos de vuestras cadenas; vosotros recobrareis la verdadera independencia del espíritu, la verdadera libertad del corazón, y pasando al presente de la esclavitud del demonio á la libertad de los hijos de Dios *in libertatem gloriar. gloriam Dei*, daréis un día gracias en el cielo á la bondad de nuestro Salvador, que nos ha conquistado esta libertad por el misterio de su cautividad. Así sea.

CONFERENCIA DÉCIMA.

El tribunal de Cafáis.

*Principes ejus quasi leones rugientes.
Judices ejus lupi rapaces. Injuste egerunt
contra legem. Nescitis autem (iniqua) con-
suetudinem.*

Sus principes como leones rugientes. Sus
jueces como lobos rapaces. Obraron injusti-
camente contra la ley. Mas el pueblo no cono-
ció la costumbre.

(Sophon. 3.)

Uno de los juicios mas inicuos de que se hace mención en la Escritura es la sentencia impia cuya inocente víctima fué Naboth. Para despojarle de su viña, única heredad que le habian legado sus ascendientes, y transferir su propiedad á Acab que desaba con ansia unirla á sus dominios, ¿qué hace la injusta Jezabel? Digna consorte de un esposo tan infame, abusa del nombre y del sello real para reunir un tribunal extraordinario, compuesto de los hombres mas malvados de entre los grandes y los ancianos del pueblo. Por su orden es presentado en él el desventurado Naboth. Dos falsos testigos á quienes ella misma llama abortos del infierno, hijos de Belial, le acusan de haber blasfemado de Dios é insultado al monarca, y en virtud de esta deposicion hace ella condenar á la muerte mas injusta al hombre mas religioso, al súbdito mas fiel que habia en Israel; despues, para enriquecerse con sus despojos y hacerse dueña de su heredad, le hace quitar la vida (III. Reg. 21.)

Esta fué sin duda una sentencia funesta, pronunciada por un tribunal infame y desapiadado. Y sin embargo, este tribunal no era otra cosa que la figura profética de aquel que la verdadera Jezabel, es decir, la sinagoga, debia formar para satisfacer á Cafáis, verdadero Acab, con el objeto de hacer acusar por falsos testigos y condenar por jueces inicuos al verdadero Naboth, Jesucristo, á quien se queria despojar de su viña, es decir, de la casa de Israel, de que el mismo Jesucristo se proclama heredero legítimo en la parábola

simular el peligro no sería mejorar vuestra situación. El hombre habituado á cometer el mal, el hombre agobiado bajo el peso formidable de los hábitos criminales, difícilmente se levanta. Sin embargo no desmayéis; tened confianza. Vuestra conversión es difícil no lo niego; pero no es imposible. El mérito infinito de la prision que el Salvador quiso sufrir por vosotros permanece en toda su virtud. Vosotros no tenéis que hacer mas que aplicároslo; esto podréis conseguirlo por medio de la oracion, de las lecturas piadosas y de las practicas de devoción, con el uso de los sacramentos, la huida de las ocasiones, y una separacion pronta de todas las personas y de todos los lugares donde principió vuestra esclavitud. Confieso que esto no es fácil; pero es indispensable. ¿No os sometéis á la prueba misma del fuego y del hierro para prolongar algunos dias la salud de vuestro cuerpo? ¿Y qué es el sacrificio de los falsos amigos, de las sociedades disolutas y de las intrigas homicidas, cuando se trata de salvar el alma por toda la eternidad? Creed además que lo que os es imposible con las solas fuerzas de la naturaleza, se os hará fácil con los auxilios de la gracia. Lo que el hombre no puede, lo puede Dios. Si, vosotros vereis caer á vuestros pies los pedazos de vuestras cadenas; vosotros recobrareis la verdadera independencia del espíritu, la verdadera libertad del corazón, y pasando al presente de la esclavitud del demonio á la libertad de los hijos de Dios *in libertatem gloriar. gloriam Dei*, daréis un día gracias en el cielo á la bondad de nuestro Salvador, que nos ha conquistado esta libertad por el misterio de su cautividad. Así sea.

CONFERENCIA DÉCIMA.

El tribunal de Cafás.

*Principes ejus quasi ignes rugientes.
Judices ejus lupi rapaces. Injuste egerunt
contra legem. Nescivi autem (iniqua con-
suetudinem.*

*Sus principes como leones rugientes. Sus
jueces como lobos rapaces. Obraron injusti-
camente contra la ley. Mas el acusado no cono-
ció la vergüenza.*

(Sophon. 3.)

Uno de los juicios mas inicuos de que se hace mención en la Escritura es la sentencia impia cuya inocente víctima fué Naboth. Para despojarle de su viña, única heredad que le habian legado sus ascendientes, y transferir su propiedad á Acab que deseara con ansia unirla á sus dominios, ¿qué hace la injusta Jezabel? Digna consorte de un esposo tan infame, abusa del nombre y del sello real para reunir un tribunal extraordinario, compuesto de los hombres mas malvados de entre los grandes y los ancianos del pueblo. Por su orden es presentado en él el desventurado Naboth. Dos falsos testigos á quienes ella misma llama abortos del infierno, hijos de Belial, le acusan de haber blasfemado de Dios é insultado al monarca, y en virtud de esta deposicion hace ella condenar á la muerte mas injusta al hombre mas religioso, al súbdito mas fiel que habia en Israel; despues, para enriquecerse con sus despojos y hacerse dueña de su heredad, le hace quitar la vida (III. Reg. 21.)

Esta fué sin duda una sentencia funesta, pronunciada por un tribunal infame y desapiadado. Y sin embargo, este tribunal no era otra cosa que la figura profética de aquel que la verdadera Jezabel, es decir, la sinagoga, debia formar para satisfacer á Cafás, verdadero Acab, con el objeto de hacer acusar por falsos testigos y condenar por jueces inicuos al verdadero Naboth, Jesucristo, á quien se queria despojar de su viña, es decir, de la casa de Israel, de que el mismo Jesucristo se proclama heredero legítimo en la parábola

de los señadores avaros y crueles. Esta es la razón porque ese tribunal sanginario que se había reunido en el palacio de Caifás, adonde debemos seguir hoy la pisada del Salvador que se halla en manos de sus perdidos enemigos, no puede mirarse como una asamblea de jueces, sino mas bien, según lo había designado el profeta muchos siglos antes, como una turba de leones rugientes, ó de lobos acosados por el hambre, impacientes por devorar el cordero divino y saciarse de su sangre: *Principes ejus quasi leones rugientes, Judices ejus lupi esepere*. La deposición de los testigos no presenta ni aun una sombra de verdad; la sentencia de los jueces no deja ver ninguna apariencia de equidad; y jueces y testigos, todos son igualmente falcos, y no se ruborizan de la infamia que recae sobre sus testimonios y su sententia: *Injuste egerunt contra legem, Nesciunt autem iniquis confusionem*. Pues bien, este es el cumplimiento de la profecía que debemos consignar hoy en el tribunal de Caifás, por el carácter de los jueces que le componen y por el de los testigos que en él se admiten, como asimismo por las falsas acusaciones que se reciben contra el Salvador. Este espectáculo nos inspirará horror a la injusticia enorme con que fué tratado Jesús, y nos guardaremos de ser injustos con los cristianos nuestros hermanos.

PRIMERA PARTE.

¿Quién lo hubiera creído jamás! Apenas los discípulos vieron a su Divino Maestro cargado de ligaduras, cuando al momento emprendieron todas la fuga. Como si él hubiera sido un criminal cuyo contacto hubiera podido comprometer a sus amigos y conocidos, no quisieron asociarse mas a su destino, y le abandonaron cobardemente: *Tunc discipuli omnes, relicto eo, fugerunt*. (Matth.)

Ved aquí pues a los apóstoles, enclaustrados en el espacio de dos horas en dos escases contrarios. Antes de la tentación creyeron poder pasar sin los auxilios de Dios, y omitieron la oración; en el momento de la tentación, creyeron que todo estaba perdido, y sucumbieron. Presuntuosos al principio, se hicieron al fin incrédulos. Demasiado confiados desde luego en sí mismos, acabaron por desconfiar del mismo Dios. Así el primer exceso les había ya dispuesto para el segundo, porque existe una relación secreta entre la presunción y la cobardía, entre la temeridad y la huida, entre las promesas pomposas y el olvido total de las obligaciones. Solo a la hu-

midad sincera, según el pensamiento de S. Pablo, pertenece el verdadero valor, supuesto que cuanto mas desconfía el hombre de sí mismo y se apoya en Dios, mas fuerte se hace con la fuerza misma de Dios: *Cum infirmor, tunc potens sum* (II. Cor. 12.)

Aquí, según observa S. Jerónimo, se cumple a la letra todo cuanto Jesucristo había anunciado de sí mismo por boca del profeta. Todos mis confidentes, había dicho, me han abandonado; mi amistad les ha hecho ruborizarse, ellos han rechazado mi sociedad como la de un hombre abominable; amigos, parientes, todos aquellos con quienes vivía me han dejado solo en medio de mi infortunio (1). Por esta razón, añade Sto. Tomás, tuvo el Redentor que sufrir también de parte de sus amigos, por la cobardía con que le abandonaron (2).

Mas no juzguemos a los apóstoles con demasiada severidad, y procuremos compadecernos de su flaqueza. Si su valor se ha debilitado, no es sino cuando han visto a los magistrados y a los príncipes de los sacerdotes venir en persona a apoderarse del Señor, y despreciar toda la rabia y toda la ferocidad de las bestias salvajes: *Judices ejus lupi, Principes ejus leones rugientes*.

Sin embargo esta misma circunstancia, tan sensible a primera vista y tan humillante para el Salvador del mundo, es una nueva prueba de su gloria, de su grandeza y de su majestad. El aislamiento en que sus mas caros amigos le dejan, la ausencia de todo otro ser que sufra por él o con él, demuestra claramente, según S. Jerónimo, que ninguno podría compararse en la naturaleza, pues que ninguno se asoció a su sacrificio, que él es la única víctima capaz de reconciliar a todo el mundo, que él se basta a sí mismo, porque es Dios, y que en este supuesto, así como el solo había orado por todos, él solo también debía entregarse a la muerte por todos (3). El mismo Salvador había anunciado de antemano todas sus disposiciones por estas palabras de Isaías: *Yo me someteré solo a los tormentos de mi pasión, porque no hay en el mundo hombre alguno que sea digno de sufrir conmigo* (4).

(1) Tunc in plerumque dicunt Petrus LXXXVII: Longe fecisti mecum a me: posuerunt me abominabilem tibi. Elongasti a me amicum et proximum, et solos meos a miseris. (In Matth.)

(2) Passus est Christus in suis amicis cum desertis. (In 4. Dist. 15, q. 4.)

(3) Ostenditur quod sicut solus oravi pro omnibus, solus patitur pro universis. (In Matth.)

(4) Torcular calcavi solus, et de gentilibus non est vir cum me.

A pesar de esto los soldados y los demás crueles sicarios procuran no olvidar la advertencia infame que les había hecho Judas, de que velasen cuidadosamente cuando se apoderasen de Jesús, á fin de que no se les escapase: *Tene eum, et ducte eum* (Matth. 14.) Ellos no cesan de amarrar con nuevas ligaduras y de cargar con dobles cadenas al Dios de la libertad; ellos forman á sus costados un cerco mas fuerte; ellos le fuerzan á caminar, ó mas bien le arrastran violentamente al través de las calles; ellos le presentan á la indecente curiosidad de los espectadores como un insigne malhechor, cuya fuga pudiera comprometer la existencia de la religion y la seguridad del estado. En vez de esa gravedad, de esa calma que sienta tan bien á los magistrados, cuando tratan de hacer constituir á un culpable en las prisiones públicas, esos indignos ministros no desprecian aquí otra cosa que una rabia inhumana, semejante á esos animales crueles que arrastran su presa al fondo de los bosques para saciar el hambre que los devora: *Principes ejus quasi leones. Judices ejus lupi vespere.*

El tumulto causado por aquella soldadesca tan numerosa, y los gritos salvajes que lanzan aquellos nuevos Filisteos, mil veces mas culpables que los de otros tiempos, la alegría que manifiestan por la prision del verdadero Samsu, despiertan á los habitantes pacíficos; y las calles se llenan de gentes ansiosas de reconocer al culpable. Los unos le prodigan insultos y los otros se compadecen de su suerte; unos le creen víctima de la calumnia y otros en fin suponen que la sinagoga le habra sorprendido en la perpetracion de algun gran crimen, supuesto que ha procedido á su prision con una ostentacion tan considerable de fuerza.

Entre las turbas de curiosos que habian acudido á este triste espectáculo, los barbaños reconocen á uno de los discípulos secretos de Jesús. Este era un joven que seguía á su Maestro; un sencillo manto cubria su desnudez. Al momento se arrojan sobre él y le cercan por todos lados para prenderle. Mas el joven se despoja súbitamente de su vestidura; él la deja entre sus manos y consigue evadirse. Este episodio que solo se encuentra en S. Marcos, encierra ciertamente un misterio. En primer lugar este empeño furioso de los Judíos en apoderarse de un discípulo secreto, que acababan de descubrir entre las turbas, prueba evidentemente, dice A. Lapidé, que hubieran tenido mucho mas placer en apoderarse de los doce apóstoles, discípulos públicos del Salvador, cuando les encontraron con él en el huerto de Gethsemani, con tanta mas razon cuanto que uno

de ellos habia osado resistirles á mano armada. Si ellos no lo hicieron, fué porque el Salvador les intimó esta orden divina: *Dejad ir en libertad á todos los míos que veis ahí.* Estas palabras fueron el verdadero escudo que sirvió de defensa á los apóstoles, así como fueron tambien la única fuerza que les arranco al furor de aquellos lobos crueles reunidos para devorar las ovejas lo mismo que el pastor, y saciarse igualmente de su sangre.

Además, si este joven discípulo se hubiese encontrado cubierto con sus vestidos ordinarios, no hubiera podido escapar de las manos de aquellos que ya le habían cogido, y sus vestidos hubieran sido sus cadenas; mas en el estado de desnudez en que se hallaba, envuelto solo en un manto de que podia deshacerse sin trabajo, consiguió poner en seguridad su vida. Figura admirablemente expresiva de las disposiciones que debemos tener nosotros si queremos seguir á Jesucristo de cerca, en esta vida de tentaciones, de asechanzas y de peligros, en la que el demonio, representado en los Judíos del Huerto, da vueltas sin cesar en torno nuestro, como un leon rogiendo para devorarnos: *Tanquam leo rugiens circumquærens quem devoret.* (1. Petr. 5.) Si, esclama S. Gregorio; para poder luchar con ventaja contra el demonio, es indispensable nos desprendamos de todo lo que pueda perjudicarnos; es decir que debemos estar separados de todos los bienes del mundo, y prontos á sacrificar y á abandonar aun á aquellos mismos cuyo uso nos está permitido, siempre que se trate de asegurar la salvacion del alma (1).

Entre tanto, el Salvador preso fué llevado al palacio de Anás, que habia sido gran pontífice. Este era un hombre soberbio, avaro, voluptuoso y cruel, y por lo tanto enemigo encarnizado de la doctrina, de la vida y de la persona de Jesucristo. Esta presentacion fué hecha por instigacion de los sacerdotes mas jóvenes. Estos querian proporcionar á aquel anciano la bárbara satisfaccion de ver agobiado bajo las cadenas un personaje tan importante como Jesús que era desde mucho tiempo el objeto de un odio implacable para el pontífice. Pero hay otra razon indicada por Teofilacto; y es que envejecido Anás en la malicia y cargado de años, podria imaginar algun delito secreto, y sugerir algun medio plausible para que el Nazareno apareciese digno de muerte (2).

(1) Quid sunt terrena omnia nisi quædam corporis impedimenta? Qui ergo contra diabolum ad certamen properat, vestimenta abiciat, ne succumbat.

(2) Suspicientes hunc, cum astutius esset, exagitare aliquid posset adversus Jesum dignum morte. (Teoph. in Joan.)

Nosotros ignoramos el recurso de que se valió el pontífice Anás; mas lo que sabemos es que este hombre, después de haber satisfecho su odio salvaje con el espectáculo de las humillaciones y de los insultos del angusto preso, hizo estrechar todavía más sus cadenas, y en este estado le envió á Caifás, digno yerno de su suegro. Este que había sido elevado para aquel año á la dignidad de gran sacerdote, se encontraba también autorizado para juzgar sin apelación los crímenes contra la religión: *Et misit eum Annas ligatus ad Caipham pontificem.*

Aquí conviene hacer notar con S. Gerónimo que, en virtud de la institución divina sancionada por la ley de Moisés, la soberanía del sacerdocio era entre los hebreos una dignidad vitalicia, y al mismo tiempo hereditaria entre los descendientes de Aarón. Mas en tiempo de Jesucristo, la ambición y la avaricia de los jefes de las familias sacerdotales, á pesar de querer adquirir la reputación de ser observadores escrupulosos de la ley de Moisés, habían hecho del soberano sacerdocio una dignidad temporal limitada al espacio de un año y al mismo tiempo la habían hecho electiva, ó por mejor decir, venal; porque el prefecto romano la confería ordinariamente al que mas ofrecía, y S. Gerónimo asegura, según el historiador Josefo, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, que Caifás se había elevado á esta dignidad suprema del sacerdocio, sirviéndose precisamente de su oro como de escala para subir á ella.

¿Debe sorprendernos en vista de esto; añade el sabio Alejano, que este pontífice de iniquidad pronunciase una sentencia inicua? No se sabe que entre los eclesiásticos, Simón está muy cerca de Judas, que la traición es la compañera ordinaria de la simonía y que aquellos á quienes el oro abre la puerta de los cargos eclesiásticos no se mantienen en ellos sino á favor de la injusticia y del sacrilegio?

El Evangelista S. Juan añade á estas reflexiones el peso de una observación de la mas alta importancia. Este Caifás, dice, es el mismo que había declarado poco tiempo antes en la asamblea general de la nación, celebrada en su palacio con ocasión de la resurrección de Lázaro, que el bien público redumaba imperiosamente la muerte de Jesus de Nazaret: *Erat autem Caiphas qui consilium dederat Judæis qui expedit unum hominem mori pro populo.* (Joañ. 18.) Pues bien, esta observación tan grave encierra un sentido profundo, supuesto que el evangelista la hace con la intención bien marcada de no dejar perder de vista que Jesucristo fue conducido, para ser juzgado, á presencia de un magistrado que

había ya pronunciado públicamente la sentencia de su muerte, aun antes de haber oído las acusaciones presentadas contra su persona.

El gran consejo se había reunido en la casa de este hombre tan profundamente perverso, y se había declarado en sesión permanente. Todos los sacerdotes, todos los doctores de la ley y todos los ancianos del pueblo esperaban allí con ansiedad el resultado de la expedición de Judas: *Ubi omnes sacerdotes et scribæ et seniores convenerant.* (Matth. Marc.) Pues bien, esta reunión era digna de figurar al lado de Caifás su jefe, compuesta como está de los mismos hombres que habían decretado en unión con él la muerte del Redentor en el último consejo de que hemos hablado. Así pues esta horrible asamblea es indudablemente aquella de quien el Salvador había dicho en persona de David: Una asamblea de malvados me ha arrastrado hasta el centro de ella. Los hombres pecadores se han citado á ella, esperando la ocasión favorable para perderme: *Consilium malignantium obedit me.* (Ps. 21.) *Me expectaverunt peccatores ut perderent me.* (Ps. 118.) Esta asamblea por consiguiente no se compone de jueces íntegros, ella no encierra otra cosa que crueles verdugos que ocultan un bárbaro furor bajo la toga de magistrados. Luego Jesucristo no es un acusado que va á sufrir la prueba del juicio de los hombres, sino un cordero que va á ser devorado por los dientes de lobos hambrientos: *Judices ejus lupi vespere. Principes ejus leones rugientes.*

Ellos quieren sin embargo disimular su rabia sanguinaria bajo la máscara de la hipocresía, ellos procuran, dice S. Juan Crisóstomo, vestir su intriga de ciertas formas judiciales, y dar al asesinato jurídico del inocente las apariencias de la legalidad: (1) Solicitos por recoger las acusaciones mas inícuas y prestar oídos á los mas atroces calumnias, mudan por todas partes emisarios y súbditos para buscar testimonios; ordenan asimismo, en la imposibilidad en que se encuentran de hallarlos verdaderos y fieles, que se presenten á su tribunal hombres sobornados y testigos falsos. Tan cierto es que para estos magistrados sin probidad y sin pudor, todos los caminos son buenos, todos los medios son legítimos con tal que puedan mandar al suplicio á Jesus de Nazaret: *Principes autem sacerdotum, et omne concilium queriebant falsum testimonium contra Jesum, ut eum morti traderent.* (Marc.)

(1) Nonnulla morè judicario querunt, ut abito judici atque fígura insidias prestant. (Rom. 55, in Matth.)

De aquí debemos deducir que cuando la autoridad hace pesar de una manera evidente el yugo de la opresión sobre el débil inocente, cuando la calumnia espera recompensas, en vez de los castigos que debía temer, el número de los calumniadores y de todos aquellos que venden su conciencia se multiplica infinitamente. Ved aquí porque, dice a este propósito San Juan Crisóstomo, una turba de falsos testigos se presentó á este tribunal de sangre, atraída por la seguridad de su impunidad y por la esperanza de halagar los deseos del Sanhedrin (1). Así se cumplió la predicción del profeta, á saber: Que una nube de testigos corrompidos se elevaría contra el Mesías, pero que sus cargos, lejos de probar su culpabilidad no harían otra cosa que poner en claro su mentira y su iniquidad, y presentar su perversidad en contradicción consigo misma: *Supererunt in me testes iniqui; et mentita est iniquitas sibi.* (Ps. 26.)

En efecto, según el relato de los evangelistas, entre tantos calumniadores no se encontró ni uno solo que hiciese pesar sobre el Redentor una acusación de importancia. Lejos de eso, sus deposiciones eran evidentemente frívolas y despreciables, ó bien se destruían mutuamente por una evidente contradicción; esto tuvo por resultado necesario hacer que desechasen todos los cargos acumulados contra Jesús, cargos reconocidos como insuficientes para poder entablar, con alguna apariencia de justicia, una acusación criminal: *Et non invenerunt, cum multi falsi testes accessissent.* (Matth.) *Multi enim falsum testimonium dicebant adversus eum, et convenientia testimonia non erant.* (Marc.)

¡O triunfo magnífico de la inocencia de Jesús! esclama en este lugar Orígenes. En medio de tan numerosas deposiciones no encuentra la calumnia ni aun una sombra ni una apariencia de que pueda prevalecer contra él (2).

¡Ah! ya sabemos, Señor, que vuestra justicia no podía aparecer injusta, y que vuestra santidad infinita debía mostrarse siempre sin tacha. Yo sabemos, porque el Profeta nos lo había asegurado, que las pesquisas más minuciosas para encontrar en vuestras acciones un solo pecado ó el mas leve defecto, no darían otro resultado que esfuerzos vanos: *Queretur peccatum illius, et non invenietur.*

(1) *Mendaces accedunt multi, volentes gratiam tribuere Caiphae hoc ipsum desideranti.* (Rom. 85, in Matth.)

(2) *Nec color invenietur qui possit contra Jesum adjuvare mendaciam.* (Rom. 35, in Matth.)

(Ps. 10.) Y sin embargo, ¡qué secreto placer nos experimentamos al ver á vuestros mismos enemigos, á pesar de su número y de su astuta malicia, burlados en su criminal esperanza! Ellos han examinado y han escudriñado vuestra vida inmaculada, y se han visto forzados á reconocer su impotencia para encontrar en ella, ni aun en apariencia, un solo hecho ó una sola palabra que pueda vituperar la crítica ó reprobar la mas severa censura. (1)

Dos deposiciones sin embargo parece que debían exceptuarse de entre tantas imputaciones calummosas presentadas contra el Salvador; estas son las de dos testigos falsos que declararon haberle oído decir: «Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días.» Tres años antes había pronunciado Jesús efectivamente este discurso al acercarse la Pascua. Y sin embargo los evangelistas miran también esta deposición como un falso testimonio: *Novissimum ceciderunt duo falsi testes dicentes: Ille dixit: Possum destruere templum Dei, et post triduum reedificare illud.* ¿Cómo pues, pregunta S. Jerónimo, pueden reputarse como testigos falsos dos hombres que dicen la verdad? A esto responde el mismo santo doctor, que el falso testimonio consiste, no solo en afirmar un hecho que no ha sucedido, sino también en dar á las palabras un sentido diferente de aquel en que han sido dichas. Esto es precisamente lo que hicieron aquellos viles acusadores. En primer lugar es cierto que Jesús había hablado de la destrucción de un templo; mas, como los evangelistas han tenido cuidado de advertir, él hizo alusión al templo vivo de su sagrado cuerpo, y de ninguna manera tuvo intención de designar el templo material que edificó Salomón, y reedificó Herodes. En segundo lugar, aquellos testigos, al referir las palabras del Salvador, los habían alterado, le habían añadido algunas expresiones, habían mudado algunas otras, y de esta manera habían dado, á lo que era una calumnia manifiesta, la apariencia de una acusación inspirada por la verdad. Jesús había dicho: «Romped las ligaduras de este templo, y los testigos alteraron esta expresión y le hicieron decir: «Yo destruiré el templo de Dios.» Nótese bien, prosigue S. Juan Crisóstomo, que Jesucristo, á fin de no dejar duda alguna acerca de que sus palabras hacían relación á su cuerpo, no se sirve de las palabras *destruir* y *edificar*, sino que emplea las fra-

(1) *Quod maximam locum exhibet Jesus: qui se irreprehensibiliter dixit, et fecit ut nullum veritatis invenerint in eo reprehensum nisi multi et obstinati.* (Rom. 85, in Matth.)

ses romper las ligaduras (desatar) y resolver, las cuales significan evidentemente un cuerpo animado, un templo vivo y alegórico. Finalmente, para dar mas claridad á sus expresiones, no dice: «Yo romperé las ligaduras de este templo;» sino por el contrario: «Romped vosotros mismos las ligaduras;» giro de frase que hace resaltar mas claramente la alusion que hacia á su cuerpo real, que pudo recibir la muerte de una mano estraña, pero que á él no le era permitido volver sus propias manos contra sí mismo (1).

Además esta acusacion era, no solamente una calumnia manifiesta, sino tambien una necesidad ridícula. Porque, aun admitiendo que el Salvador hubiera tenido realmente la intencion que sus acusadores le atribuyan, de esto no resultaba cargo alguno contra el acusado, supuesto que querer destruir el templo para hacerlo renacer á los tres dias de entre sus ruinas, mucho mas grandioso y magnifico, esto no hubiera sido un acto de vandalismo, sino mas bien una pasion noble por la gloria de este monumento; es indudable por consiguiente que una acusacion semejante no se hubieran atrevido á presentar delante de otros jueces.

Además los Judios eran celosos hasta el fanatismo por la existencia y por la gloria de su célebre templo, y era bastante hablar mal de aquel edificio sagrado para atraerse el odio del pueblo y ser reputado digno de muerte. Así es que Jeremías fue condenado á perder la vida por haber anunciado que Dios destruiria un dia el templo, y convertiria su arca en un horroroso desierto (2); así es que mucho tiempo despues fué apedreado S. Esteban por haber renovado la misma profecía (Act. 6). Esta misma acusacion presentada contra Jesucristo era por consiguiente en manos de sus enemigos un recurso poderoso para sublevar contra él las pasiones populares. Ved aquí por que una deposicion de esta especie, que en ningunos otro tribunal hubiera sido admitida en juicio como prueba; cuando se trata en el de Caifás. Este pontífice no solo la escuchó, sino que la acogió al momento como una prueba legal, le da una grande importancia, la hace propagarse y divulgarse en el pueblo por los emisarios que manda por todas partes. Con estos odiosos manejos consiguió él fin que este mismo pueblo, que poco antes veneraba á Jesus como á un profeta, le detestase despues como á un sacrilego; que las mismas

(1) Vos, inquit, solvite, non ego; quia illicetum est nobismetipsis inferamus manus.

(2) Jer. 26.

voces, que habian hecho resonar en los aires su *Hosanna*; lanzasen cinco dias despues gritos de muerte contra el mismo Salvador, y que aun en el tiempo mismo en que estaba elevado en la cruz, ese pueblo estraviado viniese á echarle en cara con un insulto irónico la pretension audaz que habia manifestado de querer destruir el templo de Dios: *Vah! qui destruis templum Dei!*

¡Infernal astucia de aquellos asesinos disfrazados de jueces! No era aquel un tribunal donde se sentaban magistrados; era verdaderamente, como estaba anunciado, una conjuncion abierta, urdida por profetas del infierno; cada pensamiento fue un proyecto de profunda maldad, cada palabra un insulto, cada acto un atentado contra la inocencia y contra la verdad.

Sin embargo, esta acusacion, mas que suficiente á los ojos de los Judios para hacer pronunciar contra el verdadero Jeremías una sentencia de muerte, no era bastante para decidir al procurador romano á dar su aprobacion á esta inepta sentencia. Y sin esta sancion la sentencia de Caifás no podia ejecutarse. Pilatos, educado en la idolatria, no podia participar del fanatismo de los Judios por el templo del verdadero Dios; por consiguiente él podia á lo mas censurar, como temerarias ó como la expresion de una vana jactancia, unas palabras que no tenian para él ningun sentido plausible; y que además no habian sido puestas en ejecucion; no podia pues darle el valor suficiente para que constituyesen un crimen capital. Mas tarde veremos en efecto que los Judios mismos no se atrevieron á presentar esta acusacion en su tribunal.

Si este testimonio provocó entre ellos una alegría fantástica fue principalmente por el efecto que podía producir y que produjo realmente en el pueblo; pero no quedaron plenamente satisfechos de él. Desesperando pues aquellos verdugos de poder fundar sobre las deposiciones de los testigos ni aun una apariencia de culpabilidad contra Jesus, quisieron encontrarla en sus mismas respuestas. Con este fin tan criminal, olvidando Caifás el respeto debido á la alta dignidad de que estaba revestido en calidad de gran pontífice y de presidente del sagrado consejo, se levanta en medio de la asamblea, y descendiendo al oficio de juez instructor, se aproxima al acusado y le dice con voz insolente: ¿Que haces? ¿Por qué no habías? ¿No oyes los cargos graves que esos testigos hacen pesar sobre tí? Miserable, supuesto que te obstinas en callar, es que nada tienes que responder: *Surgens summus sacerdos in medium interrogavit Jesum, dicens:*

Non respondes quidquam ad ea quæ isti adversum te testificantur?
(Marc. Matth.)

Nada era mas fácil para el Salvador que destruir la acusación presentada contra él de haber querido destruir el templo. Para confundir á sus dos acusadores no tenia mas que repetir sus mismas palabras, cuyo sentido habian alterado aquellos criminales. Sin embargo él no quiso hacerlo; él no opuso una sola palabra á la provocación insolente con que Caifás ereyó haber herido su amor propio, y se encerró en su tranquilo y majestuoso silencio: *Ille autem tacebat, et nihil respondit.* (Marc.)

Y en efecto, ¿para qué había de responder? dice Teofilacto. ¿La sabiduría de Dios, que sondea los corazones, no conocia acaso perdidos desiguales? ¿No sabia que, estando ellos obstinados, como lo estaban, en no abrir los ojos á la luz de las obras de su misericordia, mucho menos habian de prestar oídos á sus palabras (1)? Por otra parte, esta asamblea, añade S. Juan Crisóstomo, no tenia de tribunal mas que la forma; no era en realidad mas que una reunion tenebrosa de asesinos, ávidos de la sangre de Jesus, y para manifestarles que los habia conocido, no se dignó responderles; su silencio era una elocuente reconvenccion (2).

En otra conferencia explicaremos el misterio profundo del silencio que Jesucristo guardó ante los tribunales. Hoy nos contentaremos con hacer conocer, con S. Cipriano, la majestad y la grandeza que resplandece en el noble silencio que Jesus opone á los que le imputaban haber magnificado la destruccion del templo. Es necesario recordar á este fin, que al pronunciar Jesus tres años ántes estas notables palabras: Romped las ligaduras de este templo, y yo lo resucitaré en tres dias, habia anunciado con palabras terminantes la perfidia de los Judios que le habian de condenar á muerte, y su propio poder divino, en virtud del cual habia de resucitar al tercero dia. El tiempo en que debia cumplirse esta doble profecía, habia llegado ya. ¡O misterio sublime! Las mismas palabras que el Señor habia pronunciado cuando celebró la primera Pascua de su vida pública, se reproducen en la última. Se desentierra como un recuerdo acusador la predicción que él habia hecho de su muerte y de su resurrección.

(1) *Ipsi vero sciebant eorum præcordia, quod qui non crederant operibus, multo minus sermonibus crederent.* (In Matth.)

(2) *Etenim solum figura iudicii ibi erat; in veritate autem latronum inurusus sicut in spelunca; et ideo Dominus silet.* (Hom. 85. In Matth.)

ción; se le forma un crimen de haber anunciado con anticipación que la vida le sería quitada por los mismos que le preparan la muerte en este momento. Mas si la infernal perfidia de estos iníquos personajes les da el triste mérito de ser los ciegos ministros, los ejecutores sacrilegos de la profecía salida de su boca, su orgullo los hace indignos por otra parte de comprender el grande y consolador misterio que en ella se encierra. Luego si Jesus hubiera explicado el verdadero sentido de aquellas palabras, hubiera hecho una revelación absolutamente perdida, y esta es la razón porque calla. Él confia á sus apóstoles la misión de predicar á los espíritus humildes y á los hombres de corazón sincero el complemento de la segunda parte de su profecía, es decir, el gran prodigio de su resurrección. Él deja á los Judios el cuidado de cumplir, á su voluntad, la primera parte; él quiere que, con la muerte que se disponen á darle, rompan ellos mismos las ligaduras de su templo viviente, separando de su cuerpo su alma divina, que era como el pontífice de él; esperando este momento, objeto de los deseos de su corazón, la verdad eterna oscurecida por falsos testimonios, el Verbo, la palabra interior de Dios, sometida á los juicios engañosos de los hombres, cae como una víctima que espera que la mano que debe inmolarla descargue el golpe de expiación (1).

Mas, ¿qué hace Caifás y sus consejeros á vista de este silencio, verdadero triunfo para el Salvador? Ay! ¡Una especie de vértigo infernal se apodera de ellos; y lejos de haber podido comprender el grande é inefable misterio de que ellos mismos van á ser los ministros, ni aun aprecian las apariencias. Y ¿cosa sorprendente! es necesario confesarlo: Pilatos, á pesar de ser pagano, aquel hombre que no habia sido ilustrado por la fe, ni habia nacido bajo el imperio de la ley, como lo veremos en otro lugar, Pilatos se sorprende del majestuoso silencio que Jesus guarda tambien en su presencia, él sintió aumentarse su admiración y su respeto, y rebló sus esfuerzos y su celo por librarle del suplicio. Y los Judios, adoradores del verdadero Dios, ese pueblo privilegiado que habia recibido una ley de justicia y de verdad, lejos de conocer que el silencio del Salvador hacia brillar su inocencia mucho mas que si les hubiese respondido, toman de él ocasión para odiarle mas y para llenarle de oprobios, y su furor se aumenta, y sus persecuciones no cesan sino después de su

(1) *Falsa testimonia Veritas premitur; Sermo Dei iudicatur, et ad victimam latens reducitur.* (De Pass.)

morte. ¡Barbaros! Ellos habian depuesto todo sentimiento de humanidad. Mas furiosos aun que esos animados feroces que sacian su crueldad a favor de la noche, á la infamia y á la iniquidad, con que ellos se cubren, añaden el crimen de caminar con su frente elevada y no ruborizarse de su injusticia ni de su infamia: *Principes ejus leones rugientes, Judices ejus lupi vespere. Injuste egerunt contra legem; Nesciunt autem iniquis confusionem.*

¡Ved aquí el horroroso abismo en que cae el hombre cuando las pasiones le hacen perder de vista á Dios y á la Religión!

SEGUNDA PARTE.

¡Ojalá, hermanos míos, el tribunal de Caifás hubiera sido arrastrado para siempre en la destrucción de Jerusalem cuyo escándalo era, y hubiese permanecido enterrado para siempre bajo sus ruinas! Mas, ¡ay! en nuestros dias principalmente parece que ese tribunal infame renace de sus cenizas, y es demasiado cierto por desgracia que se multiplica en una proporción espantosa entre las naciones cristianas, con menosprecio de la fe y de la ley de Jesucristo. ¿No estamos viendo en efecto diariamente una nube de hombres, á quienes no reconociendo mérito ni virtud alguna, lanzarse sobre los empleos públicos por los mas vergonzosos caminos? Esas almas bajas, que han abdicado todo instinto de conciencia y que jamás han penetrado en el santuario de la ciencia, no solicitan los cargos públicos sino por la autoridad de que disfrutan, por los honores inherentes á ellos, por los adelantos de fortuna que proporcionan y por la impunidad que aseguran. Poco les importan los deberes que imponen ni la responsabilidad que llevan consigo. A imitación de Caifás y de los sacerdotes, verdaderos satélites de sus crimenes mas bien que ministros de su sacerdocio, los hombres á quienes aludo, llegan á los empleos públicos por los caminos de la corrupción y de la intriga, y nosotros tenemos el dolor de no verlos sostenerse en ellos sino por medio de la injusticia: *Qui per avaritiam accedit, per iniquitatem servatur.*

Si exceptuamos esos hombres extraordinarios cuya reputación, en todos tiempos y en todos lugares, los pone á salvo, podemos decir con verdad que una turba de almas vulgares invaden hoy los cargos sociales en los países que mas se vanaglorian de sus costumbres y de su civilización. La mayor parte de esos dichosos advenedizos, ni aun pueden paliar la baja de sus sentimientos con el prestigio de

su nacimiento. Sin fortuna, y lo que es todavía peor, sin mérito se levantan de las clases mas oscuras y usurpan un lugar entre los grandes del pueblo, no apoyándose en el brazo de la justicia sino asiéndose al favor ó á la intriga. Tan soberbios y altaneros al presente como viles y aduladores fueron en otro tiempo, parece que quieren indemnizarse sobre el público y sobre sus desgraciados subalternos del largo novellado de humillaciones y de bajas que sufrieron bajo el dominio de sus superiores, y procuran explotar su flaqueza, sorprender su confianza y burlar su credulidad. ¿No es cierto que se ven en nuestros dias muchos ramos de la administración convertidos en verdaderos feudos de una inmensa renta, y hechos el privilegio exclusivo de cierta clase de hombres y de familias? Los Barones del monopolio ejercen en él la dominación mas dura, y despues hacen pesar la responsabilidad de su conducta sobre algun superior imbécil, á quien atribuyen la causa de todas las faltas que señalan su administración, de todos los actos arbitrarios que cometen, de todos los gastos que hacen y de todas las injusticias, las vejaciones y los abusos de poder de que se hacen culpables. Se ha levantado un grito contra la antigua aristocracia; se ha ajado la antigua nobleza, nacida en siglos de fe. Yo no negaré los abusos que se le han echado en cara; pero no temo asegurar que esos abusos fueron mucho mas tolerables que los que comete la aristocracia nueva, nacida en este siglo de incredulidad y de indiferencia, quiero decir la aristocracia de los empleados y de los industriales. ¿No es cierto que esta nueva aristocracia adolece de todos los vicios de la antigua, sin poseer ninguna de las virtudes que eran como su compensación expiatoria? No es cierto que ella manifiesta, como la antigua, toda la insolencia del orgullo, sin distinguirse igualmente por rasgos magnánimos de caridad; que, como ella ostenta el desarrreglo de las costumbres, sin tener la misma nobleza de pensamientos; que ella ejerce el mismo despotismo, sin manifestar la misma generosidad; que ella se entrega á todas las locuras del capricho, sin poseer la misma elevación en los sentimientos y en los modales? La aristocracia de otros tiempos estaba compuesta de un pequeño número de familias; la de hoy se ha multiplicado de tal modo que la mitad del género humano parece que se ocupa en nuestros dias en gobernar á la otra mitad, sin poder conseguirlo. La antigua aristocracia constituía la fuerza de los Estados; la nueva es el azote y la desgracia de la patria. Ella es quien de dia en dia hace mas onerosos los impuestos por el modo con que los aplica; ella es quien hace mas

odioso el gobierno á quien sirve; ella es en fin quien hace mas desgraciado el pueblo cargado con la obligación de sostenerla.

La aristocracia de los títulos tenía la vanidad por herencia; pero el carácter distintivo de la aristocracia de fortuna es la crueldad. Ved lo que sucede en las oficinas de la administración, cuando llama á la puerta el desgraciado ó el inocente que ni tiene protectores que invocar, ni presentes que ofrecer, ni recompensas que prometer para lo futuro. ¿Se encuentra acaso alguno que se digna animarle con una sonrisa? No. Si él suplica, todos se tapan los oídos; si dirige alguna exclamación, no se hace justicia á su demanda. Viles satélites, colocados en el umbral del templo de la fortuna y del santuario de la justicia, prohíben la entrada á los que no tienen mas recomendación que la de la inocencia, del mérito y de la virtud, y conceden favores y gracias mas difíciles de pedir que de obtener. Y en este supuesto, ¿quién podrá numerar las injusticias cometidas diariamente, las recompensas negadas ó suspendidas, los méritos olvidados y los inocentes oprimidos? ¿Quién podrá numerar las lágrimas que por esta causa se vierten? Y sin embargo, contemplad los autores funestos de tantas desgracias! Ellos apenas se dignan echar una mirada desdenosa sobre las víctimas de su insaciable codicia y de su egoísmo cruel, ó fijan sobre ellas una mirada de indiferencia, mientras que por su parte hacen callar sus remordimientos al ruido de los festines. Tan descarados como injustos, ostentan á los ojos del público escandalizado el insultante espectáculo de una opulencia, fruto vergonzoso de su rapacidad, y de la fortuna que han levantado sobre la miseria ajena.

¿Qué pensáis vosotros, hermanos míos, de esos hombres que pueblan sin embargo todos los países de la Europa civilizada y cristiana? ¿No creéis que, con todos los principios de moral y de religión, han abjurado también todos los instintos de humanidad? Sin duda alguna; el león que destruya, el lobo que devora el rebaño sin defensa, tiene mas pudor y menos crueldad que esos hombres de corazón de bronce que son la vergüenza del siglo XIX. ¡O Caifás, que tanta de imitadores y de discípulos cuantos todavía entre nosotros! *Principes ejus leonibus rugientes. Judices ejus lupi vesperes.*

Mas, ¿dónde está la causa de esta plaga que consume el cuerpo social y que amenaza estender cada día mas su horrible gangrena? Es necesario decirlo; Caifás, lo mismo que los sacerdotes y los ancianos de los Judíos, no estaban tan corrompidos, ni eran tan avaros y tan crueles sino porque pertenecían á la secta de los Saduceos.

Desechando por lo mismo el dogma de la inmortalidad del alma, no tenían la santa esperanza ni el temor saludable de la vida futura, y se ocupaban únicamente en crearse por todos los medios imaginables una felicidad material en este mundo. Pues bien, los mismos efectos suponen la presencia y la acción de los mismos principios y de las mismas causas. El libertinaje que levanta insolentemente la cabeza, la avaricia que no conoce ya freno, ese furor monstruoso de querer hacer su fortuna con los despojos de sus semejantes, todos esos vicios, esparcidos en las clases todas de la sociedad actual, prueban que los cristianos modernos han desterrado de su memoria la Religión y sus leyes santas, Dios y sus terribles juicios, la muerte y su saludable terror, la eternidad y sus terribles suplicios; de modo que en todas las moradas de esos hombres friamente egoístas y crueles podría grabarse esta inscripción afrentosa: Aquí habitan unos hombres que no viven ya á los ojos de Dios: *Non proposuerunt Deum ante conspectum suum.* (Psalm.) Todo este trastorno de la sociedad es una prueba evidente de que la caridad se resaca en razón á la disminución de la fe, y que el espíritu del interés individual está tan triunfante en el mundo porque el conocimiento y el amor de la verdad se han extinguido insensiblemente en él: *Quoniam diminuta sunt veritates á filiis hominum.* (Psalm.)

No parece sino que en nuestro siglo, el vapor, esa potencia nueva ha llevado, en su rápido curso, la Religión lejos de nosotros; no parece sino que el hierro, destinado en adelante á facilitar las comunicaciones de los pueblos entre sí por caminos nuevos, ha hecho olvidar el camino que conduce al cielo. En medio de todas las invenciones, en medio de todos esos admirables descubrimientos que se han hecho para proporcionar el bienestar del hombre en este mundo, nada se ha hecho para acelerar el progreso de la virtud; y mientras que los cristianos afluyen en los teatros, el Señor ve sus templos cada día mas desiertos. Y sin embargo no es el lujo ni los teatros, no es la elegancia en los modales ni los círculos brillantes lo que forma la verdadera civilización de un pueblo. El humilde labrador de las campiñas que, instruido en sus deberes de cristiano, los cumple con fidelidad; que lleno de piedad para con Dios, se conserva casto en sí mismo y se muestra justo con su prójimo; que acoge al huérfano y alivia las miserias de la viuda; que practica la caridad con el pobre y la hospitalidad con el extranjero.... Un hombre tal, á pesar de su exterior tosco, es mil veces mas civilizado que el rico habitante de las ciudades que, bajo formas halagüeñas y distinguidas, oculta un co-

razon corrompido y un refinado egoísmo. El conocimiento y la práctica de la verdadera Religión es lo que forma la civilización verdadera. Convenimos en que esta fiebre que devora á tantos países no ha llegado todavía á su apogeo en nuestra bella Roma, que la idolatría del oro no es todavía en ella, como en otros países, el culto dominante, y una especie de religión de Estado. Pero si el mal no es en ella tan profundo, ¿puede llegar á serlo?

Redoblad pues vuestra vigilancia, padres de familia, maestros de la juventud, depositarios de la autoridad; redoblad vuestra influencia y vuestro celo para propagar en todas las clases del Estado el conocimiento, el amor y la práctica de la verdadera Religión. Evitad á la moderna Jerusalén, con vuestros esfuerzos en prevenirlos, el escándalo, el oprobio y todos los males que causaron la ruina de la antigua capital del pueblo de Dios. Salvadla, en una palabra, de la desgracia de tener por magistrados y por administradores á esos hombres crueles cuyo corazón está siempre abierto á la injusticia y siempre cerrado á la compasión, y cuya frente jamás se ruboriza: *Principes ejus leonem rugientes. Judices ejus lupi espersi.*

CONFERENCIA UNDÉCIMA.

La Bofetada.

Recogitate eum qui talem sustinuit á peccatoribus odere et semetipsum contradicere, ut ne fatigemini, animi vestri deficientes.

Pensad en aquel que sufrió una gran contradicción por parte de los pecadores, para que no os desaniméis ni enlojéis en el abatimiento.

(Hebr. 12.)

Todos los perseguidores de la verdad han sido siempre tan artificiosos é hipócritas como injustos y crueles. Ved á Acab. Ese monarca impío aborrece de muerte al inocente y animoso Miqueas, porque este profeta le echa en cara sus vicios y le amenaza con los castigos de Dios (1). Sin embargo, él hace comparecer un día ante su infame tribunal, compuesto de cuatrocientos profetas falsos, animados todos por el espíritu del demonio, al piadoso Miqueas, único profeta inspirado por Dios. El le ruega y le conjura que le descubra claramente la voluntad del cielo (2), mientras que en el fondo de su corazón solo le pregunta con el fin de encontrar en sus respuestas una ocasión ó un pretexto para hacerle morir. En efecto, apenas el profeta habla, cuando su discurso lleno de modestia y de sinceridad, es mirado como un audaz insulto; uno de los satélites del rey, seguro de que agradará en ello á esta majestad indigna, imprime en el rostro del profeta una insolente bofetada, y el rey y su consejo acaban por condenar á Miqueas á la pena de muerte.

La palabra Miqueas significa: «Que es igual á Dios, ó Hijo de Dios.» Y como no reconocer, dicen los Padres y los intérpretes, en este hecho acaecido en el tribunal de Acab, la historia anticipada,

(1) Ego odi eum, quia non prophetat mihi honorem sed malum. (III. Reg. 22.)

(2) Adjuro te, ut non loquaris mihi nisi quod verum est in nomine Domini.

la profecía clara y terminante de lo que sucedió al verdadero Miqueas, al Hijo de Dios, igual á su Padre, cuando se presentó ante el tribunal de Caifás? Este pontífice indigno, lo mismo que su tribunal compuesto de hombres infames, cuya pintura hice ayer, profesaba también un odio profundo á Jesús, porque este divino Salvador no cesaba de censurar su vida escandalosa y de anunciar los castigos próximos á estallar sobre él. Sin embargo, por una artificiosa malicia, le escita á hablar no para que se justifique, sino á fin de que sus palabras sumistren un motivo de acusación contra él. Mas apenas abre la boca, cuando una bofetada sacrilega marchita su rostro sagrado, y jueces y pontífices se apresuran á condenarle.

¡O ultraje sangriento hecho á la majestad de Dios ante el tribunal de los hombres! El nos recuerda, dice S. Pablo, que solo por nosotros sufre Jesucristo una contradicción tan grande y una afrenta tan cruelmente ignominiosa. El nos enseña que no debemos entregarnos al resentimiento ni al rencor cuando recibimos una injuria por parte de los hombres, sino que por el contrario debemos sufrirla con paciencia, en vista de lo que el Hijo de Dios, tan santo y tan inocente, sufrió por nosotros: *Recogite cum qui talem sustinuit á peccatoribus adversis semetipsam contradictionem, ut ne fatigantur, animis vestris deficientes.*

Aulmados de estos sentimientos, debemos meditar hoy todas las circunstancias de la injuriosa bofetada, de la afrenta cruel que recibió nuestro Salvador, y examinar el misterio que en ella se encierra, las instrucciones que nos da y las gracias que puede alcanzarnos.

PRIMERA PARTE.

Ya hemos visto que á pesar de todos los medios de seducción, á pesar de la autoridad suprema de que estaban investidos los magistrados y los pontífices que se habían erigido en jueces del Mesías, con todos sus esfuerzos y á pesar de haber mendigado y escuchado un gran número de falsas suposiciones, no habían podido encontrar un solo testimonio que pudiese hacerle alguna reconvencción digna de aprecio. Hemos visto también que aquellos jueces iníquos habían puesto al preso en el caso de justificarse de las imputaciones presentadas contra él, con la intención bárbara de sacar de sus respuestas un motivo de acusación que en vano habían esperado entrar en las deposiciones de los testigos; pero que el Señor había confundido sus culpables designios guardando un profundo silencio. ¿Qué hace en-

tonces el astuto Caifás? Principia á interrogar á Jesús sobre los discípulos de que se había rodeado y sobre la naturaleza y el objeto de su doctrina (1). El infame pontífice se lisonjaba, dice S. Juan Crisóstomo, de poder descubrir por este medio alguna cosa censurable en su doctrina, supuesto que no había podido encontrarla en su persona, y esperaba hacerle pasar por un ciudadano sedicioso, jefe de sociedades secretas, é innovador peligroso en materia de religión (2).

Si Jesucristo nuestro Redentor no hubiera sido al mismo tiempo nuestro Maestro, hubiera eludido también esta capelosa pregunta de Caifás, guardando el mismo silencio y manifestando el mismo desprecio. Pero importaba á toda la Iglesia, que había venido á fundar, saber que el no era autor de una doctrina oculta, que busca las tinieblas y aborrece la luz; y en este supuesto, pensando mas bien en instruir á los cristianos futuros que en satisfacer la insidiosa curiosidad de los Judíos presentes, responde con una voz grave y majestuosa: « Yo he hablado siempre públicamente á todo el mundo; yo he enseñado en la sinagoga y en el templo, y las doctrinas que he explicado privadamente no son diferentes de las que he anunciado en público. Por consiguiente, en vez de preguntarme á mi preguntad mas bien á algunos de los que me han oído: ellos saben perfectamente y pueden decir lo que les he enseñado (3). » ¡O respuesta admirable! El que con un tono tan imponente asegura haber hablado públicamente al mundo, se anuncia evidentemente y se revela como el verdadero Maestro y el verdadero legislador del mundo.

Por otra parte, no puede imaginarse, dice S. Agustín, una cosa mas dulce, mas sensata ni mas justa que esta respuesta tomada en su sentido literal (4). El Salvador hizo alusión principalmente á los emisarios que los mismos sacerdotes habían enviado un día con la

(1) Pontifex ergo interrogavit Jesum de discipulis ejus et de doctrina ejus. (Joan.)

(2) Quia Christus nulla crimina inferre poterat, interrogat de discipulis; veluti cum quasi seditionum arguere, conciliabula facientem, novaque dogmata inferentem. (Iren. 82. in Joan.)

(3) Ego juxta locutus sum mundo. Ego semper docui in synagoga et in templo, in quo omnes Judæi conveniunt. Et in occulto locutus sum nihil. Quid me interrogas? Interroga eos qui audierunt quod locutus sum ipsis. Ecce hi sciunt quid dixerim ego. (Joan.)

(4) Quid ista responsio verius, aut mansuetius, aut justius. (Treat. 113. in Joan.)

comisión de prenderle mientras que enseñaba en el templo, y que se habían hecho sus admiradores y sus discípulos después de haberle oído. (Joan.) Él dice que nada era más fácil que saber de boca de ellos lo que el había enseñado, y que el camino más sencillo y más legítimo en un juicio semejante era el de dirigirse á ellos, mas bien que á él. Porque, ¿se ha oído decir jamás que cuando se trata de doctrinas peligrosas ó sospechas se principie por interrogar á los que las han propagado, sin preguntar antes á los que las han oído?

Además, añade el S. Juan Crisóstomo, por esta respuesta, que es una apelación al testimonio no sospechoso de sus enemigos dispuestos á tenderle asechanzas y á perderla, demuestra el Salvador que tiene una convicción íntima de no haber enseñado más que lo verdadero y lo justo (1).

Más los criados de Ilibra, insolentes por su naturaleza, lo son hasta el exceso á la sombra de la protección de los grandes. Ved aquí pues que un lacayo del soberano pontífice, aquel mismo Malco, cuya oreja había curado Jesús milagrosamente en el Huerto, se adelanta hasta el medio de la sala donde Jesús estaba en pie, y tan cruel verdugo, como vil y bajo adúlador, dice el abad Ruperto (2), levanta su mano sacrilega, y con la intención de agradar al pontífice hiere violentamente el sagrado rostro de Jesús. En vez de mirar esta brutal acción como una ofensa hecha á la dignidad del tribunal, todo el Sanhedrín la aplaude; de modo que animado el insolente criado por estas señales de aprobación, añadiendo el insulto á la brutalidad, dice al Salvador: «Temerario, ¿es así como te atreves á responder al pontífice supremo (3)?»

¡O indignidad! ¡O afrenta! esclama en este lugar S. Juan Crisóstomo. ¿Puede imaginarse un ultraje más sangriento ni un insulto más atroz (4)? El rey de la gloria es maltratado por el más vil de los esclavos; el hijo de Dios es vilipendiado por un hombre, desecho de los otros hombres. ¡Ay! añade S. Efrén, la tierra tembló, los cielos se llenaron de espanto, los ángeles se estremecieron de horror y se

(1) Ad nos: Interrogá inimicos meos, qui audierunt me. Sunt hoc verba confidentis in eorum qui dicta fuerant: veritate. Hinc enim est veritas inalterabilis demonstratio: cum inimici quis vocal testis. (Homil. 82. In Joan.)

(2) Fortis percussit et malus adulator. (Lib. 13. in Joan.)

(3) Hinc enim dixisset, unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu, dicens: Sic respondes pontifici? (Joan.)

(4) Quid hinc continetis potest adscripi? (Hom. 86. in Matth.)

cubrieron el rostro con las alas al ver á este ministro de iniquidad ultrajar de una manera tan cruel y tan bárbara al Dios de majestad (1).

¿Por qué, o ángeles del cielo, no destruisteis á este criminal? Cielos, ¿por qué no le azotasteis? Y tú, tierra insensible, ¿por qué no abriste tus abismos para que el infierno le tragase vivo? ¡Ay! dice San Agustín, si Jesucristo hubiera querido castigar este ultraje sacrilego, ¿qué diábol hubiera sido esto á aquel cuyo poder crió el mundo? Pero, en estas circunstancias prefirió enseñarnos con su ejemplo la paciencia, con la que se triunfa del mundo (2).

Así pues en vez de dirigir reconvenções estériles al autor infame de un insulto tan atroz, ocupémonos en pensar, con todo el entusiasmo de nuestro espíritu y toda la ternura de nuestro corazón, en la santidad, en la grandeza y en la majestad del Dios hecho hombre que sufrió este oprobio: *Recogilate cum qui talen sustinuit á peccatoribus adversus semetipsum contradictionem*. Y si somos sus verdaderos discípulos aprendamos á conformar nuestra conducta á la suya (3).

¿Hay en efecto, dice S. Efrén, una cosa más capaz de estremecernos que la actitud de Jesús? No es un milagro sorprendente ver al floedor, indignamente maltratado, mostrar tanta paciencia ante la audacia sacrilega de su verdugo? Un vil y despreciable criado es el autor de esta afrenta, y el Señor del universo el que la recibe! El esclavo se muestra agitado por un furor infernal, y Jesús, á pesar del fuego que anima su rostro, permanece sereno y conservata la bondad divina de su corazón. ¡Ultrajado por una bofetada, la mayor de todas las injurias, responde con la mas admirable moderación y la prudencia mas perfecta (4)!

Ciertamente Jesús hubiera podido interpelar á Caifás, y llenar de reconvenções á este señor inhumano, cuyo odio manifestado habia animado la insolencia de su criado; él hubiera podido decirle con mucha mas razón que S. Pablo al gran sacerdote Ananías: «Dios

(1) Contremuerunt caeli, expaverunt Angeli et facies suas alii contemuerunt, cum elaver minister iniquitatis alapam Domini majestatis. (Serm. de Pass.)

(2) Quis per potentiam non potuisset per quam factus est mundus: irascipatiam docere voluisset, qui vincit mundus? (Tract. 133. in Joan.)

(3) Ut non fatigamini, desidentes animis vestris. (Hebr. 12.)

(4) Palma enim á servo, rationaliter proutenterque respondit. (Serm. de Pass.)

te herirá por sí mismo, muralla blanqueada, que sufres y apruebas que yo sea cobardemente herido en tu presencia. Mas no; conservando Jesús hasta el fin, observa S. Cipriano, el respecto al sacerdocio en la persona de aquel que estaba revestido de él, á pesar del abuso indigno y escandaloso que de él hacia, se vuelve hacia el hombre que le ha herido, y sin manifestar ningún enfado ni alteración, se contenta con decirle modestamente: « Si he dicho alguna cosa que no deba decir, muéstrame en que he hablado mal: y si ya nada he dicho que no sea justo y razonable, ¿por qué me hieres (1)? »

Pero, podrá preguntarse con S. Agustín, ¿por qué el Salvador, que siempre apoyó su doctrina con su ejemplo, no observó aquí lo que había aconsejado que se hiciese en semejantes circunstancias? ¿Por qué no presentó la otra mejilla al que le había dado la bofetada, y sufrió silencioso el insulto que acababa de recibir (2)? Ay! responde el mismo S. Agustín, no solo cumplió el Salvador á la letra el consejo divino que había dado, sino que hizo todavía mas. Porque en el palacio mismo del infame Caifás, como vamos á ver muy pronto, presentó con una paciencia admirable, no una vez sino mil, sus dos mejillas á las manos crueles de una soldadesca insolente, y mas tarde, no solo fue manchado su rostro con bofetadas denigrantes y con impuras salivas, sino que ofreció todo su cuerpo inmaculado para que fuese desgarrado por los azotes y clavado en la cruz.

Si en esta primera ocasión, no presentó la otra mejilla sin: proferir una palabra, abrió así por muchas razones, todas igualmente dignas de su sabiduría y de su tierno amor para con nosotros. En primer lugar Jesús fue acusado, oprimido y castigado por el infame Malco en presencia del primer tribunal de la nación, porque había faltado al respecto al gran sacerdote. Pues bien si él hubiera disimulado y guardado silencio ante esta grave acusación: si después de haber sido herido en la mejilla una vez, hubiera presentado la otra para recibir un segundo ultraje, hubiera podido creerse, dice un intérprete, que se reconocía culpable, y que confesaba de una manera tácita haber merecido tal castigo. (A. Lap.) No convenia, añade otro intérprete que el Señor permaneciese bajo el peso de esta

(1) Respondit ei Jesus: Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo. Si autem bene, cur me collis? (Joan.)

(2) Ille dicit aliquis: Cur non fecit quod ipse precepit? Percutienti, saltem, non sic respondere, sed maxillam debuit alteram prebere. (Tract. 13 in Joan.)

acusación, haciendo creer que había faltado á la dignidad sacerdotal. (Jans.) Debíó pues rechazar la acusación que se hacia pesar sobre él, quejarse con dulzura del tormento cruel que se le hacia sufrir y pedir una prueba del crimen que se le imputaba, á fin de que la imposibilidad que habia de admitir esta prueba, hiciese brillar su inocencia á los ojos de todos, y pudiese en evidencia la injusticia de sus enemigos. Estas respuestas, estas palabras admirables encierran tambien una sabiduría profunda. Supuesto que Jesús se habia colocado en lugar nuestro, era propio de su caridad infinita conseguir en ser castigado como nosotros habíamos merecido serlo; pero convenia tambien á la sublime dignidad, á la excelencia de su ministerio y á la humanidad misma, que su vida resplandeciese pura de toda mancha, y que ni su inocencia ni su santidad infinita estuviesen un solo instante dudosas é inciertas, á fin de que fuese evidente á todos que el pecado por que fue castigado era nuestro, y no suyo, y que si sufrió como uno de nosotros, sufrió tan solo por nuestro amor.

Efectivamente, dice S. Cirilo, el Salvador no quiere sufrir una afrenta tan grande delante de los hombres, sino porque habia de ser mas grande aun la vergüenza que nosotros debíamos experimentar en vista de nuestros pecados al presentarnos delante de Dios. La bofetada ignominiosa que Jesús recibe de los pecadores es por consiguiente á un tiempo misma expiatoria y consoladora; ella es, por decirlo así, el salvo-conducto concedido á los pobres pecadores para que pudiesen comparecer en presencia de Dios sin temor y sin afrenta. Porque en el momento mismo en que el Hijo de Dios recibió como uno de nosotros y aceptó por nuestro amor con tanta resignación un insulto tan injusto y tan atroz, su Padre, en vista del mérito infinito de una expiación tan grande, borró generosamente de nuestra frente la marca de la ignominia que habíamos contralido por nuestras culpas, y nos sacó de la vergüenza que debia hacernos ruborizar y helar de espanto en su presencia. Así pues, al tomar el Redentor para si solo la deshonra que nos pertenecía, nos mereció su propia seguridad y su propia confianza delante de Dios, así como por su muerte nos mereció su misma vida (1).

Luego supuesto que el recuerdo de nuestros pecados y la conciencia de nuestra ingratitude y de nuestra indignidad nos cubren de

(1) Deleceat peccato finimus; quam notam injustum Christi detulit de decore. Nam sicut sua morte mortem nostram destruxit, ita peccatorum nostrorum de decore alio Christi infecta delevit. (Lib. 11. in Joan.)

confusion; supuesto que al levantarnos para ir en busca de Dios, sentimos debilitarse nuestras rodillas y estremecerse nuestro corazón; supuesto que nuestra lengua vacila y tartamudea, y que el rubor se estienda sobre nuestra frente, hasta el punto de que no osamos levantar los ojos hacia él, ni dirigirle la palabra; debemos figurarnos en nuestra imaginación el ultraje infamante, el insulto cruel que Jesús experimentó por parte de los pecadores, para bien de los pecadores mismos; este será un medio apropiado para no dejar abatirse nuestra confianza ni nuestro ánimo: *Recogitate eum, qui talenti sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem*. Y dirigiendo el corazón a Dios debemos decirle entonces con el profeta: Señor, mi bajeza y mi infamia me hacen indigno de que cebeis sobre mí una sola mirada de misericordia; pero mirad el rostro sagrado de vuestro Hijo Jesús: ved en él la señal de la cruz bendita que recibí por mí; y por el mérito de su ignominia, borrad la mía; y volvedme vuestra confianza, vuestra protección y vuestro amor (1).

SEGUNDA PARTE.

Al manifestarse el Salvador sensible al insulto que había recibido en la ocasión solemne de que acabamos de hablar, y al preguntar jurídicamente el motivo, obró como nuestro Maestro y nuestro modelo: porque de ese modo nos dio a entender que los primeros movimientos de impaciencia o de cólera, que el hombre siente cuando recibe una injusticia o una afrenta, no son pecados, supuesto que preceden á la reflexión y al juicio de la razón. El nos hizo comprender que al sentir el calor subirse al rostro, entenderse la sangre, y agitarse el espíritu; al experimentar una repugnancia, una antipatía interior en el acto de encontrar á un enemigo personal, de oírle hablar, ó de escuchar su nombre, sobre todo si la herida está todavía ensangrentada y la ofensa es reciente; todos estos sentimientos que se elevan en nosotros sin nuestra participación, como movimientos de la naturaleza irascible, independientes de la voluntad, no nos hacen culpables á los ojos de Dios, y que por el contrario pueden ser un motivo de mérito, si los alojamos en nuestro interior y los reprimimos con prontitud. El nos ha enseñado que la ley del perdón de las

ofensas y del amor de los enemigos no nos obliga á abandonar nuestra inocencia bajo el peso de la culpa, ni á condenarnos á un silencio tan absoluto, que no podamos protestar contra la inicuá persecución que nos oprime; y que si ella quiere que hablemos con sabiduría y con dignidad cuando nos vemos inculpaos ó castigados injustamente, ella nos autoriza al mismo tiempo á pedir, á ejemplo de Jesús, la prueba y la razón de los crímenes que se nos imputan, de los indignos tratamientos que se nos hacen sufrir, y á poder decir igualmente: « Si he hablado mal, manifestad en qué; y si he hablado bien por qué me herís? » Y, compadecido de nuestra miseria y de nuestra flaqueza, ha querido endulzar así la severidad de la ley que ordena el perdón de las ofensas, y facilitarnos su observancia: *Ut non fatigemini, animis vestris deficientes*.

Sin embargo cuando Jesús se quejó de la afrenta que se le hacía, y pidió la razón de ella, habló, es verdad, con una admirable firmeza, pero también con mucha serenidad; el manifestó una dignidad majestuosa, pero al mismo tiempo una grandulura. Con esta conducta nos enseñó que nuestra paciencia, á pesar de ser noble, majestuosa y magnánima, no debe dejar por eso de ser humilde y sincera lo mismo cuando perdonamos, que cuando soinos el blanco de la injusticia. El nos enseñó á defender nuestra inocencia por las vías legítimas, á proteger nuestra virtud con las únicas armas que le convienen, y á rechazar la calumnia y la mentira, no con la cólera y la amargura, sino con la paz en el corazón y la verdad en los labios; á no otorgar la razón á nuestros enemigos con el espectáculo de nuestra impaciencia y de nuestro furor; á no volver amenazas por amenazas, odio por odio ni ofensa por ofensa; y, como él mismo nos dice por S. Pablo: No debemos dejarnos vencer por el mal; volviendo mal por mal, sino por el contrario debemos triunfar del mal por el bien, volviendo bien por mal (1).

En efecto, ¿con qué derecho, dice S. Atanasio, nos atreveremos, siendo pecadores como somos, á quejarnos, á entregarnos á los arrebatos de la cólera y á alimentar proyectos de venganza, si sufrimos alguna injusticia de parte de nuestros hermanos, cuando vemos al Hijo de Dios, que es la inocencia misma, sufrir con tanta paciencia por nuestro amor el otro insulto que le hicieron los hom-

(1) Protector noster aspice Deum; et resque in faciem Christi tui. (Pr. 83.)

(1) Noli vinci à malo, sed vince in bono malum. (Rom. 12.)

bres (2)? ¡Ah! No seamos tan celosos del aprecio de nuestros semejantes ni tan susceptibles respecto al honor, supuesto que Jesucristo consistió en ultrajado por nosotros; imitemos por el contrario su dulzura y su paciencia en sufrir las injusticias que experimentamos de parte de aquellos que tienen con nosotros la misma naturaleza de hombres, la misma condicion de esclavos y la triste cualidad de pecadores (2).

Si Jesucristo no presentó la otra mejilla al que le abofeteó, como les habia dicho que debía hacerse, nos da claramente á entender por su conducta, dice S. Agustin, que este precepto ó este consejo del Evangelio debe tomarse, lo mismo que otros muchos, mas bien segun el espíritu, que segun la letra; que el Salvador exige para el cumplimiento de este precepto sublime mas bien las disposiciones del corazón, que la ostentacion material de las obras; que la accion de presentar la otra mejilla puede omitirse, y que lo que nos importa en este precepto es perdonar al que nos injuria y nos ofende, aun cuando sepamos que está pronto á renovar contra nosotros las ofensas y las injurias. Porque puede suceder, y sucede efectivamente con mucha frecuencia, que mientras que se manifiesta esteriormente calma y paciencia al recibir las injurias, se alimente en el corazón el resentimiento y el odio (3); y entonces qué significa á los ojos de Dios esa máscara de resignacion?

Muy diferente es la conducta del Salvador. Por una parte respondió con verdad sin manifestar resentimiento, y por otra se resignó con la mayor tranquilidad á dejarse abofetear otra vez y á sufrir otros insultos mas bárbaros aun. (Aug. loc. cit.) Así pues Jesucristo confirma en este dia con su ejemplo el gran precepto que nos habia dado antes con estas palabras: Sabed que mi Padre celestial no os perdonará, sino que por el contrario os castigará del modo mas severo, si vosotros no perdonaís con toda la sinceridad del corazón á vuestro hermano que os ha ofendido. (Matth. 18.)

El nos enseñó que basta perdonar en el fondo del corazón, sin

(1) Si enim ille, cum Deus esset toleravit pro te alii homine peccatore culpabilem; tu indignus quod aliquis tui convicium dicat; et ultionem parat. (De Pass. Dom.)

(2) *Ibid.*

(3) Nilil prodest ut alteram maxillam visibiliter homo prebeat iratus; fieri enim potest ut quis alteram maxillam visibiliter prebeat, et iratus sit. (Tract. 115. in Joan.)

que sea necesario hacerlo con cierta afectacion exterior, y que no es suficiente tener con los que nos han ofendido un trato amable en apariencia, si se conserva en el corazón el odio contra ellos (1). Es decir que Jesús condenó con su ejemplo no solo esas discordias públicas, esas enemistades manifestas, esos odios brutales que estallan siempre en injurias sensibles, en riñas violentas, en traiciones horribles, en asesinatos crueles, y que la civilizacion moderna ha destruido á los habitantes de los arrabales y á las clases degradadas de la sociedad; sino que tambien condenó esos odios, que yo llamaria dulces y cultos, esas enemistades embozadas, esos rencores secretos que no ponen en la mano del ofendido un arma para derramar la sangre y quitar cruelmente la vida á su agresor, pero que aguzan su espíritu y su lengua para hacerles desgarrar la reputacion y el honor, tesoros mucho mas apreciables que la vida misma; y desgraciadamente esa especie de enemistades se encuentran en las clases elevadas y aun entre los mismos que ostentan educacion y afectan piedad.

¿No es cierto en efecto que si nuestro prójimo tiene la desgracia de ofendernos, aunque sea una sola vez, por un solo acto que la calumnia inventa con frecuencia, ó que la maledicencia exagera, aun cuando sea por broma ó por diversion, y aun por ignorancia ó por distraccion; no es cierto, repito, que se nos hace horriblemente antipático, molesto y odioso? Seguimos observando con él los miramientos debidos; no osamos pronunciar en su presencia palabras ofensivas; pero en su ausencia no dejamos de rebajar su mérito, de desacreditar sus talentos, de suscitar dudas acerca de su pudor, de su honestidad y de su religion, de censurar su conducta y de calumniar sus intenciones; no osamos de paralizar su industria, de desaminar su clientela, de detener la marcha de sus negocios y de sus intereses; no osamos de hacerle sospechoso á sus amigos, de introducir la desconfianza en sus superiores y de excitar contra él el odio de sus parientes. ¿Y qué importa que sigamos visitando á la persona que nos ha ofendido, que le prodiguemos saludos é invitaciones, que le colmemos de atenciones y de cumplimientos, si despues le desgarramos en secreto? En nuestro pecho se abriga el odio, la envidia y la venganza, y tanto mas odiosos, que cuanto al pecado de encubrir una enemistad positiva añadimos el crimen de la hipocresia y de la traicion. Esa falsa generosidad, esas aten-

(1) Nilil prodest ore dimittere, si in corde cum odio habeamus. (Herm.)

ciones afectadas, á las que nos sometemos mas bien por un principio de educacion que por espíritu de religion, mas bien por no ofender la vista delicada del mundo que por obedecer la ley de Dios, no bastan para obtener el perdón del padre celestial, que lo ha prometido, no á las reconciliaciones aparentes, sino al olvido sincero de las ofensas y al verdadero afecto del corazón.

No somos culpables, repito, al experimentar repugnancia respecto al que nos ha ofendido; pero pecamos en alimentar esta repugnancia, en secundarla y en manifestarla en nuestros pensamientos, en nuestras acciones y en nuestras palabras; pecamos en abandonar-nos á las imprecaciones, á las maldiciones y á las injurias contra el agresor, y este pecado es diametralmente opuesto al espíritu del Cristianismo, supuesto que el cristiano, según la bella espresion de Tertuliano, es el hombre que no tiene enemigos, el hombre que olvida y perdona: *Christianus nullius est hostis*.

Habiendo recibido el ilustre mártir S. Cristóforo en una plaza pública una bofetada de mano de un miserable, echó al momento mano á la espada y se precipitó sobre él. Ya iba á atravesarle, cuando se acordó de la bofetada que Jesús recibió con tanta paciencia. Al momento se serenó, perdonó á su agresor y le dejó ir. En vano el pueblo gritaba á una voz: « Matadle, matadle, muera el insolente, muera el infame agresor; » Cristóforo respondió con una santa generosidad: « Yo lo haría sino fuera cristiano: *Facerem, si non essem christianus*. »

Así pues, cuando la pasión nos domina, cuando los pérdidas amigos nos aconsejan, cuando el amor propio nos excita á tomar venganza de las injurias recibidas, debemos responder con la misma nobleza: No, yo no puedo, yo no debo, y no quiero hacerlo: yo soy cristiano.

De este modo rechazaremos el insulto sangriento que el Dios de majestad recibió de la mano sacrilega de un vil pecador, y nos avergonzaremos de no poder sufrir cosa alguna de parte de los hombres siendo como somos pecadores, y hombres de la nada; de este modo nos sentiremos fortificados, y de tal modo superiores á nosotros mismos, que podremos cumplir la ley del perdón y obtener la recompensa: *Requiritur enim qui talem sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem, ut non fatigemini, animis vestris deficientes*. Así sea.

CONFERENCIA DUODÉCIMA.

La Sentencia de muerte en el tribunal de Caifás.

In judicium ego in hunc mundum veni, ut qui non vident videant, et qui vident ceci fiant.

Yo he venido á este mundo para el juicio, á fin de que aquellos que no ven vean, y los que ven, queden ciegos.

(Joan. XIX. 9.)

Este juicio, que el Salvador del mundo ha venido á ejercer en el mundo, es un juicio de misericordia y de rigor, de bondad y de castigo á un tiempo mismo: *In judicium veni in hunc mundum*; de misericordia y de compasión para los ciegos, á fin de que abran los ojos á la luz; de rigor y de castigo para los que ven, á fin de que queden ciegos hasta el punto de no poder distinguir cosa alguna: *Ut qui non vident videant, et qui vident ceci fiant*.

Los ciegos que debían ser iluminados con la luz divina en este misterioso juicio eran los gentiles. Después de haber reconocido su ceguera espiritual y de haberla confesado humildemente, debían recurrir al médico celestial que era el único que podía curarles, en seguida conocer á Jesucristo y creer en él, y finalmente dársele á conocer y hacernos creer en él. Por el contrario, los que veían, y en este juicio debían quedar realmente ciegos, eran los Judíos que tenían en sus manos la ley y los profetas para ver y conocer en ellos al Mesías; pero que en castigo de su presunción y de su orgullo, no solo no le reconocían sino que le rechazaban y le habían morir; de modo que ellos y sus descendientes permanecerían en una ceguera profunda con relación al misterio de la Redención y de la salvación eterna.

Tal es la esplicacion dada por el mismo Jesucristo. En efecto, pensando los Judíos que estas terribles palabras se dirigían á ellos, le dijeron: « ¿De quiénes habláis? Seremos nosotros por ventura esos que ven y que se quedarán ciegos, como decís? » *Nunquid et*

ciones afectadas, á las que nos sometemos mas bien por un principio de educacion que por espíritu de religion, mas bien por no ofender la vista delicada del mundo que por obedecer la ley de Dios, no bastan para obtener el perdón del padre celestial, que lo ha prometido, no á las reconciliaciones aparentes, sino al olvido sincero de las ofensas y al verdadero afecto del corazón.

No somos culpables, repito, al experimentar repugnancia respecto al que nos ha ofendido; pero pecamos en alimentar esta repugnancia, en secundarla y en manifestarla en nuestros pensamientos, en nuestras acciones y en nuestras palabras; pecamos en abandonar-nos á las imprecaciones, á las maldiciones y á las injurias contra el agresor, y este pecado es diametralmente opuesto al espíritu del Cristianismo, supuesto que el cristiano, según la bella espresion de Tertuliano, es el hombre que no tiene enemigos, el hombre que olvida y perdona: *Christianus nullius est hostis*.

Habiendo recibido el ilustre mártir S. Cristóforo en una plaza pública una bofetada de mano de un miserable, echó al momento mano á la espada y se precipitó sobre él. Ya iba á atravesarle, cuando se acordó de la bofetada que Jesús recibió con tanta paciencia. Al momento se serenó, perdonó á su agresor y le dejó ir. En vano el pueblo gritaba á una voz: « Matadle, matadle, muera el insolente, muera el infame agresor; » Cristóforo respondió con una santa generosidad: « Yo lo haría sino fuera cristiano: *Facerem, si non essem christianus*. »

Así pues, cuando la pasión nos domina, cuando los pérdidas amigos nos aconsejan, cuando el amor propio nos excita á tomar venganza de las injurias recibidas, debemos responder con la misma nobleza: No, yo no puedo, yo no debo, y no quiero hacerlo: yo soy cristiano.

De este modo rechazaremos el insulto sangriento que el Dios de majestad recibió de la mano sacrilega de un vil pecador, y nos avergonzaremos de no poder sufrir cosa alguna de parte de los hombres siendo como somos pecadores, y hombres de la nada; de este modo nos sentiremos fortificados, y de tal modo superiores á nosotros mismos, que podremos cumplir la ley del perdón y obtener la recompensa: *Requiritur enim qui talem sustinuit à peccatoribus adversus semetipsum contradictionem, ut non fatigemini, animis vestris deficientes*. Así sea.

CONFERENCIA DUODÉCIMA.

La Sentencia de muerte en el tribunal de Caifás.

In iudicium ego in hunc mundum veni, ut qui non vident videant, et qui vident ceci fiant.

Yo he venido á este mundo para el juicio, á fin de que aquellos que no ven vean, y los que ven, queden ciegos.

(Joan. XIX. 9.)

Este juicio, que el Salvador del mundo ha venido á ejercer en el mundo, es un juicio de misericordia y de rigor, de bondad y de castigo á un tiempo mismo: *In iudicium veni in hunc mundum*; de misericordia y de compasión para los ciegos, á fin de que abran los ojos á la luz; de rigor y de castigo para los que ven, á fin de que queden ciegos hasta el punto de no poder distinguir cosa alguna: *Ut qui non vident videant, et qui vident ceci fiant*.

Los ciegos que debían ser iluminados con la luz divina en este misterioso juicio eran los gentiles. Después de haber reconocido su ceguera espiritual y de haberla confesado humildemente, debían recurrir al médico celestial que era el único que podía curarles, en seguida conocer á Jesucristo y creer en él, y finalmente dársele á conocer y hacernos creer en él. Por el contrario, los que veían, y en este juicio debían quedar realmente ciegos, eran los Judíos que tenían en sus manos la ley y los profetas para ver y conocer en ellos al Mesías; pero que en castigo de su presunción y de su orgullo, no solo no le reconocían sino que le rechazaban y le habían morir; de modo que ellos y sus descendientes permanecerían en una ceguera profunda con relación al misterio de la Redención y de la salvación eterna.

Tal es la esplicacion dada por el mismo Jesucristo. En efecto, pensando los Judíos que estas terribles palabras se dirigían á ellos, le dijeron: « ¿De quiénes habláis? Seremos nosotros por ventura esos que ven y que se quedarán ciegos, como decís? » *Nunquid et*

nos cæci sumus? Y el Salvador les responde afirmativamente, añadiendo estas palabras todavía más terribles: « Si fuéis ciegos y conociérais vuestra ceguera, no seríais culpables; más como sois ciegos y en vuestro orgullo pretendéis ver mejor que los demás, vuestro pecado permanecerá siempre en vosotros, y con el pecado subsistirá también vuestro castigo: *Si cæci essetis, non haberetis peccatum: nunc vero dicitis: Quia videmus. Peccatum vestrum manet.* »

Pues bien, esta terrible profecía de la ceguera en la nación judía debía caer, este terrible juicio de castigo se cumplió solemnemente en el tribunal de Caifás. Allí, a pesar de que el Salvador reveló y proclamó en voz alta que él es el Hijo de Dios, la sinagoga, en nombre de toda la nación, se obstinó en no reconocerle; ella le niega, ella le condena; y a medida que Jesús hace brillar su luz divina en los ojos de los Judíos, se aumenta su ceguera.

Consideremos pues en este día con un santo terror este misterio de la iniquidad de los hombres y de la justicia de Dios, a fin de que instruidos con el ejemplo de los Judíos evitemos el pecado de la obstinación y del endurecimiento, para poder evitar también el terrible castigo que les está preparado.

PRIMERA PARTE.

El silencio misterioso en que había permanecido constantemente el Salvador y que había hecho triunfar su inocencia y su divinidad mucho más que si hubiera hablado largamente, había reducido a la desesperación a sus jueces iníquos, porque les quitaba todo pretexto y todo motivo para condenarle. ¿Qué hace entonces Caifás para vengar un silencio tan extraordinario y que tanta inquietud le causaba? El imagina conjurar a Jesucristo por cuanto habla de más santo y de más terrible en la religión judía, por el augustísimo nombre de Dios, persuadido de que el Salvador, a causa de su profunda religión y de su piedad sincera, y por respeto a un nombre tan santo, había de dar una respuesta. « Vamos, le dice, ya es tiempo de hablar. Yo te conjuro en el nombre del Dios vivo y eterno que nos digas claramente si eres el Mesías, el Hijo bendito de Dios (1). » ¡O hombre del demonio! esclama en este lugar Orígenes; porque

(1) Adjuro te per Deum vivum, ut dicas nobis, si tu es Christus filius Dei benedictus. (Matth. Marc.)

el demonio fue el primero que se atrevió a hacer por dos veces esta pregunta a Jesús, y precisamente en los mismos términos: « Dime si tu eres el Hijo de Dios. » El demonio es el que mueve a los hombres animados de su espíritu y hechos sus hijos a dudar de la divinidad de Jesucristo. El demonio es el que ha inventado esta blasfemia. Así pues cuando Caifás repite la misma pregunta no hace más que imitar al demonio su verdadero padre. (Tract. 33 in Matth.)

Por mejor decir Caifás, añade el venerable Beda, sobrepuja al demonio en malicia, porque si él insiste para obtener de la boca misma del Salvador la confesión de esta verdad, es solo con el ánimo de calumniarlo y perderle. Porque si Jesús se encerraba en una negación absoluta, Caifás le hubiera convencido al momento de mentira, supuesto que el Salvador había dicho muchas veces que él era el Mesías y el Hijo de Dios. Y si él respondía afirmativamente, el gran sacerdote le declaraba al momento culpable de profanación contra la religión y de usurpación de la divinidad. La pregunta pues, observa Teofilacto, era insidiosa, y de cualquier manera que el Salvador hubiera contestado a ella, hubiera puesto en manos de sus verdugos el cuchillo para inmolarse. Por consiguiente Caifás no busca la verdad para creer, sino un pretexto para condenar. ¡Hombre hipócrita! El invoca el santo nombre de Dios para hacer morir al mismo Hijo de Dios (1).

Más estos culpables designios, que una profunda hipocresía, cubierta con el manto de la religión, ocultaba a los ojos de los hombres, no podían escapar a la vista del Hijo de Dios, que penetra el fondo de los corazones. En efecto, Jesús responde a esta pregunta, sugerida por el inferno, en estos términos: « Si os digo que yo soy, ¿se muy bien que no me everéis; si por el contrario os pregunto sobre los verdaderos caracteres del Mesías, ¿se de cierto que no me daréis respuesta alguna; de cualquier modo que sea, vosotros estais resueltos a condenarme (2). »

¡O palabras divinas! ¿Qué es lo que en ellas debemos admirar? Es la salubridad que descubre los pensamientos más secretos? ¿Es la dulzura que se abstiene de toda feconveniencia, y que omite toda reflexión severa contra unos hombres cuyos infernales designios acaba

(1) Interrogat quidem eum ut addiscere crederet, sed ut damnet. (In Marc.)

(2) Si vobis dixero, non creditis mihi; si autem interrogavero, non respondetis mihi, neque dimittetis. (Luc.)

de desenmascarar? Porque es como si Jesús hubiera dicho al gran sacerdote: « Tu me conjuras, o Caifás, para que te diga si soy el Hijo de Dios; el Mesías; tú afectas un deseo sincero de conocer esta importante verdad. Mas yo, que leo tu corazón, sé que si te revelo la verdad, has resuelto no creerla, sino combatirla y formarme de ello un crimen. ¡Desgraciado! Al hacer intervenir el santo nombre de Dios, le haces el ultraje mas sangriento, porque quieres hacerle cómplice de tu peridia en la muerte de su Hijo. »

¡Cuán sabia y cuán preciosa es la declaracion que el Salvador hace preceder á su respuesta! Nosotros vemos claramente por este preámbulo que si responde no es porque espere ser creído, ni porque la peridia de Caifás le haya envuelto en sus redes. Porque ántes de responder ha descubierto ya los lazos que se le tienden, y hecho ver que conoce todo cuanto Caifás quería en vano ocultar. Luego si responde, no es porque obedece á una interpelacion cuya maldad y cuya hipocresía conoce, sino al respeto que se debe al santo nombre de Dios; aun cuando esté en los labios del impio que le profana. Si responde no es porque haya sido sorprendido por la simulacion del pontífice, sino porque quiere honrar el celo augusto del nombre divino que la encubre. Finalmente, si responde diciendo quién es, no es porque se deje arrancar imprudentemente una verdad que sus jueces son indignos de creer, determinados como están á hacer de ella el mas deplorable uso; sino porque cree deber esta revelacion á sí mismo, á su Iglesia y á nosotros. ¡Ay! ¿Qué hubiera sido de nuestra fe si en unas circunstancias tan solemnes hubiera Jesucristo guardado silencio acerca de su divinidad, ó si solo la hubiera confesado con palabras ambiguas? Por mejor decir, si el Salvador hubiera rehusado hacer esta revelacion legal y jurídica al consejo supremo, presidido por el gran sacerdote, es decir, á la autoridad legítima y competente, la peridia de los judíos que no quisieron creerla, hubiera sido en cierta manera excusable, y la fe de los gentiles hubiera estado seriamente comprometida. Por esta razon Jesucristo responde á las dos preguntas que le hace el sumo sacerdote: « Si, vos lo habeis dicho; yo soy verdaderamente el Hijo de Dios, el Mesías: *Tu dixisti, Ego sum.* (Matth. Marc.) »

Mas no era propio de la dignidad del Hijo de Dios responder simplemente como un esclavo, como un discípulo, ó como un acusado á quien se interroga; él debía hablar como Señor que manda, como Maestro que enseña y como juez que condena, y hacer conocer á aquellos hombres infieles ciertas verdades que no que-

rian conocer. Jesús añade pues con un tono majestuoso y severo: « Sin embargo, yo os declaro que llegará un día, en que vosotros, que os arrogais el derecho de juzgar al Hijo del hombre, seréis juzgados por él mismo: vosotros le veréis entonces descender sobre las nubes del cielo á la diestra de Dios (1). »

¡Palabras terribles! ¡Funesta revelacion! No, en tales circunstancias no puede ser este el lenguaje de un simple mortal. Solo la sabiduría increada podía trasladar el pensamiento y el espíritu de los que le escuchaban, del tribunal de los hombres al tribunal de Dios, unir la revelacion de su divinidad al recuerdo del juicio universal que es la prueba de ella, olvidarse de sí misma, pensar en la salvacion eterna de los hombres que meditan su muerte y conmovérlos con palabras fulminantes á fin de convertirlos ó de hacerlos inescusables. En efecto, es como si Jesús les hubiera dicho: « Que su condiccion era independiente de sus crímenes, de sus preocupaciones y de sus errores; que él no dejaba de ser Hijo de Dios, porque ellos se obstinaban en no reconocerle por tal; que si él comparecía ante ellos como su victima, ellos, á su vez, comparecerian un día ante su tribunal como culpables; que si él se hallaba al presente entre sus manos para ser tratado como consentán serlo, ellos mismos caerán entre sus manos para darle cuenta de su injusticia, de su obstinacion y de su incredulidad; que hay una diferencia infinita entre el juicio á que él se presenta libremente en esta día, y aquel á que sus perseguidores se verán un día obligados á comparecer; entre Caifás y el rey de la gloria, entre la asamblea de los impíos y el consejo de los ángeles, entre algunos falsos testigos y la inmensa multitud de los santos que pronunciarán con él su justa condenacion; que ellos mismos, tan orgullosos hoy, tan insolentes y tan crueles, serán entonces confundidos, humillados y anonadados por la desesperacion, y reducidos á servir de pedestal á aquel á quien abruma en este momento con su desprecio; finalmente, que ellos volverán á ver todo radiante de esplendor, de gloria y de majestad al que ven al presente caído en el último grado del envilecimiento, y que supuesto que no quieren reconocerle por su tierno Salvador, experimentarán entonces en él un juez irrevocable. » *Audiote videtis Filium hominis sedentem á dextris virtutis Dei et venientem in nubibus caeli.*

(1) Veruntamen dico vobis: Amenio videbitis Filium hominis sedentem á dextris virtutis Dei, et venientem in nubibus caeli. (Matth.)

¿Qué diferencia tan notable hay entre la terrible revelación que el Salvador hace hoy de su divinidad á la soberbia sinagoga, y la que hace en el templo al humilde ciego de nacimiento! Jesús se acerca á este con un aire de bondad familiar y le dice: « Buen hombre, ¿quieres creer en el Hijo de Dios? Y el ciego de nacimiento le responde: » ¿Y quién es el Hijo de Dios? ¿Dónde está, Señor? Porque vedme aquí pronto á creer en él y á adorarle. » Entonces Jesús le dice sonriendo y con una voz amorosa: « Tú le has visto, hombre dichoso. Hele aquí ante tus ojos: el Hijo de Dios soy yo que te hablo (1). » Y con estas palabras le abre Jesús los ojos del espíritu de una manera mas admirable aun que aquella con que le había abierto los del cuerpo; él hace descender sobre su inteligencia un rayo celestial, y esta luz le descubre la verdad divina que Jesús acababa de revelarle con sus palabras. Él le comunica la certeza y la convicción perfecta, y con ellas la fe y el amor divino. Entonces el ciego de nacimiento esclama fuera de sí: « Señor yo creo en vos. » y prosternándose á sus pies le adora: *Credo Domine. Et prociens adoravit eum.*

Así pues Jesucristo se manifiesta al ciego de nacimiento y á Caifás como Hijo de Dios, y Dios en sí mismo; mas al primero como un Salvador, y al segundo como un juez. A aquel se revela para el perdón, y á este para la venganza; para el uno tiene palabras de amor, y para el otro las tiene de indignación; al primero promete su misericordia, y al segundo amenaza con su formidable justicia.

¿Por qué poca diferencia? Porque el profeta había anunciado que el Mesías se manifestaría amoroso á los hombres para salvarlos: pero que se haría impenetrable á los soberbios y los dejaría perecer (2). Pues bien, el ciego de nacimiento busca para encontrar, pregunta para saber y cree para adorar, y ved cuánto es su ventura. Él encuentra, él sabe, él adora; y por un milagro, mayor aun que el que le había vuelto la vista del cuerpo, consigue también la vista del alma: *Qui non videbat, videt.* Caifás, por el contrario, no pregunta sino para sorprender, no escucha sino para engañar, no indaga sino para condenar, y de ahí nace que al mismo tiempo que Jesús le instruye, le abandona á su ignorancia. Además Caifás tiene delante de sí al Hijo de Dios sin conocerle y le oye sin

(1) Et vidisti eum, et qui loquutus tecum ipse est.

(2) Quoniam tu populum humilem salvum facies; et oculos superborum humilabis. (Ps. 17.)

creerle; y la magnífica revelación que Jesucristo le hace solo sirve para hacer al pontífice mas obstinado, mas perverso y mas ciego: *Et qui videt, cæci fiunt.*

Efectivamente, lejos de aprovecharse de esta sublime revelación para su salvación, abusa de ella para atraer el odio sobre el Salvador, y acelerar su propia perdición. Y, ¿o diabólica maldad! ¿o infernal hipocresía! Caifás aguardaba precisamente que esta respuesta saliese de la boca del Salvador; y para obtenerla había hecho intervenir el nombre de Dios. Al oírlo pues, experimenta un perfido gozo en el fondo de su corazón. Porque siendo la cualidad de Mesías inseparable, según las profecías, de la dignidad de rey, Caifás creyó que desde el instante en que el Nazareno se proclamase el Mesías, podría deducir de aquí que aspiraba á hacerse rey, y que por consiguiente tendría derecho á acusarle, como le acusó en efecto ante Pilatos de aspirar á la soberanía (1). El compone su rostro con todo el exterior de la tristeza, mientras que se recoge en su interior; él hace el papel de pontífice zeloso por el honor de su Dios menospreciado, siendo así que solo trataba de saciar su odio. Para producir Caifás una impresión mas profunda en el pueblo, y hacer mas vivo con demostraciones exteriores, dice S. Leon (*de Pass.*), el horror que espresa en sus palabras, se abandona á movimientos violentos y á todos los arrebatos de un hombre que estuviera poseído de un dolor vehemente. Él desgarró con furor sus vestiduras y las insignias del sacerdocio, como lo hacían los Judíos, según S. Jerónimo, cuando oían blasfemar de Dios, y dando un gran grito esclama: *¿Qui blasfemia ha pronunciado!* El miserable ha blasfemado! Vosotros todos los que estais presentes habeis oído la blasfemia! ¿Que necesidad tenemos ya de buscar pruebas ni de examinar testigos para condenarle (2)?

Desgraciado Caifás, dice S. Leon, que no comprendió en su egredad el misterio terrible que cumplía entonces por aquel acto de sacrilego frenesí, por aquella pantomima de dolor. Al desgarrar el mismo sus vestiduras, y pisar las insignias del sacerdocio, se degradó con sus propias manos, hizo dimisión voluntaria del honor y de la dignidad de gran sacerdote, y criminal y verdugo á un mismo tiempo, ejecuto en su persona esta ignominiosa sentencia (3).

(1) Hanc invenimus dicentem se Christum et regem esse.

(2) Tuus Princeps sacerdotum scidit vestimenta sua, dicens: Blasphemavit. Quid adhuc egimus testibus? Ecce nunc vidistis blasphemiam. (Matth.)

(3) Neicem quid hac significaret insana, sacerdotali se honore privavit. Ipse

En efecto, observad que Jesucristo no prometió á Pedro fundar sobre él su Iglesia ni entregarle las llaves del reino del cielo, sino cuando Pedro reconoció su divinidad y la confesó en estos términos: « Vos sois el verdadero Hijo de Dios vivo (1). » Pues bien, así como á la fe en la divinidad de Jesucristo que había sido revelada por Dios á Pedro, y á la confesión que hizo de ella públicamente, fué á lo que debió el ser elevado al soberano sacerdocio de la Iglesia cristiana, así también la negación de este mismo dogma y la obstinación en rechazarlo públicamente según las sugerencias de Satanás, hicieron perder á Caifás el pontificado supremo de la sinagoga.

Por otra parte, ¿no era justo que Caifás fuese despojado de su sacerdocio, desde el instante mismo en que había negado la divinidad de Jesucristo, oculta bajo el velo de la humanidad, y había osado acusar de blasfemia al pontífice eterno, de quien emana todo sacerdocio? ¿No era justo que fuese depuesto al momento por su superior, cuyo origen y cuyo poder divino había negado, y que él mismo fuese en su propia persona el ejecutor de un castigo tan grande? Observad también, dice San Hilario, que él desgarró sus vestiduras en el momento mismo en que Jesucristo se declara hijo de Dios y Mesías, en presencia de toda la nación, representada en las personas de sus jefes. Así pues apenas Jesucristo se descubre de una manera legal y solemne por lo que es realmente en sí, cuando todas las sombras que estaban destinadas á figurarle desaparecen; y el sacerdocio de Aaron cesa tan pronto como se establece el sacerdocio de Jesucristo: la ley desaparece ante el Evangelio, y ante el esplendor de una tan grande majestad, el velo de las Escrituras figurado en las vestiduras sacerdotales se rompe súbitamente (2). Caifás, pontífice judío, añade S. Gerónimo, desgarró sus vestiduras; mas el soldado gentil no, desgarró en el Calvario la túnica de Jesús, sino que la conservó intacta. Todo esto significa que el sacerdocio de Jesucristo, cuyo emblema son las vestiduras, permanecerá perpetuamente en medio de nosotros que somos los Gentiles, y que por el contrario el fue destruido y abolido para siempre entre los Judíos (3).

se spoliat, et propria manibus pontificis indumenta diripiens, qui sibi est sui executor approbavit. (Sera. 17. de Pass.)

(1) Tu es Christus Filius Dei vivi. (Math. 17.)

(2) Christi majestate audita, vestem suam diripit: ipsum videlicet, qui contempnitur, velamentum legi absumpsit. (Comm. 32. in Math.)

(3) Muchos gentiles non sciuntiam tunicam Christi: sacerdotes vero sciunt (dis)gultum sacerdotii sui.

Admirable historia de la pasión del Redentor! ¿Que de verdades encierra, y cuántos misterios se cumplen en ella!

Notad sin embargo un nuevo rasgo de la malicia infernal de Caifás. Después de todo lo que ha hecho y lo que ha dicho, no pronuncia la sentencia por sí mismo; sino que finge querer recoger los votos de sus colegas. El se vuelve hacia los miembros que componían el consejo, y les dice: ¿Qué os parece? ¿Quid vobis videtur? ¿O modestia hipócrita! ¿Aparentar querer oír los votos de los senadores, después que les ha declarado les ha impuesto el suyo propio! ¿Fingir que quiere asegurarse si ellos piensan que el Nazareno es digno de muerte, cuando él mismo le ha condenado ya anticipadamente! ¿O astucia infernal! Después de haber desgarrado él mismo sus vestiduras, con todas las señales del mas profundo horror; después de haber llenado, con un acto tal, á todos los presentes de un religioso terror; después de haber calificado de horrible blasfemia la respuesta del Salvador; después de haber declarado que no había necesidad de nuevas pruebas ni de nuevos testimonios para lanzar contra él una sentencia de muerte; ¿no es una irrisión amarga preguntar á los senadores su parecer? ¿Era esto porque los ministros podían tener acaso un parecer diferente del del gran sacerdote, siendo así que su autoridad estaba reputada como infalible entre los Judíos? Por otra parte, dice S. Juan Crisóstomo, ¿qué libertad de sufragio podían dejar á los jueces subalternos esos gritos, ese furor, y la escucha de escándalo, en una palabra, que su jefe había sabido representar tan bien?

Así pues la respuesta del gran consejo es tal como debía esperarse de unos viles adúladores, que rivalizaban con Caifás en odio contra Jesús, que partecaban de su furor y que, de concierto con él, habían acordado pocos días antes la muerte del Salvador. Todos se levantaron de sus sientos, y exclamaron á una voz: Si, nosotros creemos también que merece la muerte (1).

¿Cómo, verdugos, condenáis así, sin mas eximen, á la pena de muerte al autor mismo de la vida? ¿Cosa incomprensible! Pilatos, aunque Gentil, no querrá como veremos después condenar al Nazareno á ciegas. El exigirá acusaciones precisas, pruebas sólidas y testimonios sinceros. El usará de todos medios, aun lijetos, para salvarle. Seis veces declaró que no encuentra en el crimen alguno, y al lavarse públicamente las manos, dará un testimonio solemne de

(1) Qui omnes respondentes dixerunt, Recta est mortis. (Marc.)

la inocencia del Salvador. Y la sinagoga y los príncipes de los sacerdotes, en esta cuestión capital, de la que depende la libertad política, la gracia espiritual y la salvación eterna de la nación entera que aguarda un Mesías después de tantos siglos, no se cuidan de examinar la conducta, la vida, la doctrina y los milagros de Jesús de Nazaret; no hacen indagación alguna para asegurarse de si es ó no el Mesías; sino que confunden precipitadamente las cosas divinas con las humanas, y burlándose de todo derecho y de toda justicia, sin motivos y sin pruebas, bajo la sola aserción de Caifás, tratan al Hijo de Dios de blasfemador de Dios; ellos le niegan, le condenan á muerte, y según la profecía, corren ciegamente á derramar la sangre inocente y divina del que había venido para salvarlos (1).

Ejád tambien la atención en esta palabra: «*Todes : Omnes.*» El Evangelista no la expresa sin intención. Ella es en efecto una especie de exclamación sentenciosa, ó como un gemido de escándalo y de dolor, que denota una gran sorpresa. Ella significa cuán admirable es que entre tantos personajes, todos distinguidos por su nacimiento ó por su saber, por su autoridad ó por su rango no se encontrase uno solo que tuviese bastante conciencia y bastante valor para invocar la justicia y protestar contra la falta de pruebas y contra las intrigas manifiestas. No; todos sin excepción ratifican, y confirman esta sentencia de muerte, tanto mas injusta cuanto mas precipitadamente fué pronunciada: *Direrunt omnes : Reus est mortis.*

Sin embargo, este consejo, compuesto del soberano pontífice, de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo, representaba toda la nación judía. Y ved aquí á todo el pueblo judío, por el órgano de sus representantes, negando al Mesías que le estaba prometido, que nace de él, y que debía reconocer y adorar.

Mas no se hace burla de Dios impunemente: *Deus non irridetur!* No se desprecia impunemente sus luces, sus gracias y sus inspiraciones. No se levanta impunemente la cabeza para insultar su persona, su doctrina y su ley. Ved sino á ese mismo pueblo herido con un castigo terrible en el momento en que se hace culpable de un crimen tan enorme. En el momento es despojado de todos sus privilegios y de todas sus glorias. Entonces principia para él la horrible serie de desgracias que le han sido anunciadas por los profetas, por no haber conocido el tiempo de la visita, ni al Salvador divino

(1) *Non est qui invocet iustitiam, et iudicet veré; pedes eorum ad malum currunt ut effundant sanguinem innocentem.*

que se ha dignado venir á verle en persona. Mas, en tanto que los Judíos desconocen al Mesías, él se descubre á los Gentiles. Jesucristo, condenado por el soberano pontífice de los Judíos, funda su sacerdocio eterno. Condenado como blasfemador de Dios, llama á sí á todas las naciones de la tierra para que le reconozcan, le bendigan y le adoren en espíritu y en verdad. De este modo, ¡ó grandeza, ó magnificencia de los misterios del Salvador! mientras que figura como culpable, obra como juez; pronuncia una sentencia de muerte eterna contra el alma de aquellos que quieren quitarle la vida del cuerpo; y de este modo cumple la terrible misión que ha venido á ejercer en el mundo, en virtud de la cual vuelve la vista á los ciegos, que conocen su estado y piden humildemente ser esclarecidos, y castiga con una ceguera terrible á los que tienen la presunción de creer que ven. De modo que estos caminan inciertos en medio de las tinieblas del espíritu y del corazón, de los errores y de los vicios, viven y mueren sin abrir los ojos, y pasan de la ceguera temporal á la ceguera eterna: *In iudicium ego in hunc mundum veni ut, qui non vident, videant; et qui vident, ceci fiant.*

SEGUNDA PARTE.

Esta sentencia del Salvador, que vemos hoy cumplirse contra los Judíos en Jerusalem y en el tribunal de Caifás, ha continuado desde entonces y continua aun ejecutándose en todos los países del mundo. A la hora misma en que nosotros hablamos, gracias á los esfuerzos generosos y sublimes de los Misioneros católicos, enviados por la verdadera Iglesia, y diseminados por toda la tierra en número de tres mil y quinientos, los países idolátras, las regiones mas bárbaras y mas inhospitalarias, los pueblos enteros, sentados por muchos siglos en la sombra de la muerte, encuentran la vista del alma y abren los ojos á la luz del Evangelio. Los ciegos ven, á Jesucristo por el ministerio de sus nuevos apóstoles llenos de su espíritu y fortalecidos con su gracia; Jesús continúa aun desde lo alto del cielo la misión que principió á ejercer en la tierra, y por la que vino á vivir entre nosotros, la de esclarecer al mundo: *Ut qui non vident, videant.* Mas en tanto que Dios, en su bondad, hace brillar la luz para tantos hombres, en su cólera, deja sepultados á otros muchos desgraciados en las mas horribles tinieblas. Ved entre otros, á los llamados filósofos de Alemania, de Francia y de Inglaterra? A fuerza de estudios, de raciocinios y de investiga-

ciones, hechos deístas, panteístas ó ateos, han perdido las nociones mas sencillas de Dios, de la Religión y de la ley natural; han olvidado las creencias mas universales y mas comunes de la humanidad, y agitando en un círculo funesto de sistemas vergonzosos, contradictorios y absurdos, después de haber profesado todos los errores, han acabado por morir en la duda ó en la negación de toda verdad. ¡Ah! ¿cuán dignos son de compasión! Su ciencia no es otra cosa que locura; sus doctrinas no son mas que horribles extravagancias. Ellos se creen ilustrados, y andan vagando en la oscuridad; ellos piensan que ven, y sin embargo están ciegos; ellos creen raciocinar, y no hacen mas que delirar; y á pesar del soberbio título de *racionalistas* que se dan á sí mismos, han perdido no solamente la fe, sino también la razón: *Qui vident, cæci fiunt*.

Ved también á esos herejes obstinados. Igualmente idólatras de su razón individual, tienen la pretensión de entender la Escritura á su manera, y no hacen otra cosa que levantar constantemente nuevas sectas sobre las ruinas de las antiguas; sus cerebros enfermos forjan cada día nuevos símbolos contrarios al símbolo constante de la Iglesia universal, y por medio de su *libre examen* van demoliendo uno tras otro todos los dogmas católicos, y destruyen en sí mismos y en los demás las primeras verdades del Cristianismo. ¡Desgraciados! Ellos creen seguir la pura luz de su inteligencia, y no hacen otra cosa que obedecer á la arrogancia y á la maldad de su corazón. Ellos creen poseer solos el verdadero sentido de los libros santos, y no pueden descubrir los dogmas luminosos ni las consoladoras verdades que contienen; y mientras que piensan poder bastarse á sí mismos y penetrar mejor que los demás las cosas divinas, se hacen de día en día mas ciegos aun para los mas sencillos conocimientos humanos: *Qui vident, cæci fiunt*.

¡Ah! En cuanto á esos espíritus á quienes una filosofía desatregada ó una orgullosa herejía ha hecho salir de los caminos de la humilde fe, para lanzarse en los senderos de todos los errores, cuánto mas preferible sería que no estuviesen dotados de razón, que no que abusasen de ella: mucho mas les valiera no haber aprendido cosa alguna, que haber adquirido una ciencia funesta, mas útil les sería ser ciegos de nacimiento, que ver falsamente; mas les valiera ignorar el Cristianismo, que combatirlo, y carecer de toda noción del Evangelio, mas bien que interpretarlo á medida de sus deseos y de sus pasiones. Ellos serian culpables indudablemente ante la ley natural, mas no ante la revelación positiva. Su pecado, como el de los

Gentiles, sería menos grave, y si ellos conociesen su ceguedad, si buscasen la luz de la verdadera fe con un espíritu humilde y un corazón dócil, la gracia que ilumina á tantos Gentiles, los iluminaría á ellos, y acabarían ciertamente por no caer en ningún pecado: *Si cæci essetis, peccatum non haberetis*. Mas ellos conocen el Cristianismo, y lo niegan; la Iglesia, y la persiguen; el centro de la unidad, y se alejan de él; la enseñanza católica, y la calumnian; las antiguas creencias de los pueblos cristianos, y las desechan bajo pretexto de que repugnan á su razón. Siendo así que solo combaten su orgullo; ellos se glorían de comprender el Cristianismo mejor que la Iglesia universal, y de tener ellos solos, que son de ayer, unas luces mas vastas que todos los doctores católicos que han aparecido en el espacio de diez y ocho siglos. Ved aquí por que son verdaderamente ciegos; ved aquí por que jamás curarán de la ceguedad, que es culpable en ellos, por que es voluntaria. Ellos serán sumergidos por el contrario en su ceguedad misma como en un gran pecado, y su obcecación permanecerá en ellos como un terrible castigo: *Nunc vero dicitis: Quia videmus. Peccatum vestrum manet*.

Esta sentencia divina se cumple también aunque de diverso modo en esos católicos que, presuntuosos á la par que ignorantes, enredados con la ciencia de los colegios, con la moral de las novelas y con la erudición de los almanaques, se imaginan ser mas ilustrados en materia de religión que los eclesiásticos mas sabios, los hombres mas piadosos y las mujeres instruidas en la escuela misma de la devoción. Ellos tratan el Evangelio con tanta ligereza como se trataría la mitología; ellos declaran que sus dogmas son demasiado oscuros, sus misterios demasiado incomprensibles y su moral demasiado severa; ellos condenan la abstinencia, repudian el celibato, desacreditan el estado religioso, se burlan de las prácticas de mortificación y de piedad, y ponen en ridículo el pudor, el recato, la caridad, la delicadeza de conciencia y la devoción. ¡Desgraciados! Ellos usan este lenguaje porque creen comprender mucho, y nada comprenden; ellos se imaginan ver, y están ciegos, y su ceguedad se aumenta cada día mas: *Qui vident, cæci fiunt*. Mas estos son ciegos inexcusables porque cierran voluntariamente los ojos al sol de la fe en su mas brillante apogeo; estos son ciegos mas culpables que los mismos herejes, porque rechazan una luz que les ha alumbrado desde la cuna. Por consiguiente su ceguedad, que es á la vez el pecado y el castigo de su espíritu soberbio y de su corazón cor-

rompido, será eterna. *Nunc vero dicitis: Quia videmus. Peccatum vestrum manet.*

Y ¿qué es en efecto la fe de esos católicos en medio de sus pretendidas luces? Es una fe enferma, débil, moribunda y cuasi estinguída. Una fe que pende de un cabello y que duda de su propia existencia, porque ellos mismos no saben si creen ó no, si son ó no son cristianos; finalmente es una fe cubierta con las tinieblas de un corazón vicioso, mucho más espesas que las que envuelven un espíritu estraviado.

¡Ay! Si alguno de nosotros, enraudo dentro de sí mismo, reconoce que esto es el estado á que se halla reducida su fe; si se siente humillado y confundido, si tiembla al ver una fe tan débil y tan fría en comparacion de la de los verdaderos cristianos, que es tan sencilla, pero tan viva; tan firme, pero tan ferviente; tan combatida, pero tan dichosa, que recuerde que Jesucristo nos ha enseñado que la humilde oracion es el medio eficaz para reanimar nuestra fe y para aumentarla (1).

La religion no es un negocio de orgullosa discusion, sino de humilde creencia; Jesucristo no vino al mundo á establecer un colegio de sofistas, sino una asamblea de creyentes. La oracion es el medio por donde se instruye el hombre en su escuela; cuanto mas humilde es, tanto mas aprende, y los progresos son en ella tanto mas rápidos cuanto mas docil es el discípulo. Obligad pues á vuestra inteligencia á que tribute homenaje á la verdadera fe; humillad vuestro orgullo, renunciad á la vanidad de vuestras luces; desconfiad de vosotros mismos y de toda doctrina que no os sea presentada por la Iglesia, depositaria única y fiel de las verdaderas creencias, maestra inefable y columna sólida de la verdad; humillaos y orad. Y en tanto que los imitadores de los judíos soberbios permanecen en las tinieblas del orgullo, vosotros seréis milagrosamente esclarecidos, á ejemplo de los primeros Gentiles, nuestros padres en la fe, por esta luz divina, que al ilustrar vuestro espíritu, enardecerá tambien vuestro corazón helado, y os comunicará la inteligencia práctica de los divinos misterios, el apego y el amor á las leyes divinas, y la fuerza necesaria para cumplir las. Desde entonces, tranquilos y felices durante la vida, lo seréis mucho mas despues de la muerte, y sobre todo en ese día solemne en que el Hijo de Dios renovará de una manera pública y brillante el gran juicio que vino á ejercer, y

(1) Orate et Adagio nobis fitem. (Marc.)

que ejerce aun en el mundo de una manera especial y oculta, ilustrando á los ciegos y dejando ciegos á los que ven. Porque entonces, los hombres de presuncion y de orgullo, que pretendian durante la vida ilustrarse con la entorcha de la ciencia profana, quedarán ciegos y sumergidos en las tinieblas exteriores, *in tenebras exteriores*, mientras que los humildes, los hombres sencillos y piadosos, que prefieren permanecer durante esta vida en su dichosa ceguera, en medio de la santa oscuridad de la fe, gozarán en el cielo de una vista bienaventurada, y á la luz de la gloria podrán contemplar á Dios con amor por toda la eternidad: *In judicium ego in hunc mundum veni ut, qui non vident videant; et qui vident, ceci fiant.*

CONFERENCIA DÉCIMATERCIA.

Los Oprobios.

Non confundantur super me qui querunt te, Domine Israel: quoniam propter te sustinuit opprobrium, operuit confusio faciem meam. Zelus domus tue comedit me, et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me.

No sean confundidos por causa mía los que te buscan, Dios de Israel: pues por tu causa he sufrido el oprobio, y la ignominia ha cubierto mi rostro. Porque el celo de tu casa me ha devorado, y las injurias de los que te ultrajan han caído sobre mí.

(Ps. 68.)

¡Desgraciado Sansón! Cuando cayó en poder de los Filisteos, estos le atrastraron al altar de Dagon su ídolo para ofrecerle un sacrificio digno de él, insultando en el templo mismo de esta falsa divinidad al adorador más fiel del verdadero Dios. Con este designio le colocan en medio de ellos y le asean los ojos de la manera más bárbara; después, los unos le hacen las más insultantes reconvenciones, los otros se burlan de él y le ofenden con los más impuros sarcasmos; estos le dan bofetadas, aquellos le abruman con golpes tanto más crueles y más bajos cuanto que se dirigen contra un hombre privado de la vista y cargado de cadenas; todos, en una palabra se apresuran á maltratarle á porfía, á injuriarle y á prodigarle los más sangrientos ultrajes que puede imaginar la crueldad unida al desprecio que inspira un enemigo detestado y envilecido (1). Estos indignos tratamientos contra este hombre famoso se prolongaron hasta tanto que, principiando á crecer sus cabellos recobró sus fuerzas é hizo desplomarse el templo sacrilego, sepultando en sus ruinas á todos los que

(1) *Proieperunt, ut vocaretur Sanson, et ait: eos Israel: (rel.) U risum nobis prestat. Qui adductus de carcere, ludabat ante eos; (rel.) Ludibrio erat veram ipsius. (Judic. 16).*

formaban una diversion de sus humillaciones y de sus sufrimientos.

Yo no creo que se encuentre en los libros santos una figura más viva y más fiel de las ignominias y de las afrentas que Jesús sufrió en casa de Caifás, vergonzoso santuario del demonio, á quien los Judíos ofrecieron un sacrificio: sacrificio tanto más agradable cuanto era más impio; porque ellos insultaron del modo más bárbaro al Hijo de Dios, modelo de santidad y de inocencia.

Pero el mismo Jesucristo dijo por su profeta: «Ninguno de los verdaderos fieles se escandalice ni se ruborice de las horribles humillaciones de su Salvador: *Non confundantur super me qui querunt te, Domine.*» Porque el nuevo Sansón, desplegando la fuerza de su divinidad, hará también al morir que se desplome la sinagoga, hecha el verdadero edificio consagrado al culto de Satanás, y envolverá á los Judíos en la destruccion de su ciudad y de su templo. Sin embargo, no es únicamente la maldad de los hombres, sino más bien la voluntad de Dios; no es únicamente el odio de sus enemigos, sino más bien su amor ardiente á la verdadera casa de Dios, á su Iglesia, lo que le hace sufrir tantos insultos y tan inhumanos tratamientos. ¡Ah! Él se ha encargado voluntariamente de expiar todos los pecados de los hombres, y ved aquí por que todos los ultrajes que los hombres han hecho y hacen todavía á la majestad de Dios caen reunidos sobre su cabeza: *Quia propter te sustinui opprobrium, operuit confusio faciem meam. Zelus domus tue comedit me; et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me.*

Tal es, amigos cristianos, el punto de vista bajo el que debemos considerar hoy el grande, el profundo y el incomprensible misterio de los oprobios de Jesucristo. Nosotros debemos ver en él los medios contrarios á la sabiduría del mundo, con que la sabiduría de Dios quiso borrar la ignominia del hombre, convertir y vencer al mundo, á fin de que podamos concluir con S. Gregorio que cuanto más cubierto de ignominias estuvo por nosotros nuestro Salvador, tanto más digno es de nuestras adoraciones y de nuestro amor. (R)

PRIMERA PARTE

El gran Sanhedrin, presidido por Caifás, acababa de declarar por unanimidad que Jesús, autor de la bendición y de la vida, era culpable de blasfemia, y merecía la muerte. Al momento se hace señal á la indigna soldadesca á quien estaba confiada la custodia del preso para que le llevasen al patio de esta casa fatal, con orden de tenerle

allí durante el resto de la noche, para disponer al día siguiente de su persona. Entre tanto se dio á todos plena libertad para hacerle sufrir todos los ultrajes de que es capaz la insolencia cuando va guiada por el odio y la crueldad. Ved aquí pues que estos nuevos Filisteos se agrupan alrededor del nuevo Sanson semejantes á lobos hambrientos que circulan alrededor de una débil oveja. En seguida principia y continúa hasta el día contra la adorable persona del Salvador aquella escena bárbara cuyos numerosos escenos nos han descrito los evangelistas, dejándonos adivinar otros muchos.

Un solo rasgo de semejanza falta entre el nuevo Nazareno y aquel que fue su figura; y es que á Jesús no le sacaron los ojos como á Sanson. Ciertamente los Judíos hubieran llegado hasta este exceso, supuesto el odio, la maldad y la barbarie que había en ellos; mas una mano invisible les impidió cometer este ultraje contra el verdadero templo de Dios, contra la obra del Espíritu Santo, contra el cuerpo adorable de Jesucristo, el cual debía permanecer intacto. No obstante, los verdugos cubrieron sus ojos con una miserable venda de harapos, por temor de ser turbados por la majestad divina de sus miradas, y para insultarle con mas libertad y mas audacia: *Et ceperunt velare faciem ejus*. (Marc.). De este modo los unos le empujan, los otros le maltratan; estos hieren su cabeza con furiosos golpes, aquellos imprimen en sus adorables mejillas crueles bofetadas; otros, «o tormento afroz!» le arrancan la barba; otros en fin, por un refinamiento de desprecio, manchan su rostro sagrado con impuras salivas (1). Y para manifestar que miraban como una impostura la revelación que él acababa de hacer de su divinidad, y convertir en irrisión el título y la cualidad de profeta que los pueblos le daban, doblan la rodilla ante el como ante una falsa divinidad, le saludan como á un profeta de burlas, y le hieren después y le dicen con una ironía cruel y una insultante risa: «Cristo, ¡adivina cual de nosotros es el que te ha herido!» en tanto que otros le cargan de golpes y de bofetadas acompañadas de burlas amargas, de sarcasmos mordaces y de horribles blasfemias (2).

¡Qué ultraje! ¡Qué indignidad! ¡Ofensa del Dios Salvador! ¡Jamás criatura alguna, por vil que ella sea, dice san Buenaventura, ha sido tratada con mas desprecio que lo es hoy el Criador y el señor

(1) *Et viri qui tenebant, illudebant ei cecientes*. (Luc.) Tunc ceperunt in faciem ejus, et colaphis eum ceciderunt. (Math.)

(2) *Et interrogabant eum dicentes: Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percussit*. Et alia multa blasphemantes dicebant in eum. (Math., Luc.)

del mundo (1). ¡Cosa increíble! ¡El Dios de la sabiduría que ha inspirado y enviado á los profetas es convertido en objeto de irrisión como un impostor y un falso profeta! ¡Y este rostro divino, ante el que las olas del mar se calman respetuosamente; este rostro celestial, ante el que el sol, al contemplarle sobre la cruz, pierde el resplandor de sus rayos; este rostro adorable que forma el encanto y las delicias de los ángeles, y sobre el que no pueden jamás echar una mirada de amor sin acompañarla con un sentimiento de veneración; este rostro divino, todo resplandeciente con la claridad de la luz eterna, del que procede la gracia, del que desciende la dulzura, en el que brilla la hermosura y reina la majestad; este rostro santo y angusto, delicia de los cielos, consuelo de la tierra, terror de los infiernos, dulce objeto de las complacencias eternas del Padre celestial; este rostro... ¡o cielos, estremeceros de horror; tierra, abre tus abismos! el rostro del Hijo de Dios es afeado por las crueles bofetadas y las salivas impuras de viles seres humanos y de los mas criminales de entre los hijos de los hombres (2)!

Mas, ¡ay! ¡o desgraciados judíos! Los descastos horribles que hacen sufrir al Hijo de Dios son vengados en el momento mismo en que son cometidos. ¡Los ultrajes con que abruman el cuerpo sagrado del Salvador son el símbolo del horroroso anatema que caera sobre sus almas! En justo castigo de las bofetadas y de los golpes con que abruman á Jesús, cabeza adorable de la Iglesia, en el momento en que le tratan de profeta por burla, principian ellos, dice Orígenes, á ser maltratados por Satanás. Ellos reciben la terrible bofetada que los arroja de la Iglesia, y los deshereda de verdaderos profetas y de toda clase de profecías (3).

En tanto que manifiestan el mas profundo desprecio hacia Jesús, y manchan su rostro con las impurezas de sus impuras bocas, se hacen al momento semejantes á Caín; es decir el juguete y la afrenta del universo, y se ven despreciados de Dios y de los hombres. Finalmente al cubrir el rostro de Jesucristo, dice el venerable Beda, se privan á sí mismos de la gracia y del conocimiento de Jesu-

(1) *Nihil vilius in mundo estimatum est Dominum unum*. (De Perfect., lib. 6.)

(2) *Horrete, cælum et terra, universæque creaturæ: in quam faciem, quas insulerunt injurias*. (Euthym. in Math.)

(3) *Colaphis ceciderunt sanctum Ecclesie caput: propter quod ipsi colaphizantur à Satana; recuperant aliam eternam, et omni prophetia privantur*. (Beda. in Math.)

cristo (1). Los oprobios del Salvador no tienen por consiguiente nada que pueda hacer que los verdaderos cristianos se ruboricen del que es su cabeza; porque si él los sufre como hombre, los castiga al mismo tiempo como Dios: *Non confundantur super me qui querunt te, Deus Israel.*

Por otra parte estos oprobios han sido anunciados por los profetas con toda la exactitud y toda la precisión que se encuentra en los evangelistas. Job, hablando del Mesías, había exclamado: Ellos me han hecho mil ultrajes; ellos han herido mis mejillas con horribles bofetadas; tan cobardes como feroces, se han saciado, por decirlo así, con mis tormentos (2). Jesucristo había dicho igualmente por boca de David: Yo he sido tratado, no solo como el último de los hombres, sino como el mas vil loseto de la tierra; después de haber sufrido toda clase de humillaciones, he venido a ser el deshecho del vil populacho, y como el oprobio y la abyección misma (3). El Cristo se había expresado por boca de Isaías en estos términos: Yo abandoné mi cuerpo a sus golpes y a sus contusiones, yo ofrecí mi rostro a un dolor atroz, dejando que me arrancaran la barba (4). Además; el mismo había anunciado todos estos malos tratamientos poco tiempo antes de someterse a ellos; porque había dicho a sus apóstoles: Ved aquí que vamos a Jerusalén, donde será llevado ante los principes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, los cuales me condenarán a muerte. Mas antes que esta sentencia se ejecute, me entregaran a los gentiles para que se burien de mí, me escupan y me azoten (5).

Mas supuesto que el Salvador, que sufrió estas oprobios, los hizo anunciar tantos siglos antes; supuesto que él mismo los predijo con una tierna complacencia, es evidente que ellos proceden de una causa muy elevada; que decididos en los consejos de Dios, han sido dispuestos por su voluntad y preparados por su mano invisible, y que por consiguiente no pueden ser atribuidos a la casuali-

(1) *Velaverunt eum, ut à seipais gratiam cognitis ejus abscinderent.* (Jo. Marc.)

(2) *Exprobrantes percutierunt maxillam meam: salsam autem genam meam.* (Job.)

(3) *Ego autem sum vermis, et non homo: opprobrium hominum, et abjectio.* (Ps. 21.)

(4) *Corpus meum dolei percutientibus, genas meas vellentibus.* (Is.)

(5) *Et tradent eum gentilibus, et illudetur, et flagellabitur, et conpungetur.* (Luci. 18.)

dad ni solo a la licencia y crueldad de aquella soldadesca desenfrenada. Porque Jesucristo, observa S. Leon, sufre este cúmulo horrible de tormentos, de ignominias y de insultos, no como víctima necesaria del furor de sus enemigos, sino por un acto libre de su obediencia, por la libre elección de su amor (1). El mismo permite espontáneamente, que un populacho furioso y cruel, inculcado abiertamente por el odio de los sacerdotes, aunque obedeciendo en secreto las ordenes del infierno, tenga hoy la audacia impia de tratarle tan bárbaramente. Así pues los judíos, al llenarle de ignominias, hicieron sin saberlo, lo que él mismo había determinado, y en tanto que estos monstruos con forma humana cometen contra el Justo el mas grande de los atentados, no hacen otra cosa que servir de instrumentos a los designios misericordiosos del Redentor.

En cualidad de Redentor y de mediador es como el Hijo de Dios debía sufrir estos oprobios. Ellos le fueron revelados en cuanto hombre desde el momento mismo de su encarnación; y desde entonces hizo siempre de ellos el objeto de sus mas ardientes deseos y de sus mas piadosas espectaciones (2). Ahora que ha llegado el momento de sufrirlas, admira su necesidad y su importancia; considera mas bien el merito que tendrán delante de Dios, que lo injusto que son de parte de los hombres. Por consiguiente lejos de apartar su rostro, el mismo le ofrece a los ultrajes, y sale al encuentro de los insultos; él sufre las ignominias con la serenidad, la paz y la alegría de un hombre que después de una larga espera, goza al fin del objeto de sus deseos y de su amor; él los graba en el fondo de su corazón como una ley, y una ley suprema de sabiduría y de caridad infinita (3). A esto debió añadir que al decir Isaías que el Mesías había de ser saciado de oprobios, quiso manifestarnos que este amable Redentor los buscó con las mas vivas ansias, que experimentó el mas vivo deseo de ellos; a semejanza de una hambro devoradora, al considerar los beneficios que de ellos nos habian de resultar; y que esta hambro misteriosa de un alimento tan emponzoñado y tan amargo, fué satisfecha. Así pues, las ignominias porque tanto suspiro nuestro Redentor y que sufrió con tanta constancia por amor

(1) *Quidquid Dominus illudens et contumelie, quidquid vexationis, et pœne non de necessitate toleratum est, sed de voluntate susceptum.* (Serm. III. de Pass.)

(2) *Improprium expectavit cor meum, et inieram.* (Ps. 68.)

(3) *Ecco venio; et legem tuam in medio cordis mei.* (Ps. 29.)

nuestro, lejos de ser para nosotros un motivo de escándalo y de humillación, deben ser por el contrario el objeto de nuestra admiración y de nuestro mas tierno amor: *Non confundantur super me qui querunt te, Deus Israel.*

Mas, ¿que necesidad tenemos de estos sufrimientos? ¿Qué fruto hemos sacado de ellos? ¿Quién es el que puede, no digo espresarlo, sino ni aun siquiera comprenderlo? Nosotros no hubiéramos obtenido el perdón de la desobediencia que habíamos llevado hasta el desprecio de la majestad de Dios, si Jesucristo no hubiera llevado la obediencia a su Padre hasta el punto de consentir en el anonadamiento de su gloria: *Propter te sustinui opprobrium.* Nosotros no podríamos elevarnos hasta el trono de Dios, si el Hijo de Dios no hubiera descendido hasta el ultimo grado de abyección del hombre. ¿Que hubiera sido de nosotros, infortunados, si el hubiera preferido a sus oprobios la gloria que es debida; si no hubiera hecho en obsequio de nuestra curación el sacrificio de su grandeza; si se hubiera ruborizado de nosotros, cuando le habíamos dado tanto motivo para ello; si se hubiera manifestado mas celoso por su dignidad, que compasivo por nuestras miserias? Nuestra suerte, nuestro destino hubiera sido la sociedad del ángel apostata, de cuyo eterno oprobio hubiéramos participado. Cómplices de su orgullo, hubiéramos sido envueltos en su mismo castigo. Y si finalmente, el rostro del Hombre-Dios no hubiera sido afeado y ultrajado en la tierra, toda esperanza de contemplar en el cielo el esplendor de su hermosura divina sería perdida para nosotros.

¡O grandeza! ¡O profundidad de los misterios de la sagrada Pasión de nuestro Redentor! Jesucristo, dice Orígenes, objeto de tan crueles ignominias de parte de unos criminales mas viles que el cieno, es víctima, no solo de la mas atroz injusticia de los hombres, sino tambien de la severa justicia de Dios. Estos oprobios, cuyos instrumentos ciegos, cuyos barbaros ministros son los judíos, son exigidos tambien de una manera invisible por una ley de rigurosa equidad y pesados en la balanza de la eterna justicia. Nosotros los hemos merecido, y ellos son la deuda que Jesucristo debe pagar por nosotros (1). Este es pues un misterio de inmenso amor y de misericordia infinita; porque al mismo tiempo que en este estado de abyección total, ejerce Dios, como juez inexorable, un ministerio terrible

(1) *Hec patitur, ut nos, qui digni fueramus omnes has infamias pati, erueret, ipse pro multis patiens est. (Rom. 5. in Matth.)*

de justicia contra los judíos endurecidos, obra tambien como padre amoroso un milagro de inefable misericordia con los hombres dóciles y fieles a su ley. En este estado de humillación y de sufrimientos, no es Jesus solamente, dice S. Agustín, un justo que sufre, sino tambien un médico que cura (1). Se le hiere en la cabeza, se le lastima su rostro adorable, y por donde quiera que los judíos osan poner sus manos sacrilegas, Jesus convierte en remedio para nosotros estas heridas y estos ultrajes. En medio de los tormentos que le hacen sufrir sus verdugos, solo piensa en el hombre enfermo que reclama su socorro y á quien no puede abandonar. Allí, abofeteado, abrumado de afrentas y de insultos, no tiene mas que un solo pensamiento, el de ser para nosotros el médico compasivo sin cuya asistencia pereceríamos sin remedio (2).

En efecto, añade S. Geronimo, al permitir que le sean dados violentos golpes, expla el crimen de Adán, cabeza del género humano, y cura en si mismo toda la desgraciada posteridad de este padre culpable (3). El sufre que su rostro divino sea afeado con asquerosas salivas; y con estas impurzas exteriores quita las manchas interiores de nuestra alma, horriblemente desfigurada por el pecado. El sufre finalmente que le cubran el rostro, porque el pecado, segun la profecía, nos oculta la cara de Dios; y por el mérito de esta humillación obtiene que el velo de nuestro corazón sea desgarrado, de modo que podamos, por la fe y por el amor, contemplar con gozo su hermosura divina (4). En una palabra, con el mérito de estas profundas humillaciones y de estas crueles ignominias borra y destruye el oprobio eterno que nosotros habíamos merecido.

Mas supuesto que el Redentor fué humillado y despreciado para satisfacer á su Padre por nuestros pecados, no debemos ruborizarnos de él; sino de nosotros mismos. Nosotros debemos cubrirnos de confusión á vista de las heridas de nuestro corazón, de tal manera ulceradas, que no pueden ser curadas sino con un remedio extraordinario, con las humillaciones de Jesucristo. Nosotros debemos

(1) *Vigilabat, et curabat. (Serm. LX. de Verb. Apost.)*

(2) *Tenebatur, colaphis percutiebatur, iridebatur, insultabatur, et erat medicus.*

(3) *Colaphis in caput percussus est, ut caput humani generis, quod est Adam, sanaret. (In Matth.)*

(4) *Ut velamine faciei suae, velamen cordium nostrorum auferret. Ait enim propheta (Is. 59): Peccata vestra absconderunt faciem ejus á vobis. (In Marc.)*

avergonzarnos de manifestar tan poco reconocimiento al médico celestial que no se desdenó de bajar tanto para curarnos. Nosotros debemos llorar á sus pies et orgullo que nos impulsa á colocarnos en lugar de Dios, que nos hace despreciar su ley, quebrantar su justicia, molestar su paciencia, despreciar su bondad, someter sus divinos consijos á nuestros caprichos, oponer á su voluntad, siempre santa y siempre justa, el desorden y la malicia de la nuestra, siempre desarreglada y siempre injusta, y digna por lo mismo de una confusión eterna y de un eterno dolor. Debemos finalmente con el auxilio de la penitencia y de la oración aplicarnos el fruto de la expiación solemne que el Hijo de Dios ofreció á su Padre por nuestros excesos, como si el hubiera sido culpable de los ultrajes que nosotros hacemos continuamente á Dios. Ah! Si los ángeles adoran esas humillaciones de Jesús, no habiendo tenido necesidad de este gran médico; si el infierno mismo las venera, no habiendo podido tener alguna en la redención, ¿qué debemos hacer nosotros habiéndonos aplaudiendo todo su mérito y concedido todo su fruto? A nosotros toca principalmente llorar, doblar la rodilla, y humillar nuestro espíritu y nuestro corazón en presencia de un Dios cubierto por nosotros de tanta ignominia.

No limitemos sin embargo nuestras reflexiones á este particular, sino reconozcamos también con S. Agustín en el misterio de los oprobios de nuestro Salvador el fundamento sólido de nuestras esperanzas. Jesucristo dejó el cielo, patria de todos los bienes, para venir á vivir á la tierra, residencia de todos los males, é hizo con nosotros un cambio por el que, tomando nuestras miserias visibles y presentes, nos comunicó sus bienes invisibles y ausentes (1). Pues bien, las miserias horribles que tomó nos dan precisamente la seguridad de que él nos pondrá en posesión de los bienes que nos ha traído. Porque lo que ha hecho ya, es mucho mas grande que lo que nos ha prometido. Es mas extraordinario y mas increíble que un Dios sufra como hombre, que no que el hombre participe de los derechos y de los privilegios de Dios. Es mas extraordinario y mas increíble que un Dios se haya humillado hasta sufrir los horribles ultrajes del mas vil de los hombres, que no que el último de los hombres se haga hijo de Dios, su confidente y su amigo, y que adquiriera derecho á su gloria y á su inmortalidad. Una muerte sin

(1) Ad talia commercia venit; attulit nobis de regione illa bona, et in regione nostra portavit mala. (Ps.)

oprobios podría no ser absolutamente indigna de Dios. Mas las burlas, las bofetadas, las salivas, la venda en los ojos, para hacer la irrisión mas sensible y mas amarga, todas estas humillaciones ofrecen á primera vista una oposición tal á su soberana majestad, que es mas fácil creer que él no colmará en la otra vida de honores divinos, que creer que él se haya sometido en esta á unos ultrajes tan sangrientos. Así como este misterio de anonadamiento es cierto, así tambien sus promesas nos ofrecen la mayor seguridad. ¡O tierno Jesús! ¿Qué obligaciones tan estrechas no tenemos para con vos! Para garantírnos mas la certeza de los bienes que nos habeis prometido, habeis aceptado todos los males de nuestra humanidad, que parecían incompatibles con vuestro estado y vuestra naturaleza; vos nos habeis confirmado plenamente en la fe y en la esperanza de los bienes que nos preparais en la otra vida, al someternos contra toda verosimilitud á unas humillaciones que solo convienen á nosotros. La promesa que nos habeis hecho de elegir nuestra alma por esposa, esas comunicaciones inefables que se leen en la vida de los santos, esos favores de puro amor que les habeis concedido, esas visiones con que habeis consolado á tantas almas privilegiadas, apareciéndoos bajo la figura de un niño ó de un Dios crucificado; esos castos himeneos, esos besos misteriosos; si, todas esas maravillas son muy creíbles, porque son menos extraordinarias que las ignominias que habeis sufrido de los péridos judíos. ¡O dichosos oprobios de mi Salvador, vosotros sois un nuevo fundamento, una nueva garantía de la bondad, de la ternura y de la liberalidad con que Jesucristo me tratará en esta vida, y de la gloria inmortal que me reserva en la otra, si le sirvo con amor! Lo que ha hecho ya, es superior á lo que ha prometido. Si la hecho lo que mas, hará tambien lo menos: supuesto que se humilló tanto por mí, con mucha mas razon me hará participante de su gloria.

Estos oprobios están vengados; ellos son voluntarios y eficaces, y son para nosotros una fuente de consuelo; pero no es esto todo; ellos son tambien gloriosos. El Salvador, dice Orígenes, no rehúza estas humillaciones, porque su rostro marchito por las bofetadas, alzado por las salivas y cubierto de viles andrajos, debía por lo mismo ser á los ojos de la verdadera fe mas glorioso que el de Moisés, rodeado de una luz tan viva que la vista del hombre no podía resistir. (1) Porque la gloria que estas ignominias han hecho brillar en

(1) Non averit faciem suam á confusione stuprum, ut magis glorificetur

el rostro adorable de Jesus, es tan grande que el resplandor del rostro de Moisés desapareció y se deslizo ante ella, como la luz de una pequeña lámpara ante el disco radiante del sol. Cuanto mas despreciable le hacen parecer á los ojos de los mundanos los oprobios y los tormentos á que se sometió por nuestro amor, tanto mas amable le hacen, dice Tertuliano, al corazon de los fieles: *Quanto vilior, tanto nobilior*. Así humillado y ultrajado se hizo el objeto de las adoraciones del universo. Todo cuanto la tierra tiene de mas grande cayó á sus pies, para honrar el misterio de sus ignominias, y por esta marca tan vil y tan vergonzosa en apariencia, aunque en realidad tan magnífica y tan divina, penetrado yo, o dulce Jesus mío, de una verdadera fe y de una humilde piedad, os adoro como á mi Dios, mi Salvador y mi Redentor, como el Salvador y al Redentor del mundo (1).

Esta es la razón por que, observa S. Juan Crisóstomo, los evangelistas, á pesar de estar poseídos del mas tierno amor por la persona de Jesus, y del celo mas vivo por su honor, refieren con un cuidado tan minucioso y sin omitir circunstancia alguna, los tormentos y los oprobios que la pérdida sangrienta hizo sufrir á su Divino Maestro. Moisés, que los habia visto en espíritu, los prefirió sin vacilar, como nos lo ha revelado San Pablo, á las riquezas y á la gloria de Egipto; mas estos escritores sagrados comprendian mucho mejor que Moisés el valor inestimable de esas humillaciones. El espíritu de Dios de que estaban animados les habia descubierto el profundo misterio y el abismo de gloria que en él estaban encerrados. Lejos pues de pensar que habian de agradar al Salvador con el relato de todas estas ignominias, lejos de avergonzarse de ellas, creyeron por el contrario que ninguna cosa era mas grande, mas sublime ni mas gloriosa para el Hijo de Dios, para el criador del cielo y de la tierra, que haber sufrido unas humillaciones tan grandes por amor á los hombres (2). ¡O estúpidos Judíos! ¡Filósofos insensatos! esclama á este proposito Tertuliano; vosotros os egeudalizais, y vuestro orgullo tiembla y se irrita al oír la narracion de

vultus ejus; quam fuit vultus Moysis glorificatus. (Hoc. 36. in Matth.)

(1) Tanto magis ab hominibus honoratur, quanto magis pro hominibus indigna suscepit.

(2) Attende quod Evangelista cum summa diligentia ea, que videntur esse exprobratissima, exponit: nihil occultans, aut verocundans: sed gloriam existimans maximam Dominiterem orbi terrarum pro nobis talia suscipere. (Hoc. 86 in Matth.)

los oprobios de Jesus. Vosotros los juzgais incompatibles con la majestad de Dios é indignos de su grandeza. Mas sin embargo no podeis negar que esos indignos ultrajes hechos al Redentor nos han sido útiles á nosotros los que por ellos hemos sido rescatados. Porque esta locura aparente de la cruz es la fuente de nuestra sabiduría; estas ignominias son nuestra gloria; estos tormentos del Hijo de Dios establecen nuestro derecho á ser un dia hijos de Dios y objetos de sus complacencias y de su amor. Y si esto es así, estos oprobios son igualmente dignos de Dios, supuesto que nada es mas digno de la grandeza de Dios que la salvacion eterna del hombre (1).

En cuanto á nosotros, herederos del espíritu de los apóstoles y de los evangelistas, miembros de la sociedad de los verdaderos fieles, é hijos de la verdadera Iglesia que busca á Dios en la sinceridad de la fe, no nos ruborizamos de las ignominias que nuestro Redentor sufrió por la gloria de Dios, por nuestra salvacion, y por el castigo que habíamos nosotros merecido: *Nón confundantur in me qui querunt te, Deus Israel*. Procuremos por el contrario tener continuamente á la vista, segun el consejo de S. Juan Crisóstomo, la historia de los sufrimientos de nuestro Salvador, hacer de ella el objeto de nuestras meditaciones y grabarla en nuestro corazon, porque esta historia admirable nos demuestra lo mucho que hemos costado á su amor, y por lo mismo es tan a proposito para excitar el nuestro. A imitacion de los dos mayores hombres del mundo religioso, Moisés y S. Pablo, prefiramos estas santas ignominias á los vanos honores de Egipto, es decir, del mundo, y coloquemos en ellas toda nuestra gloria de cristianos (2).

SEGUNDA PARTE.

Al someterse el Salvador por amor á nosotros á esta serie de dolores y de oprobios en casa de Caifás, no solo obró grandes maravillas para nuestro bien, sino que tambien nos dió grandes lecciones y sublimes ejemplos.

El habia dicho en otro tiempo á sus apóstoles, y al dirigirse á ellos se dirigia tambien á nosotros: «Apreñdad de mí que soy dulce

(1) Quodcumque Deo indignum nulli expedit, et ideo Deo dignum: nihil enim est magis Deo dignum quam salus hominis.

(2) Hæc autem legamus continue: hæc nostræ menti inseramus; et in his gloriamur. (Hoc. 86 in Matth.)

y humilde de corazón; si vosotros me imitáis, adquiriréis el reposo de vuestras almas en el tiempo y en la eternidad. (1) » Pues bien el Hijo de Dios, que sufre sin murmurar, sin repugnancia y como si lo hubiera merecido, que se le cubra el rostro, que se le afeen salivas y bofetadas; que consiente ser blasfemado, insultado, menospreciado y escarnecido, y que guarda sin embargo una aptitud tan humilde y tan resguardada, ¿qué otra cosa hace sino reproducir con su ejemplo la admirable doctrina de humildad y de dulzura que nos había enseñado ya con sus palabras? ¿Qué otra cosa hace sino establecer la dulzura y la humildad como la única divisa de los suyos y como el camino real de la salvación eterna?

Mas, ¿ay! ¿cuán pequeño es el número de los cristianos que conocen y comprenden esta lección! ¿Y cuánto mas pequeño es todavía el número de los que la practican, no solo en el mundo libertino y corrompido, sino en el mundo que conserva un resto de religion y de piedad!

En efecto, sólo puede decirse que la mayoría de los fieles se entregan descuidadamente y sin medida á los instintos groseros de los sentidos; si es cierto que el mayor número no es esclavo de los crueles furores de la concupiscencia: lo es sin embargo que son muy pocos los que forman un escrúpulo del deseo de los honores, de los arrebatos de la ambición, y de las ruinosas locuras del lujo y de la vanidad. Se encuentran muy pocos que se reconvenzan á sí mismos su miserable orgullo; la mayor parte no quieren desengañarse á sí mismos y confesar sus faltas; y mucho menos sufrir las reprensiones de otros aun cuando su injusticia sea notoria, sus desórdenes públicos y sus faltas evidentes; ellos se creen en el derecho de sacrificar la inocencia misma para justificarse.

Pero, ¿qué hablo yo de escrúpulos? Esos sentimientos, esas exigencias, esos arrebatos son á los ojos de esos hombres una especie de deberes que es necesario cumplir para conservar la reputación del nombre, el esplendor de la familia, el honor de la persona, los miramientos del estado, la dignidad del cargo y el respeto de la autoridad y bajo pretexto de estas frases, bajo el velo de estas conveniencias, inventadas por el amor propio, acreditadas por la vanidad, ¿no se oculta un orgullo inmenso, un inmenso amor propio y un desprecio absoluto de los demás?

(1) Dicitur à me quia mitis sum, et humilis corde; et invenietis requiem animabus vestris. (Matth.)

¡O santa humildad! Virtud propia del Cristianismo, que los Gentiles no habían podido expresar con su lengua, porque no tenían idea de ella en el espíritu ni sentimiento de ella en el corazón! ¡O santa humildad, cuya primer enseñanza, cuyo primer ejemplo lo dio Jesucristo! ¿A qué has venido á parar en el día de hoy entre los cristianos? Y sin embargo nosotros creemos, nosotros adoramos á un Dios Salvador que aceptó por nuestro amor toda clase de oprobios. ¿Qué contradicción es la vuestra, o cristianos desgraciados, exclama S. Efrén, y cuán culpables sólo en creer las ignominias que nuestro Salvador sufrió por vosotros, al escuchar su trágica historia, y sin embargo conservar á vista de estas humillaciones del Dios de la majestad, un espíritu vano y altanero, un corazón arrogante y solterbio (1)! Ah! concluye S. Ambrosio, la memoria de las ignominias de Jesucristo debería extinguir entre los cristianos todo conflicto escandaloso de preeminencia, toda pretensión de orgullo, todo deseo de engrandecimiento, en una palabra todas las exigencias ridículas de la vanidad. Entre los discípulos, entre los servidores de un Dios profundamente humillado, una sola rivalidad es permitida: esta consiste en ceder á sus hermanos en humildad. (2). Así sea.

(1) Dominus tuus, inquit, propter te spata et opprobria patitur; tu vero, superbia timulus, face audis. (Serm. de Pass.)

(2) Una dicitur omnibus forma sententiae: Ut non de prelatione jactantis sit, sed de humilitate contentus. (Lib. 10. In Luc.)

CONFERENCIA DÉCIMACUARTA.

La Negacion de San Pedro.

Perditio tua, Israel; tantummodo in me auxilium tuum.

Tu perditione inde de ti, Israel; solo in me est le auxilio.

(Osé, 13.)

Para curar al hombre de una grande presuncion y de un orgullo excesivo, permite Dios, dice Sto. Tomás que caiga en grandes pecados (1).

Pues bien, tal vez ningún hombre tuvo mas necesidad que Pedro de este remedio tan triste y tan humillante para ser curado. Elamaba tiernamente a su Divino Maestro; pero le amaba mas bien por simpatía natural puramente humana, observa S. Agustín, que por el don de esa caridad sobrenatural que forma los mártires, y con un apoyo tan frágil creyó que sus fuerzas igualaban sus deseos (2).

Por otra parte, a pesar de las advertencias reiteradas de su augusto Maestro, no cuidó de formarse con la oracion un escudo contra las tentaciones. Por el contrario, creyendo poseer en sí mismo fuerzas bastantes para triunfar de todo, llevó la temeridad hasta el estremo de arrojarle voluntariamente al peligro, en el que le habia anunciado el Salvador que perecería de la manera mas lamentable. Le era necesaria esta caída, dice S. Juan Crisostomo, para que pudiese tocar con la mano su propia flaqueza. No es esto decir que Dios le impulsó al pecado, sino que le retiró los auxilios de que su orgullo le habia hecho indigno; le abandonó a su valor aparente y a su miseria real, y le dejó a merced de las fuerzas que

(1) Pro superbia remissio permittit Deus rueri hominem in aliqua peccata. (22. q. 102. a. 6.)

(2) Charitatem martyrum Petrus non habuit, cum dominum arguit. (De Gent. et Ebr. Arch.)

el creía tener, pero que no encontró en el momento del combate (1).

Obsecrado por su presuncion, no conocia Pedro su flaqueza: mas Dios permite su caída para convencerle de su fragilidad, y darle así esta grande leccion que muchos siglos antes habia dado por boca del profeta: « El hombre no tiene en sí mismo mas que el poder de perderse; en Dios solo está su fuerza, su sosten y su apoyo: *Perditio tua, Israel; tantummodo in me auxilium tuum*. El hombre pues nada puede sin la asistencia de Dios. Esta importante verdad es el fundamento de toda la moral cristiana; Jesucristo, dice S. Agustín, ha querido enseñar en la persona de Pedro a todo el género humano (2).

Bajo este punto de vista debemos considerar en el día de hoy este triste episodio de la Pasion del Señor, antes de salir de casa de Caifás. El nos ayudará a persuadirnos que, abandonados a nosotros mismos no podemos hacer otra cosa que correr a nuestra perdición: que nuestro deber es poner nuestra confianza en solo Dios, y no recurrir mas que a él, si queremos salvarnos: *Perditio tua, Israel; tantummodo in me auxilium tuum*.

PRIMERA PARTE.

Cuando Jesús cayó en manos de sus enemigos, todos sus apóstoles le abandonaron, y Pedro salió huyendo lo mismo que los demás: *Omnes reliquit eo, fugerunt*. Así se cumplieron estas palabras del profeta: « Todos los que estaban íntimamente unidos a mí, se alejaron de mí cobardemente. » (3) Sin embargo, animado Pedro de un amor mas ardiente que los otros a Jesucristo, y mas confiado tambien en sí mismo, se volvió pronto atrás y se puso a seguirle de lejos: *Petrus autem sequebatur à longè*, porque no podia resolverse, dice Orígenes, á separarse enteramente de su Divino Maestro (4). Esta conducta, añade S. Ambrosio, escita en nosotros un sentimiento de admiración y de respeto hacia Pedro, pues que á pesar del temor extraordinario que le inspira el odio de los Judíos, no

(1) Sed desertum dereliquit, ut suum ipse intelligat infirmitatem. (Hom. 81. in Joann.)

(2) Ideo B. Petrum desertit, ut in illo totum humanum genus posset agnoscere nihil se sine Dei gratia valere. (Serm. CXXIX de Temp.)

(3) Qui juxta me erant, de longe steterunt. (Ez. 37.)

(4) Sequitur de longinquo, neque tamen recedens ab eo. (Tract. 34. in Matth.)

abandona enteramente al Salvador. El temor fué producido en este apóstol por la fragilidad de su naturaleza; su empeño en seguir los pasos de Jesucristo es la prueba de su tierno amor (1). Mas, pobre Pedro, añade en este lugar S. Agustín; ¡ah! ¡cuan diferente es de lo que era! Tan generoso como había estado en promesas, tan tímido se muestra, y tantas precauciones toma cuanto se acerca el peligro (2).

S. Ambrosio esclama á su vez: ¡Ay! este apóstol desgraciado olvidó el oráculo divino que amenaza con una muerte cierta á todos los que se alejan de Dios (3). Así cuando los Evangelistas hacen notar que Pedro seguía á Jesús desde lejos, nos hacen presentir que se halla á punto de serle infiel, pues que seguramente jamás hubiera negado á su Maestro si se hubiera mantenido siempre mas cercano á él (4).

Con un corazón irresoluto y helado llega Pedro á la casa de Caifás, donde la soldadesca había llevado ya al Salvador. El consigue penetrar en ella por la mediación de uno de los discípulos de Jesucristo, amigo del pontífice, sin sospechar siquiera que el mismo se metió en el lazo. Apenas entra en el patio de esta fatal casa, cuando se mezcla con la turba de soldados y de criados, se pone á conversar con ellos con la mayor familiaridad y franqueza, y se acerca al fuego para calentarse con ellos (5). Pero, ¿qué! debía un discípulo, un amigo de Jesucristo elegir este momento para sentarse cómodamente junto á la hoguera, mientras que se intentaba un proceso de muerte contra su Divino Maestro? De tal manera, dice S. Juan Crisóstomo, se ha resfriado el zelo tan ardiente de Pedro, que tiene necesidad de calentarse en el hogar siniestro de la casa de Caifás! (6).

Mas ¡ay! no es solo la caridad la que se ha resfriado en el corazón del príncipe de los apóstoles, sino tambien su fe en Jesucristo. En

(1) Petrus in hoc nobis est maxime admiratione reverendus; Dominum non dereliquit etiam cum timeret. Metus naturae est; cura pietatis. (Lib. 10. In Luc.)

(2) Petrus promissor egregius corpus ambulare languinosum. (Serm. III. de Temp.)

(3) Ecce qui elongavit se à te peritulum. (Ez. 72.)

(4) Bene à longe sequabatur, jam proximus negator: neque enim negare potuisset, si Christo proximis adhaesisset. (Lib. 10. In Luc.)

(5) Erat autem cum eis et Petrus stans, et calefaciens se. (Joan.)

(6) Papae quo sapore calor ille vehemens Petri contabuerat. (Hom. 82. In Joann.)

efecto, el Evangelista advierte que la insistencia de Pedro en penetrar en la casa del soberano pontífice fué con el solo objeto de ver con sus propios ojos el desenlace de aquel drama. Pues bien, Jesucristo había anunciado ya cinco días antes á Pedro y á los demás apóstoles que en el discurso de aquella misma semana sería condenado á muerte y crucificado, pero que había de resucitar al tercero día. Si Pedro hubiera conservado la fe que debía á esta revelación del Salvador no hubiera necesitado presentarse como curioso en casa de Caifás, para saber cómo iba á terminar esta dolorosa escena, supuesto que ya sabía que acabaría por la muerte, y después por la Resurrección de Jesucristo. Por consiguiente, la presencia de Pedro en este tribunal infame indica, según el parecer de S. Hilario, que la fe divina fué reemplazada en él por una curiosidad puramente humana; que él no creía, ó que solo creía de una manera imperfecta las palabras de su maestro que habían anunciado su muerte y su resurrección, es decir, su triunfo sobre la muerte, y finalmente la caída de su discípulo (1).

Sin embargo, vedle reunido á un grupo de hombres del pueblo bajo, de los que cada uno habla todo lo mal que puede de Jesús de Nazaret, él afecta un aire de indiferencia, con la esperanza de que no será reconocido por discípulo suyo. Mas ¡ay! que esta frialdad que le impide defender á su Divino Maestro es un presagio muy triste. Es un primer paso hacia la infidelidad. Y en efecto, él niega á Jesús hasta tres veces. ¡Ah! dice S. Agustín, cuando el médico celestial predijo esta traición de Pedro, había tocado ya su corazón y había reconocido la enfermedad que en él había. Es en vano que Pedro, acometido entonces por fiebre ardiente, quiera pasar por un hombre lleno de salud: la atención sobreviene, y Pedro, que hasta entonces no había consentido declararse enfermo, sucumbe al choque de una simple pregunta (2). En efecto, á la claridad de aquel fuego infernal, ante el cual este discípulo sentía helarse su espíritu en tanto que se calentaban sus miembros, la mujer encargada en la custodia de la casa le reconoce y le señala á todo el mundo como uno de los discípulos del Nazareno. Con una serenidad imperturbable que se asemeja á la inocencia, levanta Pedro la voz de modo

(1) Humana curiositate seire cupiscat quid iudicaret Dominum Pontifex. (Canto 32. In Matthe.)

(2) Audivit à medico quid in se ageretur: febriens enim sanum se dixerat. Cordis venum ille tangebat. Ventum est ad tentationem, et interruptus, succubavit. (In Ps. 140.)

que pueda ser oído de todos y responde sin turbarse: Mujer; yo no conozco al hombre de quien me hablas, yo no sé siquiera lo que quieres decirme (1). En seguida se retira de allí y se mezcla entre la soldadesca. Mas ¿de qué le sirve? Apenas ha pasado una hora desde su primera infidelidad, cuando niega á Jesús por segunda vez. Otra criada acaba de reconocerle igualmente por uno de los discípulos del Nazareno; ella lo hace notar á los que componen el mismo grupo, y todos confirman su testimonio; ellos le habían conocido igualmente. En este momento se turba Pedro: « ¿Qué decís? esclama, ¿qué decís? Yo no conozco á ese hombre, ni aun de oídas. » Y para apoyar sus palabras hizo un horrible juramento (2).

Después de estas dos caídas tan lamentables, ¿quién no esperaba que Pedro se hubiera apresurado á alejarse de aquel lugar funesto? ¡Ah! ¿Cómo podía estar segura la fe del discípulo en el lugar en que el Maestro era condenado á muerte como blasfemo? Mas no; Pedro circula desde el pórtico hasta el patio, el paso de la luz á la oscuridad, pero no puede resolverse á abandonar esta mansión homicida. Entre tanto, uno de los soldados se acerca á él y le dice: « ¿Cómo estás tú aquí? Yo te conozco: tú eres de la comitiva del preso. » Pedro lo niega, y protesta alzando fuertemente la voz. Mas el soldado replica: « Es censurado que lo niegues; tu acento galileo es una prueba de que tienes una patria común con el Nazareno y de que has vivido con él (3).

A los gritos que dan durante este altercado, acude, entre otros muchos, un pariente de aquel Malco á quien Pedro había cortado la oreja en Gethsemani, y le dice: « ¿Cómo te atreves á negar que eres discípulo de ese hombre? Pues qué, ¿no te vi yo con mis propios ojos que estabas en su compañía en el huerto de las Olivas? (4). Pedro no se acobarda ni se confunde con tantos testimonios. El insiste cada vez mas en su negacion; él disimula la molestia, el disgusto y la cólera, y no contento con ser perjuro, lanza contra sí y contra los otros imprecaciones horribles, repitiendo en alta voz: « Yo no soy discípulo de ese hombre, yo no tengo nada de común con él, ni aun siquiera le conozco (5). » De este modo, dice el vene-

(1) At ille negavit coram omnibus dicens: Non novi illum, neque novi quid dicat. (Marc. Luc.)

(2) Et iterum negavit cum juramento dicens: Quia non novi hominem. (Math.)

(3) Vere et tu ex illis es: nam et topetia tua mani' istum te facit. (Math.)

(4) Novae ego te vidi in horto cum illo? (Joan.)

(5) Quasi anathematizare et jurare et detestari quia non novi hominem hunc quem dicitis. (Math. Marc.)

nable fieda, se cumple á la letra la predicción del médico celestial; el enfermo está convencido de presunción; porque Pedro se había gloriado de que duraría su vida por Jesucristo, y lejos de esto, hace justificar por el resultado lo que había anunciado Jesucristo: que Pedro le negaría tres veces (1).

Mas, ¡palabras de sacrilegio y de horror! ¿cómo al pronunciarlas no sintió Pedro temblar sus labios, helarse su lengua y romperse su corazón? ¡Ah! Él llama despreciable y peligroso (*hominem hunc quem dicitis*) al que en otro tiempo, según la inspiración de Dios Padre, reconoció y confesó por Hijo de Dios. (Matt. 16.) Después de haber jurado y protestado muchas veces que no se separaría jamás de él, rechaza ahora como una odiosa calumnia el honor de ser su discípulo, y aun se ruboriza de conocerle. ¡Ah! Ved aquí al primero de los discípulos de Jesucristo, esclama S. Agustín, aquel á quien el Salvador amó tanto, y distinguió entre todos los demás, vedle aquí renunciando públicamente su título de cristiano, vedle haciéndose apóstata y abjurando la doctrina, la fe y la Iglesia de Jesucristo (2). ¡O pecado monstruoso! ¡O espantosa caída!

Suspendamos nuestra admiración y nuestro dolor á vista de una falta tan grande, porque la infidelidad de este gran pecador es una lección saludable para todos los justos, como observa S. Ambrosio (3). En efecto, si los cuatro evangelistas refieren unánimemente esta caída con sus mas pequeñas circunstancias, no es, dice Teofilacto, para burlar al príncipe de los apóstoles, sino para dar á todos los fieles una instrucción sólida e importante, y hacerles comprender cuán culpables son los que huscan en sí mismos la fuerza que solo deben esperar de Dios (4).

Oigamos algunas reflexiones graves y útiles que los santos Padres nos han dejado acerca de esto. En primer lugar la caída de S. Pedro, dice S. Juan Crisóstomo, prueba altamente la naturaleza de la flaqueza hu-

(1) Ecce medici est completa predictio agroti convicta presumptione. Num enim factum est quod ille dixerat: Animam meam pro te ponam; sed quod ille praedixerat: Ter me negabis. (In Joan.)

(2) Nescio quid dicis: erat hoc non solum negare se discipulum Christi: sed etiam se esse christianum, hoc est fidelem, Christi: vemo enim creditit insignitum. (Tract. 113. In Joan.)

(3) Error Petri doctrinae pastorum est. (Lib. 10. In Luc.)

(4) Evangelistae omnes de Petro scripserunt: non discipulum accusantes, sed nos erubentes: Quam malum sit non totum Deo tribuere, et in seipso consistere. (In Joan.)

manacuso no cuenta con el auxilio de Dios (1). Además, añade S. Bernardo, nadie debe admirarse de que los demás caigan, supuesto que cada uno de nosotros puede a cada momento añadirse error á los errores de otro. Lo que sucedió á Pedro puede sucedernos á todos. El mal que comete un hombre, puede cometerlo igualmente otro, sea cualquiera su carácter y su condicion. El hombre no es mas que un poco de barro, y así como todos los hombres están formados de un mismo barro y tienen un mismo origen y una misma naturaleza, todos están igualmente sujetos á las mismas flaquezas (2). La deplorable caída de Pedro, prosigue Teofilacto, se observa diariamente en un gran número de cristianos. Cada pequeño deseo es como una criada artificiosa que asedia al hombre, le reconviene y le hace caer (3). En primer lugar, sorprendidos y aterrados á vista de tan gran caída, debemos temer continuamente por nosotros mismos, y pedir á Dios con el profeta que nos sostenga y nos salve; porque si el justo cae, ¿qué será del pecador (4)?

En segundo lugar Pedro no sucumbe, observa Teofilacto, sino porque omite la vigilancia y la oracion que Jesucristo le había recomendado especialmente. ¡Temblad pues, o vosotros á quienes el enojo, la indolencia ó la frialdad alejan del servicio de Dios! Temblad al ver, por el ejemplo de este apóstol, la fuerza y el poder que tienen sobre las almas tibias las asechanzas y las tentaciones del demonio (5).

En tercer lugar, no es el formidable tribunal de los sacerdotes, de los magistrados y de los escribas, observa S. Juan Crisostomo, el que procede al interrogatorio de Pedro; no es ningun hombre investido de autoridad quien le echa en cara ser discípulo de Jesucristo. Nadie le amenaza con azotes ni con la muerte. Una simple mujer le interroga, y una mujer que apenas puede llamarse así, porque es una humilde criada encargada en guardar la puerta de la casa, en una palabra, una vil esclava (6).

(1) *Intelligite quoniam sit imbecilla humana natura, cum Deus deserit. (Rom. 82. In Joann.)*

(2) *Quidquid illi accidit et tibi accidere potest; quia homo es. Homo de humis, fuma de limo. (Meda. c. 3.)*

(3) *Quod tunc accidit Petro, nunc videri licet evenire multis. Arguit hominem ancilla parva quendam voluptas; statimque negat. (In Joann.)*

(4) *Solvam me fac, Domine: quoniam defecit sanctus. (Psal. 11.)*

(5) *Horresco, considerantes quantum contra remissionem valeant insidiae diaboli. (In Luc.)*

(6) *Non illi flagella, non illi sunt admodum tormenta. Qui eum interrogat mulas*

Y sin embargo Pedro no puede resistir un ataque tan débil; él tiembla, él vacila, él cae. ¡Cuán funesto es, esclama S. Maximo, el poder de la mujer para arrastrar al hombre á su ruina! En otro tiempo una mujer sedujo al primer hombre recién salido de los brazos del Criador; y al presente otra mujer hace apostatar al primero de los discípulos que Jesucristo había elegido. O hombres, concluye el mismo santo, nun cuando seáis fuertes como Sanson, profetas como David y sabios como Salomon; ¡ah! si no queréis desmentiros á vosotros mismos, no tengais demasiada familiaridad, no tengais relaciones demasiado tiernas con ese sexo seductor; miradle como un peligro y huid de él; porque él es el arma de que se sirve el demonio para abatir la virtud mas robusta, las almas mas fuertes y los corazones mas fieles (1).

S. Jerónimo hace á este propósito una cuarta reflexion, y es que el primer pecado de Pedro fué una simple negacion, una simple mentira. Mas al perseverar este apóstol en su negacion, paso de la mentira al perjurio, del perjurio á las imprecaciones, de las imprecaciones á los anatemas, y finalmente de los anatemas llegó hasta las blasfemias. ¡Qué camino tan horrible recorrió en el espacio de tres horas! De precipicio en precipicio, de abismo en abismo fué cayendo hasta sumergirse en la sima de la infidelidad: *Primo ait: Nescio quid dicis. Secundo cum juramento negat. Tertio capit detestari!* ¡Tal es la historia del corazon humano, continúa el santo doctor; tal es vuestra historia, o vosotros los que principales la carrera del mal! Si vosotros despreciais las pequeñas faltas, ellas os arrastrarán á una rápida pendiente. Acumulando continuamente pecados sobre pecados, y aumentando cada dia mas su número y su malicia, vosotros os precipitaréis bien pronto en el abismo de la corrupcion y del endurecimiento (2).

En quinto lugar, Pedro, segun observa S. Ambrosio, no niega á Jesucristo en el monte ni en el templo, sino en el pretorio de Calísta, donde el Salvador se halla cargado de cadenas, y donde por consi-

est eorum, qui auctoritate sua possit formidinem incutere. Mulier cum simplici voce interrogat, et forte nec posuitura confessionem; nec tamen mulier, sed puerella insidiosa, vile mancipium. (In Matth.)

(1) *Dialolus fideles viros per mulieres appugnare conovit. (De Patientia. Petr.)*

(2) *Perseverare quippe in peccato dat solentem incrementum. Qui minima apertit, cadit in majora. (In Matth.)*

guiente la verdad se halla condenada y la justicia prisionera (1). El venerable Beda observa igualmente que en la sociedad de los impíos es donde Pedro no reconoce ni aun por hombre á aquel Jesus que habia reconocido públicamente en otro tiempo, en medio de los discipulos fieles, por el Hijo de Dios vivo. No procuréis, cristianos, introducirlos en los palacios de los grandes, de donde la justicia y la religion se hallan generalmente desterradas, y donde casi siempre se ve el hombre obligado á ruborizarse del pudor, á avergonzarse de la devoción, á bisonjear el vicio, á aplaudir el crimen y hacer traición á la verdad. Huid de las reuniones profanas; guardaos de manifestar ligereza en medio de los enemigos de la religion y de la piedad. Si no, acabareis por adoptar poco á poco sus ideas, os plegareis á sus sentimientos, hablareis su lenguaje é imitaréis sus acciones. ¡Y cuántos son, gran Dios, los que, vencedores al principio de las mas violentas pasiones, mientras permanecian en el retiro de sus casas, sucumben desgraciadamente después bajo el arma terrible de los respetos humanos, desde el momento en que se hallan espuestos al contacto del mundo (2)!

Finalmente, S. Agustín observa, que Pedro era una columna, que era la piedra fundamental de la Iglesia. A pesar de esto, arrojándose en medio del peligro y espouiéndose á la ocasion de pecar, vuela al primer soplo de la tentación, y cae de la manera mas espantosa en el abismo de la apostasia (3). Y ¿cual suerte será la vuestra, hombres del siglo, frágiles coanas, si os esponéis a los peligros de un contagio capaz de comprometer á los mismos santos? ¿No os manifiesta el ejemplo de Pedro el modo con que Dios, para castigar vuestra temeridad, puede privaros de todas sus luces, y quitaros toda vuestra fuerza? ¿No os muestra del modo mas sensible la terrible prontitud y el irresistible poder con que la ocasion acomete al corazón, lo subyuga, lo abate, lo arrestra, y lo convierte en juguete miserable de todos los vicios? ¡Ah! hermanos míos, el ángel del Señor mando en otro tiempo á Lot, no solo que saliese apresuradamente de Sodoma para no ser consumido por las llamas que iban á devorar aquella ciudad, sino tambien que se alejase de sus alrededores, que

(1) Non negat in monte, non negat in templo, sed in praetorio. Ibi negat, ubi Christus dignus est, ubi veritas non est. (In Luc.)

(2) Quam noxia sunt pravorum concilia! Inter infideles Petrus hominem negavit quem inter discipulos Deum confessus est. (In Marc.)

(3) Fera columna firmissima ad unius avaram tentationis tota contrivit. (Theod. 119. In Joann.)

huyese muy lejos y se salvase en la montaña (1). Esto significa que no basta huir las relaciones, las sociedades y los lugares donde arde el fuego de la voluptuosidad, sino que es necesario darles un eterno a Dios. En vano nos ilusionaremos de no caer, si volvemos á las ocasiones que nos habian vencido ya. ¿Veis esos soldados de cera que sirven de entretenimiento á los niños? Armados de pies á cabeza, aparentan fuerza y vigor, y parecen animados de un valor marcial. Pero, que se les acerque al fuego, y veréis que pronto se descomponen su marcial continente; poco á poco su falsa armadura se desprende y cae; su mentida fiereza se derrite y desaparece, hasta que reducidos a una masa líquida dejan de tener forma alguna. Tal es, segun las palabras del profeta, la condicion del hombre que se espone a los peligros, en que ha hecho ya la experiencia triste de su flaqueza (2). Sus juramentos, sus protestas de prudencia y de firmeza, verdaderas armas de cera, se disipan al primer fuego que la ocasion enciende. Todas las buenas resoluciones se olvidan; todas las fuerzas se paralizan; todas las ideas de virtud y de deber se oscurecen. El espíritu se turba, el corazón se ablanda, y entre la seducción que se hace mas fuerte y la voluntad ya debilitada, se duda un momento, y al fin se sucumbe. ¡Ay! dice la Escritura Sagrada, perece siempre en el peligro el que, en vez de huir prudentemente de él, tiene la loca temeridad de buscarlo. Seria un milagro contra las reglas comunes de la asistencia divina, si protegiera una presunción como esta. Por fuerte, por virtuoso que se suponga al hombre, no es cosa estraña verle caer, pero seria cosa estraña verle sostenerse sin pecar en la ocasion peligrosa que hubiera buscado el mismo (3).

Puede negarse á Jesucristo de diversas maneras. En efecto ¡cuántos cristianos vemos, dice S. Lorenzo Justiano, que imitan la temeridad de Pedro, que hacen inutil en ellos la fe de Jesucristo que han recibido de Dios mismo, y que en tanto que confiesan á Dios con la boca, valiendome de las palabras de San Pablo, le niegan con sus acciones (4)! En efecto el primer acto de la fe cristiana

(1) Nescis in omni circa regione. In montem saluum te fac. (Genes. 19.)

(2) Factum est cor meum tanquam cera liquecens. (Psal. 21.)

(3) Qui amat periculum in illo perit. (Eccl. 3.)

(4) Quot, ore quotidie cerimonias irritam facientes, quam pereperunt fidem: dum, juxta Apostolum, confitentes se nosse Deum, facti autem negant. (De Christ. Agm. c. 8.)

consiste, como nota Salvierno, en cumplir las leyes de Jesucristo; todo el que viola estas santas leyes, menosprecia y desconoce por el mismo hecho al legislador (1). Esta es la razon por que Tertuliano no teme mirar como una verdadera apostasia los desórdenes en que caen tantos cristianos con desprecio de las leyes divinas. Semejantes a Pedro, su temeridad en esponerse á la seducción, su ciega confianza en sí mismos, los conduce á negar esteriormente los ejemplos y la vida de Jesucristo, aun cuando en el fondo de sus corazones conserven un resto de fe en su doctrina. Pero ¡desgraciados de ellos! porque Jesucristo, como les amenaza en su Evangelio los negará delante de su Padre, á fin de castigarlos por haberle negado delante de los hombres en su fe ó en sus preceptos (2).

Sin embargo, en este extremo á que tal vez hemos sido arrastrados por nuestra impudencia y nuestra malicia ¿qué otro medio hay para levantarnos, que el que nos ofrece la misericordia de ese mismo Dios á quien hemos desconocido? ¡Ay! El hombre no tiene en sí la luz del espíritu para conocer la verdad, ni la fuerza del corazón para practicar la virtud. Abandonado á sí mismo no puede hacer otra cosa que perecer. La fuerza la recibe de aquel que le dió la existencia; en Dios solo está su remedio, su apoyo y su auxilio: *Perdidi tu, Israel; tantummodo in me auxiliam tuum*. Esta triste verdad la experimentó Pedro en su persona, y nosotros podemos á ejemplo suyo experimentarla en nosotros mismos, supuesto que el Señor se dignó elevar al lado del mas terrible ejemplo de la fragilidad humana un monumento magnífico de su misericordia.

SEGUNDA PARTE.

La triple negacion de S. Pedro tuvo lugar, como observa S. Agustín, en el tiempo mismo en que Jesucristo era víctima de todos los insultos y de todas las ignominias de que hemos hablado ya (3). Es igualmente cierto que esta infidelidad del principe de los apóstoles cansó á su Divino Maestro mas humillacion y mas dolor que todas las afrentas que recibía entonces de sus enemigos. El mismo se que-

(1) *Cum hæc sit hominis christiani fides, Christi mandata servare, ubique debet Christianum non credit, qui ejus mandata conculcat.* (Lih. 4. de Provid.)

(2) *Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo ei ego cum coram Patre meo.* (Math. 16.)

(3) *Inter prædictas Domini contumelias tria negatio Petri facta est.* (De consensu Evangel.)

jaba de esto en otros tiempos por boca de Job en estos términos: ¡Ay! ¡aquel que tanto he amado, aquel que he preferido á todos los demas, se averguenza tambien de mí, se escandaliza de mí, y afirma con juramento que no me conoce (1)! Mas si Pedro jura que no conoce á su Jesus, Jesus por su parte prueba que no ha olvidado á su Pedro tan amado, y á quien ama todavía. En tanto que se halla espuesto á mil ultrajes, que los testigos falsos le calumnian, que los jueces injenos le condenan, que la infame é insolente soldadesca le desfigura y le deshonra abrumándole con golpes y con indignas hostedades, Jesus, el tierno Jesus se vuelve, dice el Evangelista, mira á Pedro que á este tiempo mismo acaba de negarle por tercera vez, y arroja sobre él una de esas miradas que jamás puede olvidar el corazón: *Conversus Dominus respexit Petrum* (Luc).

¿Qué signifien pues esta mirada del Salvador? ¡Ah! dice San Agustín, esta no fué una mirada de reconvenccion, sino de compasion; Jesus miró á su discípulo, no con ojos terribles para confundirle, sino con ojos misericordiosos para convertirle (2).

¡O misterio inefable de misericordia y de bondad! El Evangelio encierra ciertos rasgos que mucho mejor los siente el corazón, que los explica la lengua. Jamás la divina misericordia, esclama Teofilacto, se ha pintado á sí misma con colores mas vivos. Jamás Jesucristo ha expresado mejor la mansedumbre de su corazón. Jamás ha manifestado su bondad de una manera mas tierna. Un discípulo tan amado, el privilegiado de Jesucristo rechaza como una injuria la idea de pertenecerle, él se justifica hasta del pensamiento mismo de esta acusacion, como de una horrible afrenta; y lo hace con juramento. Pedro con su apostasia aviva el odio y el desprecio de los enemigos del Salvador, y aumenta su gozo salvaje. El observa esta indigna conducta en el lugar mismo donde se encuentran Jesus, y Jesus la oye: él está en la presencia misma de Jesus, que no tiene mas que volver la cabeza para verle. Este Dios Salvador, tan cobardemente negado por su discípulo, lejos de tratarle con desprecio echó todavía sobre él una mirada de tierno amor (3).

Esta mirada, dice S. Agustín y Epifanio, no es casual, estéril ni infructuosa; sino que á la gracia exterior añade una gracia interior abundante y eficaz. Con esta mirada humilla Jesus á Pedro, mas

(1) *Quem maxime diligebam, avversatus est mihi.* (Job. 30.)

(2) *Respexit Petrum, non ut confunderetur, sed ut converteretur.* (Tract. in Joann.)

(3) *Admirari dicit Dominum misericordiam: qui cum negatus esset, non despicit discipulum, sed respicit.* (In Joann.)

al mismo tiempo le sostiene; el le hace avergonzarse de sí mismo, pero al mismo tiempo le penetra de compuncion; él le mira á la cara, pero al mismo tiempo le atraviesa secretamente el corazón; él introduce la tarlacion en todos sus afectos, pero tambien abre sus ojos á las lágrimas del dolor. En tanto que le hace conocer el horror de su pecado, le asegura su perdón; y si le invita al arrepentimiento, tambien le excita al amor. En una palabra, el le entristece y le consuela; él le hiere y le cura (1). ¡O mirada de misericordia y de amor! sin ella, dice Teofilacto, jamás hubiera sentido Pedro la desgracia de su caída. Así pues en estas palabras: « El Señor se volvió... y miró á Pedro, » esta encerrada toda la historia de la infinita misericordia de Dios, y la de la miseria y de la ingratitude del hombre. En ellas se ve al hombre que cae por sí mismo, y que no se levanta sino con el auxilio de Dios. En ellas se descubre el exceso de la flaqueza humana y la necesidad de la gracia; ellas finalmente nos presentan en accion el misterio anunciado por el profeta, relativo á la fragilidad del hombre y á la necesidad de la gracia de Dios: *Perditio tua, Israël: tantummodo in me auxilium tuum.*

Es cierto que el gallo cantó después de la tercera negacion de Pedro, y que este apóstol se acordó entonces de la prediccion que Jesucristo le había hecho: « Antes que el gallo cante, me negarás tres veces (2). » Pero, según S. Marcos, el gallo cantó tambien después de la primera infidelidad de Pedro, y Pedro sin embargo no se convirtió, sino que negó á su Maestro otras dos veces mas. Esto prueba que si el gallo cantó inútilmente la primera vez, en vano hubiera cantado tambien, según el pensamiento de S. Ambrosio, la segunda y la tercera, y hasta la centésima vez. Este canto jamás hubiera despertado á Pedro ni le hubiera movido á contricion. Pedro hubiera podido multiplicar hasta el infinito sus perjurios, y permanecer siempre en su obstinacion y en su endurecimiento. Lo que convirtió al apóstol fué la mirada amorosa de misericordia, á la que Jesus acompañó el tercer canto del gallo. Pedro no hubiera conocido ni llorado su pecado si Jesus no hubiera vuelto sus ojos hacia él. Mas apenas Jesus le miró, añade S. Maximo, cuando le abrió los

(1) *Misericordia Domini lateat subterit; cor teigit; memorem revocat: interiori gratia sua vivatit; interiori hominis usque ad exteriores lacrymas movit, et producit affectum.* (August. *De Gratia Christi*) Consolatur et sanat; et sui vultus illuminatione ad spem venie invit. (Remig. *in Luc.*)

(2) Et recordatus est Petrus verbi Domini sicut dixerat: quia ter me negabo. (Luc.)

ojos del espíritu, ilustró su inteligencia y ablandó su corazón (1). Era imposible, esclamo S. Jerónimo, que Pedro permaneciese sepultado en las tenebras de su pecado, desde el momento en que fue penetrado por la mirada amorosa y omnipotente de aquel que es la luz del mundo (2). Por consiguiente, prosigue S. Agustín, este discípulo, que estaba muerto por el exceso de la presuncion, fué vuelto á la vida por la mirada de compasion que Jesus en su inagotable bondad dejó caer sobre él. El gallo que canta significa, según la interpretacion de S. Jerónimo, el predicador cristiano que nos exhorta al arrepentimiento y á la penitencia. Y así como el canto del gallo no pudo hacer que Pedro volviese en sí, sin la mirada de Jesus, del mismo modo las palabras del predicador no hieren nuestros oídos sino como un ruido vano, dice S. Pablo, y ni los consejos, ni las advertencias de nuestros padres y de nuestros amigos, ni los buenos ejemplos, ni los castigos de Dios, ni sus beneficios hacen en nosotros impresion alguna, si la accion secreta de la gracia y la mirada de Jesucristo no mudan nuestro corazón.

¡Ah! Nosotros tenemos indudablemente la libertad fúesta de separarnos de Dios y huir lejos de él; pero no podemos volver á él si el mismo no nos llama, si él no da los primeros pasos, sino sale el mismo en busca nuestra! Nosotros podemos por nosotros mismos precipitarnos en el fondo del abismo, pero no podemos salir de él si Dios no nos tiende una mano compasiva: *Perditio tua, Israël: tantummodo in me auxilium tuum.*

Nosotros necesitamos por consiguiente que Jesucristo incline sus ojos hacia nosotros, pues que la mirada de Jesucristo, dice el venerable Beda, significa su gracia y su misericordia, sin las que ni aun podemos principiar nuestra conversion y nuestra penitencia, y mucho menos consumarla (3).

Y para que no podamos dar por excusa de nuestra tardanza y de nuestra dilacion, que no hemos alcanzado aún esa mirada de misericordia, á que están unidos la conversion y el perdón, el Santo Concilio de Trento tiene cuidado de advertirnos que esta mirada de misericordia no se niega jamás á quien la busca por medio de la oracion, y que la gracia está siempre, por este medio, á disposicion de todos.

(1) *Respexit Dominus Petrum, et aperuit oculos ejus.* (Rom. 9. de *Paulo, Petr.*)

(2) *Nec enim fieri poterat, ut in negationis tenebris perseveraret, quem lux mundi perspexerat.* (Hier., *in Math.*)

(3) *Respicere ejus miseria est; quia non solum cum penitentia agitur, verum etiam ut agatur, Dei misericordia necessaria est.* (Jo. Luc.)

Animo pues, pidámos a Jesucristo que eche sobre nosotros una mirada de misericordia. Digámosle con San Agustín: Si apartais de mi vuestro rostro adorable, pereceré; mas un solo rayo de los que salen de vuestra faz me volverá a la vida (1). Abrid mis ojos a vuestra divina luz, porque yo no puedo elevar hacia vos una mirada de reconocimiento y de amor, si vos no inclináis antes sobre mí una mirada de misericordia y de piedad (2). Digámosle también con la Iglesia: Si, amable Jesús, dignaos volver los ojos hacia nosotros los que suecubimos o estamos próximos a sucumbir; haced que vuestra tierna mirada nos levante y nos sostenga siempre firmes. ¡Ah! Si vos nos miráis, nos salvamos, porque podremos desde entonces lavar en las lágrimas de una verdadera contrición las culpas que hemos cometido, y recibir en ella la fuerza necesaria para no cometer otras nuevas (3).

Obsérvenos para concluir, que lo que valió a Pedro la amorosa mirada de Jesucristo, fue que sin embargo de haberle negado, no le había abandonado enteramente; él permanecía aun en el patio mismo donde Jesús se encontraba; él se hallaba todavía cerca de Jesús, y Jesús le miro: *Conversus Dominus respexit Petrum*. Del mismo modo debemos nosotros acercarnos a Jesús y permanecer a su lado, y estaremos seguros de conseguir esa mirada de ternura que nos penetre con sus rayos sin llenarnos de espanto, y que nos convierta sin confundirnos. Nosotros debemos ir donde él se encuentra, es decir a sus santos templos; y no abandonar esos lugares sagrados donde él reside como un juez clemente para perdonar nuestras faltas, y como un médico compasivo para volvernos a la vida, y finalmente como un señor generoso y benéfico para colmarlos de sus misericordias (4).

Si, frecuentemos los templos santos, y detengámonos ante el sagrado tabernáculo. Imitemos allí a esos mendigos que se sientan algunas veces a la entrada de los palacios de los grandes, sin decirles una sola palabra; que echan de tiempo en tiempo hacia ellos una

(1) Si despicis, perece; si respicis, vivo. (*Matth. c. 40.*)

(2) Lumen tuo aperit oculos meos; non enim possum videre te, nisi respicere in me. (*Serm. CXXI. de Temp.*)

(3) Jesu, labentes respice; et nos videoque corrige. Si respicis, lales cadunt; si respicis, culpa solvitur. (*Hymn. Dom. ad Laud.*)

(4) Qui respiciatur omnibus iniquitibus suis; qui sanat omnes infirmos suis. Qui redimit de interitu vitam tuam; qui coronat te in misericordia et misericordiis. (*Psa. 102.*)

mirada triste, como para hacerles conocer la miseria que los abruma, y que hacen al mismo tiempo llegar hasta ellos la humilde plegaria de un suspiro ahogado, mucho mas elocuente que el mal peinado discurso. Debemos pues, a ejemplo de ellos, permanecer cerca de Jesús, contemplarle con respeto y confianza, con humildad y amor a un tiempo mismo, debemos procurar que nuestra mirada sea la expresion sincera de nuestra confusion a vista de nuestra flaqueza, del dolor de nuestras caidas y del deseo de ser levantados de ellas; que sea, a pesar de nuestro silencio, como el grito de nuestra alma. Esa mirada, escapada de nuestro corazon, penetrará el de Jesús, y le hará venir a nosotros para convertirnos, volviéndonos mirada por mirada y amor por amor: *Conversus Dominus respexit Petrum*. De este modo, imitadores de Pedro en su presuntuosa jactancia, si hemos caído como él, como él resucitaremos también a la gracia, y si hemos reconocido que nos hemos perdido por nuestra propia enfermedad, reconocemos también que a la misericordia divina es a quien debemos nuestra salvacion: *Perditio tua, Israel; languinudo in me eruditum tuum*. Así sea.

CONFERENCIA DÉCIMAQUINTA.

La Penitencia de San Pedro.

Amén dico tibi: ter me negabis... et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.

En verdad te lo digo: tú me negarás tres veces... y cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos a la fe.

(Math. 26. Luc. 22.)

La alta dignidad, la dignidad sobrenatural y divina que la Iglesia Católica reconoce en el príncipe de los apóstoles S. Pedro, había sido ya anunciada, figurada y prometida diez y ocho siglos antes en la dignidad no menos elevada, no menos sobrenatural y divina de Aaron. Porque así como Aaron recibió la noble misión de explicar, en lugar de Moisés, la ley de los Hebreos; así también fue confiada a Pedro la misión más sublime aun de anunciar, en lugar de Jesucristo, el Evangelio a los Gentiles. Si Aaron tuvo la insigne prerrogativa de interpretar verdaderamente los oráculos de Dios, Pedro obtuvo igualmente el privilegio maravilloso de ser infalible en la interpretación de la doctrina de Jesucristo. Y así como Dios constituyó a Aaron primer sumo sacerdote de la sinagoga, así Jesucristo declaró a Pedro primer soberano pontífice de la Iglesia Cristiana.

Mas, ¡ay! Si Aaron representó en su persona la dignidad de Pedro, representó también su caída y su falta; porque Aaron negó a Dios al pie del monte Sinai, mientras que este mismo Dios establecía la antigua alianza por la manifestación de su divino poder; y Pedro negó igualmente a Jesucristo en la casa de Caifás, mientras que este Salvador misericordioso fundaba la alianza nueva por la revelación de su divinidad.

Sin embargo, ¡o admirable economía de los designios de Dios! Al permitir la caída escandalosa de Pedro, quiso, dice S. León, prepa-

rar a todos los cristianos el remedio saludable de la penitencia (1). Por mejor decir, el mismo Jesucristo es el que nos ha descubierta este misterio de su sabiduría y de su amor. En efecto cuando dirigió a Pedro estas palabras: «Yo te digo que me negarás tres veces... mas cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos en la fe,» reveló claramente que la caída del príncipe de los apóstoles no podría escandalizar a los fieles tanto como los edificaría su penitencia: *Amén dico tibi: ter me negabis... et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.*

Consideremos pues en este día, os digo con Eutímio, la penitencia de S. Pedro, así como consideramos ayer su pecado, pues que las caídas de los santos se refieren en la Escritura Sagrada con el fin de que los imitemos en su arrepentimiento si los hemos imitado en sus extravíos (2).

Vamos en Pedro arrepentido la doctrina y el ejemplo, la esperanza y los medios de la verdadera penitencia, a fin de que la caída de este gran apóstol sea el motivo y la regla de nuestra resurrección y de nuestra vida: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.*

PRIMERA PARTE.

¿Quién hubiera creído jamás, que Aaron, el hermano de Moisés, el personaje más respetable y más esclarecido del pueblo hebreo, aquel hombre a quien Dios concedió tanto amor y tantos honores, y a quien admitió a sus más íntimas y secretas comunicaciones, pudiese un día, a pesar del conocimiento tan claro que tenía del verdadero Dios, caer en la idolatría más vergonzosa, adorando un becerro estúpido en lugar de Dios? Y ¿quién hubiera pensado jamás que Pedro, el hermano de Andrés, el primero de los apóstoles por su fe, por su autoridad y por su grado, *primus Simon*, (Luc.) esté discípulo a quien Jesucristo admitió a la contemplación de sus más grandes misterios, a quien honro con su más íntima confianza y a quien prodigo los testimonios del más tierno amor, había de ruborizarse de tenerle por Maestro, y le había de negar como al más vil y al más peligroso de los hombres; y esto, después de haberle reconocido y confesado, por una revelación inmediata del Dios Padre,

(1) Ad hoc haurire permissus est Petrus, ut in Ecclesie principi remedium posset haurire concederetur. (Serm. LVIII.)

(2) Vidisti peccatum Petri, vide et penitentiam: ob hoc enim culpe et penitentiae sanctorum scripte sunt. (In Math.).

por el verdadero Hijo del Dios vivo? Además, así como la idolatría de Aarón fue para los Hebreos un escándalo muy grande, así la negación de S. Pedro fue también un escándalo inmenso para los Judíos; porque ellos debieron decir entre sí: « Su primer discípulo le abandona, le niega y abjura de él; luego ha comprendido, como nosotros, que Jesús de Nazaret no es el verdadero Mesías. » Esta es la causa por que el pecado de Pedro merece la calificación que dio el Espíritu Santo a la infidelidad de Aarón, a la cual llama un *peccado muy grande: Indignum peccatum maximum*, es decir el mas grande, el mas detestable y el mas horrible de todos los crímenes, porque encierra un exceso de escándalo nido a un exceso de ingratitud.

Aprendamos por este ejemplo, dice S. Ambrosio, lo que es el hombre. Ni el carácter sagrado de pontífice, de sacerdote y de profeta le pone a cubierto; ni la profesión religiosa, ni el santo lazo le protegen; ni las mas grandes luces de la Religión son para él una seguridad; las mas fuertes resoluciones no le afirman suficientemente; la edad madura no le garantiza, toda una vida de santidad y de sacrificios no puede librarle de caer en los mas lamentables excesos, cuando confia en sí mismo, y cree poder con solas sus fuerzas conservarse fiel y vivir virtuoso (1).

Mas el pecado de Pedro, al mismo tiempo que es para nosotros un motivo de temor saludable, constituye también nuestra esperanza y es una preciosa prueba de la asistencia divina. Este pecado es sin duda monstruoso, es tal vez el mayor de todos, exceptuando el de Judas, y sin embargo Jesús lo perdonó a causa del arrepentimiento sincero del que lo cometió. Ved aquí pues condenados y confundidos de antemano Novato y sus sectarios, que al negar el dogma tan consolador del perdón de los pecados cometidos después del bautismo, tratan en su barbaro rigor de precipitar a los pobres pecadores en el abismo de la desesperación. Desde este momento, el dogma capital de la remisión de las culpas se encuentra claramente confirmado por un magnifico ejemplo, y hecho evidente y sensible en la persona del principe de los apóstoles, cuyo perdón se expresa en la Escritura tan claramente como su caída. Desde este momento Pedro convertido lleva en sí la bandera de la esperanza, a fin de que los cristianos sus hermanos, que tienen la desgracia de caer como él,

(1) Hinc adeo scripta sunt, ut sciamus neminem se jactare debere. (In Luc.)

puedan prometerse resucitar como el por medio del arrepentimiento, y publicar al mundo esta consoladora verdad: que no hay pecado alguno, por grande, por horrible y por monstruoso que sea, que no pueda ser borrado por las lágrimas de la contrición, y perdonado: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos*. De modo que el Señor, por estas consoladoras palabras parece, según el venerable Boda, que quiso decir al principe de los apóstoles: Acuérdate, Pedro, de afirmar un día con el ejemplo de tu penitencia a tus hermanos mas frágiles y mas enfermos que tú, a fin de que siendo ellos pecadores también, no desesperen de su perdón (1).

Acordáos ademas de esta bella doctrina de S. Pablo: Todo pontífice constituido para el bien y la dirección de los hombres se elige justamente de entre los hombres, a fin de que siendo el hombre también, sujeto al error, fragil y enfermo, pueda compadecerse de los errores, de las flaquezas y de las enfermedades de los hombres (2). Esta es también la causa por que, añade S. Juan Crisóstomo, la potestad de absolver los pecados no se concedió a los ángeles, porque era de temer que siendo impecables esos celestiales espíritus, se mostrasen demasiado severos para juzgar el pecado (3). Por consiguiente, al mismo hombre pecador fue a quien la bondad confirió el poder sublime de absolver a los hombres culpables, a fin de que acordándose de sus propias miserias y de sus propias faltas, estuviese mas inclinado a la bondad y a la misericordia para con sus hermanos (4).

La potestad de absolver a los pecadores arrepentidos y abrirles las puertas del cielo fue concedida a Pedro en toda su plenitud; y por consiguiente todos los sacerdotes la reciben del mismo Pedro: *Tibi dabo claves regni celorum*. Cuando Dios permitió que Pedro, que habia recibido de él la potestad absoluta de absolver, tuviese el mismo necesidad de una grande absolución, quiso, prosigue S. Juan Crisóstomo, que los sacerdotes no solo recibiesen en la persona de

(1) Infirmitates fratres, exemplo tuae penitentiae, ne de venia forte desperent, confortare memento. (In Luc.)

(2) Omnia Publici, ex hominibus assumptis, pro hominibus constituitur: qui cum hominibus posita, qui ignorant et errant: quoniam ipse circumdatus est infirmitate. (Hebr. 5.)

(3) Idcirco enim Angeli arbitror commissam sacerdoti potestatem, ne cum ipso minime peccarent, in peccatores sine misericordia vindicarent. (De Saer.)

(4) Homo possibilis supra homines ordinatur: ut domi quae in illis suis recollit possessiones, mitem apud eos se praebeat et benignum. (Ibid.)

este apóstol el poder de desatar, sino que aprendiesen también, con el ejemplo de Pedro, la facilidad y la prontitud con que deben conceder el perdón solicitado por el arrepentimiento, y que se guardasen de esa severidad inflexible, que mas bien desespera á los pecadores que destruye los pecados. Al manifestarnos el Salvador al primer pastor que ene en el mas monstruoso exceso y que recibe al momento su perdón por causa de su arrepentimiento, quiso enseñar á los pastores que no deben rechazar á ningún penitente por mas pecador que sea, ni rehusar jamás el perdón á las lágrimas del dolor. El quiso, también que el soberano pontífice, en quien reside la potestad espiritual, tuviese igualmente autoridad para absolver de todos los pecados (1). Así pues la caída de Pedro nuestro primer hermano, y su resurrección á la gracia nos alientan y nos consuelan, demostrándonos la facilidad y la prontitud con que nos perdonarán los ministros de Jesucristo: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.*

Finalmente, no solo recibe Pedro el perdón de su culpa; no solo deja Jesucristo de imputarle su infidelidad y le trata como si nunca hubiera sido culpable, sino que también le restituye todos sus privilegios de cabeza de la Iglesia, de doctor infalible de la verdad y de supremo pastor de las almas. Jesucristo le confía en efecto el cuidado de apacentar las ovejas y los corderos, es decir los obispos y sus hijos en la fe, con la misma confianza que si Pedro le hubiera permanecido siempre fiel: *Pasce oves meas, pascere agnos meos*; el le vuelve asimismo el antiguo lugar que ocupaba en su predilección y en su amor, dándole la primera noticia de su resurrección (2), y condeñándole en seguida la gracia de una aparición especial (3). ¡Ah! En la parábola del Hijo prodigo, recibido á su vuelta por su padre con las demostraciones de un gozo tan vivo, vestido con sus mas ricas vestiduras, y condecorado con un anillo precioso, nos habla ya renovado suficientemente el Salvador: esta promesa feliz que nos habla hecho por sus profetas: Si nosotros nos arrepentimos sinceramente de nuestros pecados, serán borrados, como si jamás los hubiésemos cometido; todos nuestros antiguos méritos resucitarán en nosotros, y los vicios que hayamos abandonado no nos

(1) Petrus enim, orbis terrarum doctor et magister, peccavit et veniam impetravit: ut hæc indulgentiæ norma et regula indicantibus præberetur. (Loc. cit.)

(2) Dicite discipulis ejus, et Petro. (Marc. 16.)

(3) Surrexit Dominus verò et apparuit Simoni. (Luc.)

darárán ya ni nos impedirán ser admitidos de nuevo á las comunicaciones más íntimas de la bondad divina y participar de las gracias mas puras y mas perfectas (1). Así pues, ¿de cuanto consuelo es para nosotros ver esta doctrina de esperanza y de amor cumplida y confirmada en la persona de la piedra fundamental de la Iglesia! *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.*

Esta admirable conversión no solamente nos presenta en acción la doctrina de la verdadera penitencia, sino que también nos presenta su práctica, sus condiciones y sus caracteres, de modo que al considerarle podemos fundar y arreglar á ella la nuestra.

En primer lugar, la conversión de S. Pedro fué una conversión pronta é instantánea. Apenas el gallo canto; apenas Jesucristo echó sobre sus discípulos una mirada amorosa, cuando Pedro reconoció su pecado; él no espera, él no dilata, él no deja para otro momento sus lágrimas, sus dolor y su penitencia; sino que, como dice el Evangelista, apenas fue tocado por la gracia cuando respondió á ella; no bien hubo reconocido su falta cuando se deshizo en lágrimas (2). Esta prontitud en aprovecharse de una gracia tan grande alcanza á Pedro su perdón, su salvación y su gloria.

Efectivamente, no se puede pensar sin estremecerse lo que hubiera sido de Pedro si hubiera comprendido al momento la mirada amorosa del Salvador. Jesucristo no le hubiera mirado segunda vez, y Pedro hubiera muerto en su pecado. Ved aquí, hermanos míos, el peligro á que os esponéis cuando dilatis de día en día y de año en año vuestra conversión; vosotros os esponéis á que la gracia del Señor no os vuelva á llamar y á que vuestro corazón sea condenado á ese terrible silencio de la voz divina que es el mas terrible de los castigos de Dios. Por otra parte, cuanto mas permanecéis en vuestro pecado, mas os acostumbraís, dice S. Bernardo, al sueño de la indiferencia, mas frecuentes son las caídas, mas numerosas las culpas, menos vivo el horror que ellas inspiran, menos poderosa la voluntad, menos abundantes los auxilios divinos y menos punzantes los remordimientos; y entonces la enmienda se hace para vosotros mas difícil, y os halláis mas cerca de la desesperación que del perdón (3).

(1) Iniquitas impia non nocet ei qui quicumque die conversus fuerit. (Ezech. 32.)

(2) Conversus Dominus respexit Petrum, et egressus foras flevit amare. (Luc.)

(3) Quæto qui in peccato diutius remanet, tanto difficilius evadit. (De Paul. Petr. et Paul.)

Ahora pues que Dios nos hace oír su voz, que el tiempo nos favorece, que la salud nos lo permite y la gracia nos es favorable, guardémonos de oponer á Dios una orgullosa resistencia. Porque desgraciado, nos dice el Espíritu Santo por boca del Eclesiástico, desgraciado del que dilata de día en día su conversión; el se verá sorprendido súbitamente por la cólera divina, y será herido y abatido por la venganza del Señor! (1)

En segundo lugar, la conversión de San Pedro fué una conversión sincera é interior. La mirada del Salvador descubrió en Pedro todos los pecados que había cometido en uno solo: su incredulidad en las predicciones y en las advertencias de su Divino Maestro; su negligencia en fortalecerse por medio de la oración; su temeridad en arrojarle en medio del peligro; su ingratitud en negar al Dios Salvador que le había amado tanto y preferido á los demás; la cobardía que había manifestado, siendo discípulo de Jesucristo, en hacer causa común con sus enemigos; la eternidad con que había herido con su negación el corazón de Jesús, en tanto que Jesús sufría los insultos más graves y los ultrajes más atroces. Estos pensamientos se presentan de tropel al espíritu de Pedro, ellos caen con todo su peso sobre su corazón, ellos le desgarran, ellos le hacen estallar con su violencia y le deshacen en lágrimas. El nada dice, observa S. Ambrosio, porque un gran dolor es siempre silencioso. Pedro no habla, pero llora, y sus lágrimas son á un tiempo mismo su confesión exterior, y el testimonio cierto de su dolor interior; y aunque ellas no reclamen al parecer su perdón, lo merecen sin embargo y lo alcanzan (2). Dichosas lágrimas, añade S. Leon, que, naciendo en el fondo de un corazón sinceramente contrito y afligido adquirieron la eficacia de un nuevo bautismo y borraron en el alma de Pedro la mancha de su infidelidad (3). Así pues las lágrimas, inútiles generalmente, y que aunque derramadas en grande abundancia nada remedian; que no pueden reparar la pérdida de un padre que la muerte nos ha arrebatado, ni la de nuestra fortuna de que hemos sido privados, ni los daños que la calumnia nos ha hecho, ejercen sin embargo una influencia admirable sobre las miserias del corazón.

(1) No tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem; subito enim venit ira illius, et in tempore vindictae disperdet te. (Eccles. 3.)

(2) Non invenio quid dixerit, invenio quod fecerit. Lacrymarum culpam loquatur et veniam non postulat, sed meretur. (In Luc.)

(3) Fecit lacrymae, quae, ad dilendam culpam negotiorum, virtutem soeri habuerit baptismatis. (Serm. IX. de Pass.)

on; ellas son como el bálsamo que cicatriza las llagas, como el baño que lava las impurezas y como la medicina que cura las enfermedades. En efecto, producidas por una fe ardiente, dice la Escritura, desde las mejillas del hombre, por donde ellas corren, vuelan con las alas de la caridad hasta el trono de Dios que las recibe, cuya justicia ofendida aplacem, y cuya gracia y perdón obtienen (1). Hay mas aun; S. Augustin añade que las lágrimas de la penitencia no solo son la medicina que cura al pecador, sino que forman tambien su verdadero consuelo y le proporcianan una verdadera felicidad; de modo que todas las delicias, todos los placeres del mundo son nada en comparación de los puros goces, de las dulzuras inefabiles que experimenta el hombre al llorar sus propias faltas al pie del Crucificado (2).

Mas, ¡ay! ¿donde se encuentra ahora entre los cristianos ese espíritu de penitencia que fué en otro tiempo una de las glorias del Cristianismo? Al presente se ven muchos que cometen la iniquidad, entregando á ella su cuerpo y su alma; se ven muchos que envejecen en el pecado y se glorian de él con un aire de triunfo; mas ¿donde están, no digo yo, los que lloran, sino aun los que siquiera se adigen y se arrepienten? ¡Ah! Ahora mas que nunca vemos realizarse la calamidad de que se quejaba en otro tiempo el profeta: «Que entre una gran multitud de penitentes apenas se encuentra un pecador que esté verdaderamente penetrado de contrición y que haga una penitencia sincera de sus culpas (3).»

No puede dudarse que un gran número de cristianos, especialmente en el tiempo pascual que nos acercamos, vienen al tribunal de la penitencia á confesar sus culpas; pero no vienen conducidos por motivos espirituales y divinos, sino por causas puramente humanas; ellos se confiesan para adormecer los remordimientos punzantes de su conciencia y acallar sus gritos importunos, diciéndose á sí mismos: Ya me he confesado. Ellos se confiesan para contentarse con la costumbre, y no para recibir un sacramento; ellos se confiesan para librarse de la excomunión, para salvar las apariencias, para no perder la estimación de sus superiores, el favor de sus protectores ó el afecto de sus parientes; ellos se confiesan pour temer de la pena, y no por odio de sus pecados; y por consiguiente su corazón no se muda porque no experimentan arrepentimiento ni do-

(1) A maxilla enim ascendunt ad coelum. (Ecc. 33.)

(2) Dulcoris enim lacrymarum penitentis quam gaudia theatrum.

(3) Non est qui agat paenitentiam peccato suo. (Jer. 8.)

lor alguno del mal que ha cometido. Oídes sino, y vereis como refieren los mas grandes escases, y todas las culpas de un año entero y aun de muchos años con tanta libertad, con tanta indiferencia y sangre fria como si refiriesen obras de virtud cristiana. Y á decir verdad, lo que nos atormenta á nosotros los confesores, lo que nos aflige y nos causa tanto dolor, lo que atormenta nuestro espíritu y nos llena de dudas, lo que hace temblar nuestra mano y nuestra lengua al pronunciar las palabras de la absolucion sobre estos penitentes, no es tanto los pecados enormes de que se acusan, como la indiferencia con que se acusan de ellos. Porque nosotros sabemos que una absolucion, arráncada mas bien por los ruegos importunos del penitente, que obtenida por sus disposiciones, no es la que borra el pecado, y que solo el dolor es el que asegura el efecto de la absolucion; que la verdadera penitencia no consiste en confesar la iniquidad propia, sino en detestarla: *Penitentem veram non facit, nisi odium culpe*; y que segun la definicion del concilio de Trento, la condicion principal, la mas necesaria y la mas importante del sacramento de la penitencia es el arrepentimiento sincero de los pecados cometidos, y que este arrepentimiento ha sido necesario en todos tiempos para obtener el perdon (1). En vista de esto, como podremos juzgar que los penitentes vienen dispuestos para la absolucion, cuando vemos que ningun sentimiento de humildad, de confusion ó de dolor se manifiesta en sus semblantes ó en sus discursos? Asi pues, estos son penitentes falsos y verdaderos pecadores, y el dolor que ellos no tienen de sus culpas, lo siente Jesucristo de sus confesiones, y llora á vista de ellas, como en otro tiempo lloro á vista de la obstinada Jerusalem (2).

¡Ah! Procuremos al acercarnos á este augusto sacramento, llevar á él, segun nos advierte el profeta, las disposiciones interiores de un corazon quebrantado por la contricion, mas bien que las demostraciones exteriores del cuerpo. Cuando el corazon no se aflige, es inútil que el cuerpo se humille, que la lengua acuse y que la voluntad forme propósitos. Aspirémos á coger el fruto y no las hojas de la penitencia. (3) No nos esforcemos en hablar mucho, sino en entristecernos mucho. Las penitencias eloquentes son muy sospechosas. Y si nosotros conocemos que no tenemos esa contricion sincera,

(1) Primum locum inter penitentium actus habet et fuit omni tempore ad impenitentem veniam necessariam hic contritionis motus. (Sess. 14. c. 3.)

(2) Videns civitatem, flevit super illam. (Luc. 19.)

(3) Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra. (Jeel. 2.)

esforcémonos para excitarla en nosotros mismos por la consideracion de la bondad de Dios, de nuestra ingratitude y de nuestra malicia, y sobre todo pidámosla á Dios, que no la niega jamás al mérito de la oracion.

En tercer lugar, la conversion de S. Pedro fué una conversion sincera, activa y eficaz. Apenas es llamado por la gracia, cuando sale á toda prisa y huye muy lejos de la casa de Caifás, de aquella casa que se habia hecho tan fatal para su virtud; prueba manifiesta, dice S. Leon, de que Pedro no quiere volver á caer, porque huye la ocasion en que ha caido (1). Orígenes dice igualmente á este propósito: « Pedro se apresura á salir, porque quiere realmente obrar el bien, porque quiere expiar su falta con lágrimas sinceras, y comprende bien que no puede llevar á efecto esta resolucion en medio de la sociedad de los impios, ni en el lugar que ha sido testigo de su caida. » (2)

Pero qué, ¿no es necesario reparar el escándalo en el lugar mismo en que se ha cometido? ¿Puede expiarse una falta pública con una penitencia secreta? Los testigos de la negacion de Pedro no deben ser tambien de su confesion? Si, ellos lo serian muy pronto, y Pedro no tardaría en reparar abundantemente el escándalo que ha causado. Entretanto nos manifiesta con su huida que la verdadera penitencia debe ser activa y eficaz en el sentido de que es necesario alejar de sí todo aquello que ha sido ocasion ó causa de pecado, y que la primera obligacion del que ha escandalizado á sus hermanos es huir del lugar donde se ha dado el escándalo. Porque, ¿cuántos pecadores, bajo pretexto de reparar el daño causado, esponen á los peligros de la ocasion una pasion mal apagada, una voluntad todavia inconstante, una virtud todavia tierna, y entonces en vez de reparar, no hacen otra cosa que volver á escandalizar, y en vez de atraer á la penitencia á sus antiguos cómplices, vuelven ellos mismos al pecado!

¡Ay! hermanos míos, la verdadera conversion no consiste en las palabras, sino en las obras; no es bastante separarse de la iniquidad, es necesario tambien huir las ocasiones. Es necesario que vosotros abandonéis esos peligrosos amigos, que os alejéis de esas casas, que renunciéis á esas intrigas, que os abstengáis de esos espectáculos,

(1) Egressus foras, fugiens calendi periculum. (Serm. IX. de Pass.)

(2) In atrio Caiphas non poterat agere penitentiam, unde foras egreditur de concilio impiorum. (In Matth.)

que huysis de esos paseos y abandones esos lugares públicos de los que jamás habéis salido sin llevar alguna herida, donde pecáis permitiendo a vuestro pensamiento que permanezca en el mal, donde cometéis acciones deplorables, y donde, si os manteneis firmes alguna vez, no podéis menos de caer ciento. El penitente que no use de estas precauciones da claramente a conocer que no odia el pecado, supuesto que hace cuanto está en su mano para conservar la ocasión y la facilidad de cometerlo. El da a conocer que no se arrepiente sinceramente, que ama todavía el pecado en el fondo de su corazón; por consiguiente, que lo único que hay de verdad en su falsa penitencia es la culpable voluntad que el deja entrever de procurar alimantar el pecado en vez de destruirlo.

En cuarto lugar, la conversión de S. Pedro fué una conversión humilde, acompañada de un temor santo. Porque, según dice la Escritura, así como toda caída en el pecado proviene del orgullo, así también la conversión sincera comienza por la humildad (1). Recordemos que el Señor, después de su resurrección, hizo a S. Pedro esta pregunta: «Simon Pedro, ¿me amas tú más que estos? Diliges me plus his?». Pero, ¿no sabe el Señor si Pedro le ama? ¿por qué pues se lo pregunta? Ay! la caída de su discípulo había tenido su origen en la presunción que le había hecho creerse superior a los demás a causa de su amor a Jesucristo y de su valor en querer morir por él, supuesto que había dicho: «Aun cuando todos los demás se escandalicen de vos y abandonen vuestra causa, yo no me escandalizaré jamás, ni jamás os abandonaré: *Eti usque scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor.* (Matth.). Así pues, cuando el Señor pregunta a Pedro: «¿si le amaba más que los otros,» fué como si le hubiera dicho: Pedro ¿te crees todavía, como en otro tiempo, superior a los demás en tu amor a mí? ¿Te crees todavía, como en otro tiempo, más firme que los demás, más constante y más fiel en seguirme? Ah! El médico celestial, valiéndose de las palabras de S. Agustín, acaba de tocar la arteria del corazón de su discípulo amado; él ha puesto el dedo sobre la herida apenas cicatrizada de su orgullo, y hace conocer a todos que esta herida, que parecía mortal en su primer apostolado, está curada de tal modo que no queda ninguna memoria de su antigua enfermedad, y que un sentimiento de humilde desconfianza ha reemplazado a aquel senti-

(1) *Contestacionem procedit humilitas; et ante ruinas exaltatur spiritus.* (Prov. 16.)

miento de presunción en sus propias fuerzas, de que Pedro había hecho tan triste prueba. Pedro, en efecto, no responde con aquel tono de resolución con que hubiera dicho en otro tiempo: «Si, Señor, yo estoy cierto de que os amo más que todos los otros;» sino que responde con un aire sumiso, con la frente inclinada y con palabras modestas: «Vos sabéis, Señor, que os amo: *Tu scis, Domine, quia amo te.* (Joan.); Ah! Pedro, lejos de creer que aventaja a los demás apóstoles en su amor a Jesucristo, no se atreve a afirmar por sí mismo que le ama verdaderamente, sino que se refiere al testimonio del Señor acerca de la realidad de su amor. Y cuando él oye que Jesús le hace la misma pregunta por tercera vez, se llena de tristeza y de confusión: *Contristatus est Petrus.* (Ibid.) El no presume ya de sí mismo; él no cree ya en las disposiciones de su corazón. Al contrario, él teme por la sinceridad de sus sentimientos, y por la debilidad de sus fuerzas. Por consiguiente fue como si hubiera dicho a Jesús: Señor, ¿mi me parece que os amo, pero no me atrevo ya a creer en mi propio testimonio; respecto a este particular, me refiero al vuestro. Yo sé que vos conocéis mejor que yo el estado de mi corazón. Rectificad pues mi juicio si se estravía, y concededme vos mismo ese amor, si es que me falta. Yo me confío a vos absolutamente y me apoyo únicamente en vos. Yo quiero amaros, yo no quiero amar más que a vos, pero conozco que no puedo hacerlo sin vos: *Tu scis, Domine, quia amo te.*

¡Oh! qué lenguaje tan patético! Este es el lenguaje de los verdaderos penitentes. Y no pueden llamarse tales los que después de la confesión jamás se dirigen a Dios para implorar su auxilio por medio de la oración; los que no procuran fortificarse con lecturas piadosas, con la frecuencia de sacramentos y con los ejercicios de piedad. Porque no basta, después de haber confesado sus culpas al ministro de Jesucristo, huir las ocasiones de pecar; es necesario también temer la inconstancia de la voluntad, y la fragilidad del corazón, y buscar en Dios, por la práctica de la religión, la fuerza necesaria para permanecer en el bien.

¡Cosa sorprendente! el secreto para hacerse fuerte es tener una humilde desconfianza de sí mismo, y poner toda su confianza en Dios. Cuando el hombre se convence de que nada puede con sus propias fuerzas, entonces se hace capaz de todo en Dios y con Dios: *Cum inferior, tunc potens sum.* Entonces ese hombre, antes tan frágil, que había sido en otro tiempo el juguete desgraciado de todas las pasiones; esa caña, otras veces tan frágil y pronta a doblarse

al mas leve soplo de la tentacion, haciéndose de pronto semejante, dice la Escritura, á una roca inmolde enmoldo del mar, contra la que vienen á romperse las irritadas olas, no solo no cae, sino que ni aun siquiera se conmueve. Desde entonces ninguna tentacion es capaz de hacerle vacilar; ninguna fuerza es bastante poderosa para vencerle; él todo lo resiste, él triunfa de todo (1).

En quinto lugar, la conversion de S. Pedro fué una conversion amorosa y ferviente. Ya hemos visto que el Señor repitió hasta tres veces esta pregunta á su discípulo: « Pedro, ¿me amas mas que estos? Simon, diligis me plus his? » Acerca de esto es necesario notar, dice S. Agustín, que Jesucristo pregunta á Pedro si le ama, y no si le teme (2), para indicarnos que los pecados no pueden ser borrados sino por una contrición, hija del amor, que es el único que forma los verdaderos penitentes: porque el temor de Dios dispone la contrición, pero solo el amor es el que la perfecciona. Y en efecto, Pedro no principia á llorar amargamente su pecado, sino porque principia á amar verdaderamente al Señor (3). Por esta razon, á la pregunta que se le hace, contesta siempre: « Vos sabeis, Señor, que os amo; » y de este modo, prosigue S. Agustín, lo reconoce Pedro tres veces por su Señor, y repara dignamente su triple negacion, usando para expresar su amor á Jesús del mismo lenguaje con que, vencido por el miedo, habia tenido la desgracia de ofenderle (4).

Mas esto no le basta. Pedro, que habia negado al Salvador en el patio de una casa, viene á confesarle publicamente en el día de Pentecostés en presencia de todo el pueblo, en la plaza principal de Jerusalem, y no teme decir á la multitud: Jesucristo es hijo de Dios, él es santo, inocente y autor de la vida. Vosotros habeis cometido un gran crimen posponiéndole al homicida Barrabás, y obligando á Pilatos á condenar á muerte de cruz á este mismo Jesucristo. No os queda ya otra esperanza de salvacion que recibir el bautismo de este Redentor á quien habeis despreciado y hacer penitencia de vuestro crimen: *Penitentiam agite, et baptizetur unusquisque vestrum.* (Act. 2.)

(1) Qui confidit in Domino, sicut moes sion, non commovebitur in eternum. (Psalm. 124.)

(2) Ait Pedro: « Amas me? » et non dixit: « Times me? » (Tract. 123, in Joann.)

(3) Flere cepit amare, quia Dominum suum cepit amare. (Serm. XXI de Temp.)

(4) Reddunt trina negotiorum trina confessio: ne nimis amoris lingua serviat quam timori. (Tract. 123, in Joann.)

Pedro confesará muy pronto la fe de Jesucristo en presencia de Caifás, así como habia negado á su Divino Maestro en presencia de los criados de este pontífice. En efecto, Pedro es presentado ante el Sanhedrin, compuesto del mismo Caifás, de los principes de los sacerdotes y de los senadores, todos árbitros de la vida y de la muerte, rodeados de una nube de satélites y de gente armada; mas la presencia de estos jueces inicuos y crueles no intimida al valeroso apóstol. El les echa en cara su perfidia, su obstinacion en desconocer al Mesías á quien habian crucificado, y les exhorta á la penitencia. ¡O prodigio admirable de la gracia! ¡Cuán hermoso es ver á este apóstol, en otro tiempo tan presuntuoso y tan débil, transformado por una verdadera conversion en un hombre tan humilde y tan animoso al mismo tiempo!

Su celo no conoce ya límites. No contento Pedro con haber confesado á Jesucristo en Jerusalem, va á anunciarlo tambien á Roma, y de Roma se estenden sus palabras por todo el mundo. Su vida entera no es otra cosa que una cadena de aflicciones, de penas, de fatigas y de persecuciones, que sufre con un corazón generoso é intrépido, con el objeto de propagar el conocimiento y la gloria de Jesucristo. Imitando á David en su conversion á Dios, como lo habia imitado en su pecado, se consagra á reparar la ofensa que habia hecho á su Señor negándole, y con este objeto redobla su celo y su fortaleza para enseñar la doctrina y la Religión de Jesucristo á los ímpios y á los idólatras, y atraerles de este modo á su conocimiento y á su amor (1).

Y nosotros tambien, si estamos verdaderamente arrepentidos de haber ofendido á este Dios de bondad, de haber negado su ley y deshonrado su fe repetidas veces, debemos amarle en adelante tanto como le hemos ultrajado hasta aquí. Debemos esforzarnos en hacer con nuestros discursos y nuestros ejemplos, que otros pecadores vuelvan á Dios, le reconozcan y le sirvan con amor, y que al recibir como nosotros la gracia de su perdon, entren á su vez en los caminos de la salvacion eterna. El celo por la salvacion de las almas, que es el efecto mas noble de la caridad y de una conversion sincera, es asimismo una de las pruebas menos equívocas y mas ciertas. Por esta razon se ha dicho á todos los pecadores, en la persona de Pedro, que el mejor modo de probar que se hallan sinceramente convertidos es trabajar en la conversion de sus hermanos: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.*

(1) Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur. (Pr. 50.)

SEGUNDA PARTE.

Parece que después de haber recibido Pedro de Jesucristo la seguridad de su perdón de tantas maneras, no debía haberse inquietado mas por su pecado ni aun pensar en él. Sin embargo no sucedió así, porque á todas las grandes cualidades de su penitencia que acabamos de examinar añadió la que las ennoblece y las corona á todas; quiero decir que perseveró constantemente hasta la muerte en su arrepentimiento y en su dolor.

Tan pronto como este nuevo David alcanzó de la inmensa bondad del Señor la remisión de su pecado, lo grabó en su memoria, á fin de poderlo llorar, y expiar sin descanso (1). Y al decirnos S. Marcos que Pedro, salido apenas de casa de Caifás, se puso á llorar, quiso indicarnos en cierta manera que las lágrimas de Pedro principiaron á correr entonces para no enjugarse jamás. En efecto, siempre penetrado interiormente de confusión, el corazón siempre lleno de tristeza, siempre humilde en sus miradas, sus ojos siempre bañados en lágrimas, caminaba siempre seguido de su aflicción, cifrando todas sus delicias en llorar su pecado, hasta tal punto que las lágrimas, en fuerza de correr, habían formado, según Nicéforo, dos surcos á lo largo de las mejillas de este ilustre penitente. S. Clemente, que fué su discípulo y su sucesor en el pontificado, nos refiere que todas las noches, al cantar el gallo, se levantaba de la tierra, único hecho en que reposaba, para llorar su infidelidad y pedir perdón á Jesucristo, y que continuó esta mortificación durante los treinta y cinco últimos años de su vida. De este modo la cabeza de la Iglesia fué el vivo modelo de los verdaderos penitentes.

El quiso, aun á la hora de la muerte, dar señales de penitencia. Nerón le había condenado á morir en una cruz; mas el apóstol mártir, siendo pecador, juzgándose indigno de ser crucificado, de la misma manera que el Hijo de Dios, fuente de justicia y de santidad, reclamó y obtuvo como un favor especial, ser clavado al patíbulo con la cabeza hacia el suelo. De ésta modo, haciendo leillar, aun á la última hora, la caridad de mártir, no olvidó la humildad de penitente; su último suspiro fué á la vez un acto de amor y de arrepentimiento, y su dolor no terminó sino con su vida. ¿Qué deberemos pues pensar y decir de esos pecadores que después de haber

(1) *Pecatum meum contra me est semper.* (Ps. 50.)

desarrollado á los pies del sacerdote una lista horrosa de actos vergonzosos, de crueles injusticias, de odios inveterados, de venganzas cobardes, de atentados contra el pudor, de irreverencias en la Iglesia, de escándalos en las familias, de maldiciones horribles, de sarcasmos ó de blasfemias contra la religión y la piedad, echan en olvido todos sus pecados, los consideran como una cuenta satisfecha, y no vuelven á pensar en ellos para entristecerse, para humillarse, para confundirse en presencia de Dios, y pedirle ese perdón que no saben con certeza si han obtenido?

El perdón de los pecados es un acto tan sublime de misericordia y de bondad, que el alma que lo consigue no debe jamás olvidarse de él. Así como no puede recordarse bien el beneficio inmenso del perdón sin acordarse al mismo tiempo de la gravedad de la ofensa, así el pecador, á quien Dios ha perdonado verdaderamente, no se perdona á sí mismo ni olvida jamás sus extravíos. Cuanto mas ha hecho Dios brillar su misericordia y su clemencia para con él, tanto mas severo debe mostrarse el pecador consigo mismo, recordando sus pecados y llorándolos. Así fué como á ejemplo de Pedro, Pablo, Maria Magdalena, Agustín, Maria Egipcíaca, Margarita de Cortona, Ignacio, Camilo de Levis y otros muchos penitentes, aunque asegurados de su perdón por una revelación celestial, prolongaron su penitencia hasta la muerte, y no cesaron de tener siempre á la vista sus crímenes ni de llorar sobre ellos, sino cuando dejaron de vivir.

¿Cuán desgraciados sois pues, o pecadores, á quienes el pensamiento de que vuestros pecados han sido perdonados os los hace olvidar Vosotros debierais por el contrario temer con razon que, por lo mismo que se han borrado de vuestra memoria, no se os hayrán perdonado, y que Dios se acuerde de ellos, por lo mismo que vosotros os acordáis. En efecto, es propio del verdadero espíritu de penitencia, según la doctrina del profeta, infundir en el corazón arrepentido la indignación y el odio que Dios tiene del pecado (1). Foresta razon Tertuliano define el verdadero penitente: El hombre en cólera y en guerra continúa contra sí mismo: *Penitens est homo traseens sibi*. Es decir, que es un hombre que se coloca en lugar de Dios á quien ha ofendido, que se castiga tanto mas á sí mismo cuanto mas le ha perdonado Dios, y que tanto mas se odia y se detesta cuanto mas conoce lo mucho que Dios le ama.

(1) *In me transierunt ire tue.* (Ps. 87.)

¿Qué diremos pues, y qué deberemos pensar de esos pecadores que, lejos de concebir el mas pequeño odio, el mas mínimo enojo contra si mismos, despues de haber reconocido su ingratitude respecto á Dios, y confesado su audaz rebellon contra él, solo tienen miramientos y condescendencias con su persona, se complacen, se contentan y se halagan á si mismos; esos pecadores que lejos de imponerse alguna humillacion voluntaria, algun ayuno, alguna mortificacion, lejos de combatir ni una sola vez sus propias inclinaciones ó sus caprichos, lejos de practicar alguna obra de religion ó de caridad en expiacion de sus culpas, cumplen con disgusto la penitencia que se les ha impuesto, y que la han recibido con repugnancia y con queja por juzgarla demasiado severa? ¡Oh! ¡cristianos singulares, que siendo tan dispuestos, tan fáciles y tan activos para satisfacer sus caprichos, se muestran despues tan remisos y tan débiles quando se trata de dar á Dios la más pequeña satisfaccion por los ultrajes que le han prodigado!

Debeis pues deducir de lo dicho que no son solos vuestros pecados los que os pierden, sino la penitencia que de ellos haceis, penitencia vana ó ilusoria que, en vez de aplacar á Dios, le insulta de nuevo; penitencia que no hace otra cosa que añadir cada año una confesion mal hecha y un sacrilegio además á los pecados que cometéis en este intervalo, y que vuelven siempre los mismos al sagrado tribunal; penitencia que convierte en veneno mortal para vosotros y en un nuevo triunfo para el demonio el remedio admirable y saludable de la confesion auricular, ese gran beneficio de la misericordia divina.

¡Ay! que no suceda así este año. Formad al menos desde ahora el propósito de reconciliaros sinceramente con Dios por medio de una confesion que satisfaga á Dios y á vuestra conciencia. Jesus está dispuesto á echaros una mirada; ¡qué digo! en el momento mismo en que os hablo os mira con ojos compasivos, porque él viene á ofrecerlos, por mi boca, el perdón. El está dispuesto á perdonaros todos los defectos de las confesiones pasadas, con tal que tengais todas las disposiciones necesarias en la que vais á hacer. Esta pascua será indudablemente la última para muchos. Y ¿quién sabe si lo será tambien para vosotros? Por consiguiente no en vano os mira, os habla y os llama Dios.

Procurad que vuestra conversion sea pronta, sincera, humilde, generosa, eficaz y permanente. Tened siempre á la vista el ejemplo sublime de la conversion de S. Pedro. Implorad tambien

su intercesion, á fin de que os alcance una centella de ese espíritu de penitencia que dirigió su corazón y que podrá reformar tambien el vuestro, y para que de este modo se cumpla en vuestro favor la profecía de Jesucristo, es decir que Pedro convertido sea para vosotros, que os habéis hecho sus hermanos, el que como modelo y como intercesor os anime, os ayude, os afirme en la penitencia sincera, en una plabara el que os convierta y os salve: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.* Así sea.

CONFERENCIA DÉCIMA SEXTA.

El Tribunal de Pilatos, y la revelación del reino del Mesías.



Asiterunt reges terra, et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus... Qui habitat in caelis iridebit eos... Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion, montem sanctum ejus, predicans preceptum.

Los reyes de la tierra se humillaron, los príncipes se coaligaron contra el Señor y contra su Cristo... ¡El que habita en los cielos se burlará de ellos... Mas yo he sido por el establecido Rey sobre de Sion, su monte santo, y así el publicaré su decreto.

(Ps. 2.)

El mundo religioso, cuando vino el que debía santificarlo, estaba dividido en dos grandes familias, en dos grandes pueblos; el pueblo Judío y el pueblo Gentil. El Sanhedrin, residente en Jerusalem y presidido por el soberano pontífice, cabeza de la religión del verdadero Dios, representaba el pueblo Judío. El pueblo Gentil estaba representado por el Senado residente en Roma, y presidido por el emperador que reunía la soberanía religiosa a la soberanía política, y era asimismo, bajo el título de soberano pontífice, la cabeza de la idolatría.

Mas como el Redentor debía ser inmolado por los dos pueblos, era necesario que los dos pueblos concuerresen unidos a su sacrificio. Ved aquí por que la sinagoga y el imperio, Caifas y Pilatos, César y Herodes, los Judíos y los Gentiles tomaron parte en la muerte de Jesús. David había anunciado este grande acontecimiento en términos muy claros cuando dijo: Los reyes de la tierra y los príncipes de los sacerdotes se coligaron, como un solo hombre, y con una horrosa unidad de odio y de injusticia se levantaron contra el Señor y contra el Mesías su enviado: *Asiterunt reges terra, et principes convenerunt in unum adversus Do-*

EL TRIBUNAL DE PILATOS Y LA REVELACION DEL REINO ETC. 263

minum et adversus Christum ejus. Pero el mismo profeta había anunciado igualmente que el Señor se burlaría de esta impía conspiación de los hombres: *Qui habitat in caelis iridebit eos*; y que el Mesías, por lo mismo que todos le condenarian, se haría el verdadero rey de todos y reinaría sobre el santo monte de la nueva Sion, su Iglesia, para publicar a todos el gran precepto de Dios, la verdadera religión y la verdadera ley de Dios: *Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion, montem sanctum ejus, predicans preceptum.*

Pues bien, esta profecía principió a cumplirse cuando el Sanhedrin, despues de haber condenado a muerte al Mesías, le cito ante el tribunal de Pilatos, gobernador romano y representante de César, para que el le condenase a su vez y le hiciese crucificar. Mas Dios se burló de la perfidia del uno y del otro; porque el se sirvió de esta ocasión para hacer reconocer la dignidad real de su Mesías y anunciar al mundo por el su religión santa.

Tal es el gran misterio que vamos a explicar, es decir Jesucristo puesto por los Judíos en manos de Pilatos, y revelando ante el mismo Pilatos su soberanía y su ley. Nosotros comprendemos en el cuán importante es observar esta ley para tener la gloria de pertenecer al reino celestial. Principiemos.

PRIMERA PARTE.

De todas las pasiones humanas, el odio y la envidia son las que elean mas el espíritu, las que ejercen sobre el corazon el dominio mas violento, é impelen al hombre a hollar su propia dignidad y a desconocer lo que se debe a sí mismo. Ved esa turba furiosa alrededor del pretorio; ¿creéis por ventura que se compone tan solo de gentes pertenecientes al pueblo bajo? No; en medio de ella se halla el consejo supremo de la nacion, tal como se encontraba reunido en la casa de Caifas; se encuentran los príncipes de los sacerdotes, los setenta senadores, los fariseos y los doctores de la ley que, como observan los evangelistas, se habian trasladado en cuerpo, con el gran sacerdote a su cabeza, al palacio de Pilatos (1). Todos estos hombres estan dominados por un odio cruel que los ciega, los

(1) *Et surgens omnia multitudo eorum, (Luc.) Summi Sacerdotes cum Senioribus et Scribis et universo concilio, (Marc.) adducunt Jesum a Caipha in Pretorium. (Joan.)*

subyuga y los trasporta; y por consiguiente, así como no se ruborizaron de representar el papel de esbirros en el huerto de las Olivas, tampoco se avergüenzan ahora esos personajes tan respetables y tan graves de convertirse en verdugos y acusadores de Jesús para hacerle morir.

En aquella época, dice S. Gerónimo, se había introducido entre los Judíos la costumbre de atar fuertemente al acusado contra quien se quería provocar una sentencia de muerte, y presentarle en este estado al presidente. Por esta razón el Evangelista tiene cuidado de referir esta circunstancia. Ellos ligaron á Jesús, le llevaron y le entregaron á Pilatos. (1) Al cargar así de cadenas al Salvador, observa Emiseno, quisieron prevenir contra él el espíritu del juez, y darle todas las apariencias de un hombre que había merecido mil veces la muerte, y por consiguiente indigno de conmisericordia y de perdón (2).

Ellos no quisieron fiar su preso á una diputación elegida de entre ellos, ni al jefe de la cárcel; sino que los sacerdotes y los ancianos del pueblo quisieron acompañarle en corporación, á fin de obligar con este aparato, dice S. Leon, al magistrado de Roma. Su objeto era el de hacerle conocer que, al venir á solicitar oídos la muerte de aquel hombre, no hacían otra cosa que obedecer al voto de todo el pueblo de que eran representantes; ellos querían obligar á Pilatos á renunciar á todo exámen respecto á un acusado á quien el consejo supremo y la voz pública de su propia nación habían ya juzgado digno de muerte; en una palabra ellos querían imponer al juez con esta multitud de testimonios importantes, á fin de que ni aun siquiera pensase en absolverle (3).

Los Romanos, hechos dueños de la Judea, habían quitado, como observa Sto. Tomás, al consejo supremo de la nación el derecho soberano de condenar á pena de muerte (4). Mas al despojar al Sanhedrín de los Judíos del derecho de hacer morir á los culpa-

(1) Vincientes Jesus ligaverunt ad Pilatum. (Marc.) Malebant enim humi iumentis, ut quoniam moti adiudicassent, ligatum iudici traderent. (In Math.)

(2) Vincitum Jesusum Pilato tradunt, ut, ex hoc, reus mortis et venia indignus credatur. (In Math.)

(3) Ut inter tot praesidia, quoniam omnes vellent perire, non auderet Pilatus absolvere. (Serm. VIII, de Pass.)

(4) Per Romanos, quibus erant subjecti, erat eis potestas occidere interdicta. (3. p., c. 47, a. 4.)

bles, les habían dejado sin embargo el juzgarles según sus leyes, con la reserva expresa de que el presidente romano debía confirmar la sentencia para que pudiese ser ejecutada. ¿Por qué pues los sacerdotes y los ancianos, que habían juzgado ya y condenado á muerte como blasfemo á Jesús de Nazaret, no se contentan con solicitar de Pilatos la confirmación de su sentencia? ¿Por qué le presentan el pretendido criminal cargado de cadenas, le llevan la causa original, y quieren que él mismo proceda á un nuevo juicio y condene á Jesús según las leyes romanas? Los Judíos hicieron todo esto por diversas razones que los Padres y los intérpretes han tenido cuidado de indicar.

Esto lo hicieron en primer lugar, dice S. Leon, para salvar su reputación para con el pueblo, admirador de Jesucristo. Porque mostrándole que no eran ellos los que condenaban á Jesús, sino que era condenado por el tribunal de Pilatos, no como un mal Judío, sino como un ciudadano sedicioso, podrían hacer creer al pueblo con facilidad que ellos no habían tomado parte alguna en su sentencia de condenación, mientras que, sino era realmente obra exclusiva de sus manos, era obra de los dardos venenosos de sus lenguas (1).

Esto fué en segundo lugar, observa S. Juan Crisostomo, porque ellos querían hacer morir á Jesús, mas bien que como culpable de crímenes contra la religión, como convencido de crímenes políticos, como un sedicioso, un rebelde, un perturbador de la tranquilidad pública. Pues bien, Pilatos era el único juez competente para pronunciar una sentencia en esta materia (2).

Finalmente lo hicieron así, dice Teofilacto, porque no bastaba al odio de los Judíos que el Salvador muriese, sino que exijía que sufriese la muerte de los esclavos y de los hombres convencidos de los crímenes mas atroces, que era la muerte de cruz, á fin de que el oprobio de su suplicio empuñase para siempre la reputación de su persona y destruyese enteramente la creencia en que muchos estaban de que era el verdadero Mesías (3). Y como las leyes judaicas no admitían el suplicio de la cruz, que solo estaba adoptado en la

(1) Hoc consilio reus gerebatur, ut al. actione reus sui videretur inimicus, subalternantes opera manuum, et exercentes tela linguarum. (Serm. VII, de Pass.)

(2) Volebant eum occidi non tantum ut transgressorem legis, sed tanquam publicum hostem, quia regem se fecerat. (Hom. 82. in Joan.)

(3) Possimo enim pensare mortis occidere innocentem. hoc est, crucifigere deideant. (In Joan.)

Judea cuando se aplicaban las leyes romanas, quisieron que la causa del Nazareno se sometiese al juicio del magistrado romano, que era el único que podía imponerle esta pena. El Evangelista mismo hace esta observación importante cuando dice que los Judíos relusaron juzgar al Señor según sus leyes, y le entregaron a Pilatos, para que se cumpliese la predicción del mismo Jesucristo relativa a la muerte de cruz que había elegido (1). En efecto este divino Salvador había dicho terminantemente a sus discípulos algunos días antes: Ved aquí que vamos a Jerusalén, donde yo seré entregado a los Gentiles para ser crucificado (2).

¡O Judíos tan insensatos como pérfidos! esclama en este lugar Teofilacto. Al entregar a Jesús en manos de Pilatos para que sea crucificado, no tenéis otro objeto que el de sujar vuestro odio contra el Mesías, y sin embargo elegís como sois, no hacéis otra cosa que servir a su amor para con los hombres. Vosotros reunís todos vuestros esfuerzos para hacerle morir en la cruz, pero no hacéis más que cooperar al cumplimiento de sus designios y de sus predicciones, y proporcionarle el género de muerte que el mismo ha elegido independientemente de vuestra criminal voluntad (3). Así pues los pensamientos que ocupan vuestra imaginación son vanos, el odio que os agita es impotente, y Dios, el Mesías contra quien conspiráis de acuerdo con los Gentiles, se burla de vuestro furor: *Aspicerant reges terræ, et principes contempnunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus.... Qui habitat in caelis irridebit eos.*

El Evangelista advierte asimismo que los magistrados judíos, que que llevaron a Jesús hasta el pretorio, le dejaron en la puerta; ellos no pasaron el umbral, alegando que no querían contaminarse entrando en la casa de un infiel, sino conservarse puros para poder comer las víctimas que se inmolvaban por espacio de siete días durante la pascua (4). ¡O refinamiento de malicia! ¡o detestable hipocresía! Ellos temen, dice S. Agustín, contraer una impureza legal entrando en la casa de un pagano, y no temen hacerse criminales

(1) *Vesimus Iesus imperator qui dixit: significans quia morte erat crucifigendus.* (Joan.)

(2) *Ece accedimus Jerusalem: et tradidit filium hominis gentilibus ad crucifigendum.* (Matth. 20.)

(3) *Judæi de morte turpissima cogitabant: sed a Domino non vni intelligentibus electa erat.* (Joan.)

(4) *Ut non contaminarentur; sed ut comederent Pasca.* (Joan.)

yendo a solicitar la muerte de su hermano, la muerte del justo (1).

Entre tanto Pilatos, aunque juez, manifiesta menos orgullo y mas moderación que estos impíos acusadores. El perdona a su escrupulosa superstición la ofensa que ellos le hacen mirando como impuro el santuario de la justicia, y presentándose en la puerta del pretorio les dice a los magistrados judíos: Hombres graves, como parecéis serlo, vosotros no habéis procedido ciertamente a la prisión de este hombre con un aparato tan imponente, ni habéis venido aquí para solicitar de mí su condenación, sin haberle reconocido culpable y convicto de grandes crímenes. ¿Cuáles son pues estos crímenes? Yo no dado en manera alguna de vuestra integridad, pero necesito reconocerlos para las formalidades del proceso (2).

¿Qué conducta tan admirable! dice S. Cirilo. ¡Pilatos, ese magistrado pagano, muestra mas justicia que los magistrados judíos, adoradores del verdadero Dios! Los hombres del mundo son muchas veces mas justos que los mismos sacerdotes; los musulmanes son mas equitativos que muchos cristianos! Pilatos, en esta circunstancia, verdadero modelo de jueces integros, no quiere proceder a crímenes, no quiere condenar por simples prevenciones, sino por hechos positivos. Antes de pronunciar su sentencia quiere conocer el proceso; el quiere juzgar, mas no oprimir, quiere aplicar la ley, pero no servir a las pasiones de otros. (In Joan.) Así es que, por muy integros, por muy recomendables que se quieran suponer los judíos, desde el momento en que Pilatos los ve llegar en tumulto para reclamar la condenación a muerte de Jesús, no ve en ellos una corporación de magistrados, no los mira mas que como una turba de acusadores, que no tienen otro derecho que el de hacer examinar sus testimonios, y verlos desentidos con tanta mas escrupulosidad cuanto que ellos mismos son los acusadores, tanto mas sospechosos cuanto es mayor su poder. Su autoridad no le intimida; su número no le previene; su carácter sagrado no le conmueve. Al dirigirles pues la pregunta de que he hablado, parece que les dice: El acusado esta presente, muy bien; mas ¿cuáles son los capítulos de acusación? ¿cuáles son los crímenes? Yo quiero pruebas y no gritos, quiero hechos y no palabras: *Quam accusationem offeritis adversus hominem hunc?*

(1) *Timentant contaminari pretorio; et fratrem suum timebant.* (Matth. in Joan.)

(2) *Exivit ergo Pilatus ad eos foras, et dixit: Quam accusationem offeritis adversus hominem hunc?* (Joan.)

Los Judíos, observa S. Cirilo, no esperaban tal pregunta. Ellos se lisonjaban de que Pilatos, contentándose con ver en su presencia á todo el cuerpo de representantes de la nación, condenaría á muerte al Salvador sin examen alguno, y se haría el cómplice ciego de su feroz y el ministro de su crueldad (1).

Esta pregunta imprevista los desconcerta y los confunde. Ocultando bajo el manto de un orgullo afectado su enojo y su sorpresa, responden: « Si este hombre no fuese un malhechor, conocido públicamente por tal, no le hubiéramos traído nosotros en persona á vuestro tribunal; *Si non esset hic scelerator, non tibi tradidissimus eum.* » (Joan.); « O cielos, estremados de horror! Aquel cuya vida ha sido una serie continua de gracias y bendiciones, aquel que todo lo hizo bien (2), y que cultivaba sus delicias en sembrar á su paso las bendiciones, es tratado de malhechor por los mas criminales de entre los hombres. Y sin embargo él sufre todo esto con una paciencia inalterable, y guarda el mas profundo silencio. ¡O hombre, tan propenso á irritarte por la mas leve injuria; antes de abrir tu corazón al odio y abandonarte á la venganza, ah! ¡acuérdate que el Hijo de Dios fué tratado de malhechor para atraer sobre ti el perdón de tus malas obras! Y vosotras almas cristianas, almas justas, acordaos tambien de la horrible afrenta que vuestro Dios y vuestro Salvador sufre por vuestro amor, y consolaos, regocijaos de sufrir los insultos de los mundanos por el amor de Jesús.

Sin embargo Pilatos, con el buen sentido que distingue á un romano, estuvo muy lejos de contentarse con una respuesta que nada probaba, por lo mismo que afirmaba demasiado. El dedujo por el contrario de esta respuesta y del celo extraordinario de los acusadores que su acusación carecía de pruebas y de fundamento; que no era tanto el celo de la justicia como el interés de las pasiones lo que les movía á obrar, y que habian ido al pretorio, apelando al brazo del pretor y no á su examen, invocando su espada y no su juicio. Él comprendió en una palabra que le querian hacer juez de una causa presentada bajo un aspecto falso; que querian hacer de él el verdugo de un inocente (3). Pilatos pues juzgo, dice S. Juan

(1) *Petunt á Pilato ut, iudaicum crudelitatem imitatus, aux insimie desertiat.* (In Joan.)

(2) *Brevi omnia locuti.* (Marc. 7.)

(3) *Exposuerant presidem magis executorem sevitius quam arbitrum causae.* (Sera. *Pill. de Pass.*)

Crisóstomo, que una pretension tal era absurda é intolerable (1).

A pesar de esto, sin dejar adivinar su pensamiento, y fingiendo no tener duda alguna acerca de la legalidad de los Judíos, responde á su insolente réplica con una moderación y una prudencia admirable diciéndoles: « El reo no ha apelado á mi tribunal, llevarosle pues y juzgadle segun vuestra ley. Vosotros, que conocéis sus crímenes, podréis aplicarle la pena que merezca en justicia, sin perjuicio de mi aprobacion para la ejecucion de la sentencia: *Accipite eum vos, et secundum legem vestram iudicate eum.* » (Joan.)

Los Judíos que querian á toda costa la muerte del Salvador, y que por los motivos que ya he indicado no querian que se dijese que eran ellos los que le habian condenado, responden afectando una gran delicadeza: « El crimen de que se trata lleva consigo la pena de muerte en una cruz; esta pena está escrita en las leyes romanas; por consiguiente no es á nosotros á quien corresponde aplicarla: *Nobis non licet interficere quemquam.* » (Joan.)

Obligados sin embargo, en vista de la firmeza de Pilatos, á prescindir sus acusaciones contra el Salvador, pasan en silencio con una estucia calculada, dice S. Juan Crisóstomo, el pretendido crimen de blasfemia de que en el seno de su asamblea le habian declarado ya culpable, y por lo mismo digno de muerte. Ellos conocian que Pilatos, juez idólatra, no daría importancia al crimen de blasfemia contra la divinidad de los Judíos, y por lo mismo formulan lo mejor que pueden tres capítulos de acusacion en materia de política, la única que podía llamar la atencion y excitar el interés del representante del César (2). Ellos le dicen: Nosotros tenemos pruebas irrecusables de que este hombre siembra la discordia entre el pueblo; que prohibe que se paguen al emperador los tributos que le son debidos, y que va publicando por todas partes que él es el Mesías y el rey de los Judíos: *Hunc incitamus subvertentem gentem nostram, et prohibentem tributa dare Caesari, et dicentem se Christum regem esse.* »

Nada habia mas falso que estas acusaciones. La vida entera y el carácter dulce y humilde del Salvador eran una refutación solemne de ellas. Pero nada habia tampoco mas capaz por su gravedad de

(1) *Abundant arbitratus esse iudicium eos presumere, et alii executionem permitti.* (Hom. 82 in Joan.)

(2) *Quia sciebant Pilatum nullam eorum legum facientem, ad publicas accusationes rem deducunt.* (Hom. 82 in Joan.)

escitar el zelo de un hombre de estado, supuesto que se trataba del crimen de lesa majestad, acusando á Jesus de haber aspirado á la soberanía. Mas Pilatos, por una disposicion especial de Dios que queria hacer desaparecer hasta la sombra de estas acusaciones para no oscurecer la inocencia de su Divino Hijo, no les dio fe alguna. El coneció por el contrario que estas imputaciones no presentaban mas prueba que el carácter y la multitud de los grandes sacerdotes, hechos á la vez acusadores y testigos, despues de haber querido erigirse en jueces; y en este concepto comprendió al momento de la manera mas evidente, dice el Evangelio, que en estas acusaciones habia mas de odio y mala fe de parte de los acusadores, que de culpabilidad en el acusado (1). Mas para hacer ver que no permanecía pasivo en un negocio que se presentaba con un aspecto tan grave, dejando á los Judios agitarse en tumulto fuera del pretorio, entra en la sala donde habia hecho colocar al Salvador, cuando los Judios le habian puesto en sus manos, y le hace comparecer en su presencia (2). Jesus, cargado como estaba de ligaduras, se presenta en el tribunal de Pilatos en la actitud de un criminal. El Evangelista parece que se sorprende al referir esta circunstancia (3). ¡Oh! ¡cuán significativas son estas palabras! esclama Origenes. ¡Jesus en pie delante de Pilatos! ¡que humillacion! ¡que abatimiento para el Hijo de Dios, constituido por su Padre juez de vivos y muertos, verse presentado así en el tribunal de los hombres, y verse obligado á permanecer en pie como un gran criminal esperando su sentencia, pronunciada por un magistrado idolatra (4)!

Pilatos á pesar de todo declara no hacer aprecio de los dos primeros capitulos de acusacion presentados por los Judios contra el Salvador, porque sabia por experiencia que ninguna acusacion de este género habia sido presentada jamas en su tribunal contra Jesucristo. El se limita únicamente al tercer capitulo, es decir, á sus pretensiones de ser rey. Sin embargo, no da á conocer á Jesus que esta era la guria principal que los Judios, fuera del pretorio, tenian contra el, y esto á fin de que se esplene con mas libertad. El le pregunta simplemente, mas bien con el acento de un amigo que

(1) *Scilicet (Pilatus) quia per invidiam tradidissent eum summi Sacerdotes. (Marc.)*

(2) *Introivit in pretorium Pilatus, et vocavit Jesum. (Joan.)*

(3) *Jesus autem sedit ante Presidem. (Math.)*

(4) *Judex totius creaturae constitutus á Patre, vide quantum se humiliat, ut acquiesceret stare ante Judicem terrae Judaeae. (Tract. 25 in Math.)*

conversa, que con la severidad de un juez que interroga, y como movido de su propia curiosidad: «¿Eres tu el Rey de los Judios? Tu es rex Judaeorum? (Joan.)

Mas, ¿qué puede la prudencia humana contra la sabiduría divina? Pilatos pretende con esta sencilla pregunta penetrar mejor los pensamientos del Señor, y Jesus le hace una pregunta que obliga á Pilatos á manifestar los suyos. Porque ella prueba que ha leído el corazón de Pilatos, y que ha conocido lo que los Judios habian alegado en su ausencia contra su persona; ¿Es verdaderamente como hombre, ó como amigo como procurais saber, o Pilatos, si yo soy rey? ¿ó me preguntais mas bien como juez, porque mi soberanía os ha sido presentada por los Judios como un capitulo de acusacion (1)? dándole á entender de este modo, dice S. Cirilo, que nada se oculta á Jesucristo (2). El gobernador se queda estupefacto al ver que su pensamiento es adivinado por Jesucristo, y le confiesa con cierto embarazo que como juez le ha hecho efectivamente esta pregunta, porque ella se refiere al crimen de que los Judios le habian acusado. Pilatos pues responde con una especie de cólera mezclada de compasion: «Yo no soy Judio, como sabes y tengo á mucha honra no serlo. Los mismos de tu nacion, los jefes de tu religion son los que te han acusado de ambicionar la sabiduría, y me han remitido el juicio de esta causa. Yo deseo saber cómo has podido dar motivo para semejante imputacion. ¿Eres, ó no eres efectivamente el rey de los Judios? ¿Y en qué sentido pretendes ser rey? Numquid ego Judaeus sum? Gens tua et pontifices tradiderunt te mihi: quid fecisti? » (Joan.)

Desde el momento en que Pilatos declara que no pregunta como hombre llevado de la curiosidad, sino como magistrado revestido de autoridad publica, el Hijo de Dios no se niega á responder. *Respondit Jesus*; y de una manera clara, precisa y que no deja duda acerca del sentido de sus palabras, manifiesta y revela al universo el gran misterio de su soberanía. ¡Cuán hermoso es ver á nuestro Divino Maestro transformar todos los lugares y todas las circunstancias de sus ignominias en otras tantas escuelas donde esplene los oráculos de su sabiduría y desde donde gobierna al mundo! ¡Cuán hermoso es oírle hablar como Dios en el tiempo mismo en que está cubierto de humillaciones como criminal! Ved aquí en efecto lo que

(1) *A temetipso hoc dicis, an alii tibi dixerunt de me? (Joan.)*

(2) *Hae autem dixit subtestens nihil esse occultum. (In Joan.)*

dice: « Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis vasallos sin duda pelearían para que yo no fuera entregado en manos de los Judíos; mas ahora mi reino no es de aquí (1). »

Con estas palabras quiso decir, según el abad Ruperto: « Si yo soy efectivamente rey, mas de un reino que en nada se parece a los imperios de la tierra, cuya fuerza la constituye la extensión del territorio y la multitud y bravura de sus ejércitos. El mío no tiene necesidad alguna de estos medios para subsistir. Por esta razón ¡O Pilatos! me veis ahora en vuestra presencia, solo, sin defensa alguna exterior, sin ese aparato fastuoso, sin esa grandeza que los demás reyes ostentan de ordinario cuando se presentan en publico (2). »

« Sin mi reino fuese de este mundo, mis ministros y mis vasallos serían también de este mundo; ellos volarían á mi defensa: ellos no me dejarían á merced del odio de los Judíos, ellos no sufrirían que yo fuese tratado como veis que lo soy: *Si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei ulique decernerent ut non traderer Judæis*. Pero tal es el carácter de mi soberanía que no es compatible con el estado á que me veo reducido en este momento; ella puede sufrir mi opresión, mi ignominia y mi muerte sin perder nada de su estabilidad ni de su gloria, porque no teniendo su principio ni su razón en la voluntad de los hombres, ninguna necesidad tiene de la fuerza de los hombres para sostenerse: *Nunc autem regnum meum non est hinc*. »

¡O palabras admirables! ¡o misterio sublime! ¡o sabiduría divina de nuestro Salvador y Maestro! ¡o doctrina verdaderamente celestial que solo el Hijo de Dios podía revelar y enseñar á los hombres! Con esta sencilla y corta respuesta hace conocer el Redentor que es verdaderamente rey, pero rey llamado por su Padre á reinar, no sobre tal ó cual reino, no sobre tal ó cual pueblo, sino sobre todas las naciones, sobre el monte santo de Sion, sobre la Iglesia universal que debía extenderse á todos los tiempos y á todos los lugares: *Ego autem constitutus sum ab eo super Sion montem sanctum ejus*! Con esta respuesta ha destruido de un solo golpe la falsa idea que los Judíos habían formado del reino del Mesías. En estas pocas palabras nos ha dado la clave de la Escritura Sagrada; él ha explicado

(1) *Regnum meum non est de hoc mundo. Si de hoc mundo esset regnum meum, ministri mei decernerent utique ut non traderer Judæis. Nunc autem regnum meum non est hinc. (Joan.)*

(2) *Regnum meum non est de hoc mundo. Id est: unum de magnitudine civitatum, non de multitudine et fortitudine militum. (In Joan.)*

todas las profecías; ha manifestado el verdadero espíritu de la nueva alianza; nos ha dicho que el reino de Jesucristo no es político ni temporal, sino espiritual y divino; que se establece en los corazones por la fuerza de la gracia, se sostiene por las armas de la paciencia y prospera por el menosprecio de las cosas terrenas; que nada promete de cuanto la concupiscencia mundana persigue sin descanso, sino que invita por medio de las humillaciones, alirae con la cruz y recompensa con el martirio; que este reino no tiene relacion con el mundo presente sino para inspirar desprecio á él, y que descendió del cielo sin otro objeto que el de hacer felices eternamente en el cielo á sus súbditos: *Regnum meum non est de hoc mundo*.

Mas ved aquí otra instruccion, no menos provechosa encerrada en estas mismas palabras: « Si el reino de Jesucristo, dice S. Agustín, no es de este mundo, no puede componerse de ciudadanos ni de súbditos de este mundo; no puede formarse sino de aquellos que creen en Jesucristo, que participan de su espíritu é imitan sus ejemplos; de aquellos á quienes el mismo Salvador ha dicho en otro lugar: Vosotros no sois de este mundo, así como yo tampoco lo soy; de aquellos en fin que se encuentran en medio del mundo, pero que sin embargo no pertenecen al mundo (1). »

¡Cuán desgraciados sois por una consecuencia necesaria pero terrible de esta verdad, esclama S. Cipriano, cuán desgraciados sois vosotros los que, llenos del espíritu del mundo, esclavos de las máximas, de las ideas, de las costumbres, de las preocupaciones y de los caprichos del mundo, preferís el amor del mundo al amor de Dios, y no sois cristianos sino para deshonrar el Cristianismo! ¡Ay! yo siento decirlo, y sin embargo es necesario que os lo diga claramente: vosotros no sois de Dios, ni Dios se digna venir á habitar en vosotros; por esta razón vosotros no pertenecéis bajo ningún aspecto al reino de Jesucristo en la tierra, y si no os reformáis podéis estar ciertos, desgraciados, de que no tendréis parte alguna en su reino de los cielos (2). Mas no; ¡haced que no sea así, Dios mío! Que ninguno de este auditorio sea excluido del reino celestial. Estableced en este momento en nuestros corazones el reino de vuestra gracia,

(1) *Quid est regnum ejus? Nisi credentes in eum, quibus dicit: De hoc mundo non estis, sicut et ego non sum de hoc mundo. (Tract. in Joan.)*

(2) *Dicit regnum eorum de hoc mundo non esse, quia in his, qui amorem mundi Dei amori preponunt, non dignatur Divinitus mansuetiorem ferre. (Serm. de Jejun. et Tent.)*

que forme de nosotros vasallos sumisos y fieles á fin de que podamos todos entrar en el reino de vuestra gloria: *Adveniat regnum tuum.*

Es claro que al hablar el Salvador á Pilatos de un reino propio, de un reino nuevo y exclusivamente suyo, se atribuía el título y la cualidad de rey. Pilatos por consiguiente le replicó: « Es cierto pues que tu eres rey (1). » Y Jesus responde con modestia: « Vos lo habeis dicho: yo soy verdaderamente rey: *Tu dicis, quia rex sum ego.* En segunda doudo mas fuerza á su voz y á sus palabras continua diciendo á Pilatos, y á nosotros en la persona del gobernador: « Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y todo el que pertenece á la verdad escucha con docilidad mi voz, la conoce y la cumple: *Ego in hoc mundum sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis, qui est ex veritate, audit vocem meam.* ¡O nueva y preciosa lección o palabras sublimes! Ellas contienen toda la religion. Ellas solas bastarian para probarnos que Jesucristo es Dios, porque ninguno, en la actitud de acusado y de criminal en que se hallaba Jesucristo delante de Pilatos, hubiera podido pensar ni expresarse de este modo.

Admiremos aquí en primer lugar, con S. Juan Crisóstomo, el modo con que Jesucristo responde á Pilatos, tan diferente del que usó con Caifás. Al príncipe de los sacerdotes que le hace esta pregunta: « Eres tú el hijo de Dios? » responde con un tono severo y amenazador: « Si, yo soy el hijo de Dios: y añade: « Yo seré vuestro juez. » A Pilatos, que le pregunta: ¿ Eres tu rey? » responde con un tono lleno de dulzura y de compasión: « Si, yo soy rey: » y añade: « Mas yo soy tambien vuestro Salvador. » ¡Ay! no debe causarnos admiracion. Caifás habla interrogado al Salvador maliciosamente con el objeto de perderle: Pilatos por el contrario le interroga con amigables intenciones y con el objeto de salvarle. Ved aquí por que Caifás es amenazado y Pilatos instruido. Además, Caifás es judío y Pilatos gentil. Este modo tan diverso de responder nos enseña que la justicia de Dios tiene la amenaza suspendida sobre la cabeza de los Judíos, mientras que su misericordia se promete á los Gentiles. Castigos terribles se anuncian á aquellos, mas á estos se anuncian grandes beneficios, la revelacion de las mas importantes verdades y la posesion del reino de Dios (2).

(1) *Disit itaque ei Pilatus: Ergo rex es tu? (Joan.)*

(2) *Locutus est ad Pilatum eruditus cum, et al alibi repetens. (Rom. 83 in Joan.)*

En efecto al decir Jesus: « Yo he venido al mundo, » indica claramente que él era, que él existía antes de su nacimiento y de su venida al mundo: que hijo de Abraham segun la carne, como él lo habia dicho, fué anterior á este patriarca segun la divinidad, y que, nacido en el mundo como hombre, es anterior, como hijo de Dios, al origen del mundo (1).

En segundo lugar, cuando Jesus dice: « Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad no hace mas que repetir en otros términos lo que habia anunciado ya por boca de David: « Yo he sido establecido rey por el mismo Dios, para publicar sus decretos: *Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion, montem sanctum ejus, praeferens praeceptum.* » De modo que mientras que el Evangelio cumple la profecía, la profecía explica el Evangelio. Porque la verdad de la que ha venido á dar testimonio, ó que ha venido á revelar y á ofrecer es nada menos que el precepto de Dios, la ley de Dios, la religion de Dios, que él tiene la mision de enseñar á los hombres, y ved aquí porque ha sido constituido rey y legislador sobre el monte santo de la Iglesia. De modo que las primeras funciones de su soberanía son ilustrar los espíritus, santificar los corazones y recibir, como soberano de un imperio puramente espiritual, el homenaje mas noble que el hombre puede tributar, el homenaje de la fe y del amor. Estas palabras encierran pues en compendio los motivos, el fin y los frutos de la Encarnacion, del ministerio público y de la pasion y muerte de Jesucristo.

Además la verdad en el sentido religioso no es otra cosa que el conocimiento de Dios y del hombre, de las relaciones que deben existir entre Dios y el hombre, y de las relaciones que deben unir á los hombres entre sí. La verdad es la verdadera religion que abraza el dogma, la moral y el culto; la religion que los Judíos no conocian sino en espectacion y en estado de figura, y de la que los Gentiles no tenían idea alguna. Luego si nosotros conocemos al presente á Dios, si conocemos el misterio de las tres divinas personas, si conocemos al hombre y su origen, su condicion y su fin, sus deberes, su caída y su reparacion; el mediador y sus misterios, sus gracias y sus promesas, la ley divina y sus preceptos, sus amenazas y sus recompensas; si tenemos la inestimable ventaja de profesar estas grandes e importantes verdades que el mundo antiguo habia oscurecido con sus fábulas, ó perdido enteramente; estas verdades en

(1) *Antequam Abraham creet, ego sum. (Joan.)*

cuya investigación había agotado la sabiduría humana, todos sus esfuerzos por espacio de muchos siglos sin poder descubrirlas jamás; si conocemos repito estas verdades, es porque Jesucristo verdadero rey de un nuevo reino puramente espiritual, sentado en el monte profético de la Iglesia, como en un trono, nos las ha hecho creer por su enseñanza y nos las ha hecho amar por su gracia, y ved aquí cómo ha reinado, cómo reina todavía y reinará para siempre en el espíritu y en el corazón de los hombres: *Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion, montem sanctum ejus, predicans praeceptum.*

¿Y con qué objeto se ha hecho esta importante revelación? El Salvador mismo nos lo ha declarado cuando añadió: « Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz: *Omnia, qui est ex veritate, audit vocem meam.* » Palabras que encierran un sentido profundo; pues parece que Jesús debería haber dicho por el contrario: « El que escucha mi voz pertenece a la verdad, que posee; » porque su voz y sus palabras son la verdad. Mas el Señor ha querido revelarnos aquí un gran misterio. En efecto, ¿quienes son los que pertenecen a la verdad? son las almas humildes, sencillas y modestas que tienen un deseo sincero de conocer y un corazón inclinado a amar, y que están dispuestas a practicar la verdad. Pues bien, el Señor nos dice que esas almas escuchan la voz de Jesucristo y su enseñanza con docilidad y con fruto. Mas los que pretenden conocer la verdad con un espíritu de odio para combatirla y ahogarla, como hicieron los Judíos; con un espíritu de desprecio para ponerla en ridículo, como hizo Herodes; y con un espíritu de indiferencia para condenarla o sacrificarla a la política ó á los respetos humanos, como hizo Pilatos, esos nada tienen de común con la verdad; ninguna simpatía secreta tienen con ella; ellos le son enemigos ó extraños, y ved aquí por que se les niega la revelación divina. Ellos no merecen oír la voz de Jesucristo, ni comprenderla en el sentido que podría ilustrarles, justificarles y salvarles; por el contrario solo la oyen materialmente como un ruido vano, como un sonido privado de sentido, que los deja en su ceguera y pronuncia su condenación.

En las circunstancias de que se trata, Pilatos es una prueba sensible de la verdad de esta profecía de Jesucristo. El no posee ese espíritu humilde, ni ese corazón dócil que dispone al hombre á recibir la verdad y á practicarla, y que establece un verdadero parentesco, una afinidad secreta entre el hombre y la verdad. Así pues, mientras que el Salvador le revelaba cosas tan sublimes acerca de su soberanía

niá y de su reino, Pilatos oía el sonido de su voz divina, sin penetrar el sentido. Es verdad que, sorprendido de la manera nueva con que el Salvador habla de la verdad, la curiosidad le movió á preguntar, como preguntó en efecto, qué cosa es la verdad: *Dixit Pilatus: Quid est veritas?* Mas esta era una curiosidad puramente escitada en él por el espíritu filosófico, y no por el celo de la religión. Es una pregunta hecha por interés de la ciencia profana, y no por la salvación eterna de su alma; es en él un deseo pasajero, una veleidad sin consecuencia de saber una cosa á la que no da importancia alguna. En efecto, en el momento en que Jesucristo parecía dispuesto á responderle y á instruirle, Pilatos se levanta, abandona su tribunal, deja en cierto modo á Jesucristo con la palabra en la boca, y sin esperar la respuesta sale para arreglar á los Judíos: *Et cum hoc dixisset, iterum exivit ad Judaeos, et dixit eis: Ego nullam invenio in eo causam.*

Ved aquí pues, dice un comentarista, una pintura fiel de esos cristianos que tienen de tiempo en tiempo cierta veleidad, cierto deseo vano de oír la palabra de Dios y de conocer las obligaciones que su ley les impone; pero que en seguida, cuando esta palabra santa, esta augusta verdad comienza á sonar en sus oídos por medio de la predicación evangélica, se retiran, huyen y no quieren saber más. ¡Ah! Esto consiste en que ellos temen su voz importuna, su acción severa, su justa autoridad que ordena ciertos sacrificios, exige ciertas reformas, condena las injusticias y amenaza con el castigo, mientras que ellos no quieren que se les altere en lo mas mínimo la vergonzosa felicidad que se han creado en el seno del vicio y del desorden (1).

Mas ¡ay! ¡cuán desgraciados son! La verdad por la que se interesan tan poco y que desprecian de ese modo huye de ellos y se oculta á sus ojos. Y supuesto que la verdad es el mismo Jesucristo, *Ego sum veritas*; la verdad, que huye y se eclipsa, es Jesucristo que abandona la montaña de Sion, figura mística del alma cristiana santificada por el bautismo, y que deja de reinar en ella; de modo que no anuncia ya en ella por medio de sus inspiraciones y de su gracia la ley sublime de Dios para hacerla amar y cumplir. Desgraciada el alma ciega, obstinada y rebelde de quien Jesucristo se

(1) *Fecit questionem et non expectavit solutionem. Sic multi transitorio fervore conversi ad Deum, tunc hora desiderare incipiunt; sed in mentis proposito non persistunt. (Hic. Pictor in Allegor.)*

aleja, esclama S. Agustín. Porque, ¿quién puede comprender la infelicidad de un alma viuda de Dios, y á quien Dios ha abandonado á su propia soledad? *Vae soli.* ¡Horrorosa soledad, horrible abandono, sombría viudedad del tiempo, precursora funesta de la viudedad eterna y de la separación terrible por toda la eternidad!

SEGUNDA PARTE.

¡Cuán profundas son las palabras con que el Evangelista principia el relato que acabo de explicar! « Los Judíos, dice, entregaron á Jesús en manos del gobernador Poncio Pilatos: *Et tradiderunt eum Pontio Pilato praesidi.* (Matth.) Este fué un acto solemne por el que el pueblo judío, representado por el gran consejo, renunció en nombre de todos los Judíos presentes y futuros al Mesías prometido á sus padres y esperado por tanto tiempo, y se declaró satisfecho de no pertenecer ya al Salvador del mundo.

Desventurados Judíos, les grita á este propósito S. Leon, ¿qué pérdida tan grande habéis sufrido! ¿qué precioso es el tesoro de que os habéis despojado abandonando así al Mesías, que era el único título de vuestra existencia y de vuestra gloria; entregando á los extranjeros vuestro compatriota, vuestro hermano nacido de vosotros y entre vosotros, en una palabra vuestro Salvador! Pero vosotros explicaréis sin duda alguna este gran crimen, y supuesto que habéis entregado á Jesús á los romanos para hacerle morir, vosotros caeréis también en poder de los romanos para ser humillados, abatidos y destruidos por ellos (1).

Desde este día comienza para vosotros, infortunados, una serie de espantosas desgracias. Ya no habrá para vosotros luz ni profecías, ni ciencia de Dios ni conocimiento de sus misterios y de sus leyes. La escritura será para vosotros un libro sellado, que leeréis sin comprender, y en el que encontraréis á Jesucristo en cada página, y sin embargo no le veréis. Desde este día no tenéis ya templo ni altar ni sacerdote ni sacrificio ni ciudad ni reino. Este día fatal convertirá todas vuestras solemnidades en un amargo duelo y en un dolor eterno (2).

(1) *Tradiderunt Romanis Jesum; sed et ipsi á Deo traditi fuerunt in manus Romanorum, ut adimplerentur Scripturae dicentes: Secundum opera manuum eorum trahet illis.*

(2) *Hoc mane nobis, ó Judaei, templum et altaria diruit, legem et prophetas*

Mas el día lúgubre de la Pascua, añade S. Leon, que ha sido para los Judíos cubierto con las tinieblas de la mas oscura noche, ha brillado para nosotros con el resplandor de la mas radiante luz (2).

No sin una razon oculta, al hablar el Evangelista da este acto solemne de la entrega de Jesús en manos de Pilatos, da á este el título de gobernador ó representante de César: *Tradiderunt Pontio Pilato praesidi.* Parece que por esta denominación ha querido manifestar el historiador sagrado que al recibir Pilatos, como romano y como lugarteniente del emperador y del mundo pagano, al Redentor que los Judíos le entregaron, toma posesión de él en nombre de los romanos y en nombre de los Judíos. ¡O precioso recuerdo! ¡o misterios consoladores! ¡o gentiles! ¡o romanos! En virtud de esta acción de los Judíos nosotros los gentiles hemos venido á ser los verdaderos hijos de la promesa, la raza de Abraham, la verdadera casa de Jacob. La Iglesia Católica ocupa el lugar de la sinagoga. A ella se transmite la ciencia de las Escrituras, á ella se confía el depósito de la verdadera fe, á ella se ha trasladado el verdadero sacerdocio, el verdadero sacrificio, el verdadero culto, el conocimiento de todas las leyes de Dios y la dispensación de todas las gracias de la salvación eterna. Roma especialmente toma hoy posesión del Redentor á quien renuncia hoy y desprecia Jerusalén. Roma se hace santa con el crimen de Jerusalén, inocente con su iniquidad, rica con sus despojos, libre con su condenación, gloriosa con su envilecimiento é inmortal con su destrucción. Roma se hace la capital del nuevo reino espiritual, que sin ser del mundo, ha venido el Redentor á establecer en el mundo; y el Vaticano se hace, en lugar de Sion, el verdadero monte santo sobre el que el Hijo de Dios, constituido rey por su Padre, coloca su trono y despliega su soberanía, su autoridad y su imperio, apunuchando á todo el universo desde lo alto de esta montaña sagrada la verdadera religión y la ley divina: *Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion, montem sanctum ejus, proclamas preceptum.* (R)

Reconozcamos pues nosotros que somos cristianos y descendientes de padres gentiles; reconozcamos con S. Pablo el acto de inefable misericordia por el que Dios nos sacó, sin mérito alguno de nuestra parte, de la gentilidad en la que hubiéramos permanecido

ademit, regum et sacerdotum sustulit, in luctum aeternum cinis festa convertit. (Serm. II de Pasca.)

(1) *Festivitatis, quae illis conversa est in noctem, nobis conversat in lucem.* (Serm. IX de Pasca.)

viles esclavos de todos los errores y de todos los vicios, para trasladarnos al reino de Dios, y hacernos participantes del amor de Dios: *Qui eripuit nos de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum filii dilectionis sue*. Reconozcamos este inmenso beneficio con la gratitud mas sincera y la adhesion mas afectuosa. Reconozcámoslo conformando nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestra vida a las leyes puras, santas y perfectas de este reino de Dios, de tal modo que Jesús no se ruborice de tenernos por súbditos. Reconozcámoslo sosteniendo, con la pureza de nuestras costumbres, el honor de pertenecer a un monarca tan grande, manifestémonos llenos de celo por su gloria, llenos de un santo respeto por sus templos y observadores fieles de sus leyes, á fin de hacernos después participantes de sus recompensas eternas. Así sea.

CONFERENCIA DECIMASÉTIMA.

La Desesperacion de Judas.

Mors peccatorum preciosa.

La muerte de los pecadores es hermosa.

(Pc. 35.)

Los dos primeros Libros de los Reyes hacen mencion de dos confesiones célebres que tuvieron lugar en un corto intervalo de tiempo: la confesion de Saul y la de David. Estos dos hombres, elevados ambos por la voluntad del Señor de la oscuridad de la vida campestre al trono de Israel, y caidos los dos en el pecado, confesaron igualmente su iniquidad á dos profetas, con la frente humillada, la voz lastimera y los ojos bañados en lágrimas, y sin embargo no alcanzaron ambos el perdón.

« Yo he pecado, *peccavi*, » dice David á Natán, y apenas pronuncia esta palabra cuando el profeta le responde: « ¡Pues bien! yo os lo digo: en éste momento mismo os ha perdonado Dios vuestro pecado (1). » « Yo he pecado, *peccavi*, » dice igualmente Saul al profeta Samuel, y este le responde al momento: « El Señor os ha deshechado, y vos no reinaréis sobre Israel (2). »

¿De donde nace pues que esta doble confesion hecha en los mismos términos tuviese un resultado tan diverso? De que la confesion de David fue la expresion real de un dolor sincero, mientras que la de Saul, segun observa S. Gregorio, no fue otra cosa que una ficion sacrilega: su lengua confesó su pecado, mas la conciencia no habia quebrantado su corazon. Ved aqui por que mientras que David, después de haber vivido en las obras de la penitencia, murió con la muerte preciosa de los justos, Saul por el contrario, después de haber acumulado culpas sobre culpas durante su vida, se dio la muerte voluntariamente, y entregó su alma criminal en medio de los furóres

(1) Dominus quoque transtulit peccatum tuum. (II. Reg.).

(2) Projecit te Dominus, ne sis rex super Israel. (I. Reg.).

de la desesperacion, y entre los tormentos atroces de los remordimientos. Ejemplo terrible de esta verdad del oraculo divino: La muerte de los pecadores es siempre funesta y terrible: *Mors peccatorum pessima*.

Esta historia del antiguo Testamento fué la figura profética de una historia semejante ocurrida en el nuevo. Pedro y Judas, los dos apóstoles de Jesucristo; los dos principes de la Iglesia, pecadores los dos, confesaron y lloraron igualmente su infidelidad. Mas Pedro la lloro con las lágrimas del dolor y Judas con las lágrimas de la desesperacion. Por consiguiente el uno recibió la muerte de manos de un tirano que hizo de él un mártir, y el otro se la dió con su propia mano y fué él mismo el autor de su reprobacion, y así como el primero fué una nueva prueba de la paz y de las inefables delicias en que muere el justo, el otro fué un ejemplo del estado de furor en que caen generalmente los pecadores impenitentes en su ultima hora: *Mors peccatorum pessima*.

Ya vimos el ministerio de la misericordia de Dios en la conversion de Pedro; examinemos en este dia el ministerio de su justicia en la desesperacion de Judas. Estas dos acciones, llenando nuestros corazones de emocion y de espanto a un tiempo mismo, nos enseñarán a no separar jamás la confianza del temor para no dejarnos llevar de la presuncion, ni el temor de la confianza para no caer en la desesperacion. Así pues, con un temor mezclado de confianza y con una confianza mezclada de temor, podremos obrar nuestra salvacion, nos dedicaremos á buscar á Dios y á reconciliarnos sinceramente con él durante la vida, á fin de evitar la impenitencia final que pone el sello á la reprobacion de los pecadores: *Mors peccatorum pessima*.

PRIMERA PARTE.

Bienaventurado, dice la Escritura, aquel que ha estrellado á tiempo sus pequeños hijos contra una piedra (1). Estos hijos del hombre son, según S. Agustín, sus pasiones; que es necesario reprimir desde su nacimiento, y la piedra contra la que deben ser quebrantadas es, según observa S. Jerónimo, la abnegacion y la mortificacion cristiana, supuesto que S. Pablo dice: La piedra era Jesucristo: *Petra autem erat Christus*. Porque el que no se sirve de la doctrina

(1) *Beatus qui tenuit et allicit ad petram parvulos suos.* (Ps. 136.)

y de la gracia de Jesucristo para mortificar su pasion cuando ella está todavía naciendo será dominado por ella cuando haya adquirido fuerzas, y será arrastrado hasta el estremo de abandonar la fe ó la ley de Jesucristo.

Esto fué lo que sucedió á Judas. Un pequeño esfuerzo le hubiera bastado para triunfar de su avaricia cuando ella estaba todavía en sus principios. Hubiera sido bastante que él sentir nacer en su corazón el amor al interés, se hubiera apresurado á repartir entre los apóstoles todo el producto de las ofrendas espontáneas hechas por los discípulos de Jesucristo. Bastaba con que se hubiera dicho á sí mismo: « Por lo mismo que mi Divino Maestro me confía el cuidado de su peculio, debo dar una cuenta muy exacta de él. ¡ Ah ! para qué quiero apropiarme lo que os pertenece, o buen Jesus, cuando por vos abandoné todo cuanto poseía ? » Estas reflexiones hubieran contenido su pasion cuando todavía era débil, y de este modo hubiera podido evitar sus arrebatos posteriores. Mas dándole libre rienda y alimentándola con los hurtos que no cesaba de cometer en el depósito sagrado de las limosnas hechas al Salvador, la vio fortalecerse en su interior de tal manera, que casi no fué ya dueño de reprimirla. ¡ Ah ! Esto consiste en que en la carrera del vicio se principia por saltos pequeños, y poco á poco se va cayendo en grandes excesos: *A minutis incipiunt qui in maxima prorumpunt*.

Porque no creáis que Judas ejecutó de una vez el infame y horrible proyecto de vender á su Divino Maestro por cierta cantidad. Cuando Jesus, dice el evangelista S. Juan, se dignó revelar el ministerio de la Eucaristía, Judas fué del numero de los discípulos que rehusaron creer las palabras del Salvador, y levantaron un cisma. Y si, hecho hereje como los otros, no abandonó al mismo tiempo que ellos al Salvador, sino que continuó á su lado, fué únicamente para poder sustraerle el dinero, porque él era depositario de la bolsa: *Eur enim, et locutus habebat* (Joan. 12). El le siguió acompañando personalmente, pero su corazón estaba ya separado de él; él añadió al crimen de la incredulidad el de la hipocresía, mucho mas culpable en esto y mucho mas perverso que los que se separaron abiertamente de su Divino Maestro; y ved aquí por que el mismo Salvador le llama, no solo endemoniado, sino demonio vestido de carne humana: *Unus ex vobis diabolus est* (Joan. 6). Así pues, antes de entregar Judas la persona de su angustio Maestro, había negado ya su divinidad. En fuerza de violar la ley de Jesucristo, había acabado por perder la fe; de mal cristiano había llegado á ser hereje, y se

había hecho el padre de todos los herejes, pues que fué el primer discípulo de Jesucristo que apostató de su doctrina y de su Iglesia. Ejemplo funesto que se reproduce diariamente; porque muchos de los llamados incrédulos de nuestros días no son arrastrados á negar la verdad de los dogmas de nuestra religión, sino por el amor de los vicios que les ciega. Ellos abjuran la fe de Jesucristo porque no tienen el valor necesario para practicar su ley, y su culpable costumbre de abandonar al mal los abraza por sí sola á la vergonzosa necesidad de no creer. Estos son incrédulos falsos y verdaderos libertinos, que se resignarían fácilmente á aceptar el yugo de la fe si pudieran someterse á una vida verdaderamente cristiana.

Habiendo cido Judas en un exceso tal de perversidad que aun el mismo Jesucristo se le halla hecho odioso y despreciable, después de haber agotado con sus atrocidades el dinero cuyo depósito tenía, piensa utilizarse también de la persona misma del Salvador, vendiéndola á sus enemigos. El se propoñia en esto la doble ventaja de desahucarse de su Maestro y de acrecentar los recursos de su avarecia. Con este horrible proyecto se presenta al consejo de los Judíos, y con un atrevimiento y un descaro sin igual les dice: ¿Qué queréis darme, y yo le entregue en vuestras manos? (1) El trato se arregló pronto, y por precio de esta venta infame, consintió Judas en recibir la miserable suma de treinta Julios, como si Jesucristo hubiera sido un vil esclavo; porque este era precisamente el precio en que se vendían los esclavos (2).

Pero entregar á Jesucristo á los Judíos, era entregarle á la muerte, porque los Judíos no habían hecho á Judas un misterio de sus crueles intenciones, ellos le habían declarado que querían apoderarse del Nazareno para hacerle morir. Sin embargo, Judas no comprendió claramente toda la enormidad de su crimen, sino después que lo consumó. En efecto es un artificio antiguo del demonio, dice Entimio, el de ocultar á los peccadores la malicia de ciertas acciones, para que no tengan dificultad en cometerlas (3). Mas otro artificio del tentador, añade Entimio, es que después de haber cegado al hombre acerca de la malicia del peccado y haberle impulsado á cometerlo, una vez cometido, se lo presenta en su horrible desahucio para arrastrarle á la desesperacion.

(1) Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam? (Math.)

(2) El constituerunt ei triginta argenteos. (Ibid.)

(3) Talis est diabolus, antepccatum non permittit videre malum, ne respicientia sequatur. (De Math.)

Tal fué el ardor que empleó con Judas. Cuando este discípulo culpable supo que el gran pontífice y los príncipes de los sacerdotes, después de haber pronunciado unánimemente la sentencia de muerte contra su Divino Maestro, habían ido en corporacion á casa de Pilatos para solicitar la confirmacion de su sentencia, y que Pilatos había condenado á Jesucristo á morir en una cruz, *Videns Judas qui eum tradidit quoniam damnatus esset*; (Math.) entonces, dice S. Juan Crisostomo, sintió caer la venda fatal que el demonio le había puesto en lo ojos; entonces su espíritu fué penetrado por un rayo de esa luz sombría que precede á la luz infernal que hace conocer toda la monstruosidad del peccado, sin hacer detestar su malicia (1). Entonces Judas se acuerda de su amado Maestro, recuerda la hermosura de su semblante, la ternura de su corazón, su paciencia inalterable, el esplendor de sus milagros, la santidad de su vida y la excelencia de su doctrina; recuerda la bondad con que le eligió, la familiaridad con que le trataba, la confianza que había puesto en él, los consejos caritativos, los artillos delicados con que procuraba hacerle volver en sí; el recuerda la última cena y la moderacion con que el Salvador entregado, descubrió al traidor mismo su perfidia, ocultándole al mismo tiempo á los otros discípulos. El se acuerda de Getsemani, del milagro que le hizo caer en tierra, del abrazo con que le recibió, del beso que le dió y del título de amigo con que le honró hasta el fin. El recuerda entonces el abuso detestable que hizo de tanta condescendencia y de tanta bondad, la ingratitude monstruosa de su traicion, la horrible audacia con que fué el mismo á apoderarse de su persona, y el precio vergonzoso de treinta dineros que sacó de su traicion. Su espíritu contempla este horrible cuadro; el crimen que ha cometido se le aparece en toda su deformidad y en todo su horror. La recompensa de su felonía se le hace insostenible y odiosa, como su perfidia misma. El precio de su iniquidad le pesa tanto como los remordimientos roedores que desgarran su corazón y como la agonía profunda que cubre su semblante. Le parece que este dinero le devora como un fuego atizado en el infierno. Y ved aquí que se apresura á volverlo á depositar en el templo en las manos sacrilegas de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos que se lo habían dado; en seguida, lanzando un inmenso grito de dolor les dice: ¡Ay! yo he peccado entregando la sangre inocente y justa: *Retulit triginta argenteos principibus*

(1) Post perfectum peccatum cognovit peccatum. (De Prodit. Jud.)

sacerdotum et senioribus, dicens: Peccari, tradens sanguinem justum.

¡O providencia admirable de Dios! Jesucristo es proclamado la sangre justa e inocente por Judas, por este mismo discípulo que la ha entregado, y esto en presencia del mismo consejo que ha pronunciado contra el Salvador una sentencia de muerte. El gran consejo, que oye esta confesión sin contradecirla, confiesa por lo mismo que el Redentor es la sangre justa e inocente; y en tanto que el eco del templo devuelve el imponente testimonio de Judas que proclama la inocencia de Jesús, el pretorio repite á su vez la declaración de Pilatos que proclama la justificación de Cristo. Así Dios, para fortificar nuestra fe arranca de la boca del discípulo que ha entregado á Jesús, de los sacerdotes que le acusan, y del juez que le condena, un testimonio nada sospechoso, público y solenne de la inocencia y de la santidad de su divino Hijo en el momento mismo en que consiente que sea tratado como pecador y como criminal; y de tal modo dispone los acontecimientos, que aquellos mismos que han cooperado de diversas maneras á su muerte, atestigüen al mismo tiempo la santidad de su vida.

Mas la confesión de Judas es una verdadera acusación contra los sacerdotes judíos. Si Judas se hizo culpable de un horrible crimen entregándoles la sangre inocente, los sacerdotes no cometieron un crimen menos horrible comprándola. Sin embargo, ¡admirable insensibilidad de los corazones endurecidos en el crimen! al oír la confesión escapada á Judas, ninguno de los sacerdotes, de los escribas ni de los ancianos del pueblo se conmueve, ninguno vuelve en sí, ninguno se arrepiente de haber condenado á muerte á Jesús de Nazaret cuya inocencia había proclamado en alta voz el traidor discípulo, y de la que ellos estaban muy convencidos. Ellos responden á Judas con una horrible sangre fría, con una indiferencia brutal y casi insultando su arrepentimiento y su dolor: «Si Jesús es inocente, situ eres culpable en haberle entregado, ¿qué nos importa á nosotros? eso te incombete á ti: *At illi dixerunt: Quid ad nos? Tu videtur.*» (Matth.). Así pues el horror que Judas manifiesta al crimen enorme que ha cometido no inspira temor alguno á los que se han utilizado de él. ¡Qué obcecación! ¡qué odio! ¡qué furor! y sobre todo ¡qué impiedad y qué irreligión! Ellos nada temen porque nada creen.

Mas ¡ay! cuán largo y cuán terrible será el castigo de estas palabras impías: *Qué nos importa á nosotros?* Desgraciados! ¡ay! muy

pronto sabréis cuánto os hubiera importado no haber comprado por un precio tan infame al Mesías, á quien por el contrario hubierais debido reconocer y adorar. Vosotros lo sabréis cuando el águila romana vaya á llevar el espanto á Jerusalem, á destruir vuestra ciudad hasta sus cimientos y á sepultar bajos sus ruinas á vosotros, á vuestras familias y á todo vuestro pueblo: vosotros lo sabréis y vuestros descendientes lo sabrán también cuando se vean obligados á vagar fugitivos en el mundo, admitidos en todas partes y en todas partes aborrecidos.

Mas ved aquí, que esos hombres que han desterrado de su corazón todo su principio de religión, todo sentimiento moral, toda rectitud y toda justicia, afectan ahora religión y equidad en sus formas y en sus palabras. Porque habiendo Judas arrojado en el templo en presencia de los sacerdotes el precio de su infamia, los criados lo recogieron, y el gran consejo se reunió para deliberar acerca de lo que debía hacerse de aquel dinero.

Había en el templo un arca llamada *Corbona*, donde se depositaban las ofrendas voluntarias y legales que se hacían al Señor, y que era por lo mismo, según la expresión del hebreo Josafat, un tesoro sagrado (1). De este arca era de donde los sacerdotes habían sacado las treinta monedas de plata que habían servido para pagar la traición de Judas, y por esta razón fue por lo que Judas llevó este dinero al templo para que fuese devuelto al tesoro sagrado de donde lo habían sacado, á fin de dar á Dios lo que pertenecía á Dios.

¡Misterio estupendo! ¡El dinero destinado á comprar la sangre del Hijo de Dios tomado de las ofrendas mismas hechas á Dios! Este dinero, ya ofrecido y consagrado á Dios, pertenecía indudablemente á Dios, y este Dios es Jesucristo. Luego con el dinero que pertenecía al Salvador fue comprado el mismo Salvador; y en efecto, solo un precio divino era el que podía pagar una vida divina; y el mismo es el precio de su venta, así como es el sacerdote y la víctima de su sacrificio.

Sin embargo, los sacerdotes forman un escrupulo en volver al tesoro de donde lo habían tomado el dinero que Judas les había restituido. Ellos lo consideraban como manchado, porque había servido para pagar la traición y la muerte de un justo: *Non licet eos mittere in corbonam: quia pretium sanguinis est.* (Matth.). ¡O escrupulo afectado! dice S. Ambrosio; ¡O hipocresía diabólica! Si es

(1) *Sacer thesaurus, is autem Corbona dicebatur.* (De Bel. Jud. lib. 11.)

un crimen recibir y volver al tesoro sagrado una cantidad que había servido para pagar la muerte de un inocente; ¿no era un crimen mucho mas grande el de haberla sacado del mismo tesoro y haberla empleado en un atentado tan grande y en una infamia tan atroz (1)?

Mas Dios se vale del escrupulo mismo de los Judios para hacerles cumplir, sin que ellos lo conozcan, grandes profecias y misterios profundos. Fuera de los muros de Jerusalem, por la parte del medio-dia y en direccion opuesta á la montaña de Sion (2), habia un pequeño campo de tierra gredosa, propiedad en otro tiempo de un alfarero, que despues de haber estruido la arella, lo habia abandonado como una cosa inútil. Pues bien, el consejo de los sacerdotes, despues de haber examinado y discutido largamente acerca de la inversion que debía darse á la suma restituida por Judas, decidió que sirviese para comprar este pequeño campo; el dispuso ademas que este terreno se dedicase en adelante para sepultura de los extranjeros, es decir de los gentiles proselitos que muriesen en Jerusalem, cuando iban á adorar al verdadero Dios, supuesto que para ellos no existia cementerio alguno especial: *Consilio autem inito, enterant ex illis agrum egali, in sepulturam peregrinorum.* (Matth.)

De esto modo los Judios estúpidos ó insensatos cumplieron por si mismos, como lo advierte el Evangelista, la profecía de Zacarias, que habia anunciado que los hijos de Israel comprarian el campo de arella de un alfarero, por treinta monedas de plata, precio de aquel que seria vendido por ellos; y en efecto ellos dieron una suma igual á Judas, ellos la emplearon en este uso cuando el traidor la restituyó (3). Y estos mismos Judios suministraron una prueba nueva y admirable de esta verdad; á saber que Jesucristo es el verdadero Mesias y el Redentor del mundo, supuesto que esta grande profecía no se cumplió á la letra sino en él y por él.

No solamente glorificaron á Jesucristo los Judios al votar la compra de este terreno, sino que levantaron tambien con sus propias manos un monumento perpetuo de su infamia. Porque estas palabras de Judas: «Yo he entregado la sangre del justo», pronunciadas en el templo en presencia del pueblo, se divulgaron muy pronto entre el pueblo mismo, se hicieron proverbiales, y posaron al len-

(1) Si recipiendum non fuit, nec solvendum fuit. (Ta Pe. 61.)

(2) Hieron. de Loc. Hebraic.

(3) Tunc impletum est quod dictum est per Prophetam: et acciperunt triginta argenteos, pretium appretiati, et dederunt eos in agrum egali. (Matth.)

guaje familiar. Cuando se supo que se habia adquirido este campo con el precio de esta traicion, el pueblo, acordándose de las palabras de Judas, principió á llamarlo «el campo de la sangre: *Propter hoc vocatus est ager ille Haeceldama, hoc est, ager sanguinis, usque in hodiernum diem.*» (Matth.) ; Cuántas personas, al salir de la ciudad ó al entrar en ella, se dirian mutuamente al pasar por este lugar: Este es el campo de la sangre! Este nombre les recordaria á un tiempo mismo la perfidia de que Judas se habia hecho culpable al entregar la sangre inocente, y la crueldad que habia manifestado la sinagoga comprándola para derramarla en seguida sobre la cruz. En lo sucesivo, cuantas veces se iba á depositar algun cadáver en este campo, la vista de este lugar funebre no podia menos de recordar continuamente el precio vergonzoso con que habia sido comprado este cementerio.

¡Gran Dios! ¡qué admirables son vuestros caminos! ¡y cuánto os complacen en hurlaros de los desingios de los hombres y hacerlos servir al cumplimiento de los vuestros! Si los sacerdotes hubieran vuelto en silencio al tesoro del templo el dinero que Judas acababa de devolverles, esta circunstancia tal vez no hubiera tenido eco en el pueblo. Mas al decretar la compra de este terreno, y al destinarlo á un uso publico, hicieron á todo el pueblo testigo de su injusticia y de su perfidia los mismos que pretendian encurbírse con el manto de la religion, y cumplir una obra de piedad.

Este pequeño campo, convertido en un cementerio para sepultura de los pobres, es desde entonces como un magnifico documento, como una inscripcion sublime colocada á las puertas de Jerusalem, que la señala como la ciudad delida. Todos los que pasaban cerca del campo de la sangre debian pensar en las manos crueles que la habian derramado. De este modo levantaron los Judios con sus propias manos un trofeo, un monumento mas durable que el bronce á la inocencia de Jesucristo y á su propia perfidia; y la voz de esta sangre inocente, despues de haber hecho subir sus gritos hasta el cielo, principió desde este momento, como lo atestigua el Evangelio, y ha continuado despues resonando en la tierra hasta la posteridad mas remota: *Vocatus est ager ille Haeceldama, hoc est, ager sanguinis, usque in hodiernum diem.* (Matth.)

Hay en las palabras y en los hechos mismos de este acontecimiento, dice S. Hilario, un misterio profundo, una profecía consoladora, en una palabra una disposicion maravillosa digna de excitar nuestra admiracion y de provocar las meditaciones de nuestra

piedad (1). Procuremos pues, con S. Hilario y Orígenes, comprender perfectamente este grave asunto.

El campo, según el mismo Jesucristo, significa el mundo (2). El campo había sido propiedad de un alfarero, es decir que el mundo con todo cuanto encierra pertenece á Dios que lo ha eriado, es una propiedad de Aquel que formó del limo de la tierra los vasos de nuestro cuerpo (3). Mas este campo había sido despojado de su arcilla, y se había hecho inútil para la gloria de Dios; porque el conocimiento de Dios se había borrado del mundo, y la virtud no ejercía ya en el imperio alguno, supuesto que el profeta dijo que « todos se habían extraviado y se habían hecho inútiles; y que no había ni uno solo que obrase el bien. » (Is. 53, 6). Se necesitaba pues que este campo fuese comprado y regado con la sangre de Jesucristo (4), y que fuese rodeado con una cerca, figura de la Iglesia que es una tierra divina y celestial que Jesucristo, como dice S. Pablo, adquirió con su sangre: *Ecclesiam Dei quam acquiritur sanguine suo* (Act. 20). Los extranjeros y los pobres para quienes fué comprado este campo, prosigue Orígenes, son los cristianos que se distinguen por su sincera devoción, y que, separados del mundo, reposan con una entera confianza en los méritos y en la virtud de la sangre de Jesucristo, según estas palabras de San Pablo: « Mientras que habitamos en este cuerpo somos peregrinos del Señor y desterrados de la patria: *Deum simus in corpore, peregrinamur á Domino* (II. Cor. 5). Pues bien, en el discurso de este penosa peregrinación, los verdaderos cristianos, muertos místicamente al mundo y á la carne, se hallan como enterrados en el campo de la Iglesia; porque, como dice S. Pablo, nosotros estamos por el bautismo muertos con Jesucristo al pecado, y enterrados con él, de tal modo que no conservamos ya relación alguna con el pecado, así como Jesucristo mientras que estuvo en el sepulcro no tuvo contacto alguno con los hombres. ¡O Providencia amorosa de nuestro Señor, exclama Orígenes, que con el precio de su sangre nos adquirió un lugar de descanso, á nosotros pobres viajeros en la tierra! Dichosos, amado S. Hilario, dichosos nosotros si participamos de la muerte

(1) *Magnum in hoc prophetie sacramentum; et in factis, et in dictis mirabili plena meditatio. (Is. Math.)*

(2) *Agrum seculum, pascuam ipsius Domini, verus constituitur. (Hilar. in Math.)*

(3) *Ipsa est qui vasa corporis nostri fecit de limo. (Orig. 35. in Math.)*

(4) *Totus ergo ager Christi sanguine emptus est. (Orig.)*

mística de Jesucristo, y somos sepultados con él en el campo misterioso de la Iglesia! Porque nuestra peregrinación terrenal conducirá al reposo celestial y eterno (1). Reposo verdaderamente magnífico, pues que el gran Artífice Dios reformará entonces la arcilla vil de nuestro cuerpo; remojándola en la sangre de su Divino Hijo, la hará tan gloriosa y tan brillante como el cuerpo de Jesucristo; nosotros somos vasos de ignominia y de colera, y el nos transformará en vasos de honor y de misericordia (2).

Mas ¡ay! Aquellos á quienes la superstición, la herejía ó el cisma retiene fuera de la cerca sagrada de la verdadera Iglesia, no conocen ni conocen la ventura de vivir y de morir para resucitar al momento en el campo adquirido con la sangre de Jesucristo. Lo mismo sucede á esos católicos que, aunque admitidos en esteafortunado recinto, no miran á sus vicios ni á sus posturas. ¡Ah! En vez de reposar y pasarse vida en la sepultura pacífica que la misericordia de Dios les ha preparado en el seno de la Iglesia, acaban sus días, víctimas de la justicia divina, en la tumba del pecado y de la desesperación, y su muerte será horrible y espantosa: *Mors peccatorum pessima*. Tal fue la muerte de Judas.

El ha restituido el precio de su traición, mas el horror de su sacrificio está siempre ante sus ojos. Una vergüenza fonsa le retiene, y no se atreve á pedir consejo á los apóstoles de quienes se había separado, ni á recurrir á María, madre del perdón y del socorro, refugio único de los pecadores que perseguidos por su conciencia criminal huyen la colera de Dios; no se atreve tampoco á arrojarse á los pies de Jesús é implorar su misericordia. Judas, dice S. Agustín, restituye el precio infame que había recibido por haber entregado al Señor, mas no sabe aprovecharse del precio infinito con que el Señor le había rescatado (3). ¡Y qué misterio tan terrible revela Judas en su persona para escarmiento de los pecadores!

Por un justo castigo de Dios, que se renueva diariamente, nada es mas raro que ver un pecador, cuya vida haya sido una serie continua de desórdenes, abrir su corazón á la confianza en la divina misericordia á la hora de la muerte. Nosotros lo sabemos por espe-

(1) *In hoc ager agro commoritur et consequi peregrinationis nostre alternam requiem scietur.*

(2) *Qui reformavit corpus humilitatis nostrae, configuratum corpori claritatis suae. (Philip. 3.)*

(3) *Pretium proleat quo vendiderat Dominum; non agnovit pretium quo redemptus est á Domino. (Ja. Pe. 68.)*

ciencia: los pecadores mas audaces, los mas insolentes, aquellos que repiten con frecuencia: «Que Dios es bueno; que sus vicios no son mas que fragilidades, cuyo perdón le asegura la bondad de Dios; que si él no perdona ciertos pecados, deberá resignarse á ver su paraíso desierto:» si, estos que piensan y hablan así, y que obran segun este modo de pensar y de hablar, son precisamente los que tiemblan mas, los que mas se horrorizan y con mas facilidad se entregan á la desesperacion en el momento supremo. Pues bien, Judas es la cabeza, el patriarca, segun la expresion de S. Damian, de esta raza maldita de pecadores que por haber alimentado durante la vida una confianza temeraria y haber abusado de esta santa virtud, acaban por desesperar en la última hora de la clemencia de Dios: *Judas exacerando progentes.*

Judas que habia hecho tantos ultrajes al Señor, sin haberle visto jamas irritado contra él, que le habia robado con tanta frecuencia, sin haber oído jamas salir de su boca la menor reconvencion, que le habia negado en su corazón, sin haber experimentado ningun castigo: Judas que en la confianza que le inspiraba la bondad del Salvador, llevó su audacia hasta el punto de venderle y apoderarse él mismo de su persona, ahora que su crimen está consumado, no sabe, no puede confiar en esta divina bondad de la que tiene tan grandes pruebas y de la que ha abusado de un modo tan inicuo.

Pedro, que ha faltado mas bien por sorpresa y por fragilidad que por sistema y por malicia, se confunde, mas no se desalienta; se humilla, mas no se alate; teme, mas no se desespera. Él reconoce haber pecado, y lora su falta, se aflige de haber ofendido á su Divino Maestro, solicita su perdón, y profundamente humillado de haberle negado en medio de un grupo de gente, se dispone á confesarlo en presencia de todo el pueblo. En tanto que Judas, que ha pecado á sabiendas, con perfidia, con obstinacion, y aun á desprecio de la misericordia divina; Judas, que ha imitado á Cain en su traicion, le imita también en su desesperacion; y lleno del mismo espíritu pronuncia tambien la misma blasfemia: «Mi pecado es demasiado grande, para que la misericordia de Dios hasta á perdonarme lo (1).» Desgraciado discipulo! le grita S. Leon, ¿dónde vas? ¿en qué piensas? Por que desconfías de la bondad del que en la última cena no te esclavó de la comunión de su cuerpo, y que en el huerto

(1) Major est iniquitas mea quam ut veniam merear. (Genes. 4.)

de Getsemani no procuró rehusarte el beso de paz (1)? Pero Judas está sordo á los consejos. Press del demonio furioso que le posee, tiene horror como Cain á la luz; para él el aire está corrompido, y la claridad del día es funesta, porque una luz mas odiosa le descubre toda la malicia y toda la monstruosidad de su corazón criminal. La compañía de los hombres le amedrenta; todo el que se encuentra á su paso le parece un testigo que le echó en cara su perfidia, un juez que le condena, un verdugo encargado en castigarle. La sombra de su crimen le persigue por todas partes. La memoria de Jesús le hiela de espanto; la vista de su conciencia le alate. El exceso de su crimen le desespera. Mil fantasmas le aterroran, mil remordimientos le desgarran, mil recuerdos le importunan, mil furias le despedazan, haciéndole la vida, dice S. Juan Crisóstomo, mas terrible que la mas terrible muerte (2). Él da un paso hacia la divina misericordia, y solo encuentra la venganza divina. Él vuelve los ojos hacia el cielo, y no ve mas que el infierno que se abre bajo sus pies. Él recurre al fondo de su corazón y allí invoca la esperanza, pero solo le responde la desesperacion; y solo á la desesperacion es á quien escucha. Y ved aquí que para librarse del suplicio de una vida horriblemente criminal, de una vida que no espera enmendarse ni tiene el valor de soportar, abandona el puesto de culpable, se constituye el mismo juez de su propio crimen, y se hace el ejecutor de su sentencia: por que Judas no podía perecer sino á manos de Judas (3). Él toma una cuerda, la ata á un árbol y se ahorca con sus propias manos: *Et abiens loqueo se suspendit.* Así es como coronó con una muerte desesperada una vida criminal.

¡Qué espectáculo tan horroroso! Su rostro se pone livido y disforme, su piel se desgarras, sus entrañas impuras y desapiadasas se salen de su cuerpo, y una mano invisible las esparce acá y allá sobre la tierra (4). Y en el momento en que el Redentor va á abrir al buen ladrón las puertas del cielo, el alma de Judas fuerza las puertas del infierno, y cae en las profundidades del abismo eterno, en el lugar de los atroces tormentos que ha merecido por sus crímenes mas atroces aun: *Ut abiret in locum suum.* (Act. 1)

(1) Cur de qua bonitate animas qui te á corporis sui communiione non reppulit, qui pacis osculum non negabit? (Luc. 22.)

(2) Nec enim poterat acerboe conscientie stimulus et flagella perferre. (Hom. 86. in Matth.)

(3) Ipse sui sceleris reus et iudex. (Sermon II de Pass.)

(4) Crepuit medullas, et diffusa sunt omnia viscera ejus. (Act. 1.)

Venid todos á contemplar, mientras que palpita aun, ese cadáver suspendido entre la tierra y el cielo, como para indicar, dice un expositor, que es rechazado igualmente por la tierra y por el cielo, y que causa horror igualmente á Dios y á los hombres (1). Contempladle en primer lugar vosotras, almas justas, meditad la horrible catastrofe de este discípulo de Jesucristo, elevado por él al apostolado, admitido en su escuela, alimentado con su carne, testigo de sus milagros, colmado de sus beneficios, y sin embargo, hecho un vaso de iniquidad, el patriarca de los apóstatas, el padre de los desesperados y el guía de los reprobos de la nueva alianza, y aprended con su ejemplo, que la vocación no defiende contra los peligros; que la más íntima relación con Jesucristo no es siempre un sosten, ni la santidad del ministerio una garantía; que aun en la escuela misma de Jesucristo, en su compañía y á su misma vista puede el hombre caer y perecer. Temblad vosotros los que creéis estar firmes. Por justos y santos que seáis, temed no caigais al dejar de temer las enidas, temed abandonaros á una loca y vana seguridad, si olvidáis el santo temor de Dios (2).

Contempladle tambien con atención, vosotros pecadores, y considerad como una sola pasión, que no fue combatida en su principio, hizo de un apóstol de Jesucristo un ladrón, de un ladrón un hereje, de un hereje un apóstata, de un apóstata un traidor, de un traidor un desesperado, de un desesperado un suicida, de un suicida un reprobado, y finalmente, de abismo en abismo le fué precipitando en la sima de la condenación eterna. Aprended aquí el peligro á que os exponéis no reprimiendo vuestras pasiones á tiempo, resistiendo las inspiraciones divinas, dilatando vuestra conversión, endureciéndoos en el vicio y viviendo con indiferencia en el seno mismo del pecado. A vista de la muerte trágica y horrorosa de este discípulo de Jesucristo, en quien la justicia divina se ha mostrado de una manera tan sensible, pensad en la suerte que os preparáis y en el destino que os aguarda; leed, y no olvidéis jamás esta terrible inscripción que la justicia misma de Dios ha colocado sobre el cadáver de Judas: ¡Desgraciados de los pecadores! Su muerte es horrorosa: *Mors peccatorum pessima*.

(1) Suspecti se laqueo, ut denderet se collo terraeque peritum. (Raban. Eaten. in Math.)

(2) Qui stat vident ne cadat. Timeat Dominum omnes sapienter ejus.

SEGUNDA PARTE.

El fin deplorable de Judas nos revela aun otro terrible misterio relativo al hombre pecador. Todo lo que hizo desde el momento en que volvió en sí, presenta todos los caracteres de una conversión sincera. No solo se avergonzó, sino que tambien se horrorizó de su pecado; él sintió en el fondo de su corazón el dolor mas amargo: *Pœnitentia ductus*; y manifestó esteriormente este arrepentimiento con los actos menos equivocados. El confesó su crimen, y jamás hubo una confesion mas completa, mas sincera, ni que fuese hecha con mas dolor que la suya. El no dijo solamente: *yo he pecado, peccavi*; sino que espresó toda la infamia y toda la gravedad de su pecado en estas pocas palabras: *Yo he entregado la sangre del justo: Trulens sanguinem justum*! No hizo esta confesion en particular, sino en público, en el templo, en presencia del consejo de los Sacerdotes y de los Escribas á quienes habia vendido el Señor, y allí fué precisamente donde proclamó la inocencia de Jesucristo y su propia infamia: *Principibus sacerdotum, et senioribus*. Hizo mas aun; él devolvió el precio sacrilego de su perfidia, sin retener parte alguna; él habia recibido treinta monedas de plata, y las restituyó todas treinta, las mismas que habian sido sacadas del tesoro: *Restituit triginta argenteas*. El estaba dispuesto á sufrir la pena de los traidores; él se hizo en cierto modo mártir de Jesucristo al publicar la inocencia y la santidad del Salvador ante sus mas crueles enemigos, y al desplegar en presencia del senado un valor que Pedro no desplegó ante los criados y los siervos de Calás.

Así pues, Judas restituyó su reputación al Maestro á quien entregó; él devolvió el dinero que habia adquirido por un sacrilegio; él reparó el escándalo; él confesó su injusticia, y reclamó el castigo. Y sin embargo, ¡lo terrible misterio! Después de tantas diligencias para obtener el perdón, Judas no lo obtuvo; después de tantas demostraciones de arrepentimiento, Judas muere en la impenitencia; y cuando parece que debia esperar la muerte preciosa de los justos, él mismo pone fin á sus días, y muere con la muerte terrible de los reprobos: *Mors peccatorum pessima*. ¿Y por qué? Porque después de tantas señales de penitencia, dice Eotimo, no se dirigió á pedir humildemente perdón á Aquel que podia concedérselo (1). Porque

(1) Pœnituit, confitens est: veniam autem ab eo qui dare poterat, non requisivit. (In Math.)

al mismo tiempo que detestaba su crimen desespéro de la bondad del Salvador, y según la observación de S. Ambrosio, se hizo culpable de un nuevo pecado contra el Espíritu Santo (1). Porque el detesto su pecado, no como una ofensa hecha á Dios, sino como una degradación horrible de su propia persona. El se afligió, no de haber incurrido en la indignación de Dios, sino de haberse hecho un objeto de infamia y de horror á los ojos de los hombres. Así como él había pecado por avaricia, solo se arrepintió por orgullo. Pecador y penitente, Judas fué siempre su propio ídolo. Su penitencia ofendió pues á Dios, observa S. Leon, mas que su pecado mismo; ella fué un nuevo crimen añadido á sus demás crímenes; y este fué el mayor de todos (2). Por consiguiente esta penitencia, en vez de borrar su pecado, no hizo mas que agravarlo, y dispuso á este lusingo criminal á la muerte mas horrible: *Mors peccatorum pessima*.

Ahora bien, este horroroso ejemplo se reproduce diariamente entre nosotros. En efecto, ¿cuántos pecadores, ¡gran Dios! á pesar de las demostraciones y de los actos de penitencia que hacen á la última hora, mueren impenitentes! Si, el pecador cristiano que no ha perdido todavía la fe; el pecador que no ha llegado á ese grado de endurecimiento y de desesperación, en que el hombre se olvida de sí mismo y se precipita con los ojos abiertos en el abismo de la condenación eterna, consecuencia terrible del largo olvido de Dios y de los ultrajes que le ha hecho durante la vida; ese pecador, repito, si tiene tiempo, si la naturaleza de su enfermedad se lo permite, recibe los últimos sacramentos, promete enmendarse, repite algunas oraciones, llora y se aflige de haber pecado, *Pecavi*; porque en ese momento terrible se teme mucho, y se teme con razón. Pues bien eso es lo que debe hacer temblar por la sinceridad de las conversiones improvisadas sobre el lecho de muerte; porque el temor que los pecadores experimentan, según dice S. Leon, es un temor culpable que atormenta una conciencia criminal y la entrega á la desesperación, pero no ese temor saludable de Dios que justifica y salva al alma fiel. ¡Ah! esclama á este propósito S. Agustín, ¿cuántos cristianos á la hora de la muerte manifiestan al parecer el arrepentimiento de Pedro, mientras que su alma está entregada á la desesperación de Judas! ¿Cuántos, que mueren al parecer con la muerte

(1) *Cassa est penitentia proditoris, quia peccavit in Spiritum Sanctum. (In Luc.)*

(2) *Tam paucis iniqui penitentia fuit, ut etiam penitendo peccaret. (Serm. V de Pass.)*

de los justos, mueren, á los ojos de Dios, con la muerte funesta de los pecadores (1).

Comprendamos bien esto, amados hermanos: la muerte, al ilustrarnos acerca de nuestros deberes, nos pone cuasi en la imposibilidad de cumplirlas; haciéndonos conocer nuestra locura, no nos permite repararla. La vida es el único tiempo propio en que la divina misericordia responde prontamente al corazón que la implora.

Animo pues, hoy que la voz de Dios nos llama, que nuestro cuerpo está robusto y sano y nuestra alma tranquila, que la gracia está pronta, que los auxilios, los medios y los ejemplos abundan; formemos la resolución de volvernos á Dios por medio de la penitencia y de perseverar en su servicio hasta el último instante de nuestra vida. Porque entonces la muerte será para nosotros como el ángel de la misericordia que abre á los justos las puertas del cielo, y como el ángel de la justicia que ahonda para los pecadores los abismos del infierno. Nuestra muerte será la de Pedro, y no la de Judas; será la muerte preciosa de los justos, y no esa muerte que es y será siempre horrorosa para los pecadores: *Mors peccatorum pessima*.

(1) *Oh! si intus videres! Que mors tibi bona videtur, pessima est.*

CONFERENCIA DÉCIMA OCTAVA.

El silencio.

Deus enim qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit; ut efficiamur iustitia Dei in ipso.

Una por nuestra parte tenía a aquel que no había conocido el pecado, cuando si hubiera sido el pecado nuestro: ¿fin de que nosotros fuéramos hechos justos por la justicia de Dios?

(II. Corint. 5.)

No hay convenio ni unión posible entre la luz y las tinieblas, entre la inocencia y el crimen, entre la santidad y el pecado. Sin embargo habiendo Jesucristo obtenido de su Padre la gracia de colocarse en nuestro puesto y cargar sobre sí todos los pecados del mundo, con objeto de expiarlos, estos pecados se hicieron en cierto modo suyos propios como si él los hubiese cometido personalmente. Así se cumplió el grande e incomprensible misterio, predicado por S. Pablo, que nos muestra la inocencia, aunque pura de las más pequeñas culpas, sometida sin embargo en la persona del Redentor a todas las penas debidas al pecado. Aquel, que jamás había conocido el pecado, se hizo a los ojos de Dios como el pecado personificado, el pecado viviente: *Enim qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit.* Ved aquí por qué el sufrió todos los castigos que habían merecido los pecadores, a fin de que, así como el Salvador se había hecho en nosotros y por nosotros pecador en apariencia por nuestro propio pecado, nosotros nos hiciéramos también en él y por el santos y justos por la santidad y la justicia misma de Dios: *Ut nos efficiamur iustitia Dei in ipso.*

Uno de los castigos reservados a los pecadores era el de tener que sufrir un día un juicio terrible. Habiéndose colocado el Redentor en la condición aparente de los pecadores, debió ser igualmente juzgado; mas no pudiendo tener por juez a Dios su Padre porque tiene la misma autoridad y la misma naturaleza que él, debió ser juzgado por los hombres. Tal es el misterio principal de la segunda parte de

la Pasión del Salvador, es decir de la comparecencia de Jesucristo ante los tribunales, en los que, antes de ser inmolado como víctima, fué, a pesar de su inocencia, acusado e interrogado como el hombre mas culpable, como el representante de nuestra culpabilidad; porque así lo quiso su eterno Padre: *Deus enim qui peccatum non noverat, pro nobis peccatum fecit.* Mas supuesto que hemos visto ya la injusticia, la desvergüenza y la mala fe con que fué acusado, y que suministraron una prueba legal de que él no había cometido ni aun la sombra siquiera del pecado: *Qui peccatum non noverat*; veámosle hoy condenado al silencio y a la confusión de un criminal: *Pro nobis peccatum fecit*; y esto con el fin de que nosotros nos librásemos de la horrible confusión que nos esperaba en el tribunal formidable de Dios, y que pudiésemos comparecer en él revestidos de su propia justicia: *Ut nos efficiamur iustitia Dei in ipso.*

Entremos pues en esta piadosa consideración, y aprendamos a abrir los ojos para no volver a caer en el horrible estado de que fuimos sacados por la misericordia divina.

PRIMERA PARTE.

Platón, educado en la idolatría, profano por su condición y sensualista por su filosofía, estuvo muy lejos de comprender la doctrina profunda de Jesucristo acerca de la naturaleza divina y puramente espiritual de su reino: *Regnum meum non est de hoc mundo.* Sin embargo, dotado de una gran penetración y de cierta rectitud de corazón, comprendió perfectamente por las respuestas del Salvador, y mas aun por su majestuosa actitud en medio de su humillación, que Jesús no era un hombre de partido de quien debían temerse sediciones o motines; que no era un ambicioso que pudiese aspirar a un poder soberano; que rivalizase con el de César; que si él era rey, su soberanía era religiosa y no política, y que por consiguiente no podía hacer sombra al representante del emperador ni excitar sus celos.

En esta íntima convicción, lleva a Jesús fuera del pretorio al lugar donde se habían detenido los príncipes de los sacerdotes, entre una turba inmensa de pueblo: «Yo he examinado cuidadosamente, les dice, al preso que me habeis presentado, y de mí exámen confrontado con vuestras imputaciones resulta en mi juicio que las pruebas de los crímenes que le imputais no existen ni aun en apariencia; que por

consecuente no hay motivo alguno de acusación, ni mucho menos de condenación: *Iterum exhibit ad Judaeos, et dixit eis: Ego nullam inveni in eo causam.* (Joan.).

Ved aquí pues de parte de un juez sobre el que no puede caer la mas leve sospecha de parcialidad, por cuanto es extranjero, y por que ha sido elegido por los acusadores mismos; ved aquí, repito, una justificación en regla que no puede ser mas clara: ni mas precisa, que ha sido precedida de un interrogatorio y que es pronunciada en presencia del pretendido criminal, de los acusadores y del pueblo. Ved aquí pues cumplida la profecía de David que decía: Que los enemigos de Jesucristo se fatigarán en buscar acusaciones contra él, pero que todas sus malignas investigaciones no conducirán mas que a destruir los cargos y a hacer brillar su inocencia (1). Por consiguiente esta hubiera sido una causa concluida desde los primeros trámites, si el juez hubiera tenido menos debilidad, y los acusadores hubieran sido menos injustos y menos crueles.

En efecto los Judíos en nada pensaban menos que en el lien público. Impulsados únicamente por un sentimiento ciego de odio personal, no se habían dirigido a Pilatos para que hiciese justicia en la causa de Jesucristo, sino para que pronunciase contra él una sentencia de muerte. Ved aquí por que, horridos en su bárbaro designio por esta declaración de Pilatos, y tratados indirectamente de calumniadores, se entregaron abiertamente a todo su furor, acumularon contra el Señor nuevos cargos y nuevas calumnias, y pusieron tanta mayor energía en repetirlos, cuanto menos capaces eran de probarlos: *Et accusabant eum summi sacerdotes in multis.* (Marc.).

¿Que hizo entouces el Hijo de Dios? A todas estas mentiras inventadas por los mas iníquos de los hijos de los hombres opuso la única justificación que convenia á su inocencia, á su grandeza y á su dignidad, una calma modesta, un severo y majestuoso silencio: *Et cum accusaretur a principibus sacerdotum, et senioribus, nihil respondit.* (Matth.).

Cuando en las causas criminales se levanta una sospecha de calumnia, es obligación del magistrado poner fin inmediatamente á los debates. La tergiversación y la continuación del interrogatorio no sirve mas que para aumentar la audacia de los calumniadores. Esta es la razon por que despues de haber hecho Pilatos una decla-

(1) *Scrutati sunt iniquitates, defecerunt scrutantes scrutinijs.* (Ps. 63.)

racion tan terminante y tan solemne, debía al momento haber arrojado con indignación á los Judíos de su presencia, haberles impuesto silencio, y haberles amenazado castigarles por haber osado calumniar á un inocente en su tribunal. Pero su carácter no correspondia á su talento. El tuvo la debilidad de no sostener la sentencia justa que habia pronunciado, y de hacerla por el contrario dudosa en su efecto, interrogando de nuevo al Salvador: *Pilatus autem rursus interrogavit eum.* (Marc.). Y ¿qué pretendia con esto? Nada mas que hacer hablar á Jesus. Con este objeto le dice: ¿No oyes los cargos que estos hombres hacen pesar sobre tí? Vamos: responde; pronuncia algunas palabras en tu defensa (1).

Pilatos, dice Drutemare, insiste en hacer hablar á Jesus y le obliga á justificarse, porque tiene deseos de salvarle. Este magistrado, que ha reconocido y proclamado la inocencia del acusado, no se atreve á librarle, y pretende que el acusado se libre á sí mismo (2). Y Eutimio añade que Pilatos, en vista de la profunda impresion que las respuestas del Salvador habian hecho en él, estaba seguro de que, si Jesus hablaba, destruiria facilmente la calumnia y confundiria los calumniadores (3). Pero Jesus, á pesar de las vivas instancias de Pilatos, permanece en el mas absoluto silencio: *Et non respondit ei ad ullum verbum.*

En este silencio se encerraba una enseñanza sublime. En primer lugar, dice Origenes, anunciaba una cosa maravillosa, grande y sublime de que no habia ejemplo entre los hombres. Porque jamás se vió un hombre colocado bajo el peso de una acusación capital, con la perspectiva de una muerte ignominiosa y cruel, permanecer en una tranquilidad tan imperturbable, guardar silencio, y manifestar en su fisonomía una serenidad tan grande, en sus maneras una dulzura tan maravillosa, y en su semblante una dignidad tan perfecta (4).

Aunque Pilatos no conociese lo que habia de misterioso, de sobrenatural y de divino en un silencio tan tranquilo y tan maravilloso, sin embargo este silencio hizo en él una viva impresion; lejos de atribuirlo á un orgulloso desden ó una fiera terquedad, solo des-

(1) *Non audis quanta adversum te dicunt testimonia?* (Matth.). Non respondes quidquam: Vide in quantum te accusant. (Marc.).

(2) *Suscepit ei Pilatus se defendere, quia volebat eum liberare.* (In Marc.).

(3) *Conciliatus respondere: scilicet eum quod facile posset diluere calumnias.* (In Marc.).

(4) *Et non respondit ei ad ullum verbum.* (Matth.).

cubrió en el el indicio manifiesto de una eminente justicia, y de una conciencia segura de su inocencia y cierta de su triunfo, por lo mismo no se da por ofendido; al contrario concibe mas afecto á Jesucristo, y queda poseído de una admiración tal que no puede disimularla: *Ha ut miraretur Prois evehementer.* (Matth.) S. Atanasio añade que el silencio del Señor no solo excitó la admiración de Pilatos, sino que le inspiró también la idea de salvarle. Así pues, ¿cuánto hizo Jesús brillar en esta circunstancia su poder y su grandeza, supuesto que se defendió sin responder, persuadió sin hablar, y con su silencio, se hicieron mas evidentes aun á los ojos de Pilatos su propia inocencia y la calumnia de sus enemigos (1)!

Mas, ¿o insensibilidad, o dureza de los hombres del santuario, cuando olvidados de la santidad y de la futura propia de su estado, abortecen y persiguen! Un hombre del mundo, un idolatra queda poseído de respeto y de admiración al ver el silencio de Jesucristo, y los Principes de los Sacerdotes encuegan en este silencio mismo, que por sí solo bastaba á probarles la divinidad de Jesucristo, un pretexto para acusarle todavía con mas furor. Desesperando de hacerle pasar por un sedicioso, presentan su doctrina como subversiva; ellos dan gritos como frenéticos: «Es culpable, es culpable, exclaman: es una persona peligrosa, un hombre turbulento, que con su doctrina subleva á todo el pueblo judío, desde los confines de Galilea hasta Jerusalem: su predicación ha sembrado la discordia en las provincias, y la paz ha cesado de reinar en ellas: *At illi incalescebant, dicentes: Commovet populum docens per universum Judæam, incipiens á Galilea usque huc.* (Luc.) Así pues, observa Teofilacto, no pudiendo aquellos hombres inicuos apoyar sus calumnias en prueba alguna, se esforzaban en acreditarlas con furiosos gritos (2).

Y ¿qué hizo entonces Jesús? Sin manifestar la emoción mas pequeña ni la menor turbación, les deja gritar, y permanece cada vez mas en su silencio: *Jesus autem amplius nihil respondit.* (Marc.) Es muy conveniente averiguar la causa y conocer los misterios de un silencio tan absoluto y tan admirable, para comprender en cuanto es posible toda su grandeza, su majestad y su importancia.

(1) *Magnus id certe et mirum in Salvatore, qui tacendo et non respondendo, tam efficax erat in persuadendo, ut iudex ultra factiones adversas eum vocata cognosceret.* (De Pass. Dom.)

(2) Cum nihil faveret eorum calumnie, recurrunt ad clamorem subsidia. (In Luc.)

En primer lugar, Jesucristo no habla, á fin que se cumpliera esta profecía en la que habia anunciado el mismo por boca de David: que acusado ante los tribunales, objeto de la calumnia y cubierto de ultrajes, permanecería constantemente en silencio como un hombre sordo cuyos oídos estan cerrados, y como un hombre mudo cuya lengua está encadenada (1).

Mas como Jesucristo calló, no porque David lo habia anunciado, sino que David habia hecho esta predicción porque sabia que Jesucristo habia de guardar silencio, y por lo mismo, no es la profecía la que ha determinado el hecho, sino que el hecho ha dado lugar á la profecía, nos queda todavía por averiguar la razon de este hecho: nos falta indagar, para nuestra instruccion y nuestra edificacion, la causa por que Jesus no quiso responder á la turba de acusadores presentados contra él ante los tribunales.

En el tribunal del odioso Caifás, donde los sacerdotes y los ancianos del pueblo habian usurpado el ministerio de jueces, Jesucristo, dice S. Geronimo, conocia perfectamente, porque era Dios, que aquellos jueces inicuos lo obligaban á hablar para coger de sus labios un motivo de acusacion, y no para obtener una respuesta capaz de justificarle (2). El Salvador guarda entonces silencio, porque hubiera sido en cierto modo poner la verdad en duda, queria probar á quien se habia declarado abiertamente su perseguidor. Hubiera sido envilecer la justicia, presentar su defensa ante hombres decididos á no admitirla. Hubiera sido animar la astucia, hablar á unos hombres que querian empujar cada una de sus palabras. Además, no era conveniente, dice S. Agustín, que la justicia del Hijo de Dios fuese defendida por medio de discursos, como acostumbra hacerse para justificar la iniquidad de los hombres. Jesus pues sostiene mucho mejor su dignidad guardando silencio, y hace brillar mejor su inocencia desdennando los ataques de sus acusadores (3). Mas en el tribunal de Pilatos, el juez no abrigaba malas intenciones tan perversas; los sacerdotes y los senadores que, despues de haberse erigido en jueces en el tribunal de Caifás, se habian presentado en el de Pilatos como acusadores, estaban muy lejos de

(1) *Et factus tum sicut homo non audiens, et non habens in ore suo redargutiones.* (Ps. 57.)

(2) *Sicbat, quasi Deus, quidquam dixisset, iniquitatem ad calumniam.* (In Matth.)

(3) *Non sibi defendi iustitiam sicuti solet iniquitas excusari. Accusationem habendo despicit; et sic innocens approbatur.* (Serm. CXXXII. de Temp.)

haber renunciado á sus designios. Pilatos por consiguiente se engañaba mucho al creer que si Jesucristo hubiera hablado, los pérfidos Judíos hubieran callado al momento. Por la fuerza se impone al odio, y no por las palabras. Es añadir importancia á la calumnia hacer siquiera demostración de querer rechazarla, y vel aquí por que el Señor responde con el silencio á las odiosas imputaciones que los sacerdotes acumulaban contra él.

Por otra parte, los clamores furiosos, los gritos frenéticos con que proponían las acusaciones, no hacían otra cosa, dice el venerable Beda, que poner mas en evidencia, por una parte la ciega pasión y la perversidad de los acusadores, y por la otra la inocencia del acusado (1).

El Señor no tiene necesidad, añade S. Ambrosio, de tomar la pala palabra su justificación personal, porque sus enemigos, por el modo con que le acusan, le justifican ellos mismos de sus propias inculpaciones, y le vengan de sus calumnias. Su silencio es su mas bella apología; refusingo defenderse, da Jesús la prueba mas evidente de que la defensa no le es necesaria (2).

¡Cuánta dignidad, esclama S. Ambrosio, cuánta grandeza hay en este silencio del Salvador! ¡Qué espectáculo mas digno de nuestra admiración y de nuestra piedad que el que nos ofrece el Hijo de Dios en estas circunstancias! Vedle en presencia de unos hombres vendidos á la iniquidad; el se halla espuesto á la contradicción de los pecadores, á todos los tiros de la calumnia, á todas las acusaciones que una desenfrenada malicia se complace en inventar; el puede, con una sola palabra, destruir todas esas acusaciones, y sin embargo las oye con el mayor silencio, sin disgusto, sin impaciencia y sin rencor. ¡Ah! un silencio tan constante, tan tranquilo y tan majestuoso, es un silencio vencedor, un silencio elocuente con el que Jesucristo proclama su inocencia y su divinidad, mejor que con todos los discursos.

El Señor dejó sin respuesta todas esas calumnias, para darnos, dice el venerable Beda, un gran ejemplo de paciencia. Porque del mismo modo que cuando permaneció silencioso al recibir los golpes en casa de Caifás, nos enseñó á sufrir y á perdonar los ultrajes que ofenden nuestra persona, así tambien por el silencio que observa ahora en presencia de la calumnia, nos enseña á sufrir y á perdonar

(1) Ille accusationis sermo magis et eum, qui accusatur, innocentem, et eos, qui acculant, docet esse perversos. (In Luc.)

(2) Accusatur Dominus et tacet; et bene tacet qui defensione non indiget. (Lib. 10 in Luc.)

los daños hechos á nuestra reputación. En efecto, ¿cómo un cristiano herido en su honor puede entregarse á movimientos y arrebatos de odio y de venganza, cuando ve á Jesucristo sufrir con tanta mansedumbre y tanta paciencia las acusaciones, las calumnias y las injurias con que tratan de manchar su nombre y su memoria (1)?

Este silencio, en el que Jesucristo, aunque revestido por la voluntad de su Padre, y para nuestro bien, de las apariencias del pecado, oculta sin embargo una santidad infinita, exenta aun de la sombra misma de pecado, no solo es una apología de su propia inocencia y una enseñanza para los cristianos, sino tambien un silencio expiatorio de las faltas de los hombres. Porque, segun dice S. Agustín, cuando Jesucristo habló, lo hizo siempre en cualidad de pastor que instruya á las almas; al presente su silencio es el de un cordero lleno de mansedumbre que se inmola por nosotros. Recordemos los pecados y los excesos innumerables que los hombres cometen con la lengua. ¡Qué de imprecaciones y de blasfemias contra Dios! ¡Qué de murmuraciones y de calumnias contra el prójimo! ¡Qué de impaciencias y de maldiciones contra si mismos! ¡Ah! con la lengua es con lo que los hombres pecan mas frecuentemente. Las personas mismas consagradas á la religion y á la piedad, que viven lejos de los vicios, no siempre pueden librarse del pecado de la lengua, y ofenden mas ó menos gravemente en sus discursos á Dios y al prójimo. Pues bien, esa multitud espantosa de pecados que se cometen con la lengua es la que expio Jesucristo con el silencio que observó en el momento mas solemne de su defensa, y por el mérito infinito de su expiación se nos ha prometido el perdón de los pecados de palabra, cuantas veces tengamos un dolor sincero de ellos.

Recordemos tambien que Adán y Eva agravaron su crimen al querer excusarse, y al echar la culpa, él á su esposa, y ella á la serpiente. En el naufragio en que pereció su inocencia, se priyaron así de la verdadera tabla de salvación, que es la penitencia. Este segundo pecado de Adán y Eva debia ser expiado, porque era mas grave aun que el primero, supuesto que la esusa del pecado es un mal mas grave que el pecado mismo. Pues bien, Jesucristo, dice S. Gerónimo, al guardar el silencio de un culpable ante las falsas acusaciones que se hacían pessar sobre él, cumple precisamente esta

(1) Ut nobis patientie probaret exempla, aient ante verberatus, sic, modo accusatus, silet ac reticet. (In Luc.)

gran expiación del pecado verdadero, cometido por nuestros primeros padres (1).

¡Ay! aquel espíritu de orgullo que impulsó al primer hombre á excusar su falta se ha perpetuado en sus descendientes. Ellos también rehusan reconocer y confesar sus propias faltas, y procuran, con vanas excusas, atenuar su malicia no solo á los ojos de los hombres, sino también á los ojos de Dios. Pues bien, para expiar este nuevo pecado, que es como la coronación del edificio de nuestras iniquidades (el pecado de *la excusa*), deberíamos nosotros temblar delante de Dios, y al oír sus justas reconvenciones, quedar confundidos, bajar los ojos y callar. Mas el Hijo de Dios se colocó en lugar nuestro; él experimentó esos mismos sentimientos en el tribunal de los hombres, para librarnos de ellos en el tribunal de Dios. Supuesto que se hizo nuestra víctima, que se encargó de satisfacer á la justicia divina por nuestras excusas temerarias, fué indispensable que permaneciese silencioso y que aparentase no tener nada que responder para proteger su inocencia delante de los hombres, porque nosotros no podemos tener ninguna excusa que presentar á Dios para defender nuestro pecado. Como él se encargó de la contrición por la que debemos manifestar el dolor de nuestras culpas, debió también adoptar el silencio con que debemos nosotros reconocer su malicia, y sufrir la vergüenza que debe presidir á nuestra confesión. Para borrar el crimen de que nos hemos hecho culpables muchas veces, queriendo pasar por hombres justos, siendo como somos pecadores, debió reunir en sí mismo á la inocencia mas pura la confusión profunda de un culpable sin excusa. ¡Ah! la inocencia hubiera podido sin duda defenderse y justificarse por sí misma; pero entonces nosotros hubiéramos quedado sin defensa, acusados y culpables á un tiempo mismo. El hubiera podido hacer triunfar su causa; mas entonces hubiera abandonado la nuestra. El se abstiene pues de hablar ante la justicia humana, porque nosotros no tenemos nada que replicar ante la justicia divina. El permanece cubierto de confusión y en el silencio, porque eternos debían ser el silencio y la confusión que nosotros merecíamos por esas excusas soberbias que nos hacen mas culpables que nuestros mismos pecados. Y en tanto que los ministros del infierno, como nos lo había el revelado por su profeta, le asedian con palabras de odio y de calumnia para oscure-

(1) Taciturnitas Christi apologetum, id est, excusationem Adæ absoluit. (*In Math.*)

cer su reputación, él, olvidado de sí mismo, se ocupa de nosotros, él tiembla por los castigos que nos están reservados, y que permanecerían irrevocables sino los aboliese él mismo; él se humilla, se confunde y ora por nosotros (1).

¡O misterio sublime y precioso! Jesucristo es Dios y hombre. Como Dios, que dispone de la voluntad de los hombres, obliga á Pilatos á proclamar su santidad y su inocencia: *Ego nullam invenio in eo causam*, y de este modo un magistrado pagano nos asegura que el Mesías no tenía pecado alguno: *Qui peccatum non novit*. No obstante, como hombre que representaba en su persona todos los pecadores, guarda silencio como si hubiera sido el hombre de pecado que no tiene justificación alguna que alegar: *Qui peccatum non novit, pro nobis peccatum fecit*. Y en virtud del mérito infinito de esta humillación, tan grande que parece no poder justificarse de las falsas deposiciones aducidas contra él, nos oblique Jesús la gracia de no vernos agobiados bajo el peso de los crímenes reales que podrían imputárenos, y de hacer pesar sobre sí mismo toda la responsabilidad. El borra de este modo el pecado que nosotros hemos cometido tantas veces, al querer hacer creer nuestra inocencia, siendo culpables, y nos hace justos por la justicia y la santidad misma de Dios.

Mas ¡ay! los pecadores no tendrán parte alguna en el mérito de esta expiación de que los justos gozarán abundantemente en el día del juicio. Esta eteña será arrancada, según la predicción de Jesucristo, y atada en gavillas para ser quemada (2), es decir que los hijos de la iniquidad serán separados por los ángeles, y reunidos por ellos, según las especies de sus pecados, en grupos de increíbles, de herejes, de tiranos, de sacrilegos, de adulteros, de voluptuosos, de ladrones, de falsarios, de perjuros, de calumniadores y de incestuosos, que todos verán con igual estupor su propia confusión y su propio silencio (3). Entonces será pasado ya el tiempo en que cada uno excusaba sus propios pecados ó los ocultaba al conocimiento de los hombres. En ese gran día se romperá el velo de la impostura, y caerá la máscara de la hipocresía. Cada uno llevará

(1) Qui considerat peccator adversus me, almitit, et humiliat semet. (*Ps.* 38.) Lotui sunt adversum me lingua dolosa... detrahant mihi: ego autem orabam. (*Ps.* 108.)

(2) Colligite primum rixam et alligat ex in fasciculos ad comburendum. (*Matth.* 18.)

(3) Unusquisque ad proximum suum stupedit. (*Is.* 11.)

escrita en su frente la historia de su propia vida y la ignominia de su propio corazón. Cada uno parecerá entonces lo que realmente es. Entonces no será ya tiempo de ocultar su vida; ni habrá resquicio alguno donde esconderse. Entonces será necesario sufrir en silencio la vergüenza de verse señalado, como un criminal, á las miradas de todo el universo.

Y si los réprobos quedarán entonces mudos de confusión en presencia de los hombres, ¿qué será cuando Jesucristo, supremo juez de vivos y muertos, en otro tiempo rodeado de pecadores y de impíos, y entonces sentado en las nubes del cielo, seguido del cortejo de los ángeles, rodeado de gloria y majestad, les muestre un semblante terrible, una mirada amenazadora, y con una voz de trueno les pida cuenta de su fe que ellos han combatido ó desbarrado, de su redención que han hecho inútil, de su ley que han hollado, de sus gracias que han menospreciado y de sus beneficios de que se han servido para ofenderle con mas desprecio y con mas audacia? « ¡Ah! esclama el santo Job aterrado al solo pensamiento de esta segunda vista tan formidable, ¿qué responderé cuando Dios venga á juzgarme; cuando se acerque para preguntarme sobre mi vida, qué podré decirle en mi defensa (1)? » ¡Ay! entonces no quedará que hacer á los pecadores otra cosa mas que inclinar la cabeza y bajar los ojos. Con la ignominia en la frente, la desesperación en el corazón y el silencio en los labios, se verán reducidos á oír y á aceptar la sentencia formidable que pronunciará su castigo sin fin, y su eterna reprobación: *Omnis iniquitas opprobabit os suum.*

Mas ahora es tiempo, amados hermanos, de evitar una desgracia tan grande y de librarnos de una venganza tan terrible. Jesucristo, la inocencia infinita, por el mérito de su silencio y de la confusión que sufrió al comparecer ante el tribunal de los hombres como un criminal, nos mereció ser libres de la confusión y del silencio á que nos habíamos de ver condenados en el tribunal de Dios: *Qui non novit peccatum, pro nobis peccatum fecit.* Solo se trata de aplicarnos el fruto de esta grande expiación. Para esto, esforcémonos en vivir al presente unidos á él por la confusión de la verdadera fe y por la observancia exacta de sus preceptos. Procurémos participar de las ignominias, de la vergüenza y del humilde silencio del Redentor: á fin de que en el último día, en vez de ruborizarnos y de

(1) Quid faciam cum veniet ad judicandum Deus; et cum quæstierit, quid respondebo illi? (Job, 31.)

temblar entre los réprobos, ante la terrible majestad del supremo Juez, podamos presentarnos entre los elegidos, justos por su justicia y gloriosos por su gloria: *Ut efficiamur iustitia in ipso.*

SEGUNDA PARTE.

David había anunciado que el Mesías, el justo por excelencia, ordenaría todas sus palabras con una sabiduría admirable y un juicio esquisito (1). Pues bien, el Salvador cumplió exactamente esta profecía ante los tribunales. Es digno de notar que él dio al menos algunas respuestas á Pilatos, que había tomado parte en este juicio contra su voluntad, y que se negó á contestar á los principes de los sacerdotes, juzgándolos indignos de oír su voz por causa de su odio y de su apostasia (2).

Mas en tanto que Jesus castiga con su silencio á los Judíos de su tiempo, anuncia igualmente el terrible castigo de los Judíos futuros. En efecto, Jesucristo hablando á Pilatos con tanta majestad y tanta dulzura á la vez, revelándole la naturaleza de su reino y el objeto de su misión en el mundo, es Jesucristo lleno de misericordia que, recibido por los Gentiles en la persona del gobernador romano y hecho en cierto modo su propiedad, debe ser un día de una manera especial el maestro y el Salvador de los Gentiles. Jesucristo que calla en presencia de los Judíos, es Jesucristo severo y terrible que no hura oír sus lecciones divinas á ese pueblo ingrato, en castigo de haber renunciado públicamente á él y de haberle repulsado entregándole en manos de Pilatos.

Ya sin embargo principia á cumplirse, por esta actitud silenciosa del Salvador, el terrible castigo con que Dios había amenazado á esta nación perdida cuando puso estas palabras en la boca de Ezequiel: « Yo haré reposar mi celo y callar mi furor; y no me treinaré mas contra ti (3) ». Amenaza terrible que el había renovado por medio de Isaías en estos términos: « Señor, cuando vos guardéis silencio respecto á vuestro pueblo, le impondréis entonces un castigo mas severo. »

Así pues cuando el dulce Salvador con las reconvenções mas

(1) Disponet sermones suos in iudicio. (Ps. 101.)

(2) Attulit quod Pilato, qui invitatus promittat sententiam, aliqui ex parte respondit. Principibus Sacerdotum respondere noluit: indignos eos suo sermone iudicare. (In Matth.)

(3) Auferetur zelus meus a te, et requiescant nee irascar amplius. (Ezech, 16.)

amargas, con las palabras mas fuertes, obligaba á estos mismos sacerdotes á ruborizarse de su hipocresía y de su sacrilegio; cuando, según la espresion del Evangelio, echaba sobre ellos miradas inflamadas de cólera, *circumspiciens eos cum ira*; cuando les amenazaba con su formidable juicio, en el tiempo mismo en que les revelaba su divinidad; ¡ah! el parecia entonces indignado contra ellos; y sin embargo, como lo atestigua el mismo Evangelio, estaba animado de una caridad compasiva para con ellos. El lenguaje que usaba con ellos era el de su amor desconsolado; era la espresion de su corazón afligido y de la perdida de ellos; era el artificio empleado por su misericordia para detenerles en el camino de la perdicion y cerrar el abismo que se abría debajo de sus plantas para tragarlos: *Contristatus super caritatem cordis eorum*. Al presente que no les dice ni una sola palabra, *Jesus autem amplius nihil respondit*; que no parece ya irritado contra ellos, pues escucha con tanta paciencia sus calumnias, sus insultos y sus blasfemias, ahora es cuando está mas indignado; cuando parece mas amoroso con ellos, es mas terrible; cuando nada les responde, les castiga mas severamente, porque los rechaza y los abandona á su ceguera y al endurecimiento de su corazón.

Comprended pues este misterio de pacífica indignación y de justicia silenciosa, vosotros los que fatigais la misericordia divina con vuestra ciega obstinación. Si Dios os aflige con las enfermedades que amargan vuestra existencia, con las desgracias que agotan vuestros recursos, con los golpes imprevistos que destruyen la humana protección en que os apoyáis como en una frágil caña; si Dios os prueba con esas mudanzas imprevistas que os hacen perder la estimación de que gozáis ó el cargo que ocupais; si él pone obstáculos á vuestros designios de fortuna y de engrandecimiento, y los hace desvanecerse en humo; si él hace estériles vuestras operaciones; si él os aflige en medio de vuestros frenéticos gozos, y los convierte en luto; si derrama la amargura en las peligrosas dolzuras de vuestros placeres; si emponzoña vuestras diversiones y cubre de espinas el camino de vuestros desórdenes sembrado hasta ahora de rosas homicidas; si Dios en fin hace resucitar con frecuencia en vuestro corazón los remordimientos que os destronan, los pensamientos terribles que os atormentan de noche y no os dejan descansar de día; si os espanta con el peligro de una muerte repentina, con la severidad de sus juicios y el temor de los eternos castigos, no creéis que Dios está irritado entonces contra vosotros, ni le acuseis

de severidad ni de rigor. Entonces es cuando por el contrario se muestra con vosotros como el Dios de clemencia, como el Dios lleno de ternura, afligido por la perversidad de vuestro corazón, de ese corazón que os precipita ciegamente en una ruina cierta. El procura, al mostrarse severo, destruir el aliento de vuestras pasiones, hacer renacer en vosotros ese disgusto de una vida culpable que mata el pecado y salva al pecador. Tal es la piadosa crueldad del médico que en las enfermedades extremas emplea remedios amargos y recurre á medios dolorosos. Tal es tambien la amorosa cólera de la tierna madre que se complace en asustar á su amado hijo para obligarle á volver á su regazo. Nunca la misericordia de Dios brilla mas que cuando introduce la turbación en el alma que no vive en paz con Dios. El Dios que os humilla y os aflige es el Dios que os habla todavía; y el Dios que os habla, aunque sea con un tono severo, es el Dios que todavía os ama; su voz aguarda la voz de vuestro arrepentimiento que debe hacerla callar; sus rayos aguardan una de vuestras lágrimas que debe apagarlos entre sus manos.

¡Ah! comprended, pecadores, estas advertencias, y rendios á estas invitaciones en las que, bajo una apariencia de rigor, se oculta una verdadera misericordia. Ya hay mucho tiempo que esta voz os llama; evitad pues el momento terrible en que, hecha importuna á vuestros oídos, y cansada de dejarse oír, enmudezca para vosotros; y temed que Jesús no os deje mas oír su voz, como hizo con los Judios. Temed que el cause respecto á vosotros y dentro de vosotros mismos ese silencio de vuestra alma, en medio del que gozais sin tormentos y sin remordimientos un estado feliz de fortuna temporal, en el que todo sonreirá á vuestros deseos, en el que vuestras empresas serán coronadas con un éxito feliz; y todos vuestros designios se cumplirán á medida de vuestra voluntad. Temed que abandonando Dios las riendas á vuestros apellidos desordenados os deje correr sin freno por los caminos de la iniquidad. Esa facilidad de dirigiros según vuestro capricho se parecerá á la que el médico concede al enfermo desahuciado. ¡Ah! entonces os parecerá que Dios es vuestro amigo, cuando solo será vuestro juez; creéis que os dispensa mas protección, mientras que os castigara con mas severidad. De todos los castigos con que Dios aflige en este mundo á su criatura racional, no hay ninguno mas terrible que ese silencio, esa condescendencia de reprobación. La cólera que mas debe temer el hombre de parte de Dios es, dice S. Agustín, la que Dios le oculta. El castigo mas grande que Dios impone al hombre es no man-

darle ninguno; porque, ¡ay! el abandono de Dios es entonces cierto, la enmienda cuasi imposible, y la condenación eterna inevitable: *Oh! si scires, nulla quanta sit pena!*

No nos causeis tanto mal, o Señor; no nos abandonéis á vuestras pasiones y á nuestros caprichos.

Armad vuestra mano de rayos, nosotros lo deseamos; vengad en nosotros los ultrajes que os hemos hecho. Resuene vuestra voz fuertemente en el fondo de nuestro corazón por vuestras inspiraciones, y fuera de él por todas las pruebas que os digneis hacernos sufrir. Aterrados, afligidos, abrumados bajo el peso de vuestra mano; humillados y probados según os plazca. Esos castigos, por severos que sean, no serán otra cosa que la corrección de un padre tierno que levanta la voz y castiga á su hijo extraviado con el objeto de hacerle volver de su extravío y salvarle. Pero libradnos del formidable castigo de vuestro silencio, que es la señal terrible y el precursor funesto de vuestro abandono.

Y vos, o Padre eterno, haced que las humillaciones á que quisierais someter por nuestro amor á vuestro Divino Hijo, y la confusión que el experimento guardando silencio como un criminal, como un pecador, siendo así que jamás conocí el pecado, *Eum qui peccatum non novit, pro nobis peccatum fecit*, sean el principio de nuestra enmienda, el medio de nuestra santificación y la prenda de nuestra salvación: *Ut efficiamur justitia Dei in ipso*. Así sea.

CONFERENCIA DÉCIMANOVENA.

Barrabás.

Obstupescit celi et portæ eorum desolantur vehementer. Dum mala fecit populus meus: Ne dereliquerunt fontem aquæ vivæ; et foderunt sibi cisternas dissipatas.

¡O cielo! portales, y vueltas, puertas del cielo, desolad en gran manera, porque mi pueblo ha cometido dos grandes fallos: que ha abandonado á mi que soy fuente de agua viva, y ha cavado para sí cisternas impuras.

Jerem. 2.

Si debiéramos juzgar el pecado según los principios y las máximas de la filosofía del mundo y de las pasiones, sería necesario decir que no es mas que un síntoma de la fragilidad de una naturaleza desgreñadamente enferma; un momento de ilusión y de error; un corto sueño de la razón y de la fe, un consentimiento, mas bien escapado á la velocidad del alma naturalmente inconstante, que otorgado voluntariamente; un olvido en fin mas bien que una ofensa de Dios.

Pero según las ideas justas y verdaderas que la Escritura Sagrada nos da, el pecado es otra cosa muy diversa. Todo pecado encierra un desprecio de la ley de Dios: *Contempsit judicium meum* (Ezech. 5); un desprecio de la justicia y del poder de Dios: *Contempsit timorem Dei* (Ezech. 43); y de todo esto concluye S. Pablo que es un desprecio, una deshonra y un insulto hecho al mismo Dios: *Per pravaricationem legis, Deum inhonoras* (Rom. 2).

Este desprecio de Dios, que el hombre manifiesta al cometer el pecado, es tanto mas injurioso á su infinita Majestad, cuanto que no solo es un desprecio absoluto, sino un desprecio de preferencia. En efecto por el pecado no se desprecia á Dios que es el bien supremo, el bien infinito, por otro bien supremo é infinito tambien, sino por un placer de un momento, por un interés de un día; se pre-

fiere la satisfacción y el goce de la criatura, al culto, á la obediencia y á la gloria del Criador.

Pues bien, aunque todo el hombre que se hace culpable de un pecado comete este doble ultraje contra Dios, los Judíos sin embargo lo cometieron de una manera especial y sensible, cuando con la injusticia mas enorme dieron á Barrabás la preferencia sobre el Mesías, sobre el Hijo de Dios: cuando pidieron que Barrabás fuese puesto en libertad, y Jesús clavado en la cruz. Ya se había quejado Dios de este terrible esceso por boca de su profeta, cuando dijo: ¡O ciegos! estrémeceros de espanto, y vosotras, puertas de la mansión eterna, cubrid de luto: *Obstupescite cali, et porta eorum desolamini vehementer*. Mi pueblo ha cometido dos males en uno solo: el ha condenado dos crimenes en un solo esceso. El primer pecado ha sido el de abandonarme, á mí que soy su Dios; el segundo ha sido el de haberme despreciado, á mí, fuente inagotable y vivificante, para beber en las impuras cisternas: *Uno mala fecit populus meus: Dereliquerunt me fontem aquarum vivo, et foverunt sibi cisternas dissipatas*.

Meditemos en el día de hoy acerca de esta preferencia sacrilega que los Judíos dieron á Barrabás sobre Jesucristo, y en el crimen de que ellos se hicieron culpables reconociendo el que cometemos nosotros cuando ofendemos á Dios por el pecado, á fin de que, si nos horrorizamos á vista de los Judíos que prefirieron Barrabás á Jesucristo en quien no creían, experimentemos un horror todavía mayor á la sola idea de preferir por el pecado las criaturas y nosotros mismos á Dios á quien adoramos.

PRIMERA PARTE.

La debilidad nos espone con frecuencia á cometer injusticias sin utilidad alguna. ¿De qué sirvió en efecto á Pilatos haber remitido á Herodes la causa de Jesucristo? El cometió á los ojos de Dios y de los hombres la falta de haber puesto en duda la inocencia del Señor cuando el mismo la había ya reconocido y proclamado, y no pudo conseguir, como lo había esperado, cortar esta dificultad tan embarazosa para él. Porque habiendo devuelto Herodes á Pilatos el acusado y la causa en el mismo estado, volvió á poner al gobernador en el conflicto embarazoso de que creía haberse librado. La única ventaja que sacó de este desgraciado recurso de su política fué que este acto de deferencia respecto á la autoridad de Herodes produjo su

reconciliación; de modo que de enemigos mortales que eran por la rivalidad de su posición, se hicieron desde aquel día amigos inseparables (1).

¡O preludio! La reconciliación de estos dos personajes, el uno judío y el otro gentil, obrada por medio de Jesucristo que se enviaron el uno al otro, es del mas precioso augurio. Ella anuncia que en este día se cumple el gran misterio, que nos fué anunciado después por S. Pablo, de la reconciliación de los Judíos y de los Gentiles, por la pasión de Jesucristo nuestro pacificador y nuestro mediador; que el odio que separaba á estos dos pueblos se apagó en su sangre adorable, y que en adelante no formarán mas que una sola Iglesia y un solo pueblo: *Qui facit utraque unum. Ipse enim est pax nostra: interficiens inimicitias in cruce suo*.

Mas el escándalo es contagioso. El desprecio con que Herodes, judío, había tratado á Jesucristo produjo una fatal impresion en el espíritu voluble de Pilatos, que al fin era gentil: debilitó mucho en él la ventajosa idea que había concebido del Salvador y le hizo deducir que el Nazareno, lejos de ser el hombre extraordinario que él se había figurado, no era, en el juicio mismo del astuto Herodes, mas que un hombre simple, un imbécil que no merecía consideracion alguna; que era, en una palabra, uno de aquellos esclavos considerados entre los romanos como cosas, *tanquam res*, y que por esta razon, sin el menor escrúpulo, se les hacia azotar por pasatiempo, y se les hacia morir por capricho.

Pilatos piensa pues, que no se seguiría inconveniente alguno de mandar azotar á un hombre á quien Herodes, su propio rey, había reputado tan vil; él creía tambien poder así librar por una parte al acusado de la muerte, y por otra apaciguar con esta satisfaccion el odio de los Judíos que temía irritar mas negándose á todo; porque Pilatos era un ambicioso muy amante del puesto que ocupaba. Pues bien, cuanto mas aprgo tiene el hombre á los empleos, tanto menos dispuesto se halla á valerse de su autoridad para sostener la justicia. Esto consiste en que el orgullo, siempre unido con los timidos, se hace tímido con los audaces, y se transforma en cobardía.

Habiendo pues Pilatos convocado á los principes de los sacerdotes, á los senadores y al pueblo (2), les dice: « Vosotros me habeis pre-

(1) *El facti sunt amici Herodes et Pilatus ipsa die: nam antea inimici erant de invicem. (Luc.)*

(2) *Convocatis principibus sacerdotum et magistratibus, et plebe. (Luc.)*



sentado este hombre como un sedicioso que subleva el pueblo; sin embargo, ya habeis visto que habiéndole juzgado en vuestra presencia no le he encontrado en el ni aun la sombra de los crimenes de que le acusais; mas porque estando poco versado, como romano, en vuestros usos y en vuestras leyes, habré podido equivocarme, he remitido la causa á Herodes, quien mejor que otro alguno podia y debia conocer en ella, porque es judío como el acusado, porque es rey de Galilea, y porque tiene por lo mismo mas interés que otro alguno en castigar á cualquiera que osa aspirar á la soberanía. Vosotros lo habeis visto tambien; Herodes ha juzgado como yo, él tampoco ha encontrado cosa alguna que pueda dar motivo á una sentencia capital (1); yo debería pues poner inmediatamente en libertad al acusado; sin embargo, para convenceros de que quiero complaceros en alguna cosa voy á mandar que Jesus sea azotado, y despues le pondré en libertad. »

¡O cobardía! ¡o injusticia de Pilatos! ¡O paciencia! ¡o mansedumbre de Jesus Salvador! ¿Quién es el que hubiera podido contener su indignacion al oírse condenar á la pena de azotes por el mismo juez que poco antes habia reconocido juridicamente su inocencia!

Mas ¡ay! mas injusticias se cometen por los magistrados débiles que por los que son íntegros, pero firmes y resueltos. En el tribunal de la debilidad el crimen triunfa quasi siempre de la virtud, y la calumnia se sobrepone á la inocencia. El protector tímido se hace fácilmente un perseguidor declarando cuando, en vez de consultar la justicia de que debe ser el guarda y el defensor, lo hace depender todo de los subterfugios y de los manejos de la política. Por esta razon manda el Espíritu Santo al magistrado, que no tiene el valor suficiente para afrontar las conspiraciones y despreñar la calumnia y la impostura, que renuncie su cargo (2). Pilatos en efecto procede de la flaqueza á la injusticia al manifestar la intención de hacer azotar al Salvador, y descendiendo despues á una injusticia mas cruel y mas inhumana al poner al Salvador en paralelo con Barrabás.

Recordemos á este propósito que en la época solemne de la Pascua celebraban los Judíos la memoria de dos grandes prodigios, la emancipacion de sus padres libres de la tiranía de Egipto, y la libertad de sus primogénitos, escapados del degüello del ángel exterminador, por medio de la sangre del cordero con que habian tenido las puertas

(1) Sed neque Herodes: nam remisit vos ad illum: et ecce nihil dignum morte autum est ei. (Luc.)

(2) Noli querere iudex fieri, nisi valens interrompere iniquitates. (Ecclesi. 7.)

de sus casas; prodigios proféticos que fueron el símbolo del misterio profundo que debía cumplirse en la muerte de Jesucristo, verdadero cordero sin mancha, cuya sangre derramada debía dar la libertad á los hombres sustrayéndolos del yugo del demonio, y merecerles la vida eterna. Entre tanto, en memoria de este doble prodigio de la proteccion divina para con los hebreos, era entre ellos una costumbre antigua que el consejo supremo, en la fiesta de la Pascua, á petición y por eleccion del pueblo, concediese la libertad y la vida á un preso que estuviere condenado á muerte; y como esta costumbre formaba parte de la religion, los romanos la habian dejado á los Judíos aun despues de la conquista, con la sola diferencia de que no pertenecía ya al Sanhedrin pronunciar el indulto del preso, sino al gobernador romano, como representante y depositario de la autoridad suprema del César (1).

Pues bien, mientras que Pilatos arengaba á los príncipes de los sacerdotes á fin de que se diesen por satisfechos con someter á Jesucristo á la vergonzosa pena de azotes, y que despues le dejasen en libertad, se presenta súbitamente una diputacion del pueblo que venia á pedirle, segun la costumbre, la libertad de un reo condenado á muerte. Esta circunstancia que Pilatos no habia previsto, le pareció que debía favorecer sus designios, porque si el pueblo consentia en que el criminal que debía obtener su gracia aquel año fuese Jesus, el juez se veia dispensado, por esta eleccion, de pronunciar una sentencia definitiva, y al mismo tiempo de hacer ejecutar la de azotes que él habia pronunciado con tanta ligereza y tanta injusticia. « Estais satisfechos, dice á los diputados del pueblo, queréis que el criminal que la costumbre nos obliga á librar este año por la Pascua sea Jesus, rey de los Judíos (2)? » Los diputados se detuvieron un instante en contestar á esta proposicion.

En este tiempo tiene Pilatos en sus prisiones, entre otros criminales que merecian la muerte, un célebre malhechor llamado Barrabás; este era un insigne ladron, y para colmo de su infamia, estaba convencido de asesinato y de sedicion (3). Habiendo conocido pues Pilatos que los Judíos andaban en adoptar el partido que les habia propuesto de poner en libertad á Jesus, imagina proponer

(1) Per illic autem festum solent dimittere illis unum de vinculis quemcumque petissent. (Marc.)

(2) Est autem consuetudo vestra, ut unum dimittam vobis in Pasca. Vultis erga dimittam vobis regem Judaeorum? (Joan.)

(3) Qui erat propter seditionem et homicidium missus in carcerem. (Luc.)

de nuevo á la elección del pueblo el Nazareno en comparación de Barrabás, á fin de que los Judíos se avergonzasen, dice el cardenal Hugo, de preferir á Jesucristo, á quien pocos días antes habían saludado con sus aclamaciones como Mesías y como profeta, un criminal tan insignie como Barrabás. Pilatos estaba ya convencido de que el único crimen del Nazareno era el de haber escitado contra sí, por su virtud, el odio de los sacerdotes (1); y como el creía que el pueblo era extraño á la vil pasión de que estaban dominados sus jefes, no dudó en momento, dice Orígenes, que Jesús, en el tribunal del pueblo, sería preferido á Barrabás (2).

En esta creencia interpele segunda vez á la asamblea, y le dice: «Decidme, ¿á quién queréis que se perdone la vida este año, á Barrabás ya condenado á muerte, ó á Jesús que se llama Cristo (3)?» «¡O juez! no sé si llamarle inocente ó inescusato! Pilatos es injusto, porque coloca en una misma línea á un insignie malhechor convencido de crímenes que merecían todos ellos la pena de muerte, y á Jesús cuya inocencia ha reconocido y proclamado Pilatos mismo; porque quiere que este inocente deba la libertad y la vida no á la justicia de su causa, sino al favor del pueblo, como un criminal sentenciado á quien el pueblo perdona el crimen que ha cometido é indulta de la pena que ha merecido. Pilatos se muestra también inescusato, dice S. Juan Crisóstomo, porque según la costumbre el pueblo solo podía pedir gracia, y el príncipe tenía el derecho de concederla; pero Pilatos, en su imprudencia y su colardía, alteró é invirtió este orden, porque él, que representaba al soberano y ejercía sus derechos y su poder, es el que pide la gracia del preso, y transfiere al pueblo, que se hace mas insolente y mas feroz, el derecho de concederla (4). Por mejor decir, Pilatos se muestra igualmente inescusato é injusto. En efecto, el abdica su autoridad; él hace al pueblo árbitro de una causa en la que él solo debe decidir. El se espone á recibir la ley, pudiendo y debiendo darla. El se somete al juicio de otros en vez de hacer ejecutar y respetar el suyo, y él entrega á

(1) Scilicet enim quod per inscientiam tradidissent cum sacerdotibus. (Marc.)

(2) Offert eptem et optima dimittit quoniam vultit. latroem, in Jesum: cum delictatis locum potius exequatur. (In Matth.)

(3) Quem vultis, dimittam vobis? Barrabam? an Jesum qui dicitur Christus? (Matth.)

(4) Vide ordinem conversum. Petito pro condemnatis solet esse plebis, contestatio principis. Nunc autem contrarium gestum est: Princeps enim petit á plebe; et plebs liberam redditur. (In Joan.)

la muerte un inocente haciendo depender su vida del capricho ciego de la multitud.

Esto es lo que sucede en efecto, pues en el tiempo en que Pilatos propone y discute da tiempo á los Pontífices y á los señores para hacer valer sobre el espíritu de los Judíos la autoridad tan importante del Sanhedrin. Por medio de sus emisarios secretos urdieron tantas intrigas, que á favor de promesas y de amenazas persuadieron á la multitud á que pidiese el perdón de Barrabás y la muerte de Jesucristo. Así es que á esta segunda proposición de Barrabás se eleva del seno de este populacho furioso y feroz un largo é infernal clamor: «Muerte á este, gritan, y libertad á Barrabás. » En vano Pilatos hace todos sus esfuerzos para mostrar la injusticia de tal elección y probar que, comparando los dos presos, Jesús tiene mas derecho al perdón; ellos gritan todavía con mas furor: «Muerte! muerte á este, y perdón á Barrabás (1). »

¡Gran Dios! ¡Qué humillación para Jesucristo! ¡Qué insulto y qué ultraje! ¡El descendiente de David puesto en paralelo con un hombre de lo mas bajo del pueblo! ¡El justo por excelencia con un malhechor! ¡El Hijo de Dios con el mas corrompido de todos los hombres, y este le es indignamente preferido! ¡Con cuanto desprecio hacen los Judíos esta odiosa comparación! Ellos ni aun siquiera se dignan nombrarle; como si temiesen manchar sus labios al pronunciar su nombre, este nombre santo y adorable que forma las delicias de los cielos, la esperanza y la salvación de la tierra, y gritan: «Muera este: *Tolle hunc;* » como si quisieran decir: Quita del mundo á un hombre cuya existencia es un escándalo para el mundo, y un deshonor para el pueblo. Si, por malo que sea Barrabás, es digno de indulgencia en comparación de este ser. Perdon pues á Barrabás, y muerte á este: *Tolle hunc, et dimitte nobis Barrabam.* ¡O diablo! ¿qué frenesí! ¡O exceso de injusticia y de crueldad! Porque no tiene otra significación, dice S. Agustín, este grito brutal, que esta: ¡Muera el tamargo que ha resucitado á los muertos! Viva el homicida, para que continúe degollando las víctimas (2). Mas esto nada tiene de extraño, añade S. Ambrosio; es propio de los hombres que han llegado al culmo de la iniquidad experimentar en su interior cierta especie de repugnancia, de aversión y aun de odio

(1) Exclamavit totum simul universus turba dicens: Tolle hunc; et dimitte nobis Barrabam. (Luc.)

(2) O hujus transierunt: Quod fuit hoc affuit dicere, nisi: Occidatur ille qui suscitavit mortuos; et dimittatur latro ut iterum occidat vivos. (In Joan.)

hacia los hombres honrados y tener una especie de simpatía y de amor hacia los criminales (1).

Sin embargo Pilatos, que ni aun siquiera lo había sospechado, no puede resolverse, dice S. Agustín, a creer que el pueblo quiera realmente condenar al inocente y absolver al culpable, especialmente a un criminal como Barrabás.

El vuelve pues a interplantar por tercera vez á los Judíos, y les dice: ¡Y bien! supuesto que queréis que Barrabás sea indultado, cumpláse vuestros deseos; pero Jesús no es culpable. La libertad del uno no lleva consigo la condenación del otro. Responded pues: ¿Qué queréis que haga de Jesús que se llama Cristo, de Jesús rey de los Judíos (2)?

Observemos, antes de pasar adelante, que Pilatos no nombra jamás á Jesús sin darle el título de Cristo, que quiere decir Mesías; y no se lo da por burla, como un título que Jesús ha usurpado, sino seriamente en un sentido absoluto, y como la espresion de una cualidad que le pertenece. El añade aun á este augusto título el de *rey de los Judíos* con la misma seriedad y la misma gravedad, queriendo dar á entender de este modo que le reconoce por verdadero rey, pero rey diferente de los demás, rey de un reino exclusivamente suyo, de un reino del que Jesús había dicho al mismo Pilatos: Que no pertenece á este mundo; por consiguiente que la soberanía del Señor no le era sospechosa por cuanto no era rival de la de César; y todo esto, porque era necesario que, aun en el tribunal del magistrado romano, fuese notorio que los Judíos habían pedido que su *rey y Mesías* fuese condenado al último suplicio.

En efecto, todas las diligencias de Pilatos son inútiles desde el momento en que pretende defender la inocencia consultando al odio y halagando á la envidia; porque cuando pregunta á los Judíos qué se ha de hacer de Jesucristo, las voces se aumentan, y un grito general se levanta más fuerte y más cruel: «¡Que se le quite del mundo, claman, que sea crucificado! *Dicunt omnes crucifigatur!* Mas ¿cómo? ¿por qué? El infortunado Pilatos no está tranquilo. ¿Qué mal ha hecho? ¿qué culpa ha cometido para merecer un castigo tan grande? Los Judíos sin embargo, como acometidos y poseídos por

(1) Non immerito hominibus avaritiam petunt. Qui flagitant innocentis exitum. Tales leges habet iniquitas, ut odierit innocentiam, scelus diligit. (In Luc.)

(2) Pilatus autem iterum respondens ait: Quis igitur faciem de Jesu qui dicitur Christus? (Matth.) Quis ergo vultis faciem regi Iudeorum? (Marc.)

el demonio de la crueldad, responden con la violencia á la voz de la justicia; ellos oponen gritos al que pide razones, y con voces descompasadas y furiosas dicen: ¡Si, que sea crucificado (1)! Pilatos sin embargo no cede aun; él toma la palabra por tercera vez y les dice: Pero cuál es su crimen? ¿quese me diga; ¿cómo puedo yo sentenciar á muerte á un hombre en quien no encuentro ni aun sombra de crimen capital? Ah! imponed silencio á vuestro encono, y remediad á una exigencia tan atroz: contentaos con verle azotar, y permitid que le ponga en libertad (2). Pero los clamores sediciosos resuenan cada vez más; el furor de los Judíos llega á su apogeo; con el gesto y con la voz impiden que hable el gobernador; y piden que Jesús sea crucificado, tan solo porque así lo quieren. De modo que Pilatos, arrastrado por su debilidad, desanimado y vencido, consiente en un acto de la mas odiosa injusticia, y satisface los horribles deseos del pueblo poniendo en libertad á Barrabás, y entregando á Jesús para que sea crucificado.

¡O ferocidad de las bestias salvajes! ¡o odio, ¡o furor del infierno! ¡Cielos, estremeced de horror! ¡o vosotros puertas de la mansion de las estruallas, cubrid con un velo de dolor al oír esos clamores sacrilegos y crueles! *Obstupescite caeli, et portae varum desolamini vehementer.* Ved aquí que el pueblo de Dios comete en un solo exceso un doble crimen, el de haber puesto en libertad á Barrabás, prefiriendo á Jesús, y el de haber entregado á la muerte al mismo autor de la vida, el Cristo: *Duo tanta fecit populus meus: Dereliquerunt me fontem aque vivee; et foderunt sibi cisternas dissipatas.*

Pero, cosa extraña y admirable; dice S. Atanasio, apenas Jesucristo es condenado, cuando Barrabás es puesto en libertad. Por esta razon, prosigue el mismo Doctor, no nos detengamos á delectar la crueldad de los Judíos; sino consideremos mas bien que el principio de la condenación del Salvador fue el misterio de la libertad de todo el genero humano (3). Elevemos pues al cielo, hermanos míos, nuestros corazones y nuestras miradas enristricadas por el atrevido monstruo que la tierra acaba de cometer, y vemos como esta horrible iniquidad sirve á un mismo tiempo de velo y de

(1) At illi magis clamant: Crucifigatur. (Matth.)

(2) Ille autem tertio dixit ad illos: Quis enim mali fecit iste? Nullam causam moris inveni in eo. Corrumpam ergo illum, et dimittam. (Luc.)

(3) Sed potius intusere quod condemnationis ingressus, liberationis ingressus condemnationum fuit. (Serm. de Pass.)

cumplimiento a un misterio profundo de la piedad y de la misericordia de Dios.

La calificación de malhechor insigne que el Evangelio da á Barrabás conviene perfectamente al primero y al mas famoso de los pecadores, Adán, culpable como Barrabás de latrocinio, de homicidio y de sedición. De *latrocinio*, porque se sumió á la tentación de robar á Dios su clemencia y su unidad al querer hacerse semejante á él (1); de *homicidio*, porque introdujo una doble muerte en su posteridad, la del alma y la del cuerpo (2); finalmente de *sedición*, porque se sublevó y se hizo cabeza de rebeldes contra la autoridad mas legítima y mas sagrada, la autoridad de Dios (3).

Lo que sucedió invisiblemente en el tribunal de Pilatos nos descubre lo que sucede de una manera invisible en el tribunal de Dios. Pilatos, que por la mas enorme de las injusticias coloca á Jesucristo en la misma clase que Barrabás, como si estuviera manchado con los mismos crímenes, nos indica que en los consejos secretos de Dios, Jesucristo, por un exceso de misericordia, habia sustituido á Adán, y á todos los pecadores, y que el Padre celestial acumulaba todos nuestros pecados sobre la cabeza de su Hijo. Además, la palabra Barrabás significa el *hijo del padre*. Así pues, la posición peligrosa y desesperada de este famoso criminal, que no puede ser indultado si Jesucristo no es condenado, expresa la condicion no menos peligrosa ni menos desesperada del verdadero Barrabás, ó del género humano hijo del padre, hijo del primer Adán, que no podia ser absuelto si el segundo no era víctima; si el Hijo de Dios no se ofrece á la muerte temporal de la cruz, los nueve Barrabáses, los *hijos del padre*, los hijos del hombre no pueden ser indultados de la muerte eterna; si el justo no muere, no hay salvación para los pecadores.

Por esta razon los clamores bárbaros de los Judíos, que pedían la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús, eran el eco terrestre de los gritos de compasion, de los gemidos de dolor con que en otro tiempo los patriarcas, los profetas y todos los hebreos de la antigua alianza hacían retumbar el cielo, á fin de obtener que el Dios salvador fuese inmolado por la salvacion de los hombres; y los futuros de impaciencia, la inquietud de espíritu con que los Judíos aguardan en tumulto que salga de la boca de Pilatos esa palabra

(1) *Tritus sicut dñi, scientes bonum et malum. (Genes. 2.)*

(2) *Per quem hominem omnes moriuntur. (Rom.)*

(3) *In quo omnes peccaverunt. (Ibid.)*

decisiva que debe asegurar la vida á Barrabás y dar la muerte á Jesucristo, son la imagen del santo anhelo y de la inquietud con que todas las inteligencias solícitas y ansiosas, aguardaban el resultado de esta causa solemne, del que dependia la regeneracion y la salvacion del universo. En cuanto á Pilatos, que al fin, para colmo de injusticia, erde ante las blasfemias de los Judíos, y pone en libertad á Barrabás y destina á Jesús á la cruz, es la figura del Dios Padre, que en este mismo momento pone el colmo á sus misericordias, y cediendo á las súplicas y á las lágrimas de las almas puras y fieles, no perdona, segun la expresion de S. Pablo, á su propio Hijo, santo é inocente, sino que lo entrega á la muerte, para que esta muerte nos vuelva la vida. Así pues, la injusticia de Pilatos y el sacrilegio de los Judíos no son otra cosa que los instrumentos ciegos que sirven al cumplimiento de los deseos de los justos, y al inmenso exceso de la bondad divina. Si, lo repito, (llenados de estorpo, ó ciegos! y vosotras, puertas de Sion, estremeceros, pero que sea de gozo y de alegría; *Obstupescite celi et porte eorum desolamini vehementer*; porque, en tanto que Pilatos y el pueblo judío cometen dos grandes excesos de injusticia inaudita, Dios cumple dos excesos de loable é incomprensible misericordia; en tanto que aquellos desechan á Jesucristo, fuente preciosa de la vida, y rechazan la libertad de Barrabás, simbolo del pecado y de la muerte, Dios decreta, confirma y sella la muerte de su Hijo único, y la vida eterna de los hombres. De modo que no tanto es el Pretor romano como este Dios de infinita bondad quien, en la persona de Pilatos y por medio de él, cede y entrega su Hijo para la salvacion del mundo. ¡O bondad! ¡o misericordia! ¡o amor de Dios! *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret.*

SEGUNDA PARTE.

¿Qué es lo que pudo inspirar á los principes de los sacerdotes y á los jefes de la nacion judía un odio tan profundo y tan injusto contra Jesucristo, que sin embargo de haber oido al juez proclamar su inocencia, quisieron á toda costa condenarle á muerte como un criminal? S. Juan nos ha revelado la causa de este misterio de iniquidad. El nos refiere que, pocos dias antes de que estos hombres poseídos por el demonio se abandonasen á un exceso tal de injusticia y de crueldad, habian dieho, refiriéndose á Jesucristo, en una asamblea convocada espresamente y reunida en casa de Caifás: *¿Qué*

hacemos, porque este hombre se hace cada día mas célebre, y aumenta su poder con la multitud de sus milagros; arrastra los pueblos en pos de sí y principia á dominarlos (1)? Tomemos bien nuestras medidas, porque si no contenemos este movimiento los Romanos acabarán por quitarnos el resto de autoridad que conservamos aun sobre el pueblo, y acabaremos de perder toda la jurisdicción y todo el imperio (2). »

¡ Dignos sacerdotes ! ¡ ministros sagrados por el carácter, pero profanos por los sentimientos, por las máximas y la conducta ! ¡ Muy poco les importa que Jesús sea ó no el verdadero Mesías prometido á la nación ; ellos no se inquietan por nada, ellos no practican diligencia alguna, ni hacen ningún esfuerzo para cerciorarse ! ¡ Las cosas de la religión y de la vida eterna les mueven muy poco ! Por el contrario, entregados al lujo y sumergidos en los placeres de una posición ventajosa, temen perderlo todo : y arrastrados por el deseo desenfrenado de conservar las comodidades del tiempo, niegan á Jesucristo, le hacen condenar á muerte, y renuncian á las esperanzas de la eternidad. Pero muy insensato fué su cálculo, dice S. Agustín, porque perdieron á un tiempo mismo el conocimiento de Jesucristo, la vida eterna y la felicidad temporal (3).

Ya hemos visto en efecto que la palabra *Barrabás* significa el hijo del padre, el hijo del pecado. Así pues los Judíos, dice S. Hilario, al preferir Barrabás á Jesucristo, figuraron ellos mismos el terrible misterio de su infidelidad futura, de esa obstinación que les ha hecho siempre preferir el hijo del pecado, el anticristo, los falsos sabios al verdadero Cristo, al verdadero Mesías, y los ha privado de todas sus luces y de todas sus verdades (4). Barrabás, añade Rabano Mauro, es la figura del demonio á quien los Judíos han preferido á Dios. En la persona de Barrabás reina el demonio en ellos y sobre ellos, y por esto razon la paz hay continuamente de ellos. Si, informados, les dice el venerable Beda, vosotros habéis conseguido lo que reclamabais con tanto furor, y después de tantos siglos como

(1) Quid facimus, quia hic homo magis signa facit; et totius mundi sunt post eum? (Matth.)

(2) Si dimittimus eum sic, veniet Romanus, et tollent regnum nostrum; et gentilem. (Ibid.)

(3) Temporalia perdidit timerunt, et vitam eternam non cogitaverunt: hac sic utrumque amiserunt. (Tract. 49. in Joan.)

(4) Barrabás filius patris interpretatur: in quo arcuatum futura infidelitatis ostenditur: Christus antichristum peccatorem suum preferendo. (In Matth.)

han pasado estáis experimentando todavía los efectos de vuestra culpable demanda (1). Por haber colocado á Barrabás en el lugar de Jesús, á un ladrón, á un homicida en el lugar del Salvador, habéis perdido la salvación y la vida, el demonio hace continuamente en vosotros con un furor cada día nuevo los mas horribles estragos respecto al alma y respecto al cuerpo. Esto quiere decir, hermanos míos, que esos hombres sensuales, que quisieron asegurar los bienes temporales á espensas de los bienes eternos, perdieron á la vez los unos y los otros. »

¡ Ah ! ¡ oh ! ¡ oh ! ¡ oh ! ¡ oh ! dice Orígenes, que el pecado de los Judíos no se renueva diariamente en el seno del Cristianismo ! Pero ¡ ay ! todos esos cristianos desventurados que, á ejemplo de los Judíos, aspiran á la libertad de creer lo que les agrada, y vivir como creen; todos esos que prefieren el bienestar del cuerpo á la pureza del corazón, la licencia de las pasiones á la severidad de la ley, las máximas del mundo á las doctrinas del Evangelio, los atractivos del vicio á la santa amargura de la virtud, las riquezas á la gracia, las ventajas del tiempo á los grandes intereses de la eternidad; todos esos cometen en realidad el pecado de los Judíos, prefieren verdaderamente Barrabás á Jesucristo, la criatura al Criador, el demonio al mismo Dios (2). Aun hay mas, añade S. Agustín, el pecado de los malos cristianos es mas detestable aun que el de los Judíos. Porque la indigna preferencia que los Judíos dieron á Barrabás fué el resultado de un momento de ciego furor, mientras que los cristianos, entregados á sus pasiones, se forman tranquilamente un idolo de los honores, de la voluptuosidad y del oro; ellos consagran á este idolo todos sus pensamientos, todas sus afecciones, todos sus cuidados, todas sus acciones, su tiempo y su existencia; ellos no viven sino por sus pasiones ni respiran sino para sus pasiones. Y bien, no es esto una horrible apostasía, un homenaje de verdadera idolatría tributada á una criatura, en perjuicio del culto de ningún de corazón que el cristiano debe á su Criador, á su Redentor y á su Dios (3)? En que empresas tan locas os habéis lanzado, o hijos del siglo,

(1) Hæc Iudeis quæ Iohannes suus petiit quæ tanto labore impetraverunt. (In Matth.)

(2) Omnes qui Iudeis sunt similes vel tu degemate vel in cita, Barrabam saltem desiderant. (25. in Matth.)

(3) Non levi crimine tenetur adstrictus qui aliquam vim recusatam Deo prefert, illam in cogitatione sæpius revolvendo quam Creatoris et Redemptoris Deum! (Manual. c. 19.)

que procurais buscar los bienes del cuerpo con detrimento de vuestra alma! ¡Vosotros que sacrificais la religion á la política, la gracia al interés y los deberes á las pasiones! Es una especulación muy ruinosa la de querer conservar las riquezas de Constantino á espensas de la fe de Pedro y del celo de Pablo; la de querer asegurar una posición brillante, honorífica, abogada para el amor propio y feliz á los ojos del mundo, en vez de trabajar para ser virtuoso y para adquirir lo que forma la felicidad segun Dios. Las mas veces se acaba por perder una cosa y otra, porque las ventajas temporales no se consiguen siempre, y si se consiguen son un manantial funesto de inquietudes, de angustias, de amarguras, de remordimientos y de infamia, en tal modo que valdria mas no poseerlas. No se gozan sino durante el corto espacio de la vida, porque la muerte viene muy pronto á arrebatárlas. Ellas contribuyen á la pobreza personal del hombre, pero no se transmiten á sus descendientes. El pecado no produce la felicidad, lo que él da no es sólido, ni constante, ni honorífico, y al mismo tiempo causa la pérdida de la inocencia, de la justicia, del alma y de la eternidad. Por esta razon en vez de esas inscripciones pomposas, compuestas por la vanidad o la adulacion en los lugares en que no trabajan mas que la impudencia o la mentira, será necesario con mucha mas razon grabar un día sobre vuestra tumba esta inscripcion: Aquí yace un negociante estúpido é insensato, heredero del espíritu de los Judios que menospreciando los bienes eternos pretendió encontrar la felicidad en los bienes temporales, y perdió los unos y los otros, porque nunca fué dichoso en el tiempo, y al presente es, y lo será siempre desgraciado, durante la eternidad: *Temporalia perdere timerunt, et vitam eternam non cogitaverunt: ac sic utrumque amiserunt.*

¡Ah! no seamos del número de esos insensatos, cuya locura no puede repararse con una eternidad de tormentos, de lágrimas y de dolores. Procuremos, ahora que todavía es tiempo, asegurar la salvacion de nuestra alma. Escuchemos esas palabras que Jesucristo hace resonar en nuestros oidos: ¿De qué nos servirá haber brillado un momento en el mundo con unos honores inmerecidos ó con una fortuna mal adquirida? ¿De qué nos servirá haber llegado al goce de todos los honores, de todas las riquezas y de todos los placeres del mundo, si perdemos nuestra alma (1)? Apliquemos pues al

(1) Quil prodest homini, si mundum universum locretur, anime vero suo detrimentum patitur? (Matth. 16.)

grande, al único negocio, al negocio importante, precioso y necesario de nuestra salvacion (1). Prosigamos nuestra peregrinacion sobre la tierra, con los ojos y el corazon fijos en el cielo, y ocupémonos de las cosas temporales de tal manera que no comprometamos nuestros intereses eternos: *Sic transeamus per bona temporalia, ut non amittamus aterna.* Así sea.

(1) Porro unum est necessarium. (Luc.)

CONFERENCIA VIGÉSIMA.

Los Azotes.

Accipite et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis frangetur.

Togad y comed: esto es mi cuerpo que ara despedazado por vosotros.

(E. Luc. XI segun el texto griego.)

¿Cuándo se cumplió literalmente esta predicción que el Salvador del mundo hizo en la noche de la última cena? ¿Cuándo se verificó esta laceración y este despedazamiento de su cuerpo adorable, que consagraba entonces y daba por alimento á sus discípulos? *Accipite et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis frangetur.* Ah! esta predicción se verificó á la letra en los crueles azotes á que el Señor se sometió en casa de Pilatos y por su orden, porque por esta sangrienta ejecución el cuerpo adorable de Jesús, segun la espresion del profeta, fue herido de la manera mas bárbara y como despedazado por causa de nuestros pecados (1).

La flagelación del Señor, obra del odio infernal y de la barbarie atroz de los hombres, es pues un grande é importante misterio; porque el mismo Jesús asoció su memoria al misterio de la Eucaristia, obra sublime é inefable del poder y del amor de Dios. En efecto, al pronunciar estas palabras: «Tomad y comed: esto es mi cuerpo que será despedazado muy pronto por vosotros: *Accipite et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis frangetur*, » ¿qué otra cosa quiso darnos á entender Jesucristo, sino que debemos acordarnos del trato cruel, que sufrió por nosotros, todas las veces que recibamos su sagrado cuerpo en la mesa eucarística, y que debemos recibirle, no solo con la mayor pureza porque es un cuerpo divino, sino tambien con el amor mas tierno, porque este cuerpo fue cruelmente desgarrado por nuestro amor?

Penetrados de estos pensamientos es como debemos hoy asistir

(1) *Attritus est propter scelera nostra.* (Is. 53.)

al drama sangriento que se representa en el pretorio de Pilatos, es decir que debemos considerar con una piadosa emoción el modo con que este divino cuerpo fué azotado por nuestra causa, á fin de conocer el modo con que debemos disponernos para recibirle: *Accipite et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis frangetur.*

PRIMERA PARTE.

Aunque Pilatos, como ya hemos visto, puso en libertad á Barrabás y consintió en que Jesucristo fuese crucificado; sin embargo, antes de poner por escrito esta inícuca sentencia, y hacerla ejecutar, volvió á su primera idea tan injusta como desgraciada. Él hizo azotar al Salvador, esperando, dice S. Agustín, que de este modo apaciguaria el corazon de los Judios, tigres avidos de sangre, y que con el espectáculo del oprobio y del dolor de esta cruel ejecución conseguiría que dejaran de peilar la muerte del pretendido criminal (1). No fué pues para conformarse á la ley romana que mandaba, como observa S. Geronimo, azotar á los esclavos antes de crucificarlos (2), por lo que Pilatos dio orden de azotar al Salvador; sino por un sentimiento de compasion injusto y cruel (3).

Mas, ¿en qué consiste que los evangelistas no hayan escrito mas que estas pocas palabras respecto á los azotes, el misterio mas doloroso y mas humillante de la pasion de Jesucristo? ¿Por qué han ocultado á nuestra fe y á nuestra piedad el conocimiento de todas las circunstancias que debieron acompañarlos? Y si ellos nada quisieron decir acerca de los instrumentos empleados para desgarrar las carnes delicadas del Cordero divino, ni del número de azotes que recibió, ni de la abundancia de sangre que derramó, ni del furor brutal de los verdugos, ¿para que ocultar tambien las disposiciones admirables en que debía encontrarse la víctima, mientras que era inmolada por nuestra salvacion de una manera tan atroz? ¿Quieres saber la razón de este silencio? Pues consiste en que todas estas cosas se encontraban ya, desde muchos siglos, referidas de una manera muy circunstanciada en los libros del antiguo Testamento, que contienen, no solo las pro-

(1) Non persequendo Dominum flagellavit; sed ut cum furori satisfacere videretur, ut eis mitteretur, et dissuaderet velle occidi quem flagellatum viderunt. (Treat. in Joann.)

(2) Romanis legibus saccitum est, ut qui crucifiguntur prius flagellis verberentur.

(In Matth.)

(3) Tunc apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit. (Joann.)

feitas generales, sino tambien la relacion circunstanciada de muchos hechos del nuevo Testamento. Los Evángelistas pues guardan silencio sobre las particularidades de la flagelacion de Jesus, por cuanto ellas habian sido ya designadas muy minuciosamente por los profetas, á quienes el mismo Jesucristo llama sus historiadores anticipados, pues que ellos escribieron su vida aun antes de que él apareciese sobre la tierra: *Sicut scriptum est in lege, in Prophetis, et in Psalmis de me.* (Luc.)

Asi pues, para conocer con todos sus pormenores el horrible suplicio á que fue condenado el cuerpo inmaculado del Hijo de Dios, no hay necesidad de recurrir á revelaciones posteriores que, aunque respetables, no son sin embargo de fe; será suficiente reunir los pasajes en que los profetas revelaron todas las circunstancias de este misterio con tanta individualidad y con tanta evidencia, que es imposible aplicar lo que dicen á otro personaje que á Jesucristo.

Habiendo sido puesto el Salvador en poder de una soldadesca insolente y feroz, se apoderaron de él aquellos malos sacrilegos, le arrancaron violentamente sus vestiduras y le amarraron con cuerdas á una de las columnas del patio del Pretorio. ¡Oh! qué ignominiosa confusion para el Dios que estendié sobre la tierra un velo de nubes, que cubre el cielo de gloria, que viste las aves de plumas, los flores de un matiz perfumado y llena de blancura el lirio de los campos, verse espuesto, en una vergonzosa desnudez, en espectáculo á las miradas licenciosas, á las burlas sacrilegas de todo un pueblo! David, el profeta historiador, refiriendo esta circunstancia, dice que un inmenso rumor encendió entonces el rostro del Salvador, y que espaciándose desde el rostro sobre todo su cuerpo virginal, llegó á todos sus miembros, los cuales se cubrieron tambien, lo mismo que su semblante, de ignominia y de vergüenza (1).

¡Ay! descendid, espíritus bienaventurados: venid á cubrir con vuestras alas respetuosas este cuerpo sagrado, milagro de cunado y de pureza, y libradle de las miradas impúdicas, de las burlas insolentes de los hijos del pecado! Mas no; suspended nuestro vuelo, ángeles santos, y que vuestra piedad hacia él no os haga olvidar que nosotros, desventurados, necesitamos tambien de piedad. Nosotros somos esos infortunados sobre quienes la justicia divina ha pronunciado en su cólera el terrible anatema que nos condena á

(1) Operuit confusio faciem meam. (Ps. 68.) Et confusio faciei meae cooperuit me. (Ps. 42.)

una confusion eterna. ¡Ay! sin la confusion, sin la ignominia que cubre en este momento al Hijo adorable de Dios, la nuestra no podría ser expiada ni borrada (1). Dejadle pues que cumpla ese grande misterio de misericordia para con nosotros; porque si él se digna sufrir así el oprobio de la desnudez, lo hace por nosotros y para librarnos de la terrible ignominia que hemos merecido.

Sin embargo, por mucha vergüenza que Jesus experimentase en el estado de desnudez á que habian reducido su cuerpo, experimentó una confusion todavía mayor respecto á su corazón. Jesucristo, como lo habia dicho David, habló entonces con su eterno Padre, como el único que conocia toda la profundidad y todo el exceso de su oprobio y de su confusion (2). ¿Y cuál es esta confusion intima, esta ignominia secreta de su corazón, que le hace casi olvidar la de su cuerpo? ¡Ay! dice S. Buenaventura, es la vergüenza de verse cargado con todas las deshonestidades de los hombres, y de llevar á la presencia de Dios toda la responsabilidad del castigo que ellos merecen, sin haber habido en él ni aun la sombra siquiera del pecado (3).

¡Qué oprobio en efecto para el Dios de la pureza, el de verse así espuesto á la vista del cielo y de la tierra, como culpable de todos los pensamientos, de todas las complacencias interiores contra la santa virtud, de todos los discursos licenciosos, de todas las miradas inmodestas, de todas las familiaridades impúdicas, de todos esos groseros trasportes de los sentidos de que se avergonzarian los mismos brutos, y de que los hombres sin embargo forman un objeto de diversion y de triunfo! ¡Qué vergüenza no sentiria Jesucristo al grabarse en su espíritu y representarse en su imaginacion tan para las disoluciones con que los cristianos del siglo habian de destinar su cuerpo místico, es decir la Iglesia, y con que los hombres mismos del santuario habian de profanar su cuerpo real, presentándose con un cuerpo inmundo á la celebracion del terrible misterio de la santidad y de la pureza! Estos excesos de que se ve cargado son los que mas le humillan, los que le confunden y le atraviesan el corazón; y sin embargo, para expiarlos, se penetra cada vez mas del sentimiento de la horrible y secreta ignominia que sufre, y que

(1) Dabo vos in opprobrium sempiternum et in ignominiam que nunquam obli-vione delebitur. (Jerem. 24.)

(2) Tu sola, Domine, opprobrium meum et confusionem meam. (Ps. 68.)

(3) Ut penam solveret, cum culpam non haberet. (De Perfect. Vit. c. 6.)

ofrece á su Padre, á fin de hacerle aceptar su intensidad, su mérito y su virtud: *Tu seis, Domine, opprobrium meum et confusio-nem meam.*

Esta inmensa confusión de Jesucristo á vista de esos pecados sensuales, que sin embargo no eran suyos, es una elocuente advertencia de la vergüenza que deben causarnos esos pecados obscenos que hemos cometido. Así pues, ¡desgraciado de ti, joven libertino, desgraciado de ti, mujer sin virtud, que llevas en tu frente la marca de la deshonestidad, y que, lejos de ruborizarte de tus estravíos, haces de ellos un objeto de triunfo y de vanagloria (1)! La vergüenza del pecado es una disposición para no volver á cometerlo, para detestarlo y obtener el perdón. Mas, al despojaros vosotros de esta vergüenza, habéis perdido la gracia de poder arrepentiros. Vosotros estáis en la pendiente de vuestra ruina, en el borde de un precipicio, en la víspera del abandono de Dios. ¡Temblad pues, y cubrid de confusión, en vez de adormeceros en vuestras diversiones y en vuestros gozos insensatos, porque sois tanto mas dignos de lástima, y estáis tanto mas separados de la salvación eterna, cuanto menos tembláis y menos os ruborizáis de vuestros pecados!

¡Ay! en tanto que nosotros meditamos sobre el mayor de todos los oprobios del Salvador, viene á juntarse á esta ignominia el mas cruel de todos los tormentos. ¡O espectáculo de compasión y de horror para los ángeles, para los hombres y para el universo entero! esclama en este lugar el abad Ruperto. El autor de la libertad es herido como un esclavo y de la manera mas bárbara por los viles esclavos del pecado (2)! Pero, ¡o misterio de bondad y de amor infinito, añade S. Buenaventura, porque en este momento el Hijo de Dios no solo toma la forma de un esclavo, forzado á obedecer á la voluntad de otro, sino de un esclavo malo é indocil, que ha merecido ser castigado con azotes (3)! Y después de haberse sometido á María y á José, los mas grandes de entre los siervos de Dios, aparece como siervo de los mismos Judíos, es decir, como esclavo de los esclavos del demonio.

En efecto, ¿no escuchais, en medio de los gritos de gozo feroz y de crueles aplausos, lanzados por los sacerdotes, los magistrados, los

(1) *Propter meretricia facta est filius, solutus emulatore.* (Jerem. 3.)

(2) *Grande spectaculum mundo, angelis et hominibus ut a servis peccati Princeps liberatis, servilibus modis, consideretur!* (San Joán.)

(3) *Non solum firmam servi accepit ut videretur; sed etiam mali servi ut vapularet.* (De Perfect. I, c. 6.)

soldados y el pueblo, resonar los golpes formidables de los verdugos? Ya han dado principio al castigo mas atroz que puede hacerse sufrir á un cuerpo humano. Los profetas, lo repito, los profetas los han visto en espíritu con la ayuda de las luces celestiales; ellos nos los han descrito con todos sus horribles pormenores, y nosotros no necesitamos mas que reunir los rasgos esparcidos que ellos han trazado, para formar el cuadro completo de este misterio de compasión y de horror.

David nos dice que cuando el Señor fué llevado junto á la columna para ser amarrado á ella, se colocó por su propia voluntad, sin embargo de la vergüenza indecible que le causaba su desnudez, en el infame poste, para recibir en el de mano de los hombres la ingenta recompensa de su amor, y el castigo de habérles amado (1). Isaías añade que presentó á los azotes su cuerpo inmaculado con la misma tranquilidad y el mismo amor con que había ofrecido su rostro adorable á las bofetadas y á los ultrajes. Job nos ha referido la particularidad de que cuando el Señor fue amarrado á la columna los espectadores comenzaron á rechinar los dientes, á lanzar contra él miradas feroces, y se prepararon con un gozo brutal á recrearse en sus tormentos (Job. 16). Después añade que sus verdugos se arrojaron sobre él con el mismo furor que las bestias feroces, sedientas de sangre, se arrojan sobre un tímido cordero para devorarle: y que á medida que le azotaban, parecía que crecían como gigantes, tanta era la fuerza y la energía que desplegaban al descargar los golpes. (Ibid.)

Los instrumentos de que se sirvieron desde un principio para azotar al Salvador fueron varas: porque con ellas acostumbaban los magistrados romanos hacer azotar á los esclavos antes de que se les cortase la cabeza, y esta es la razón por que los lectores llevaban un haz de varas, en cuyo centro se elevaba una hacha. Pues bien, á los primeros golpes que dieron con ellas al Salvador, nos dice Isaías que todo su delicado cuerpo apareció surcado con horribles contusiones, y que en fuerza de los golpes se puso hinchado y acardenalado; esto demuestra que los golpes descargaban sobre él sin medida, y que le herían con el mismo furor en la cabeza que en las espaldas, en los brazos que en las piernas, en los costados que en el pecho (2). Así es, añade el mismo profeta, que á estos golpes no in-

(1) *Quoniam ego in flagella paratus sum.* (Ps. 37.) *Et fui flagellatus, et castigatio in matutinis.* (Ps. 74.)

(2) *Vulnus, et liver et plaga tument.* (Is. 1.)

terrumpidos se desgarran. la piel, una sangre livida mana de las heridas donde se habia agolpado, la carne se descubre hasta llegar á lo vivo, de tal modo que en el cuerpo sagrado del Salvador no se ve ya parte alguna que esté sana: desde los piés hasta la cabeza es todo él una horrible llaga (1).

La palabra de que se sirve S. Matro para designar las varas que usaron significa varas de hierro. Asi pues Job añade que los verdugos se consideraron como insultados por la paciencia inalterable de su víctima: que no pudiendo perdonarle que no estuviese cansado de sufrir cuando ellos estaban fatigados de atormentarle, inflamados con un nuevo furor, desgarraron sus espaldas, y el suelo quedó cubierto en torno suyo de pedazos de su piel y de su carne. La brutalidad de estos monstruos no se satisface con tales excesos: ya no hay sitio donde herir, y sin embargo ellos heren todavía; ellos hacen nuevas llagas sobre las llagas que habian hecho; ellos abandonan sobre las heridas ya sangrientas otras heridas mas anchas y mas profundas, de manera que todos los músculos se rompen, todas las venas se abren, las carnes se desgarran, y pueden contarse todos sus huesos (2).

¿Quién podrá comprender, no digo explicar, los tormentos atroces que experimentó el Señor en este horrible suplicio á que fué sometido su cuerpo tan delicado? ¡Ay! entonces fué cuando nuestro amable Salvador se hizo verdaderamente el hombre de dolor, como lo habia anunciado Isaías: *Virum dolorum*. Es decir que este es el hombre herido y afligido en todas las partes de su cuerpo, inmaculado; el hombre sumergido en el dolor; el hombre que reunió en sí toda la amargura, todos los tormentos, todo el fuego del dolor, y por consiguiente el hombre de un dolor sin medida, sin ejemplo y sin equiparación: *Virum dolorum, Non est dolor sicut dolor meus*. (Thren. 1. 1.) O amado Jesús, cuánto es lo costado mi pecado!

Mas ¿como se concibe por parte de los soldados de Pilatos tanta ferocidad contra Jesucristo, siendo así que no estaban animados contra él de la envidia ni del odio de los Judíos? ¿Es posible que la humanidad crease tales monstruos? Para explicar este misterio de harbarie, unico en los fastos de la crueldad humana, pienso algunos intérpretes que habiendo creído los Judíos que la intencion

(1) *A tunc proli nimis ad verticem capitis nimis in eo sanitas. (Ps. 1.)*

(2) *General no vulnere super vulnus. (Job. 16.) Super dolorem vulnerum merore addidit. (Ps. 68.) Dinumeraverunt omnia ossa mea. (Ps. 21.)*

de Pilatos era poner á Jesús en libertad despues de haber leazulado (1) quisieron tener al menos el placer de verle morir en los azotes, ya que no habian de tener la satisfaccion de verle morir en la cruz; y con este objeto corrompieron con dinero á los verdugos del pretorio, lo mismo que ganaron mas tarde á los guardias del sepulcro, y obligaron á estas almas venales, acostumbradas á verter sangre, á azotar de tal manera al Señor que le hiciesen espirar en los azotes. Pero no necesitamos recurrir á esta conjetura para comprender el insuperable misterio de una crueldad tan inaudita, porque la Escritura misma nos da la explicacion clara de él. En primer lugar, habiendo dicho el Señor á los Judíos en el momento en que se apoderaron de su persona: Esta es vuestra hora; esto es el poder del infierno: *Hec est hora vestra, et potestas tenebrarum*, es evidente que la rabia de los demonios se juntó al odio de los hombres para hacer que sus azotes fuesen mas crueles. En segundo lugar, los azotes, como se ve en los lieros de los apóstoles, era entre los Romanos una especie de tormento que se empleaba para obligar á los culpables á confesar sus crímenes. Pues bien, el libro sagrado de la Sabiduría anunció con palabras muy claras que los demonios emplearian un día contra el Redentor del mundo este tormento tan ignominioso como cruel para obligarle á manifestar el secreto de su filiacion divina, que Satanas ansiaba conocer de una manera cierta: *Contrahello et tormento interrogemus eum: si vere est Filius Dei*. (Sap. 2.) Luego así como Lucifer fué quien sugirió á Pilatos el pensamiento injusto de hacer azotar al Señor, Lucifer es tambien el que excita ahora á los verdugos, el que los ciega, los llena y los embriaga de su furor, el que los inspira su entusiasmo harbaro y su loca crueldad, el que arma su brazo, aumenta sus fuerzas, y hace esta flagelacion tan ignominiosa y tan mas cruel que se vio jamas. Lucifer se usaba igualmente de arrancar de la boca de Jesucristo, por medio del oprobio y del dolor, el gran secreto que no habia podido arrebatarle por las tentaciones de la sensualidad, de la avaricia y de la ambicion; el esperaba que habiendo llegado este dolor y esta ignominia á un exceso insuperable á la humanidad del Salvador, Jesús se veria obligado á la impaciencia ó á la desesperacion, lo cual hubiera demostrado que era puramente hombre; ó bien que se veria obligado á obrar algun prodigio visible, lo cual le hubiera dado á conocer como Hijo de

(1) *Corripiam ergo illum et dimittam. (Luc.)*

Dios: *Contumelia et tormento interrogemus eum: si vere est Filius Dei.*

Supuesta esta verdad, las circunstancias que nos refieren los profetas de la flagelación del Señor, por horribles que parezcan, nada tienen de increíble ni de exajerado. En efecto, ¿que refinamiento de barbarie no debía esperarse, dice Orígenes, de aquella turba de hombres vomitados por el infierno y de aquellos monstruos revestidos de cuerpo humano (1)?

Pero ¿que puede la astucia de la serpiente infernal contra los consejos de la sabiduría de Dios? Jesucristo, bajo el tormento de esta flagelación prolongada que le hubiera dado sin duda la muerte si la virtud divina no hubiera sostenido en él la debilidad de la naturaleza humana, no hizo milagro alguno para sustraerse á ella, ni dejó escapar la más pequeña señal de impaciencia. Según la espresion de Isaías, el guardó en este misterio de tanta ignominia y de tanto dolor para él el silencio y la tranquilidad del mas manso cordero, cuando se halla bajo la tijera del pastor que le despoja de un vellón inútil. (Is. 53.) De esta manera, dice S. Leon, burló la orgullosa pretension que tenía Lucifer de arrebatár á Dios, por estos medios indignos, el secreto de su sabiduría; de modo que, según S. Pablo, los príncipes de las tinieblas no conocieron este misterio sino después de haberse cumplido. (1. Cor. 2.) El combatió al demonio con sus propias armas; él hizo servir la malicia de su enemigo á su amor, porque Lucifer cooperó con su injusticia á hacer sufrir al Hijo de Dios un suplicio, que se convirtió para los hijos de los hombres en un motivo de esperanza y de salvacion.

En efecto, los mismos profetas que al referirnos las circunstancias de esta horrible tragedia nos han revelado al mismo tiempo el gran misterio que encerraba, nos enseñan que la flagelación del Salvador fué tan útil para nosotros, cuanto cruel é ignominiosa para él. Isaías, descorriendo el velo que ocultaba este misterio, nos muestra bajo las manos visibles de los soldados, manos sacerlegas y bárbaras, otra mano invisible, mano sagrada y compasiva, la mano misma de Dios, que hiere y desgarró el cuerpo de su propio Hijo, objeto de todas sus complacencias, porque le ve cargado de todas las maldiciones con que los crimenes del mundo le envuelven como un vestido; y él le hace ser el hombre de dolores, porque vo-

(1) Virgo coloris illa mysterium erat militie alicujus maligne? (Trenet. 25, in Math.).

luntariamente se hizo el hombre de pecado (1). El mismo profeta contempla tambien desde lejos á este manso y tierno cordero, como si estuviese presente á sus ojos, y viéndole en la actitud de tan gran dolor y de ignominia tan profunda á que le habia reducido su excesivo amor por nosotros, esclama: « Miradle, miradle; yo veo á ese Mesías Salvador; él, que es tan puro, me parece inundo y cubierto de flagos como un leproso; siendo Hijo de Dios, se muestra como un objeto de odio para Dios, humillado y herido por la mano misma de Dios. Yo comprendo sin embargo un misterio de infinita ternura que se cumple en él. Esa deformidad que le desfigura, ese dolor que le abruma, esa flaqueza que le abate son sin duda alguna nuestra flaqueza, nuestro dolor y nuestra deformidad. Esos golpes que le hieren, esos azotes que le desgarran, esas heridas que le atormentan son obra honesta de nuestros vicios y de nuestros pecados. Mas, ¡o cambio doloroso para él, y tan feliz para nosotros! Las contusiones que él recibe nos curan, la sangre que derrama por nosotros nos purifica; el tratamiento bárbaro que sufre por nuestro amor nos reconcilia con Dios. » (Is. 53.) Luego no fué precisamente para aplacar la rabia de los demonios, la ferocidad de los Judíos y la brutalidad de los Gentiles para lo que este cuerpo divino fué desgarrado y despedazado, sino, según la declaracion del mismo Señor, para alcanzarnos la salvacion: *Accipite, hoc est corpus meum, quod pro vobis frangetur.* ¿Misterio horrible por parte de los hombres, que en el exceso de su barbarie fueron los instrumentos ciegos de él, esclama S. Agustín; pero misterio tambien de ternura por parte de Dios, que lo dispuso en el exceso de su misericordia! El que es la bondad misma es azotado por el criminal; el hombre culpable es el que ha merecido el castigo, y el inocente Jesus es el que lo ha sufrido. (Serm. 114 de Temp. Medit. c. 7.)

¡Ay! añade S. Cipriano, ¿que hubiera sido de nosotros, desventurados humanos, sin estos tormentos del Hijo de Dios? Nuestras llagas eran tan inveteradas, estaban tan corrompidas y tan agorreadas, que no podían ser curadas sino por el precioso bálsamo de la sangre que Jesucristo derramó de todas las heridas que cubrieron su cuerpo (2).

La carne de Jesucristo es pura y sin mancha: ella está sometida

(1) Virum dolorem: propter scelus populi mei percussit eum. (Is. 53.)

(2) Videret tunc putrido non inveniretur medicamentum cunctis. Ipsi sanguis sanguinis Christi plaga vetus laetetur. (Serm. de Pass. Dom.)

absolutamente al espíritu; ella está llena de las gracias del Espíritu Santo de quien es obra; ella es santa y santificante, y por su unión íntima y sustancial con el Verbo de Dios es igualmente divina. Verdadero y augusto santuario de la Divinidad en la tierra, merecida adoraciones y homenajes, y no azotes y castigos. (Ps. 131, et 90.) Mas nuestra carne por el contrario es una carne de pecado; ella es impura, desordenada y rebelde al espíritu; como que está corrompida, es el origen de toda corrupción; así es que de ella nacen todas las obras que San Pablo llama obras carnales y que por el cuidado desordenado que se pone en evitarle toda molestia, en proporcionarle todos los placeres, en adornarla, y en nutrirle en la voluptuosidad, en la molice y en el lujo, es por lo que los hombres ultrajan a Dios con sus vicios y sus excesos sin número; por esta razón, dice el profeta, todos los castigos, y todas las desgracias debun ser el tributo de la carne del hombre pecador: *Multa flagella peccatoris.* (Ps. 31.)

Y, ¿qué hizo el Redentor para expiar los innumerables desórdenes de que nuestra carne se había hecho culpable, y para ofrecer a Dios la satisfacción debida? El descendió voluntariamente a la condición en que debíamos estar colocados nosotros; él consintió ser azotado por los ministros de Satanás, porque nosotros debíamos serlo eternamente por los demonios; él quiso que su carne inocente y pura pagase la deuda de nuestra carne manchada con los crímenes; y ved aquí por que no debemos adularnos, dice S. Agustín, de que las heridas del Señor fuesen innumerables, porque los azotes que merecía la carne del hombre pecador eran también innumerables (1).

Después de una tan grande explicación, no necesitamos mas que aplicarnos su mérito por medio de una sincera penitencia. Con esto solo, con pequeñas explicaciones voluntarias, daremos a la justicia divina la satisfacción que le es debida por todos nuestros pecados sensuales. Ya no estamos sujetos a la flagelación de Satanás; hay mas, y es que, como dice S. Gervasio, estamos ya libres de la necesidad ímpera en que nuestros desarreglos nos habían puesto, de sufrir en esta vida los azotes temporales, así como nos hemos librado también de los tormentos internos que nos aguardaban en la otra vida por toda la eternidad (2).

(1) Si multa flagella peccatoris, multa oportuisse flagella Redemptoris, (Serm. CXIV de Temp.)

(2) Hoc unum tenetis, est, ut illo flagello nos a verberibus liberemur. (Id. ibid.)

Ved aquí pues cumplida esta consoladora profecía de David: Que el Mesías nos formaría un escudo de su cuerpo, y que fundaría la esperanza de nuestro socorro en las alas de su protección. (Ps. 99, ¡Ay!; Quién me concederá ocultarme a la sombra de las carnes desgarradas de mi Salvador! Allí estaré seguro contra los azotes divinos que mis culpas han merecido; protegido por esta sombra saludable, no desesperaré ya de mi reconciliación ni de mi perdón, y vivire tranquilo como la pequeña avecilla bajo las alas de la ternura maternal. ¡O cuerpo precioso! ¡o cuerpo sagrado de mi Redentor, vos sois verdaderamente inmolado por nuestra salvación! *Hoc est corpus meum quod pro vobis frangetur.*

Mas todos los misterios de Jesucristo han sido, no solo una explicación, sino también un remedio. Porque mientras que el Señor, dice S. Leon, tomaba sobre sí las enfermedades y las heridas de nuestra carne, se disponía a curarlas comunicándonos la virtud y la santidad de la suya. (Serm. 3. Pasq.) De este modo participamos, por el misterio de los azotes, de la pureza de la carne inmaculada del Redentor, por cuanto él sufrió en esta dolorosa ejecución las penas debidas a nuestra impureza; y porque su carne divina fue despedazada como si hubiera sido una carne de pecador, es por lo que nosotros hemos obtenido la gracia de poder domar la nuestra, reprimir sus inclinaciones sensuales, y convertirla en una carne virginal, santa y divina. Así pues, el espíritu de pureza, de virginidad y de candor, que con gran admiración de los voluptuosos gentiles se hizo tan común en todas edades, sexos y condiciones tan pronto como el Cristianismo se estableció entre ellos; este espíritu de castidad, repito, que reina aun en las naciones católicas, es el fruto y la gracia de los azotes de Jesucristo.

¡O azotes! ¡o misterio sublime! ¡misterio importante y divino! Jesucristo en su misericordia nos ha dejado un monumento magnífico y durable de este misterio, no solo legándonos la columna a que fué amarrado para ser azotado, que se conserva todavía en la Iglesia de Sta. Práxedes en Roma, adonde fue trasladada desde Jerusalem, sino mucho mas aun, instituyendo el inefable sacramento de la Eucaristía. En efecto, cuando en el día de la institución de este augusto sacramento pronuncio estas palabras: «Tomad y comed; este es mi cuerpo que será despedazado por vosotros. Esto que yo liago ahora, hacedlo vosotros en mi memoria: *Accipite, et manducate; hoc est corpus meum quod pro vobis frangetur. Hoc facite in eam commemorationem,*» nos indica claramente que la Eucaristía, monu-

mento magnífico y precioso de la Pasión y muerte del Redentor, es un recuerdo especial y perpetuo de los crueles azotes que sufrió por nosotros. En este supuesto, cuando este angustioso sacramento está espuesto públicamente a nuestro amor y a nuestra adoración, cuando le ofrecemos a Dios en el sacrificio de la misa y le recibimos en la sagrada comunión, debemos pensar continuamente que Jesucristo nos dice: Acordaos de que eso que adorais, eso que ofrecéis, eso que coméis es mi cuerpo, el mismo que fué tan cruelmente desgarrado y despedazado por vosotros. Acercámonos pues con frecuencia a este inefable misterio: adorémosle con un respeto humilde; recibámosle con un piadoso reconocimiento y con un afecto tierno, como el recuerdo siempre vivo de los azotes de nuestro Salvador; y adorémosle igualmente, como la prenda de la protección divina que nos defiende, de la esperanza que nos reanima, de la satisfacción que nos reconcilia, de la gracia que nos purifica, de la virtud que nos conforta y de la perseverancia que nos corona: *Scapulis suis obstruabit tibi, et sub penis ejus sperabis.*

SEGUNDA PARTE.

Leemos en el libro de Job que cuando Dios, para probar la virtud y acrecentar el mérito de este santo hombre, permitió que Satanas le hiriera desde la planta de los pies hasta lo alto de la cabeza con una horrible llaga (Job. 2), su propia mujer se volvió cruel con él, y sus mismos amigos se avergonzaron y huyeron de él como de un hombre rechazado y castigado por Dios a causa de sus iniquidades. Esta es, dice S. Gregorio, una bella figura de Jesucristo, pues que, cruelmente azotado y cubierto de una sola llaga de los pies a la cabeza, fué despreciado por la Sinagoga su antigua esposa, y abandonado por los mismos apóstoles, sus íntimos amigos, como inspirando horror al cielo y a la tierra, a Dios y a los hombres.

Mas no tardó Dios mucho en revelar a los amigos de Job la santidad incomparable de este patriarca, y en hacerles conocer que no podían ser reconciliados con Dios sino por el mérito de las oraciones de este mismo hombre á quien habian manifestado tanto desprecio. No es esto decir que la oración y el sacrificio de Job tuviesen por sí mismos el poder de reconciliar al hombre con Dios, sino que la oración y el sacrificio de Job figuraban la oración y el sacrificio de Jesucristo, que comunicaban toda su fuerza y toda su virtud á las oraciones y á los sacrificios antiguos.

¿Y qué hicieron los amigos de Job cuando reconocieron su mérito y su virtud? Ellos fueron á someterse á él como sus siervos y sus discípulos, ofreciéndole cada uno un zarcillo de oro y una oveja (1). Con el zarcillo quisieron significar, dice San Gregorio, que prestarían siempre un oído dócil á las instrucciones de Job, y con la ofrenda de la oveja quisieron dar á entender que no sacrificarían en adelante sino por sus manos, y que se asociarían á sus sacrificios.

Veá aquí lo que debemos hacer tambien nosotros que, ilustrados por las luces de la revelación divina, hemos aprendido que Jesucristo, cubierto de llagas y hecho, por sus azotes, el hombre de dolores, es el Hijo amado de Dios y el Salvador de los hombres, y que solo por su mediación podemos esperar nuestra reconciliación y nuestra salvación eterna. Nosotros debemos ofrecerle una oveja, es decir nuestra carne purifienda y libre de toda mancha, á fin de que la asocie al sacrificio que ha hecho de la suya, según nos aconseja S. Pablo diciéndonos: Yo os conjuro, hermanos míos, que ofrecéis vuestros cuerpos á Dios como una hostia viviente, santa y agradable á sus ojos: *Obsecro vos ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem sanctam, Deo placentem.* (Rom. 12.) Y efectivamente, nosotros no podemos asociarnos al sacrificio del verdadero Job, que es Jesucristo, sino reproduciendo en nuestro cuerpo alguna parte de la pureza inmaculada y de la santidad del suyo.

Para obtener esta preciosa ventaja, añade San Pablo, debemos llevar siempre en nuestro cuerpo la santa mortificación cristiana, pues que este es el medio de imitar y de manifestar reproducida en nosotros la vida penitente y pura de Jesucristo; *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.* (II. Cor. 4.) Mas por una consecuencia necesaria debemos, en segundo lugar, ofrecer al verdadero Job, además de la oveja, el adorno de nuestros oídos, es decir que debemos mostrarnos dóciles oyentes y ejecutores fieles de las eloquentes instrucciones que salen de ese cuerpo dilacerado, de esa sangre, y de esas heridas; porque ellas nos testifican en su lenguaje mudo, dice S. Agustín, que el Dios Padre, que no libró á su único hijo y consustancial de un tratamiento tan bárbaro, tampoco dispensará á sus hijos adoptivos de la ley de la disciplina, y que si el Hijo de Dios, aunque libre de pecado, no lo está de dolores, ninguno de nosotros podrá llegar á ser hijo de Dios sin sufrir los azotes de su

[1] Dederunt ei unusquisque auream, et in aurem suam. (Job. 42.)

colera, en razón á que estamos cargados de pecados (Ps. 31.) Estas heridas nos echan en cara nuestra delicadeza y el cuidado profano que tenemos de nuestro cuerpo; ellas nos repiten esta severa y útil advertencia que nos hace el Evangelio: El que es idólatra de su propia carne, el que la regala, la lisonjea y la acaricia en esta vida, la odia realmente, supuesto que la prepara para una profunda ignominia y para eternos dolores en la vida futura: *Qui amat carnem suam perdet eam* (Joan. 12); y por el contrario el que mortifica, el que castiga su propia carne en este mundo, la ama verdaderamente, porque la encontrará en la otra vida rodeada de una gloria eterna y de las mas puras delicias: *Qui odit carnem suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam.* (Ibid.)

¡Ay! no nos engañamos, hermanos míos; no se entra en el cielo sino se lleva la divisa preciosa, la vestidura divina que nos hace parecernos al Hijo de Dios azotado por el hombre. Esta semejanza forma la señal de los predestinados; esta semejanza es el sello de los escogidos. Las almas que salen de cuerpos bien cuidados, alimentados con esmero, vestidos con lujo, de esos cuerpos intactos que no han sentido jamás el azote de la mortificación; esas almas no serán admitidas en el palacio de los cielos que los santos, y los elegidos de todas edades y condiciones han conquistado con el sacrificio de sus cuerpos: *Quos praevenit, et praeordinavit, conformes vult fieri imaginis Filii sui* (Rom. 8). No manifestemos pues tanta repugnancia á la mortificación del cuerpo, porque ella es la maestra de la humildad, la mediadora de la oración, la guardadora del pudor, la prueba de la contrición, la disposición al arrepentimiento y al perdón, la librea de Jesucristo, la cifra misteriosa de los elegidos y la escala de la salvación eterna. Apresuremos á llevar impresas en nuestro cuerpo, como dice el mismo S. Pablo, por la practica de la penitencia, algunas señales de los lujos de nuestro Señor Jesucristo: *Ego autem stigmata Domini Jesu in corpore meo porto* (Galat. 6), porque si sufrimos con él, triunfaremos y reinaremos un día eternamente con él: *Si compatiatur, et conregnabimus et glorificabitur.* Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA PRIMERA.

La Coronacion de espinas.

Egređimini, filie Sion: et videte regem Salomonem in diademate, quo coronavit illam mater sua, in die desponsationis illius, et in die factitio cordis ejus.

Filias de Sion, salid y mirad al rey Salomon con la diadema con que le coronó su madre en el día de su desposicion, y en el día de la alegría de su coronacion.

(Cant. 3.)

Que Salomon, ó el rey pacífico, fué una figura simbolica del verdadero principe de la paz, Jesucristo, es una verdad que no admite duda, porque el mismo Jesucristo nos la ha revelado diciendo: El es mas que Salomon. (Matth. 12.) Su sagrada esposa de los cantares, que invito á las hijas de Sion á que contemplen á Salomon á quien su madre Betsabée ciñó la frente con una rica diadema, y llenó de honores, no es otra que la Iglesia, verdadera esposa del Hijo de Dios hecho hombre, que convida á las almas cristianas y fieles á considerar á Jesucristo su Rey y Señor, coronado de espinas y colmado de ignominias y de oprobios por la Sinagoga, su cruel madrastra: *Egređimini, filie Sion, et videte regem Salomonem in diademate, quo coronavit illam mater sua.*

Mas, ¿por que llama la sagrada esposa dia de bodas y de alegría para su divino esposo, este dia que fué el de su muerte, el de su ignominia y el de su dolor? Porque por medio de estas humillaciones, de estos insultos y de estas penas ha expiado grandes crímenes; porque ha purificado nuestras almas, celebrando con ellas sus desposiciones en el tiempo, para perfeccionarnos en la eternidad. Ved aquí por que este dia, marcado con tantas ignominias y tantos tormentos para su persona, es un dia de gozo y de delicias para su coronacion: *In die desponsationis illius, et in die factitio cordis ejus.* Es decir que el misterio de la coronacion de espinas ha sido, no solo un misterio de gloria para Jesucristo, como veremos en el dia de

mañosa, sino que ha sido tambien para nosotros, como lo vamos á ver hoy en misterio de expiacion, de bendicion, de gracia y de salvacion.

¡Animo pues, ó cristianos hijos de la verdadera Sion, hijos de la Iglesia! salgamos de nosotros mismos, abandonemos esos pensamientos y esas afecciones profanas, para elevarnos á la altura de la fe. En esta pura region de las cosas divinas con sideremos el angustioso misterio de nuestro Salvador coronado de espinas: *Egredimini, filie Sion, et videte regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sui*, y abrumado por nuestra salvacion, con los insultos de la infiel Sinagoga, á fin de que penetrados de un sincero reconocimiento y entregándonos enteramente á él, que tanto ha sufrido por nosotros, este día sea verdaderamente el de nuestros esposorios espirituales con él, así como el de la alegría y el triunfo de su coronacion sobre nosotros: *In die desponsationis illius, et in die lectio cordis ejus.*

PRIMERA PARTE.

El mal ejemplo de los que mandan es contagioso, porque desde luego es imitado por los que obedecen. Los soldados del pretorio se persuadieron que Pilatos, su presidente, no habia dado tantas veces á Jesucristo el título de *rey de los Judios*, sino por burla, y no fue necesario más, dice S. Juan Crisostomo, para que, no contentos con haberle azotado y con haberle cubierto de heridas y de sangre, insultasen tambien esta soberanía que creian quimérica, vistiéndole con todas las insignias y tributándole todos los homenajes de un rey, de burlas (1). Ellos le despojan por segunda vez de sus vestiduras, le hacen sentar sobre una piedra, figurando un trono, y principian á remedar en torno de él las ofendidas aduladoras de los cortesanos que se disputan el honor de acercarse y de servir á su soberano: *Congregaverunt ad eum universam cohortem*. (Matth.). ¡Ay! jamás fue la crueldad mas fecunda en ingeniosos artificios para saciar su ciego furor, que en la pasion de nuestro Señor Jesucristo. Ellos forman una trenza de varias ramas de cierto junco marino que crece en abundancia en las costas del mar Rojo, y enyas espinas son largas,

(1) Quia Pilatus dixit eum Regem Judaeorum, schemata ei contumeliose appointuit. (Horn. 88 in Matth.).

duras y agudas; con estas espinas así tejidos componen una horrible é ignominiosa diadema, no á manera de corona, sino en forma de casco; y se la ponen en la cabeza. Concluidos estos preparativos, se arman de palos con los que le clavan esta corona con una violencia tal, que muy pronto las espinas atraviesan la piel, hieren el cráneo y penetran hasta el cerebro. Algunas de ellas, de una longitud extraordinaria, desgarran los tejidos delicados de su cabeza, se abren paso al través de la frente, ó salen por las narices y el paladar, por los ojos y los oídos, por las sienes y las mejillas. La sangre corre por todas partes, los cabellos y la barba se inundan, todo su rostro se cubre de ella, de modo que, segun la profecía, Jesus se pone desconocido y ni aun conserva la figura humana (1).

La cabeza, y el cerebro en particular, son las partes mas delicadas del cuerpo humano; son el centro de las sensaciones mas delicadas. ¿Quién podría por consiguiente, no digo espresar, pero ni aun imaginar el dolor atroz que esta coronacion bárbara hizo sufrir á aquella adorable cabeza, herida así aun tiempo con una multitud de enormes espinas?

Además, la cabeza es la parte del cuerpo que mas relacion tiene con el corazon; ella es el centro de los músculos, de los nervios, de las venas y de las arterias que se ramifican en todos los miembros, de modo que la mas leve punzada que se haga en ella causa aturdimientos, desmayos y apoplejías. El dolor de esta coronacion debió pues extenderse de la cabeza de Jesus á todo su cuerpo, y sentirse al mismo tiempo en toda su organizacion interior. ¡O escena de horror! Despues de haber sido el Salvador desgarrado exteriormente por los azotes con la mas bárbara crueldad, es atormentado aun hasta en la médula de los huesos. ¡Ah! aquí se verifica de la manera mas sensible y mas perfecta la profecía que dice: Que el Salvador debia hacerse el hombre de dolor porque se habia hecho el hombre de nuestra enfermedad y de nuestro pecado: *Virum dolorum et scientem infirmitatem*. (Is. 53). Mas ¡hay! no solo es el hombre del dolor mas intenso, sino que tambien es el hombre de la ignominia mas atroz y de la confusion mas profunda.

En efecto, para un rey cuya dignidad real se queria poner en riesgo, una corona de espinas exigia un manto ignominioso y un cetro ridiculo. Así pues, ellos le ponen en las espaldas por un manto real un harapo asqueroso de viejo púrpura, como prueba de su es-

(1) Vidimus eum, et non erat aspectus. (Is. 53.).

traña miseria; y por otro le ponen en sus manos fuertemente atadas una innoble caña, á fin de indicar, dice S. Buenaventura, la vanidad de su título de rey y la fragilidad de su poder, y tambien para echarle en cara á un tiempo mismo su ambición y su impotencia (1). Finalmente, para que los homenajes y los respetos que se acostumbraban tributar á los reyes fuesen conformes respecto á Jesucristo, á la corona que adoraban su frente, y al otro que tenia en sus manos y al manto que le cubria, los soldados se agruparon á su alrededor, e hincando primero la rodilla ante él, aparentan adorarle como una falsa divinidad, burlandose de este modo de él por haber querido fingirse el verdadero Dios (2); despues, en medio de risas inmoderadas y de gestos insultantes, le hacen reverencias ridiculas y le saludan irónicamente, diciendole: Dios te salve, rey de los Judíos: *Et genuflexo omnia cum dicebant: Ave rex Judaeorum* (Matth.). Durante esta escena, unos arrojaban á su rostro injurias salivas, otros descargaban en sus mejillas enormes bofetadas; estos le arrancaban la barba y los cabellos, aquellos le herian con los puños ó con los pies, y otros en fin le arrancaban la caña de las manos y se servian de ella para clavarle mas las espinas, y renovar así todos sus dolores, desgarrando mas sus heridas (3). ¡O escena de compasion y de horror, al mismo tiempo! ¡o inocencia cruelmente atormentada! ¡o dignidad, o majestad del hijo del verdadero rey del universo, escarnecida y despreciada! ¡Ay! ¿de qué guardia han salido esas bestias feroces? ¿En qué escuela han podido aprender unas invenciones tan bárbaras?

No nos sorprendamos sin embargo, nos dice S. Juan Crisostomo, de esos actos de ferocidad inaudita. Lucifer, que habia inspirado á esos seres criminales, de quienes habia tomado posesion, la crueldad con que azotaron al Señor, les inspiró igualmente esos nuevos artillos de refinada barbarie para atormentarle y escarnecerle, y ese sentimiento de horrible complacencia que experimentaron en sus ignominias y en su dolores, y que manifestaron danzando alrededor de él como frenéticos (4). Así pues el demonio no hizo cesar la flagelación del Señor ni detuvo los brazos de los soldados, instru-

(1) Illi leban et flagrantem volent regnare, et non valenti. (Medi. v. 166.)

(2) Adorabant, illudentes quasi seipsum Deum falso dicebant. (Berni. Marc.)

(3) Et percutiebant caput ejus armillis, et conspuiebant eum; (Marc.) et doctabant ei alapas; (Joan.) et illuserunt ei. (Matth.)

(4) Diabolus erat, qui universos illos tunc occupabat, et quasi ad claram consuevit, voluptatem ex contumelia capientes. (Horn. 68. in Matth.)

mentos ciegos de su astucia cruel, sino para conservar á Jesucristo á fin de que sufriese este nuevo tormento, mucho mas ignominioso y cruel. En efecto, él se lisonjaba de que este exceso de ignominia y de dolor le obligaria á manifestar el gran secreto que él queria descubrir, á saber, si era ó no el verdadero Hijo de Dios, secreto que el silencio y la resignacion del Salvador habian conservado durante los azotes sin permitir que el principe de las tinieblas lo penetrase; *Contumelia el tormento interrogamus eum: si vere est Filius Dei* (Sap. 2.).

Mas este segundo artificio, á pesar de ser tan bárbaro, no le fué mas útil que el primero para descubrir el gran misterio que la sabiduria de Dios queria ocultarle. Jesucristo en medio de tan horribles tormentos no hizo prodigio alguno de los que podia haber hecho un hombre Dios, ni dió señal alguna de impaciencia, de las que un simple mortal no hubiera podido abstenirse. Segun la elocuente expresion de Tertuliano, él se mantenía pacifico y tranquilo como si tuviese una gran complacencia en los tormentos que sufría: *Sociatus voluptates patientiae*; porque la corona y los atributos que le cubrían de tanta ignominia cumplian los grandes misterios de su misericordia para con nosotros, y aquel día, tan funesto para él, era el día de sus depositos espirituales con nuestra naturaleza, el día que colmaba de delicias su corazón: *Videte regem Salomonem in discipulatu, quo coronavit solum mater sua, in die desponsationis illius, et in die latitiae cordis ejus.*

¡Oh! si el demonio hubiera sospechado, esclama S. Atanasio, cuán útiles debian ser al género humano y cuán fatales los tormentos y los oprobios que hacia sufrir al Señor, no hubiera inspirado seguramente á sus satélites tanta inhumanidad ni tanto furor (1).

Procuramos profundizar hoy para nuestra edificación y nuestra utilidad esos misterios de gracia y de salvacion que el Señor obró entonces con sus ignominias y sus penas, y que el demonio no comprendió cuando se obraban para su ruina. Y para comprender el misterio de las espinas es necesario, dice el Antioqueno, remontarnos á la maldicion terrible que Dios fulminó contra Adán, cuando le dijo: La tierra será maldita por tí, y no producirá mas que abrojos y espinas. Esta maldicion pues con que fué herida entonces la tierra material y visible no fué otra cosa que el velo y la figura

(1) Diabolus milites concitavit, ut illudere: ignorans in omnia nostra vita futura. (Serm. de Pass. Dom.)

de una maldición todavía mas terrible con que fué herida también la tierra invisible y espiritual del corazón humano. Los abrojos y las espinas, de que la tierra comenzó á ser tristemente fecunda desde aquel momento, no fueron otra cosa que el símbolo de la fecundidad todavía mas funesta del corazón del hombre que, estéril desde entonces en virtud y en justicia, no produjo mas que vicios y pasiones, nada mas que obras inútiles ó injustas, capaces de herir el alma con las espinas aceradas del remordimiento, y buenas solo para ser arrojadas al fuego (1).

Pues bien, Jesucristo, aun cuando estaba vestido de nuestra carne y de nuestro pecado, aunque se había sustituido á nosotros, no podía cargar con la realidad de esta maldición, porque era esencialmente santo, justo y bendito, autor de toda justicia, de toda santidad y de toda bendición. Por consiguiente solo tomó de ella el signo exterior y visible; solo tomó la figura, es decir las espinas materiales que traspasaron su cabeza y extendieron el dolor y el sufrimiento por todo su cuerpo.

Así pues, la corona dolorosa, prosigue el venerable Beda, con que el Señor permitió que ciñesen su cabeza, significaba nuestros pecados, cuya responsabilidad y cuya pena había tomado sobre sí; y que, semejantes á agudas espinas, son la única produccion que germina en el terreno fértil de nuestro corazón (2).

Mas todos los misterios de nuestro Salvador fueron eficaces para nosotros; la cabeza de Jesucristo significa, segun San Pablo, su divinidad. Por consiguiente, al consentir Jesus, dice Teofilacto, en ser atravesado de espinas, y al aceptar su oprobio y su dolor, las destruyó y aniquiló en cuanto Dios, y por lo mismo nos mereció entonces que la triste fecundidad de males se convirtiese para nosotros en una fecundidad dichosa de bienes.

¡Bendita sea esta preciosa corona! exclama en este lugar Origenes. En ella y por ella ha borrado Jesucristo la antigua maldición. Y así, añade un autor protestante, que seguramente no es sospechoso de misticismo, nuestra maldición que había comenzado por las espinas concluyó también por las espinas (3). Esto hizo decir á S. Gerónimo

(1) *Protoplasto in peccatum protulit dixerat Dominus: Maledicta terra in opere tuo: spinae et tribulus germinavit tibi. Quid est aperte dicere: Conscientia tua punitionem tibi, et atque propterea non decimet. (In Marc.)*

(2) *Per spinas carnis inceptum peccatorum nostrorum designatur: quod sicut spinae, terra nostri corporis germinat. (Caten. in Joan.)*

(3) *Maledictio in spinis cepit, et in spinis desinit. (Grotius in Matth.)*

que la diadema de ignominia, que nos esperaba en los infiernos, se convirtió para nosotros en una diadema de gloria que tenemos ya derecho á recibir en el reino de los cielos (1).

Jacob tuvo presente sin duda este misterio cuando bendijo á su hijo José, y Moisés lo vio también cuando repitió la misma bendición en estos términos: La bendición de Aquel que apareció en la zarza vendrá sobre la cabeza de José, y sobre la cabeza del Nazareno, el primero entre sus hermanos. (Deut. 33.) En efecto, el evangelista S. Mateo no nos permite dudar que José fué en esta circunstancia la figura de Jesucristo, porque dice que los profetas habían anunciado que el Salvador se llamaría Nazareno: *Dictum est per prophetas, quoniam Nazareus vocabitur* (Matth. 2). Y notad que Moisés añadió á la bendición de Jacob estas palabras: « La bendición de Aquel que apareció en la zarza, ó en medio de las espinas: *Benedictio illius qui apparuit in rubo.* » Por consiguiente, la bendición de José nacía de la zarza, ó de otra manera, procedía del mérito de las espinas colocadas en la cabeza del Nazareno. Mas como Jesucristo no tiene necesidad de ser bendecido, porque lo es eternamente, porque es el origen de toda bendición, se sigue de aquí que de su cabeza descendió la bendición sobre nosotros que somos sus hermanos; y así se cumplió igualmente esta otra profecía de Jacob: Todas las naciones de la tierra serán benditas en esta cabeza divina, indignamente atravesada por todas partes: *Et benedictur in eo omnes tribus terre.*

¡O bondad del Padre celestial, de haber elegido la cabeza augusta de su Hijo muy amado para colocar en ella el signo de nuestra maldición y de nuestra esterilidad, y convertirlo después en un origen fecundo de bendiciones para nosotros! ¡O amor inmenso de Jesucristo, que consintió ser traspasado cruelmente por nuestras espinas á fin de hacer descender sobre nosotros esa uncion celestial de gracia y de salvacion que ha obrado y obra continuamente en nuestras almas tantos y tan señalados prodigios! En efecto, esta uncion divina nos hace fecundos para el bien y cura la esterilidad del suelo de nuestro espíritu y de nuestro corazón; ella convierte su yugo emponzoñado y amargo en una savia preciosa que hace germinar en nuestra alma las plantas saludables de los santos pensamientos, las flores olorosas de los castos afectos y los frutos exquisitos de las buenas obras. Ella hace que nuestro espíritu tan vano pueda esperi-

(1) *Spinea corona capitis ejus diadema regni adepti sumus. (In Marc.)*

mentar la ventura de humillarse delante de Dios; de pensar en Dios, de meditar en la magnificencia y en la bondad de Dios; ella hace que nuestro corazón tan duro sea sensible á las insinuaciones de la gracia, que se embellezca con santos trasportes del amor de Dios, y que se dilate en obras de caridad para con el prójimo. Finalmente ella casi nos hace mudar de naturaleza, pues que, por medio de esta uñcion celestial, la oliva silvestre se une en nosotros á la oliva fructífera; el surmiento estéril á la vid fecunda, y por un prodigio admirable, podemos coger frutos deliciosos de la higuera maldita, rosas fragantes de la zarza estéril, y el racimo mas dorado del paraiso de la patria silvestre. Asi se cumple la venturosa profecía que nos promete que, cuando el Señor se digne hacer descender de su cabeza la uñcion divina de sus bendiciones sobre nosotros, la tierra de nuestra alma producirá los mas exquisitos y abundantes frutos (1).

Mas el Señor en su misericordia hizo cumplir otro misterio no menos consolador, cuando permitió que los soldados movidos por su ferocidad aumentasen su ignominia colocando en su espalda un andrajó de púrpura, después de haberle despojado de sus vestiduras. Isaías habia visto ya en espíritu al Mesías cubierto con este manto de oprobio, y habia exclamado dirigiéndose á él: « Señor, ¿ por qué os veo con ese vestido rojo?; por qué vuestros vestidos se parecen á los de los vinadores que pisan la uva y esprimen el vino en el lagar? » Y el Señor le respondió: « La sangre de los hombres ha caído sobre mí, y mis vestidos han quedado manchados y empapados en ella (Is. 62). » Para comprender el sentido de esta respuesta, es necesario recordar que mientras que el Verbo eterno estuvo en los cielos y en el seno de su padre no tuvo otra vestidura que el esplendor divino de su gloria (Ps. 102); y que esta vestidura divina, siempre blanca y siempre pura, no podía recibir mancha alguna. Por esta razon queriendo al Señor dar á sus discípulos en el Tabor una imagen de la gloria que le rodea en cualidad de Hijo de Dios, se hizo ver de ellos, con el rostro resplandeciente como el sol, y las vestiduras de una blancura deslumbradora (como la nieve (Matth. 17). Mas cuando al hacerse hombre se vistió en la tierra de nuestra carne mortal y enferma, este vestido corporal y terreno pudo recibir manchas exteriores que le hiciesen parecer inmundó á los ojos de los hombres, mientras que ninguna cosa podía

(1) Dominus dabit benignitatem, et terra nostra dabit fructum suum. (Ps. 84.)

alterar su pureza interior. Es decir que en cualidad de hombre pudo recibir en su humanidad las manchas de sangre impresas por nuestros pecados; porque en cualidad de Dios no habia podido recibirlas en su vestidura de gloria. Asi pues, el giro de púrpura, con que se deja cubrir de un modo tan afrentoso para su divina persona, es el simbolo de la vergüenza y del rubor que debia estenderse sobre la frente de los hombres por los pecados que habian cometido y que cometerian aun con su lujo desenfrenado y su vanidad escandalosa. Mas al vestirse de un deshonor que en realidad no podia llegar á él, lo expió, lo borro, y nos aseguró la gracia de poder librarnos de él; el nos merecio igualmente la gracia de poder renunciar al lujo y á las vanas pompas, y de amar la sencillez y la modestia en nuestros vestidos; el nos merecio el deseo sincero de adornar nuestro cuerpo con las joyas preciosas de su abajamiento y de su pudor en la tierra, para poderlo vestir un dia en el cielo con el brillante esplendor de su cuerpo glorioso (1).

Mas ¿ que diremos de la ridicula caña que Jesus consintió tener en sus manos? ¡ Ah! ella representa nuestra fragilidad y nuestra inconstancia, así como las espinas representan nuestra esterilidad, porque el Salvador quiso expiar por nosotros todos estos vicios.

Ninguno otro simbolo mas que la caña, planta hueca, frágil, móvil y leve, podía expresar mejor, dice Orígenes, nuestra grandeza imaginaria en este mundo, grandeza fugitiva como la sombra, nuestra vanidad ridicula, nuestra fuerza prestada, nuestra ciencia rica de palabras y pobre de erudicion, y además quimérica, orgullosa y sin solidez. ¡ Ay! sobre esta caña de la grandeza del siglo y de la ciencia puramente humana, fruto del delirio mas bien que de la razon de los filósofos, es sobre la que se apoyan los hombres, y esta caña, impotente para sostenerlos, rompiéndose entre sus manos, los liere y los deja caer en el fango de todos los vicios y en el abismo de todos los errores. Porque en efecto la falsa sabiduría unida á la presunción, á la vana confianza en si mismo, y al orgullo, que era en la que se apoyaban nuestros padres gentiles antes de hacerse cristianos, no hacia otra cosa que condenar nuestras tinieblas en vez de disiparlas, y aumentar nuestros vicios en vez de curarlos (2).

(1) *Byformabit corpus humilitatis nostre configura tui corpori claritati sue (Philip. 2.)*

(2) *Calamus ille mysterium fuit serpenti vani et fragilis, super quem incumbebamus, antequam crederemus. (Tract. 35 in Matth.)*

Sin embargo, no solo toma Jesucristo la caña en sus divinas manos, sino que consiente tambien que se sirvan de ella para clavar las espinas mas profundamente en su cabeza, y que se convierta para él en un nuevo instrumento de dolor. De este modo nos manifiesta que desde el momento en que Adán pretendió hacerse semejante á Dios, el orgullo de sus hijos habia crecido tanto que tenian la pretension de atormentar la cabeza misma de Dios, negando sus palabras y disputando su autoridad; mas al tomar el Señor en sus manos este simbolo de nuestra fragilidad, lo afirmó de tal manera que aquel que cree y confia en él no es ya, dice S. Ambrosio, una caña agitada por los vientos de las malas doctrinas y de las pasiones vergonzosas; él adquiere la conviccion de la fe y la fuerza de la gracia que recibe de los sufrimientos de Jesucristo (1). Orígenes añade que al recibir Jesucristo de nuestras manos la caña, la trocó con el madero de su cruz, y que al vestirse de nuestra flaqueza, nos comunicó su fuerza á fin de que pudiésemos triunfar de nosotros mismos. En vez del apoyo frágil de nuestra propia fuerza que no podría librarnos de perecer, puso en nuestras manos el cetro de su reino celestial, la vara maravillosa de su poder divino, que es la única que puede sostenernos en los caminos de la justicia cristiana y ponernos en posesion del reino de Dios.

Por consiguiente nuestro Salvador toma en sus manos esta caña de ignominia para hacer fuertes é invencibles á los que esta plauta figura. Nosotros, lo mismo que la caña, somos flexibles, frágiles, leves é inconstantes. Nosotros tenemos un corazon vano, vacío de méritos y de sentimientos virtuosos; pero si Jesus nos toma en sus manos y nos llena de su gracia; si nos comunica la fuerza de su santo Espíritu y nos da un corazon generoso y ardiente, entonces nos haremos fuertes, constantes, intrépidos, capaces de superar todos los obstáculos, de vencer todas las dificultades y de poder decir con S. Pablo: «Yo lo puedo todo en Jesucristo y por Jesucristo que me fortifica: *Omnia possum in corroborante me Christo*» (Phillip. 4. juxta Græc. lect.).

Y si por el contrario caemos de sus manos, al momento nos volvemos cenizas, y no podemos hacer otra cosa que ofenderle: esta es toda nuestra habilidad, toda nuestra ciencia. Cetros de gloria,

(1) Avindo comprehensur in manu ejus, ut humana fragilitas non sicut arundine movetur à vento, sed operibus Christi corroborata firmetur. (In Luc.)

objetos de complacencia, monumentos de estabilidad y de fuerza espiritual mientras estamos en sus manos, cuando llegamos á caer de ellas, volvemos al momento á nuestro antiguo estado, á nuestra temeridad primitiva, nos volvemos cañas, impotentes para hacer bien alguno respecto á nosotros, y capaces únicamente de hacernos respecto á Dios un objeto de ofensa, de deshonra y de insulto.

Así pues, ¡o amable Jesus! mi suerte está en vuestras manos; mi perseverancia y mi salvacion están en vuestro poder (Ps. 30). ¡Ah! estrechad fuertemente en vuestras manos divinas la caña de mi fragilidad; no la dejéis caer. ¡Dichosas las almas fieles que vos guardais! ellas no son presa del infierno, y cuando mueren á los ojos del mundo, van á descansar en paz en el seno de Dios.

Finalmente la soldadesca insolente añade á todos estos ultrajes sus adornaciones burlescas y sus homenajes ridículos; ella le escarnece como á un dios de burlas y como á un rey de teatro. Pues bien, al someterse el Salvador á los insultos dirigidos contra su persona, su soberanía y su divinidad, expió las innumerables impiedades, el culto abominable y las impuras supersticiones con que los pueblos del gentilismo ultrajaron al verdadero Dios, doblando la rodilla ante las obras de sus manos y ante las pasiones de su corazon, y prostituyendo á los vicios y á las criaturas la adoracion suprema que únicamente se debe al Creador. El expió los excesos de la hipocresía y del culto material y aparente con que los Judíos, alterando el espíritu de la verdadera Religión, insultaban al verdadero Dios en vez de honrarle. El expió finalmente los sacrilegios, la religion afectada y la piedad fingida de que un gran número de cristianos habia de hacerse culpable hasta el fin del mundo; y en tanto que, con el mérito de sus oprobios satisfacía por todos los ultrajes hechos á la majestad de Dios, alcanzaba á los hombres la gracia del verdadero culto, del culto interior, del culto del espíritu y del corazon. Con este culto sincero y eficaz debían los verdaderos cristianos adorar un día en espíritu y en verdad un solo Dios en tres personas, un Hombre-Dios, Salvador del mundo, y gloriarse de pertenecer á él como sus criaturas, sus súbditos y sus discípulos.

¡O misterio de la coronacion de Jesus! misterio tan doloroso y tan humillante para él, como consolador y glorioso para nosotros! ¡O sabiduria infinita de Dios, que ha convertido los mayores excesos de crueldad de los hombres en medios eficaces para su santificacion y su salvacion! ¡O poder de Dios sobre los corazones de los hombres, pues que los ha obligado á reconocer en Jesucristo coronado de

espinas el verdadero Salomón, el verdadero rey oculto con una aureola de gloria! Venid pues, hijas de la verdadera Sion, venid á tributarle los homenajes de vuestra fe, de vuestra reconocimiento y de vuestro amor, venid y adorad este misterio tan delicioso para su corazón, que le hizo descender hasta nosotros para elevarnos y unírnosle espiritualmente á sí: *Egređimini, filie Sion. et videte regem Salomonem in diademate, qui coronavit illam mater sua, in die desponsationis illius, in die lustrum cordis ejus.*

SEGUNDA PARTE.

El Señor se había quejado ya por boca de su profeta en estos términos: «¿Es posible que el hombre llegue hasta el punto de elevar á su Dios? Y sin embargo, o Judíos, yo que soy vuestro Dios he sido clavado por vuestras manos: *Si affigel homo, Deum, quia vos configitis me.*» El pueblo no comprendió entonces esta reconveniencia. «¿Y de qué manera, Señor, os hemos clavado? *In quo configimus te?*» (Malach. 3.). Profecía bastante clara que fue cumplida literalmente en el pretorio de Pilatos, donde unos hombres impíos y crueles introdujeron, como acabamos de ver, una corona de espinas en la cabeza adorable del Hijo de Dios. Ingrata Judea, viña de maldición que, en vez del racimo escogido que el divino labrador tenía derecho á esperar de ella, solo le ha dado una cosecha de espinas (1).

Pero ¿ay! Jesucristo es tratado hoy de la misma manera por una gran multitud de cristianos; de modo que pudiera quejarse también de que nosotros le herimos y le traspasamos. ¿Y qué otra cosa sino espinas agudas presentan á este Dios Salvador los incrédulos presuntuosos que en el seno mismo del Cristianismo, elevándose y perdiéndose en las nubes de sistemas vergonzosos, sacrifican la fe cristiana á los delirios de una filosofía absurda y extravagante? No son también espinas lo que le ofrecen los herejes orgullosos que vagando de secta en secta, de extravío en extravío, prefieren sus opiniones á los dogmas, sus errores á la verdad, su razón individual á la razón general, y los abortos monstruosos de sus cerebros enfermos á la fe constante y uniforme de la verdadera Iglesia? No son finalmente espinas lo que le prepara esa multitud de malos católicos, cuyo espíritu y cuyo corazón nadan en un flujo y reflujo continuo de pensa-

(1) *Expectavit ut faceret ovas, fecit autem spinas! (Is. 5.)*

mientos lascivos, de complacencias criminales, de afectos voluptuosos, de sentimientos de odio, de deseos de venganza, de cálculos de ambición, de ideas de vanidad, de proyectos de injusticia, de fraude y de opresión?

Veid aquí también estas espinas que le preparan los cristianos. El mismo Jesucristo dijo en la parábola del sembrador, que la palabra de Dios que cae entre las espinas es la que cae en el espíritu y en el corazón de los hombres entregados á los cuidados de las riquezas, de los honores y de los placeres de la vida, y que en ellos queda ahogada; esos corazones son tierras estériles que no producen fruto alguno para la vida eterna; y la prueba de esta verdad se encuentra en los pecadores y en los hombres mundanos, si es que me están escuchando algunos. En efecto, la palabra de Dios que anunció en este momento los deja fríos e indiferentes, porque las espinas de los pensamientos viciosos y de los cuidados profanos han tomado en ellos tal incremento, que han formado en su corazón una selva horrorosa de malezas que ahoga todos los piadosos sentimientos de la gracia, todas las semillas preciosas de la salvación eterna. ¡Tierras ingratas! ¡Ánimas desventuradas, dice S. Pablo, que, después de haber sido regadas abundantemente con la lluvia de las bendiciones celestiales, vuelven á caer en la antigua maldición de que las espinas del Salvador las habían librado (2)!

Por otra parte, nuestro Redentor, sobre cuya cabeza han colocado nuestros pensamientos licenciosos una corona de espinas, está también cubierto con un vil andrango de púrpura ensangrentada. Y en efecto, ¿en qué ha venido á parar nuestra estola preciosa lavada en la sangre del Cordero y resplandeciente como una púrpura real, la estola de los méritos y de la gracia de Jesucristo y de las virtudes teologales con que fuimos revestidos en nuestro bautismo? *Quicumque baptizati estis, Christum induistis.* ¡Ah! ¡apenas ha quedado un girón desgarrado por los vicios, ensangrentado por los odios, las injusticias y los escándalos con que hemos causado la muerte de tantas almas inocentes! ¿Qué ha sido de nuestro cuerpo, santificado por Jesucristo y en el que Jesucristo se digna ser representado, que recibí de él las vestiduras de la simplicidad, de la modestia, del pudor, de la edificación y de esa mortificación de Jesucristo, que deben edificar al prójimo? El manifiesta apenas alguna señal este-

(2) *Terra sæpe veniens super se habuit cultum, profertis autem spinas, reproba est, et maledictio proxima. (Hebr. 6.)*

rior de Cristianismo, débil recuerdo de su antiguo fervor; por lo demas, el está cubierto de lujo, de molice, de purpuras afeminadas cuyo principio es la indecencia, cuyo objeto es la vanidad, cuya regla son las modas, y que solo son un escándalo a los ojos de los hombres y un manto de deshonra a los ojos de Dios; manto ignominioso, destinado a ser transformado un día en vestidura de maldicion que nos rodeara de llamas devoradoras y nos cubriera eternamente de deformidad y de vergüenza (1).

Bu. tercer lugar, se observan las leyes de los soberanos, se temen sus castigos y se agradecen sus recompensas. Dire mas: ¿con cuanta exactitud no se observan las costumbres, las conveniencias, los deberes, en una palabra las leyes del mundo, o lo que es lo mismo, del demonio que es el padre de este siglo de corrupcion? Y sin embargo estas leyes son generalmente mas rigurosas que las del Evangelio. Y ¿cuántos gustos no hacen los hombres, ¿cuántos peligros no se esponen y a cuántos sacrificios no tienen que resignarse para merecer la aprobacion del mundo y librarse de su censura? Y bien, ¿no es esto reconocer en el demonio y en las potestades de la tierra una autoridad positiva y real, un cetro de oro o de hierro? Mas en cuanto al rey del cielo, ¡ay! se violan sus leyes y sus preceptos; los cristianos se hacen sordos a su voz; desprecian sus invitaciones; no se mueven por sus ejemplos; son insensibles a sus gracias; no dan valor alguno a sus recompensas; profanan sus templos; menosprecian sus Sacramentos; se rieñ de sus juicios y de sus venganzas. Solo Jesucristo es tratado como un rey de quien no hay bien alguno que esperar, ni mal alguno que temer; como un rey cuyas promesas son fabulosas y cuyas amenazas son quiméricas, y que por lo mismo es tan impotente para castigar al que le ultraja como para recompensar al que le honra. Y ¿no es esto no reconocer en él mas que un poder vano y quimérico? No es esto ponerle en la mano, en vez de cetro, una cinta ridícula y deshonrosa?

Finalmente, el homenaje que los malos cristianos tributan a Jesucristo es semejante a las insignias dolorosas y humillantes con que le visten. ¡Ay! si se exceptúa un pequeño número de almas piadosas y fides que, no contentas con cumplir exactamente las leyes del Evangelio, ofrecen cada día y aun muchas veces al día el tributo de sus adoraciones, de su culto y de sus oraciones al Dios del Evangelio, la inmensa mayoría de los cristianos de nuestros días no solo pro-

fanan las leyes de Jesucristo, sino que le niegan todo culto. Y ¿quién es el que, en el interior de su casa y entre su familia, dobla la rodilla para tributar al Dios autor de nuestro ser, arbitro de nuestra vida, señor, juez y rey de nuestras almas, la adoracion que le es debida por derecho natural? Aun en los mismos templos, a los que generalmente se va obligado por la costumbre, por el bien parecer, por la curiosidad o por los respetos humanos, hay muchos que solo le tributan alabanzas mercenarias, alabanzas vanas en las que el corazón no toma parte alguna, alabanzas que no están animadas por ningún sentimiento de religion ni de piedad. Otros muchos, cuando nuestro Dios y Señor está solemnemente espuesto en la Sagrada Eucaristia para recibir el homenaje de su pueblo, o cuando se inmola por la gloria de Dios y por la salvacion de ellos en el tremendo sacrificio del altar, permanecen en pie en su presenca, con el espíritu distraído y el corazón disipado, sin hacerle ningún saludo, sin dirigirle ninguna suplica, buscando con sus miradas vagas los idolos profanos, inclinándose apenas a la elevacion del augusta sacramento, é insultándole a su propia vista en el tiempo y en el lugar mismo que está destinado a adorarle.

Y bien, ¿no es esto tributar a Dios un culto momentáneo, un culto de simple ceremonia y de pura apariencia; un culto hipócrita, irrisorio, é ignominioso; un culto de adoracion fingida y de verdadero ultraje? No es esto, como decia guiando un Padre de la Iglesia, mirar los misterios de Jesucristo como una representacion, honrarle como a un rey de burlas, y adorarle como a un dios de teatro? *Deum scenam facitis*. No es esto renovar en su templo los insultos y las burlas que sufrió en el Pretorio, insultos y burlas tanto mas humillantes para él, tanto mas sensibles para su corazón, cuanto que los Judíos al menos no habian puesto en ridiculo su dignidad real sino porque no creían en él, mientras que los cristianos católicos insultan y desprecian a Jesucristo en el tiempo mismo en que se glorian de reconocerle por su rey y de creer en él como en su Dios?

No digais que vuestras espinas y vuestros ultrajes no pueden ya ofender al cuerpo sagrado de Jesucristo, porque reina feliz y lleno de gloria en los cielos; *In quo configitur te*? Porque si Jesucristo no puede ya sufrir en su persona, no es menos insultado a los ojos de los incrédulos y de los infieles, como dice Salvieno, por los ultrajes públicos que recibe de los cristianos; no es menos despreciado, según ellos, en su nombre, en su religion y en su ley. Si él no sufre ya en su cuerpo real, sufre en su cuerpo místico, es decir en su Igles-

(1) *Innotet maledictionem sicut vestimentum. (Pr. 108.)*

sa, que queda envilecida y deshonrada á los ojos de los herejes por la conducta escandalosa de muchos católicos. Y así como el Señor amo á su Iglesia mas que á su carne, supuesto que entrego su carne á los golpes y á los oprobios por la salvacion de su Iglesia, *Dilexit Ecclesiam, et tradidit semetipsum pro ea* (Ephes. 5); así las heridas, y las ignominias que sufre en su cuerpo mistico le causan mas dolor que las que recibió en su cuerpo real; así es que habiendo sufrido estas con una paciencia inalterable, tomará un día de aquellas una venganza terrible.

Cesemos pues, amados hermanos, de tratar como á un dios de madera, como á un rey de burlas, al Dios de majestad y de gloria, al rey luminal de los siglos. No seamos tan temerarios ni tan insensatos que provoquemos contra nosotros la indignacion y la justicia de un soberano cuyo poder no se limita á la vida ni al tiempo, sino que se extiende mas allá de la muerte y por toda la eternidad.

Despojémonos de nuestros malos hábitos de sacrilegio y de insulto á la majestad de Dios. Unámonos á las verdaderas hijas de Sion; á las almas religiosas y fieles: *Egredivimur, filie Sion*. Y en el Dios que adoramos en la Eucaristía, contemplemos con frecuencia al Dios coronado de espinas por los Judíos y lleno de oprobios por nuestro amor: *Et videte regem. Salomonem in diademat, quo coronavit illum mater sua*. Meditemos en este estado con una fe viva, adóremosle con una piedad sincera, honrémosle con una humildad profunda, alabémosle con una devocion afectuosa y amémosle con el amor mas ferviente. Convirtámonos sinceramente á él, á fin de que, uniéndonos á él por su gracia, el día de nuestra conversion sea verdaderamente el día de las delicias de su corazon, supuesto que será tambien el de nuestros desposorios espirituales con el y el de nuestra salvacion eterna: *In die desponsationis illius, in die lactis cordis ejus*. Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA SEGUNDA.

Las Insignias de la dignidad real de Jesucristo

Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terra: regni cultum desiderat universa terra.

El rey pacifico excedió á todos los reyes del mundo en opulencia y en salubridad; y toda la tierra desea ver en su rostro.

(In Vesp. Nativ. ex III. Reg. 10.)

El reino de Jesucristo no es político, sino religioso; no es terreno sino celestial; no es humano sino divino; no es temporal, sino eterno. El reino de Jesucristo es su Fe, su Iglesia, su Religion. Engañarse, como los Judíos, acerca del carácter y la naturaleza de su reino, es lo mismo que engañarse acerca de la verdadera Religion, acerca de la verdadera Iglesia; es perder la verdadera Fe; es perder el verdadero camino de la salvacion eterna.

Pues bien, como era de la mayor importancia para nosotros que el Salvador del mundo nos diese una idea clara y precisa de su reino en la tierra, lo hizo no solo con sus palabras sino tambien con sus obras. Porque no contento con haber declarado solemnemente que su reino espiritual, establecido en el mundo, se diferencia de los otros reinos en sus principios, en sus medios, en su fin y en sus recompensas, *Regnum meum non est de hoc mundo*, consistió tambien en tener, como lo vimos ayer, espinas por corona, un manto de púrpura por manto real, una vil caña por cetro y las burlas por homenaje; de este modo nos hizo conocer de una manera sensible, nos hizo ver con nuestros propios ojos el verdadero carácter de su dignidad real. El despliegó en una palabra toda la magnificencia de su reino, tanto mas pacifico, dulce, humilde, pobre y miserable en apariencia, cuanto en realidad excede al de los reyes de la tierra; y cuando fue atormentado y escarnecido por los Judíos de la manera mas ignominiosa y mas cruel, se mostró un monarca brillante y magnifico, objeto de los deseos y de las esperanzas del universo:

sa, que queda envilecida y deshonrada á los ojos de los herejes por la conducta escandalosa de muchos católicos. Y así como el Señor amo á su Iglesia mas que á su carne, supuesto que entrego su carne á los golpes y á los oprobios por la salvacion de su Iglesia, *Dilexit Ecclesiam, et tradidit semetipsum pro ea* (Ephes. 5); así las heridas, y las ignominias que sufre en su cuerpo mistico le causan mas dolor que las que recibió en su cuerpo real; así es que habiendo sufrido estas con una paciencia inalterable, tomará un día de aquellas una venganza terrible.

Cesemos pues, amados hermanos, de tratar como á un dios de madera, como á un rey de burlas, al Dios de majestad y de gloria, al rey luminal de los siglos. No seamos tan temerarios ni tan insensatos que provoquemos contra nosotros la indignacion y la justicia de un soberano cuyo poder no se limita á la vida ni al tiempo, sino que se extiende mas allá de la muerte y por toda la eternidad.

Despojémonos de nuestros malos hábitos de sacrilegio y de insulto á la majestad de Dios. Unámonos á las verdaderas hijas de Sion; á las almas religiosas y fieles: *Egredivimur, filie Sion*. Y en el Dios que adoramos en la Eucaristía, contemplemos con frecuencia al Dios coronado de espinas por los Judíos y lleno de oprobios por nuestro amor: *Et videte regem. Salomonem in diademat, quo coronavit illum mater sua*. Meditemos en este estado con una fe viva, adóremosle con una piedad sincera, honrémosle con una humildad profunda, alabémosle con una devocion afectuosa y amémosle con el amor mas ferviente. Convirtámonos sinceramente á él, á fin de que, uniéndonos á él por su gracia, el día de nuestra conversion sea verdaderamente el día de las delicias de su corazon, supuesto que será tambien el de nuestros desposorios espirituales con el y el de nuestra salvacion eterna: *In die desponsationis illius, in die lactis cordis ejus*. Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA SEGUNDA.

Las Insignias de la dignidad real de Jesucristo

Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terra: regni cultum desiderat universa terra.

El rey pacifico excedió á todos los reyes del mundo en opulencia y en salubridad; y toda la tierra desea ver en su rostro.

(In Vesp. Nativ. ex III. Reg. 10.)

El reino de Jesucristo no es político, sino religioso; no es terreno sino celestial; no es humano sino divino; no es temporal, sino eterno. El reino de Jesucristo es su Fe, su Iglesia, su Religion. Engañarse, como los Judíos, acerca del carácter y la naturaleza de su reino, es lo mismo que engañarse acerca de la verdadera Religion, acerca de la verdadera Iglesia; es perder la verdadera Fe; es perder el verdadero camino de la salvacion eterna.

Pues bien, como era de la mayor importancia para nosotros que el Salvador del mundo nos diese una idea clara y precisa de su reino en la tierra, lo hizo no solo con sus palabras sino tambien con sus obras. Porque no contento con haber declarado solemnemente que su reino espiritual, establecido en el mundo, se diferencia de los otros reinos en sus principios, en sus medios, en su fin y en sus recompensas, *Regnum meum non est de hoc mundo*, consistió tambien en tener, como lo vimos ayer, espinas por corona, un manto de púrpura por manto real, una vil caña por cetro y las burlas por homenaje; de este modo nos hizo conocer de una manera sensible, nos hizo ver con nuestros propios ojos el verdadero carácter de su dignidad real. El despliegó en una palabra toda la magnificencia de su reino, tanto mas pacifico, dulce, humilde, pobre y miserable en apariencia, cuanto en realidad excede al de los reyes de la tierra; y cuando fue atormentado y escarnecido por los Judíos de la manera mas ignominiosa y mas cruel, se mostró un monarca brillante y magnifico, objeto de los deseos y de las esperanzas del universo:

Rex pacificus magnificentus est super omnes reges terre; cuius cultum desiderat universa terra.

Bajo este punto de vista nuevo e importante debemos considerar hoy el infelible misterio de la coronación de espinas de nuestro Salvador, misterio de magnificencia y de gloria para él, misterio de expiación y de salvación para nosotros.

Nosotros vétemos en él como en tanto que los satélites de la injusticia y de la tiranía insultan, profanan y ponen en ridículo la dignidad real de Jesucristo, no hacen otra cosa que establecerla, consagrarla y darnosla a conocer en toda su grandeza y su magnificencia: *Rex pacificus magnificentus est super omnes reges terre.*

Esta consideración tendrá por objeto declárnos a tributar el homenaje de nuestra fidelidad y de nuestro amor al piadoso monarca que arrebató todos los corazones: *Cujus cultum desiderat universa terra.*

PRIMERA PARTE.

Si la horrible aglomeración de tormentos y de ultrajes que Jesús sufrió en su coronación de espinas hubiera recaído sobre el mas inocuo y el mas vil de los hombres, no podría sin embargo leerse el relato de que ellos hacen los Evangelistas sin estremecerse de horror y sin moverse a compasión. ¿Que será pues si se reflexiona que el que fue tratado de ese modo tan bárbaro era el inocente y adorable Hijo de Dios? Es seguramente un gran espectáculo el de ver al Hijo de Dios, objeto de las complacencias eternas de su Padre celestial, de las adoraciones de los ángeles y de las esperanzas del universo, sentido ahora sobre una innoble piedra, todo cubierto de heridas y vertiendo sangre; ¡Contempladle! Su frente está ceñida con una horrosa guirnalda de espinas agudas que traspasan por todas partes su cabeza; un andrajo insultante de vieja púrpura cubre apenas sus espaldas; una caña ignominiosa, símbolo de la flaqueza, deshonra sus manos; se halla rodeado de una turba de soldados y de acoreros que, con todo el furor que les inspira su ferocidad infernal, le dan los mas terribles golpes; clavan cada vez mas las espinas en su cabeza, lieren sus mejillas adorables con crueldades bofetadas; manchan su rostro con salivas, y se acercan después unos tras otros a ofrecerle de rodillas el tributo de sus adoraciones buldascas; después, con mil impuros sarcasmos, se mofan de él saludándole como rey; ¡O envilecimiento! ¡o degradación de la majestad de Dios! ¡Ah! es demasiado cierto, dice el Antioqueno, que las iniquidades

que cometieron contra el Hombre-Dios en estas circunstancias llegaron a su colmo; que él sufrió las ignominias mas atroces que pueden imaginarse, que bebió hasta la última gota del terrible caliz del ultraje y del desprecio, mil veces mas amargo que el cáliz del dolor (1). Entonces se cumplió a la letra el oráculo del Rey Profeta: Que el Mesías sería cubierto de oprobios; que sería tratado como la afrenta de la humanidad, como el deshecho del mundo, que le abrumarían con ultrajes y con insultos tales como jamás se hicieron a ningún hombre, ni aun a ningún gusano de la tierra (2).

Mas no nos detengamos en las apariencias; no miremos con los ojos carnales de los Judíos las atroces ignominias del Salvador del mundo; considerémoslas con los ojos del espíritu, y lejos de escandalizarnos, sentiremos crecer y fortalecerse nuestra fe a vista de este espectáculo. En efecto observemos en primer lugar, dice S. Ireneo, que ni la crueldad de los hombres, ni el furor de los demonios hubieran podido cometer esos atentados contra la augusta persona de Hijo de Dios, si él no lo hubiera permitido; y que si Jesucristo sufrió tan horroroso estímulo de ignominias y de dolores fue porque expresamente lo quiso así (3). Observemos tambien, añade S. Gerónimo, que del mismo modo que Calísta, aunque pontífice impío, profetizó la muerte de Jesús sin saber lo que decía, así tambien los soldados del pretorio le llaman ahora de oprobios y dolores sin saber lo que hacen, y mientras que ellos creen sacrar su sacrilego furor, ejecutan ciegamente los designios admirables de Dios, y nos preparan a nosotros los cristianos el cumplimiento de los mas consoladores misterios (4); porque esas horribles invenciones de crueldad sirven, contra la voluntad de los que la practican, para darnos una verdadera idea de la naturaleza del reino de Jesucristo, cuya gloria eclipsa a la de todos los demás reinos. Esos actos ejecutados para poner en ridículo su dignidad real son por el contrario los signos mas expresivos, las pruebas mas ciertas, los atributos mas fieles de ella; de modo

(1) Qui Christus per summam contumeliam illatus sunt, ad summam contumeliam omnium lastigium pervenerunt. (In Hier.)

(2) Equalem cum terris et bonis hominibus deprecatorum hominum et abjectio debis (Ps. 81.)

(3) Quicquid Domino illatus est et contumelia, quicquid vexationis et pavoris, iustus furor impiorum, totum est de voluntate susceptum. (Secm. III de Pers.)

(4) Quomodo Caliphas dixit: Oportet, noscens quid diceret; et isti quicunque fecerunt, licet alia mente fecerint, nolens tamen, qui credimus, sacramento probantur. (In Matth.)

que cuanto mas ridiculizada y menospreciada es esta dignidad divina, tanto mas se descubre á los ojos de la verdadera fe en toda su magnificencia y en todo su esplendor: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terre.*

En efecto, Jesucristo es rey; mas un rey que no promete á sus súbditos durante esta vida otras recompensas de su felicidad y de su amor que ignominias, persecuciones, sufrimientos y crímenes. El es rey; pero no concede el honor de su presencia ni el favor de su amistad sino á los que le renuncian á sí mismos y estan prontos á sufrir por su amor todos los dolores, todas las injurias y todos los martirios. El es rey; pero lo es con especialidad de las almas afligidas por la tribulación. El es rey; pero lo es de aquellos que caminan por la senda estrecha de la salvacion, donde nose encuentra otra cosa que los vestigios de su sangre, la esterilidad de las lágrimas, los abrojos de la mortificación y las espinas de la penitencia. Por consiguiente, siendo necesario colocar en la cabeza de este rey una corona que indicase á primera vista el carácter de una soberanía tan nueva y tan diferente de la de otros monarcas; que corona podia imaginarse que fuese mas conveniente, mas adecuada y mas expresiva que una diadema de espinas? Una corona de oro le hubiera asemejado á un rey de la tierra; una corona de flores le hubiera hecho parecer un rey voluptuoso; una corona de laurel le hubiera representado como un rey conquistador que hubiera sometido los pueblos por las armas. Todas estas coronas mas honoríficas en apariencia le hubieran deshonrado en realidad; ellas hubieran hecho de él un rey hombre, un rey de este mundo. La corona de espinas por el contrario le proclama un rey de dolores, que sin embargo encuentra súbditos que le adoren, le sirvan y le amen y se crean dichosos en sufrir con él y morir por él. Así pues, mientras que esta corona le degrada y le envilece al parecer, no obstante, al indicar el verdadero carácter de su dignidad real, le honra, le ensalza y le hace parecer lo que es en realidad, es decir un rey nuevo, un rey singular, un rey superior á los demás, un rey del cielo: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terre.*

Ved aqui por que hablaron los profetas con tanta complacencia y tanto honor de la diadema con que vieron en espíritu coronado á Jesus. Esta es una corona de espinas, y ellos la llamaron una corona formada de piedras preciosas (1); esta es una corona horrible e

(1) *Pomati, homine, super caput ejus coronam de lapide pretioso. (Ps. 20.)*

informe, y ellos la presentan como corona de una hermosura divina, que forma la joya mas preciosa del reino del que la lleva (1); esta es una corona que parece un emblema de demencia y un instrumento de dolor, y ellos la llaman la corona de la sabiduría de Dios y del verdadero gozo de su corazon (2); esta es finalmente una corona vil, humillante y despreciable, y ellos la llaman del oro mas brillante, adornada de perlas, y que lleva las señales de la santidad, de la fuerza, del poder, de la grandeza y de la gloria de Dios (3).

En segundo lugar, Jesucristo vino á fundar su reino, no por la fuerza de las armas, sino por los atractivos de su gracia: no espantando el terror, sino trayendo la paz; no batiendo los sentidos, sino arrelatando los corazones; no empleando la violencia, sino prescribiendo el amor. Jesucristo vino á someter los sabios por la locura, los robustos por la enfermedad, los fuertes por la flaqueza, todo cuanto el mundo tiene de mas grande, de mas majestuoso, y de mas poderoso, por lo que hay en él de mas frágil, de mas vil, de mas despreciable y de mas nulo á los ojos del mundo; en una palabra, él vino á vencer á sus enemigos, muriendo por ellos (4). Pues bien, ¿qué otra cosa mejor que una cruz, el mas vano, el mas flexible y el mas frágil de todos sus vegetales, podia figurar la debilidad aparente de su poder, la nulidad visible de su imperio, el carácter especial de su reino, en el que el rey se basta á sí mismo, y que se sostiene y triunfa de todo por los medios mismos que debieran al parecer destruirlo?

Los Judíos, de espíritu grosero y de corazon carnal, instruidos por los profetas de que el Mesias debía ser rey, y un rey grande, creyeron que este rey, prometido tantos siglos antes, debía, como los otros soberanos de la tierra, imponer tributos, amontonar riquezas, levantar ejércitos, alcanzar victorias, destruir ciudades, conquistar imperios, subyugar naciones, hacer temblar la tierra y estender su poder político por todo el mundo. Y como habian notado que Jesucristo no hacia nada de esto, sino que por el contrario le veian humilde, pobre, manso, pacífico, mortificado y penitente; lejos de reconocerle por Mesias y Salvador, le negaron y le crucifi-

(1) *Arcipet regum decoris, et diadema speciei. (Sap. 6.)*

(2) *Corona sapientie, et exultationis coronavit illum. (Ps. 132.)*

(3) *Corona aurea super mitram ejus, expressa signis sanctitalis, et gloria honoris, et operis virtutis. (Ecc. 45.)*

(4) *Inferna mundi eligit Deus, ut confusam faciat, et contemptibilem mundi, et ea que non sunt, ut ea que sunt destrueret. (I. Cor. 1.)*

caron como á un vil esclavo. Es decir, que aquellos insensatos le despreciaron por la misma razon que tenían para reconocerle y hacerle el objeto de sus adoraciones. Perdonad, Señor; si hubierais venido al mundo como los Judíos carnales os aguardaban y os aguardan todavía, rodeado de pompa, de esplendor, de riqueza y de todo el prestigio del poder real, nosotros, cediendo á la fuerza material, os hubiéramos temido como á nuestro conquistador, pero no os hubiéramos amado como á nuestro Salvador. Vos hubierais obtenido de nosotros contribuciones de dinero, pero no hubierais obtenido el homenaje de nuestro corazón. Nosotros os hubiéramos obedecido como á un rey, pero no os hubiéramos adorado como á un Dios. Por el contrario, al veros desnudo y abatido, sin fuerza ni defensa, sin otras armas ni otro cetro que una caña ignominiosa, símbolo de la cruz; al ver que convertís, cuando os agrada, esa caña en cetro de hierro, y los cetros de hierro de los reyes de la tierra en fragiles cañas, que reducís á polvo los tronos mas poderosos como si fueran vasos de barro, y que derrotais á los monarcas mas formidables que osan insultar la humildad, la flaqueza, la mansedumbre y la paciencia de vuestra Iglesia (1); entonces concebimos la mas alta idea, la admiración mas grande y el respeto mas profundo acerca de vuestra persona y de vuestro poder. Porque así como el número de los soldados y la fuerza de los escudos de bronce que vomitan la muerte, son una prueba de la debilidad de los reyes de la tierra, supuesto que necesitan todos esos medios para contener á sus súbditos y triunfar de sus enemigos, del mismo modo la caña, con que vos mudais la faz del universo, nos prueba que cuanto menos necesitáis del brazo de otro, tanto mas poderoso sois por vos mismo, y cuanto menos tenéis del poder de los otros reyes, tanto mas superior sois á ellos; finalmente que ellos son hombres, y vos sois Dios: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ*.

En tercer lugar, la púrpura fue siempre y en todas partes el distintivo de los reyes. Por consiguiente si hubieram puesto sobre las espaldas de Jesucristo una púrpura nueva, brillante por la viveza de su color, y espléndida por la riqueza de sus adornos, esta púrpura, dice S. Geronimo, á pesar de que le hubiera honrado y distinguido en apariencia, le hubiera sin embargo presentado al mundo como un rey semejante á los demás reyes, cuya púrpura está enrojecida muchas veces con una sangre derramada con injusticia y con furor,

(1) Reges eos in virga ferreæ, et tanquam vas figuli contuentes eos. (Ps. 2.)

y esto los hace formidables. Mas cuando se le cubre de un girón de púrpura desechada como inútil por los reyes de la tierra, enrojecida solamente con la sangre de sus heridas, este andrajo tan despreciable y tan vil nos anuncia claramente que Jesucristo es el verdadero y el único rey, ungido y consagrado con su propia sangre, y que derramando su sangre preciosa y dejando desgarrar su carne inocente, es como debia fundar y extender su reino. Este harapo nos anuncia un rey único, que debia ir seguido de una multitud inmensa de mártires generosos, los cuales triunfarian con él, no dando la muerte á sus semejantes, sino sacrificando su propia vida; y ved aquí por que este es el verdadero manto real, el único que conviene á su dignidad soberana, el que le honra y le distingue entre todos los reyes, sin embargo de degradarle al parecer; el único que le coloca sobre todos los monarcas, manifestándonos claramente la extensión de su poder, la magnificencia y la ternura de su caridad: *Rex pacificus magnificatus est super omnes reges terræ*.

Notad tambien que en el momento mismo en que él se adorna con esta vestidura de ignominia, figura el misterio de su reino. En efecto, el Evangelista observa que los soldados, antes de cubrirle con este extraño vestido, le despojaron de sus propias vestiduras. Las vestiduras que tenia Jesucristo, dice San Geronimo, eran el emblema de la nacion judia en cuyo seno habia nacido; mas la púrpura que los soldados romanos echaron sobre sus espaldas fué el símbolo de la Iglesia de los Gentiles, recogida, como el murice de donde toma su color de púrpura, en medio de los mares y de los escollos. Así pues Jesucristo que permite se le despoje de sus vestiduras tejidas por manos de sus padres los Judios, y que se deja cubrir con la púrpura por manos de los Gentiles, representa al Salvador que se despoja en este mismo instante de la sinagoga y se viste de la Iglesia, desechando á los Judios y adoptando á los Gentiles. ¡O grande y delirioso misterio! ¡quién hubiera creído jamás que este nuevo motivo de vergüenza para él fuese un secreto de su misericordia para con nosotros! Si, continua S. Geronimo, así como con la caña que tiene en su mano firma la condenacion de los Judios, así tambien al despojarse de sus vestiduras ejecuta esta sentencia, pues que repudia á los Judios y adopta en su lugar á los Gentiles, cuyas obras de sangre estaban figuradas de una manera tan perfecta en la púrpura con que él se cubre (1).

(1) In clamyle coccinea opera gentium cruenta sustentat. (In Matth.)

Raah, esta mujer idólatra que vio la luz en medio de los Gentiles, tuvo la dicha, dice Orígenes, de ser la única que su libro de la ruina de su patria por haber dado asilo en la ciudad de Jerico á dos enviados de Israel encargados de explorar la tierra prometida, y ella debió su salvación á una tira de púrpura que, atada á su ventana, indicaba su habitación, y de este modo la hizo respetar por el pueblo vencedor. Pues bien, Raah, en estas circunstancias fue una figura profética del misterio que tratamos. En efecto Raah representó entonces la Iglesia de los Gentiles; ella siguió la Iglesia de Roma cristiana, que se salvó de la destrucción de Roma pagana por haber acogido á S. Pedro y S. Pablo, y haberse puesto bajo la protección de estos dos ilustres enviados, exploradores fieles de la verdadera tierra prometida que es el cielo, enarbolando la bandera roja, es decir la fe en la pasión y muerte de Jesucristo, y colocando su esperanza en el mérito y en el fruto de sus ignominias y de sus penas (1).

Mas al encargarse Jesus de esta Iglesia de los Gentiles, la adoptó para siempre, porque él había prometido al mundo por boca de David que conservaría perpetuamente en su memoria y mas aun en su corazón la antigua Raah de los Gentiles, hecha cristiana, la antigua Babilonia corrompida, hecha santa; y que la haría la señora de todos los que quisieran conocer su nombre (2); de modo que todos aquellos que eran extraños al reino de Dios, aunque fuesen mas bárbaros que los Tírios, y mas cargados de crímenes que los Etiopíes, se encontrarían un día reunidos y salvos en el seno de la ciudad célebre, que se salvaría por la pasión del Señor (3). ¡O Roma! ¡ciudad afortunada! ¡con diezos eres en haber sabido conservar hasta hoy esos privilegios de misericordia, y en haber vestido á Jesucristo, con los milanes de ciudadanos que has ofrecido al martirio por la fe, de una púrpura preciosa, digna de veneración y de amor, y muy diferente de la púrpura irrisoria con que el insulto y el odio le cubrieron en su pasión! En efecto, los triunfos de los santos mártires son, dice S. Jerónimo, como una púrpura espléndida de que se viste Jesucristo, y como un trofeo de que se gloria (4). ¡O dichosa Roma, que has conservado respecto á lo

(1) Illa autem ecclesia clausa mysterium est quod scriptum est in Joanne, quod ad salutem habuit illa Raah. Virgo suscepit Dominum cocineum claudens in se sanguinem mundi, suscepit. *Tract. 35. in Matth.*

(2) Minor ero Raah et Babylonis scitatum me.

(3) Ecce abeugeat, et Tyrus, et populus Ethiopum filii fuerunt illi. *(Ps. 66.)*

pesado esta gloria intacta! ¡pero mas dichosa aun si por tu fidelidad la conservas tambien en lo futuro!

Finalmente, el reino de Jesucristo se distingue por el menosprecio de los bienes del mundo; su imperio es el de la humildad, de la dulzura, de la paciencia y del perdón en presencia de los insultos, de las injusticias, de los blasfemias y de las persecuciones del mundo. Y, por qué otro medio podía nuestro Rey y Señor hacernos comprender mejor el espíritu de esta legislación sublime que recibiendo bofetadas y salivas por tributos; adoraciones burlescas, imprecaciones, sarcasmos y blasfemias por homenaje, y sufriendo todas estas pruebas con una mansedumbre inalterable y una paciencia divina?

Por consiguiente, solo con verle así degradado y despreciado sabemos al momento quien es, y lo que ha venido á hacer y enseñar en el mundo; nosotros conocemos que es soberano de un reino que no pertenece á este mundo; nosotros conocemos al momento las condiciones con que podemos ser admitidos en este reino misterioso y divino, las leyes que es necesario observar en él, las obligaciones que es necesario cumplir, las virtudes que es necesario practicar, y las recompensas que deben esperarse. El espectáculo de Jesucristo, reducido á este miserable estado de humillación y de dolor, nos predica su Evangelio, y este ejemplo nos instruye tan eficazmente como sus palabras.

Ved aquí pues la dignidad real de Jesucristo anunciada y probada de una manera auténtica por los medios mismos con que pretendieron ponerla en ridiculo. Ved aquí á sus enemigos, dice S. Ambrosio, que se encargan de darnos una verdadera idea de la naturaleza de su reino, y que, en el tiempo mismo en que no erran en él, le confiesan por medio de las ignominias con que le abrumaron, le honran cuando le desprecian, y en el momento mismo en que le humillan, continúan á exaltarle, revistiéndole con las insignias que obligaban un día á los pueblos á obedecerle como rey, á coronarle como vencedor, á respetarle como Señor, y á adorarle como verdadero Dios (1).

¡Acontecimiento nuevo y extraordinario! Si todos los sabios y todos los filósofos del mundo, reunidos en congreso después de haber conocido el espíritu de la religión de Jesucristo, hubiesen tratado de determinar las insignias con que convendría anunciar su soberanía

(1) Et si corde non credunt, Christo tamen suus non deficit honor; salubriter ut rex, extenuatur ut victor, adoratur ut Deus. *(In Luc.)*

nía, no hubieran podido seguramente encontrar otras mas perfectas ni mas expresivas que las que le confirieron sus mismos verdugos. Porque las invenciones de su ciego furor tienen el sello de una Providencia superior y secreta que preside á sus consejos crueles para hacernos servir á sus misericordiosos designios. Ellas nos demuestran que en todo cuanto ellos hacen, obedecen ciegamente á una inspiración divina, que no comprenden, y que concurren sin saberlo, dice S. Agustín, á hacernos ver en Jesucristo un rey que reina por su propia flaqueza, que se hace adorar en sus oprobios mismos, y cuyo imperio, que no es de este mundo, triunfara desde luego del orgullo del mundo, no por la fuerza de las armas, sino por la paciencia y la humildad de los sufrimientos (*Tract. 116, in Joan.*).

Y que importa á la verdadera fe que este rostro divino se muestre acendillado por las bofetadas, manchado con las salivas, disfigurado por las heridas, y todo cubierto de sangre? Esta es precisamente la causa por que este rostro sagrado es el objeto de los deseos y del amor de toda la tierra. La deformidad de aquel á quien los profetas habían llamado el mas hermoso de los hijos de los hombres, y que al presente ni aun siquiera tiene la figura humana, manifiesta, observa S. Agustín, cuán horrible era nuestra fealdad antes de que la gracia, descendiendo de sus labios, viniese á hermosarnos. ¡Ah! la Iglesia de los Gentiles, la esposa cuya alianza había él venido á buscar, era tan disforme que no inspiraba á Dios mas que repugnancia y horror. ¿Qué hizo pues este divino amante? El consintió en ser desfigurado de tal manera que pudiese merecer una esposa tan horrible, para aplicarle despues el merito y la gracia de su hermosura divina (*In Ps. 103*).

Mas en tanto que la esposa, ó la gentilidad, rica de atractivos exteriores y de gracias corporales, tiene inferiormente una fealdad repugnante, la deformidad del esposo celestial es por el contrario solo exterior y aparente, y sirve de velo á la hermosura interior de su alma, de la que ella es una prueba, por que es el efecto de una ternura indecible, de una dulzura divina y de una caridad infinita. Ved aquí por que, añade S. Agustín, en el estado deplorable en que los verdugos habían puesto á Jesucristo, les pareció despreciable, odioso y disforme, porque ellos no tenían ojos para ver, ni corazón para sentir los encantos inestimables de su belleza divina. (*In Ps. 121*). Pero vosotras, almas verdaderamente cristianas, vosotras, esposas fieles del Cordero sin mancha, vosotras ilustradas con

su luz y penetradas del fuego sagrado de su amor que os hace conocer la hermosura de su corazón, vosotras no debéis dejar de contemplar á Jesucristo coronado de espinas, ultrajado por las bofetadas, deshonrado por las salivas, y todo vertiendo sangre; y en las facciones alteradas de su rostro adorable, en esos contornos delicados tan cruelmente deteriorados, en el estado miserable de su persona, que sirve de pretexto al orgullo para despreciarla, y á la incredulidad para ponerla en ridiculo; debéis vosotras descubrir una belleza divina que os encante y os inflame de amor por el (1). Por que este misterio de ignominia y de dolor en el que él sacrifica su dignidad sujetandola á lo que hay mas indigno de la majestad de Dios, es el mas propio para manifestarnos el amor de Jesucristo para con nosotros, su deseo de cautivar nuestra confianza, y el precio con que compra nuestras desventuradas almas.

No dejemos pues de apreciar el beneficio de este gran misterio en la admiración de un espíritu ilustrado por la fe, y de pesarlo en la balanza de un corazón agradecido; y nosotros nos convenceremos de que por lo mismo que Jesucristo parecia tan despreciable á los ojos carnales, á los ojos de la fe tiene una belleza divina, digna de todo nuestro amor: *Cujus vultum desiderat universa terra!*

SEGUNDA PARTE.

Al darnos á conocer Jesucristo que es verdaderamente rey, ha querido indicarnos tambien la clase de súbditos que deben ser los cristianos, y por lo que ha sufrido por nosotros, nos ha mostrado lo que nosotros debemos hacer por él.

Su corona es de agudas espinas; y en vista de esto; ¿que monstruosidad, qué vergüenza, dice S. Bernardo, que los miembros de una cabeza que sufre, que los súbditos de un rey coronado de espinas sean bajos, afeminados y voluptuosos (2)! Es necesario pues que depongamos á los pies de nuestro amado monarca la corona de rosas profanas, tejida por los pensamientos luscivos, por los deseos ambiciosos, con la que los partidarios del mundo, los súbditos de Sa-

(1) *Illud ipsum, quod derident superbi, inspicite quam pulcrum sit. (De S. Virginitate, 51.)*

(2) *Ponest, sub spinoso capite, membrum esse delicatum. (Serm. in Fest. Omni. Sancti.)*

tanás están tan dispuestos a adornarse en los días fugitivos de esta vida mortal; es necesario que nosotros dejemos de decir con esos insensatos de quienes habla la Saliduría: ¡Coronémonos con las rosas de los placeres; apresuremonos a entregarnos hoy a los goces sensuales; porque la muerte vendrá á berirnos mañana (1). Arrojenos lejos de nosotros la corona de corrupcion y de orgullo que Dios ha mantenido por boca de Esayas, cuyas flores muy pronto marchitas ocultan viciosos insectos, y cuya gloria efímera se convertirá un día en una ignominia eterna (2). Apresuremonos por el contrario, dice Teofilacto, á colorar en nuestra cabeza la guirnalda dolorosa de nuestro flej y Salvador, procurando coronarnos de las espinas de una vida austera, mortificada y pura (3).

Cinamos vuestra frente, santificada por el bautismo y adornada por la confirmación, con las espinas de santos pensamientos, meditando frecuentemente sobre los horrores de la muerte del pecador, la severidad de los divinos juicios, el rigor de las venganzas de Dios, la eternidad de las penas y las penas de la eternidad. Si, estos pensamientos son dolorosos y amargos; estos pensamientos son espinas, pero espinas que curan el espíritu mortificando la carne; espinas que vos proporcionan la paz del corazón, conduciéndonos á la santa tristeza de penitencia; espinas, que al mismo tiempo que reprimen las pasiones, hacen germinar en nosotros los lirios de la santa pureza y los frutos de todas las virtudes que son la santificación de Dios. *Super spinas cultem efflorent sanctificatio mea* (Is. 184.).

En segundo lugar, Jesucristo está desnudo: todo su vestido consiste en un andrjo de púrpura que cubre apenas sus espaldas. Por consiguiente es muy poco decoroso que los súbditos de un rey tan pobre procuren con tanto ardor brillar por el lujo y la pompa de sus vestidos, que pueden muy bien distinguirse á los ojos del mundo, pero que nos hacen mas pequeños y despreciables á los ojos de los ángeles, é indignos de figurar en la comitiva y en la corte de Jesucristo. Procuremos siempre en nuestros vestidos la propiedad y la decencia; pero jamás el lujo, el brillo ni la indecencia. Procuremos vestir nuestro cuerpo con la sencillez y la modestia cristiana, y con la pureza del santo pudor que nos hace agradables

(1) *Corruamus nos rosas antequam marcescant.* (Sop. 1.)

(2) *Vae coronæ superbiæ eliam Esaiam, et flori decidenti gloriæ exultationis eius.* (Is. 28.)

(3) *Sumamus et coronam spinarum: id est, festinamus coronari vitæ acerbis abstinentiis et puritate.* (In Marc.)

á los ojos de Dios, y que es un adorno tanto mas precioso, cuanto mas rara es hoy esta virtud y mas depreciada de los hombres.

En tercer lugar, en las manos de Jesus ponen a manera de cetro una fragil caña, emblema de la locura y de la flaqueza, y sin embargo el no la rechaza, el no la arroja lejos de sí, sino que la estrecha entre sus manos como un cetro de gloria. Así pues, nosotros que somos sus súbditos, no debemos ruborizarnos de presentarnos ante el mundo armados con la caña de la locura aparente de Dios. No debemos avergonzarnos, sino por el contrario gloriarnos, á ejemplo de S. Pablo, de ser mirados por amor de Jesucristo como locos, como hombres débiles. (1. Cor. 4.) El destino del justo en la tierra es ser ridiculizado por el mundo á causa de su simplicidad. (1) Pues bien nosotros, súbditos de un rey, que lleva en sus manos el emblema de la debilidad, debemos cuidarnos poco de tales burlas y de tales censuras. Que el mundo nos desprecie todo cuanto quiera, por causa de nuestra fe, y por nuestras obras de piedad; que diga que el defecto de luces y la falta de fuerza y de valor nos tiene bajo el imperio de las preocupaciones; que se ría de la delicadeza de nuestra conciencia, de la austeridad de nuestras costumbres, de la modestia de nuestras miradas, y de la gravedad de nuestros discursos; que nos confunda entre la turba de necios, y nos llame, si quiere, personas toscas, insensibles, escrupulosas é hipocritas; que nos reconvenga por nuestro espíritu de retro y nuestro aislamiento del siglo profano; que nos trate como insensatos porque hacemos á la humildad y á la mortificación de la cruz el sacrificio de la hermosura, de la juventud, de la fortuna, de todas las delicias sensuales y de todas las comodidades de la vida; que nos desprecie en fin, como frágiles cañas: en cuanto á nosotros, no debemos avergonzarnos de nuestras virtudes delante de los hombres que no saben avergonzarnos de sus desordenes; debemos hacernos superiores á estas injustas censuras, y repetir con S. Pablo: «¿Que me importa el mundo y sus juicios? Dios ve mi corazón. Dios es el que debe decidir sobre mi eterno destino, yo no temo mas que sus juicios, o (1. Cor. 4.) Á vista de esta santa fortaleza, ¿quién no reconoce en ella la verdadera fuerza de espíritu, la elevación y la nobleza de sentimientos, la grandeza de un alma libre, y esa independencia de corazón que la verdadera religion inspira? *Ubi spiritus Domini, ibi libertas.* (II. Cor. 3.) Por esto es por lo que

(1) *Deridebitur justus simplicitate.* (Job. 12.)

vosotros, cristianos sinceros, á quienes mira el mundo como cañas frágiles y despreciables, sois verdaderamente fuertes columnas, y vuestra simplicidad, que nace de Dios y que el mundo trata de locura, es la obra maestra de sabiduría entre los hombres: *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus* [I. Cor. 1.]; en tanto que los partidarios del mundo, que aparentan ser espíritus fuertes y almas generosas, son en realidad hombres sin energía, espíritus cobardes y degradados, almas bajas, porque sacrifican cuanto el hombre tiene de mas noble y de mas independiente, el espíritu y el corazón, en los que solo Dios puede mandar. Si, ellos sacrifican la fe, la religión, la piedad, el deber, el reposo de la conciencia, Dios, el alma y la eternidad al deseo de agradar al mundo, ó al temor de ofender á ciertos jóvenes libertinos, ó á ciertas mujeres sin pudor, cuya amistad es una deshonra y cuyas alabanzas son un verdadero vituperio. Si, ellos sacrifican sus mas caros intereses y sus obligaciones mas importantes á los caprichos del mundo, á las bajas exigencias de los respetos humanos. Por consiguiente, mientras que parecen firmes columnas y árboles majestuosos, no son en realidad otra cosa que frágiles cañas, dignas de lástima y de desprecio, porque la sabiduría de este mundo es una locura á los ojos de Dios (1).

Finalmente, Jesucristo es insultado con homenajes fingidos y adoraciones burlescas; su soberanía es vilipendiada y su divinidad ridiculizada; y él sufre estos ultrajes con una calma inalterable, con una paciencia invencible. Así pues nosotros, súbditos de un rey cubierto de tantos oprobios y sin embargo tan pacífico, sujeto á tantos tormentos y sin embargo tan resignado, debemos reprimir en nuestro interior la sed devoradora de honores, de distinciones, de alabanzas y de títulos. Nosotros debemos ahogar en nuestros corazones el deseo ambicioso y desenfrenado de elevarnos sin méritos, de dominar á nuestros inferiores y de eclipsar á nuestros iguales. Nosotros debemos renunciar á ese espíritu de altanería que hace que no podamos sufrir ni perdonar, no solo las ofensas, sino ni aun los daños involuntarios que nos hacen nuestros hermanos.

Yed aquí, amados hermanos, las condiciones con que podemos ser reconocidos por verdaderos súbditos de un rey pobre y afligido: ved aquí los tributos que él exige de nosotros, los homenajes que él agradece, y á los que dará sus recompensas eternas. Pongamos

(1) *Sapientia hujus mundi carnis stultitia est apud Deum* (I. Cor. 3.)

pues nuestras obras en armonía con nuestra fe. No nos contemos con adorar á Jesucristo como Dios, con saludarle como rey con nuestras palabras; sino, por el contrario, representemos en nuestra conducta sus humillaciones y sus dolores, y Jesucristo nos recibirá, en el día de nuestra muerte, en su reino, donde nos hará partícipar de sus consuelos y de su gloria. ¡Oh! entonces nosotros esclamaremos con verdad: El rey pacífico ha desplegado en mi favor la magnificencia de remuneraciones, que no pueden desplegar los reyes de la tierra, y yo podré contemplar con una felicidad eterna el rostro divino que escita los deseos y forma las delicias del universo: *Reus pacificus magnificatus est super omnes reges terra: cuius cultum desiderat universa terra*. Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA TERCERA.

La Sentencia de muerte de Jesucristo.

Captabunt in animam Justi, et sanguinem innocentem condemnabunt.

Los malvados se олigen contra la vida del Justo, y condenaron la sangre inocente.

(Is. 55.)

La verdad encuentra ordinariamente tres clases de enemigos en las personas que tienen la misión de defenderla: los unos la persiguen con furor, los otros la tratan con desprecio, y los otros en fin la sacrifican a su debilidad. Los primeros se mueven por el interés, los segundos por el orgullo, y los últimos por la política. Y aunque las causas sean diferentes, el efecto es sin embargo igualmente funesto: es decir que la verdad encuentra mas perseguidores que mártires en los hombres que debieran defenderla, y que ella es inmolada con frecuencia por las manos de los mismos que debieran hacerla reinar.

Ved pues este triste destino de la verdad en la augusta persona de Jesucristo, que ha dicho de si mismo que no solo es el maestro y el oráculo de la verdad, sino que tambien es el tipo visible de ella, y mas bien que es la verdad subsistente y personificada: *Ego sum veritas*. Su causa se presentó en tres tribunales diferentes: en el de Calías, en el de Herodes y en el de Pilatos. En todos ellos fué proclamada legal y publicamente la santidad y la inocencia de su vida. Y sin embargo el Hijo de Dios, la verdad por esencia, es perseguido en el Sanhedrin con una crueldad inaudita, es orgullosamente ridiculizado en la Corte, y cobardemente sacrificado en el Pretorio. Estos tribunales infames conspiran todos tres reunidos a cumplir esta profecía de David: Que hombres diversos, con un mismo objeto, aunque por diferentes causas, se coligarían contra la vida del Justo por esencia ó del Mesías, y que condenarían ó harían derramar

la sangre reconocida por inocente y pura: *Captabunt in animam Justi, et sanguinem innocentem condemnabunt.*

Ya hemos visto como se cumplió este horrible misterio de iniquidad en el tribunal de Calías y en el de Herodes; dirijámonos hoy al tribunal de Pilatos. En él veremos como la sangre del Hijo de Dios es condenada cobardemente a ser derramada, y la vida de Jesucristo a ser sacrificada. Llenos de horror al ver la enorme injusticia con que los Judíos quitan la vida a Jesús por medio de sus calumnias, nos guardaremos bien de desgarrar la reputación de nuestros prójimos con nuestras murmuraciones.

PRIMERA PARTE.

Es necesario convenir, dice S. Agustín, que Pilatos se valió de todos los medios posibles para librar al Salvador de las manos y del furor de los Judíos, á escepción del medio único que podía producir efecto, es decir la firme resolución de preferir la verdad a la política, y la justicia a los respetos humanos.

En efecto, después de haber agotado inútilmente todos los recursos, hace el último esfuerzo. Toma a Jesús de la mano, y le conduce al balcón desde donde acostumbraba hablar al pueblo: Ved aquí, dice a los Judíos que estaban en tumulto, ved aquí yo os le presento por ultima vez, para que os acabeis de convencer de que yo no encuentro en el crimen alguno: *Exiit ergo iterum Pilatus foras, et dixit eis: Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscitis quia nullam invenio in eo causam.* ¡Y en este mismo tiempo apareció en lo alto del palacio el Redentor!... El tiene en su cabeza su horrible diadema de espinas; el giron de purpura con que le habían vestido por irrisión entre sus espaldas; el tiene en sus manos una vil caña; su rostro está todo hinchado y manchado con las impuras salvas, y de todo su cuerpo, desgarrado por los azotes y acrivillado de heridas, corre la sangre en abundancia: *Exiit ergo Jesus, portans coronam spinarum, et purpureum vestimentum.* ¿Que corazones no se hubieran enternecido, que bestias feroces no se hubieran amansado á vista de este espectáculo? En efecto, la esperanza de ablandar aquellos duros corazones fué la que hizo á Pilatos, como dice S. Leon, presentar á Jesucristo; el no dudaba que conmovidos con un espectáculo tan lastimoso aplicarían su furor y renunciarían al desco cruel de ver morir al que contemplaban afligido con tantos males y abismado en un dolor tan profundo. Por esta razón, al

manifestarle al pueblo, exclamó con una gran voz : Ved aquí el hombre : *Ece homo* ; queriendo decir con estas palabras : Ved aquí el hombre cuya muerte solicitais con una obstinación tan ciega y tan bárbara. ¿No estais todavía satisfechos ? Ved el estado lastimoso a que le habeis reducido : *Ece homo*.

En el día de mañana explicaremos, con el auxilio de Dios, el misterio de estas profundas palabras, el cual está colazado con otros misterios. Por ahora observemos, para no interrumpir nuestro discurso, que en virtud de las órdenes de Pilatos fué el Salvador azotado y reducido a aquel estado tan miserable y tan doloroso. ¿Y no era una locura de su parte esperar que, cuando el juez se había mostrado tan cruel, pudiesen los acusadores moverse a compasión ? ¿Qué demencia la de suponer que podría desarmar la injusticia de los Judíos al presentarles el ejemplo de su propia crueldad, y de creer que contendría su ciego furor, después de haber condescendido hasta aquel punto ! ¿Qué locura la de creer, dice S. Leon, que el odio rebelde de los Judíos se extinguiría, cuando por el contrario se había guardado con el ejemplo de barbarie que Pilatos les había dado cubriendo de heridas al Salvador del mundo ; y que unos enemigos tan feroces dejarían de pedir la muerte de aquel a quien habían hecho sufrir tantos tormentos (1) ! El pueblo, que no estaba poseído por las pasiones de sus jefes, pareció conmoverse a vista de la paciencia inalterable que Jesús mostraba bajo el peso de tantas ignominias y de tantos dolores ; mas los pontífices, los magistrados y los fariseos, verdaderos perros rabiosos y ávidos de sangre, como los llama S. Juan Crisóstomo, se hicieron a vista de este espectáculo mas insolentes y mas bárbaros.

Al ver que el pueblo duda, se dan prisa, dice el Evangelista, a quitarle el tiempo para reflexionar, y a ahogar en él los movimientos de una compasión naciente ; ellos se adelantaron, y cubren su voz gritando antes que todos con nuevo furor : Lejos de nosotros ese criminal ; quitadlo de nuestra vista ; crucifícale, crucifícale : *Cum ergo edisissent eum Pontífices, et ministri, clamabant dicentes : Crucifige, crucifige eum*. No, responde Pilatos que no conocía bastante el odio de los Judíos, ni su propia debilidad, no, yo no me resolví jamás a crucificar a un hombre a quien reconozco inocente ; tomadle vosotros, si tenéis valor para ello, y crucifícale :

(1) *Petitur Judaeorum malitia cresceret : in quem obtineant sui illusiones, exigebant et mortis (Serm. de Pass.)*

Accipite eum vos, et crucifigite : ego enim non invenio in eo equum. El debe morir, replican con insolencia los Judíos, porque él se ha supuesto el Hijo de Dios, y según vuestra ley un crimen como este merece la muerte : *Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit*. Si, hombres ciegos, injustos y crueles, vosotros decís la verdad : según vuestra ley, Jesús debe morir. Vuestra ley es la ley de Moisés, vuestra ley son las profecías y los salmos donde la muerte del Mesías en la cruz se encuentra anunciada claramente. Esta ley la hizo el mismo Jesucristo de acuerdo con su Padre. El morirá pues ; es mas, él debe absolutamente morir : *Debet mori*, porque es imposible que lo que él mismo hizo escribir en la ley, y lo que hizo anunciar por los profetas, no se cumpla. El morirá, él debe morir, *Debet mori* ; mas en virtud de sus decretos, emanados de su libre voluntad, y no en consecuencia de vuestro odio. El morirá, y él debe morir, no porque se dice el Hijo de Dios, sino porque siendo verdaderamente Hijo de Dios, se hizo al mismo tiempo hijo del hombre para salvar a los hombres. Así pues mientras que vosotros blasfemais, hombres impíos, habláis como profetas. Vosotros anunciáis este gran misterio : Jesucristo, porque es Dios y Salvador de los hombres, debe morir en la cruz, como ha sido anunciado, para dar la vida a los mismos que preparan su muerte : *Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit*.

Al oír esta nueva acusación contra el Salvador : « El se ha supuesto el Hijo de Dios, ¿quién lo creyera ! Pilatos, añade el mismo Evangelista, se llenó de un temor respetuoso : *Cum ergo audisset Pilatus hunc sermonem, magis timuit*. En efecto el silencio de Jesucristo, la sabiduría profunda de sus respuestas, el milagro evidente de su mansedumbre y de su paciencia, su auge de grandeza y de majestad, y aquel esplendor divino que brillaba siempre en su semblante, sugirieron a Pilatos la idea de que lo que echaban en cara los Judíos al Salvador como un crimen, era realmente una verdad ; que aquel personaje tan extraordinario era verdaderamente el Hijo de Dios, y que por consiguiente el mismo se haría culpable de una impiedad enorme al pronunciar una sentencia de muerte contra un hombre que tenía por padre a Dios. Esta es la causa, dice el venerable Beda, por que tiembla Pilatos : esta es la causa por que se llena de espanto (1). O grandeza, o gloria del Re-

(1) *Non timuit quia legem audierat : sed magis timuit se Filium Dei occideret. (In Joann.)*

dentor! esclama San Alanasio; en la actitud misma de un criminal, hace temblar a su juez; y mientras que los Judíos exigen que Jesucristo sea condenado en virtud de su ley, Pilatos teme, al pronunciar esta inicu sentencia contra Jesus, pronunciar la suya propia, y esta sola idea le llena de horror (1).

Rasgo admirable del espíritu y del corazón de Pilatos, añade S. Cirilo, que es una figura de la docilidad con que los Gentiles recibieron la fe, cuando mas tarde oigan la voz de los apóstoles que les anuncian a Jesucristo. En el tribunal de Calífas, cuando Jesus se dio a conocer por Hijo de Dios, el gran sacerdote osó tratarle de blasfemo y sacrilego, y declararle digno de muerte; mas cuando Pilatos oyó de boca de los Judíos que Jesucristo se habia dado a conocer por Hijo de Dios, se siente movido de inclinacion y respeto hacia él. Mientras que Calífas no ve en el Hijo de Dios mas que un hombre culpable de blasfemia, Pilatos divisa en este hombre, tratado de blasfemo, al Hijo de Dios capaz de inspirarle veneracion y temor (2).

Así pues, poseído Pilatos de esta agitacion interior, vuelve a entrar en el peforio con Jesus, y con un aire respetuoso y afable le pregunta: Dime por favor claramente; ¿de donde eres? *Dixit ad Jesus: Unde es tu?* (Joan.) ¡O dichosa mudanza verificada en el espíritu de Pilatos! dice Eutimio. El no pregunta ya al Salvador, como la primera vez: ¿De qué te piensas? ¿Cuáles son los crímenes que has cometido? sino que se limita a preguntarle: ¿De donde eres? Con estas palabras queria decirle: ¿Pertenece a la tierra, ó descendes del cielo? ¿Eres solamente hombre, ó eres acaso Dios? (In Joan.)

La revelacion teológica, clara y precisa de la divinidad de Jesucristo, no procede de la carne y de la sangre, ni de los calculos o conjeturas del hombre, sino de la gracia de Dios Padre, a quien únicamente pertenece revelar su Hijo a los hombres: *Curo et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in calis est* (Matth. 16). Este Padre celestial no la concibe mas que a los pequeños y a los humildes que quieren aprovecharse de ella para la salvacion eterna, y la niega a la cimiento orgullosa que quiere hacer de ella el objeto

(1) *Timan Pilatus reum suum; et ipsemet suam in Christum quasi in se latum sententiam exhorruit.* (Serm. de Pass.)

(2) *Judici crimen amplius habent, asserentes Christum peccare in Deum: Pilatus videtur magnitudine rei ad famulatum impulsus, putat Deum esse Christum, licet homo videretur.* (In Joan.)

de una curiosidad vana y estéril. Pues bien, Pilatos se encontraba desgraciadamente en esta ultima disposicion. Además el Señor le habia habido ya muchas veces, pero sin utilidad alguna. Por consiguiente, haciéndole oír de nuevo su voz, no le hubiera hecho mas veloso ni mas fuerte para sostener la justicia, ni menos débil, ni menos cobarde para sacrificar la inocencia a los respetos humanos. Y supuesto que la gracia, despues de haber llamado largo tiempo en vano, acaba por guardar silencio, Jesus por los motivos dichos no dio respuesta alguna a la pregunta de Pilatos: *Jesus autem responsus non dedit* (Joan.).

La especie de temor respetuoso que Pilatos habia concebido respecto a Jesucristo, era uno de esos movimientos pasajeros de terror que de tiempo en tiempo se apoderan de los pecadores, los sacan del sueño en que sus pecados los tienen sumergidos, y les hacen abrir los ojos al peligro de la condenacion eterna que les espera; pero bien pronto, abrumados bajo el peso de la costumbre, vuelven a caer en su funesto letargo, y se encuentran de nuevo colocados bajo el imperio de sus errores y de sus pasiones. De este modo Pilatos, despues de haber tributado un homenaje momentaneo a la divinidad del Salvador, vuelve a sus preocupaciones y no le considera mas que como un hombre. Y como no hay cosa mas irritable que el orgullo, Pilatos se ofende del silencio que Jesucristo guarda para castigarle; él deja de hablarle con el respeto que antes, y con un tono altanero le dice: ¿Quién eres tú para no querer responderme? ¿Ignoras quién soy yo? ¿No sabes que tu vida y tu muerte están en mi mano? *Ubi non loqueris? Nescis quia potestatem habeo crucifigere te; et potestatem habeo dimittere te?* (Joan.)

¡Ojer insensato! le dice S. Ambrosio; por esas palabras desenbres tu injusticia y propiamente tú mismo tu condenacion (1). Si es cierto, como te jactas de ello, que tienes el poder de absolver y de condenar, ¿por qué no has librado, por que has hecho omitir al acusado cuya inocencia has reconocido y proclamado, y que sabes muy bien que no tiene otro crimen que el odio ajeno y su propia virtud?

Mas ¡ay! los que quis se vanaglorian de su autoridad son los que conocen menos el uso legitimo que deben hacer de ella, el Dios de quien la reciben, y la cuenta rigurosa que se les exigirá un día. Los que mas se ensoberbecen de su poder son los que aluden de el mas

(1) *Tu, Pilate, voce castigaris; tua sententia dampnaris.* (In Ps. 118.)

facilmente. Tal era el gobernador Pilatos, y el pomposo elogio que él hace de su poder en presencia de Jesucristo es el preludio del uso injusto que iba á hacer muy pronto de él.

La Sabiduría incarnada no creyó sin embargo que debía dejar pasar esta réplica sin revelar lo que tenía de insolente: ¿Qué decís, Pilatos? le contesta Jesús. ¿Por qué tanto orgullo en hacer vuestra autoridad superior á la mía? Sabed que no tendréis poder alguno sobre mí, sino se os hubiera concedido de lo alto: *Non haberes potestatem aduersum me uliam, nisi tibi datum esset desuper* (Joan.). ¡O bellas y majestuosas palabras de nuestro Salvador! esclama en este lugar S. Cirilo. En la condicion de esclavo, habla como soberano. A la autoridad de Pilatos opone la suya propia, y reprime el orgullo insensato del hombre que se envanece delante de Dios de la autoridad que ha recibido prestada de este mismo Dios (1).

Ademas, las palabras de Pilatos parecían indicar que Jesús iba á morir por la voluntad ó el capricho del representante del César, lo cual destruya la libertad del sacrificio del Salvador. Pues bien, en esta ocasion no quiso Jesucristo dejar de manifestar la importante verdad de que: él se ofrecia á la muerte por su voluntad, sin ser obligado á ello por ninguna fuerza exterior. Por consiguiente, el sentido de su respuesta, según Teofilacto, era este: ¿De qué os vanagloriais? Vos nada podreis sobre mí si mi Padre no me hubiera sometido á vuestro juicio, y yo mismo no hubiese aceptado este juicio de mi propia voluntad. Vos creieris el arbitro, y no sois mas que un instrumento ciego elegido por mi Padre para el cumplimiento de los designios que ha formado sobre mí (2).

Sin embargo, observa Eutimio, á fin de que Pilatos no se hiciese ilusion hasta el punto de no creerse culpable de injusticia por haber sometido á Jesucristo á los azotes, y por querer condenarle á muerte (*In Joan.*), el Salvador añade: Sabed sin embargo, ó Pilatos, que el pecado del que me ha entregado á vos es mucho mas enorme que el nuestro: *Propterea qui me tradidit tibi mox peccatum habet* (Joan.). Y en estas pocas palabras, dice S. Agustín, descubre Jesús á Pilatos el horrible atentado que cometió Judas al entregarle á los Judíos, y los Judíos al entregarle á los Gentiles; pero es necesario conocer al mismo tiempo que Pilatos tampoco es inocente,

(1) Quoniam Pilatus potestatem favebat, opponit Christus potestatem suam, et iungit totum aduersum Dei gloriam tumentem deprimit. (*In Joan.*)

(2) Datum desuper dicit, id est: nisi me ipsum preberem et Pater concederet, non haberes potestatem in me. (*In Joan.*)

y que si su crimen, triste fruto de la timidez y de la debilidad, era menos grave que el de Judas y de los Judíos, que habia sido sugerido por la avaricia, el odio y la envidia, no por eso era menos positivo, y que él debía, como aquellos, ser castigado por las venganzas celestiales (1).

Pilatos sintió toda la fuerza de esta reconvenção, y comprendió que esta amenaza hecha con la dulzura de un amigo y la majestad de un soberano, era inspirada por la equidad y estaba llena de sabiduría. Desde entonces, *exinde*, ó como la explica S. Agustín, para no esponerse á cometer el pecado enorme de hacer morir á un inocente, llevado á su tribunal por un odio injusto, trató Pilatos de buscar otro medio para poner al Salvador en libertad: *Et exinde querebat Pilatus dimittere eum*. (Joan.)

Mas la infame malicia de los Judíos conoció bien pronto las nuevas disposiciones del presidente en favor de la compasion y la justicia, y volvieron á comenzar el tumulto y los gritos, diciendo: Sabed, Pilatos, que si dais libertad á este hombre, será para nosotros una prueba de que no sois amigo ni representante del César, sino su enemigo y su rival; porque todo el que se hace rey, como esto, se declara contra el César; y todo el que protege á un rebelde, se muestra tambien rebelde al César: *Judæi autem clamabant dicentes: Si hunc dimittis, non es amicus Cesaris: omnis enim, qui se regem facit, contradiçit Cesari*. (Ibid.)

Así pues los sacerdotes y los magistrados judíos principiaron por condenar al Salvador en su Sanhedrin como culpable de blasfemia; ellos le acusaron en seguida de rebelion en el tribunal de Pilatos; despues, renunciando á acusarle de alta traicion, le inculparon de nuevo como blasfemo y como usurpador sacrilego de la divinidad; y ahora, dejando á un lado el crimen contra la religion, renuevan contra él la acusacion de crimen de estado. Por la variacion de estos testimonios, que se destruyen al mismo tiempo que se suceden, manifiestan ellos que sus acusaciones no tienen fundamento alguno, y que en esta causa no hay nada evidente y cierto mas que la debilidad del juez y el furor infernal de los acusadores.

Por otra parte, ¡o cecio hipocrita y afeitado! ¡o aparienciá de fidelidad en unos hombres que violan la justicia! En tanto que estos acusadores injustos se muestran tan celosos de los derechos del Ce-

(1) Dicit: Mox peccatum habet, ut Pilatus etiam se habere intelligeret, illi invidendo; ita timendo. (Trinit. 116. *In Joan.*)

sar, desprecian altamente la ley de Dios; estos criminales pretendían intimidar á Pilatos por consideraciones de política, porque le habían encontrado indiferente respecto á los intereses de la religión; ellos le amenazan con la desgracia del César, porque conocen que no teme la desgracia de Dios cuando se manifiesta dispuesto á absolver á un blasfemo. Pero lejos de intimidarse Pilatos por estas amenazas y de mirar al Salvador como culpable por haberse llamado rey de los Judíos, desde su tribunal, proclama el mismo solemnemente la soberanía de Jesús, diciendo al pueblo: «Continuad, si os parece, en vuestros clamores; no por eso es menos cierto que el que vosotros acusáis de haber supuesto su soberanía es vuestro rey legítimo: *Sedis pro tribunali, et dixit Iulius: Ecce rex vester.* (Joan.) Palabras profundas y misteriosas, á las que me reservo dar en el día de mañana una explicación más extensa.»

A esta declaración inesperada de Pilatos, los Judíos no fueron ya dueños de contener su furor; ellos se encierran mas que burlados, ellos se consideraron insultados; y lanzando todos á la vez un grito inmenso de ferocidad, exclamaron: «¡Haced desaparecer al momento ese monstruo! ¡matadle! ¡crucifícale! *His autem clamabant: Tolle, tolle, crucifige eum.* (Joan.) Y sin embargo, Pilatos replica: Jesús es vuestro rey; ¿y me exigis que crucifique á vuestro rey? *Dixit eis Pilatus: Regem vestrum crucifigam?* (Ibid.) Mas furiosos, mas encenados que nunca responden los Judíos: ¿Qué rey es ese? ¿de qué rey nos habláis? nosotros no reconocemos mas rey que el César, el solo es nuestro legítimo soberano: *Responderunt pontifices, non habemus regem nisi Cæsarem.*

¡O ceguera! ¡o blasfemia! El Mesías prometido á los Judíos debía tener, según las profecías, el título de rey de los Judíos. Aun cuando su soberanía debía ser de una naturaleza diferente de la de los otros monarcas, sin embargo los Judíos le esperaban y le esperan todavía como rey. Menos culpables hubieran sido sin duda si hubiesen respondido á Pilatos: «El que vos nos presentáis como nuestro rey y como el Mesías, no tiene los caracteres ni los títulos legítimos que puedan hacernosle reconocer por tal; por esta razón no queremos oír hablar de él, y hasta tanto que nuestro rey y nuestro Mesías aparezca entre nosotros no obedeceremos mas que al César.» Pero decir en un sentido general y absoluto: Nosotros no queremos reconocer mas soberano que el César, era escluir, no solo cualquier otro rey contemporáneo, sino también cualquier otro monarca futuro; era repudiar de una manera explícita aun al mismo Rey-Me-

sías, el rey que les había sido prometido de la raza de Abraham, de la casa de David, y entregarse para siempre en manos de un rey gentil, de un rey extranjero, enemigo de su ley y de su nación; era desear el reino y los beneficios del Mediador, del Redentor y del Autor de la salvación eterna; era finalmente abandonar el punto capital de su fe y abjurar la verdadera religión.

Pues bien, una impiedad tan grande sufrirá su justo castigo; Dios concederá á los Judíos lo que han pedido; ellos tendrán el soberano que han elegido. Por haber preferido su dominación á la de Jesucristo; por haber preferido el reinado del hombre al de Dios, ellos tendrán, en lugar del Rey-Mesías que debía salvarles, el rey tirano, el César que han invocado; ellos tendrán á Vespasiano, que vendrá á degollarlos, á dispersarlos y á destruirlos.

Mas en tanto que Pilatos, sentado en su tribunal, continúa discutiendo con los Judíos, su esposa le envía á decir con uno de sus domésticos: «Guardate en tomar parte en la condenación de este justo; porque no puedes imaginar los sueños espantosos y las visiones terribles que me han llenado hoy de horror por su causa: *Nihil tibi, ei justo illi, multa enim passa sum hodie per visum propter eum.* (Matth.) ¡O prodigio de la gracia y de la revelación divina! exclama Bahano Mauro: la mujer de un pazzo, idólatra también, conoce y cree por el solo aviso de un sueño lo que los Judíos en el pleno ejercicio de sus facultades intelectuales no quieren creer ni comprender. (In Matth.) Y en tanto que los Judíos, como observa San Juan Crisóstomo, lanzan furiosos gritos, y vomitan horribles blasfemias contra el Hijo de Dios á quien acusan de malhechor, una mujer pagaña les da públicamente el mas solemne mentis, confesando, desde el tribunal del gobernador, que Jesús es inocente y justo. (Homil. in Parasc.) O mujer afortunada, digna de haberse hecho cristiana poco después, y de haber adquirido la santidad; porque tal vez es ella aquella Claudia Procula, discípula de S. Pablo, de quien este apóstol hace mención en su epístola á Timoteo, y que tuvo también la dicha, como es creíble, según el testimonio de Tertuliano y de S. Agustín, de convertir á Pilatos, su esposo, á la fe de Jesucristo.

Bajo qué aspecto tan consolador se nos presenta este misterio! El nos anuncia, dice S. Agustín, que los tiempos se han mudado, que la luz comienza á brillar en medio de la noche, y que la gracia se muestra mas abundante que el pecado. En la época de la creación, la mujer indujo al hombre á la desobediencia, á la blasfemia y á la

muerte; mas en el día de la Redencion la mujer volvió al hombre á la verdad, á la salvacion y á la vida. (21. de Temp.) La esposa de Pilatos, añade San Hilario, es ya el tipo viviente y profético de la Iglesia de los Gentiles que, hecha cristiana, irá bien pronto á convertir al Cristianismo los pueblos incredulos, en medio de los cuales se eleva. (In Matth.)

El testimonio de Procua hace desde ahora una impresión profunda en el espíritu de Pilatos: porque su esposa ha confesado públicamente que Jesucristo es el justo, y Pilatos repirá bien pronto estas palabras proclamando a Jesucristo el justo por excelencia, como veremos después. Así pues, un hombre y una mujer, nacidos los dos en el seno del gentilismo, hablando en esta ocasión en nombre de todos los hombres y de todas las mujeres del pueblo gentil, son, dice S. Geronimo, los primeros profetas y los primeros evangelistas que anuncian la santidad y la justicia del Salvador. (*In Matth.*)

En efecto, los Judíos habían empleado inútilmente las calumnias, las acusaciones, los clamores y las amenazas para arrancar a Pilatos la condenación de Jesús; ahora recurrían a una conmoción popular; y esos hombres que, afectando un celo hipocrita por el orden público, habían acusado y querían hacer morir al Salvador como sedicioso, organizan ellos mismos una sedición pronta a estallar, si Pilatos no cede a sus exigencias. Fácil hubiera sido prevenir y reprimir esta sedición en su principio, cuando todavía no se había seducido al pueblo, ni encendido su odio; pero al presente no era ya tan fácil apagar un incendio que la debilidad culpable del Jefe había dejado progresar. Pilatos en su timidez, no encuentra nada que oponer a este último argumento, a este peligro de una insurrección general, inminente y cierta: *Videns autem Pilatus quia nihil proficeret, sed magis tumultus fieret.* (Matth.) Conociendo por otra parte el carácter de los Judíos, naturalmente inclinados a las revueltas, y sabiendo que obedecían con disgusto a los Romanos, y que entonces se hallaban dispuestos a sucumbir violentamente al yugo, retrocede ante la inmensa responsabilidad que pesaría sobre él si esponía al César a perder un reino por no consentir en sacrificar a un hombre, y se confiesa vencido: *Pilatus autem volens populo satisfacere dimisit illi Barabbam, et tradidit Jesus flagellis cesusus, et crucifigetur.* (Marc.) *Pilatus adjudicavit fieri petitiones eorum.* (Luc.): escribe la sentencia de muerte de aquel cuya inocencia había reconocido y proclamado, y entrega a Jesús

á los soldados para que sea crucificado : *Et tradidit eis Jesum ut crucifigeretur.* (Matth.); O debilidad ! o injusticia ! Así debía cumplirse esta profecía : La vida del justo será sacrificada de una manera íntima, y la sangre inocente será injustamente condenada : *Captivum in animam justí, et sanguinem innocentem condemnabunt.*

A pesar de esto, para hacer mas auténtico y mas solemne el cumplimiento literal de esta profecía, al entregar Pilatos á Jesus para ser conducido á la muerte, practica una ceremonia misteriosa y absolutamente nueva en los anales de la justicia; haciendo que le llevasen agua al balcon donde se hallaba, se lava las manos en presencia del pueblo, y esclama con una voz sonora: Sabed, o Judíos, que yo me declaro inocente de la sangre de este justo; esto os pertenece á vosotros, y vosotros responderéis un día de la iniquidad que cometéis: *Accepta aqua, lavit manus coram populo, dicens: Inocens ego sum à sanguine justis hujus: vos videtis.* (Matth.) Indudablemente, dice un padre dirigidos á Pilatos, los Judíos responderán un día ante la Justicia de Dios por haber provocado la muerte de Jesucristo por un sentimiento de injusto furor; pero tú también, Pilatos, tú también tendrás que responder de haber cooperado, con una debilidad inexcusable, á un atentado tan enorme. Tú te lavas las manos, mas no puedes lavarte el corazón del crimen que has cometido al consentir que se sacrifique una persona cuya inocencia habías proclamado tú mismo. (*D. Paschus.*) ¿Desventurado Pilatos? añade S. Leon; en tanto que procura justificarse, se degrada y confiesa su propia culpabilidad; él purifica sus manos, pero esta accion prueba por sí misma que su corazón está manchado, que sus labios están profanados, que él pronuncia una sentencia de muerte contra un justo, y comete un crimen de que él mismo se declara inocente (1). Este es el error de todos los que se abandonan al pecado, concluye S. Buenaventura, cuando creen que Dios debe juzgar sus faltas como las juzgan ellos mismos; cuando se imaginan que una accion vergonzosa, porque no es grave á sus ojos, tampoco lo es á los de Dios; y que ellos no son culpables, porque en su demencia se absuelven á sí mismos. (*De Prov. Reliq. 28.*)

¿Cómo es posible no admirar, al lado de la insistencia infernal

(1) Lotis manibus, ore polluto, iisdem labiis Jesum misit ad crucem, quibus pronunciaverat innocentem. (Serm. II de Pass.)

con que los Judíos, excitados por el demonio, procuran hacer pasar á Jesucristo por culpable, la constancia celestial que Dios inspira sin duda á Pilatos en hacer proclamar su inocencia? Diez veces ha declarado que no encuentra en el crimen alguno, que ni aun puede echarle en cara la mas leve falta; mas este testimonio verbal no le satisface, sino que quiere dar otro mas sensible, el mas poderoso, y el mas solemne de todos, lavándose las manos á presencia de todo el pueblo reuniendo; pues por esta ceremonia singular, que ningún juez había practicado jamás, y que debía, por su misma novedad, producir la mas profunda impresión en el espíritu de todos los espectadores, testifico Pilatos de la manera mas viva y mas solemne la injusticia de los Judíos, su propia debilidad y la inocencia del Salvador. El hizo esta inocencia palpable en cierta manera; él la hizo ver aun á aquellos mismos que no habían podido oír sus palabras y dejó á todos los pueblos y á todos los siglos una memoria eterna de ella; esto es un monumento mas durable que el bronce y ninguna cosa es capaz de destruirlo. En efecto, estas palabras: *Yo lo he visto morir*, pasando desde este momento á todas las naciones y á todas las lenguas, cuantas veces se repiten, recuerdan necesariamente esta acción de Pilatos y la inocencia del Salvador.

¡Que espectáculo tan bello para la fe el de ver á Jesús declarado inocente, con una solemnidad tan extraordinaria y tan imponente, por boca del mismo juez que le condena á muerte y en el acto mismo de condenarle! Este acontecimiento, único y maravilloso, nos prueba que la persona, que es objeto de él, es en sí misma un ser maravilloso y único. Todas estas declaraciones, todas estas pruebas tan multiplicadas y tan públicas de la santidad del Mesías eran necesarias para refutar las calumnias futuras de los herejes y de los incrédulos, para quitar á la muerte de Jesús el escándalo, para alejar y hacer imposible la sospecha de que su castigo fué merecido y probar que su muerte fué un sacrificio puro y voluntario. ¡O salvadora, o poder de mi Dios, cuán visible os mostráis en todas las cosas! Vos solo, gran Dios, podéis inspirar al juez ese nuevo valor de eternizar el mismo la memoria de su injusticia y de la inocencia de vuestro Hijo, vos solo podéis preparar el encadenamiento de todas estas circunstancias, esta complicación de hechos extraordinarios y contradictorios, pero que se armonizan tambien en la muerte del Redentor, que le justifican sin librarle, que rinden homenaje á su santidad sin impedir su sacrificio, y que cumplen la profecía:

Captabant in animam Justi, et sanguinem innocentem condemnabant.

¡O misterioso contraste! dice Orígenes. Mientras que Pilatos protesta con todas sus fuerzas que él está inocente de la sangre de Jesucristo que se va á derramar, los Judíos redoblan sus esfuerzos para hacerse culpables de ella, y atraer sobre sí toda la iniquidad y toda la venganza. En efecto, no habíase acabado Pilatos de pronunciar estas palabras justificativas: «Yo estoy inocente de la sangre de este justo; vosotros sois los que responderéis de ella, o cuando el pueblo todo entero, dando un grito unánime, esclama: ¡Caija su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! *Et respondens universae populus, dixit: Sanguis ejus super nos, et super filios nostros.* (Matth.)

¡Pelejón criminal! ¡imprecación impía y horrible! pues que estas palabras podían entenderse así: Nosotros responderemos voluntariamente de esa sangre que vos llamais la sangre del justo. Nosotros consentimos, si es que debe ser vengada, en que la venganza caiga toda entera sobre nuestra cabeza y las de nuestros hijos. Si es un crimen derramar esta sangre, nosotros queremos que este crimen sea nuestro, nosotros lo aceptamos, y lo aceptamos como nuestro, nosotros cargamos con toda su responsabilidad y su odiosidad; y con tal que sea derramada, estamos dispuestos á que el castigo pese sobre nosotros, sobre nuestras familias y sobre toda nuestra posteridad: *Sanguis ejus super nos et super filios nostros.*

¡Impíos! sucederá lo que queréis. ¡Ay! esta imprecación infernal tendrá un eco terrible en toda la tierra, este desecio sacrilego será satisfecho. La única parte que pedís de esta sangre es el placer cruel de derramarla; esta parte os será concedida. Esta sangre divina caerá sobre vosotros, pero será para perderos en vez de salvaros. También caerá, según vuestras imprecaciones, sobre vuestros hijos, que por muchos siglos se verán envueltos en vuestro crimen y en vuestra maldición. Ella imprimirá en su frente la marca del deshonor y de la infamia, de modo que, sin nación propia, diseminados y fugitivos por toda la tierra como Cain, serán atormentados de Dios y de los hombres. A vista de vuestros descendientes, cómplices de vuestra apostasía y de vuestra impiedad, todos los pueblos de la tierra se llenarán de horror y de desprecio para con ellos; volverán sus ojos para no verlos, porque leerán escrita en su rostro con caracteres de sangre esta palabra indeleble: *Deicide.*

Por nuestra parte, amados hermanos, convirtamos el insulto en

homenaje, la imprecación en súplica, y digamos a nuestro Salvador, con los sentimientos de una humilde piedad y de una viva confianza: Señor, haced que vuestra sangre preciosa descienda sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Derramadla en nuestro espíritu para ilustrarlo, en nuestro corazón para convertirlo, en nuestra carne para purificarla, en nuestras familias para santificarlas y en nuestras casas para protegerlas. Haced que esta sangre divina nos libre de los castigos temporales y eternos que hemos merecido por nuestras culpas, como en otro tiempo la sangre del cordero, con que fueron marcadas las casas de los israelitas en Egipto, las salvó de la cólera del ángel exterminador: *Sanguis tuus super nos et super filios nostros*. Haced que sea nuestra santificación, nuestra defensa y nuestro consuelo en la tierra, á fin de que podamos repetir un día en los cielos este himno de reconocimiento: Os damos gracias, o Dios de infinita bondad, por haberos dignado redimirnos con vuestra sangre, dándonos de ese modo un derecho sagrado á vuestro reino celestial: *Redemisti nos, Domine, in sanguine tuo, et fecisti nos Deo nostro regnum*.

SEGUNDA PARTE.

Ya hemos visto que la sentencia de muerte, pronunciada contra Jesucristo, lejos de haber sido un acto de justicia, fué una iniquidad atroz. Hemos visto que el tribunal de Pilatos, por la debilidad del juez y por la malicia, el odio, las mentiras, las calumnias y el poder de los acusadores, fué una verdadera conspiración de criminales con el solo objeto de quitar la vida al justo, y de derramar una sangre pura é inocente.

Pero ¡ay! estos tribunales perversos, en los que se decreta la ruina de la inocencia, inundan hoy mas que nunca el mundo cristiano. En efecto, además de la vida natural que consiste en la unión del alma con el cuerpo, y que el homicida quita á sus semejantes, cada uno de nosotros tiene tambien una vida moral y civil que consiste en la posesión del buen nombre; y las armas con que nos quita esta vida son la murmuración y la calumnia. Por esta razon dice la Escritura de los calumniadores y de los murmuradores: Que sus dientes son mas mortíferos que flechas, y sus lenguas mas agudas que espadas (Ps.); si ellas no hieren el pecho, atraviesan el alma, y sino derraman la sangre del cuerpo, hacen en el corazón heridas incurables.

¡Ay! ¿qué dolor hay mas agudo ni mas punzante que el que experimenta el hombre al verse desgarrar por una lengua perversa? No basta, o murmuradores, decir que sois ladrones inhumanos, supuesto que arrebatáis á vuestro hermano el patrimonio mas rico, el tesoro mas precioso, lo que hay de mas apreciable en el mundo, es decir, la reputación, que los hombres estiman mas que todas las riquezas. Es necesario llamarlos tambien homicidas y asesinos, supuesto que quitáis á vuestro prójimo la vida civil, infinitamente preferible á la vida corporal; así es que S. Pablo decía: Yo quiero mas bien morir, que ser difamado (1).

Las reuniones mas escogidas, compuestas de los mas notable de la sociedad, desde el momento en que se desgarran sin piedad y sin miramiento la reputación del prójimo, son verdaderos tribunales semejantes al de Pilatos. Porque las mujeres, sea cualquiera su rango y distinción, y los hombres, por muy buenos que sean sus modales, ocultan sin embargo, bajo la máscara de la cultura y de la gracia, un corazón vacío de caridad y lleno de odio secreto. Todos acusan como falsos testigos, y como jueces iníquos condenan á muerte civil; todos se apresuran á infamar á sus hermanos justos é inocentes, generalmente con los crímenes de que ellos mismos son culpables.

¿Y es acaso raro este pecado de la murmuración? ¿No sé ha hecho por el contrario, valiendome de una expresión de los libros santos, tan común como el pan? En efecto, si es cierto que, sea cualquiera la exquisita variedad de manjares que cubren hoy día nuestras mesas, jamás falta en ellas el pan, no lo es menos que, sean cualquiera los asuntos diversos que alimenten la conversación en nuestras reuniones, y aun cuando se pase revista á todos ellos, religion, política, filosofía, literatura, bellas artes, y sobre todo modas, teatros é intrigas criminales, la murmuración jamás falta en ellas. Ella es el alimento de todos los círculos, la conversación obligada de todas las sociedades, el desahogo necesario de todas las personas aun las mas sabias, de modo que la conversación en el día de hoy es insipida sino ya mezclada con el pan de la murmuración: *Qui devorant plebem meam sicut escam panis*. E uno, por una ciega envidia, atribuye á la inocencia los defectos mas horribles, como hicieron los fariseos con el Salvador; el otro, imi-

(1) Bonum est mihi magis mori quam ut gloriam meam quis eracuet. (1. Cor. 9.)

tando la conducta de Jezabel para con Nabot, pone en duda la religión de las personas mas cristianas, á fin de usurpar sus cargos; este, movido por un ambicioso desden, se esfuerza en hacer sospechosa la fidelidad de los subditos mas leales, como hizo en otro tiempo Aman con Mardoqueo; aquel, irritado de haber encontrado en la virtud una resistencia inesperada, se venga bajamente presentando como infieles á sus deberes las madres de familia mas respetables, imitando así la conducta de los viejos con Susana. Y si eso que se llama calumnia es menos frecuente, ¿no es comun y ordinario ese pueril de descubrir un defecto secreto del prójimo, lo cual se llama murmurar por *revelacion*? ¿No sucede con frecuencia que se comenta un defecto real del prójimo, que se aumenta y se exagera hasta el punto de dar á una paja las dimensiones de una viga, que se llama murmurar por *exageration*? ¿No es comun suponer intenciones malas á las acciones mas santas ó mas indiferentes; hacer pasar por ficción la piedad de esta joven; por hipocresía la religión de aquel hombre; las obras de esta persona caritativa por vanidad; atribuir el celo de un eclesiástico á ambición; la vida retirada de un religioso á orgullo; los actos de un suhalterno á adulación; las invitaciones cordiales á miras interesadas; las vistas de política ó de deber á intrigas criminales, y las conversaciones afables á artificios de seducción, lo cual se llama murmurar por *interpretacion*? ¿No vemos que muchas veces se confirma por el silencio; se alienta con la sonrisa, y se aprueba con las miradas la murmuración de otros, lo cual se llama murmurar por *connivencia*? Finalmente, ¿no es el vicio ordinario de muchos cristianos el de manifestar estimación, reconocimiento y aun amistad á la persona que se quiere desacreditar, recordar alguna de sus virtudes para hacer crecer sus vicios, y principiar por el elogio á fin de hacer recibir mejor la censura, lo cual se llama murmurar por *traicion*?

¡Oh! entre los cristianos de nuestros dias, ¿cuántos Fariseos crueles, cuántos Pilatos injustos se complacen en herir cruelmente la reputación y en causar de una manera irreparable la muerte civil del prójimo!

Pero sabed, vosotros los que os dejais desgraciadamente arrastrar por la murmuración, que la equidad os obliga á restituir la honra al prójimo, del mismo modo que os impone la obligación de volver unos bienes que no os pertenecen; y que este deber es tanto mas riguroso cuanto que la reputación es superior á los bienes temporales. El hombre perdona mas fácilmente al que le ha despojado de

su tesoro que al que le ha arrebataido su honor. Y ved aquí por que no hay salvación para el calumniador ni el murmurador si no se desmienten á sí mismos. Y bien, ¿quién es el que cumple esta obligación tan natural, tan necesaria y tan rigurosa? Se murmura y se calumnia á todas horas y en todos los lugares; pero, ¿quiénes son los que se retractan de sus calumnias y sus murmuraciones? ¡Ay! son innumerables las almas que se pierden por este pecado, porque este pecado, tan fácil de cometer y tan difícil de reparar, es el que Dios perdona menos; porque la Escritura proclama que los calumniadores son los enemigos de Dios (1). Pensad tambien, hermanos míos, que ninguna cosa nos causa una aflicción ni un dolor mas sensible que cuando la murmuración descubre nuestros defectos ocultos ó los exagera, ó cuando la calumnia nos atribuye los que no tenemos. Guardémonos pues de hacer á los demás un ultraje que nosotros mismos sufriríamos tan difícilmente, la caridad mas agradable á Dios y mas útil á nuestro prójimo consiste, no en reparar los daños materiales hechos á nuestro hermano, sino en defender su reputación. Practiquemos con los demás esta caridad sublime que quisiéramos ver practicar con nosotros mismos. Ocultemos las faltas del prójimo con la prudencia del secreto, excusémoslas con el celo de la caridad, y Dios observará con nosotros la misma conducta; él ocultará, él olvidará, él nos perdonará nuestras faltas en su tierna misericordia, supuesto que Jesucristo ha hecho en su Evangelio el juramento solemne de que Dios nos tratará de la manera que nosotros hayamos tratado á los demás: *Eadem mensura, qua mensi fueritis, remittetur et vobis.* (Matth.)

(1) Detractores Deo odibiles. (Rom. 1.)

CONFERENCIA VIGÉSIMA CUARTA.

Jesucristo proclamado por Pilatos Rey y Mesías.

Num aliud possum loqui, nisi quod jussit Dominus, et quod posuerit in ore meo? Ad benediciendum adductus sum, et benedictionem prohibere non valeo.

¿Puede ya decir otra cosa que lo que el Señor ha mandado, y lo que él ha puesto en mi boca? Dios me ha traído para bendecir, y yo no puedo estorbar la bendición.

[Num. 23.]

Balac, aquel rey impío de los Moabitas, había empleado en vano las amenazas más terribles, las promesas más lisonjeras y las más brillantes ofertas para obligar a Balaam á maldecir al pueblo de Israel. El profeta, en vez de imprecaciones y anatemas, pronunció sobre el pueblo elegido palabras de paz y le anunció su prosperidad futura diciendo: Que una estrella maravillosa se elevaría un día sobre este pueblo, y que ella sería el signo del nacimiento y de la dignidad real del Mesías: *Orietur stella ex Jacob, et Homo (Septante) de Israel. Et clangor regis in illo*. Reconviniéndole entonces el rey furioso por haber cumplido su misión de una manera contraria á las órdenes que le había dado, es decir, por haber bendecido á su enemigo común, y hecho votos por su ventura y su gloria, en vez de llamar sobre él la maldición del cielo, le responde Balaam: «Príncipe, es en vano que hagáis estallar vuestro furor contra mí. Yo no puedo decir más que lo que el Dios de los Hebreos me ha ordenado, y lo que el mismo ha puesto en mi boca: *Num aliud possum loqui, nisi quod jussit Dominus, et quod posuerit in ore meo?* Ese Dios me ha conducido aquí para que bendiga á su pueblo; y un impulso secreto é irresistible ha arrebatado mi espíritu, ha cambiado mi corazón y ha forzado mi lengua de tal manera que no he podido articular más que palabras de bendición y de prosperidad: *Ad benediciendum adductus sum, et benedictionem prohibere non valeo*.

JESUCRISTO PROCLAMADO POR PILATOS REY Y MESÍAS. 393

Pues bien, Dios, para honrar la muerte de Jesucristo, renovó el prodigio que había obrado para ilustrar su nacimiento. Del mismo modo que Balaam, que pertenecía á la familia de los Gentiles, que profesaba la religión idólatra y ejercía la profesión de adivino y de impostor, fué forzado por Dios á proclamar, contra su propia voluntad, a Jesucristo Hombre y Rey en su nacimiento; así también Pilatos, salido igualmente del pueblo gentil, nacido en la religión pagana, y ejerciendo una profesión militar y política, fué obligado por el mismo Dios á proclamar á Jesucristo Hombre y Rey de los Judíos antes de enviarle á la muerte. En efecto él había pronunciado estas palabras: «Ved aquí el hombre: *Ecco Homo*;» y al presente escribe el mismo este título: «Este es Jesús de Nazaret, rey de los Judíos: *Hic est Jesus Nazarenus, rex Judaeorum*. De modo que Pilatos hubiera podido responder á los barbaros Judíos que esperaban una sentencia de infamia contra Jesucristo, y no un himno de gloria: que Dios había dirigido su lengua y conducido su mano, que había puesto en su boca estas palabras, y las había hecho salir de su pluma, y que él no había podido hacer otra cosa que glorificar al Señor en el tiempo mismo en que los Judíos querían que le deshonrase: *Non aliud possum loqui nisi quod jussit Dominus, et quod posuerit in ore meo*. ¡Qué grande y magnífico espectáculo para nuestra fe el de ver á nuestro Salvador condenado á muerte por el juez que le proclama al mismo tiempo de la manera más clara, más auténtica y más solemne Hombre-Dios, verdadero Mesías y Salvador del mundo!

Consideremos pues este primer evangelio, esta primera predica- ción hecha por un gentil, de las equalidades, del ministerio, de la grandeza y de la gloria de Jesucristo, reuniendo y esplicando uni- das estas dos grandes y misteriosas declaraciones de Pilatos: «Ved aquí el hombre; ved aquí el Rey de los Judíos;» y aprendamos por el ejemplo de un pagano á reconocer en Jesucristo no solo con las palabras, sino tambien con las obras, nuestro verdadero Dios, nues- tro Rey y nuestro Salvador.

PRIMERA PARTE.

Pilatos, al presentar á Jesucristo á los Judíos, en el estado deplora- ble á que le había reducido una ferocidad brutal, con una corona desgarradora en la cabeza, una caña en la mano y un andrajo de púrpura en los hombros, desfigurado por la salivas, cubierto de

heridas y de sangre, no tuvo otro objeto que el de mover el pueblo á compasion. Cuando después alzando la voz, dijo á los Judios: Ved aquí el hombre, *Eccce homo*, quiso decirles, segun S. Gerónimo: Ved aquí el estado en que se encuentra el hombre á quien queréis hacer morir. ¡Ah! si el titulo de rey que él se ha arrogado escita vuestra envidia y vuestra indignacion, que al menos la abyeccion profunda á que se ve reducido, pues que nada tiene ya de humano, escite vuestra piedad y atraiga sobre él vuestro perdon. Ya no puede ser objeto de vuestro odio, supuesto que su ignominia y su dolor han llegado á su colmo (1).

Mas esta expresion: *Ved aquí el hombre*, está fuera de todas las reglas ordinarias del lenguaje humano. El titulo de hombre que Pilatos da á Jesucristo en su sentido universal y absoluto es evidentemente misterioso, y supone que se ha hablado ya de este hombre. Y bien, ¿cuando y donde se ha anunciado jamás que debía venir al mundo este hombre extraordinario que Pilatos declara hoy haber venido ya? *Eccce homo*.

Para comprender la significacion de estas sublimes palabras, recordemos que desde el instante que el hombre desobedeció á Dios, el temor y el miedo de Dios se apoderó de los corazones de todos. Los antiguos, al solo nombre de Dios, temblaban como tiembla el vasallo al oír el nombre del soberano contra quien se ha rebelado, ó como el culpable al nombre del juez que debe condenarle. La alegría estaba entonces desterrada de las fiestas religiosas. La religion era el culto del temor, pues por medio de ceremonias lugubres y de ritos bárbaros se apresuraba el género humano á aplacar á la divinidad encolerizada. Los Hebreos, mas familiarizados con Dios, no experimentaban un terror tan grande, pero sus corazones se abrían mas fácilmente al temor y al miedo que á la confianza y al amor. La desgraciada humanidad conocia que tenía necesidad de que el mismo Dios descendiese á salvarla; pero necesitaba un Dios bueno, dulce, humilde, pobre y misericordioso, un Dios semejante al hombre, hijo y hermano del hombre, y que fuese verdadero hombre á fin de que pudiese calmar su temor, inspirar la confianza y excitar el amor. Ved aquí por que la humanidad, representada en la Sion florosa, suspiraba continuamente por la venida del Salvador, y en sus sentidas plegarias no cesaba de llamar al Hombre que la reconcili-

(1) *Eccce homo*; quædã dicit: Si res incidit, jam parit, quia obiectum videtur ferre ignominia, trahit incidit. (*In Math.*)

base con Dios, y por esta razon le decia Dios por boca de David: «No flores, Sion, porque tu sosten y tu Salvador tarda en venir. Porque nacerá ciertamente en tí y de tí ese hombre tan suspirado; y será el Altísimo, el Hombre-Dios el que te asentará sobre los fundamentos de la confianza y del amor (1).»

Pues bien, este hombre tan deseado y prometido tantos siglos antes, habia venido al fin; este era Jesucristo, que se llamó á sí mismo el *hijo del hombre*, su amigo y su hermano, y que se hizo verdaderamente hombre para salvar al género humano. Y aunque este hombre tan lleno de ternura, de compasion y de amor se haya ocupado de la salvacion del hombre desde su nacimiento, se muestra mas principalmente el hombre salvador del hombre en medio de los dolores de los azotes, de la coronacion de espinas y de las demás ignominias de su passion. Cuando Pilatos le presenta en este estado á los Judios y á los Gentiles que asisten á tan triste espectáculo, cuando le presenta así al mundo entero, cuando finalmente esclama: Ved aquí el hombre, *Eccce Homo*, es, no solo el representante del César, sino tambien el vicereyente de Dios. No solo un hombre movido á compasion, sino un profeta inspirado por el Espíritu Santo, que en nombre de Dios y por su orden dice á la humanidad paciente: Hombres, enjugad vuestras lágrimas; cesad de elevar preces al Señor para obtener de él el hombre de quien tenéis necesidad. Este hombre, objeto de tantos deseos, ha venido ya; vedle, yo os le presento: *Eccce homo*. Ved aquí el verdadero hombre que tiene la naturaleza humana sin tener sus manchas, que tiene la carne sin la concupiscencia, y la miseria sin el pecado: *Eccce homo*. Ved aquí por consiguiente el hombre que es la imagen perfecta de Dios, el hombre tipo, el hombre modelo, el hombre perfecto, el único que puede rehabilitar al género humano, porque es verdadero Dios, sin embargo de ser verdaderamente lo que aparece: el verdadero hombre, *Eccce homo*. Mortales, contempladle; y en ese rostro digno de compasion, en esas miradas amorosas, en esa actitud humilde, dulce y paciente en medio del océano de oprobios y de dolores, en que está sumergido por nosotros, reconoced el hombre que es el verdadero Salvador del hombre: *Eccce homo*. ¡Ah! si la justicia de Dios, que habéis provocado tantas veces con vuestros estravios, os aterra, si la majestad de Dios os espanta, si la grandeza de Dios os amedrenta

(1) Num quid Sion dicit: Homo? El homo natus est in ea. Et ipse fundavit eam Altissimus. (*Ps.*)

y os hace temblar; ahora que este Dios os presenta á vosotros en la actitud amante y misericordiosa del hombre, y que en este Dios que os rescata no veis mas que el hombre que os ama, *Ecco homo*, destruíd el temor de vuestros corazones para dar lugar en ellos á la confianza y el amor; adoradle como Dios, y si Dios es demasiado grande en sí mismo, amadle en este hombre en quien está encerrado, y que sin dejar de ser verdadero Dios, es al mismo tiempo verdadero hombre, amigo y hermano del hombre: *Ecco homo*.

O admirable providencia de Dios! Del mismo modo que el Señor se había valido del odioso Calías para hacer profetizar al mundo de la eficacia de la muerte de Jesucristo, así tambien se sirve ahora del injusto Pilatos para manifestarnos la ternura de su amor. Calías nos muestra en Jesucristo el hombre que debía morir para conquistar la vida de todo el género humano: *Prophetavit: expedit ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat*; Pilatos nos hace ver el hombre que nos ofrece su corazón y nos reclama el nuestro: *Ecco homo*. ¿Qué dulzura y qué encanto no se encuentra en esta palabra, *Ecco homo*, que nos presenta el hombre en nuestro Dios y en nuestro Salvador! ¡Oh! ¡cómo arrebatá nuestro corazón! ¡cómo lo quima, lo alienta y lo eleva á la amistad y el amor de Dios!

¿Como es posible leer ú oír estas palabras de Pilatos: Ved aquí el hombre, *Ecco homo*, sin recordar estas otras palabras de Balaam: El hombre nacerá de Israel, *Orietur homo de Israel*? ¿Como es posible no ver que Pilatos, aunque injusto, anunció como venido ya el mismo hombre que Balaam, profeta impio, había anunciado que debía venir? Y supuesto que estos dos personajes hablaron del mismo misterio, el uno como futuro, y el otro como cumplido ya, no es posible dejar de reconocer en los dos la inspiración del mismo Espíritu, ni dejar de ver que puede decirse de Pilatos lo mismo que de Balaam, que el mismo Dios movió su lengua para bendecir á Jesucristo y proclamar su gloria: *Non aliud possum loqui nisi quod jussu erit dominus, et quod posuerit in ore meo*. ¡Gracias os sean dadas, o Señor, por haber puesto en los labios de Pilatos unas palabras tan bellas y tan fecundas, y haberlas hecho salir de ellos tan puros! ¡Gracias os sean dadas por haber elegido un Gentil, un Romano para ensalzar á vuestro divino Hijo, y por haberle obligado á hablar de tal manera que conquistase para este hombre divino nuestros espíritus, nuestros corazones, nuestras alabanzas, nuestras bendiciones y nuestro amor!

Mas ántes de que Jesus vuelva á entrar en el pretorio, echad una

mirada sobre él, vosotros malos cristianos, y al verle con los ojos del espíritu en ese abismo de dolor y de amor considerad que Dios su Padre os repite por boca del gobernador romano: Ved aquí el hombre, *Ecco homo*; es decir: Ved aquí el hombre, ved aquí vuestro modelo; ved aquí vuestro maestro, cuya enseñanza no seguís; ved aquí vuestro señor por cuya gloria no os interesáis; ved aquí vuestro rey cuyos leyes no observáis; ved aquí vuestro redentor cuya gracia despreciáis; ved aquí vuestro juez cuyos castigos no teméis; ved aquí vuestro Dios cuya autoridad holáis, cuyo culto profanais y cuya religion abjurais publicamente muchas veces con vuestra vida criminal. Para vosotros ningún amigo es vendido, ningún bienhechor es olvidado, ningún padre es desobedecido, ningún esposo es deshonrado tanto como él. Para vosotros apenas es él un hombre; mas ¡ay! ¡desgraciados de vosotros! ¡sabad que este hombre es Dios! ¡Ay! mudad de vida, si no queréis experimentar un día la justicia y la severidad de Dios, por haber abusado de la misericordia del hombre que se presenta hoy á vosotros dulce y compasivo: *Ecco homo*.

Entre tanto Pilatos, nuevo Balaam, recibió de Dios la misión de proclamar, no solo la dulzura, la bondad y el amor que caracterizan á Jesucristo, sino tambien su dignidad y su grandeza; misión que cumplió á pesar suyo y sin comprenderla, con la fidelidad de un profeta, con el celo de un apóstol y de un evangelista. Desde el principio hasta el fin del proceso, jamás dejó Pilatos de dar á Jesus el título de Cristo, es decir de ungido, y de Rey de los Judios. Su lengua jamás se detuvo al darle esta calificación; su juicio en este particular jamás fué incierto. En vano los Judios le amenazan con la desgracia del César, si pone en libertad á Jesucristo, que había dicho en presencia del representante del emperador: «Si, yo soy rey, *Tu dicis quia rex sum ego*;» esta amenaza que debía al parecer aterrar á un desgraciado gobernador que carecía de valor y de firmeza; esta amenaza, que debía al parecer impedirle que dicese el título de rey al pretendido criminal, y reconociese en él una dignidad tan eminente; esta amenaza, repito, lejos de obligar á Pilatos á retirar sus expresiones y á mudar de lenguaje, le inspira un nuevo valor. No sólo no considera ya el título de rey de los Judios como una usurpación de parte de Jesucristo, sino que él mismo se lo da como su propio nombre, como una igualdad que le pertenece; y no contento con haberle llamado muchas veces *rey de los Judios*, de una manera accidental y como de paso, le confirma este título y se lo confiere de una manera auténtica, jurídica y solemne.

El evangelista S. Juan dice que después de los gritos amenazadores de los Judíos, los que debieron al parecer haber intimidado a Pilatos, esto por el contrario entra en el pretorio, toma a Jesús de la mano, le conduce de nuevo al balcón de palacio que dominaba la plaza donde estaban reunidos todos los Judíos: *Cum audisset hos sermones, adiit foras Jesum*; en seguida hace trasladar la silla de piedra en la que acostumbraba pronunciar las sentencias, y que se llamaba en griego *Lithostrotos* y en hebreo *Gabbata*; se sienta en ella como un magistrado que va a pronunciar una sentencia importante: *Et sedit pro tribunali*. Era cerca de la hora sexta, es decir cerca del mediodía, en el día de viernes; él presenta a Jesucristo al pueblo reunido en masa en aquel lugar, y con una voz majestuosa y sonora pronuncia estas palabras: Pueblo Judío, ved aquí vuestro rey: *Et dicit Judæis: Ecce rex vester*.

Todas estas circunstancias tan interesantes, las personas, el lugar, el día y aun la hora en que Pilatos hizo esta declaración solemne, referidos con tanta exactitud por el Evangelista, indican que este lugar de la pasión es el más interesante de todos y que encierra un grande y profundo misterio. Para comprender este misterio es necesario observar que el título de rey de los Judíos, sin otra adición, era para el pueblo sinónimo de Mesías. Que todos los pasajes de la Escritura y todos los profetas habían designado al Mesías con el nombre de rey de los Judíos, y que aun en el día de hoy le esperan los Judíos bajo este título. No es esto decir que el Mesías debía reinar solamente en la nación judaica, supuesto que, según las mismas profecías, su reino debía extenderse a todas las naciones hasta los confines del mundo: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam*; sino que, según la explicación que ha dado S. Pablo, no debía tener dos troncos, dos raíces de verdaderos creyentes, sino una sola, es decir, la raíz judía que había conservado el conocimiento de Dios y la fe en el futuro Mesías. Porque los Gentiles no debían hacerse cristianos sino entrando en la casa de Jacob, ó hablando sin figuras, en la Iglesia nacida en el seno de los Judíos, y los mismos Gentiles debían formar con los Judíos una sola familia, una sola posteridad, un solo pueblo heredero de la fe y de las promesas de Abraham, en una palabra una sola Religión. Por consiguiente, rey de los Judíos significaba también rey de los Gentiles, rey de los verdaderos creyentes, Rey-Mesías y Salvador del mundo; y el título de rey de los Judíos se le daba, dice San Agustín, para designar el origen, la cadena no interrumpida, la unidad de la verdadera religión.

Pilatos no podía ignorar que los Judíos aguardaban un Mesías que debía ser su rey, y las respuestas de Jesucristo, su mansedumbre, su paciencia y su majestuoso continente no le permitieron dudar, dice Orígenes, que él era precisamente el Rey-Mesías que aquel pueblo esperaba (1). En este sentido misterioso dió á Jesucristo con tanta frecuencia el título de rey de los Judíos, y reconoció en él la dignidad de rey, pero de un rey diferente de Herodes, cuya soberanía era más bien religiosa que política, y que no podía inspirar celos á él ni al César.

Ved aquí por que, como dice el Evangelista: Pilatos se sentó en su tribunal: *Sedit pro tribunali*. Así pues, al decir Pilatos á los Judíos: Ved aquí vuestro rey, no hablo como hombre privado, sino como juez; no emitió una opinión, sino que formuló una sentencia; no dijo una lisonja, sino que pronunció en última instancia, como juez supremo, una sentencia verdadera, justa é inapelable. Y ¿qué fue lo que motivó esta sentencia? Jesucristo había declarado muchas veces que él era el verdadero Mesías ó el verdadero rey de los Judíos. Los Judíos no querían reconocerle como tal; lejos de eso, le acusaron de haber usurpado esta cualidad eminente: *Hunc invenimus dicentem se Christum et regem esse*. Se necesitaba pues un juez imparcial, un juez extraño á la religión, al pueblo, á las preocupaciones y á las pasiones de los Judíos, para que decidiese solemnemente esta importante cuestión. Pues bien, Pilatos es un juez romano y gentil, él es por consiguiente imparcial, elegido por los mismos acusadores, y por lo tanto no puede ser sospechoso. Él observa en este gran proceso todas las formalidades de un verdadero juicio: *Sedit pro tribunali*. El oye á Jesucristo, que afirma que es el rey de los Judíos, y á los Judíos que lo niegan absolutamente. Él pesa las palabras con que Jesucristo le ha dado idea de su reino, y las encuentra llenas de sentido y de razón; él examina y compulsa escrupulosamente los cargos de la acusación presentada por los Judíos, y los encuentra desnudos de pruebas. Él ve brillar todas las virtudes en el semblante del Salvador y manifestarse todas las pasiones en la conducta de los Judíos. Él piensa que donde reinan las pasiones se encuentran la injusticia y el error, y que la verdad y la justicia se hallan siempre al lado de la virtud. En seguida, después de haber oído á las partes en sus debates contradictorios, y de haber sometido el asunto á un maduro examen, decide en favor

(1) Pilatus Jesum Christum esse confitebatur. (In Math.)

de Jesús, y declara en forma de sentencia: Que Jesús es el verdadero rey de los Judíos, ó el Mesías que se les había prometido y que ellos esperaban: *Sedit pro tribumli; et dicit Judais: Ecce rex vester.*

Por otra parte, nada es tan magnífico, tan augusto ni tan glorioso para Jesucristo como esta declaración de Pilatos. El día en que se hace es el mas solemne del año, es el de la Pascua, es el día en que estaban reunidos en Jerusalem los Judíos que habian acudido de todas las provincias para celebrar allí esta solemnidad. Era cerca del mediodía, hora en que todos podían asistir. El lugar en que se verifica este acontecimiento memorable es la plaza pública, en la que se había reunido una inmensa multitud; el tribunal donde se pronunció esta gran sentencia se manifiesta por el Evangelista en griego y en hebreo, para hacernos comprender este misterio importante: Que el Judío y el Griego, ó en otros términos los Judíos y los Gentiles fueron igualmente partes interesadas en esta sentencia, y que desde este instante el Gentil reconoce y confiesa por primera vez al Mesías que el Judío ha negado.

¡O admirable providencia de Dios en haber elegido, para revelar la dignidad del Salvador, el mismo juez que le condena á muerte! Así pues, en los designios de Dios, la barbarie de los soldados en el pretorio no hizo otra cosa que preparar el camino á esta sentencia de Pilatos. Los reyes y los pontífices se revisten ordinariamente de las insignias de su dignidad antes de ser proclamados y reconocidos; ved aquí por que la mano de Dios se sirvió de la ferocidad brutal de los soldados para preparar á Jesucristo la corona dolorosa, el cetro de caña y la púrpura insultante que son unos atributos ridículos á los ojos de los hombres, pero que son al mismo tiempo las insignias reales mas convenientes y mas adecuadas á un rey de los Judíos, Redentor de los hombres; por esta razon se vale tambien ahora de Pilatos para hacerle dar la investidura de esta dignidad real de la manera mas solemne, mas legal y mas auténtica, y para hacerle proclamar á la faz del mundo verdadero Mesías y Salvador del mundo.

De este modo se cumple una admirable figura profética. Ved aquí al verdadero Joad, cubierto ya con las señales de la soberanía, y á su nuevo Joad que le saluda rey, á pesar del furor y de las intrigas ambiciosas de la verdadera Athalia, la sinagoga de los Judíos. Pilatos no comprende lo que dice ni lo que hace; pero todo lo que dice y lo que hace es un gran misterio. Y su constancia en dar á Jesucristo, lo mismo en público que en secreto, lo mismo en estilo familiar que bajo la forma

jurídica, el título de rey de los Judíos tan insufrible para este pueblo; y su valor en manifestar, á despecho de todas las amenazas y de todos sus clamores, que reconocia como una dignidad real de Jesucristo aquella de que los Judíos le habian formado un crimen; y su convicción de que: *Jesucristo era verdaderamente el rey religioso de los Judíos*, convicción tan íntima, aunque confusa, que ninguna consideración humana pudo destruir ni debilitar; todas estas cosas son unas pruebas muy claras, dice S. Agustín, de que la eterna verdad de Dios habia grabado profundamente estas ideas en su espíritu y en su corazón, y que ella fué quien hizo hablar su lengua (1); de donde se sigue que, así como en otro tiempo, al profetizar Isaiam que un rey extraordinario y famoso naceria un día en Israel, no dijo mas que lo que quiso Dios hacerle decir, así tambien Pilatos, al declarar ahora que este rey ha venido ya, no hace mas que servir de instrumento á los designios que Dios habia formado de glorificar á Jesucristo, haciendo publicar por dos Gentiles, y en el intervalo de dos mil años, la grandeza, las bendiciones y la gloria de su Hijo.

Mas esto no es bastante en los consejos de Dios; esta grande declaración, esta magnífica sentencia, esta verdad importante, salida de la boca del supremo juez, debía ser consignada por escrito, y colocada sobre el trono del nuevo rey en caracteres inteligibles á todos los pueblos de la tierra, á fin de que los que no habian podido oír, pudiesen al menos leerla y comunicarla á los demas, de modo que nadie pudiese alegar ignorancia con respecto á ella. Esto es justamente lo que hace Pilatos.

Pero ¡ay! ya se dispone á escribir la sentencia de condenación, que segun el uso de aquellos tiempos debia colocarse sobre la cruz. Sin duda él va á inventar y á atribuir á Jesucristo algun crimen supuesto, que por la publicidad que va á recibir sobre la cruz, va á cubrir de deshonra al crucificado. Pilatos no puede obrar de otra manera por el interés de su reputación, para librarse del oprobio de una sentencia injusta, y para que no pueda decirse que ha condenado á pena capital á un hombre que no era culpable... Pero no temais, nos dice S. Lorenzo Jusuliniano, Pilatos no trazará ese testimonio ni escribirá esa inscripción destinada á ser colocada sobre la cruz, sino bajo la inspiración del Espíritu Santo (2). El no dirá mas ni menos

(1) *Avelli ex ejus corde non potuit Jesum esse regem Judaeorum: tanquam hoc illi ipsa veritas fecerit. (Tract. 119. in Joann.)*

(2) *Spiritu Sancto affluente; hunc titulum Pilatus scripsit. (De Christ. Agon.)*

que los que Dios quiera; él no dirá cosa alguna que no sea verdadera y gloriosa para el sentenciado.

En efecto, Pilatos no hace otra cosa que confirmar por escrito en esta inscripción las magníficas declaraciones que había hecho hasta entonces del carácter y de la dignidad de Jesucristo.

Él había declarado en voz alta que Jesucristo era el verdadero hombre, el hombre perfecto, el hombre madeiro de todos los hombres, y por consiguiente no solo verdadero hombre, sino también verdadero Dios, porque solo Dios podía ser el Salvador del hombre. Pues bien, esta doble declaración fue precisamente la que formuló en la inscripción de la cruz, que, según los Evangelistas, fué redactada en estos términos: «Este es Jesús Nazareno. Este es el rey de los Judíos: *Hic est Jesus Nazarenus* (Matth.). *Hic est rex Judaeorum* (Luc.).» Mas al decir Nazareno, esto es originario de Nazaret según la carne, no hizo mas que repetir que era verdadero hombre: *Ece Homo*; y al escribir *Jesus, rey de los Judíos*, formuló por segunda vez esta sentencia que había ya pronunciado: Pueblo judío, ved aquí nuestro rey: *Ece rex vestri*.

A vista del título de *rey de los Judíos*, título angusto y sagrado que constituía la soberanía de Jesucristo, y que, á escepcion del Mesías, no podía, sin cometer un gran crimen, aplicarse á ningún hombre, aun cuando fuese rey ó emperador; á vista de este título misterioso, repito, colocado en lo alto de la cruz de aquel á quien habían querido hacer morir como un malhechor, los príncipes de los sacerdotes se espantizaron y se llenaron de confusion y de horror. Este era en efecto un magnífico testimonio tributado á la inocencia y á la dignidad de Jesucristo por el mismo juez á quien ellos habían confiado esta célebre causa; porque esta inscripción atestiguaba claramente que Jesús era el Mesías: *Hic est Jesus, rex Judaeorum*; ella acusaba á los Judíos y los presentaba, á los ojos de toda la nación y del mundo entero, capaces de haber solicitado la muerte de su rey y su Mesías que les estaba prometido. Ya preveían ellos mismos que el recuerdo de tal crimen los cubriría de un opróbio eterno. Al momento el Sanhedrín se presenta en cuerpo á Pilatos, y con un intento de rabia y un tono de amenaza le hace observar que según costumbre debía escribirse sobre el patíbulo de los sentenciados los crímenes que los habían llevado al suplicio; que la inscripción que él había puesto sobre la cruz daba á entender que Jesús era verdaderamente rey de los Judíos, debiendo expresar por el contrario que él había usurpado este título; que ella indicaba la soberanía de

Jesucristo sobre los Judíos como un derecho legítimo y no como un atentado; que por consiguiente de esta inscripción resultaba que Jesús non era culpable de crimen alguno, pues que ninguno designaba, y que por lo mismo este escrito demostraba la infamia del pueblo que había pedido su muerte, y la de Pilatos que la había sancionado.

Ved aquí por que los pontífices hacen á Pilatos las mayores instancias; ellos le conjuran, y aun se atreven á amenazarle, para que reforme esta inscripción, escribiendo en su lugar que Jesucristo pretendía injustamente ser el rey de los Judíos, pero que en realidad no lo era: *Dicebant ergo Pilato Pontifices judaeorum: Noli scribere Rex Judaeorum: sed quia ipse dixit: Rex sum Judaeorum.* Pontífices insensatos! les dice San Agustín, ¿creéis que Jesucristo perderá la cualidad de verdadero rey de los Judíos, que el mismo ha declarado pertenecerle, porque vosotros logreis quitarle el título? ¿Sucedirá acaso que lo que la Verdad en persona ha firmado como cierto, dejará de serlo porque vosotros no queráis que lo sea (Aug.)? Esta idea es la misma que al parecer tiene Pilatos; y ved aquí por que responde decididamente á las instancias, al furor y á las amenazas de los Judíos: Vosotros exigís demasiado. A pesar de vuestros clamores, el título permanecerá tal como lo he trazado; ne se hará en él la mas pequeña alteración. Lo que yo he dicho está dicho, y lo que he escrito está escrito: *Respondit Pilatus: Quod scripsi, scripsi* (Joan.).

¡O poder incontestable de la acción divina! esclama en este lugar S. Juan Crisóstomo. ¿Cómo muda, subyuga y arrebató aun los corazones infieles! Dios ha dicho terminantemente en el libro de los Salmos: Cuando la inscripción de la cruz esté colocada no seas tan temerario que quieras hacerle ninguna variación. Así pues, cuando Pilatos se obstina en conservar este título tal como lo escribió desde un principio, es porque en su corazón resuena secretamente como una especie de ruido sordo esta voz profética, esta prohibición de Dios, á la que él obedece elegantemente, para cumplir esta admirable profecía.

En efecto, el representante de César, en una posición humanamente independiente, nada tenía que temer ni esperar de un sentenciado que estaba á punto de ser conducido al patíbulo. No puede pues alegarse que él quiso conservar lo que había escrito para agradar á Jesús. La inscripción, tal como él la había concebido, irritaba profundamente el orgullo de los Judíos; además atestiguaba la injusticia del mismo Pilatos, le deshonraba y le exponía al peligro de

de ser acusado ante el César de haberle otorgado, por su propia autoridad, el título de rey de los Judíos a un hombre tan odioso a la nación judía, que ni aun siquiera quería oírle nombrar. Tampoco puede decirse que Pilatos se obstinase en sostener su primera redacción por interés personal ó por política, siendo así que la política y el interés personal le imponían la ley y la obligación de satisfacer las reclamaciones de los Judíos. Pilatos es ese mismo juez tan débil que había cedido á las exigencias del pueblo en todo cuanto habían pedido con respecto á Jesucristo, hasta el punto de ponerse en contradicción consigo mismo, y cubrirse de oprobio al condenar, contra su conciencia y contra sus declaraciones, á un acusado cuya inocencia había reconocido y proclamado ya muchas veces. No puede por consiguiente decirse que Pilatos rehúase modificar lo que había escrito, por firmeza de carácter, por obstinación en su propio juicio ni por respeto á su palabra. ¿Y como puede explicarse este hecho tan extraordinario? Como Pilatos, sin interés alguno, y aun á riesgo de indisponerse con los Judíos y de incurrir en la desgracia del César, después de haber consultado en la eructación de Jesús, se obstinó en no querer mudar cosa alguna á la inscripción de la cruz? Como se concibe que, después de haber manifestado tanta ligereza y tanta inconstancia al pronunciar la sentencia de muerte, diese repentinamente el ejemplo de una firmeza tan incontestable en una cosa que podría parecerle indiferente; y que, después de haber cometido la más notoria injusticia por no disgustar á los Judíos, prefiriese exponerse á su indignación y á su favor mas bien que variar una simple inscripción? El ni aun siquiera los escucha; es mas, el los arroja vergonzosamente de su presencia. ¡Ah! Pilatos, dice San Agustín, abandonado á sí mismo, no hubiera jamás hablado ni escrito así, ó en todo caso se hubiera retractado al momento, como lo había hecho otras muchas veces. La mano de Dios pues se manifiesta aquí palpablemente. Una fuerza superior guía el pensamiento de Pilatos en estas graves circunstancias; su inspiración procede de lo alto. Según las profecías, el Mesías debía ser anunciado públicamente como rey de los Judíos; y esta es la razón por que Pilatos ha escrito lo que ha escrito, porque Dios ha dicho lo que él ha dicho, y el juez romano no puede reformar la inscripción que ha trazado, porque Dios no puede retractarse de lo que ha dicho (1). Así pues, Balan, que no

(1) Ideo Pilatus quod scripsit scripsit, quia Deus quod dixit dixit. (In Ps. 57.)

se intimidó por las enseñanzas de un monarca impío, ni quiso de modo alguno retrair la bendición que había dado á Israel, fué una figura fiel de Pilatos, el que á su vez, temiendo poco incurrir en el odio de los Judíos y en la indignación del César, no muda nada de lo que Dios le ha mandado decir, ni retracta en manera alguna la bendición solemne que Dios le ha obligado á poner por escrito en favor de Jesús: *Non aliud possum loqui nisi quod jussert Dominus, et quod posuerit in ore meo?*

Observemos tambien, con respecto á esta sentencia misteriosa, que, teniendo los Romanos la costumbre de escribir en latín las sentencias que se fijaban sobre el patíbulo de los criminales, la sentencia de Jesucristo se escribió en latín, en hebreo y en griego, es decir en las tres lenguas mas conocidas entonces en el mundo: *Erat scriptum hebraice, graece et latine* (Joan.). Y esto sucedió por una disposición particular de Dios, dice S. Agustín, á fin de que fuese notorio desde aquel momento que todas las naciones debían sujetarse un día á Jesucristo (1). Los crímenes de los dos ladrones estaban esparcidos sobre sus cruces en una sola lengua; mas la cruz en que estaba suspendido el Salvador se distinguía de las otras dos por una inscripción en tres lenguas, la cual, lejos de mencionar un delito ó una cualidad usurpada, indicaba por el contrario una dignidad personal é inamisible, un título de honor que le pertenecía verdaderamente; porque en ella se decía en un sentido positivo y absoluto: Este es Jesús de Nazaret. Este es el rey de los Judíos.

El Evangelista S. Juan, con una alta sabiduría, da á esta inscripción el nombre de título: *Scripsit autem et titulum Pilatus*; porque en efecto ella contiene el título verdadero y característico de Jesucristo, su cualidad, su misión y su ministerio. San Mateo, con no menos sabiduría, la llama causa: *Imposuerunt super eum ejus causam ipsius scriptam*; como si quisiera decirnos, valiéndose de las palabras de Orígenes, que el Señor espiraba en la cruz, únicamente porque era el rey de los Judíos, ó en otros términos, el Mesías prometido, el Salvador del mundo. ¡O gloria de nuestro Redentor! ¿Quién puede dejar de adorar aquí al soberano poder de aquel que preside en los consejos de los hombres, se fie de sus esfuerzos y los hace servir al cumplimiento de sus impenetrables designios? Como es posible dejar de ver aquí el cuidado con que el Padre celestial en-

(1) Ut illis tribus lingua Christo subjuganda universitas gentium monstraretur. (Tom. V. Sermon. 18.)

laza las acusaciones presentadas contra su Hijo con su justificación solemne, y el modo con que hace brillar los títulos de su grandeza en medio de sus ignominias y de sus oprobios?

Los Judíos procuraron hacer pasar á Jesucristo por un insignificante milhechor. Dios no permitió que se escribiese sobre la cruz de su Hijo, como lo prescribía la costumbre, ninguno de los crímenes de que le habían acusado; por el contrario hizo reconocer y consignar su santidad y su inocencia, aun sobre el infame patíbulo. Los Judíos le habían presentado como un rey usurpador, y Dios le hace proclamar por el mismo Pilatos el verdadero rey de los Judíos: *Hic est rex Judæorum*. Los Judíos habían acusado á Jesucristo en el tribunal del Pretor de haberse titulado el Mesías, y Dios obliga á Pilatos á acusar á los Judíos en el tribunal de todos los siglos y del mundo entero de haber negado y crucificado al Mesías. Los Judíos al preferir Barrabás á Jesucristo, y al exigir que el Salvador fuese crucificado entre dos criminales, creyeron deshonrar su nombre; y Dios le rodea de una aureola de gloria disponiendo que el mismo gobernador romano, que le había condenado como culpable, fijase en lo alto de la cruz la inscripción solemne que consagra su título de Salvador. El Padre Eterno no podía hacer ninguna cosa mejor para exaltar á Jesucristo y hacerle reconocer por su Hijo.

Ved aquí por que los Padres y los intérpretes admiran tanto la grandeza y los misterios de esta inscripción. Orígenes la llama la corona de gloria y de magnificencia que, según la profecía de David, ha colocado Dios con sus propias manos en la cabeza de su divino Hijo. S. Juan Crisóstomo añade que Pilatos recibió de Dios la misión de fijar este testimonio de la soberanía y del sacerdocio de Jesucristo sobre la cruz en que estaba suspendido, como sobre los trofeos de los vencedores se acostumbraba á grabar el nombre de sus victorias (1). Flincente Remigio dice que por una disposición admirable de Dios fue colocado un título tan magnífico sobre la cabeza augusta de Jesucristo, á fin de que los Judíos reconociesen al Señor que á pesar de sus clamores frenéticos y sus protestas, hechas tantas veces en público contra su soberanía, no pudieron impedir, ni aun haciéndole morir, que fuese su rey legítimo, supuesto que la cruz, fejos de haberle hecho perder su imperio, lo asentó sobre bases mas sólidas (2).

(1) Sicut in trophæo litteræ penantur victoriæ ostendentur; ita Pilatus titulum crucis Christi inscripsit. (In Joann.)

(2) Divinitus procuratum fuit, ut talis titulus super caput ejus poneretur: ut

¡O grande y sublime misterio! Cuando Jesús nació en la gruta de Belén, los santos reyes magos se presentaron diciendo: Nosotros sabemos que el verdadero rey de los Judíos ha nacido. Declinad donde se halla; porque queremos reconocerle y adorarle: *Ubi est qui natus est rex Judæorum? Venimus adorare eum*. (Matth. 2.) Y ahora que Jesucristo muere en el Calvario, Pilatos atestigua también que Jesús es el verdadero rey de los Judíos: *Hic est rex Judæorum*. Luego si, como ya hemos dicho, Rey de los Judíos significa Mesías, es claro que Jesucristo fué reconocido y proclamado como Mesías y Salvador del mundo en su nacimiento y en su muerte, cuando era todavía un niño en Belén, y cuando fué crucificado en el Gólgota.

Por otra parte, los magos del Gentilismo, cuando llegaron á Jerusalem, preguntaron á los Judíos donde estaba el Mesías, y por esta misma pregunta les revelaron que había nacido ya: *Natus est rex Judæorum*; y al presente Pilatos, salido como ellos de entre los Gentiles, hace á los Judíos en Jerusalem esta misma revelación proclamando y escribiendo que Jesucristo es el Mesías. Por consiguiente, los Gentiles son en estas circunstancias los maestros de los Judíos; ellos les anuncian el nacimiento y la muerte del Mesías en la persona de Jesucristo, y por consiguiente tanto los Judíos como Jerusalem son inescusables de no haberle querido reconocer.

llenados de admiración al considerar las circunstancias en que tuvo lugar este anuncio. Los magos revelaron á los Judíos que Jesucristo, que acababa de nacer, era el Mesías, cuando los Judíos intrigaban con Herodes para degollar al mismo Mesías en su cuna; y Pilatos les hace la misma revelación en el momento en que ellos obligan á este gobernador, por medio del temor, á que haga morir al Mesías en la cruz. ¡Cosa admirable! Mientras que los Judíos se esfuerzan en persuadir á Pilatos que Jesús es un falso profeta, Pilatos confunde á los Judíos anunciándose como el verdadero Mesías. Los Judíos procuran evitar que los Gentiles reconocan al Mesías, y los Gentiles son los primeros en predicar el Mesías á los Judíos. Los extranjeros le confiesan como Redentor, en tanto que su pueblo le niega y le desprecia.

Además, Pilatos es romano y representante del emperador, y en cualidad de tal se hace en cierto modo catequista de los Judíos y les

per hoc Judæi agnoscerent quantum nec occidendo facere poterunt: ut eum regem non haberent: per mortis enim patibulum non amittit imperium, sed corroboravit. (In Acten.)

da esta enseñanza tan clara y tan precisa; en esta misma cualidad anuncia desde entonces que los predicadores cristianos, representantes del Soberano Pontífice de Roma, que es el sucesor de los emperadores romanos, recorrerían un día el mundo y harían esta misma revelación a los Judíos dispersos por toda la tierra; que no cesarían tampoco de manifestar a Jesucristo a ese pueblo ciego y obstinado, como lo han hecho por espacio de diez y ocho siglos, y de hacerle conocer que este Jesús, objeto de sus blasfemias y de sus burlas, es sin embargo su rey y el Mesías que le ha de salvar: *Hic est Rex Judæorum. Ecce Rex vester*. Y cuando llegue el tiempo en que la venda fatal que oculta la luz a los desventurados Judíos caiga de sus ojos, los representantes del Soberano Pontífice, verdadero César romano, les explicarán las grandezas y la gloria del título de la cruz y les exhortarán a doblar dócilmente la rodilla para adorarle.

Finalmente Pilatos es el viceroy del César, cuyo cetro se estenderá a todas las partes del mundo conocido entonces. Luego cuando este juez imperial proclama en alta voz desde su balcón, y por escrito desde la cima del Calvario, que Jesús es el verdadero Mesías, representa en sí todas las naciones sometidas al imperio romano, las cuales publican también por su boca que reconocen el Mesías en la persona de Jesucristo. Así pues la declaración de Pilatos no es otra cosa que el reconocimiento público y solemne que toda la gentilidad hace de Jesucristo en el gran día de la Pascua, como verdadero Mesías, verdadero Hombre y Salvador de los hombres. Por esta declaración profetiza Pilatos que desde Jerusalén pasará a Roma esta grande revelación, y que desde el Calvario se estenderá por todo el mundo; él profetiza la fe, la adoración y el homenaje que los emperadores, sucesores de los Césares, los reyes y todas las naciones del mundo tributarán a Jesucristo; él anuncia el próximo cumplimiento de esta profecía de David: Todos los reyes de la tierra le adorarán, y las naciones se sujetarán a él. (Ps. 71.)

Esta es la causa por que ejerce hoy Pilatos, sin saberlo, el ministerio mas noble, el mas santo y el mas augusto, el ministerio de que estuvieron encargados en otro tiempo los patriarcas y los profetas, es decir, que figura en sí mismo y anuncia el triunfo, la soberanía, la gloria y la grandeza de Jesucristo. Es verdad que él no conoce la alta dignidad, ni la noble misión de que Dios le ha revestido; mas no por eso deja de cumplirla con fidelidad. Y que importa la intención con que habla u obra? Cuanto menos reflexio-

na, mas evidente es que en estas graves circunstancias es el instrumento de los profundos misterios de Dios. Pilatos no es ciertamente mas malo que Judas; pues bien, dice ingeniosamente S. Agustín, así como en la persona del perdido discípulo envió Dios al demonio para predicar el Evangelio, así también se sirvió de Pilatos como de otro Balaam, aun cuando era idólatra, tímido, ambicioso é injusto, para hacer de él el primer profeta, el primer evangelista, el primer apóstol, el primer predicador, el primer confesor y el primer testigo que anunciase al universo la gran verdad de que Jesús crucificado es Rey, Señor, Mesías y Salvador del mundo. Pilatos nada comprende de cuanto dice y hace; mas no por eso es menos cierto que sus palabras y sus obras son sublimes, maravillosas y llenas de verdad; porque Dios es el que mueve la lengua de este nuevo Balaam, como una madre hace pronunciar a su tierno hijo palabras cuyo sentido le es desconocido; Dios es el que guía su mano como un maestro guía el brazo de su discípulo y le hace escribir lo que todavía ignora; y con una asistencia tal, bajo esta inspiración divina no puede errar Pilatos, ni puede hacer otra cosa que anunciar a Jesucristo: *Non aliud possum nisi quod jusserit Dominus, et quod posuerit in ore meo*.

O amados hermanos, cuán grande y cuán magnífica es la Religión! Cuán admirable y cuán divina es la sabiduría del Evangelio! ¡Que Dios tan grande es nuestro Señor Jesucristo, y cuán digno de nuestra adoración, de nuestro culto, de nuestra fidelidad y de nuestro amor!

SEGUNDA PARTE.

La constancia de Pilatos en proclamar en alta voz y por escrito a Jesús rey de los Judíos y Mesías, y esto contra todos los cálculos humanos del interés, del honor y de la política, fué seguramente un admirable prodigio de la inspiración divina; pero también fué un prodigio terrible de la inspiración del demonio la ciega obstinación de los Judíos en despreciar a este mismo Jesús, su rey y su Mesías, y en negarle a vista de un Gentil, de un extranjero que le revela y le anuncia tan solemnemente. ¡Mas ay! ¡desgraciados de ellos! ¡Cuán horrible es la venganza que este rey, este Mesías tan odiado y tan despreciado por ellos va a descargar sobre sus cabezas! Apenas consumaron su delicto en tiempo de Tiberio, cuando comenzaron, bajo el imperio de Calígula su sucesor, a ser oprimidos de una manera espantosa. Ellos procuraron después sa-

endré este yugo de hierro; mas Nerón los castigó por su rebelión, llevando la desolación por toda la Judea. Finalmente Vespasiano puso sitio á Jerusalem, y ellos sufrieron entonces unos tratamientos tan bárbaros y unos males tan escabiosos, que no se puede leer sin estremecerse la relación que de ellos hace el historiador hebreo Josefo, testigo de estos sucesos.

Y para no dejar duda alguna acerca de la causa que accarreó sobre ellos tantas miserias, el mismo historiador nos dice que fueron tratados de la misma manera que ellos habían tratado á su Mesías, á su rey y á su Señor Jesucristo. Ellos habían querido someter al Salvador á una flagelación bárbara, y hacer caer á pedrazos su cuerpo virginal, y ellos también, al momento que salían de la ciudad y caían en poder de los Romanos, eran cruelmente azotados y desgarrados de la manera mas atroz. Á los tormentos inauditos, que ellos habían hecho sufrir á Jesucristo, habían añadido todas las injurias y todos los insultos; y ellos á su vez, obligados á sufrir los tormentos inventados por el odio de los vencedores, tuvieron que devorar en silencio todo género de agravios, de burlas y de oprobios. Finalmente, con sus clamores tumultuosos y con sus amenazas de sedición habían obligado á Pilatos á crucificar á Jesús, y ellos perecieron igualmente en el suplicio de la cruz, á pesar de la costumbre que los Romanos habían observado hasta entonces de cortar la cabeza á sus prisioneros de guerra, ó de atravesarlos con su lanza. Además las cruces en que se les suspendía fueron colocadas en frente de los muros de la ciudad, de la misma manera que ellos habían colocado la cruz de Jesucristo. Cada día, durante esta guerra de exterminio, mas de quinientos de aquellos infortunados eran entregados á este horroroso suplicio, y no se encontraban ya maderos bastantes para crucificar los cuerpos ni terreno suficiente para colocar las cruces (1). ¡O espectáculo terrible! ¡O escena de horror! Figúrate la ciudad de Jerusalem rodeada de millares de cruces, de las que pendían otros tantos cuerpos humanos, los unos espirando en medio de las mas espantosas contorsiones, los otros ya muertos, en una actitud horrible, y la mayor parte esparciendo en los aires un pestífero olor. ¡Ah! inaudiblemente era Dios el crucificado, cuya muerte es vengada con tantas víctimas. Esta venganza terrible, que el rey Mesías debía tomar de los Judíos por

(1) Et propter multitudinem jam spatium crucibus decrat, et corporibus crucis.

haber negado su misión é insultado su soberanía, fue prevista indudablemente por el profeta cuando trasportado de horror esclamo: ¿Quién podrá dejar de temer vuestro poder y vuestra justicia, o rey de todas las naciones (1)?

¡Ay! el crimen de los Judíos se renueva diariamente entre los cristianos. En efecto, Jesucristo tiene dos especies de imperio en este mundo; el uno, como Dios criador, sobre todos los hombres en general; el otro, como Dios redentor, sobre los cristianos en particular. El uno es el imperio de su naturaleza, el otro es el imperio de su gracia; el ejerce el primero sobre todas las personas, y el segundo lo ejerce mas especialmente sobre los corazones de sus fieles, que reciben su doctrina, escuchan sus preceptos, observan su ley y esperan sus recompensas. El imperio de la naturaleza es esencial á Jesucristo; es necesario, absoluto, eterno, inamisible é independiente de la voluntad de los hombres; mas el imperio de su gracia en los corazones es adquirido, accidental, exento de toda violencia moral ó material, y dependiente de nuestra voluntad, y por esta razón podemos dispensarlo y aun arrebatárselo, sino en cuanto al derecho, por lo menos en cuanto al hecho. Todos nuestros esfuerzos y toda nuestra mala voluntad no pueden hacer que Dios criador y señor del universo deje de ser esencialmente nuestro rey y nuestro Señor. Pero podemos impedir que reine en nuestros corazones por su gracia, como Rey-Redentor, supuesto que nos ha dejado la libertad de permanecer bajo su obediencia ó sacudir su yugo. De manera que á pesar de las obligaciones que nos unen á él y de las ventajas que reportamos de ser sus fieles súbditos, podemos, como los Judíos, rechazar su soberanía: *Nolumus huic regnare super nos* (Luc.); no queriendo reconocer mas rey que el César, es decir nuestros apetitos sensuales, nuestra concupiscencia, nuestras pasiones y el demonio que las halaga y las enardece: *Non habemus regem nisi Cæsarem*.

Comprended bien esto, cristianos estranos al espíritu del Cristianismo y desertores de sus principios y de sus leyes. Cuando abrazáis una doctrina diferente de la que Jesucristo ha revelado y de la que sola la Iglesia es la fiel depositaria y el intérprete infalible; cuando violáis atrevidamente la ley que él ha promulgado; cuando ponéis en ridiculo á los que la observan, y los tratáis de espíritus débiles, supersticiosos y preocupados; cuando miráis con indiferencia los castigos

(1) Quis non timet te, o Rex gentium? (Jer. 10.)

que él tiene suspendidos sobre vuestra cabeza y las recompensas que hace brillar ante vuestros ojos; cuando menospreciáis el santo temor de Dios, el espíritu de obediencia y de sacrificio, la delicadeza de conciencia, la piedad y la devoción de los verdaderos creyentes; cuando tomáis por regla de vuestra conducta los principios, las ideas y las máximas del mundo, las satisfacciones de la ambición, del interés y de la voluptuosidad, entonces rechazáis como los Judíos, de una manera positiva, física y real el reinado de Jesucristo sobre vosotros. Entonces declaráis verdaderamente que no queréis reconocerle por Rey, por Mesías ni por Redentor, porque rechazáis las condiciones esenciales de su soberanía, de su misión y de su redención, las únicas condiciones con que quiere y puede salvaros: *Notimus hunc regnare super nos*; entonces preferís indudablemente el reinado profano del César, el reinado del demonio, de las pasiones y del pecado, al reinado de la gracia de Jesucristo: *Non habemus regem nisi Cæsarem*.

Pero no es esto todo. En medio de esa vida puramente carnal, de esos goces terrenos y profanos, alimentareis siempre en vuestro interior el deseo infernal de que otros se arrojen como vosotros en las cadenas del pecado, y abandonen al Salvador como vosotros le habéis abandonado; vosotros querréis hacer desaparecer del mundo la fe de Jesucristo como demasiado misteriosa; su ley como demasiado severa, su predicación como demasiado importuna y su espíritu de caridad, de pureza, de humildad y de paciencia como demasiado molesto; vosotros deseáis por lo menos que Jesucristo con su culto y su religión se contente con permanecer encerrado en sus templos, con reinar solamente sobre el pueblo, sobre el sexo o devoto y sobre los espíritus sencillos e imbéciles, sin que pueda ejercer acción ni influencia alguna sobre los individuos, sobre las familias ni sobre la sociedad; de este modo deseáis que el sea desconocido, ignorado, y cubierto de ignominia y de dolor. Y bien, al abrigar en el fondo de vuestros corazones estos deseos diabólicos y sacrilegos, aun cuando no siempre tengáis la horrible sinceridad de manifestarlos en vuestros discursos, ¿no os negáis formalmente a reconocer el reinado de Jesucristo, y confundís con una infernal armonía los gritos de vuestro corazón con los clamores de los Judíos, para obtener que el Hijo de Dios sea despreciado, y que el Mesías sea crucificado de nuevo para siempre?

Peró, ¿degradados de vosotros! Así como habéis renovado el crimen de los Judíos, sufriréis también su castigo. En el momento

de la muerte, separándose vuestra alma criminal de vuestro cuerpo, caerá en manos de ese Rey inmenso, infinito, omnipotente y eterno, rodeado de gloria y de majestad, que ejercerá sobre vosotros una justicia tanto mas severa y mas terrible cuanto mayor es la bondad, la paciencia y la misericordia que muestra hoy con vosotros. Así como el César, cuyo imperio prefirieron los Judíos al de Jesucristo, reconociéndole por su único rey, fue después su destructor y su exterminador; así esos genios del infierno, cuyas inspiraciones preferís a los movimientos de la gracia, dándoles en vuestro corazón el lugar de Jesucristo, serán también vuestros verdugos después de la muerte, así como son vuestros tiranos durante la vida. La justicia eterna os entregará en su poder para que seáis también eternamente insultados, atormentados y crucificados por ellos, de la misma manera que vosotros ultrajáis, atormentáis y crucificáis ahora a Jesucristo; ¡Ay! ¡o Rey inmortal del cielo y de la tierra! ¿Quién será el hombre tan temerario, tan sacrilego y tan insensato que ose todavía insultar vuestra majestad, negar vuestra doctrina, hollar vuestras leyes, profanar vuestra Religión, reírse de vuestro poder, despreciar vuestros juicios y mofarse de vuestra venganza? *Quis non timebit te, ó Rex gentium?*

¡Ay, hermanos míos! no seamos nosotros del número de esos desventurados; formemos desde este día la resolución de servir fielmente a nuestro Rey y Señor. No nos contentemos con creer en él, tratemos de obedecerle. No nos limitemos a adorarle, procuremos al mismo tiempo amarle. Destruyamos en nosotros el reinado de la culpa: *Peccatum non regnet in vestro mortali corpore*. Ouremos de manera que Jesucristo reine solo en nuestro espíritu por su fe, en nuestro corazón por su gracia, en nuestra conducta por sus ejemplos, en nuestras personas, en nuestras casas y en nuestras familias por su protección; á fin de que reinando en nosotros y con nosotros en el tiempo, podamos un día reinar en él, y con él en la eternidad. *Así sea.*

CONFERENCIA VIGÉSIMA QUINTA.

La salida de Jesús de Jerusalén.

Et apprehensum eum egerunt extra vineam, et occiderunt.

Y aprehendido de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron.

(Matth. 21.)

El dueño de una viña grande y fértil, dijo Jesucristo á los Judíos tres días antes de morir, la había arrendado á varios colonos, después de haberla provisto de todo lo necesario. Mas al tiempo señalado envió á sus siervos para que cobrasen la renta convenida; y aquellos criminales, en vez de pagar al dueño de la viña lo que le debían, hicieron sufrir á sus siervos los más bárbaros tratamientos; á unos los arrojaron á pedradas, á otros los apalaron, y á otros los mataron. Habiendo el dueño mandado después otros siervos, que no tuvieron mejor suerte que los primeros, resolvió finalmente enviar su propio hijo á aquellos colonos ingratos, diciendo entre sí: Yo espero que ellos respetarán siquiera á mi hijo: *Verebuntur filium meum*. Pero, ¡vana ilusión! Cuando los viñadores le divisaron desde lejos, dijeron entre sí: Allí viene su hijo, allí viene su heredero. ¡Pues bien! matemos también al hijo, matemos al heredero. Y apoderándose de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron: *Et apprehensum eum egerunt extra vineam, et occiderunt*.

Jesucristo indicó en esta parábola el crimen que los Judíos estaban entonces próximos á cometer. La viña era la verdadera sinagoga, la verdadera Iglesia que el Dios Padre había confiado á la nación judía. Mas aquel pueblo judío, en vez de tributar al Señor supremo los frutos de fe, de virtud y de piedad que esto tenía derecho á esperar de él, se atrevió á maltratar á sus fieles servidores; porque en efecto el había perseguido, apedreado y dado muerte á cuasi todos los profetas enviados por Dios para anunciarle sus oráculos y llamarles á la religión y al cumplimiento de sus deberes.

Dios le envió finalmente, en la persona de Jesucristo, su Hijo único hecho hombre. Mas los pérfidos Judíos no perdonaron tampoco á este divino Hijo; después de haberse apoderado de él y haberle condeado á muerte, como ya hemos visto, le sacaron fuera de las puertas de Jerusalén para crucificarle: *Eduxerunt eum extra civitatem, ut crucifigerent*; así cumplieron á la letra lo que el Señor había anunciado en su parábola profética, cuando dijo: Que la muerte del heredero, del hijo, debía verificarse fuera de la viña: *Et apprehensum eum egerunt extra vineam, et occiderunt*. Sin embargo, como el Redentor había anunciado claramente la circunstancia de que el teatro de su muerte sería fuera de Jerusalén, y como por otra parte el relato de los Evangelistas nos enseña que esta profecía se cumplió literalmente, es imposible que ella no encierre un gran misterio. Pues bien, este misterio de Jesús sacado de Jerusalén para ser crucificado es precisamente el que vamos á explicar en el día de hoy. Nosotros encontraremos este asunto digno de fijar nuestra atención, y de aumentar al mismo tiempo nuestra fe y nuestra piedad.

PRIMERA PARTE.

Entre los Romanos había la costumbre de que los soldados condenasen al suplicio y diesen muerte á aquellos, á quienes los magistrados habían condenado á muerte capital. Por esta razón los soldados del pretorio fueron los que se apoderaron de Jesús y se le llevaron, tan luego como Pilatos pronunció la ínfima sentencia que condenaba al Señor á morir en la cruz: *Susciperunt autem Jesum*; (Joan.) pero Jesucristo hizo servir esta costumbre para presentar un gran misterio. El sacrificio del Calvario debía reconciliar y salvar indistintamente á los Judíos y á los Gentiles, y de estos dos pueblos se debía formar un solo pueblo y una sola Iglesia; por consiguiente quiso que los dos concuerdiesen unidos á su cumplimiento; y como los Judíos habían ya contribuido á él pidiendo la crucifixión del Redentor, ahora los Gentiles, en persona de los soldados, concurren á él por su parte poniendo en ejecución la sentencia de muerte.

Ellos quitaron pues de los hombros de Jesús el manto irrisorio con que estaba cubierto, y le pusieron sus propias vestiduras, las cuales, según la costumbre, debían ser propiedad de los verdugos después de la crucifixión: *Exuerunt eum clamys, et induerunt*

cum vestimentis suis. (Matth.) Dios hizo servir también a este misterio el vergonzoso cálculo del interés. Las vestiduras de Jesucristo, como veremos mas adelante, eran la figura de su Iglesia. El debía pues llevarlas hasta el Calvario, ponerlas al pie de la cruz y teñirlas con su sangre, porque la Iglesia debía hallarse presente en el Golgota y ser allí regada con la sangre de su divino Esposo.

Entre tanto, presentan á Jesucristo la cruz, que segun la costumbre de los Romanos debía llevar el mismo sentenciado que habia de ser clavado en ella, como nos dice S. Gerónimo (1); Mas el Redentor, para enseñarnos el anhelo, el gozo, ó al menos la sumision con que debemos recibir nuestra cruz, no espera, dice Sto. Tomás de Villanueva, á que los soldados vengán á imponerle la suya. Apenas vió el instrumento de su muerte y de nuestra salvacion, objeto de sus mas vivos deseos desde el instante mismo de su concepcion, corrió á su encuentro; y con la calma en el semblante, y la alegría en el corazón, le puso el mismo sobre sus hombros sañados por los azotes, semejante á un guerrero que arma sus manos con la espada del combate (2). Esta circunstancia se manifiesta claramente por el Evangelista que dice, que Jesús se cargó el mismo la cruz: *Et bajulans sibi crucem* (Juan); y por S. Pablo, que afirma que el Salvador vió en el instrumento de su suplicio un objeto de alegría, y que se unió á él con ansia y con amor: *Qui, proposita sibi gaudio, sustinuit crucem.* (Hebr. 11.)

Ved aquí pues al Hijo adorable de Dios cargado con el infame patibulo reservado únicamente á los mas criminales de entre los hombres; ved aquí al Señor del mundo llevando la enseña del mas vil esclavo: ¿O espectáculo sorprendente! exclama S. Agustín, mientras que la impiedad no encuentra en el mas que un objeto de burla, la verdadera fe admira un misterio sublime. Si, prosigue el santo Doctor, que los fúmpios en su orgullo sacrilego se rían cuanto quieran de un rey que no lleva mas emblema de su soberanía que el instrumento ignominioso de su suplicio; en cuanto á nosotros, que estamos iniciados por la fe en los secretos de Dios, vemos claramente en el rey de la gloria que, llevando la cruz en la que iba á ser enclavado, la santificó, la embelleció, y no solo inspiró á sus humildes discípulos el valor necesario para gloriarse en ella y

(1) *Io cruce ligendus prius ipsam portat.* (In Matth.)

(2) *Non enim expectavit ut alii á militibus imponeretur: sed viso salutis signo, in visis athleta letus arripuit.* (Cone. 2. de S. Mart.)

llevarla como un consuelo, sino también á los mismos monarcas el de colocarla sobre sus frentes como un adorno regio (1).

Así pues los santos Padres no se cansan de admirar este acto de nuestro Salvador cargado con la cruz. Jesucristo, que lleva el instrumento de su suplicio, dice S. Agustín, sostiene el mismo el candelabro sobre que debe ser elevado su dugusto cuerpo, semejante á una brillante antorcha, que no debía permanecer oculta delajo del celemio, sino ser colocada en la altura para alumbrar á todo el universo (2). Jesucristo, que lleva su cruz, añade S. Ambrosio, es como un guerrero triunfante cargado con los trofeos de su victoria (3). Jesucristo que lleva su cruz es á un tiempo mismo un simbolo de flaqueza, de dolor y de oprobio, y un signo de fuerza, de gozo y de triunfo; Jesucristo, dice Tertuliano, en cualidad de nuevo rey de los siglos nuevos, debía llevar insignias nuevos de gloria, de poder y de soberanía, es decir la cruz; él debía, segun David, reinar por el madero al morir en el madero (4). Finalmente Jesucristo que lleva la cruz, dicen de comun acuerdo los Padres y los intérpretes, es el Redentor que cumple á la letra este oráculo de Isaías: El Mesías debe llevar su imperio sobre sus hombros (5); porque, como observa Teofilacto, la cruz es el verdadero imperio de Jesucristo, supuesto que S. Pablo dice que el Padre eterno, por el mérito de la obediencia y de la humildad de la cruz, ensalzó á su amado Hijo hasta el punto de darle, aun en cuanto hombre, el cetro del universo (In Luc.). ¡Oh! cuán bellas y cuán profundas son estas palabras de Isaías: Jesús lleva con la cruz y en la cruz su soberanía sobre sus hombros! Esto significa que este nuevo rey tiene en sí mismo el principio y la fuente del poder y de la fuerza; que para estender su imperio no necesita de ningún auxilio estrano; que por el contrario él dividirá sus despojos con los demás, y que se hasta á sí mismo para hacer sus conquistas.

Ved aquí pues al verdadero Moisés que toma en sus manos el ma-

(1) *Videt pictas regem bajulantem ligum ad se ipsum figendum, quod fixurus erat etiam in frontibus regum.* (Tract. 117. in Joan.)

(2) *Et licet arsur, quæ sub modo ponenda non erat, candelabrum ferelat.*

(3) *Christus, crucem bajulans, jam trophæum suum victor attulit.* (In Luc.)

(4) *Rex novus novorum seculorum, novam gloriam et potestatem suam humero extulit, scilicet crucem, ut, secundum Davidis prophetiam, inde regnaret.* (Contra Iuda.)

(5) *Cuius principatum super humerum ejus.* (Is. 9.)

dero prodigioso de su cruz, y va á quebrantar el orgullo y á destruir las fuerzas del verdadero Faraón, que es el demonio, y á abrir después á los Israelitas, que son los fieles, un camino seguro y fácil, al través del mar borrascoso de este mundo, para llegar á la verdadera tierra prometida, á la patria de los cielos.

Ved aquí al verdadero Sansón que apoderado de un arma vil, símbolo de la locura, va á destruir con ella mil Filisteos, es decir el poder de los reyes de la tierra, y á fundar sobre las ruinas de sus cetros, de sus coronas y de sus tronos derrocados, el edificio de su Iglesia.

Ved aquí al verdadero David que desciende á la arena para pelear con el verdadero Goliath, ó hablando sin figuras, para combatir el orgullo, el libertinaje y la voluptuosidad, no ya con la espada, sino con el madero de la cruz, de esta cruz vilipendiada y menospreciada del mundo, con la que triunfara de la resistencia y de la fuerza de todo el mundo. ¡O Dios, verdaderamente grande en la flaqueza y glorioso en la ignominia, supuesto que se basta á sí mismo para mudar los espíritus y reinar sobre los corazones!

Sin embargo, la profecía que anunciaba que los pérfidos colonos sacarian de la viña al heredero para matarle, *Et eiecerunt extra vineam, et occiderunt*, se cumplió. En efecto, el Salvador cargado con el pesado madero de la cruz, precedido de los victores, que al son de la jubilo trompeta anuncian el paso del sentenciado, rodeado de dos filas de soldados, seguido de una inmensa turba del pueblo, resollado ó más bien arrastrado por los verdugos, en medio de las burlas de los malos y la compasión de los buenos, y atravesando las calles más principales de Jerusalem, sale de la ciudad y camina hacia el Calvario: *Et bajulans sibi crucem, exiit in eam, qui dicitur Calvarie locum* (Joan.). Sus fuerzas se agotan, sus carnes caen á pedazos, todo su cuerpo se debilita y se quebranta por las heridas; el camino que conduce al Calvario es escarpado y difícil; el madero de la cruz es de un peso enorme, y sin embargo Jesús no pide que le alivien en su pesada carga, porque no ignora que el verdadero Abraham es el que ha cargado sobre los hombros del nuevo Isaac el madero destinado á su sacrificio; y que su eterno Padre es el que le ha impuesto la cruz por mano de los Judíos. Ved aquí pues al Isaac de la nueva ley, en quien todas las naciones deben ser benditas; ved aquí al Hijo único de Dios, al Salvador del mundo que se dirige hacia el Calvario, acompañado visiblemente de dos malhechores, que han puesto á su lado para deshonrar su persona,

y seguido de una multitud de enemigos que componen su escolta funebre; pero también va seguido y acompañado invisiblemente de legiones de ángeles que forman en torno suyo una escolta que le ofrece sus adoraciones, y precedido de su eterno Padre, que en una mano lleva la espada de la obediencia que ha de atravesarle, y en la otra el fuego de la caridad que ha de consumirle (1).

¡Jerusalén, á Dios! ¡Jesús sale de tus muros para no volver á entrar en ellos; Jesús te deja para no volver á verte más! ¡O ciudad infortunada! muy pronto sabrás quien es el que conduce á la muerte; porque ¡desgraciada la ciudad, desgraciado el pueblo, desgraciada el alma infiel, ingrata y pecadora, de quien el Señor se aleja (2)! ¡Desventurada Jerusalem, que rechazas la persona de Jesucristo, y vosotros, pecadores que rechazáis su gracia, sus inspiraciones, sus palabras, su misericordia y su amor, vosotros seréis rechazados también por Jesucristo; en el instante mismo en que no queréis oír hablar mas de Jesús, Jesús tampoco quiere oír hablar de vosotros; en la hora en que abandonáis á Jesús despreciando su ley, su culto, su fe, su Iglesia y su religión, solo abandonados vosotros á la justicia de Dios! Así pues, solo hay desgracia, miseria, desconsuelo, lágrimas y dolor para la criatura inteligente que se aleja del Señor, porque el Señor se separa igualmente de ella: *Vae anime peccatrix, á qua recessit Deus!*

Mas los Judíos, arrendatarios ingratos y pérfidos, no ven otra cosa en su infernal obcecación por la utilidad funesta que esperan reportar de la muerte del heredero; ellos no piensan en el terrible castigo que les espera, y ved aquí por que, animados de un gozo feroz, le echan fuera de la viña para inmolarse: *Et eiecerunt eum extra vineam; ellos le sacan de la ciudad para crucificarle: Eduxerunt eum extra civitatem, ut crucifigerent.*

Es necesario pues considerar, dice S. Agustín, que la historia de la Pasión es un cuadro admirable de los barbaros tratamientos que el hombre visible sufre en la persona de Jesucristo, y de los misterios sublimes que el Dios oculto cumple con una independencia absoluta. Los Judíos, para cubrir de ignominia al Señor, imaginaron crucificarle fuera de la ciudad, y el mismo fue quien provocó esta circunstancia para representar en ella un gran misterio. Ved aquí por que Jesucristo lo había anunciado ya, y los Evangelistas lo re-

(1) *Portatus in manibus ignem et gladium.* (Genet. 22.)

(2) *Vae anime peccatrici á qua recessit Deus.* (Aug.)

produjeron diciendo: Le sacaron de la ciudad: *Eduxerunt eum extra civitatem*. San Pablo recorrió un extremo del velo que ocultaba este misterio, y nos lo presentó a nuestra admiración y a nuestra piedad, diciendo: Recordemos que las antiguas víctimas eran inmoladas y consumidas por las llamas fuera del campo hebreo, y por esta razón Jesucristo, a fin de santificar a su pueblo con su propia sangre, quiso morir fuera de las puertas de Jerusalem: *Aniquilum corpora cremantur extra castra. Propter quod et Jesus, ut sanctificet per suum sanguinem populum, extra portam passus est* (Hebr. 12). Es necesario pues, según S. Pablo, no ver en Jesucristo, sacado de la ciudad para ser crucificado, otra cosa que el Redentor del mundo que cumplía entonces las antiguas profecías y las antiguas figuras. Mientras que él se mostraba bajo la forma de un criminal condenado al suplicio por sus propios delitos, era en realidad la augusta víctima cuya figura eran las antiguas, y que iba a inmolarse para expiar los crímenes de otros. Y notad bien la perfección con que se realiza la figura en aquel que es objeto de ella.

En el día de la expiación solemne, una vez en el año, el soberano pontífice, extendiendo las manos sobre la víctima, confesaba públicamente las iniquidades de Israel, las depositaba en el inocente animal, e invocaba sobre él todas las maldiciones y todos los anatemas que debían caer sobre la nación por causa de sus pecados. Todo el pueblo repetía las mismas imprecaciones; después de este preludio, la víctima era llevada fuera del recinto, como un objeto maldito e impuro cuya presencia hubiera podido manchar el campo hebreo; en seguida era degollada públicamente. ¡O ceremonia verdaderamente misteriosa! En dos copas se recogía la sangre de esta víctima, y el Soberano pontífice las llevaba al Santo de los santos, donde él solo tenía derecho a entrar. Con esta sangre, tenida al principio por impura, purificaba en seguida a todo el pueblo, el altar de los holocaustos y el santuario mismo. Así pues, Israel creía recibir la expiación y el perdón de sus pecados, del oprobio, de la maldición pública y de la muerte de un animal; y la sangre de una víctima, cargada poco antes de las imprecaciones y anatemas de todo el pueblo, se hacía la prenda de la reconciliación del pueblo con Dios, y el motivo de su confianza en él.

¡O riqueza, o magnificencia, o armonía de los libros santos! Podía Dios hacer representar en el antiguo testamento de una manera más clara y precisa el sacrificio que su Hijo había de consumir

en el nuevo? En efecto, Jesucristo era una víctima santa, pura, inocente y separada de los pecadores; sin embargo, Dios que es el soberano pontífice, único verdadero, confesó y puso sobre él todas las iniquidades del mundo: *Pecavit in eo iniquitates omnium nostrum* (Is. 53, 65), y la hizo por nosotros el objeto de la maldición y del pecado de todo los hombres: *Deus enim qui peccatum non novit, pro nobis peccatum fecit. Factus pro nobis maledictum*. El pueblo repitió igualmente sobre él estas imprecaciones y estos anatemas; los Judíos y los Gentiles, después de haberle blasfemado insultado y escarnecido, pidieron su muerte con grandes gritos; y temiendo que manchase la ciudad con su presencia, le llevaron, como a las antiguas víctimas, fuera de los muros para inmolarse allí. Pues bien, supuesto que las antiguas víctimas, inocentes en sí mismas, eran sacrificadas así por los pecados del pueblo; Jesucristo, al ofrecerse como una víctima nos da a conocer de una manera sensible que, aunque por un sacrificio mas noble y mas eficaz, va a morir inocente, pero cargado con todos los pecados de los hombres y con todos los anatemas que ellos han merecido. Además, como la sangre de las becerros, tenida por impura antes de su inmolación, era después una sangre que santificaba todas las cosas, esta particularidad, dice S. Pablo, nos da a entender claramente que la sangre de Jesucristo, que va a ser derramada en el Calvario con tanta ignominia y tanto oprobio, será una sangre mucho mas santificante, supuesto que lavará a su pueblo y santificará a su Iglesia, verdadero Tabernáculo de Dios en la tierra, que Jesucristo, por la efusión de su sangre divina, destruirá el pecado público y general del mundo, y que al consentir hacerse maldición por el pecado atroz sobre sí mismo é hizo cesar todos los anatemas pronunciados contra los hombres: *Quorum enim animalium inferitur sanguis pro peccato in Sancta per pontificem, horum corpora cremantur extra castra*.

Tal es el grande y consolador misterio que se encierra en estas palabras tan sencillas del Evangelio: Ellos le condujeron fuera de la ciudad: Y observad que donde S. Mateo se vale de la palabra *educerunt, le sacaron*, lo cual parece que indica violencia y necesidad, S. Juan dice por el contrario que *Jesus salió por sí mismo* fuera de la ciudad, *exiit*, expresión que indica una voluntad libre é independiente de parte de Jesús. Pues bien, estas dos expresiones son igualmente ciertas; porque aunque es verdad que los Judíos le condujeron fuera de los muros de Jerusalem para hacerle morir

sobre el Gólgota, *educerunt eum*; también lo es que no fué llevado sino porque así lo había dispuesto y lo había querido él mismo, *exivit*. Es verdad que fué conducido á la muerte como una víctima, cuya vida depende de la violencia ó del capricho de otro, *educerunt*; pero también lo es que el mismo se ofreció á la muerte como dueño de su propia vida, según su voluntad y con una independencia absoluta, *exivit*. Es verdad que apareció á los ojos de los hombres como un criminal que iba á sufrir su castigo fuera del recinto de su residencia, por temor de que profanase la ciudad con su vida, y con su muerte, *educerunt*; pero no es menos cierto que á los ojos de Dios su Padre, Jesucristo en calidad de Pontífice católico y universal de este Padre celestial, como le llama Tertuliano (Contr. Marc. 4), fué á ofrecer, ofreciéndose á sí mismo, un sacrificio universal, no solo en su principio, sino también en sus efectos, *exivit*.

Así pues, los Judíos perfidios y obcecados, conduciendo al Salvador fuera de Jerusalem, no hacen más que servir á sus misteriosos designios y cumplir su voluntad; porque el decreto que moría al descubierto, para indicar de una manera visible que no se ofrecía por un solo pueblo, sino por todos los pueblos, que todos tendrían derecho á su sacrificio, y que los efectos de su muerte no se limitarían al recinto de una sola ciudad, de una provincia ó de un reino, sino que se extenderían á todo el universo: *Propter quod Jesus, ut sacrificaret populum, extra portam passus est*. ¡Ah! dice S. Leon, ¡qué admirable es este misterio de Jesús muriendo fuera de los muros de su ciudad! Se necesitaba para este sacrificio una Iglesia distinta del templo de Salomón, cuyo ministerio, todo figurado, estaba consumado ya en la persona de Jesucristo. Se necesitaba un lugar distinto de Jerusalem, cuya destrucción próxima deba ser el castigo de su deicidio. Un recinto particular no convenía á una hasta universal ofrecida por todos los tiempos, por todos los lugares y por todas las criaturas. La cruz debía ser puesta en un sitio público, á vista de todos, para que fuese el altar, no de un solo templo, sino de todo el mundo (1).

Sin embargo, al revelar S. Pablo la circunstancia del lugar donde va á morir Jesús, no solo manifiesta un gran misterio que el Salva-

(1) Non in templo, cuius jam finita erat reverentia, nec intra septa civitatis ob meritum sui secleris dimenda, sed foris, et extra castra crucifixus est: ut nova hostia novo imponeretur altari, et crux Christi non templi esset ara sed mundi. (Sera. IX de Pass.)

dor ha cumplido, sino que nos dá á conocer también una obligación imperiosa que Jesucristo nos ha impuesto y que nosotros debemos cumplir: porque concluye diciendo: Unámonos pues á Jesucristo, salgamos con él de Jerusalem para ir á un campo abierto, y sigamos sus pisadas cargados con la gloriosa ignominia de la cruz: *Exeamus ergo ad eum, extra castra; improprium ejus portantes* (Hebr. 13).

Jerusalén, esa ciudad infiel y deicida de donde sale el Señor, es la figura del mundo que desprecia y niega á Jesucristo, de este mundo de quien Jesucristo declaró haberse separado, cuando dijo: Yo no soy de este mundo: *Ego non sum de hoc mundo* (Joan.), y cuando lo echó de su oración, al decir á su eterno Padre: Yo no os ruego por el mundo: *Non pro mundo rogo* (Ibid.).

Por consiguiente, aquellos que hacen causa común con el mundo, que profesan el espíritu y las máximas del mundo, que no piensan ni trabajan sino para asegurarse una posición brillante en el mundo, no siguen á Jesucristo al Calvario por el camino de los sufrimientos y de las humillaciones, sino que permanecen en Jerusalem de donde Jesucristo creyó que debía salir, permanecen en este mundo que Jesucristo ha anatematizado.

Fixemos pues los ojos de nuestro espíritu en este misterio hecho sensible para nosotros por la salida de Jesús de Jerusalem. En los Judíos endurecidos que permanecen en su recinto y dejan ir solo á Jesús, y en las mujeres piadosas que le acompañan en el Gólgota, reconozcamos la grande separación de los elegidos de con los reprobos: distingamos los que aman á Jesucristo de los que le desprecian; los que desean permanecer á su lado de los que huyen de él; los que suspiran por su patria de los que aman su destierro; en una palabra, los que siguen el camino del cielo de los que van por el camino del infierno. Apresámonos á salir de esta borrosa Jerusalem, ó más bien de esta Babilonia donde Jesucristo es desconocido y olvidado; donde la ley divina, el poder, la devoción y la piedad son calumniadas y ridiculizadas; en otros términos, sepáramos de la sociedad, del trato y de la vida de los ambiciosos, de los sensuales, de los que no tienen más ídolo que el interés. Guardémonos de sustituir el Evangelio del mundo al Evangelio de Jesucristo. Guardémonos de tomar por regla lo que se piensa, lo que se dice y lo que se practica en el mundo.

Pero podrá decirse tal vez: « Todos obran así en la actualidad, todas las personas de mundo tienen esta creencia; este es el uso, la

costumbre y la moda del día. « ¡Vanos pretestos! Esto no prueba mas que una cosa, y es que la corrupcion está hoy extendida generalmente en el mundo, que la hieucia predomina en él, y que el escándalo es comun. Estas razones no tienen fuerza alguna delante de Dios; todo esto no nos dispensa de la ley de Dios; no nos absuelve en su tribunal ni podrá sustraernos a sus castigos, pues al maldecir al mundo nos prohibió vivir segun el espíritu, las leyes y las costumbres del mundo. Procuremos pues no conformar nuestra conducta a la del mayor número si no queremos perecer con el mayor número; tratemos de imitar al pequeño número si deseamos salvarnos. Alistemonos entre los cristianos humildes, pladosos y fieles; caminemos con ellos por la senda de la penitencia bajo el estandarte de la cruz en compañía de Jesucristo; gloriémonos de sufrir la ignominia y el menosprecio del mundo por Jesucristo y con Jesucristo, si queremos tener parte en su reino: *Exemus ergo ad eum extra castra; in proprium ejus portantes.*

SEGUNDA PARTE.

Después de haber referido el Salvador a los Judios la parábola de los viadores homicidas, añadió: ¿Qué hará ahora el dueño de la viña para vengar este asesinato? Él vendrá ciertamente para hacer perecer á esos malvados, y arrendará su viña á otros colonos mas honrados, mas agradecidos y mas fieles: *Malos male perdet: et vincam suam locavit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis. (Matth. 21.)*

Esta terrible profecía se cumplió á la letra. Jerusalem fué presa de las llamas y destruida enteramente; sus habitantes fueron degollados, y los restos, dispersados y destruidos de toda la comarca. Por haber osado echar á Jesus fuera de la antigua Jerusalem, destruyeron los Judios un castigo nuevo. No solo se les prohibió habitar en la nueva ciudad reconstruida por el Emperador Adriano, sino que, como refiere S. Jerónimo, no se les permitió que entrasen en la ciudad, para llorar sobre las ruinas de su antigua patria, si no se sometian á pagar un tributo exorbitante. De modo que este pueblo infortunado, que habia comprado en otro tiempo la sangre inocente de Jesus, tuvo después que comprar sus propias lágrimas, pues que ni aun siquiera tuvo la facultad de llorar gratuitamente (1).

(1) *Ut qui olim emerant sanguinem Christi, emant et lacrymas suas; et ne Betus quidem eis gratuitus sit. (In I. Sophon.)*

Mas la pérdida de la Jerusalem terrena fué para los Judios la figura de la pérdida mucho mas deplorable que experimentaron de la celestial Jerusalem. El reino de Dios, compuesto de la verdadera Religión y de la verdadera Iglesia, arrebatado á los Judios, fué entregado á los Gentiles, y se hizo patrimonio nuestro. En efecto, los Gentiles de Occidente, hechos cristianos, han dado á este reino de Dios en la tierra, es decir, á la Iglesia, un número infinito de mártires generosos que la han regado con su sangre, de doctores sublimes que la han defendido con su talento, y de santos de todas condiciones y de todas edades, de todas las lenguas y de todas las naciones, que la han embellecido con la maravillosa variedad de las mas heroicas virtudes.

Dios, insultantemente misericordioso, es tambien infinitamente justo. El crimen de los Judios, al renovarse entre los Gentiles, podrá atraer sobre ellos la misma venganza. ¿Y en cuantos paises que formaban parte del gentilismo en otro tiempo, y que después fueron convertidos al Cristianismo, no se ha realizado ya este misterio formidable de la justicia divina? Ellos han tenido la incomprensible temeridad de rechazar á Jesucristo en la persona del soberano Pontífice, su Vicario en la tierra; ellos le han calumniado, le han perseguido, le han llenado de amargura y de escarnio de mil maneras diferentes; ellos han procurado alejarle de Roma, y han despojado de su reino para siempre su reinado. Ved aqui por que esos paises infieles á la gracia, ingratos al beneficio de la revelacion cristiana, han perdido la verdadera fe, el verdadero cristianismo, la verdadera Iglesia, y se hallan hoy encorvados bajo el yugo de la herejía ó del cisma.

Este mismo castigo deben temer tambien esas naciones católicas en las que apenas queda del Catholicismo mas que el nombre, donde todos las fuerzas del espíritu, todos los recursos de la política y el desbordamiento de costumbres mas audaz y mas desenfrenado que existió jamás, se reúnen para hacer á la Iglesia Católica, con una perseverancia infernal, la guerra mas insensata, mas sacrilega y mas impia. ¡Desgraciados paises! El reino de Dios, arrebatado á su ingratitud y á su infidelidad, podrá ser trasladado á esas naciones dispersas en el grande Océano, que son estrañas á él, y que solo esperan el momento en que les sea revelado, para establecerlo en ellas y haerle fructificar: *Auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.*

Y aun cuando la verdadera fe, la fe católica no deba abandonar

A estas naciones, en favor de las almas que permanecen fieles á ella, y cuyo número es muy pequeño en comparacion de los que la rechazan y la desprecian, puede suceder desgraciadamente, y sucede en efecto con frecuencia, que los individuos la pierdan. ¡Ay! por desgracia se encuentra en los países católicos un gran número de esas almas depravadas á quienes Dios, para castigarlas de sus vicios, ha abandonado á todos los errores, y por consiguiente se han precipitado en el abismo de la incredulidad.

¡Ay! conservemos, amados hermanos, el precioso tesoro que poseemos, la verdadera fe que tenemos la dicha de profesar; defendámonla dentro de nosotros mismos contra la influencia de las doctrinas erróneas, y mas aun contra la influencia de las malas costumbres que pudieran hacernos perder, á fin de que, conservando en nosotros en toda su integridad el reino de Dios, ese precioso depósito de su fe y de su gracia, podamos ser admitidos un día en el reino de su gloria. *Así sea.*

CONFERENCIA VIGÉSIMA SEXTA.

El Viaje al Calvario.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.

Si aliquis quierit venire me post de mi, renunciet sibi mismo, tome su cruz, y sígase.

[Matth. 16.]

Cuando el Salvador del mundo pronunció estas profundas y misteriosas palabras, que ninguna lengua humana había pronunciado jamás, que el oído del hombre no había jamás escuchado, y que el espíritu humano jamás había concebido, ninguno de cuantos las oyeron comprendió la importante lección que ellas encierran; por el contrario les pareció que el Señor había usado de un lenguaje que carecía de significacion.

La cruz era en aquella época el suplicio infamante de los esclavos y de los criminales, y jamás se había propuesto á los justos de la ley antigua como una condicion esencial de la verdadera virtud. Ninguno pues podia admitir la estraña doctrina de que para ser discípulo de Jesucristo era necesario renunciarse á si mismo, cargar con el instrumento de su propio suplicio y seguir sus pisadas, ó en otros términos, que, supuesto que el Mesías enviado por Dios debía llevar su cruz y ser enclavado en ella, sus discípulos debían tambien llevar sus cruces en pos de él, y ser en ellas crucificados por él y con él: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

Sin embargo S. Pablo dice: Está decretado en los consejos eternos de Dios que ninguno podrá entrar en el cielo si no representa en si mismo la vida y los ejemplos de su divino Hijo, si no se hace la imagen perfecta de Jesucristo: *Quos presciit et predestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.* (Rom. 8, 29.) La doctrina que nos enseña á imitar y á seguir á Jesucristo es por consiguiente la

A estas naciones, en favor de las almas que permanecen fieles á ella, y cuyo número es muy pequeño en comparacion de los que la rechazan y la desprecian, puede suceder desgraciadamente, y sucede en efecto con frecuencia, que los individuos la pierdan. ¡Ay! por desgracia se encuentra en los países católicos un gran número de esas almas depravadas á quienes Dios, para castigarlas de sus vicios, ha abandonado á todos los errores, y por consiguiente se han precipitado en el abismo de la incredulidad.

¡Ay! conservemos, amados hermanos, el precioso tesoro que poseemos, la verdadera fe que tenemos la dicha de profesar; defendámonla dentro de nosotros mismos contra la influencia de las doctrinas erróneas, y mas aun contra la influencia de las malas costumbres que pudieran hacernosla perder, á fin de que, conservando en nosotros en toda su integridad el reino de Dios, ese precioso depósito de su fe y de su gracia, podamos ser admitidos un día en el reino de su gloria. *Así sea.*

CONFERENCIA VIGÉSIMA SEXTA.

El Viaje al Calvario.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.

Si aliquis quierit venire me post de mi, renunciet sibi mismo, tome su cruz, y sígase.

[Matth. 16.]

Cuando el Salvador del mundo pronunció estas profundas y misteriosas palabras, que ninguna lengua humana había pronunciado jamás, que el oído del hombre no había jamás escuchado, y que el espíritu humano jamás había concebido, ninguno de cuantos las oyeron comprendió la importante lección que ellas encierran; por el contrario les pareció que el Señor había usado de un lenguaje que carecía de significación.

La cruz era en aquella época el suplicio infamante de los esclavos y de los criminales, y jamás se había propuesto á los justos de la ley antigua como una condición esencial de la verdadera virtud. Ninguno pues podía admitir la extraña doctrina de que para ser discípulo de Jesucristo era necesario renunciarse á sí mismo, cargar con el instrumento de su propio suplicio y seguir sus pisadas, ó en otros términos, que, supuesto que el Mesías enviado por Dios debía llevar su cruz y ser enclavado en ella, sus discípulos debían también llevar sus cruces en pos de él, y ser en ellas crucificados por él y con él: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

Sin embargo S. Pablo dice: Está decretado en los consejos eternos de Dios que ninguno podrá entrar en el cielo si no representa en sí mismo la vida y los ejemplos de su divino Hijo, si no se hace la imagen perfecta de Jesucristo: *Quos presciit et predestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.* (Rom. 8, 29.) La doctrina que nos enseña á imitar y á seguir á Jesucristo es por consiguiente la

doctrina de las doctrinas, la ciencia de las ciencias, la filosofía de las filosofías, la doctrina, la ciencia y la filosofía de la salvación eterna.

¿Y qué ha hecho nuestro divino Maestro? El no se ha contenido con explicarnos en su Evangelio esta importante doctrina; él ha querido ponérsela ante los ojos, como en acción, en su viaje al Calvario, llevando él mismo su cruz sobre sus hombros, y enseñándonos de ese modo como debemos llevar nosotros la nuestra.

Acompañemos pues en este día a nuestro Redentor que lleva esta dolorosa y humillante carga; acompañémosle a fin de aprovecharnos de los misterios que el nos revela en esta circunstancia, de los ejemplos y de las lecciones que nos da, y comprender al mismo tiempo la necesidad, la importancia y las ventajas de la renuncia voluntaria, y la gloria que adquirimos al seguir sus pisadas por el camino del Calvario, con la cruz sobre nuestros hombros: *Si quis vult post se venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

PRIMERA PARTE.

Increíble parece que después de haber deseado el Redentor tan ardientemente la cruz, y haberla aceptado con un gozo tan grande, se mostrase en seguida tan débil para llevarla, que apenas salió de Jerusalén cayó en un desfallecimiento tal, que fue necesario buscar uno que la llevase por él, por temor de verle sucumbir bajo su peso. Estenuada la humanidad santa de Jesucristo por la pérdida de tanta sangre, y abatida por el dolor de tantas heridas, apenas tenía la fuerza necesaria para sostenerse; mas así como, después de la agonía y el sudor de sangre, se mostró intrépido y formidable a los Judíos que fueron a poderarse de su persona, ¿no podía y debía mostrarse también fuerte y vigoroso bajo el peso de la cruz, y confundir así a los soldados que le conducían al suplicio? ¡Ah! no nos sorprendamos de esta flaqueza. Ella no proviene del agotamiento de sus fuerzas, sino de la vehemencia de su caridad; ella no es una enfermedad, sino un prodigio; ella no es un escándalo, sino un misterio.

Efectivamente, en el salmo treinta y nueve que, según San Pablo, no se aplica mas que a Jesucristo, el Salvador habla de sí mismo en estos términos: Mis iniquidades me han abrumado con su peso de

tal manera que no puedo ni aun mirar al cielo. Su número es mayor que el de los cabellos de mi cabeza, y mi corazón abatido y desolado ha caído en un desfallecimiento. No es pues la carga material de la cruz, dice el apóstol S. Pedro, lo que abruma el cuerpo de Jesucristo, sino el peso misterioso de las iniquidades del mundo que acumuladas sobre la cruz la hacen tan pesada, y abaten su corazón. (1 Pet. 2.) Porque así como está escrito de Isaac, figura admirable de Jesucristo, que Abrahán cargó sobre sus hombros la leña sobre que debía ser inmolado (Genes. 22); así también se ha dicho de Jesucristo, por boca de Isaías, que su eterno Padre puso en sus hombros, juntamente con la cruz, la carga todavía mas pesada de las iniquidades de los hombres. (Is. 53.) Y á este propósito, dice S. Ambrosio, que Jesucristo llevó la cruz sobre sus hombros para llevar con ella todos nuestros pecados. (De Benedict. Patriarch.) Esto supuesto, ¡desgraciados de nosotros, si Jesús hubiera llevado su cruz con tanta facilidad y tanta firmeza que hubiera llenado de admiración a sus enemigos en el Calvario, como los había llenado de terror en Gethsemani! Esto, que en el estúpido orgullo de nuestros pensamientos hubiéramos mirado como lo mas conveniente a la dignidad del Hijo de Dios, no hubiera estado conforme a su equidad de Redentor de los hombres; porque la cruz, llevada así con un aire de triunfo, hubiera sido la cruz de su inocencia, y no la del pecado; hubiera sido gloriosa para él, pero inútil é ineficaz para nosotros; ella no nos hubiera representado; nosotros no hubiéramos tenido parte alguna en ella, hubiéramos sido extraños a ella. Mas llevándola Jesús en medio de las ignominias y de los insultos, con los esfuerzos y la dificultad que debe experimentar un hombre, con los sentimientos y las disposiciones de un criminal, temblando bajo su peso y cayendo con el rostro contra la tierra, llevándola como hubiéramos podido llevarla nosotros que somos pecadores, si la justicia de Dios nos hubiera cargado con ella, nos hace ver claramente que él se ha colocado en nuestro lugar, que ha cargado con nuestra cruz y la ha aceptado en nuestro nombre, y que así como se ha vestido de nuestra flaqueza con el pecado que es la causa de ella, así también nos comunica su fuerza con la divinidad que es su origen. Este abatimiento del Señor, dice S. Ambrosio, es por consiguiente el principio de nuestra esperanza y de nuestro consuelo. Su flaqueza fortifica la nuestra; ella eleva los corazones abatidos y sostiene a los mártires. (In Luc.)

Ved aquí por que los mártires y los apóstoles, Pedro y Andrés, pudieron saltar de gozo á vista de su cruz, y alzarla con firmeza. Ellos la llevaban por la gloria de Jesucristo, y así es como debieron hacerlo. Mas Jesucristo cargo con ella en nuestro nombre, por nuestra expiación y nuestra salvación; y por esta causa su flagelo nos hace ver en el un Dios Redentor, mucho mas que si se hubiere mostrado fuerte y poderoso. Es indudablemente un milagro que los mártires, hombres débiles y enfermos, hayan manifestado aiegein en medio de los tormentos; pero mayor milagro es todavia que el Hijo de Dios, siendo fuerte por sí mismo, se haya hecho débil y se haya dejado abatir bajo el peso de la cruz. Este es el mas grande de todos los misterios que no puede explicarse sino por el mas grande de todos los amores. ¡O fuerza prodigiosa! ¡O desfallemiento milagroso de Dios Salvador! El Hijo de Dios, revestido de la enfermedad de la carne y cayendo á tierra en mi presencia me enseña, dice S. Agustín, á postrarme á sus pies, á sacrificarle mi miserable orgullo, á humillarme, á hacirme enfermo ante esta Divinidad que se hizo voluntariamente enferma, y obligar así á este Dios, poderoso en su alabamiento, á que me alargue una mano compasiva para levantarme. (*Confess.* 7. 18.)

Hay asimismo una razón muy poderosa para que Jesucristo consintiera en que otro le ayude á llevar su cruz. Viéndole los Judíos entrar á tierra sin conocimiento, temieron, dice Dionisio el Cartujo, que muriese durante el tránsito, y que se privasen ellos del placer bárbaro de verle espirar en la cruz. Así pues, no es por aliviar sus trabajos por lo que se dan prisa á socorrerle, sino para prolongar su suplicio; no para darle la vida, sino para reservarle á la muerte mas cruel (1). Con este objeto detienen á un hombre de Cyrene, llamado Simon, que volvía del campo y pasaba casualmente por aquel sitio; ellos quieren hacerle cargar con la cruz del Salvador; pero como Simon rehusase aceptar esta carga, le obligan á llevarla por fuerza. (*Math.*, *Marc.*, *Luc.*)

¡O amados hermanos, todo está ordenado admirablemente en la pasión del Señor! Dios se sirve de este mismo acto de compasión barbara de los Judíos para figurar grandes misterios de misericordia y de salvación para con nosotros, y darnos graves e importantes lecciones.

(1) Cruelissimi id fecerunt: non pro levamine Jesu, sed quia timelant, ne forte sub onere deficiens moreretur in via. (*In Luc.*)

En primer lugar, segun Orígenes, no fué por casualidad por lo que Simon se encontro de paso en el momento en que Jesucristo enia desfallecido bajo el peso de su cruz y de sus dolores. La casualidad es una palabra vacía de sentido. No es tampoco la injusticia ni la violencia de los Judíos la que obliga á Simon á participar de la ignominia y de la carga del Salvador; es el mismo Dios que, por una disposición amorosa de su providencia, ha dispuesto todas estas circunstancias. (*Trac.* 35. *in Math.*)

En efecto no es un Judío el que se ve obligado por sus compatriotas á prestar este auxilio al Salvador, porque el Judío, dice S. Hilario, no solo no era digno de llevar la cruz del Redentor que habia despreciado, sino que ni aun merecia tocarla. (*In Math.*) Este hombre afortunado, elegido por Dios para una mision tan honrosa, es un Gentil; él se llama Simon, palabra que significa obediencia; él es de Cyrene, que quiere decir herencia; él viene de una granja, es decir de la campiña, ó bien de un bosque que los antiguos llamaban *pagus*, lo cual hizo designar á los Gentiles con la denominación de *paganos*, porque estos pueblos celebraban en los bosques sus ceremonias supersticiosas. Así pues este Simon, prosigue S. Hilario, es la figura de los pueblos de la gentilidad que dejando el paganismo, ó abandonando sus supersticiones idolátras, debían un día, por su obediencia á las doctrinas del Evangelio, tener parte en los frutos de la pasión y de la cruz de Jesucristo, y hacerse herederos de su gloria. (*Ibid.*) En la persona de Simon Cyreno, prosigue S. Geronimo, todos los pueblos gentiles, desde este momento toman místicamente posesión de la cruz, y el extranjero obediente, principia desde entonces á llevar la ignominia de su Salvador. Finalmente S. Leon hace á este proposito la reflexion siguiente: Al querer nuestro Salvador (1), dice, que fuese un Gentil el primero que tocara la cruz con que estaba cargado, y le permitiese á llevarla, sin conceder este favor á ningún Judío, indicó claramente que los Judíos estaban ya desechados, y que los Gentiles, considerados como pueblos, serian los primeros en creer en él, en confesar y en adorar su cruz, y en gloriarse de esta cruz que debia ser para los Judíos un objeto de horror y de confusion. (*Serm.* X *de Pass.*)

Mas ¡ay! estos sentimientos no animan á todos los cristianos!

(1) Mystice crucem suscipiunt nationes; et peregrinos obediens portat ignominiam Salvatoris. (*In Marc.*)

¡Cosa sorprendente! dice S. Cirilo; el Hijo de Dios no se avergonzó de cargar con la cruz que habíamos merecido, y nosotros, desventurados ingratos, nos ruborizamos de llevar la cruz que Jesucristo santificó; nosotros rehusamos sufrir las molestias mas leves, inseparables de la vida cristiana; nosotros nos avergonzamos de sufrir cosa alguna por el amor de Jesucristo (1). ¡Desgraciados de aquellos, exclama S. Pablo, que, por no desagradar al mundo, no se atreven á parecer cristianos, y se conducen como enemigos declarados de la cruz de Jesucristo! La gloria mundana que ellos buscan se convertirá un día para ellos en una confusion eterna. (Philip. 3.)

Después de haber conocido el misterio oculto en la eleccion que Jesus hizo de Simon, para que llevase su cruz, procuremos comprender las importantes lecciones que ella encierra.

Ciertamente, después de María que tuvo la inmensa gloria de concebir al Verbo Eterno en su seno virginal; después de José que tuvo la dicha de estrechar con frecuencia en sus brazos el cuerpo sagrado de Jesus, no hubo en el mundo un hombre mas honrado ni mas dichoso que Simon Cyreno, que llevó la cruz que el Salvador habia ya santificado al tomarla con sus divinas manos y colocarla en sus hombros; esta cruz que era como el altar sobre que debia ser inmolada la víctima y consumarse el gran sacrificio de los siglos. Pero Simon, al pasar por el lugar en que cayó el Señor, no pensaba ni aun remotamente en el honor que le aguardaba. Al principio no solo no lo comprendió, sino que miró como una ignominia intolerable, para un hombre bien nacido, la de llevar en medio del día y entre un inmenso pueblo el patibulo de un sentenciado, y ser considerado como ayuda de verdugo. El procuró evadirse de esta triste comision de tal modo que fue necesario emplear la violencia para decidirla; cargar con la cruz: *Hunc ungariauerunt*; y ciertamente, no sin murmurar y protestar contra esta injusta violencia, se sometió á una afrenta tan humillante.

Mas cuando después de la resurreccion del Señor, hecho Simon cristiano con sus dos hijos, Alejandro y Rufo, conoció claramente á este Jesus cuya cruz habia él llevado, ¡oh! entonces, y solo entonces comprendió la alta dignidad á que Dios le habia elevado llamándole á llevar el instrumento del suplicio de su Hijo, y asociándole el pri-

(1) Dominus Jesus delictam pro nobis hujulana crucem non erubescit: nos autem calamitosi non audemus labores vel parvos pro pietate suscipere; sed al forte pro Christo quidquam nobis acciderit, erubescimus. (In Joan.)

mero al mérito, á la gloria y á la virtud de la cruz. Entonces, penetrado del mas vivo reconocimiento, tributó á Dios sinceras gracias por lo que le habia parecido ser un castigo inmerecido, una humillacion injusta, pero que solo habia sido un efecto de amorosa predileccion de la bondad divina. Y bien, ¿puede encontrarse un hecho mas claro, mas elocuente ni mas eficaz que este, para hacernos comprender la injusticia de la impaciencia y de la murmuracion con que nosotros sufrimos nuestras tribulaciones y nuestras cruces? Ellas nos parecen efectos de una ciega casualidad, cuando son disposiciones admirables de la Providencia. Ellas nos parecen el resultado de la voluntad perversa de los hombres, no siendo otra cosa que señales de la proteccion divina. ¡Ah! indudablemente los hombres que nos despojan, que nos calumnian, nos humillan y nos oprimen, son verdaderos Judios que nos obligan á cargar con la cruz de Jesucristo, que nos proporcionan el honor de Simon Cyreno; pero Dios es el que hace de ellos sus instrumentos ciegos para purificar nuestras almas, mortificar nuestros vicios, extinguir el fuego de nuestras pasiones, acrecentar nuestro mérito y perfeccionar nuestra virtud. Nosotros no comprendemos ahora este misterio o al menos la idea confusa que de él tenemos no escita sino muy débilmente nuestra fe, y por esta razon no es tan difícil resignarnos á sufrir nuestras humillaciones y nuestros dolores; mas si estos medios tan sensibles á nuestra delicadeza y á nuestra enfermedad contribuyen á salvarnos, si al salir de la vida consigue nuestra alma resucitar gloriosa para vivir con Dios y en Dios, entonces, al ver que las cruces, que nos parecen tan pesadas y tan injustas, fueron los medios de que Dios se valió para desprendernos de nosotros mismos y del mundo, que fueron los motivos de nuestra perseverancia y los titulos de nuestra predestinacion y de nuestra salvacion, ¡oh! entonces reconocemos el dedo amoroso de Dios en todo cuanto hayamos sufrido por la injusticia y la malicia de los hombres; entonces convertiremos nuestras impaciencias actuales en trasportes de reconocimiento y nuestras tristezas en arrebatos de júbilo, y en vez de murmurar de Dios digáremos á él nuestras alabanzas eternas y nuestras acciones de gracias por su misericordia infinita. Reformemos pues nuestros pensamientos y nuestros sentimientos acerca de las tribulaciones que nos vemos obligados á sufrir. Doblemos la cerviz bajo su peso con una piadosa resignacion. Aceptémoslas con el mismo anhelo con que un enfermo acerca á sus labios la copa amarga que le ha de dar la vida. Sufrámoslas con

la humilde paciencia que se debe mostrar en los acontecimientos que Dios dispone para nuestro bien, y principiemos a juzgarlas; ahora que estamos en la tierra, del mismo modo que las juzgaremos en el cielo.

El misterio que explicamos nos enseña, que las cruces á que estamos sujetos en el discurso de nuestra vida, no solo nos están preparadas por la mano de Dios, sino que son necesarias e inevitables, y que por consiguiente deben unirse á la mortificación voluntaria, y nosotros debemos llevarlas en compañía de Jesús; es decir que el Señor nos da en este misterio el comentario sensible de esta sentencia emanada de su boca y que es en cierta manera el compendio de su Evangelio: « Si alguno quiere venir en pos de mí, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame; *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me.* » En efecto Jesús nos ha manifestado cuatro verdades en estas breves y profundas palabras. La primera, que debemos seguirle voluntariamente; *Si quis vult post me venire.* La segunda, que su discípulo debe renunciar á sí mismo: *abneget semetipsum.* La tercera, que debe cargar con su propia cruz: *et tollat crucem suam.* La cuarta en fin, que debe seguir siempre sus pisadas y no abandonarle jamás: *et sequatur me.* Ved aquí cuatro verdades que él nos predica con su ejemplo al resignarse á llevar la dolorosa y humillante carga de la cruz.

Cuando él se muestra á nuestros ojos abrumado bajo el peso de su cruz, subiendo con ella la escarpada pendiente del Gólgota al través de innumerables utraxes, parece que nos dirige estas palabras: « Hombres, miradme con atención; yo soy el hombre de la humillación y del dolor; yo camino por la senda de los sufrimientos, yo no doy á los que me siguen otra cosa que tribulaciones y cruces; ¡Y bien! ¿quién de vosotros tiene el valor de seguirme? Pensadlo bien; yo quiero en pos de mí amigos y no esclavos; discípulos voluntarios y no cautivos arrastrados por la fuerza; yo quiero en una palabra que vuestra cruz sea libre. El estado en que me veis os hará conocer que no seréis los primeros en andar el camino en que yo me encuentro; que yo soy el que os lo preparo, y que vosotros no haréis más que seguir mis pisadas; que yo mismo principio á hacer lo que quiero que hagáis vosotros; que vosotros no seréis los primeros en morir por mí, supuesto que no haréis más que recomensarme del amor que me lleva á la muerte por vosotros; y

que yo voy delante de vosotros como vuestro Señor, vuestro Modelo y vuestro Salvador, alentando con mi ejemplo y con mi auxilio, ¿Qué respondéis pues, y qué resolución tomáis? Consentís, ó rehusáis formar parte de mi comitiva: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.* » O amable Jesús! ¿adónde iremos nosotros sino caminamos en pos de vos? *Domine, ad quem ibimus?* (Joan. 6.) ¿No sois vos nuestro Dios, nuestro Maestro y nuestro Redentor? ¿Dónde encontraremos fejos de vos las palabras, las doctrinas y las gracias de la vida eterna? *Verba vite aeternae habes.* (Ibid.) Si, nosotros queremos caminar por vuestras pisadas, permanecer unidos á vos y vivir con vos: *Sequitur te quicumque ieris.*

Mas si el Dios de la fuerza se encuentra profundamente humillado por aparecer tan débil á los ojos de los hombres, el Dios de la gloria no lo está menos por aparecer cubierto de infamia, y cargado con el peso de la cruz. El mismo Evangelista deja ver esta segunda humillación del Salvador, al decir que eran conducidos con Jesús otros dos criminales condenados á muerte. (Luc.) Porque, ¿que significa esta expresión *otros dos malhechores*, sino que Jesucristo pasó entonces por un malhechor en la opinión pública, según la profecía: El fue comprendido en el número de los criminales; (Is. 53.) que el pueblo no hizo distinción alguna entre Jesucristo y los dos malhechores que eran conducidos con él al mismo suplicio, y que todos tres eran mirados como culpables de los mismos crímenes, supuesto que se les daba el mismo castigo? ¡Oh! qué vergüenza debió sufrir el Hijo de Dios, la justicia y la santidad misma, al verse así confundido con los pecadores y los inicuos, y ser tenido tal vez por mas criminal que ellos! En efecto, supuesto que la sentencia de condenación que llevaban delante de él, escrita en grandes caracteres, y que estaba destinada á ser colocada sobre la cruz, no expresaba dello alguno particular, dejaba libre campo á todas las conjeturas, de manera que Aquel, en quien sus mismos enemigos no habían podido encontrar la mas pequeña mancha, aparecía culpable de todos los crímenes. ¿Quién podría por consiguiente referir los epítetos injuriosos, los sarcasmos, las burlas y las blasfemias de que fue acompañado? Esta terrible ignominia se renovaba para el Redentor del mundo á cada paso que daba el través de las olas de los nuevos espectadores, y sin embargo él los sufría con una mansedumbre inalterable y una paciencia invencible.

Así pues, por el ejemplo de Jesucristo se nos manifiesta la segun-

da condicion esencial que debemos tener para seguirle, la abnegacion de nosotros mismos: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum*; porque Jesucristo que al llevar su cruz sufre tantos dolores en su humanidad, experimenta tanta confusion en su persona y en su nombre, renuncia visiblemente á todas las consideraciones, á todos los consuelos, á todos los honores que le son debidos, á todos los bienes exteriores, y á su vida misma. El, que puede renunciar interformemente á sus pasiones humanas que eran santas, ordenadas y justas, renuncia por el contrario á los objetos exteriores, por los que los hombres suspiran con tanta injusticia y con tanta ardor. El se renuncia á sí mismo de una manera tanto mas perfecta cuanto mas noble y mas santa es su abnegacion. El nos demuestra con su ejemplo la necesidad absoluta que tenemos de haer por nuestro propio bien lo que el hizo tan solo por nuestro amor. El nos da la importante leccion de que nosotros debemos renunciar á nuestro propio juicio, á nuestra voluntad, á nuestros deseos, á nuestras afeciones y á nuestras inclinaciones, quando estos sentimientos estan en oposicion con la palabra de Dios y con la ley de Dios. El nos obliga, si es que tenemos ofender á Dios y descarnos agradarle, á refrenar la licencia de nuestros sentidos, á mortificar nuestros ojos, nuestros oidos, nuestro paladar, nuestra lengua y todo nuestro cuerpo, para no ver, para no oir, para no decir, para no gustar ni hacer cosa alguna que no sea santa é inocente. ¡ Ah! si el hombre profano, si el hombre infiel, el hombre carnal es aquel que usa de condescendencias consigo mismo y se forma un idolo de su propia persona, el hombre cristiano, el hombre espiritual, el hombre que aspira al honor de ser un discipulo fiel de Jesucristo es aquel que se contraria á sí mismo, que está en guerra consigo mismo, que se mortifica, y que por consiguiente se renuncia á sí mismo siempre y en todas las cosas: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me*.

Sin embargo Jesus, antes de ceder la cruz á Simon, la habia llevado el mismo. Pues bien, esta circunstancia nos dice que si hubo una cruz para el Criador, no faltará otra para la criatura: si hubo una cruz para el Santo de los santos, con mucha mas razon habrá otra para los pecadores; si Jesucristo, supuesto que se encargo libremente de nuestra redencion, debió cargar con la cruz, *Oportuit Christum pati*, (Luc.) con mucha mas razon debemos nosotros llevarla para obtener los frutos de esta redencion. El hombre para salvarse necesita asociarse á los sufrimientos, á las ignominias y á la

cruz de Jesucristo, supuesto que el hombre debe, en calidad de miembro, cumplir en su carne, como decia S. Pablo, lo que queda que sufrir á su cabeza: (Coloss. 1.) y para darnos esta importante leccion de una manera sensible, fué por lo que Jesucristo quiso manifestar que necesitaba el auxilio del hombre para llevar su cruz, por esto la cedió á Simon, permitiendo que un verdadero desálleamiento viese á corroborar esta profunda ensenanza.

La cruz es por consiguiente la condicion mas universal y mas indispensable de la vida humana, y ved aquí por que ella es planta de todos los climas y de todos los países. La cruz se encuentra en los palacios de los grandes y en las chozas de los pobres. No hay poder alguno en la tierra, no hay dignidad, grado ni condicion que esté exceptuada de ella, ni pueda evadirse de ella. Donde menos se cree que ella está, allí se encuentra mas pesada y mas sensible. Las cruces de los pobres son de madera; mas toscas y mas pesadas en apariencia, pero en realidad son mas ligeras. Las cruces de los ricos y de los grandes del mundo son de oro; brillantes en apariencia, pero tanto mas pesadas, quanto el oro es mas pesado que todos los metales. Las calumnias y las persecuciones son cruces; las miserias y las enfermedades son cruces igualmente; las humillaciones y los infortunios, las pérdidas imprevistas de las personas que amamos, de los bienes y del honor, las traiciones de los hombres y las tentaciones de los demonios, las exigencias de la sociedad, los deberes del estado, los cuidados de la paternidad y los sacrificios, exigidos por la condicion de cada uno, son otras tantas cruces.

Mas así como Jesucristo sufrió el peso enorme de todas estas cruces, cada hombre, cada cristiano deberá llevar igualmente la suya. Jesucristo, dejando la cruz á Simon, representa á Jesucristo distribuyendo á todos los hombres la cruz á que se sujeta el mismo y que cada uno de nosotros puede mirar como suya: *Crucem suam*. Suya, porque cada cual tiene una cruz que lleva por castigo, que se impone por abnegacion, ó que toma de sus semejantes por compasion; suya, porque todo cristiano la recibe ó de sus padres, ó de sus amigos, ó de sus superiores, ó de sus subalternos, ó de sus rivales, ó de sus iguales, ó de su estado, ó de su rango, ó de su probidad, ó de sus pasiones; suya, porque se dirige al bien espiritual de cada hombre en particular, y porque este es el objeto que Dios se ha prometido desde la eternidad; suya, porque Dios elige para cada individuo la cruz mas adecuada á sus fuerzas, á sus necesidades espirituales, al estado de su alma, al grado de sus virtudes ó de sus vicios, al nú-

mero de sus méritos ó de sus pecados, y á la energía de sus buenos deseos ó de sus pasiones, supuesto que las cruces son, no solo una fuente de méritos, sino tambien un castigo, un auxilio y un remedio.

Tal es la cruz que Dios reserva á cada cristiano como suya: *Crucem suam*. Es necesario pues que cada uno de nosotros la acepte como presentada por sus manos divinas, y que la tome el mismo como una cosa que le pertenece: *Tollat crucem suam*, á ejemplo de Jesucristo que aceptó y llevó la suya como ofrecida por su Padre: *Et bajulans sibi crucem*. El Cirineo, rehusando al principio á cargar con la cruz del Salvador que se le imponía, y obligado después á sufrirla, á pesar de su oposición y su repugnancia, no es otra cosa que el cristiano que hace los esfuerzos posibles para evadirse de la cruz que Dios le envía directa ó indirectamente. ¡Vanos esfuerzos! supuesto que nuestra repugnancia, nuestras quejas y nuestras murmuraciones ante la cruz que nos está preparada, ó bajo el peso de la que se nos ha impuesto, no pueden alejarla de nosotros ni librarnos de ella, y solo sirven para hacerla mas pesada. Por consiguiente, cuando Jesucristo, que hubiera podido evadirse de cargar con la cruz, la toma sin manifestar la menor impaciencia ni profere una sola palabra, abrazándose á ella con toda la calma de la resignacion y todo el anhelo de la alegría: *Et bajulans sibi crucem*; cuando con su ejemplo y con su auxilio consigue decidir á Simón á llevar, con las santas disposiciones que tiene el mismo, una cruz contra la que se sublevó en vano; ¡oh! entonces Jesucristo nos da una profunda enseñanza. Entonces nos dice que debemos llevar con los mismos sentimientos que él la cruz que se nos impone á pesar nuestro; que obligados á aceptarla por necesidad, debemos apropiárnosla por virtud; que es necesario convertir en sacrificio voluntario lo que muchas veces es un castigo merecido por nuestras culpas; que no solo debemos doblar pacientemente la cerviz bajo su peso, sino tomarla nosotros mismos con valor, abrazarla con alegría, estrecharla con gozo contra nuestro seno, como una cosa que nos es propia, como una cosa que hemos despendo y querido nosotros mismos, como un remedio de nuestras enfermedades, ó como la condicion indispensable de nuestra salvacion; y esto no por una sola vez, ni por un solo dia, sino como el mismo Salvador lo dice por S. Lucas, por todas las veces, por todos los dias, por toda la vida: *Tollat crucem suam quotidié*; esto es juntar la abnegacion voluntaria de si mismo á la resignacion y á la paciencia cristiana en los sufrimientos involuntarios; esto es

vivir y morir sobre la cruz; esto es ser un verdadero discípulo de Jesucristo: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam, et sequatur me*.

Mas esto no basta; Jesucristo, después de haber dejado á Simón la cruz que él habia sostenido en sus hombros por un largo trecho, se adelanta á él, y dispone su marcha de tal manera que Simón le siga y va inmediatamente después de él, sin adelantarse ni quedarse atrás, sin ir mas despacio ni mas de prisa, sin separarse un solo paso á la derecha ni á la izquierda; el le guía de tal modo que sigue no solo el mismo camino, sino la misma senda, y va pisando las mismas huellas ensangrentadas de su Redentor. Asi se nos manifiesta la cuarta y última condicion necesaria para tener la dicha de ser del numero de los discípulos que siguen á Jesucristo; condicion que consiste en seguir siempre fielmente sus pisadas, en guardar su doctrina con un cuidado escrupuloso, en cumplir fielmente su ley y en imitar exactamente sus ejemplos: *Et sequatur me*; sin esta condicion todas las demás serian vanas é ineficaces.

Y en efecto, muchos cristianos hay en el mundo que se glorian de seguir á Jesucristo: *Si quis vult post me venire*. Muchos hay que sacrifican su paz, su reposo, sus bienes, su reputacion, su salud y su vida, y aun hasta su alma, y por consiguiente se renuncian á si mismos: *Abneget semetipsum*. Muchos hay que por su propia voluntad abrazan con gozo, y se imponen ellos mismos las cruces mas pesadas, sometiéndose á toda clase de privaciones, de sufrimientos y de ultrajes: *Et tollat crucem suam*. Mas como esto no es en ellos mas que un vano aparato de palabras que desmienten sus acciones, pues que esos cristianos no tienen de cristianos mas que el nombre; como esta abnegacion de sus mas caros intereses y aun de si mismos no tiene en ellos otro objeto que agrandar al mundo y satisfacer sus pasiones; como ellos mismos forman las cruces que llevan, y se las imponen por vanos respetos, por apariciones ridículas, por locas esperanzas, por obtener una dignidad en el mundo, adquirir gloria, crearse una fortuna y disfrutar con ella los mas vergonzosos placeres, en una palabra por satisfacer el orgullo, la ambicion y los sentidos, puede decirse con toda verdad que esas cruces son las del vicio y no las de la virtud, que esas son las cruces del mundo y no las del Evangelio, cruces que se llevan por inspiracion del demonio, y no por obediencia ni por amor de Jesucristo. Asi pues, los que llevan esas clases de cruces no siguen á Jesucristo, no imitan su ejemplo ni andan por sus caminos. Por consiguiente su igualdad de cristianos

no los reporta utilidad alguna; su abnegacion no los mejora; sus cruces no los enriquecen, porque son cruces estériles, infructuosas y culpables, en vez de ser fecundas, provechosas y santas; son cruces de dolor y no de consuelo, de perdicion y no de salvacion; son cruces que no se llevan en pos de Jesucristo, sino en pos del demonio; que no nos conducen al paraíso, sino al infierno.

¡ Ah! la cruz que nos salva es la del Redentor, teñida con su sangre, la que él recibió y abrazó, y la que se lleva en pos de él y con él: *Et sequatur me.*

Así pues, el Salvador llevando su cruz, nos explica claramente el enigma, nos hace palpable la leccion, y nos muestra eficazmente la necesidad que tenemos de tomar nuestra cruz y seguir á Jesucristo. Esto es lo que han aprendido y han practicado todos los santos, todos los verdaderos cristianos, todos los predestinados y todos los elegidos. Ved aquí por que al contemplar con los ojos de la fe á Jesucristo caminando dolorosamente bajo el peso de su cruz hacia la escarpada cima del Gólgota, le vemos seguido de una inmensa turba de hombres que llevan detras de él su propia cruz, y se dirigen por el mismo camino. ¡ Oh! ; cuán bella es esta perspectiva! Fijad en ella, amados hermanos, vuestras miradas. Ved sobre la cima del monte á Jesucristo que, como cabeza y modelo de todos los elegidos, de todos los predestinados y de todos los verdaderos cristianos, ha abierto la senda y marcado el camino; ved cómo le siguen inmediatamente Maria y José, los primeros en practicar el Evangelio en toda su severidad y en toda su perfeccion, aun antes de que fuese publicado. Mirad aun, y ved los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes. Confundidos entre ellos caminan todos los justos de los dos Testamentos, de todas las lenguas, de todos los pueblos, de todas edades, sexos y condiciones. ¡ Oh! ; cuán santo, cuán noble, augusto é imponente es este cortejo! Su gozo es sincero, su paz profunda, su paso majestuoso y su vida perfecta. La fe lo anima, la confianza lo sostiene, la caridad lo inflama, el pudor lo embellece y la penitencia forma su más brillante adorno. En él los consuelos están unidos á los sacrificios, y las esperanzas á las virtudes. ¡ Oh! ; quién me diera, quien nos concediera á todos formar parte de ese precioso cortejo! Apresuremos á introducirnos en sus filas y á caminar con él, porque no hay dos caminos que puedan conducirnos al cielo, sino uno solo que es el del Calvario, por el que iremos acompañados de los buenos y en pos de Jesucristo. Nosotros no debemos rehusar entrar en este camino si queremos llegar al término de él. Observad

pues, nos dice desde lo alto de la montaña Jesucristo cargado con su cruz, observad bien que en toda esta multitud afortunada no hay ninguno que no lleve en su frente el sello de la verdadera fe, y en su corazón la abnegacion de sí mismo, y que no vaya cargado con el peso de su cruz. Sabed al mismo tiempo que estas son las condiciones necesarias, inevitables y comunes á todos los que quieran caminar en pos de mí: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum; et tollat crucem suam, et sequatur me.*

SEGUNDA PARTE.

No se contentó el Salvador en su misterioso viaje al Calvario con predicarnos con su ejemplo, sino que quiso instruirnos tambien con sus palabras; porque ademas de los guardias que le rodeaban iba acompañado de una turba inmensa y seguido de un grupo de mujeres compasivas que, profundamente afligidas y vertiendo abundantes lágrimas á vista de sus ignominias y de sus penas, atestiguaban con su llanto y sus gemidos la inocencia de Jesús y la injusticia de sus jueces: *Sequuntur autem illum multa turba populi et mulierum, qui plangebant et lamentabantur eam.* (Luc.) El Señor se vuelve, y desde la cumbre del monte dirige una mirada majestuosa sobre esta multitud que se extendia á sus pies en la pendiente del Gólgota; y con aquel poder divino, con que en Getsemani habia dejado inmóviles á los Judíos al dirigirles sus reconvenciones, deja ahora helados de terror á los jueces, á los soldados y á los verdugos haciendo oír sus amenazas. Tranquilo y sereno, con un alre de Señor que manda, con un tono de maestro que instruye y de legislador que impone sus leyes al universo, se dirige mas particularmente á las mujeres que veia tan afligidas y las dice: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, yo no camino á la muerte sino por mi voluntad. Llorad mas bien sobre vosóttras mismas, hijas infortunadas, verted lágrimas amargas sobre vuestros hijos; porque no está lejos el día en que estallará sobre Jerusalem la terrible catástrofe que la cubrirá de luto. ¡ Dichosas entonces las mujeres estériles que no han lactado hijos! ¡ y desgraciadas las madres cuya fecundidad solo habrá servido para proveer de victimas á la justicia divina! (Luc.) ¡ Ay! los males de la vida presente no serán mas que una débil imagen de los que mis enemigos los pecadores deben sufrir en la vida futura. ¡ Qué horror no se apoderará de ellos cuando se presenten en el formidable tribunal de este mismo Mesías que tanto deseo tienen ahora de

ver suspendido en la cruz! Ellos pedirán entonces como un favor que las montañas caigan sobre ellos para aplastarlos, y que los colinas se bajen para cubrirlos. [Luc. 23.] Porque si el Hijo de Dios, árbol verde de gracia y de virtud, es probado hoy por la justicia divina con tanta dureza, ¿qué trato deben esperar las ramas secas e inútiles, es decir los pecadores enemigos de Dios? [Luc.]

¡O Dios lleno de misericordia! ¡o palabras inflamadas de amor! bajo el peso de la cruz, marcando el camino del Calvario con sus coldas y su sangre, en medio de las burlas de los sacerdotes, de los insultos del populacho y de los golpes que le daba la soldadesca, en tanto que su cuerpo estaba entregado a todos los dolores y su persona expuesta a todas las ignominias, Jesús sin embargo no olvida ni abandona al pueblo deicido. El Judío le ultraja, y él le instruye por compasión; el Judío le desprecia, y él le llama. El Judío le conduce a la muerte, y Jesús le invita a la penitencia, a la reconciliación, al perdón y a la vida: *Filius Jerusalem, super eos ipsas flete*. Por esta razón le pone ante los ojos la severidad de los juicios de Dios, el horror de sus venganzas, las adversidades del tiempo y las penas de la eternidad: *Si in viridi hoc fecerunt, tu arido quid fiet?*

Estas palabras, dice S. Leon, fueron en la persona de los Judíos presentes a tan triste espectáculo dirigidas igualmente a los cristianos futuros, que olvidados de sí mismos, se mostrarían un día escandalizados, confundidos y afligidos por los bárbaros tratamientos, las ignominias y los ultrajes que el Hijo de Dios sufrió en su pasión. Por consiguiente al decir a estos cristianos, volved sobre vosotros mismos la compasión que manifestais por mí, quiso decirles: En vez de entristeceros y de ruborizaros de las ignominias y de los dolores que yo he sufrido voluntariamente como Redentor, por la salvación del mundo, estreméos al pensamiento terrible de que yo mismo vendré un día, con todo el esplendor de la majestad de mi Eterno Padre, a juzgar al mundo como juez inexorable. En vez de gemir por las penas del Salvador de los creyentes, llorad por la locura y la impiedad de los temerarios que perecen. (1).

Sin embargo, en medio de la corrupción general de costumbres, de la tibieza en la fe y del olvido del Evangelio en que ha caído la mayor parte de los cristianos, Jesucristo conserva todavía una porción escogida de castas vírgenes y de jóvenes de alma pura que, re-

(1) Nolite flere pro mundi redemptione morientem, quem in maiestate Patris sui videtis iudicantem. Logendum nobis plane est, non de Salvatore credendum, sed de impiente et temeritate perentium. (Serm. X. de Pass.)

nunciando a los atractivos y a los placeres del mundo, van a sepultar en los claustros los encantos de la juventud, de la gracia, de la belleza, o que permanecen en el mundo, pero que le desprecian, y viven separadas de él como si no perteneciesen a él. Jesucristo conserva todavía, en todas las condiciones, en todas las clases y en todos los lugares, un gran número de almas fieles y fervorosas que observan una vida distribuida cristianamente entre las obligaciones de su estado y las prácticas de religión, cuya primera atención es la salvación de su alma, cuyas ocupaciones preferentes son las lecturas piadosas y la frecuencia de sacramentos, cuyo tesoro es la gracia, y cuyas delicias son la caridad, la oración y la devoción. Hay todavía un gran número de almas justas que no reportan otra recompensa de su justicia que el olvido, la persecución y el menosprecio. Y bien, esos cristianos sinceros, que siguen verdaderamente a Jesucristo, y que llenos de su espíritu llevan también su cruz y se dirigen místicamente por el camino del Calvario para ser allí continuamente crucificados con él, según la expresión de S. Pablo, escitan con frecuencia, en su vida humilde y penitente, la compasión de los mundanos, como Jesús escitó la de los Judíos. ¡Hijas desgraciadas, dicen, desventurados jóvenes! encerrarse así en la flor de su juventud en una especie de tumba, sin otra sociedad que la tristeza, el silencio y la mortificación! ¡Pobres seres, dignos de compasión que se privan de los gozos más inocentes, que no disfrutan ninguno de los placeres del mundo! siempre poseídos de temor, siempre en lucha consigo mismo, siempre llorando! ¿Cómo pueden conducirse a una vida tal que no es más que una muerte continuada? *Plangebant et lamentabantur eam*.

Pero estas almas santas, imitación de Jesucristo, su Salvador y su modelo, responden a su vez a los mundanos: ¡O hijos de la tibia Jerusalén, hijos del siglo corrompido, no lloréis ni os afligís por nuestra suerte: *Filius Jerusalem, nolite flere super nos*, mucho nos molesto nos sería gozar de las delicias de vuestro mundo, que a vosotros privaros de ellas; en pes de Jesucristo, entre las espinas de la mortificación, en las lágrimas de la penitencia y en la austeridad del retiro, en la aflicción, en las tribulaciones y el menosprecio gozamos de la calma y de la paz del corazón; nosotros somos felices en poseer la gracia y tener la esperanza de la salvación; por consiguiente ninguna necesidad tenemos de vuestra compasión ni de vuestras lágrimas hipócritas. Pero vosotros, con el pecado en el alma, en desgracia con vuestro Dios, en peligro continuo de morir con la

muerte de los pecadores, en presencia del infierno, abierto siempre bajo vuestros pies, vosotros sin fe, sin esperanza y sin amor, decididos, ¿qué! acaso, al medio de vuestras intrigas, de vuestros placeres y de vuestras diversiones, un solo día sin penas, una noche sin cavilaciones, un momento sin disgustos, sin amarguras interiores, sin temores y sin remordimientos? ¡Ah! vosotros os creéis libres, la alegría está pintada en vuestro semblante, pero sois esclavos miserables y vuestro corazón está lleno de tristeza y de amargura. Nosotros somos dignos de envidia, y vosotros dignos de ser llorados: *Noctis fletis super nos, sed super vos ipsos fletis*. Y si queréis llorar sobre los demás, llorad sobre vuestros hijos, realmente desgraciados por tener unos padres tan poco religiosos y tan corrompidos. Gemid sobre vuestros hijos á los que no dejareis otra herencia que una fortuna mal adquirida, vuestros viejos, y un nombre cubierto de infamia: *Super filios vestros*, hijos infortunados! Dios os los habia dado para el cielo, y vosotros los educáis para el infierno; por consiguiente, herederos de vuestras máximas corrompidas y del escándalo de vuestra vida, participarán un día de vuestro castigo. Llorad pues sobre ellos y sobre vosotros al mismo tiempo, ó mas bien, comenzad desde ahora, vosotros con ellos y ellos con vosotros, ese llanto eterno á que seréis condenados: *Super vos ipsos fletis et super filios vestros*.

Que palabras tan terribles hizo oír el Señor cuando añadió: Si el árbol verde es tratado de este modo, ¿qué será del árbol seco? *Si in viridi hoc faciunt, in arido quid fiet?* ¿O vosotros los que, para entregarnos al desorden con mas libertad y menos remordimientos, tenéis por nada el pecado, ó le consideráis como una cosa indiferente, pesad bien estas palabras con que Jesucristo nos ha revelado el ultraje que el pecado hace á Dios, y los grandes castigos que están reservados á los pecadores! porque ved aquí el sentido de esta amenaza: Si solo el vestido del pecado con que Jesucristo se cubrió por nuestro amor le espuso á tantas ignominias y á tantas penas ante la justicia de Dios, ¿cómo es posible que esta misma justicia no se muestre inexorable con los hijos de los hombres que por su maldicia son culpables de un gran número de pecados? Si aquel cuerpo inmaculado, santuario de la pureza, fue despedazado con tanta inhumanidad, ¿qué será del nuestro en el que no hay parte alguna que no sea impura? Si el árbol verde, si la oliva escogida de la que procede toda la unción de la gracia, si la verdadera vid que lleva sazonados frutos es así maltratada, ¿qué será del olivo silvestre, que

será del sarmiento á quien la vid no comunica ya su savia? Qué será del árbol arido de maldición, seco ya por el fuego de las pasiones, y preparado para alimentar el fuego del infierno? Si la santidad misma no se perdona, ¿se guardarán consideraciones con la iniquidad? Si Dios castiga tan severamente en Jesucristo unos pecados que no son suyos, ¿cerrará los ojos sobre nuestros propios pecados? *Si in viridi hoc faciunt, in arido quid fiet?*

Sin embargo, Dios no nos repite estas terribles palabras con el objeto de introducir el espanto en nuestros corazones, sino con el fin de convertirnos. Estas no son amenazas de venganza, sino invitaciones de ternura. Al ponernos á la vista el terrible cuadro de sus tremendos juicios, nos excita á que los evitemos; y en la persona de las hijas culpables de Jerusalén, llama á las almas pecadoras, hijas de su Iglesia, á llorar sobre sus culpas para obtener el perdón. Respondamos á estas invitaciones amorosas de la divina misericordia. Volvamos á colocarnos en pos de Jesucristo por el arrepentimiento y por el firme proposito de observar una vida cristiana, á fin de que, despues de haber sido sus compañeros en la tierra por la gracia, seamos un día en el cielo, como nos lo ha prometido, compañeros de su gloria: *Ubi ego sum, ibi et minister meus erit.* [Joa.] Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA SÉPTIMA.

La Crucifixion.

Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. Auxilium meum à Domino, qui fecit caelum et terram.

Yo elevé mis ojos hacia las montañas de donde me vendrá el auxilio que espero. Este auxilio vendrá de Dios que hizo el cielo y la tierra.

(Psa. 120.)

Verdaderamente es un espectáculo muy tierno el del joven Isaac que, en el momento en que sabe que es la víctima escogida por Dios, se entrega con una resignación absoluta á todo cuanto su padre quiere hacer de él. Con la leña que ha llevado sobre sus propios hombros le ayuda á levantar la hoguera sobre que debe ser consumido; el mismo se corona de flores; él se coloca espontáneamente sobre el altar, presenta sus manos á las cuerdas destinadas á atarle; él abraza el instrumento de su suplicio y tiende su cuello al hierro centellante que debe herirle; y después, resignado y tranquilo se dispone á recibir la muerte de manos del mismo de quien recibió la vida.

¿Y cómo es posible dejar de reconocer en el sacrificio heroico del hijo único de Abraham la figura anunciada tantos siglos antes y la pintura más viva de las circunstancias que acompañaron al sacrificio de Jesucristo, Hijo único de Dios? El también llevó sobre sus hombros la leña de su holocausto, la cruz; el mismo se colocó en ella como Isaac; el ofreció también sus manos y sus pies, no para ser atados con cuerdas, sino para ser atravesados con clavos; él, en fin, sobre este altar de dolor, espera obediente y resignado hasta la muerte, *Factus obediens usque ad mortem*, que su eterno Padre, arrebatado por el fuego de su caridad por la salvación del mundo, venga á herirle por mano de los Judíos: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*. Y para que no falte ningún rasgo de semejanza entre los hechos y la figura, el monte Mória es el

mismo que el Calvario; y es cierto, dice S. Jerónimo, apoyándose en una tradición antigua de los Judíos, que el sacrificio de Isaac se verificó precisamente en el mismo lugar en que fué crucificado Jesucristo (1).

Abraham conoció desde luego de una manera profética este grande é inefable misterio del Dios Padre, que debía inmolar un día á su Hijo único en el mismo lugar en que este santo patriarca ofreció el suyo. Y ved aquí por que en el éxtasis que le causó esta maravilla, y en su piadoso reconocimiento, dió á este lugar el nombre de *Mória*, palabra que significa el Señor *ee*. Y después se principió á usar esta expresión: Dios verá sobre este monte: *In monte Dominus erit*. Y como la vista de Dios es la manifestación de su misericordia, esta expresión, *Dios verá sobre el monte*, fué una profecía luminosa de lo que había de suceder un día sobre este monte, de donde la misericordia divina debía descender al mundo. A esta infinita misericordia, que desde el Calvario debía derramarse sobre todos los hombres, se refería David cuando, en nombre de toda la humanidad degradada y cubierta de aflicción, exclamaba: « El Señor que crió el cielo y la tierra es el único que puede socorrerme. Por eso tengo yo siempre la vista fija en el monte de donde me vendrá un día un auxilio tan poderoso: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. Auxilium meum à Domino, qui fecit caelum et terram*. » Habiendo llegado ya á la tercera y última parte de la pasión de nuestro Salvador, principaremos en el día de hoy á considerar los grandes misterios de misericordia que el obra en el Calvario. Como nos proponemos explicar en otro lugar el misterio de la cruz, nos limitaremos hoy á meditar sobre las circunstancias históricas de la crucifixión del Redentor. En ella veremos tantas señales de esperanza, y tantas pruebas de confianza, como nos han venido del Calvario, á fin de que nosotros también tengamos siempre fijas en este monte las miradas de nuestro corazón, y obtengamos los auxilios que no pueden venirnos sino de Dios por la mediación de Jesús crucificado: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. Auxilium meum à Domino, qui fecit caelum et terram*.

PRIMERA PARTE.

Es cosa digna de notarse que, mientras que muchas particulari-

(1) Ab antiquis Judæis certissime cognovi quod ibi immolatus sit Isaac ubi postea Christus crucifixus est. (Apud. S. Aug. Sermon. XXI, de Temp.)

dades de la pasión de nuestro Señor, referidas por uno o dos Evangelistas se pasan en silencio por los otros, todos como si no hubieran notado con una atención especial la circunstancia de que Jesucristo fué crucificado « en el lugar del Calvario ó de la Calavera. » Pero no os admiréis de esto; la grandeza, la importancia y los efectos de la crucifixión del Salvador están ligados en gran parte á la circunstancia del lugar de su muerte. Porque en este mismo monte fué en el que Abel, Noé, Melquisedec, Abrahán, Josué, David, Salomón y todos los pontífices descendientes de Aarón ofrecieron á Dios sacrificios, cada uno de los cuales representaba una de las particularidades del sacrificio de Jesucristo. Así pues, al repetirnos los Evangelistas que Jesucristo fué crucificado en el Calvario, quisieron darnos á entender que todos los antiguos sacrificios tan frecuentes, tan magníficos y tan solemnes, y que habían sido ofrecidos sobre este mismo monte por hombres de una santidad tan imminente, eran la figura del grande y augusto sacrificio de Jesucristo; que de este sacrificio tomaban aquellos su eficacia; que por esta inmolación eran aquellas hostias agradables á Dios; que viniendo Jesucristo á inmolarse sobre este monte misterioso, colocó su sacrificio en lugar de todos los otros, aboliéndolos todos para siempre; que él realizó todas las figuras, llenó todas las profecías y cumplió toda la ley. Finalmente, que la misericordia grande, y los auxilios poderosos que la humanidad esperaba del monte Calvario con una esperanza tímida, los tienen ya seguros todos los hombres que manifiestan deseos de alcanzarlos, echando hacia ese monte una mirada de fe: *Levavi oculos meos in montes, unde venit auxilium mihi.*

¿Sabéis vosotros de quien es esa calavera, esa cabeza augusta de la que tomó su nombre el monte Calvario? Es la cabeza, es la calavera de Adán; pues que, según el testimonio de un intérprete (Ap. A. Lap.), Noé al entrar en el arca depositó en ella los huesos y la calavera de Adán para salvarlos del diluvio, y cuando el diluvio cesó, dio sepultura en el Calvario á los restos del primer padre del género humano, del primer varón organizado por las manos de Dios. (Ju. Matth. 27.)

Tertuliano se expresa en estos términos: « Aquí, en el Calvario, donde sabemos que fué sepultado el primer hombre, padece Jesucristo, y la tierra es regada con su sangre preciosa á fin de que el polvo del viejo Adán, mezclado con la sangre de Jesucristo, pueda ser purificado con la virtud del agua divina que mana del cuerpo del Señor. » Orígenes añade á este propósito: « Una tradición cons-

tante, llegada hasta mí, me enseñaba que el primer hombre, salido de las manos de Dios, fué sepultado en el Calvario, en el mismo lugar en que el Salvador fué crucificado á fin de hacer patente, como dice S. Pablo, que así como todos los hombres estaban muertos en Adán, todos debían renacer en Jesucristo (1). »

Lo mismo afirman otros padres, como S. Cipriano, S. Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio de Nacianzo, S. Ireneo, S. Epifanio, S. Juan Crisostomo, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Cirilo, Teofilacto. Beda y, en una palabra, todos los doctores y todos los intérpretes. Pues bien, una creencia tan común y tan universal, que se encuentra á un tiempo mismo en la Palestina, en la Tracia, en la Grecia, en el Egipto y en la misma Italia, no puede proceder de una opinión formulada por un solo Padre y adoptada ciegamente por los demás bajo su palabra; ella es el resultado evidente de una tradición común y universal.

En efecto los Padres, á ejemplo de Orígenes, no afirman este hecho como una opinión propia, sino como una creencia tradicional mas antigua que el Cristianismo, que conservaban los mas sabios de entre los Hebreos. S. Epifanio en particular llama esta tradición un monumento escrito (2). Finalmente, debemos observar que los santos Padres no solo han hablado de ella sin la menor desconfianza, sino que la han referido como una cosa conforme á la teología de la fe, digna de la providencia de Dios y del misterio de la muerte del Redentor.

Oigamos á algunos de ellos. En verdad, hermanos míos, dice S. Agustín, no sin razón se erige que el médico celestial fué elevado en la cruz en el mismo lugar en que yacía el hombre enfermo. Era muy digno de la misericordia divina inclinarse hacia el hombre por quien el orgullo humano había caído; es muy justo creer que la sangre preciosa de Jesucristo, al salir de su cuerpo, se dignase tocar el polvo del antiguo pecador, y le rescatase (3). S. Ambrosio observa

(1) *Veni traditio usque ad me, quod corpus Adæ ibi sepultum est ubi crucifixus est Christus? ut, sicut in Adam omnes concupiscunt, sic et in Christo omnes vivificentur. (In Matth.)*

(2) *Liberum monumentum dictissimum Dominum nostrum Jesum Christum in Golgotha esse crucifixum, mirum in eo potissimum loco in quo Adæ corpus jacebat.*

(3) *Et vere, fratres, non incongrue creditur, quod ibi erectus sit medicus ubi jacebat egrotus. Et dignum erat ut ubi occiderat humana superbia, ibi se inclinaret divina misericordia, et sanguis ille pretiosus etiam corporalis pulverem*

que convenia que Jesucristo, principio de nuestra vida, fuese crucificado en el mismo lugar en que, en la persona de Adán, se encontraba el principio de nuestra muerte (1).

¡Oh! ¡cuán bello y cuán rico de bondad es este misterio! Adán, en castigo de su desobediencia, se había ya reducido á cenizas, según la amenaza de Dios. Allí el cuerpo del primer pecador, que fué el hominillo de su raza, sirvió la cabeza culpable que fué el origen del pecado, y el principio del reinado de la muerte, esperaba después de cuarenta siglos, que la cabeza inocente, el Salvador, el principio de la resurrección y de la vida, le hiciese experimentar los efectos de su poder y de su caridad. Pues bien, el Señor viene á encontrar esta ceniza en el lugar en que se ha disuelto; él planta allí el árbol de su cruz; él deja caer sobre ella las gotas de su sangre, y del mismo modo que la gallina, como él mismo lo había dicho, hace salir con su calor y su amor los pollos vivos de los huevos que parecían sustancias inanimadas y muertas, así Jesucristo, con su sangre y su caridad, reanima esta ceniza y la cubre con las alas de su cruz: *Quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas;* (Matth.) él las fecunda, hace nacer de estas piedras hijos de Abraham, y los toma bajo su protección. Después, en lugar de las palabras de colera: Polvo eres y en polvo te has de convertir (Génés.), le hace oír, según S. Pablo, estas palabras de misericordia: Levántate, tú que duermes el sueño de la muerte; sal de la tumba, ahora que la luz de tu Salvador te llama con toda tu raza á la resurrección y á la vida (2).

¡O riesgo inevitable de la bondad divina! El autor del pecado es el primero que participa de la sangre del autor de la justicia. El autor de la muerte ve morir sobre sí al autor de la vida; y la malicia del primer Adán experimenta los méritos del segundo. Gracias os sean dadas, o santos Evangelistas, por habernos transmitido la circunstancia importante de que Jesucristo fué crucificado y murió sobre el cuerpo de Adán; así nos habéis disuuelto las relaciones secretas y misteriosas que unieron la muerte, la sepultura y la resurrección del primer Adán con la muerte, la sepultura y la resurrección del segundo, supuesto que nos habéis dicho que todos estos acontecimientos sucedieron á un tiempo: *uniqui peccatoris dum dignatur utillando contingere, redimisse creatur.* (Serm. XXXI. de Temp.)

(1) *Conspicuit ut illa vite nostre initia locarentur, ubi fuerant mortis exordia.* (Ja. Luc.)

(2) *Surge qui dormis, et exurge á mortuis, et illuminavit te Christus.* (Ephés. 5.)

dieron en un mismo lugar; vosotros nos habéis hecho conocer que Jesucristo murió por aquel primer padre, por aquel primer hombre, cuyo hijo se dignó llamarse en el Evangelio, designándose siempre á sí mismo con el nombre de Hijo del hombre, es decir de Adán. *Filius hominis, id est, Adán.* (A. Lap.) De este modo nos habéis dado á conocer que en la misericordia inmensa, usada con nuestro primer padre, fuimos comprendidos nosotros que somos sus desventurados hijos; ¡O monte querido del Calvario! ¡po precioso recuerdo! A este pensamiento desaparece nuestra timidez, nuestra confianza renace, nuestro corazón palpita de esperanza, y nosotros aguardamos de este monte santo con una confianza filial el auxilio de Dios todopoderoso, que es el único que puede salvarnos: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.*

Mas en tanto que nosotros nos detenemos en estas consideraciones, los Judíos presentan al Salvador la bebida de los condenados á muerte, según estaba anunciado en la Escritura en estas palabras: Dad flores y vino á los que están en la amargura de corazón. (Prov. 31.) Mas aquí la invención del infierno! esta bebida no está compuesta de vino y mirra como la que se acostumbraba dar á los sentenciados á muerte, á fin de hacerles caer en una especie de letargo, quitarles la reflexión y debilitar en ellos el sentimiento de dolor. Para Jesucristo se compuso de vino corrompido y de hiel: *Dederunt ei vinum bibere cum felle mixtum;* (Matth.) y aquellos criminales convirtieron así en un nuevo motivo de tormento esta especie de alivio, y dieron una prueba de su impía crueldad en el tiempo mismo en que querían aparecer animados de sentimientos de humanidad. (In Joan.)

Sin embargo, el Salvador no permite sin un misterio profundo este artificio diabólico de barbarie. Adán que estaba allí presente había pecado por intemperancia y por gula, y esta pasión le hizo rebajar una mirada atrevida y stender su mano rebelde hacia el árbol de la muerte. Y nosotros también, hijos de aquel primer pecador, cediendo á esta misma pasión, abusamos de los alimentos que Dios nos presenta, y nos entregamos con frecuencia á los placeres de la gula y á los excesos de la intemperancia. Así pues, cuando Jesucristo gustó esta horrible bebida, cuando emponzoñó con ella su lengua y su paladar, único sentido exceptuado hasta entonces, expió, dice S. Gerónimo, la intemperancia de Adán y la de todos los hombres (1).

(1) *Per hoc acetum succus letalis ponit abstergeri.* (Ja. Matth.)

Por esta razon S. Agustin decia al Salvador: Porque yo he obedecido á la gula, vos Señor, habeis sentido los horrores del hambre; y porque yo he gustado la dulzura del fruto prohibido, vos habeis gustado la amargura de la hiel. Esta es la contraposición de mi impiedad y de vuestro amor (1).

El Evangelista añade sin embargo que apenas paladeó Jesus esta bebida emponzoñada, rehusó beberla: *Cum gustasset, noluit bibere* (Matth.) Y ¿cómo puede comprenderse que rehusase nuestra amargura el que jamás rehusó ninguno de nuestros dolores ni de nuestros oprobios? No, dice A. Lápide, él no rehusó la amargura de que estaba lleno este nuevo caliz, él rechaza la malicia con que se lo han preparado (2). Y si en el exceso de una paciencia demasado grande hubiera bebido en silencio este brebaje cruel, hubiera hecho creer á los Judíos que la sabiduría encarnada no habia conocido el fraude infernal que habia convertido en mortal ponzoña un licor que debia ser confortativo; hubiera dejado ignorar esta nueva muestra de la barbarie de sus enemigos; les hubiera proporcionado el gozo feroz de haber hecho morir con el veneno al que debia morir por su caridad; hubiera tragado finalmente un veneno, cuyo efecto hubiera sido destrozar sus sagradas entrañas que debían permanecer intactas. Por otra parte, al rehusar esta bebida, en apariencia confortativa y deliciosa, y en realidad emponzoñada; al manifestar que habia descubierto el fraude con que habian querido engañarle y hacer circular la muerte por sus venas para escarnecerle despues, expió la loca credulidad que hizo á Adán ceder á la tentación de la serpiente, y devorar como un remedio saludable el fruto fatal que el demonio habia convertido en mortal veneno; el nos manifestó que moria sobre aquel monte para descubrir y burlar la astucia de la serpiente, y asegurarnos los auxilios necesarios para eludir los horribles artillos de Satanás, y alcanzar sobre el glorioso triunfo.

Ministros ávidos de sangre, dais prisa á colocar sobre su altar al Cordero sin mancha. Él está mas impaciente por ser inmolado que vosotros por sacrificarle. En efecto, ved, amados hermanos, con cuánta ansia, con cuánta mansedumbre y con cuánta tranquilidad se ofrece á los verdugos que, mas crueles que las bestias feroces, le

(1) *Ego gula parvi, tu inedia afficis. Ego pomi dulcedinem, tu fellis gustas amaritudinem. Ecce meo impietas et tu pietas.* (Medit. c. 7.)

(2) *Avertatur malitiam Judaeorum, qui vinum felle corrumperant.* (Id. Matth.)

arrancan con un horrible furor sus vestiduras pagadas ya á las heridas, causándole así dolores inmensos.

Detengámonos aquí un instante, dice S. Ambrosio, á considerar como se prepara el Salvador para tomar posesión de su cruz; él se deja despojar del todo, y en este estado de desnudez sube al trono de su dolor. (1) Así es como debe presentarse al combate, añade el santo Doctor, el cristiano que quiera triunfar con Jesucristo: á ejemplo del Salvador, debe despojarse de todas las grandezas del siglo (In Luc.); porque Adán, que procuró los vestidos terrenos, quedó vencido, mientras que Jesucristo, despojándose de sus vestiduras al pie de la cruz, alcanza la victoria (In Luc.).

S. Atanasio descubre otro misterio en la desauz de el Salvador al pie de la cruz. Estos vestidos, dice, significaban nuestras miserias y nuestros pecados; así pues cuando Jesucristo se despoja de sus vestiduras, nos hace conocer que deja en su muerte todas nuestras enfermedades, y todos los crímenes de que se habia cargado por nosotros, y los cambia por las vestiduras de vida y de inmortalidad que nos ha adquirido con su desnudez y con su muerte (2). Este misterio de divina piedad era el que S. Pablo recordaba con tanto amor á los primeros cristianos cuando les decia: Vosotros sabeis cual fué el exceso de caridad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico de una riqueza infinita, se hizo pobre por vuestro amor hasta el extremo de no tener ni un andrango con que cubrirse, á fin de que vosotros os hicieseis ricos de méritos con su pobreza (II. Cor. 8.).

Admiral entre tanto como Jesucristo no necesita de que le hagan violencia; obligado tan solo por su obediencia á su Eterno Padre, y por su amor á los hombres, se inclina hacia la tierra, y el mismo se coloca, con las espaldas todas desgarradas y sangrientas, sobre el madero tosco de la cruz, él estienda sus brazos y sus manos y presenta sus pies para que sean atravesados por duros clavos. ¡O espectáculo horrible! El verdugo fija en medio de la palma de la mano un clavo enorme, sobre el cual hace retumbar un pesado martillo, y no cesa de dar fuertes golpes hasta que atraviesa de parte á parte la mano y el madero. ¿Quién podrá imaginar las convulsiones y los dolores que debió experimentar aquella humanidad delicada en este destrozo de las carnes, en esta rotura violenta de los nervios, de los

(1) *Referat considerare Diminutus, qualis crucem ascendit. Nudum video.* (In Luc.)

(2) *Omnia nostra induit, ut rursus exueret, et pro istis nos vestiret vita et immortalitate.* (Serm. de Pass.)

músculos, de las venas y de las arterias que se unen en esta parte del cuerpo? La otra mano es sometida al mismo suplicio; mas no pudiendo estenderse hasta llegar al barreno que habían hecho en el otro brazo de la cruz, á causa de la contraccion de los músculos producida por el destrozo de la primera, los verdugos tiran de ella violentamente con cuerdas. El mismo tormento le hacen sufrir en sus sagrados pies; de modo que al dolor que sufre por la crucifixion se junta el que le causa la dislocacion de los huesos; y como dice S. Dionisio el Cartujo, esta violenta tension de todos sus miembros hizo aparecer al través de su piel las protuberancias y las junturas de sus huesos descoyuntados (1). Así se cumplió literalmente la profecía de David: «Ellos taladraron mis manos y mis pies, y contaron todos mis huesos.» (Ps. 21). En seguida vuelven la cruz para remachar los clavos; pisan y estrujan su sagrado cuerpo, y del racimo escogido de las vinas de Chibre mana por todas partes el licor misterioso de su sangre divina. (Cant. 1. Is. 63.)

¡O destrozo horrible de estas manos inocentes que, después de haber criado el sol y la luz, han curado las enfermedades y resucitado los muertos! ¡O tormento afroz, ejecutado en estos sagrados pies que, después de haber hollado las esferas, se han dirigido muchas veces en busca de los pecadores! Mas esto no debe sorprendernos: el profeta Zacarías había dicho: En aquel día habrá un largo gemido en Jerusalem, y se le preguntará: ¿Qué llagas son esas, Señor, en medio de vuestras manos? y él responderá: Estas llagas las he recibido en mi misma casa, de mano de aquellos que debían amarme. (Zach. 12. 13.) Así pues, cristianos, observa el abad Ruperto sobre estas palabras proféticas, si vosotros preguntais con Zacarías por qué el Señor tiene las manos y los pies tan cruelmente taladrados, yo os responderé que estas heridas son y serán siempre testimonios y pruebas sensibles e indestructibles de la bondad y del precepto del Padre Eterno; y de la obediencia y del amor de su divino Hijo, que tanto se han interesado en nuestra redencion. (In Zach.)

En efecto, dice S. Agustín, Adán y Eva pecaron estendiendo sus manos reñidos al árbol prohibido, y para expiar este crimen estendió Jesucristo sus manos inocentes para que fuesen clavadas en el árbol de la cruz. (Append. de Divers. Sermon. 4.)

(1) O violentam membrorum extensionem appareant ossium juncturae. (In Ps. 21.)

Mas al satisfacer el Señor por el pecado del padre, ha satisfecho tambien por los pecados de los hijos. Por el mérito de los dolores que sintió cuando taladraron con los clavos sus sagrados pies, nos alcanzó á todos anticipadamente el perdón de la audacia con que hemos abandonado tantas veces los caminos de los divinos preceptos, para caminar por los senderos de la iniquidad; nos ha preparado el título con que, después de nuestros largos estravios, somos llamados por la voz de la gracia á volver al Señor á quien hemos abandonado cobardamente. Jesucristo es aquí para nosotros el pastor amoroso que, no contento con haber recorrido una vez la inmensa distancía que separaba al hombre de Dios, y haber llegado hasta los confines de la erenacion para encontrar la centésima oveja, ó la humanidad entera estraviada, viene ahora en busca de nuestra pobre alma para cargarla sobre sus espaldas y volverla al redil de la salvacion eterna, atravesando con este objeto los montes y los valles, las rocas y los precipicios, es decir pasando sobre las alturas de nuestro orgullo, y las profundidades de nuestra corrupcion, las rocas de nuestro endurecimiento y las espinas de nuestra ingratitude. Es muy cierto, o dulce Jesus mío, que yo miserable pecador, he caminado sin otra guía que la necia vanidad de mis pensamientos y las ilusiones de mi corazón por los senderos de los estravios afectados, y de los errores voluntarios. (Job. 31.) ¡Ah! por el mérito de las llagas de vuestros sagrados pies afirmad los miros de tal modo que, sin temor de caer, principie á seguir vuestros caminos (Ps. 16); en adelante no quiero caminar sino por la senda de vuestros divinos preceptos. ¡Ah! haced que una vez entrado en este camino no le abandone jamás. (Ps. 118.)

Por el mérito de los dolores, que experimento Jesucristo en sus manos atravesadas, satisfizo igualmente por nosotros, y nos alcanzó anticipadamente la gracia de que nuestras manos, manchadas frecuentemente con la sangre de los pobres, fuesen lavadas con su sangre. El cumplió igualmente este vaticinio de Isaías: Yo os he escrito en mis manos: Ecce in manibus meis descripsi te; (Is. 49.) porque en efecto, por el mérito de sus manos traspasadas ha escrito, no en el papel, sino en la carne misma de sus divinas manos; no con la pluma, sino con los clavos; no con tinta, sino con sangre, los títulos de nuestra confianza, de nuestro perdón y del auxilio celestial que nos viene de la montaña: In montes, unde veniet auxilium mihi.; O Salvador mío! os diré yo tambien con vuestro

siervo Agustinos, dignaos tener siempre los ojos fijos en vuestras llagas; dignaos leer continuamente en ellas lo que vos mismo habeis escrito, el derecho que yo tengo á vuestra misericordia y á vuestra bondad, y en virtud de esta escritura auténtica, de este contrato de amor, salvad mi alma (1).

¡Mas ay! sobre esas mismas manos está escrita tambien nuestra suerte de otro modo muy diferente. Mientras vivimos, esas manos traspasadas serán para nosotros las de un Salvador compasivo; despues de nuestra muerte, serán las de un Juez severo que usará de ellas para dar á cada uno segun sus obras, segun hayamos usado ó no hayamos aprovechado en la vida, del mérito de sus llagas. En el juicio particular, juicio terrible que todos hemos de sufrir, si su mano derecha salva, su izquierda condena; si su diestra abre el cielo, su siniestra dilata los abismos del infierno; si la una bendice y corona al justo, la otra maldice y reprueba al pecador; ¡O Señor! no hagais uso para con nosotros de vuestra mano izquierda, instrumento de vuestras venganzas, sino servios de vuestra mano derecha, ministro de vuestras misericordias; ocultad esa mano de justicia que nos causa tanto terror, y que ignora la caridad de que quiere usar la otra con nosotros: *Nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua* (Malch.). Acordaos Señor de que hemos salido de vuestras manos (Joh. 10); no abandonéis la obra de vuestro poder y de vuestro amor (Ps. 137). Vos nos habeis protegido hasta ahora á la sombra del escudo de vuestra ternura, y vuestra diestra misericordiosa nos ha salvado de los castigos que habiamos merecido de vuestra justicia (Ps. 17); ¡Ah! oid nuestra súplicas y manifestad el poder de vuestra diestra para salvarnos; estendedla desde ahora sobre todos nosotros para arrancarnos de nuestros vicios, á fin de que podamos elevarnos un dia hasta vos, ser estrechados contra vuestro corazón (Joh. 10), y tributaros gracias al vernos salvos por vuestra diestra (Ps. 62).

Era costumbre entre los Romanos, como lo hemos dicho en otro lugar, que los vestidos del ajusticiado se repartiesen entre los que habian sido encargados de guiarle la vida. Y ved aqui que aquellos ministros de crueldad, acorrandose tranquilamente al pie de la cruz, despues de haber crucificado al Salvador, se apoderan de sus vesti-

(1) *Vulnera membra tuorum, Domine, peccor ut sapias. Ecce in manibus tuis descripti sunt me. Leges Scripturarum tuarum, et salva me. (Soblog. c. 2.)*

duras á vista de él, y hacen de ellas cuatro partes, una para cada soldado (Joh.). Mas cuando tratan de partir la túnica de Jesus, ó el vestido interior que tocaba á su carne divina, viéndola sin cortadura y de una sola pieza (Ibid.), no quieren cortarla, la juegan para que decida la suerte quien ha de ser su poseedor, cumpliendo así á la letra, sin saberlo, esta profecía clara de David (Ps. 2): Ellos dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes. (Joh.)

Sin embargo, este acto de sordida avaricia y de audacia brutal de parte de los soldados merece fijar nuestra atencion, porque el encierra, dice Justiniani, un misterio lleno de consuelo para nosotros (1). Val terminar el evangelista S. Juan el relato de la division de las vestiduras sagradas de Jesus con estas palabras: *«Y ved aqui lo que hicieron los verdugos, aunque eran soldados: Et milites quidem hec fecerunt»* (Joh.). nos ha indicado claramente que la conducta de estos verdugos fue singular; que fue efecto de un designio superior, á que sirvieron sin saberlo, y que en esta circunstancia representaron un gran misterio.

Las vestiduras sagradas de Jesus fueron la figura de su Iglesia; porque así como el cuerpo está envuelto y encerrado en los vestidos, así tambien el cuerpo de Jesucristo con su espíritu se encuentra encerrado en su Iglesia, y así como los vestidos caen á tierra si no los sostiene el mismo que los lleva, así la Iglesia, dice S. Agustin, se sostiene por Jesucristo (Tract. 118 in Joh.). La Iglesia es una; ella es al mismo tiempo universal y se extiende á los cuatro puntos cardinales del mundo; por consiguiente las vestiduras, de que los soldados hicieron cuatro partes, representaron, dice S. Agustin, la universalidad de la Iglesia, y la túnica sin cortadura figuro la unidad producida por los lazos de una misma caridad. (Ibid.). ¡Cuán encantadora es la descripción que nos hace S. Juan de esta preciosa túnica del Salvador, obra admirable de las castas manos de la Virgen María! El nos dice que no estaba formada de diferentes partes, de tal modo que separándolas quedase cada una de ellas entera, nos dice que era sin costura y de un solo tejido, de un solo hilo, que emretejido bajo cierta combinacion por una misma mano desde arriba hasta abajo, figuraba el cuerpo con todas sus proporciones, y que por consiguiente toda ella era una obra sencilla, igual y uniforme; que nada habia en ella extraño ó

(1) *Quod perfecterunt milites, sacramentis est gratulum. (De Christ. agón. 27.)*

accesorio : *Erat tunica inconsutis, desuper contexta per totum.*

¡ Imagen fiel y admirable de la Iglesia ! Una sola mano divina la formó con un solo designio y con un solo espíritu. Desde su origen hasta el fin no se encuentra en ella división alguna, sino una serie sucesiva y continua de pastores, que se remonta, como un solo tejido, hasta Jesucristo y termina en el último cristiano, siempre la misma. Desde arriba hasta abajo, todo se une en ella y se sostiene. Las innovaciones no se toleran en ella; en todos y para todos hay la misma fe, la misma moral y el mismo culto. No puede romperse un solo hilo sin poner en peligro toda la obra. Los herejes y los cismáticos, que la niegan y la abandonan, no hacen otra cosa que separarse de esta unidad y renunciar á ella; pero no pueden alterarla. La Iglesia es siempre una, siempre la misma. Tantas naciones como se han separado de ella no han dejado en ella señal alguna de división; su forma divina y sus proporciones son ahora lo que han sido siempre, y su unidad permanece siempre intacta. Lo repito, los disidentes se privan del principio de vida que reside en ella; mas no pueden destruir su unidad, ni comprometer su duración : *Erat tunica inconsutis, desuper contexta per totum.*

Observad tambien que los soldados que se reparten las vestiduras del Salvador son Romanos, es decir Gentiles. Los Judíos no entran en parte con ellos; no conociendo el valor de estas vestiduras, ni dei que las llevaba, las abandonaron á los extranjeros que, como representantes del Gentilismo, tomaron posesion de ellas. Ved aqui porque la Iglesia de Jesucristo figurada en sus vestiduras, se hace desde este momento el rico despojo, el patrimonio de los Gentiles, de los Romanos. Los Judíos son esclusivos de ella, quedan privados de ella, porque habiendo negado á su Padre han perdido todo el derecho á su herencia.

Los cuatro soldados colocando hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra hacen cuatros partes de las vestiduras del Señor, una para cada uno; y esta division significa que los Gentiles de los cuatro angulos del mundo deben tener parte en la Iglesia. Sin embargo ellos no dividen la túnica, sino que dejan á la suerte que decida á quien de ellos debe pertenecer; esto significa, dice S. Agustín, que las naciones no pertenecerán á la Iglesia sino por una gracia que, á los ojos de los hombres, parece un efecto de la suerte, pero que realmente Dios es quien la prepara y la dispensa en el libre ejercicio de su soberanía; porque no es llamado el hombre á la fe en virtud de sus cualidades y de sus méritos personales, sino por una

disposicion secreta de los juicios de Dios. (*Tract. 118 in Joan.*) Por eso dice la Escritura que la suerte del hombre es arrojada en la urna por la mano del hombre, pero que la mano de Dios es la que prepara á cada uno la suya. (*Prov.*)

Ved aqui por que todos los Padres y los Doctores, que han reconocido unánimemente el misterio de la unidad de la Iglesia en la túnica inconsutil de Jesucristo, no dejan de clamar contra el crimen de los herejes y de los cismáticos que, con sus divisiones y sus errores, desgarran de una manera deplorable el seno de la Iglesia que es la túnica divina del Redentor. ¡ Oh ! ¡ cuán violentas son las reconvencciones que les hacen ! ¡ Oh ! ¡ cuán terribles son los castigos con que les amenazan ! Salid de vuestro sueño, o vosotros cristianos desventurados que estais fuera de la Iglesia, abrid los ojos al peligro en que os halláis, es imitad á los soldados del Calvario. Dejad de obstinaros en querer cortar con vuestras herejías y vuestros cismas esta túnica inconsutil del Salvador : *Non scindamus eam.* Renunciad á los esfuerzos insensatos que haceis para desgarrar la Iglesia, trabajo infernal que, sin causarle mal alguno, no hace otra cosa que dividirnos á vosotros, reducirnos á la triste condicion de los Judíos, y esclutros como á ellos de todos los beneficios de la religion de Jesucristo. Demasiadas son ya las escisiones que os han dividido hasta aqui en tantas sectas diferentes; demasiadas son ya las almas que habéis arrastrado á su perdicion; no mas divisiones, no mas cismas en la verdadera Iglesia : *Non scindamus eam.* Por el contrario, esforzaos á profita por la humildad de espíritu y la docilidad de corazon en volver á su seno, para gozar con nosotros, para cubrirnos y adornarnos con su túnica preciosa, la unica que puede hacernos verdaderos hijos de Dios : *Sed sortiamur de illa cujus sit.*

Y nosotros los católicos, guardémosnos tambien de desgarrar esta túnica divina, sembrando la desconfianza y la discordia entre la cabeza y los miembros, entre el padre y los hijos, entre el pastor y las ovejas; ó bien separando la fe de las obras, y los dogmas de los preceptos; ó últimamente perteneciendo á la Iglesia solo exteriormente, y viviendo separados de ella por el desarreglo de nuestras costumbres : *Non scindamus eam.* Trabajémos de concierto para apropiárnosla como el patrimonio particular de cada uno de nosotros, por la santidad de nuestras obras y el ejemplo de nuestra vida, y abracémosla con todo el valor de nuestra profesion, y todo el ardor de nuestro celo : *Sed sortiamur de illa cujus sit.*

SEGUNDA PARTE.

Apénas Adán y Eva consumaron su pecado con su desobediencia, cuando se avergonzaron y se ruborizaron de verse desnudos; y habiendo entretejido varias hojas de higuera, se hicieron unos cintos con los cuales se cubrieron. (Genes. 3.) ¡Útil arteificio! las hojas del árbol fatal que les había quitado la vida, no podían cubrir su desnudez. A pesar de este tejido fragil que les embarazaba sin cubrirles, que les punzaba sin defenderles, no cesaban de ruborizarse de sí mismos á sus propios ojos y á los ojos de Dios. Así es que, como dice la Escritura, corren á ocultarse en la espesura del bosque, debajo de un árbol, procurando formarse un asilo con su ramaje. (Ibid.) Pues bien, á este mismo árbol va á buscarles el Señor; y allí es donde, despues de echarles en cara su pecado y pronunciar su sentencia, les revela el profundo misterio del Salvador que debía un día rescatarlos. Compungido de su desnudez y de su sonrojo hace inmolrar dos corderos, forma con sus pieles dos túnicas ó vestidos fuertes y durables, y lleno de amor se los pone con sus propias manos. (Ibid.)

¿Pero qué! ¿no estaba Adán desnudo antes de pecar? ¿Por qué no se avergonzó de verse en aquel estado sino despues de su culpa? ¡Ah! porque la desnudez de su cuerpo era la figura de la horrible desnudez de su alma; porque por el pecado había perdido la vestidura blanca de la inocencia, de la gracia y de la justicia original; porque el desorden y los movimientos de la concepsencia rebelde que principio entonces á experimentar en su carne fueron el indicio y el efecto del desorden y turbacion de las pasiones que comenzó á sentir en su corazón. No fué pues un arrebatado de estupidez ó de delirio, dice Orígenes, sino un instinto misterioso y profético, lo que hizo correr á Adán para buscar en el árbol un asilo, una defensa contra las miradas y contra la colera de Dios. (In Genes.) El presente ya que el hombre pecador no encontraría refugio ni vestido sino en el sagrado árbol de la cruz. (Ibid.) Por esta misma razón, al vestir Dios con la piel del cordero á Adán escondido en el árbol, revela desde este momento un profundo misterio, y nos enseña que los hombres pecadores se vestirán un día al pie del árbol de la cruz con las vestiduras del Cordero divino, y con la gracia de Jesucristo.

Ved, hermanos míos, como esta admirable profecía se cumple en el Calvario. Debiendo el Redentor satisfacer por los pecados del

hombre y reproducir en sí mismo sus diversos estados, debió tomar también la desnudez y la vergüenza de Adán despues del pecado. Mas como la inocencia y la gracia eran inseparables de él, que es la santidad por esencia, y como no podía tomar la desnudez interior del alma, ni la vergüenza del espíritu de Adán despojado de la gracia, tomó la desnudez exterior y la vergüenza que Adán experimentó cuando se apercebió de su desnudez corporal. ¡O espectáculo digno de compasion! A escepcion de un velo que la piedad de su Madre le dio por respeto al pudor, el Hijo de Dios, que tiene la luz por vestido, que cubre al cielo de nubes, á las aves de plumas y á la superficie de la tierra de plantas y de flores, quiso ser crucificado desnudo y elevado así en la cumbre del Calvario, espuesto á las miradas insolentes de todo un pueblo. Y por el mérito de esta desnudez humillante para su augusta persona, de este sonrojo sensible á su corazón, nos alcanzó á todos, dice S. Pablo, la gracia de vestirnos de él mismo y de adornarnos como con una vestidura preciosa, con la gracia santificante que hemos recibido en el bautismo: *Quicumque baptizati estis, Christum induistis.* (Galat. 3.)

¡Ay! ¿en qué ha venido á parar para muchos cristianos esta vestidura preciosa de la gracia, esta rica herencia que nos ha dejado al pie de la cruz nuestro tierno padre? ¡Desgraciados pecadores! al abandonarnos á los vicios, la habeis jugado á la suerte, la habeis desgarrado, la habeis perdido. ¡Cuán insensatos sois al envaneceros de los vestidos lujosos con que cubris vuestro cuerpo! El pobre que desprecia porque está cubierto de harapos repugnantes, la humilde persona de quien os morais porque lleva el hábito religioso del claustro, ó el vestido de la sencillez y del pudor; todos esos, si estan en gracia de Dios, se hallan vestidos ricamente y adornados con verdaderas joyas que cautivan la atencion de los ángeles y atraen las miradas y el amor de Dios. Pero vosotros con todo el lujo de vuestros vestidos que ostentan la riqueza y la deshonestedad, os hallais verdaderamente desnudos y sin un giro que os cubra, envueltos en las tinieblas y en el oprobio; vosotros sois un objeto de horror para los ángeles, é insufribles á los ojos de Dios: *Deiis quia dixerunt: et insecti quia nudus est miserabilis.* (Apoc.) ¡O almas deshonestas y perversas! en vez de bajar los ojos de confusion, en vez de ruborizaros de esa horrible desnudez, de esa profunda miseria que os hace objeto de desprecio para el Dios que os ha criado, habeis de ella un objeto de gloria y un motivo de vanidad. Cuanto mas pecadores sois, y por consiguiente mas probes y mas desnudos,

tanto mas elevais vuestra soberbia frente, ostentando en ella la audacia y la insolencia. ¡Desgraciados! ¿cuál será vuestra confusion cuando en el momento de la muerte vuestra alma, tan desnuda de gracia y de virtud, comparezca ante el tribunal de Jesucristo? ¡Insensatos! vosotros tenéis tanto cuidado, y hacéis tantos gastos para cubrir esa carne desnaturalizada por los vicios, receptáculo de una multitud inmensa de pecados, edificio innoce de polvo, vaso de corrupcion y de podredumbre; vosotros procurais de tantas maneras y á tanta costa sostener en vuestras esposas los adornos de moda, adornar vuestras casas, vuestros criados y aun vuestros carruajes y vuestros caballos, cosas todas de que seréis despojados á la hora de la muerte, y entretanto sois indiferentes, y ni aun siquiera pensais en adornar á vuestra pobre alma, ser espiritual é inmortal. ¡Ah! entrad dentro de vosotros mismos y llenaos de confusion. Buscad con empeño la vestidura preciosa de la gracia que habeis perdido; trabajad para vestirlos de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum*. (Rom. 13.) Pero recordad que solo al pié de la cruz puede encontrarse esta vestidura. Solo allí es donde la Iglesia universal se viste con los adornos de su santificacion y de su gloria, como solo al pié del árbol se cubrió Adán con sus vestidos. Allí es donde debéis recurrir, y donde debemos buscar todos la gracia que ha de vestir y adornar nuestras almas.

Arrojémosnos pues á los piés de Jesus crucificado de quien proceden todos los méritos; flijemos en él nuestras miradas y mas aun nuestro corazón. Acercuémonos al sacramento de expiacion, que recibe de la cruz todo su poder; despojémosnos del hombre viejo, á fin de que pueda Jesucristo vestirnos del hombre nuevo, borrar nuestros pecados y adornarnos con su gracia. Cubiertos entonces, como Jacob, con los despojos del cordero divino, adornados con los vestidos del primogénito, imitando su carne y representando su persona, podremos presentarnos con confianza al verdadero Isaac, para obtener la bendicion especial de Jesucristo, que nos abrirá la puerta del cielo y nos pondrá en posesion del reino eterno. Despues, dirigiendo al Calvario nuestras miradas de reconocimiento, podremos dar gracias eternamente á nuestro Criador y Redentor por habernos enviado desde este santo monte el auxilio poderoso de nuestra salvacion eterna: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. Auxilium meum à Domino qui fecit celum et terram*. Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA OCTAVA.

El Perdon.

Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. Et ipse est propitiatus pro peccatis nostris: non pro nostris solum tantum, sed etiam pro totius mundi.

Si alguno pecare, sepa que tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, que es justo. Y él mismo es la víctima de propiciacion por nuestros pecados y no solo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo.

(I. Juan. 2.)

A la montaña, á la montaña! ahora es el tiempo, hoy es el dia de los grandes misterios del Dios de Jacob: *Ascendamus ad montem Dei Jacob*. El verbo de Dios hecho hombre, la Sáhiduria increada, la verdadera luz que alumbró á todo el hombre que viene á este mundo, en el momento mismo en que parece proxima á extinguirse, brilla con un resplandor extraordinario desde el madero de dolor y de oprobio en que está enclavado, desde lo alto de la cruz, á la manera de una antorcha que se ha sacado de debajo del celicmín y se ha colocado sobre el candelabro. El Dios de majestad y de gloria publica su Religion de amor. El gran monarca del universo promulga su código de perfecta justicia. El Hijo de Dios habla por ultima vez á los hijos de los hombres. El enviado de los cielos manifiesta á la tierra sus oráculos eternos. El mas tierno de los padres declara su última voluntad y dicta su testamento en favor de sus hijos ingratos: *Testabatur in cruce Dominus*. (Ambrosio en Luc.)

¡O testamento precioso, cuya primera disposicion es una súplica llena de una ternura y de una eficacia infinita para nosotros! pues al implorar de su Padre la reconciliacion, el perdon y el olvido, aseguró á todos los pecadores el perdon, el olvido y la reconciliacion.

Este misterio de infinita misericordia fué el que S. Juan anunció

tanto mas elevais vuestra soberbia frente, ostentando en ella la audacia y la insolencia. ¡Desgraciados! ¿cuál será vuestra confusion cuando en el momento de la muerte vuestra alma, tan desnuda de gracia y de virtud, comparezca ante el tribunal de Jesucristo? ¡Insensatos! vosotros tenéis tanto cuidado, y hacéis tantos gastos para cubrir esa carne desnaturalizada por los vicios, receptáculo de una multitud inmensa de pecados, edificio innoce de polvo, vaso de corrupcion y de podredumbre; vosotros procurais de tantas maneras y á tanta costa sostener en vuestras esposas los adornos de moda, adornar vuestras casas, vuestros criados y aun vuestros carruajes y vuestros caballos, cosas todas de que seréis despojados á la hora de la muerte, y entretanto sois indiferentes, y ni aun siquiera pensais en adornar á vuestra pobre alma, ser espiritual é inmortal. ¡Ah! entrad dentro de vosotros mismos y llenaos de confusion. Buscad con empeño la vestidura preciosa de la gracia que habeis perdido; trabajad para vestirlos de Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum*. (Rom. 13.) Pero recordad que solo al pié de la cruz puede encontrarse esta vestidura. Solo allí es donde la Iglesia universal se viste con los adornos de su santificacion y de su gloria, como solo al pié del árbol se cubrió Adán con sus vestidos. Allí es donde debéis recurrir, y donde debemos buscar todos la gracia que ha de vestir y adornar nuestras almas.

Arrojémosnos pues á los piés de Jesus crucificado de quien proceden todos los méritos; flijemos en él nuestras miradas y mas aun nuestro corazón. Acercuémonos al sacramento de expiacion, que recibe de la cruz todo su poder; despojémosnos del hombre viejo, á fin de que pueda Jesucristo vestirnos del hombre nuevo, borrar nuestros pecados y adornarnos con su gracia. Cubiertos entonces, como Jacob, con los despojos del cordero divino, adornados con los vestidos del primogénito, imitando su carne y representando su persona, podremos presentarnos con confianza al verdadero Isaac, para obtener la bendicion especial de Jesucristo, que nos abrirá la puerta del cielo y nos pondrá en posesion del reino eterno. Despues, dirigiendo al Calvario nuestras miradas de reconocimiento, podremos dar gracias eternamente á nuestro Criador y Redentor por habernos enviado desde este santo monte el auxilio poderoso de nuestra salvacion eterna: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. Auxilium meum à Domino qui fecit celum et terram*. Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA OCTAVA.

El Perdon.

Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. Et ipse est propitiatus pro peccatis nostris: non pro nostris solum tantum, sed etiam pro totius mundi.

Si alguno pecare, sepa que tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, que es justo. Y él mismo es la víctima de propiciacion por nuestros pecados y no solo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo.

(I. Juan. 2.)

A la montaña, á la montaña! ahora es el tiempo, hoy es el dia de los grandes misterios del Dios de Jacob: *Ascendamus ad montem Dei Jacob*. El verbo de Dios hecho hombre, la Sáhiduria increada, la verdadera luz que alumbró á todo el hombre que viene á este mundo, en el momento mismo en que parece proxima á extinguirse, brilla con un resplandor extraordinario desde el madero de dolor y de oprobio en que está enclavado, desde lo alto de la cruz, á la manera de una antorcha que se ha sacado de debajo del celicmín y se ha colocado sobre el candelabro. El Dios de majestad y de gloria publica su Religion de amor. El gran monarca del universo promulga su código de perfecta justicia. El Hijo de Dios habla por ultima vez á los hijos de los hombres. El enviado de los cielos manifiesta á la tierra sus oráculos eternos. El mas tierno de los padres declara su última voluntad y dicta su testamento en favor de sus hijos ingratos: *Testabatur in cruce Dominus*. (Ambrosio en Luc.)

¡O testamento precioso, cuya primera disposicion es una súplica llena de una ternura y de una eficacia infinita para nosotros! pues al implorar de su Padre la reconciliacion, el perdon y el olvido, aseguró á todos los pecadores el perdon, el olvido y la reconciliacion.

Este misterio de infinita misericordia fué el que S. Juan anunció

en estos términos: Si alguno de vosotros tiene la desgracia de caer en el pecado no desespere de su perdón; porque nosotros tenemos en Jesucristo, muerto por nosotros, un abogado para con el Padre Eterno, un protector siempre poderoso por su justicia, siempre compasivo por su bondad. El no solo es nuestro mediador, sino también la víctima de propiciación, víctima por nuestros pecados y por los de todo el mundo: *Si quis peccaverit advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. Et ipse est propitiatio pro peccatis nostris: non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi.*

Consideremos pues en el día de hoy esta disposición amorosa de Jesús, este legado de infinito valor que nos ha dejado nuestro Padre en el momento en que se ofrecía a la muerte por nosotros. Penetrados de reconocimiento por un beneficio tan grande, y de confusión á vista de nuestra ingratitude, detestaremos nuestras culpas al pie de la cruz con la contrición de la Magdalena y la humildad del buen ladrón, y con estas disposiciones podremos recibir hoy el perdón que á Jesucristo nos ha prometido y alcanzado, así como podremos experimentar también que él es realmente nuestro abogado, solícito para con el Padre, y la verdadera víctima de propiciación por nuestros pecados: *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. Et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.*

PRIMERA PARTE.

Un reo, por muy criminal que sea, es, según las leyes romanas, un ser respetable y sagrado en el momento en que sufre su castigo: *Res sacra reus*. El tiene derecho á la compasión misma de los jueces que han pronunciado contra él la sentencia de condenación, y aun á la de los verdugos que le dan la muerte; á ninguno es permitido complacerse en sus tormentos, ultrajar su persona, ni insultar su dolor.

Mas; ¡ay! ¡pueblo desnaturalizado y cruel! esas consideraciones que la naturaleza manda, que las leyes sancionan y que han sido observadas siempre con los mas culpables de entre los hijos de los hombres, se olvidan enteramente cuando se trata del Hijo de Dios.

Apénas se enarboló la cruz, apénas el crucificado es espuesto á la vista del pueblo inmenso que habia acudido á esta sangrienta ejecución, cuando todos los espectadores palpitando de gozo, y sin interesarse ni ablandarse al espectáculo doloroso que presenta un cuerpo

tan perfecto y tan delicado pendiente de tres clavos, cubierto de heridas y manando sangre, todos dejan en paz á los dos malhechores crucificados á sus dos lados, y principian á vomitar contra Jesucristo solo los insultos mas amargos las provocaciones mas sacrilegas y las blasfemias mas atroces. Así pues, á los dolores causados por los clavos que desgarran su cuerpo añaden estos verdugos, dice S. Leon, los dardos de las palabras ofensivas que lanzan contra él con sus lenguas llenas del veneno del aspid, desgarrando su gloria y su nombre.

Todo el pueblo estaba allí y le llenaba de injurias: *Et stabat omnis populus expectans et deridebant eum.* (Luc.) Los principes de los sacerdotes, los doctores de la ley y los ancianos de Israel, olvidando su dignidad y el respeto que se deben á sí mismos, confundidos con el populacho, no se avergüenzan de tomar parte en el insulto, y agrupados en torno de la cruz de manera que pudiesen ser entendidos de Jesús, se decían mutuamente: « ¡Oh! ¡qué poderoso es el Salvador que nos habia vendido! El ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo: *Similiter et principes sacerdotum illudentes eum scribis, et senioribus dicebant: Alios sulcos fecit, seipsum non potest saltem facere.* (Matth.) Ved aquí el que pretendía ser tenido por el Mesías, por el elegido de Dios. Ved aquí el que se dio á sí mismo el título de rey de Israel. *Christus rex Israel; Dei electus.* (Marc., Luc.) ¡Ah! si él es verdaderamente el Rey-Mesías que nos ha sido prometido, ¿por qué no obra un milagro? ¿por qué no se libra por su propia virtud, por qué no desciende ahora de la cruz á nuestra vista, y entonces tal vez creeremos en él? *Si rex Israel est, descendat nunc de cruce, et credemus ei.* (Matth., Marc.) Mirad, pueblo judío, al que tuvo la audacia de suponerse el Hijo de Dios. Si él representa la verdad, por que Dios su Padre no se apresura á liberar de nuestras manos á su Hijo muy amado en quien tiene todos sus complacencias? *Confidit in Deo: liberet nunc, si vult, eum: dixit enim: Quia filius Dei sum.* » (Matth.)

No es esto todo. Una fuerza secreta é invisible parecía excitar á todos los que estaban presentes á que publicasen la maldición y el ultraje. Los mismos soldados romanos, aunque extraños al sentimiento de odio infernal de que estaban animados los Judíos contra el Salvador, le insultaban también diciéndole: « ¿Podemos creer que eres el rey de los Judíos? Pues bien! si eres realmente el Rey y Mesías, sálvate á tí mismo y muéstranos tu poder: *Illecebant autem ei et milites accedentes, et acetum offerentes ei, et dicentes: Si tu*

es rex Iudeorum, saluum te fac. » (Luc.) Hasta los transeúntes, que no habían tomado parte alguna en su condenación, al ver la cruz elevada en el Calvario, mezclan sus blasfemias á las injurias de los que, colocados alrededor de la cruz, se recrean en las penas y en los oprobios de Jesús crucificado. Ellos mueven la cabeza en señal de desprecio, y le dicen en tono de ironía insultante: « Miserable, tú que quieres destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días, tú que te jactabas de poder obrar un prodigio tan grande, ¿por qué no haces un milagro mucho mas pequeño de salvarte á tí mismo? Si eres el Hijo de Dios, prueba lo bajando de la cruz: *Prætereuntes autem blasphemabant eum moventes caput suum, et dicentes: Vah qui destruis templum Dei, et in triduo illud reedificas: salua te ipsum: si filius Dei es, desce de cruce. »* (Matth.)

En una palabra, toda piedad parece estinguida en aquella multitud feroz; Judíos y Romanos, príncipes y pueblo, espectadores y verdugos se muestran dominados por un furor incomprensible. Los mismos gritos de odio y de desprecio contra Jesús salen de todas las bocas, porque estos sentimientos están en todos los corazones; y elevándose de todos los puntos desde donde podía verse la cruz un concierto unánime de maldiciones, de reconvenções, de sarcasmos, de blasfemias y de insultos, hacia resonar el aire con una armonía infernal, que un eco de horror repelia en la funesta montaña. ¡O crueldad! ¡o barbarie! ¡o humanidad ultrajada! ¡o majestad de Dios vilipendiada! Desde el principio del mundo, jamás los hombres habían llevado á tal exceso el endurecimiento, el orgullo, la crueldad, la impiedad y el sacrilegio.

Pero ¿qué vio! el cielo se oscurece, la tierra tiembla, el sol se eclipsa y se niega á alumbrar un crimen tan atroz. La naturaleza entera no puede sufrir el horrendo atentado cometido contra su divino autor; todas las criaturas gimen: *Omnia creatura ingemiscit.* (Rom. 8.) ¡Qué desgracia! el Altísimo se prepara á la venganza, el crucificado eleva al cielo sus ojos tristes, y hace subir hasta el trono de su Padre su voz agonizante. Generación brutal, ya has dejado de existir; ¡infortunada! mira la cólera celestial que tú has provocado; próxima á estallar. Mira, el espantoso castigo con que has sido amenazada tantas veces, viene á sorprenderte. ¿Quién te defenderá ahora de la ira de Dios? ¿Cómo podrás librarte de ella?... ¡Ay! ¿qué es lo que digo? De la boca de Jesús moribundo no pueden salir mas palabras que de misericordia y de amor. ¡O bondad! ¡o amor! El Redentor no habla para acelerar la venganza, sino para

detenerla. Escuchad sus palabras; y vosotras naciones inhumanas, acabad de conocer el corazón tierno y generoso de aquel á quien atormentais tan cruelmente y cuya muerte provocais.

« Padre mío, esclama, Padre mío, antes que muera os pido una sola gracia, y es que perdonéis á los Judíos y á los Gentiles, á los acusadores y á los jueces, á los príncipes y al pueblo, á los ministros y á los verdugos, á los sacerdotes y á los legos todos los tormentos, todos los oprobios que me hacen sufrir en este día: *Pater, dimitte illis;* (Luc.) la defensa, la excusa es igual para todos; ellos me han conocido, Padre mío, y mas ciegos que culpables no saben lo que hacen: *Non enim sciunt quid faciunt!* (Ibid.)

¡O suplica afectuosa! David, habiéndola oído en espíritu, la llamo la súplica de la dulzura y de la suavidad (1). En efecto no pueden imaginarse unas palabras mas dulces y mas suaves que estas: « Padre mío, perdonadlos, porque no saben lo que hacen. » ¡Ah! El cordero divino no interrumpe el silencio que convenia á su cualidad de víctima, sino para pedir gracia, en cualidad de sacerdote, por los ministros crucés de su sacrificio que solo procuraban eclipsar su grandeza.

¡Cuán oportuna y cuán sublime es esta suplica! dice S. Bernardo. Los Judíos le provocan á que baje de la cruz para darle una prueba de que es el Hijo de Dios, y Jesús, orando por los que le han crucificado y lo insultan tan indignamente, prueba su cualidad de verdadero Hijo de Dios de una manera mas brillante que si hubiera accedido á su provocación; porque solo el Hijo de Dios es el que ha podido hacer esta suplica fecunda en bendiciones por los mismos que blasfeman de él; sola una infinita misericordia es la que ha podido solicitar el perdón en favor de una maldad infinita (2); ¡o buen Jesús! ¡o tierno y amable Jesús, prosigue S. Bernardo, cuánta confianza y cuánto gozo no debe excitar en nuestros corazones esta suplica tan dulce! Ella nos descubre los torrentes de suavidad celestial y de unción divina que vos derramaréis en el corazón de las almas fieles que os buscan, que os sirven y os aman, supuesto que derramáis con tanta abundancia el óleo de vuestra misericordia sobre los que os crucifican. (*Serm. jer. IV. heb. Papist.*)

(1) Audierant verba mea quoniam suavia sunt. (Pr. 140. Jacq. Test. Hebraic.)

(2) Verbum benedictionis super inimicos meos, quod á sæculo non est auditum, effudit. O verbum summi Patris Verbo conveniens! (Tract. de Pass. Dom. 47.)

Pero lo que debe movernos mas en esta súplica, es ver como cumple el Redentor para con su Padre el oficio de abogado lleno de amor por aquellos mismos que destrazan de una manera tan horrible el cuerpo de su inocente Hijo. Es digno de notarse tambien que si él se manifestó admirable guardando silencio cuando se trataba de su propia defensa, se muestra aun mas admirable ahora hablando en defensa de sus verdugos. No le basta que su sangre que riega la montaña suba hasta el cielo para implorar la salvación y la paz en favor de los mismos que la derraman; sino que á la voz de la sangre une el grito del corazón; él suplica, él insiste en que aquellos mismos que le dan la muerte sean los primeros que participen del fruto de ella: *Dimitte illis*.

Pero observemos por otra parte la sabiduría de esta súplica. Cuando le oigamos quejarse de su abandono se limitará á llamar á su Padre; Dios: *Deus meus*; mas ahora que trata de asegurar el perdón á sus enemigos da á Dios el nombre de Padre: *Pater*, á fin de ablandar con este dulce nombre el corazón de Dios; porque esto era decirle: « Vos sois mi Padre, y yo soy vuestro verdadero Hijo; vos sois el Padre mas amoroso, y yo soy el Hijo mas sumiso y mas respetuoso; un padre no puede negar cosa alguna á un hijo que le da unas pruebas tan grandes de su obediencia. Si pues vos queréis y debéis concederme cuanto os pida, concededme una sola gracia, la de perdonar á estos hombres, como yo los perdono. Yo soy el que os hace esta súplica por ellos; ó mas bien ellos son los que la hacen en mí y conmigo, como si fuesen vuestros hijos, como yo lo soy, y como si vos fueseis su padre: *Pater*. No miréis que ellos me dan la muerte, sino considerad que yo muero voluntariamente por ellos. No miréis lo que ellos hacen contra mí, sino ved lo que yo sufro por su amor. Es cierto que ellos no merecen ese perdón porque son vuestros enemigos; mas el que lo solicita por ellos lo merece porque es vuestro Hijo. Yo tengo derecho á él por la sangre que derramo, por la ignominia que sufro, y por la muerte á que me ofrezco. ¡Ah! concededles ese perdón, yo os lo suplico, y haced conocer el valor infinito de mi sangre á los que la vierten, el precio de mi agonía á los que me la hacen mas terrible, y la eficacia de mi muerte á los que me la dan: *Pater, dimitte illis*. »

Notad tambien, cristianos, el cuidado con que procura excusar la enormidad de un crimen que no admite excusa alguna: « Ellos no saben lo que hacen, » dice. Ved aqui lo que quiso decir con estas palabras: « Ellos no me han conocido, o Padre mio, por lo que soy,

por vuestro hijo y su Salvador. Esta es la causa porque ultrajan al que debieran adorar, y aborrecen al que debieran amar. Perdonadles su malicia por causa de su ignorancia; tened piedad de ellos porque son frágiles, porque están seducidos y obcecados por las pasiones que no les permiten entender lo que dicen ni ver lo que hacen: *Non enim sciunt quid faciunt*.

Observad finalmente que él no se limitó á hacer una sola vez esta patética y amorosa súplica, sino que, segun la espresion del Evangelista, la repitió muchas veces: *Dicebat*. Y porque esta gracia la desea con vehemencia, la solicita primero, despues la vuelve á pedir y la sigue pidiendo todo el tiempo que permanece sobre la cruz, y cada vez con mas instancia, con mas fuerza y con mas amor: *Dicebat: Pater, dimitte illis*.

Ningun defensor, dice S. Agustin, se ha mostrado jamas en sus discursos tan solícito ni tan ingenioso para salvar á su cliente de la muerte temporal, como Jesucristo se ha mostrado en esta súplica de infinita misericordia para librar á sus verdugos de la muerte eterna. (In 1. Epist. Joan.) En estas pocas palabras reunió la dignidad del suplicante: el Hijo de Dios; el amor de aquel á quien se suplicaba: Dios su padre, el mérito de la súplica: ella sale de sus labios en el tiempo mismo en que toda su sangre ha salido de sus venas; y la excusa de aquellos á quienes defiende: la ignorancia, la estupidez y la locura. En cuanto al crimen, no lo designa sino de una manera confusa, mas el perdón lo pide en términos muy claros. El manifiesta el pecado bajo el único aspecto que puede hacerlo excusable, pues lo presenta como un efecto de la ceguedad del espíritu mas bien que de la malicia del corazón: *Non enim sciunt quid faciunt*; en tanto que implora el perdón por el motivo mas capaz de obtenerlo, porque Dios es su Padre: *Pater, dimitte illis*. Así pues Jesús presentó á su Padre con la sabiduría de un amor infinito los argumentos mas propios para moverle, y las razones mas fuertes para obtener lo que pide. El pronuncia el informe mas elocuente, la defensa mas completa y el discurso mas convincente y mas eficaz, y de este modo prueba que es el mas tierno, el mas compasivo, el mas ingenioso y el mas elocuente de los defensores para con Dios, no menos por la santidad de su persona que por los transportes de su caridad: *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum*.

¿Cómo pudo decir Jesús que los Judios no sabían lo que hacían, cuando la injusticia de su perfidia, de su odio y de su envidia, la

mala fe de sus acusaciones y su obstinación cruel en pedir su muerte habían sido tan palpables y tan evidentes, que el mismo Pilatos se convenció de ellas? *Sciebat quia per invidiam tradidissent eum* (Matth.). ¿Hubo jamás una malicia mas voluntaria, mas consumada, y por lo mismo mas inescusable? Todo esto es muy cierto; pero no lo es menos que los Judíos, como se lo dijo después el apóstol S. Pedro, prefirieron Barrabás a Jesucristo, y pidieron la muerte del autor de la vida, porque no le conocieron: *El nunc scio fratres, quia hoc per ignorantiam fecistis* (Act.). Es cierto también, observa Sto. Tomás (III. q. 47. a. 5), que esta ignorancia fue afectada y que no excusaba el crimen. Es indudable asimismo, como lo había previsto el profeta, que esta ignorancia fue el resultado de su propia malicia, supuesto que habían hecho todo lo posible para cegarse relativamente al conocimiento del sacramento augusto del Hijo de Dios hecho hombre (1). Es igualmente cierto que los Judíos no comprendieron la enormidad del atentado que cometieron, y que por consiguiente su ignorancia, aunque culpable y digna de castigo, no por eso dejó de ser una ignorancia real y positiva. (Tract. de Pass. Dom. 8.) Ved aquí por que el Redentor pudo decir con toda verdad: «Ellos no saben lo que hacen.»

Detengámonos un instante á considerar esta escena única en la historia del mundo. Zacarías, próximo á ser sacrificado entre el altar y el templo, había exclamado: Vea el Señor el tormento que me hacen sufrir, júrguelo en su justicia y vénguese (2). Pero Jesucristo, observó S. Agustín, ruega en vez de amenazar; en vez de invocar al Dios juez, suplica al Dios padre, y lejos de llamar á la justicia divina, la desarma. Cubierto por sus enemigos de dolores y de oprobios, implora para ellos la misericordia divina. El ve que estos ingratos desprecian su sangre como impura, é insiste en que el fruto de ella les sea aplicado; él los oye insultar su paciencia, y quiere hacerles experimentar los efectos de su caridad influida. El no piensa en que recibe la muerte de sus manos; solo se acuerda de que la sufre por ellos. (Tract. 31. in Joan.) ¡O contraste admirable, exclama S. Leon, entre la barbarie de los hombres y la misericordia de Dios! Ellos respiran furor contra Jesús, y Jesús es todo amor para ellos. El pueblo no pone límites á su insolencia ni á su odio, y Jesús tampoco le pone á su caridad. Las primeras palabras que el pueblo

(1) Hoc cogitaverunt: erraverunt: excaverit enim illos malitia eorum, et nocuerunt sacramenta Dei. (Sup. 2.)

(2) Videt Deus, et requirit. (II. Part. 24.)

dirige á Jesús en la cruz son palabras de insulto: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz;» y las primeras que Jesús hace oír desde la cruz son palabras de compasión por el pueblo: «Perdonadlos, porque no saben lo que hacen.» El pueblo le llena de insultos, y Jesús se siente movido á piedad por él. El pueblo le entrega á los tormentos mas horribles, y Jesús le defiende. El pueblo procura acelerar su muerte, y Jesús le asegura la vida. El pueblo en fin no cesa de renovar sus ultrajes, y Jesús renueva sus oraciones.

Así pues, dice S. Bernardo, Jesucristo nuestro protector y nuestro maestro nos manifiesta con su oración que quiere ser el primero en obedecer la ley del perdón que había promulgado para nosotros, en ejecutar lo que el mismo había mandado, y en hacer mucho mas aun, supuesto que pide no solo por los que le han perseguido, calumniado y maldecido, sino tambien por los que le han crucificado (1). Ved aquí por que, añade S. Agustín, aunque el Salvador pudo con el mismo éxito hacer esta súplica al Padre Eterno en silencio y en el secreto de su corazón, quiso mas bien pronunciarla en alta voz de manera que pudiese ser oída de todos, á fin de que no se privasen los cristianos de una enseñanza tan preciosa y de un ejemplo tan magnífico (2).

A esta enseñanza y á este ejemplo aludia el apóstol S. Pablo cuando decía: Sed buenos y misericordiosos, perdonaos mutuamente vuestras ofensas recíprocas á ejemplo del Hijo de Dios, que os perdonó todos los males que le habíais hecho. (Ephes. 4.)

Y ¿qué deberíamos pensar en efecto de nuestra reguedad y de nuestra insensibilidad, si esta grande lección no nos instruyese, si este ejemplo sublime no ablandase nuestro corazón? Jesucristo no confundió los pecadores con los pécados; él distinguió nuestras culpas de nuestras personas; él quiso destruir aquellas y salvar estas. ¡Ay! ¡que sería de nosotros si él no hubiera hecho esta distinción! Al amarnos así Jesucristo, nos ha enseñado cómo debemos amarnos mutuamente; nos ha enseñado que en las ofensas que se nos hacen debemos hacer una distinción entre la injusticia de nuestros enemigos y la condición de su naturaleza, distinguir lo que hacen de lo que son, detestar su pecado sin detestar sus personas, como el buen médico que odia la enfermedad y la combate, sin dejar por eso de

(1) Fecit bonus Doctor quod jussit: erat non solum pro persequentibus et calumniantibus, sed etiam pro occidentibus se. (De Pass. Dom. 8.)

(2) Pro te emisit hunc vocem, ut audiretur. Nam potuit pro illis orare in secreto; sed tunc non haberet exemplum. (Tract. 31 in Joan.)

mostrarse compasivo con el enfermo y asistirle. En efecto, las pasiones del que nos ofende injustamente son verdaderas enfermedades de su espíritu, y vuestras oraciones y vuestra caridad tienen mas fuerza para curarlos que nuestra venganza.

S. Bernardo nos exhorta igualmente á que escusemos, á ejemplo de Jesucristo, la intencion del que nos ofende, sino podemos escusar su acción; él nos escita á que atribuyamos la injusticia, que nos lastima, á ignorancia, á inadvertencia, ó á cualquiera otra circunstancia casual, mas bien que á malicia. (*Serm. 40 in Cant.*). Mas ¡ay! estos ingeniosos artificios de la caridad son raros entre los cristianos de nuestros días: el ofendido procura abultar á sus propios ojos y á los de otros la injuria que ha recibido, para justificar, con su exageracion, su odio y su resentimiento y la prisa que se da á satisfacerlos.

Pero, ¡desventurados cristianos! ¿deseariais que Dios os tratase como tratáis á vuestros hermanos, y que á la mas leve falta que cometáis hiciese estallar su colera y vibrase sus rayos para castigarlos en vuestra fortuna, en vuestro honor, en vuestra familia, en vuestra persona y en vuestra vida? Seguramente que no. ¿Cuán injusta es pues vuestra pretension! dice la Escritura. Vosotros, hombres de todo, vosotros ultrajais á Dios por el pecado, y queréis que Dios os perdone, mientras que en vuestro resentimiento y en vuestro inaplazable orgullo, no queréis perdonar á un hombre semejante á vosotros. Vosotros no sois mas que un poco de polvo, un gusano de la tierra, y no queréis escusar al polvo, y pretendéis que el gran monarca de los cielos haga descender el perdón sobre vosotros. (*Eccii. 28.*). ¡Vana ilusión! Dios no permite que nosotros tengamos dos pesos, dos reglas y dos medidas. No es posible que Dios reserve su misericordia para nosotros, y su justicia para los demás; porque Jesucristo ha dicho que Dios usará con nosotros la misma medida que hayamos usado con los demás (*Luc. 6.*); es decir, que la deuda inmensa que hemos contraído con Dios no nos será perdonada, si por nuestra parte no echamos el velo del olvido sobre las ofensas que se nos han hecho.

Acordaos del siervo inicu del Evangelio á quien su señor había perdonado la deuda enorme de diez mil talentos, y que no quería perdonar á uno de sus compañeros la de algunos julios. El señor justamente irritado retiró la palabra de perdón que le había dado, hizo resucitar contra este siervo cruel su antiguo crédito, le hizo encerrar en una prision oscura y le entregó á los verdugos. Pues

bien, así es, dice Jesucristo, como obrará mi Padre celestial con vosotros; lejos de perdonaros vuestras culpas, os castigará severamente si no perdonais de corazón á vuestros hermanos: *Sic et Pater meus celestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris.* (Matth.)

¡Dichosos vosotros, cristianos sinceros, discípulos fieles de Jesucristo, vosotros que, dóciles á sus lecciones y á sus ejemplos, no conservais resentimiento alguno por las injurias que habéis recibido, sino que respondéis á las imprecaciones con las suplicas, á las ofensas con los beneficios, y al odio con el amor! En tanto que vosotros perdonais las injusticias con que os persiguen, Jesus implora y obtiene para vosotros el perdón de los pecados que habéis cometido: *Dimitte illis.* Mientras que vosotros oráis por vuestros enemigos, Jesus pide por vosotros. Mientras que vosotros derramais vuestros beneficios sobre los que os han ofendido, Jesus derrama su sangre sobre vosotros. En tanto que vosotros os constituís defensores de vuestros hermanos ante vosotros mismos, Jesus desempeña en vuestro favor el oficio de abogado ante Dios: *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum.* El escusa vuestras faltas: *Nesciunt quid faciant*, y os viste de sus méritos, él os lava con su sangre, y os muestra su proteccion; vosotros os hacéis sus amigos y sus hermanos, supuesto que participais de ese espíritu de caridad con que él fué consumido en la cruz, y por esta causa os estrecha contra su corazón, os oculta en sus llagas, os comunica su filiacion divina y os hace entrar con él en posesion de su herencia celestial.

Mas, podrán decir algunos: el Señor no imploró el perdón mas que para los Judios y los Gentiles, autores injustos y crueles de su muerte. No fué así; él lo solicitó igualmente para nosotros, para todos los pecadores; porque sobre su trono de dolor defendió nuestra causa como defensor poderoso, porque es justo, y su propitiacion es eterna e infinita, comprendió no solo nuestros pecados, sino los de todo el mundo: *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum. Et ipse est propitiatus pro peccatis nostris: non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi.*

En efecto, observad que en su oracion no se expresó en términos limitados. Él no dijo: « Perdonad á los Judios ó á los Gentiles, á Calais ó á Pilatos. » Él hablo en términos generales diciendo: « Perdonadlos: *Dimitte illis.* » Es decir que oró por todos aquellos que de cualquier manera cooperaron á su muerte y fueron causa de ella.

Pues bien, es indudable que nadie puede decir de la sangre pre-

ciosa de Jesucristo lo que decía Daniel de la de Susana: «Yo no he sido cómplice del crimen que hace derramar su sangre.» (Dan. 13.) Es muy cierto que habiendo muerto Jesucristo por las iniquidades de todos, supuesto que su Padre le habla cargado con la obligación de pagar todas nuestras deudas, (Js. 52.) todos los hombres contribuyeron mas ó menos con sus pecados á su crucifixion y á su muerte. Así pues, cuando S. Pablo nos dice que todos los que, después de haber sido regenerados por el bautismo, vuelven á caer en el pecado, no hacen otra cosa que crucificar de nuevo al Hijo de Dios, (Heb. 6.) nos da á entender claramente que todos los pecadores le han crucificado ya otra vez. Por consiguiente todos los hijos de Adán, pasados, presentes y futuros, han contribuido á derramar esta sangre, supuesto que fué derramada por los pecados y la santificación de todos. La muerte del Redentor no fué solo un crimen producido por la injusticia de Pilatos y el odio de los Judíos; sino que fué también un misterio exigido por la miseria y los estravios de todos los hombres.

Esto supuesto, supuesto que el perdón fué implorado en favor de todos, es claro que Jesucristo lo pidió, lo mismo por el pecado original que por los pecados actuales; lo mismo por las culpas veniales que por los pecados mortales; lo mismo por los pecados futuros que por los pasados; en una palabra, él lo pidió por todos los pecados que cometiesen los hombres desde el principio del mundo hasta el fin de los siglos; porque cuando Jesus dijo á su Padre: Padre mio, perdonadlos, fué como si hubiera dicho: Padre mio, perdonad á los Judíos, á los Gentiles, á los extranjeros, á los bárbaros, perdonadlos á todos sin distincion alguna (1).

Notad tambien con S. Juan, que el pecado que comete el hombre es siempre el resultado de la ceguedad, ó de la ignorancia de las cosas de Dios. (1. Joan. 3.) Todo el hombre que peca con proposito deliberado es realmente culpable, porque opone el desorden, el vicio y la injusticia de su voluntad individual, ó la justicia, á la santidad y á la voluntad, ó á la ley de Dios. Pero no es menos cierto, dice S. Bernardo, que en el momento en que el hombre peca no conoce á Dios; no conoce la grandeza del ultraje que le hace, los bienes celestiales que pierde, los males que se atrae, ni los horribles castigos que se prepara. Porque si él conociera claramente todas estas

(1) Dimitte illis, id est, dimitte Graecis, Iudeis, peregrinis, barbaris, omnibus omnino, (Rom. in Math.)

cosas, como son en sí, moriría mil veces de espanto y de horror, antes que cometer un solo pecado. Puede por consiguiente decirse de todos los pecadores que son ciegos, estúpidos é insensatos, y que no saben lo que hacen; (Tract. de Pass. Dom. cap. 8.) y Jesucristo pudo decir, como dijo en efecto, de todos los pecadores: Ellos no saben lo que hacen; y pudo comprenderlos á todos, como los comprendió efectivamente, en su amorosa oracion.

De aquí se sigue que la cruz, desde la que el Hijo de Dios hecho hombre y suspendido entre la tierra y el cielo pronunció esta oracion sublime, no es ya el instrumento de suplicio de un sentenciado, sino mas bien la roca elevada, el terreno neutral del embajador, del redentor, del abogado universal que firma el tratado de la reconciliacion del mundo. (De Pass.)

S. Pablo ha descornado el velo que nos ocultaba este misterio; él nos ha presentado igualmente el cuadro mas magnifico, el mas grandioso y el mas tierno al mismo tiempo del orden del amor divino para con los hombres. En efecto un hábil defensor no se contenta con hablar; él añade á sus palabras la elocuencia del gesto, de los ojos y de la accion; él se vale de todos los incidentes, y saca partido de todo para hacer valer las razones de su cliente. Si no puede convencer á sus Jueces, procura conmovellos. Si no puede obtener por la justicia el triunfo de la causa que defiende, se esfuerza en obtenerlo por la piedad. Con este fin busca excusas á su crimen, atenúa la malicia, exagera la flaqueza, alega en su favor la ignorancia, y finalmente robustece sus argumentos con el acento de la compasion, de las súplicas y de las lágrimas. Esto mismo fué lo que Jesucristo hizo en la cruz. Él defendió nuestra causa con las razones mas terminantes, deducidas de nuestra locura y de nuestra ignorancia, y despues se valió tambien de las súplicas mas fervientes, mas enérgicas, mas meritorias y mas eficaces, como el mas santo de todos los hijos dirigiéndose al mas tierno y mas amoroso de todos los padres. Él presentó nuestra defensa, no solo con sus palabras, sino tambien volviendo al cielo su rostro divino, estendiendo sus manos hacia Dios su padre, y lanzando de lo íntimo de su corazón grandes gritos acompañados de abundantes lágrimas y de sentimientos tan humildes, tan piadosos y tan respetuosos, que su oracion subió hasta el trono de Dios como el olor del mas suave incienso: Qui in diebus carnis sue preces, supplicationesque ad eum, qui possit illum saluum facere á morte cum clamore valido et lacrymis, exauditus est pro sua reverentia.

S. Pablo añade que la sangre de Jesucristo, más elocuente que la de Abel que pedía venganza contra Caín, hablaba pidiendo gracia para nosotros: *Et sanguinis asperersionem melius loquentem quam Abel*. (Hebr. 12.) ¡O tierno y afectuoso misterio! El Apóstol ha querido hacernos conocer por estas palabras que nuestro compasivo abogado, para hacer triunfar eficazmente en presencia de su Padre el grito de su caridad, le dirigía su súplica con los labios, pero le hablaba también con las espigas que taladraban su cabeza, con su lengua mojada en la biel, con sus manos y sus pies traspasados por los clavos, con las angustias de su muerte y con las ignominias y el martirio de su cruz. En tanto que su boca pronunciaba las palabras de perdón, *Dimittit illis*, de sus llagas, como de otras tantas bocas, salía esta palabra de amor: *Perdon*. A las lágrimas que corrían de sus ojos se juntaba el gemido de la sangre que manaba de todo su cuerpo, y este nuevo Abel llamaba así en su ayuda la voz de su sangre inocente y divina para hacer triunfar la causa de nuestra absolución y de nuestro perdón, para obligar á la severa justicia de Dios, de quien solo podíamos esperar una venganza terrible, á usar con nosotros de misericordia.

En este mismo cuadro misterioso nos presenta S. Pablo el cielo abierto, y al Dios padre que, fijando la vista en esta sublime espíacion, presta oídos á esta defensa inspirada por el amor, á esta súplica tan tierna, y la acepta en favor del profundo respeto con que se le ha dirigido: *Ex auditu est pro sua reverentia*. (Hebr. 5.) Es decir que movido el Padre celestial por este espectáculo grandioso, y afectado por estas palabras tan dulces y tan generosas, por estas preciosas lágrimas, y enternecido al ver la sangre de su divino Hijo, aplaca su cólera, deja caer de sus manos el rayo, desarma su brazo, y principia desde entonces á mirar con ojos compasivos al mundo que le era odioso, y lo reconcilia en Jesucristo: *Deus erat in Christo, mundum reconcilians sibi*. (II. Cor. 5.) En seguida, con una pluma mojada en la sangre misma de su amado Hijo, borra el fatal decreto en que estaba escrita la condenación de todos los pecadores: *Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et ipsam fulit de medio, affigens illud cruci*. (Coloss. 2.) y lo clavó a la cruz de Jesucristo, como el recibo de una deuda que ha sido satisfecha, y que por lo mismo se devuelve al deudor.

Veid aquí por que establece desde este momento que nuestros pecados nos serán perdonados sin que jamás vuelvan á imputarse-

nos, con tal que las lágrimas de nuestra penitencia se mezclen á las que derrama Jesucristo, y nuestra oración se confunda con la suya (1).

Y desgraciados de nosotros, si Jesucristo nos hubiera olvidado en esta hora misteriosa, si no nos hubiera comprendido en su inefable súplica! Porque lo que dice S. Agustín con respecto al pecado original es igualmente cierto de todos los pecados actuales; es decir, que la ofensa que el hombre hace á Dios cuando peca es de tal naturaleza, que aun cuando deba ser reparada por el hombre que la ha cometido, no puede serlo en realidad sino por Dios. Porque encerrando en sí todo pecado una malicia infinita con relación á la infinita majestad de Dios á quien ofende, como hemos dicho en otro lugar, solo una persona de una dignidad y de un mérito infinito es la que puede expiarlo dignamente. Y supuesto que solo en Dios se encuentra esta dignidad y este mérito infinito, se sigue de aquí que la divinidad no puede encontrar mas que en sí misma una satisfacción proporcionada á los ultrajes que recibe; y por lo mismo solo un Dios es el que puede aplacar la cólera de Dios, hacerse víctima de propiciación y abogado por el hombre, y alcanzarle la reconciliación y el perdón. Ved aquí por que aun cuando nos basta nuestra libertad y nuestra malicia para alejarnos de Dios por el pecado, no podemos sin embargo volver á Dios por nosotros mismos, ni reconciliarnos con él por medio de la penitencia; para esto necesitamos de un mediador divino, de un abogado divino, de Jesucristo que, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es por lo mismo un mediador y un abogado, tan sublime por su majestad y tan digno de ser oído por su justicia, cuanto compasivo con nosotros por su caridad: *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum*.

Si pues Jesucristo no hubiera satisfecho ni hubiera implorado el perdón mas que por el pecado original, ¿cómo hubiéramos podido nosotros satisfacer y alcanzar el perdón por nuestros pecados actuales? Y como cada uno de nuestros pecados necesita de una mediación y de una satisfacción infinita, ¿sería necesario, decía S. Pablo, que Jesucristo principiase á sufrir á cada momento por cada uno de los pecados actuales del hombre, á fin de expiarlo. (Hebr. 9.) ¿Y era posible que el Hijo de Dios se vistiese de nuestra carne, padeciese y muriese por cada hombre exclusivamente y por

(1) Non repñans illis delicta ignorum. (II. Cor. 5.)

cada uno de los pecados en particular? No, sin duda alguna. Por consiguiente el pecador hubiera sido privado del único mediador, del único abogado capaz de presentar su defensa, y de hacer una súplica eficaz por cuanto esta unida al mérito de una satisfacción infinita. El hombre pecador hubiera vuelto á caer en su primitiva miseria, en su imposibilidad natural de satisfacer y de obtener el perdón por sus propios pecados; y en el momento en que hubiera perdido la inocencia baptismal, esta pérdida hubiera sido irremediable, y por consiguiente la obra de la redención de solo el pecado original hubiera sido inútil é infructuosa para la inmensa mayoría de los hombres, que tienen la desventura de no conservar la gracia del bautismo.

Mas el Redentor reunió todos los pecados en su persona: el dió á Dios anticipadamente una satisfacción infinita por todos los pecados que se habían cometido y se habían de cometer desde el principio hasta el fin del mundo; por el mérito de esta satisfacción infinita, alcanzó el perdón á todos y para todos, y con esta sola oblacion, prosigue S. Pablo, consumó en un solo momento por un solo acto la reconciliación y la satisfacción de todos los pecadores. Habiendo entrado una vez en nuestro nombre en el santuario del amor de Dios, dejó para siempre abiertas las puertas á todos los hombres, y consumó una redención universal y eterna: *Una enim oblatione, consummavit in sempiternum sanctificationes*. (Hebr. 10.) *Introivit semel in Sancta, eterna redemptione inventa*. (Ibid. 9.)

¡O misterio de ternura y de misericordia! continúa el mismo santo. De este modo cesó para el hombre que se aleja de Dios por el pecado aquella condición que le hacía imposible su vuelta á la gracia. El abismo, que separaba al hombre de Dios con una distancia infinita, fué allanado; por la mediación de una súplica tan afectuosa, hecha en un momento de dolor y de oprobio indecible, y acompañada de la efusión de tanta sangre, Dios se aproximó al hombre, y el hombre se aproximó á Dios, de tal modo que es suficiente que el pecador se detenga en los caminos del desorden y vuelva atrás por los mismos pasos, para que encuentre á Dios y se reconcilie con él. *Et vos qui eratis longe, facti estis propè in sanguine ipsius*. (Ephes. 2.) En efecto Jesucristo, solicitando el perdón para los pecadores, no solo es nuestro mediador, sino también nuestra paz, supuesto que con la súplica amorosa de su corazón y con las heridas de su carne divina destruyó el muro de separación que el pecado había puesto entre el hombre y Dios; supuesto que

estinguíó también en su origen la enemistad que había entre Dios y el hombre, y que hubiera permanecido eternamente: *Ipsè enim est pax nostra, qui fecit utraque unum, et medium parietem mœriæ solvens inimicitias in carne sua*. (Ibid.) De este modo todos los obstáculos fueron quitados, todos los caminos allanados, todas las deudas satisfechas, todos los derechos restablecidos; el hombre, antes culpable, puede en adelante penetrar, cuantas veces quiera, hasta el trono de Dios por la penitencia, presentarse á él con confianza, volver á sus brazos, amarlo de nuevo como á su padre, y ser mirado de él como hijo: *Per ipsam habemus accessum ad Patrem*. (Ibid.)

S. Pablo nos ha revelado que la mediación poderosa que Jesucristo ejerció en el Calvario en nuestro favor se perpetúa y se perpetuará siempre en el cielo, Jesucristo, dice, esta siempre vivo en el cielo para interceder por nosotros: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*. (Hebr. 7.) ¡O preciosa revelación! ¡O palabras de consuelo! Por ellas sabemos con certeza que el Hijo de Dios, sentado á la derecha de su Eterno Padre, mostrándole continuamente las heridas que recibió por nosotros, no cesa de aplicarnos su mérito y de asegurarnos su fruto, y que en la plenitud de su gloria le repite constantemente la súplica sublime que le dirigió desde la cruz cuando se hallaba en el colmo de las ignominias y de los sufrimientos: Padre mío, perdónadlos, porque no saben lo que hacen. Nosotros sabemos que esta oración del Hijo resuena, como un eco siempre poderoso, en los oídos y mas aun en el corazón del Padre; que nosotros, ingratos á sus beneficios é insensibles á su amor, nos olvidamos con frecuencia de nuestro amoroso defensor que no nos olvida jamás, supuesto que su ocupación mas agradable, sus mayores delicias y su vida entera, en el seno del amor infinito, es continuar con su sacrificio, la sublime misión de alcanzarnos el perdón de Dios: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*; y que él es ahora en el cielo lo que fué siempre en la tierra, nuestro mediador y nuestro abogado para hacernos propicio á su Padre, cuando nuestros pecados encienden su cólera: *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum*.

¡O dulce Jesús! ¡o tierno y amable Jesús! nosotros os damos gracias con toda la efusión, con todos los trasportes de nuestro corazón, por habernos tenido presentes á todos sobre la cruz á los ojos de vuestra bondad y misericordia. Os damos gracias por habernos comprendido á todos en vuestra oración, y por haber hecho

valer en ella y por ella nuestras excusas, por haber presentado nuestra defensa, defendido nuestra causa, desarmado la colera divina, y habernos alcanzado á todos el perdón. Con esta súplica habeis hecho que la gracia esceda al crimen; lo que habeis satisfecho por nosotros á la justicia influida es mas de lo que le debíamos; lo que habeis pedido por nosotros es mucho mas de lo que necesitábamos; lo que nuestro Padre celestial podia negar justamente á nuestra indignidad, á nuestra ingratitude y á nuestra malicia, no puede negaros á vos que sois su Hijo, que lo habeis pedido para nosotros, que continuais sin desearlo pidiéndolo en nosotros y con nosotros, con la única condicion de que nos unamos á vos: *In quo clauimus: Abba Pater*. Con esta sola condicion, la justicia divina á la que hemos satisfecho abundantemente, no podria pretender ni exigir cosa alguna de nosotros, y está obligada á volvernos su confianza y su amor.

Esta es la razon por que, subyugados y confundidos por los señales de vuestra tierna caridad, sentimos un excesivo dolor de haber pecado, y juramos al pie de la cruz no volver á pecar en adelante. Mas si tenemos alguna vez la desgracia de correr por la pendiente resvaladiza del mal, por grande que sea nuestra malicia, por monstruosa que sea nuestra ingratitude, ¡ah! jamás añadiremos á la injuria, que os habremos hecho hollando vuestra santa ley, la injuria, todavia mas sensible á vuestro corazón, de desesperar del perdón que habeis solicitado y obtenido para nosotros. La multitud de nuestros pecados podria humillarnos, confundirnos y quebrantar-nos de dolor, pero no podria desesperarnos ni abatirnos. Nosotros recordaremos siempre la súplica tan tierna y tan eficaz que dirigisteis por nosotros á vuestro Padre; y mientras que ella nos hable de vuestro amor para guardarnos contra el pecado, y nos repita nuestra ingratitude, nos dará tambien la esperanza de alcanzar vuestro perdón, porque ella nos dirá que tenemos siempre en vos, para con el Padre celestial, un abogado, á cuya justicia y á cuya caridad nada puede negarse, á quien todo se ha concedido, y que es por consiguiente la propiciacion infalible, la fianza perpetua, y la prenda segura del perdón, no solo de todos nuestros pecados, sino tambien de los de todo el mundo: *Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. Et ipse est propitiatio pro peccatis nostris: non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi.*

SEGUNDA PARTE.

No puede dudarse, dice Sto. Tomás, que el Padre Eterno oyo todas las súplicas que le dirigió Jesucristo, (3. p. 9. 47.) supuesto que el Salvador dijo á su Padre: Yo sé, Padre mio, que vos me escuchais siempre: *Ego autem sciebam quin semper me audis*. (Joan. 11.) Es indudable por consiguiente que la súplica que Jesus crucificado hizo á su Padre para atraer el perdón sobre sus verdugos fué oida, aun con respecto al tiempo, al modo y á las dolorosas circunstancias en que tuvo lugar. Porque por la eficacia omnipotente de esta oracion sublime el perdón fué concedido al buen ladrón, al centurion, á los soldados que habian crucificado á Jesus, á la multitud que volvió del Calvario hiriéndose el pecho en señal de dolor, y á aquellos millares de Judios que se convirtieron poco despues á la predicacion de S. Pedro, y formaron la primitiva Iglesia.

Y ¿por qué tan solo aquella poca de personas fueron las que se convirtieron y alcanzaron el perdón? Seria porque Jesus no oro mas que por ellas? No. La palabra generica *illis*, á todos ellos, significa claramente, como lo hemos observado ya, que el Señor comprendió en su súplica á todos los que directa ó indirectamente habian cooperado á su pasion y á su muerte: que esta súplica fué como una manifestacion general, un jubileo universal, un perdón que se extendia á todo el mundo, del que ninguno fué excluido ni exceptuado, y del que el mismo Judas, dice S. Leon, hubiera podido aprovecharse si hubiera recurrido á la penitencia, arrojándose en los brazos de Jesucristo, y si la desesperacion no le hubiera arrastrado al suicidio (1). Luego si una súplica hecha por todos no sirvió mas que á un pequeño número, fué, dice S. Juan Crisostomo, porque Jesucristo al hacerla no aseguró la impunidad á todos los pecadores, sino que imploró y obtuvo el perdón para todos los penitentes que quisiesen borrar sus crímenes con una fe viva y un arrepentimiento sincero. (*Colen. in Luc.*) Pues bien, como la mayor parte de los Judios, ciegos voluntarios, insensibles y endurecidos contra el prodigio de tantas virtudes y contra la virtud de los numerosos prodigios que señalaron la muerte del Salvador, opusieron una resistencia infernal á su

(1) *Quid remedium nec te, Judas, transiret, si ad penitentiam confis-gisses que te revocaret ad Christum, non que incitaret ad laqueum, (Serm. 1 de Para.)*

gracia, y se obstinaron en su atentado con una ferocidad diabólica, no participaron por lo mismo del gran beneficio del perdón divino.

¡Ved aquí pues la importante lección que nos ofrece este misterio; á saber, que aunque el perdón fué solicitado para todos sin excepción alguna, sin embargo no participan de él sino aquellos que se aplican su fruto por una sincera penitencia.

Los Nicolaitas en el primer siglo del Cristianismo, y después de ellos Lutero y sus sectarios en el siglo diez y seis, blasfemaron cuando dijeron que, habiendo Jesucristo satisfecho á la justicia de Dios por todos, y obtenido el perdón para todos, el cristiano que tiene la fe de Jesucristo, sea cualquiera el número y la enormidad de sus pecados, no puede ser condenado; con este principio abollaron como inútil todo acto de penitencia.

¡Doctrina horrible! porque si ella llegase á prevalecer, abriría la puerta á todos los vicios, legitimaría á todos los excesos, aniquilaría todas las virtudes, convertiría el misterio de la redención y del perdón en un loco de pecados, en vez de ser el remedio de ellos; haría de Jesucristo, del Dios de santidad, el autor y el cómplice de todos los crímenes, y convertiría en una masa de criminales, odiosos al cielo y á la tierra, al pueblo cristiano elegido por Dios para que se consagra á su servicio y abunde en buenas obras: *Ut faceret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum*, (Tit. 2.) Doctrina tan impía como absurda; doctrina igualmente reprobada por la fe cristiana y por la sana razón, por la verdadera religión y la verdadera filosofía, y que no solo perdería al hombre, sino que haría imposible toda sociedad, destruyéndola por sus fundamentos.

Pero ¡ay fiera doctrina diabólica, nacida en el fango de la herejía, ha penetrado hasta el seno de las naciones católicas, sino como creencia, á lo menos como práctica. ¡Cuántos católicos no vemos hoy que, extraños á todo ejercicio de virtud cristiana y sumergidos en todos los vicios, alimentan la temeraria ilusión de que se aseguran su salvación por medio de algún acto exterior de penitencia tardía que esperan poder hacer en su última hora, como si tuvieran entre sus manos el perdón de sus pecados de que no se arrepintieran jamás, ni durante su vida ni á la hora de la muerte!

¡Oengño funesto! ¡o maldita seguridad! ¡que multitud tan numerosa de almas precipitadas en su perdición á la hora de la muerte, adormeciéndolas en sus desórdenes durante la vida! Anunciando el

apóstol S. Pedro la palabra de Dios á los Judíos después de Pentecostes, puso como condición indispensable para obtener el perdón de Jesucristo no solo la fe y el bautismo, sino también un arrepentimiento sincero, un verdadero dolor del pecado: *Poenitentiam agite, et baptizetur unusquisque vestrum in nomine Jesu Christi in remissionem peccatorum vestrorum: et accipietis donum Spiritus Sancti*, (Act. 2.) Esto quiere decir que Jesucristo satisfizo por todos, que pidió y obtuvo el perdón por todos, pero con la condición de que, por medio de una sincera penitencia, nos apliquemos nosotros mismos en tiempo oportuno el valor infinito de esta satisfacción y de esta súplica, cuyo precioso depósito nos conserva la Iglesia.

No nos hagamos ilusión: la mediación de Jesucristo, su intercesión y su perdón, lejos de dispensarnos del arrepentimiento de nuestros pecados, nos imponen por el contrario una obligación rigurosa de participar del sacramento de la penitencia, en el que se nos aplica el mérito infinito de la oración de Jesucristo. Con esta sola condición podremos disfrutar de las ventajas que nos ha proporcionado esta oración sublime. Con esta condición podremos pedir á la justicia divina, sin temor de ser repulsados, y con la confianza de ser oídos, que salde nuestras cuentas y que borre nuestras deudas: *Dimitte nobis debita nostra*. Con esta condición en fin podremos gloriamos santamente de tener en Jesucristo nuestro Redentor un abogado tan justo como poderoso, que nos hará propicio á su Eterno Padre, á pesar de los pecados que hemos cometido, y que nos alcanzará el perdón, la gracia y la salvación eterna, supuesto que puede obtener todo esto, aun para el mundo eterno: *Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. Et ipse est propitiatus pro peccatis nostris non pro nobis autem tantum, sed etiam pro totius mundi*. Así sea.

CONFERENCIA VIGÉSIMA NOVENA.

Las tres Cruces.

Vidit semen longevum; et voluntas Domini in manu ejus dirigitur; et fortium dividit spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est.

El Señor una vez descendió a la muerte y la voluntad del Señor se cumplió por sus manos. El distribuyó las draperías de los fuertes, por que se entregó a la muerte, habiéndose confundido con los criminales.

(Is. 53.)

Entre las circunstancias que acompañaron la muerte del Redentor se hace notar el odio brutal de los Judíos, que no omitieron medio alguno para que esta muerte fuese, no solo la más cruel, sino también la más infame de todas, a fin de que el oprobio que le había resultado de ella cambiase las disposiciones de los que habían admirado su vida, y de este modo el nombre y la memoria de Jesús de Nazaret fuesen olvidados para siempre.

Ved aquí por que, no contentos con haber arrancado, con sus gritos y sus amenazas, a la debilidad de Pilatos la inicu sentencia que condenaba a Jesús a la cruz, género de muerte que reunía en el más alto grado una profunda ignominia y un dolor inmenso, quisieron que dos insignes malhechores fuesen conducidos al suplicio con él. (Luce.), y que en el Calvario estos dos famosos criminales fuesen colocados uno a la derecha y otro a la izquierda, y Jesús en medio de ellos, como el más criminal de todos. (Matth. Joann. 1. Bonar.)

Más, la ceguera de los Judíos, dice S. Juan Crisóstomo: Ellos creen saciar con este ultraje su odio contra Jesucristo, y no hacen otra cosa que contribuir a la ejecución de los grandes designios de Dios. Ellos creen cubrir de infamia al Salvador; y, sin saberlo, cumplen una grande profecía (1). Isaías había anunciado en términos

(1) *Inviti, etiam in hoc, Iudei prophetiam implent. Quae enim illi ad ignominiam faciebant, his veritas implebatur. (Rom. 84. in Joann.)*

muy claros que el Mesías debía de sufrir la muerte en medio de dos criminales, añadiendo: Que su sangre demarrada le daría una numerosa posteridad, y que la infamia de ser crucificado entre dos malhechores contribuiría a hacer conocer mejor la virtud de su gracia y la extensión de su imperio: *Videbit semen longevum; et voluntas Domini in manu ejus dirigitur; et fortium dividit spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est.*

¡Admirable conducta de la sabiduría de Dios! Los Judíos crucificaron al Salvador con este aparato infamante, persuadidos, dice Teofilacto, de que viéndole el pueblo asociado a dos criminales le juzgaría tanto o más criminal que ellos, y que la identidad del suplicio haría creer que todos tres estaban manchados con unos mismos crímenes (1). Y sin embargo esta circunstancia, que añadió tanta ignominia a la muerte del Redentor, la hizo al mismo tiempo más gloriosa; y los Judíos en vez de empañar su inocencia no hicieron otra cosa que manifestar la certeza de su misión y hacer más visible su dignidad. Tal es el asunto que debemos meditar en el día de hoy; quiero decir la grandeza, el poder y el imperio de Jesucristo, probados y hechos sensibles en el misterio de las tres cruces, precisamente por la circunstancia de haber sido crucificado entre dos ladrones: *Et voluntas Domini in manu ejus dirigitur; et fortium dividit spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est.* Entremos pues sin más preámbulos en la consideración de este misterio, tan glorioso para Jesucristo, como precioso y edificante para nosotros, misterio cuyo estudio reclama toda nuestra atención.

PRIMERA PARTE.

Dos cosas eran necesarias para que la muerte de Jesucristo fuese útil y nos alcanzase la salvación: la primera que muriese sin pecado, porque si hubiera sido condenado por alguna culpa personal, aun la más leve, su muerte hubiera sido un castigo merecido, y no un sacrificio; si no hubiera podido entonces satisfacer por los hombres, porque hubiera tenido necesidad de satisfacer por sí mismo. La segunda condición para que su muerte fuese saludable, era que la

(1) *Ut homines pravam opinionem contra eum conciperent, quod et ipso Ietro, et malicis esset. (In Marc.)*

sufriese como uno de nosotros, es decir como criminal y como pecador, porque nosotros somos pecadores y criminales. En efecto, sino hubieran tenido semejanza alguna exterior con los pecadores, hubiera sido absolutamente extraño á ellos, y se hubiera encontrado incapaz de representar su estado, sus crímenes y su condenación. Se necesitaba pues que esta víctima santa, inocente y pura, fuese inmolada como si hubiese sido culpable de todas las iniquidades del mundo; que el sacrificio voluntario del Mesías pasase á los ojos de los hombres por un castigo merecido, que apareciese criminal sin serlo, y que sufriese al parecer con justicia una muerte, que solo sufría por un exceso de su caridad infinita.

Pues bien, el Hijo de Dios, la sabiduría infinita, tiene muy presente esto cuando consiente ser confundido en su muerte con dos criminales. Porque fue bastante á los ojos de la ciega multitud para mirarle como culpable, verle asociado á los dos insignes malhechores, cuyos crímenes eran públicos y notorios, ver que su cruz estaba colocada entre las cruces de ellos, y que espiró sin que Dios hiciese ningún milagro para librarle.

¿Que misterio tan profundo se encierra en estas tres cruces! Por lo mismo que la cruz de Jesucristo está colocada entre las cruces de los dos ladrones, que el Santo por excelencia está confundido con los criminales y muere como uno de ellos, estamos ciertos de que muere por los pecadores. Haced desaparecer las cruces de los criminales que figuran á los dos lados de la cruz del Salvador, y al momento este gran misterio se desvanecer ó se oscurece. Si esta circunstancia, envuelta con tanta claridad y ligada tan evidentemente con el motivo de su muerte, hubiera faltado, el mérito de sus sufrimientos hubiera permanecido en cierta manera dudoso; pero esta misma circunstancia, junta con la de su inocencia, probada de una manera jurídica y reconocida públicamente, asegura á Jesucristo uno de sus principales caracteres. Lejos de hacerle semejante á los criminales en cuya compañía muere, le hace conocer por el Redentor que ha venido á justificarlos con el precio de su vida; ella prueba que en él se cumplen los designios misericordiosos del Padre común por la salvación de los hombres, y le proclama verdadero Mesías y Salvador del mundo: *Et volentes Dominus in manu ejus dirigetur; et sortitionem dividit spolia, pro eo quod tradidit in mortem animum suum, et cum sceleratis reputatus est.*

Mas al mismo tiempo que el misterio de las tres cruces muestra claramente en Jesucristo al Salvador de los hombres, y patentiza

este augusto carácter de su persona, nos da á conocer igualmente la eficacia prodigiosa de su gracia.

En efecto, uno de los criminales que estaban crucificados con Jesús, el que estaba colocado á su izquierda, comenzó á blasfemar de él, desde el instante mismo en que la cruz del Salvador fue elevada al lado de la suya, y le decía: ¿Cómo hemos de creer que tú eres el Mesías? Si lo fueras en realidad, no te salvarías á ti mismo y á nosotros? Mas supuesto que no nos salvas, ni te salvas á ti mismo, no es cierto que tú eres el Mesías: *Unus autem de his, qui pendebant, latronibus, blasphemabat eum, dicens: Si tu es Christus, salvum fac teipsum, et nos (Luc.).* Por el contrario el otro malhechor, llamado Dimas, como vos lo enseñan la tradición, y que se hallaba colocado á la derecha del Salvador, indignado de oír al compañero de su suplicio insultar así al Señor moribundo, reprendió á este miserable diciéndole: « Como, estando condenado al mismo suplicio que él, no temes provocar la ira de Dios, uniéndote á ese pueblo impío para insultar al crucificado? *Respondens autem alter increpabat eum, dicens: Neque tu times Deum, quod in eadem damnatione es. (Ibid.)* Nosotros que somos culpables padecemos con justicia; nuestro suplicio es el castigo de nuestras malas obras; pero no puede decirse lo mismo de este. Enclavado en la cruz como nosotros, no lo está por la misma causa; él sufre esta pena sin haber cometido ningún crimen, así como la sufre sin impacientarse: *Et nos quidem juste, non digno factis recipimus: hic verò nihil mali gessit. (Ibid.)* » En seguida volviéndose á Jesús, con la frente humillada, los ojos bajos, la voz suplicante y el corazón contrito, le dice: « Señor, acordáos de mí cuando llegéis á vuestro reino: *Et dicebat ei Jesus: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* »

¡O palabras admirables! lo suplica afectuosamente al reconvenir Dimas al mal ladrón por su falta de temor de Dios, *Neque tu times Deum*, prueba claramente que él ha abierto ya su corazón á este santo temor, principio de la verdadera sabiduría y de la salvación eterna, que forma los penitentes y corona los justos. Él no se contenta con tener este temor divino, sino que procura inspirarlo también á su compañero, y con esta intencion le reprende y le instruye. El desea que el que en otro tiempo fué cómplice de sus crímenes, y que sufre al presente la misma pena, pueda asociarse también á su penitencia; y aun cuando él no sea todavía más que penitente, ejerce el ministerio de apóstol y de misionero. Tan cierto

es que el celo por la conversion de los demás es una señal positiva de la sinceridad de nuestra propia conversion.

Pero observad cuán perfecta es la del buen ladron. En efecto, cuando pronuncia estas palabras: «Nosotros padecemos justamente, *Nos quidem iuste*, » formula un acto de verdadera contrición. Cuando despues añade: «Nosotros recibimos la pena debida á nuestros crímenes: *Digna facta recipimus*, » hace una confesion pública, humilde y llena de dolor, de toda su vida criminal. Al decir el mal ladron á Jesucristo: «Si eres verdaderamente el Mesías, salvate á ti mismo y á nosotros: *Si tu es Christus, salva nos te ipsum*, » deja conocer claramente que pide un milagro que le libre de la cruz, y no la gracia que borre sus pecados; que no son sus crímenes los que él detesta; sino el castigo que sufre; que no tiene dolor alguno de haber ofendido á la bondad de Dios, sino que se irrita contra la justicia de los hombres que le castiga; en una palabra, que todos sus pensamientos están concentrados en la vida del tiempo, y que no se inquieta por la vida de la eternidad. El buen ladron, por el contrario, manifiesta, no menos por la expresion de su rostro, que por la sabiduría de sus palabras, que, imagen fiel y verdadero modelo de los penitentes, acepta su castigo con una humilde paciencia y una piadosa resignacion, y desea que sus padecimientos sirvan para expiar sus crímenes; él hace ver que reconoce en el suplicio de la cruz, á la que los hombres le han condenado, un castigo de la justicia de Dios, demasiado leve en comparacion del que mere y confiesa haber merecido; él prueba finalmente que no se ocupa de su cuerpo, que solo suspira por su alma; que no desea vivir, sino asegurar su salvacion eterna, y que no espera esta gracia de sus propios méritos, sino de la bondad de Jesucristo: esta es la causa por que se vuelve hacia él y se une á él con los brazos de una fe viva, de una humilde confianza, de un dolor sincero y de una caridad admirable. Sin embargo, el buen ladron, aunque ocupado totalmente de su alma, manifiesta el mayor celo por la gloria de Jesucristo. De este celo nos da una prueba cuando pronuncia contra su compañero, que blasfemaba del Salvador, esta reconvenccion severa: «Tu tampoco temes á Dios, » porque con estas palabras reconoce que Jesucristo es agradable á Dios, de modo que el que le insulta atrae sobre sí las venganzas del cielo; él confiesa al mismo tiempo que Jesucristo es Dios, que castigará muy pronto las blasfemias del ladron impenitente con suplicios eternos. Cuando despues añade que Jesucristo no tiene culpa alguna,

proclama su santidad; y finalmente cuando le dirige esta tierna suplica: «Señor, acordaos de mí cuando lleguéis á vuestro reino, » publica su soberanía y le reconoce Señor omnipotente de un reino celestial, espiritual y divino, que principia en la muerte y dura por toda la eternidad.

Que se tan ardiente se descubre en esta confesion del venturoso Dimas! Los santos Padres no se cansan de admirarla ni de elogiarla. S. Juan Crisostomo dice que el buen ladron fue una de esas almas escogidas de quienes el Señor habia dicho: Bienaventurado aquel que no se escandalice de mis ignominias y de mis dolores; *Beatus qui non fuerit scandalizatus in me*. (Matth. 11). En efecto, él ve á Jesucristo clavado en la cruz, y le suplica, como si le contemplara sentado sobre su trono en los cielos; él le ve condenado al suplicio mas infame, y le invoca como al rey y soberano del universo; él le ve en medio de las humillaciones y de los tormentos, y le adora como si le deslumbrasen los rayos esplendentes de su gloria.

Puede verse una cosa mas grande que este pasaje del Evangelio? esclama S. Bernardo. El buen ladron implora el auxilio de un crucificado que al parecer necesita el mismo de socorro, y tiene una firme confianza de que lo alcanzará; y al mismo tiempo se siente animado del mayor amor y de la mayor ternura respecto á Jesucristo, supuesto que no tiene otro deseo que el de unirse á él (1).

Dimas, observa S. Leon, no habia visto los milagros que el Redentor habia obrado durante su vida, y mucho menos pudo ver los que obró despues de su muerte; y sin embargo él reconoce á su Señor en un hombre que es su compañero en el suplicio, y él invoca á su Salvador en la persona de un criminal que muere como él. (*Ser. IV de Pass.*)

Finalmente, S. Agustín dice á este proposito: «Los apóstolos veían en la fe de Jesucristo, sin embargo de que habian visto á los muertos salir á su voz de la tumba. El buen ladron le ve pendiente de un patibulo afrentoso, y sin embargo cree en él (2). Lo que da más dolor aún á esta confesion es que Dimas es el unico que la hace. ¿Cosa sorprendente en verdad! Mientras que los sacerdotes,

(1) *Educiatque sperat auxilium ab eo, qui auxilio videtur indigere. Qui autem petit hoc quod non sperat? Amat vero eum cui coniungi desiderat. (Tract. de Pass.)*

(2) *Titulaverunt qui viderant mortuos suscitatum; credidit qui viderat in cruce pendentem.*

los ancianos y el pueblo le condenan unánimemente como culpable. Dimas le proclama santo e inocente; mientras que todos le maltratan como á un esclavo, él le reconoce por su Señor; cuando todos le insultan como al mas inícuo de todos los hombres, él le pide gracia como á su Dios. Todos blasfeman de él, él solo publica sus alabanzas; todos le acusan, él solo le defiende; todos le desprecian, él solo le adora (1).

Reconociendo sin embargo, dice S. Leon, que esta conversion tan pronta, esta penitencia tan sincera, esta fe tan viva, este celo tan generoso, tan puro y tan ardiente fué en el buen ladrón obra de Jesucristo, y que la súplica de Dimas le habia sido inspirada por el Salvador mismo, que le dio en seguida la respuesta, y le aseguró que su fe sería recompensada. (*Serm. IV. de Pass.*)

¡O milagro estupendo del poder del Redentor! ¡o fuerza inefable de su gracia! ¡o luz preciosa de su fe! Ved aquí un hombre, prosigue S. Leon, que entregado al crimen hasta el día en que fué puesto en la cruz, se muda de repente y se hizo, no solo un penitente ilustre, sino tambien el primer profeta, el primer evangelista, el primer mártir y el primer confesor de Jesucristo; porque sin temer y sin respeto humano desde su cruz publica delante de todo el pueblo la inocencia, la santidad, el poder, el imperio y la divinidad del Salvador. (*Serm. II. de Pass.*)

No puede en efecto imaginarse un espectáculo mas admirable ni mas edificante para nuestra fe que este cuadro en el que vemos á nuestro Salvador desplegando en medio de las injurias, de las afrentas, de los tormentos acumulados sobre el hombre, ese poder de Dios que penetra el espíritu y le ilumina, que toca el corazón y lo muda, que manda las voluntades rebeldes y las subyuga, que habla con la voz interior de la gracia á las almas mas insensibles que las rocas y las convierte en fieles hijos de Abraham; y que cubierto de oprobios manifiesta lo que es; y dándose á conocer se hace adorar.

¡Y vosotros, o Judíos, cuán insensatos y estúpidos habéis sido en colocar su cruz en medio de las dos maldichas! Vosotros habéis querido deshonrarle de ese modo, pero lo unico que habéis conseguido es hacerlos ejemplares de los desamigos de su sabiduría, su puesto que le habéis proporcionado la ocasion de ejercer su misericordia sobre un desgraciado, de hacer descender el perdón sobre el

(1) Domine momento mihi. Beatus latro adstantes dicebat, talis diseres, qui his alium increpabat. (*S. J. Chrysost.*)

alma de un penitente, de colocar una corona en la cabeza de un mártir, y de adquirir un fiel que cree en él, un apóstol que anuncia su fe y un adorador que le tributa sus homenajes. De modo que esta circunstancia es manifiesta claramente que la voluntad omnipotente de Dios está en Jesucristo y con Jesucristo, y que el mismo es Dios: *Et voluntas Domini in manus ejus dirigetur.*

Pero Señor, el criminal arrepentido, que acaba de presentarnos una peticion tan humilde, espera vuestra respuesta; hablád, Señor; ¿le oiréis, o seréis insensible á su súplica? ¿Le acogeréis, ó le desechareis? ¿Será salvo por vos y con vos, o maldito lejos de vos? Hacedle saber, Señor, vuestra decision; de esta respuesta en el tiempo depende su destino en la eternidad. Pero ¿qué digo? ¿cómo puedo dudar ni temer? Cuando un pecador, por horrible que sea la lista de sus crímenes, se dirige á Dios con el espíritu humillado, el corazón contrito, y la confusion en el semblante, y hace una confesion sincera de sus culpas, es imposible que sea desechado y que el tierno y misericordioso Jesus no le oiga: *Cor contritum et humilatum Deus non despicies.* (Ps. 50.) ¡O Jesus bueno y misericordioso! En este momento se hallaba en el colmo del dolor y en medio de su agonía; sin embargo apenas el buen ladrón hace llegar á los oídos y mas aun al corazón del Hijo de Dios su humilde y confiada súplica, cuando Jesus volviendo hacia él su rostro adorable, y echando sobre él una mirada de compasion, le dice con un tono de dulzura y de bondad divina: «No temas, yo te prometo, yo te juro que hoy, si, hoy mismo serás conmigo en el Paraíso: *Et dicit illi Jesus: Amen dico tibi: Hodie mecum eris in paradiso.* (Luc.)»

¡O promesa consoladora! esclama en este lugar S. Amadeo: ¡Oh! cómo la misericordia divina se apresura á salir al encuentro al pecador arrepentido que vuelve hacia Dios! No bien ha acabado el buen ladrón de suplicar á Jesus, cuando Jesus le oye, le recibe y corona sus deseos. (*De bono latr.*) «¡Oh! cuán bueno es Jesus, esclama S. Bernardo, cuán amable es! El ha querido probarnos con la respuesta que dió al nuevo convertido, que siempre está tan pronto para oír; tan pronto para prometer, y tan pronto para conceder.» ¿Quién podrá pues desoírle, añade el mismo santo, de un Salvador que escucha con tanta bondad las peticiones que se le hacen, que se muestra tan pronto para acogerlas y tan generoso para concederlas? (*Tract. de Pass. Dom.*)

Observad igualmente, dice S. Ambrosio, que Dimas solo pidió á Jesus que se dignase acordarse de él: *Memento mei.* Creyéndose

en su humildad indigno de todo, no se atreve á pedir ninguna cosa mas, y Jesús le concede mucho mas de lo que le pide. Esto consiste en que el tierno Jesús concede siempre mas de lo que se le pide. El buen ladrón se cree en el colmo de la ventura si puede obtener lo que desea, un solo recuerdo de Jesús en su reino, y el amable Salvador le concede al momento la posesión de este reino, y le promete hacerle resucitar con él en el Paraíso, porque la sociedad de Jesucristo es la vida, y donde está Jesucristo, allí está también la bienaventuranza y el reino (1). Notad por otra parte, añade S. Juan Crisóstomo, la celeridad de la operacion divina: el buen ladrón pasa en un momento del suplicio al Paraíso, y cambia en un momento la cruz por el cielo (2).

¡Qué palabra tan bella y tan consoladora: Conmigo, *Mecum*! Por ella ha querido decir el Señor al malhechor convertido: Cuando se consume hoy el sacrificio que yo hago, y al que tu te has asociado por tu fe y por tu arrepentimiento, tu serás el primero que partícipes de sus frutos. Tú serás como mi compañero de armas, mi escudero y mi heraldo, que después de haber combatido á mi lado deberás triunfar y reinar conmigo. » Teofilacto dice en este lugar, que á la manera de un rey, que al volver victorioso de la guerra, hace llevar en pos de sí los mas ricos despojos del enemigo para adornar con ellos su marcha triunfal; así Jesucristo, al salir de esta vida vencedor del pecado, lleva consigo al Paraíso el alma del buen ladrón como un monumento insigne de la salvacion eterna concedida á los pecadores arrepentidos, del poder de la gracia, del exceso de su misericordia y del cumplimiento de su redención, á fin de negociar con esta vista á las almas de los patriarcas, y de honrar su propio triunfo. (In Luc.) S. Juan Crisóstomo, dirigiéndose al buen ladrón le habla en estos términos: « O hombre afortunado! el hombre diestro! ni aun pendiente de la cruz has olvidado tu antigua profesion de ladrón, pues que en pocos instantes has conseguido arrebatarte el reino eterno (3). » Es decir que habiendo proclamado el Señor que el reino de los cielos es la conquista de los fuertes, y que los violentos son

(1) *Ubi crux est gratia quam paravit. Semper enim Dominus plus tribuit quam rogatur. Ille rogabat, ut minor esset; de Domino autem requirit: Hodie mecum eris in Paradiso. Vita est enim esse cum Christo; et ubi Christus, ibi regnum. (In Luc.)*

(2) *Attende celeritatem: à cruce in celum, à condemnatione in paradisum. (In Luc.)*

(3) *Neque in cruce artis tue oblitus, paradosus est regnum! (Luc., etc.)*

los únicos que le arrebatan. (Matth. 11.) el buen ladrón nos ha enseñado con su ejemplo, que la fe, la humildad, el arrepentimiento, el celo y la caridad son otros tantos actos de la violencia que es necesario usar para hacer esta conquista.

Profundizando S. Leon el sentido de esta palabra memorable, de esta magnífica promesa del Señor: « Hoy serás conmigo en el Paraíso, » dice: observad que este nuevo modo de hablar y de prometer es superior á las condiciones de la humanidad; que el que habla y promete así, da á conocer demasiado que no es un simple mortal, y que esta gran promesa no desciende de la cruz de un sentenciado, sino del trono del mismo Dios. (Serm. II de Pass.) Es claro por consiguiente que esta palabra, como todas las que pronunció el Señor en la cruz, tiene una significacion mas estrecha que parece, y que dirigida entonces á un solo hombre, lo es tambien á todos los pecadores que se encuentran con las mismas disposiciones que el buen ladrón, y que se hallan animados de los mismos sentimientos.

Efectivamente, el Paraíso terrenal, dicen los santos Padres y los intérpretes, fue la figura del Paraíso celestial. El querubín que Dios colocó á la entrada del Eden, como dice la sagrada Escritura, y que armó con una espada fulminante para prohibir la entrada á todos, despues que Adán y Eva fueron arrojados de él, fué el simbolo sensible del funesto decreto dado por la justicia de Dios, que desde aquel instante desterraba para siempre del cielo á Adán y Eva y á toda su descendencia. La prueba de esta verdad, observa S. Juan Crisóstomo, es que no se encuentra en el antiguo Testamento ningun pasaje en que el Paraíso del cielo fuese prometido á hombre alguno despues del destierro de Adán del paraíso de la tierra (1). Así pues, al prometer el Señor desde su cruz recibir hoy al buen ladrón en el Paraíso, ha anunciado solemnemente que el cielo, simbolizado en el Eden, se hace desde este momento accesible á los hijos de Adán; que la cruz abrió sus puertas y preparo el camino, y que, según la espresion del Apóstol, el fatal decreto que desterraba para siempre al género humano del reino de los cielos, se abrogó definitivamente para todos aquellos que, con una fe viva, un arrepentimiento sincero y un amor ferviente, se uniesen y se incorporasen á Jesucristo. (Rom. 8.)

(1) *Nunquam apparet paradisum promissum, postquam eiecitur: est Adam. (De Genesi nato.)*

Así pues, prosigue S. Juan Crisostomo, el demonio desterró del Paraíso en la persona de Adán al verdadero ladrón que había procurado robar la ciencia y la unidad de Dios, y Jesucristo vuelve al Paraíso, en la persona del ladrón convertido, á Adán y á toda su posteridad. (*Serm. de Parasc.*)

¡Oh! ¡cuán tierno y consolador es este misterio! Las palabras que el Redentor pronunció desde su trono de dolor fueron su último testamento, ese testamento de amor, del que dice S. Fulgencio que el Señor lo escribió con el madero de su cruz y lo firmó con su sangre. Por la primera cláusula de este testamento precioso había asegurado el perdón al arrepentimiento; por esta segunda promete ahora y ofrece el reino mismo de su gloria al que lo busque y lo pida; y el nos llama á todos á tomar parte en su herencia, como si fuesen verdaderos hijos de Dios; *Si filii et heredes*; de modo que ahora que el Paraíso está abierto á un malhechor, no puede cerrarse al mayor pecador si su halla verdaderamente arrepentido.

Las tres cruces del Gólgota nos anuncian otro misterio no menos profundo, que nadie comprendió cuando fueron elevadas. Ellas nos patentizan, dice S. Agustín, el misterio de las tres condiciones de todos los hombres en general, y de el mismo Jesucristo: *Tres cruces, tres causas*. Solo la cruz de Jesucristo es santa; las otras dos son dos títulos de criminales. Aquí se presenta á nuestros ojos esta importante verdad; á saber: Que solo Jesucristo es santo, puro é inocente por sí mismo; que el solo posee la virtud y la gracia, y que los hombres, comparados con él, son todos culpables, todos manchados ó por el pecado de origen, ó por los pecados actuales, y por consiguiente todos dignos de castigo (1).

Los dos criminales que asistían y tomaron parte en el mismo misterio, forman de él un juicio muy diferente, y deducen consecuencias opuestas. El primero reconoce en Jesucristo un Dios que puede salvar á los demás; el segundo no ve en él mas que un hombre, impotente para salvarse á sí mismo. El uno recurre á esta fuente de gracia; en ella la recibe y dispone su alma á la salvación eterna. El otro la desprecia, la pierde y se hace el mismo el autor de su condenación. Este disenso de los dos ladrones con respecto á Jesucristo, dice S. Ambrosio, espresa de una manera clara la divergencia de las opiniones humanas relativamente á la verdadera religión (2).

(1) Tu quo omnes peccaverunt. (*Rom. 5.*)

(2) Quorum dissentio divergentiam pariter credentium significat. (*In Luc.*)

La doctrina de Jesucristo, anunciada por todas partes, es conocida por todas partes con mas ó menos claridad. Este Dios Salvador no es ignorado en ningún rincón de la tierra; pero ¡ay! ¡de cuántas maneras tan diferentes es conocido! Los unos creen en Jesucristo, le reconocen, le adoran, le obedecen, recurren á él como al origen de la gracia, la reciben de sus manos, se aprovechan de ella y se salvan. Los otros rehúsan creer en él ó creen mal, le resisten, le rechazan, le desobedecen, permanecen en su pecado y se pierden para siempre.

A los ojos del mundo, todos los hombres están clasificados por una multitud de diferencias fundadas en el nacimiento, en la edad, en el sexo, en la condición, en el país, en el idioma, en la profesión, en el empleo y en la dignidad. Mas á los ojos de Dios no existe otra diferencia entre los hombres que la de buen grano ó cizaña, la de ovejas débiles ó cabritos, la de justos ó pecadores. Cada uno de nosotros pertenece necesariamente á una de estas dos grandes categorías, porque no hay ningún estado neutral.

En este mismo auditorio, compuesto de cristianos de los dos sexos, los unos son ricos y los otros son pobres; los unos instruidos y los otros ignorantes; estos son romanos y aquellos extranjeros; estos cubiertos de harapos y aquellos con un hijo deslumbrador; estos condecorados con títulos pomposos, y aquellos desconocidos y sepultados en una absoluta oscuridad. Pues bien, todas estas distinciones no tienen valor alguno delante de Dios, todas estas distinciones accidentales desaparecen á su vista. A los ojos de Dios, no hay aquí mas que Abel inocente ó Cain homicida, Jacob lleno de candor ó Esau cubierto con una máscara, David humilde ó Saul orgulloso, Nabal piadoso ó Acab sanguinario, Abigail honesta ó Bet-sabé adúltera, María compasiva ó Jezabel sanguinaria, palomas ó gavilanes, ovejas ó lobos, justos ó pecadores, candidatos del cielo ó novicios del infierno. Y si el velo que cubre el misterio de la conciencia humana llegara á descorrerse, ¡ay! ¡cuántos pocos de más oyentes se verían á la derecha de la cruz de Jesucristo para confesar su infirmitad á ejemplo del buen ladrón, para arrepentirse como él, implorar su perdón, solicitar su gracia, participar de su amor y esperar sus recompensas! Por el contrario, se vería el mayor número á la izquierda de Jesucristo, negarle como el ladrón impenitente, blasfemar de él, insultarle, causar su paciencia y hallarse próximos á recibir el último castigo! ¡Ah! esfuércmonos, hermanos míos,

para separarnos de la compañía del mal ladrón y detestar su crimen, á fin de evitar su condenación.

¡Cuán diferente es el fin de los dos criminales crucificados con Jesucristo! En tanto que el arrepentimiento abre el Paraíso al buen ladrón, la ceguera voluntaria, la obstinación, el endurecimiento y la impenitencia dilata los abismos del infierno para recibir al ladrón blasfemo, sordo á las exhortaciones de su compañero, insensible al ejemplo de su conversión, endurecido contra las flechas amorosas y las suaves palabras de Jesucristo, despreciador de la gracia que el Salvador le ofrece y de que el buen ladrón se aprovecha á su misma vista; el vivió impenitente, y muere con la blasfemia en los labios.

¡Gran Dios, cuán terribles son vuestros juicios! Ved aquí dos hombres crucificados en compañía de Jesucristo; los dos igualmente criminales, los dos pecadores, los dos testigos de la paciencia y de la mansedumbre del Redentor; los dos asociados á su sacrificio, comprendidos en su oración, rociados con su sangre; y sin embargo el uno se convierte y se salva, y el otro se endurece y se pierde. ¡Y en qué tiempo, y en qué lugar se condena el desventurado! En el día mismo en que la gracia corre á torrentes sobre la tierra; en el día de la mas grande misericordia, de la mas escesiva bondad de Dios para con los hombres; á un paso de distancia de la cruz de Jesucristo, en torno de la cual todo respira perdón y amor; sí, el se pierde junto al árbol de la vida, donde no necesita mas que estender la mano para coger el fruto, cuando las flechas del Salvador son otros tantos asilos abiertos para recibirle, y cuando el Hombre-Dios muere por salvarle. ¡Ay! ¡quién no temblará! Si el ejemplo del buen ladrón se nos ofrece para que ninguno se abandone á la desesperación, el del mal ladrón se nos da para que ninguno se deje cegar por la presunción. Si el primero nos muestra que el mayor pecador puede convertirse en un instante, el segundo nos hace ver que podemos perecer aun con las condiciones mas felices para salvarnos.

¡Ejemplo terrible que no podrá meditarse demasiado! Si podemos perecer cuando oímos la voz de Jesucristo, cuando este tierno Salvador nos pone, por decirlo así, su gracia en las manos sin que necesitemos ir á buscarla, ¿qué será si esta voz divina llega á oírse, si esta gracia por tanto tiempo despreciada se retira y se oculta? Si puede el hombre perecer en el Calvario mismo, en el santuario de la divina misericordia, y por decirlo así, en los brazos

mismos de Jesucristo, ¿qué será de aquellos que, sumergidos en la corrupción y en los escándalos del siglo, frecuentan los lugares públicos mas que los lugares de retiro, los teatros mas que las iglesias, y los festines mas que los sacramentos? Si puede el hombre perecer junto á la cruz, ¿qué será de los que, no solo viven retirados de ella, sino que pertenecen á esa clase de cristianos de que habla S. Pablo, que por su molice y su libertinaje, manifiestan en sí mismos una enemistad profunda, una horrible oposición á la cruz? *Intimicos crucis Christi.* (Philipp. 3.)

Sin embargo, si el fin tan diferente de los dos ladrones fué efecto de la diversidad de sus méritos, tambien lo fué del juicio de Jesucristo, y por consiguiente el misterio de las tres cruces sirvió tambien para manifestar solemnemente otro carácter, otra dignidad propia del Redentor.

El Mesías, segun los profetas, debía ser rey y juez al mismo tiempo, y estaba llamado á juzgar las naciones y los pueblos segun la equidad mas rigorosa y con una justicia severa é inapelable, supuesto que su padre le estableció juez de los vivos y de los muertos, de los justos y de los pecadores. (Act.) Pues bien, así como los Judíos, al coronarle de espinas, al cubrirle con un girón de púrpura y al ponerle una caña en la mano, le habian vestido con las verdaderas insignias de su soberanía, de la misma manera, al crucificarle entre dos criminales, le suministraron materia para su juicio. La inscripción de la cruz anuncia que es rey; el puesto de honor que ocupa en medio de los otros dos prueba que es juez. Esta cruz así colocada, no es ya un patibulo, dice S. Agustín, sino un tribunal elevado, desde el que sondea el Redentor los corazones de los hombres en el tiempo mismo en que sufre por ellos (1).

¡Cuán bello es en efecto, añade Teofilacto, contemplar entre dos criminales al Salvador que, como una balanza de la divina justicia suspendida en la cruz, pesa la fe y la infidelidad! ¡Cuán hermoso es ver á Jesucristo, reducido al estado de ignominia de un criminal, ejercer sus juicios como Dios, recibir al buen ladrón que le confiesa, y desear al mal ladrón que blasfema de él; elegir al uno, y reprobar al otro; absolver al uno, y condenar al otro; abrir al primero las puertas del cielo, y repulsar al otro hasta el fondo del infierno! (In Luc.) ¡Cuán hermoso es ver á Jesucristo, agonizando

(1) *Crux Christi in medio non fuit supplicium sed tribunal.* (In Joan.)

sobre una cruz, manifestarse el dueño de la vida y de la muerte, el dispensador absoluto de la justicia y de la misericordia, el arbitro de la autoridad suprema sobre las almas, de la eternidad feliz o desgraciada, recibir en su reino ó escluir de él á quien quiere, y cumplir en aquel momento este gran oráculo salido en otro tiempo de su boca: « Yo dispongo del reino para vosotros: *Ego dispono vobis regnum* » (Luc.)

¿Y qué otra mano mas que la de Dios puede disponer la crucifixion de su hijo de tal modo que el instrumento de su suplicio fuese el trono de su autoridad? ¿Qué otra mano mas que la de Dios pudo convertir en objeto de honor y de gloria el designio cruel que habia formado, los Judios de colmarle de ignominia y de oprobio? ¡Ah! ellos se burlaban de que, crucificado Jesus entre dos ladrones, hacen recaer sobre él la infamia de sus compañeros de suplicio; y sin embargo Dios establece una distancia infinita entre su causa y la de los malhechores que mueren con él. Los Judios creyeron que esta esposicion infamante le haria reputar por un malhechor, mas culpable aun que los otros; y no hicieron otra cosa que elevarle infinitamente sobre los dos criminales, y constituirle sobre ellos como su Señor y su juez, que teniendo en sus manos el decreto supremo de Dios, divide los despojos de los fuertes, destina al uno á la vida, y entrega al otro á la reprobacion, y manifiesta de ese modo su divinidad, por la circunstancia misma de que ellos se sirvieron para hacerlo mirar como si fuera aun menos que hombre: *Et voluntas Domini in manu ejus dirigitur; et fortium dividet spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est.*

En tanto que Jesucristo cumple así una profecía, hace él mismo otra, como observa S. Leon. El misterio que cumple con respecto á dos hombres solos es la figura profética del misterio que cumplirá un día con todos los demás. Lo que él hace en la cruz, anuncia lo que hará en el juicio final: él elige dos criminales, el uno arrependido y el otro impenitente, los cuales representan á todos los pecadores, y todos los hombres, supuesto que todos serán entonces divididos en dos clases, la una que comprenderá á todos los que hayan sido justificados por su gracia, y la otra compuesta de todos los que hayan muerto en pecado. Además, él hace colocar á estos dos malhechores, el uno á su derecha y el otro á su izquierda, para significar que en el juicio universal serán colocados los hombres

de la misma manera, los justos á la derecha y los pecadores á la izquierda (1).

¡Ay! ¡dónde seremos colocados nosotros en ese día terrible! ¡Qué lugar ocuparemos en esa grande division del genero humano! ¡Nos encontraremos á la derecha, participando de la alegría de los justos, ó estaremos á la izquierda, cubiertos de confusion, y llenos de la desesperacion de los pecadores? ¡Ay, Señor! ilustrad nuestro espíritu; moved, convertid y cambiad ahora nuestro corazon. Inspiradnos desde este momento el deseo de separarnos de los pecadores, de vivir lejos de ellos, y de observar una conducta diferente de la suya. Separadnos desde este momento de esos cabritos manchados con todos los vicios. Concedednos un pequeño lugar entre las almas puras, piadosas y fieles, entre las ovejas dóciles. Que desde este día vuestra mano misericordiosa nos haga pasar de la izquierda á la derecha, y nos conserve allí por toda nuestra vida, á fin de que la muerte nos encuentre en el mismo lugar, y que en el gran día en que precipitareis á los malditos lejos de vos en los fuegos eternos, nosotros tengamos la dicha de ser comprendidos y recibidos entre los elegidos en el gozo eterno: *Inter omnes locum proxima, et ab hostibus me sequestra, statuens in parte dextra.*

SEGUNDA PARTE.

Además de la vida natural, que consiste en la union del alma con el cuerpo, el hombre verdaderamente cristiano posee también la vida espiritual, que consiste en la union del alma con Dios. Pues bien, así como hay en el mundo malhechores que quitan á los hombres la vida natural, así tambien los hay, y en mayor número, que arrebatan á los buenos cristianos la vida espiritual. En este auditorio mismo, bajo los vestidos mas elegantes, bajo los modales mas distinguidos, ¿quién sabe ¡ay! cuántos criminales de esta última especie se ocultan, que han arrebatado á los sencillos su fe, á los inocentes su virtud, á los justos su devocion, y que por consiguiente, si no han atentado á la vida corporal de sus hermanos, no han dejado de ser los asesinos de sus almas con sus discursos, con su conducta, con su enseñanza y con sus escándalos?

En este supuesto, ¿quién no conoce que estos criminales son mucho mas culpables, mas infames y mas odiosos á Jesucristo que los

(1) Utipia penitus specie monstratur illa que in judicio ipsius omnium hominum est facienda discretio. (Serm. IV de Paris.)

dos ladrones que fueron crucificados con él? O desventurados homicidas de las almas? ¡Ay! qué responsabilidad tan terrible pesará sobre vosotros ante la justicia de Dios! Sin embargo, no desmayéis; el ejemplo del buen ladrón se os ha dado para evitar en vosotros la desesperación, con la que tal vez pensáis poner el colmo á vuestros crímenes.

Horrorizados de vuestros escándalos y de vuestros homicidios espirituales, decís tal vez interiormente: « Mi suerte está decidida, yo no puedo salvarme. En efecto, ¿cómo es posible que yo repare los muchos escándalos que he dado? Como puedo devolver á Jesucristo tantas almas como le he quitado? » Pero, no, no hogas á Dios ese nuevo ultraje, y después de haber insultado su justicia, no insultéis también, como Judas y Cain, su misericordia. La gracia, el perdón y la salvación os esperan todavía. Basta con que forméis inmediatamente la firme resolución de imitar al buen ladrón en su penitencia, como le habéis imitado en sus estravíos. A los males extremos, remedios extremos. Vuestros pecados son enormes; pues bien, vuestra penitencia y vuestros sacrificios deben ser muy grandes. Animo pues; alejados de las asambleas profanas, de los amigos seductores, de los compañeros perversos. Divorciaos del mundo; renunciad á los atractivos de los sentidos para ocuparos de la salvación eterna de vuestra alma, y convertid de ese modo en una vida edificante y ejemplar una conducta que ha sido hasta hoy una piedra de escándalo para vuestros hermanos.

Si las fuerzas os faltan, si vuestro valor flaquea, si los respetos humanos os dominan, si el mundo os tiraniza y os retiene todavía, ved aquí tres medios que os harán triunfar. Se asegura, dice un santo Doctor, que el buen ladrón se convirtió por la sombra de la cruz de Jesucristo; el sol hizo caer sobre el patíbulo de Dimas, colocando un poco mas bajo á la derecha, la sombra de la cruz del Salvador, y esta sombra divina, reposando sobre el buen ladrón y cubriéndole como con un velo de misericordia, iluminó y curó su alma, como después la sombra de S. Pedro curó los cuerpos enfermos. (S. Vicente Ferrer.) Ved aquí pues lo que debéis hacer también vosotros, pecadores infortunados; vosotros que os refugiáis á la sombra de Jesucristo, es decir, frecuentar las Iglesias donde este divino Redentor continua en el angustioso sacramento del altar, el sacrificio del Calvario; allí debéis pedirle que os cubra con la misericordia inefable que desde ese trono de amor derrama sobre todos los que se aproximan á él; debéis humillaros, y gemir é implorar la clemen-

cia y el perdón, y de ese modo la gracia que convirtió al buen ladrón os convertirá también á vosotros.

El buen ladrón se convirtió, según algunos doctores, no solo porque fué cubierto con la sombra de Jesucristo, sino también salpicado con su sangre, que saltando de sus heridas cuando sus manos y sus pies fueron atravesados violentamente con los clavos, fué á caer sobre Dimas; de modo que rociado con la sangre divina del Redentor, recibió como un bautismo de penitencia. Acercáos pues vosotros al sacramento de la penitencia y de la reconciliación, en el que el mérito de la sangre que roció al buen ladrón en el Gólgota salta verdaderamente sobre las almas, y la vuestra, lavada en este segundo bautismo, será purificada de todas las impurezas que la acompañan y de todas las culpas que la desfiguraban.

Finalmente el buen ladrón debió su conversión, dice S. Bernardo, á la intercesión de la Santísima Virgen, que de pie junto á la cruz, á la derecha de su Santísimo Hijo, pidió á Jesus por este criminal colocado tan cerca de ella. Recurrid pues vosotros á la mediación poderosa, á la amorosa protección de esta tierna Madre de los pecadores arrepentidos, y ella os preparará el camino, ella os alcanzará la fuerza necesaria para caminar, y os conducirá por la mano hasta el corazón de Jesucristo, y renovará en vosotros el prodigio de su eficaz intercesión en favor de Dimas; lo único que se necesita es que ella encuentre en vosotros la misma sinceridad de corazón, la misma humildad de espíritu, el mismo deseo, la misma confianza, y el mismo anhelo por salvar vuestra alma.

Aceptad finalmente la cruz, á ejemplo del buen ladrón; es decir, aceptad las humillaciones, los trabajos y las penas que Dios se digna mandaros como justo castigo temporal de vuestros pecados. Sed humildes, resignados y penitentes. Anunciad á Jesucristo, con vuestros discursos y con vuestra conducta, á los compañeros de vuestros vicios, á las víctimas de vuestros escándalos; enseñadles el santo temor de Dios, y dedicados con un santo zelo á hacerles volver al camino del cielo, así como en los ciegos arrebatados de un zelo diabólico les hicisteis estraviarse en los caminos del infierno. Finalmente no ceséis de pedir con humildad, confianza y fervor que el Redentor se acuerde de vosotros en el reino de su gloria, y asegure vuestra salvación: *Domine, memento mei*. Perseverando en estos piadosos sentimientos, en estas prácticas de verdadera Religión, de verdadera

penitencia y de sincera piedad, tendréis también a la hora de la muerte el consuelo de encontrar en Jesucristo, aunque juez, un Salvador lleno de amor que os dirá : No temáis ; hoy os recibiré en mi Paraiso : *Hodie mecum eris in paradiso*. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CONFERENCIA TRIGÉSIMA.

El Abandono, la Sed y la Consumacion.

*Cum dilexerit nos qui erant in mundo
in suam dilexit eos.*

*Abandonado amado Jesús a los varones que aban-
dona en el mundo, les amó hasta el fin.
(Joan. 14.)*

Cuando el Hijo de Dios, yendo por la última vez a Jerusalén, anunció a sus apóstoles la muerte que esperaba en esta ciudad delicta, no designó de una manera clara quien había de ser el que le diese muerte, sino que se limitó a decir : El Hijo del hombre será entregado, para ser crucificado : *Et filius hominis tradetur ut crucifigatur*. (Matth. 26.) ¿Y por qué obró así el Redentor ? Porque ni era una persona sola, ni un solo motivo lo que debía conducirlo a la cruz.

En efecto, visiblemente y en el tribunal de los hombres, Jesús fue entregado a la muerte por Judas, el discípulo que le hizo traición (Matth. 20.) ; el lo fue igualmente por el odio de los fariseos (*Ibid.*) ; el lo fue por el furor de toda la nación y de los sacerdotes sus jefes (Joan.) ; el lo fue finalmente por la debilidad, por la injusta y cobarde política de Pilatos, (*Ibid.* 19.) Pero invisiblemente y ante el tribunal de Dios fue entregado por el grito de todos los pecados del mundo (Rom. 4.) y por la justicia inexorable del Padre celestial, que no perdona ni aun su propio Hijo desde que le vio cubierto con el manto de pecador (*Ibid.* 8.) ; y principalmente, ¡o tierno y delicioso misterio ! el fue como impulsado y arrastrado a la muerte por su amor, por su caridad infinita, que le obligó a inmolarse por nosotros. (Ephes. 5.)

Y precisamente para hacer ver que su bondad para con nosotros fue el principal móvil de su sacrificio, y que fue inmolado por las manos de la caridad, en la víspera de su muerte, dice el evangelista S. Juan, hizo brillar de una manera mas viva, mas tierna y mas

generosa el amor que nos había manifestado durante su vida: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos*. Ya hemos visto en efecto que extendido sobre la cruz, como en un lecho de ignominia y de dolor, cubierto de oprobios, saciado de amarguras y abrumado de tristeza, olvidado de sí mismo, no piensa más que en nosotros. En las tres primeras palabras que pronunció desde la cruz alcanzó el perdón para los pecadores, abrió el Paraíso a los justos, y legó a los fieles por madre a su propia Madre. Este amor iba creciendo cada vez más a medida que se acercaba la hora del último sacrificio, y en las palabras que pronunció después, en las que se quejaba de su abandono, declaró que sentía una sed abrasadora; y anunció la consumación del gran misterio, dejándonos prendas todavía más preciosas, y pruebas todavía más tiernas y más patéticas de su caridad: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos*. Esto es lo que debemos considerar en el día de hoy en la esplicación de estas inefables palabras, a fin de que formemos de una vez la firme resolución de darnos enteramente a aquel que se dio todo a nosotros y que se sacrificó por nosotros: *In finem dilexit eos*.

PRIMERA PARTE.

Después de haber dirigido la palabra Jesús a su Madre, elevando al cielo su rostro sagrado, sus ojos bañados en lágrimas, y mas aun su corazón, habla a su Padre, y con una voz fuerte y sonora le dice: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Y ¿qué? el Hijo Eterno de Dios, coexistencia a Él, se halla abandonado por su mismo Padre en este terrible momento? No, dice S. Leon: guardémosnos de engañarnos en la inteligencia de estas palabras. Aunque en Jesucristo hay dos naturalezas, no hay sin embargo mas que una persona, la persona divina del Verbo, y esta no abandonó ni pudo abandonar la naturaleza humana a la que estaba íntima y sustancialmente unida. Pues bien, así como el Padre está en el Verbo y el Verbo en el Padre, (Joan.) así como la naturaleza humana de Jesucristo no se separó jamás de la persona del Verbo, así tampoco la persona del Verbo fue abandonada jamás por la del Padre, porque el Verbo no podía separarse del Padre. (Serm. 16 de Pass.) ¿Cuál es pues ese abandono de que se queja el Salvador moribundo, y cuál es ese misterio en el que Jesús nos prepara la última prueba de su amor?

Recordemos en primer lugar que estas palabras son las primeras del salmo veinte y uno. Pues bien, según S. Gerónimo, al decirnos el Evangelista que el Señor pronunció en alta voz este primer versículo, quiso hacernos conocer que recitó el salmo entero desde la cruz.

David en este salmo profetizó y describió con la exactitud de un evangelista la historia entera de la Pasión, de la muerte, y de la Resurrección del Mesías. El anunció que el Salvador tendría las manos y los pies atravesados, y que sus vestidos serían repartidos entre sus verdugos, y su túnica inconsutil echada a la suerte. El anunció con las mismas palabras los cargos que los príncipes de los sacerdotes habían de hacerle por colocar su confianza en el Señor, y la provocación sacrilega hecha a Dios para que le librase de la cruz, como una prueba de que era su Hijo. El vio en espíritu y consignó la particularidad de que todos los que viesen la cruz desde lejos le insultarían, y moverían la cabeza en señal de desprecio. Todas estas circunstancias se cumplieron a la letra mientras que Jesús estaba en el altar de su sacrificio. Por consiguiente, al recitar el Salvador este salmo, que lo sabían de memoria los Judíos y los sacerdotes que asistían a este espectáculo, y en el que sabían que estaban anunciados los sufrimientos y las glorias del Mesías, les obligo a recordar a pesar suyo una profecía tan importante, ofreciéndoles así un nuevo medio de conversión y de salvación.

¿Y qué cosa mas a propósito en efecto para enbriarlos de confusión, para convencerlos, para ablandarlos y moverlos a penitencia? El lanza en primer lugar una fuerte exclamación; después recita el salmo en que está anunciada la historia de lo que sucede en el Calvario en aquel momento, y guardando en seguida un silencio profundo les da tiempo y ocasión para reflexionar sobre el mismo salmo, para confrontar la profecía con los hechos, y observar la exactitud con que este gran oráculo se cumple entonces a su vista y por su ministerio. De este modo, con un artificio de amor divino, les llama a que reconozcan en el Crucificado, a quien insultan, el Mesías anunciado tantos siglos antes, el los instruye sin amenazarlos, los convence sin reconvenirlos, y les hace conocer la enormidad de su crimen sin castigarlos; O nuevo rasgo de misericordia, de bondad y de amor! El Redentor no cesa hasta el último instante de apiadarse de los Judíos sus matadores, de escitarlos al arrepentimiento y ofrecerles el perdón.

Al llamar Jesús a los Judíos a la verdadera fe con esta estratagem. DE R. III.

gena de amor, confirma á los cristianos en esta misma creencia. En efecto, al recitar este salmo en unas circunstancias tan solenns, nos manifiesta claramente que este salmo se refiere á él; que es una profecía de los padecimientos que sufría entonces en la cruz, y de los misterios que cumplía en ella, y por consiguiente borra el escándalo de sus dolores y de sus ignominias; el convierte las circunstancias mas humillantes para su persona y mas contrarias á su dignidad en otros tantos testimonios que atestiguan la verdad de su título de Mesías y de Redentor, y de la religión cuyos fundamentos echaba entonces; y con este deseo de instruirnos y confirmarnos en la fe nos da hasta el fin pruebas cada vez mayores de su ardiente caridad: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo in finem dilexit eos.*

El Redentor agonizando, dice S. Leon, nos ha revelado en estas palabras un sublime y piteico misterio. Es muy cierto que interiormente y con relación á la naturaleza divina, que hace que el Padre y el Verbo sean una misma cosa, el Padre no dejó ni pudo dejar á su divino Hijo; mas esteriormente y respecto á la naturaleza humana que el Verbo había tomado de nosotros, parecía, observa S. Bernardo, que el Padre Eterno le había dejado, supuesto que le puso en poder de sus enemigos, le entregó al furor de los hombres y de los demonios, á todos los oprobios, á todos los ultrajes, á todos los tormentos y á todos los horrores del suplicio de la cruz. Esta indiferencia aparente, esta negligencia en impedir con su omnipotencia y vengar con su justicia los bárbaros tormentos que hacían sufrir á su Hijo adorable, fue un verdadero abandono esterior y visible, y á este abandono aludía el Salvador, (*Tract. do Pass.*)

Sin embargo, según S. Leon, al decir Jesucristo á su Padre: «¿Por qué me has abandonado?» No trata de quejarse, sino de invitarnos á reflexionar sobre el motivo de este abandono en las manos de los verdugos feroces y crueles; con esas palabras quiere decirnos: «Considerad atentamente la razón por que me veo abandonado así de mi Padre. Esto consiste en que lleva la librea de vuestros pecados, y en que soy vuestro verdadero Salvador. Este abandono no es efecto de mi miseria, sino de mi ternura, y lo sufro, no porque estoy privado del auxilio divino, sino porque me he ofrecido espontáneamente á morir sin auxilios por vuestro amor. (*Serm. XVII. de Pass.*)

En efecto, el Padre deja esteriormente á su Hijo en este triste abandono, porque Jesucristo fue clavado en la cruz en lugar nuestro,

porque se cargo con nuestros pecados y contrajo la obligación de expiarlos, y porque en fin representa al viejo Adán, al viejo hombre, á quien debe destruir: *Vetus homo noster crucifixus est.* La humanidad entera, dice Rabano Mauro, había sido abandonada por Dios á causa de su pecado; mas el Hijo de Dios se constituyó nuestro abogado, y en esta queja no hizo otra cosa que deplorar la desgracia de aquellos cuya culpa se encargó de expiar, probando de este modo cuanta razón tienen en llorar los que pecan, supuesto que el que jamás había cometido ninguna falta no pudo dejar de gemir. (*In Matth.*) Por esta razón, añade S. Agustín, el grito desgarrador que lanzó el Salvador no es tanto una queja dirigida á su Padre, cuanto una instrucción preciosa é importante dirigida á nosotros.

¡Cosa admirable! Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, consustancial y coeterno con él, puro, inocente, sin la sombra siquiera de pecado, colmado de todas las riquezas de la santidad y de la gracia, y por consiguiente objeto único de las complacencias eternas de Dios; el hijo mas perfecto del mas perfecto de todos los padres. Sin embargo, porque se halla revestido, no por necesidad sino por amor, del vestido esterior del pecado, de la semejanza sola de pecador: *In similitudinem carnis peccati*, este Padre tan bueno no perdona á su hijo muy amado: *Proprio filio suo non pepercit.* Parece que aparta sus ojos de él; parece que se le hace odioso ó al menos indiferente; no tiene al parecer consideración alguna con él, y le abandona. Pero si este es el tratamiento que el hijo se ve obligado á sufrir, ¿qué será de los siervos? Si este que solo tiene la forma esterior de pecador es castigado con tanto rigor, ¿con cuánto lo seremos nosotros, hombres de pecado que tenemos toda la malicia, todo el desorden voluntario y toda la corrupción del pecado? ¡Ay! ¡cuán terrible debe ser este castigo! Por consiguiente, esta dolorosa exclamación de Jesús: «¿Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» es menos una queja de los dolores que sufre que una advertencia sensible de los castigos á que nos esponemos por nuestros pecados.

Así pues, como lo hemos notado en otro lugar, los padecimientos del Redentor no solo fueron instructivos, sino también expiatorios para los hombres. Alcolocarse en nuestro lugar, y al sufrir los males que debíamos sufrir nosotros, nos libró de ellos someticiéndose á este triste abandono. ¡Desgraciados de nosotros si el Hijo de Dios no hubiera consentido en ser abandonado así por su Padre!

Comprendido bien, cristianos, vosotros los que os abandonáis a los vicios y a las pasiones, y que acumuláis faltas sobre faltas con tanta tranquilidad y tanto descaro, vosotros sois un objeto de horror para Dios. El pecado de que no solo estais vestidos, sino penetrados hasta los huesos, os hace odiosos a los ojos de Dios. Desde el momento en que os ve tan grandes pecadores, no reconoce en vosotros su obra; solo ve en vosotros unos vasos de cólera, dignos de ser arrojados al fuego. En tanto que permanecéis en ese estado no acepta vuestras alabanzas ni vuestros sacrificios; vosotros no tenéis derecho alguno a su misericordia, a su proteccion ni a su amor; vosotros no tenéis derecho más que a su indignacion y a sus venganzas; él no puede inclinar los ojos hacia vosotros sino para castigarlos (*Psalm.*) Micael al Hijo de Dios entregado al furor de las pasiones humanas, solo, desnudo, sin que nadie se encargue de su defensa, ni le consuele en sus penas; abandonado de la tierra, parece que lo está también del cielo; despreciado de los hombres, parece que está abandonado de Dios de tal manera que no puede detener la queja en sus labios. Pues bien! Jesucristo es en este estado la imagen viviente del pecador obstinado que incurre en el abandono de Dios y en la privacion de todo consuelo por parte de los hombres.

Considerad que en rigor de justicia el pecador debería permanecer siempre bajo el peso de este abandono, especialmente si después de haber obtenido la reconciliacion que el Redentor le había merecido por su oracion ha vuelto a caer en el pecado, y sobre todo si de esta misma facilidad de obtener el perdon ha hecho un motivo de nuevos desórdenes y de penitencia, correspondiendo así a un exceso de bondad con un exceso de ingratitud. Si, esos pecadores ingratos deberían permanecer para siempre en el estado que han elegido; deberían ser abandonados para siempre a sus propias pasiones y a las venganzas de Dios; y sin embargo no es así. A pesar de su voluntad criminal, a pesar de unos excesos tan graves y tan numerosos, no les priva Dios de sus auxilios. Y ¿por qué? Porque el Salvador, dice S. Bernardo, al manifestar a su Padre los dolores de sus heridas, la ingratitud de su persona y el horror de su muerte, pidió por nosotros, y al quejarse de su abandono intercedió para que Dios su Padre no le abandonase en nosotros que somos sus miembros, supuesto que jamás puede ser abandonado personalmente como cabeza. (*Tract. de Pass.*) Y así como su oracion fue oída a causa del profundo respeto y de la caridad infinita con que Jesus la acompaña, así también al consentir por un exceso de su misericordia en ser

abandonado exteriormente, nos libró del abandono interior y perpetuo a que el exceso de nuestra malicia nos hubiera justamente condenado.

Jesucristo, pues, fué abandonado para evitar que nosotros lo fuésemos, supuesto lo habíamos merecido muchas veces. Esta es la razon por que, mientras estamos en el mundo, no aparta Dios su vista de nosotros inexorablemente para castigarnos por nuestra insensibilidad. Aun cuando al cometer el pecado abandonemos realmente a Dios, este Dios tan bueno, en consideracion al abandono de su Hijo, no nos abandona jamás definitivamente por muchas que sean nuestras reincidencias. El camino para volver no se cierra jamás; la balsa de la penitencia esta siempre de nuestra parte; la gracia de la conversion no se nos niega jamás; el seno de Dios está siempre abierto para recibirnos, y su mano siempre elevada para absolvernos. Sin embargo de haber llegado a una indigencia absoluta de todas las gracias por el abuso voluntario que hemos hecho de ellas, tenemos todavía a nuestra disposicion la gracia de la oracion, como la escala única por cuyo medio podemos salir del abismo profundo en que nos hemos precipitado, como el único cable a que podemos todavía asarnos para salir del naufragio que nos sumerge.

Entre tanto, apresuremonos a aprovecharnos de ella, porque si continuamos omitiendo la oracion que Jesucristo, por el abandono que sufrió, nos ha asegurado como nuestro último remedio contra el alejamiento de Dios, nos haremos indiferentes a ella, la desdeñaremos, y acabaremos por no recurrir a ella ni aun a la hora de la muerte. Porque nada hay mas fácil ni más común, decía S. Agustín, que ver a los que viven en un largo olvido de Dios morir olvidados de si mismos, y sufrir el tiempo de la penitencia y del arrepentimiento hasta que ya no tienen tiempo para arrepentirse, de modo que mueren abandonados de Dios sin que Dios les haya dejado.

El Salvador no se contentó con obtener de Dios que no nos abandonase; él quiso también prepararnos los medios para que no nos olvidásemos de Dios ni de nosotros mismos. Esto fué lo que hizo cuando pronunció esta consoladora palabra: «Tengo sed: *Sillo*.» Palabra que trató de explicarnos.

Después de habernos Jesus asegurado el perdon, después de habernos prometido el cielo, de habernos dejado por madre a su propia Madre, y de habernos alcanzado la gracia que nos salva del

abandono de Dios, parecía que nada le quedaba que decir ni hacer por nosotros antes de consumir su sacrificio. En efecto, S. Juan observa que después de haber dicho el Señor las cuatro primeras palabras, vió que todas las profecías relativas á su vida y á su muerte se habían cumplido: *Sciens Jesus quia omnia consummata sunt*. Pero quedaba todavía una circunstancia anunciada por David: á saber, que habían de dar al Mesías vinagre para aplacar su sed. (Ps. 68.) Pues bien, esta predicción no se había cumplido todavía.

Es verdad que, como ya hemos visto, (conferencia 27.) al llegar el Redentor al Calvario, le prepararon los Judíos, como un confortativo, un vino corrompido y emponzoñado. Mas esta bebida, que le había sido ofrecida espontáneamente por los Judíos, no cumplía la profecía cuyas palabras dicen claramente que el Mesías experimentaríase la sed; que manifestaría esta necesidad, y que en consecuencia de esta manifestación le darían á beber vinagre. Por consiguiente, para cumplir esta profecía en sus mas pequeñas circunstancias, continúa S. Juan. Jesús moribundo lanzó desde la cruz este grito: «Tengo sed:» *Ut adimpleretur Scriptura, dixit: Sitio.*

Esta reflexión del santo Evangelista es admirable. Ella nos manifiesta que Jesús crucificado, olvidado del presente, solo se ocupa de la profecía hecha en el pasado y de los misterios que tienen por objeto la salvación de todos los hombres, y con una gran serenidad de espíritu hace comparecer ante sí á todos los siglos, recorre la Escritura, lee en ella todo cuanto tiene relación con su sacrificio, y procura cumplir todo cuanto en ella está figurado y anunciado. Esta reflexión nos revela que en medio de los gritos prolongados de sus enemigos, en medio de los dolores y de los oropellos que le abruman, siempre presente á sí mismo, todo lo ve, todo lo ordena y todo lo dispone á fin de consumir el gran sacrificio que ofrecido una sola vez, conserva sin embargo toda su eficacia para santificar y salvar al mundo. Ella nos asegura que tantos tormentos y tantas ignominias no turban su espíritu, no oprimen su corazón, sino que lo dejan libre para pensar en nosotros y para amarnos; y que además de ser nuestro Dios, es también nuestro tierno padre y nuestro Salvador.

No hay tormento alguno que los pecadores no merezcan; por consiguiente desde que el Hijo de Dios, cargando con la maldición de todos los pecados, se hizo como el pecado mismo, debía su carne

inocente sufrir toda clase de tormentos. Nosotros sabemos por esta palabra salida de boca del Redentor: «Tengo sed, Sitio,» que él sintió en su interior un fuego devorador, una sed abrasadora, escitada por sus largos y atroces padecimientos, por el viaje al Calvario y por la efusión de tanta sangre, de manera que, según el profeta, su lengua quedó pegada al paladar, árida y seca como un vaso de barro puesto al fuego. (Ps. 21.) Nosotros sabemos por consiguiente que las únicas partes de su cuerpo que se habían librado de las heridas, experimentaron también su tormento: que el hombre de pecado es en todos sus órganos el hombre del dolor; que el holocausto es completo, y la oblación es perfecta.

Habían preparado al pié de la cruz según el uso, o mas bien por una disposición divina, un vaso lleno de vinagre: *Vas ergo erat positum aceto plenum.* (Joan.) Al oír á Jesús quejarse de la sed que padecía, uno de los verdugos toma una esponja, la sumerge en el vaso, y cuando se llena de vinagre la coloca en el extremo de una caña y la aproxima á la boca del Salvador: *Et continuo currens unus ex eis accepit spongiam implevit aceto, et imposuit arundini, et dedit ei libere.* (Matth.) Jesús aspiró con sus labios secos el licor amargo que le presentaron, y así se cumplió la profecía.

Ved aquí pues, esclama S. Agustin, como el Dios de bondad, que nos da la frescura del agua y la dulzura de la miel, no recibe de mano de los hombres mas alimento que hiel ni mas bebida que vinagre. (Cohen, in Psal.)

Jesús, añade S. Ambrosio, no bebe este vinagre solamente para cumplir una profecía y para humedecer su lengua árida, sino también para consumar un misterio de su corazón amante. No pudiendo tomar realmente la certid de nuestras impaciencias, de nuestros resentimientos y de nuestros rencores, la toma en el simbolo del vinagre, y haciéndola pasar por su boca y por sus entrañas divinas, la corrige y la modifica, asociándonos al mérito infinito de su unción celestial y de su dulzura. ¡O dulce Salvador! ¡O inefable comunión! ¡O cambio precioso entre el Redentor y los hombres á quienes ha redimido! El toma de nosotros la amargura de nuestros vicios, y siendo él la verdadera vid, la ha convertido en el vino delicioso de su preciosa sangre (1). S. Hilario dice igualmente que al gustar el Señor nuestra amargura, corrigió todo lo que en nosotros estaba

(1) *Bibit Christus amaritudinem meam, ut michi refundere salvitatem gratiam.* (1a Ps. 68.)

viciado, y lo convirtió en un néctar de inmortalidad de vida (1). Pero no es esto todo. Al darnos a conocer Jesucristo que tenía sed, quiso manifestarnos también sus piadosos deseos. La sed que atormentaba su cuerpo era indudablemente una sed positiva y ardiente; pero era al mismo tiempo, dice S. Cipriano, el símbolo de la sed, todavía más verdadera y más ardiente que devoraba su corazón, es decir la de su amor infinito, la del deseo que le abrasa por la salvación de los hombres. Esta sed es la misma de que se queja Jesús a la Samaritana cuando le dijo: Mujer, yo tengo sed; ¿quieres darme de beber? (Joan. 4.). Jesús, según observa el mismo Padre, no buscaba entonces el agua de la Samaritana, sino su fe, porque este Salvador lleno de amor tiene sed de la fe de todos aquellos por quienes ha vertido su sangre. Así pues cuando el Salvador dice a los Judíos: «Tengo sed,» no es agua lo que pide, sino la creencia en él; y estas palabras misteriosas pueden entenderse, según S. Agustín, de este modo: Yo tengo un deseo ardiente de que este pueblo que me niega y se pierde crea en mí y se salve. (In Joan.)

¿Qué contraste sublime y abyecto, tierno y horrible al mismo tiempo entre el odio y el amor, la ferocidad y la compasión, la barbarie y la bondad! Los Judíos dicen a Jesús con una cruel ironía: «Desciende de la cruz: Descende de cruce,» y le provocan de ese modo a que interrumpa su sacrificio. Mas el Salvador responde a su provocación sacrilega con una sola palabra: «Tengo sed: Sitio,» manifestando de este modo un deseo ardiente de consumir su sacrificio por la salvación de ellos mismos. Cuanto más indignos se muestran los Judíos con sus gritos insultantes de ser redimidos por él, tanto más persevera Jesucristo repitiendo estas palabras de amor: «Tengo sed,» en la sincera y piadosa resolución de salvarlos; como dice S. Pablo: La caridad divina y la gracia del Redentor se aumentaron entonces en proporción del crimen de los Judíos, de su obstinación y de su perfidia. (Rom.)

Los Judíos en su presunción y su orgullo no comprendieron el misterio de amor encerrado en esta sed del Redentor, mientras que la Samaritana por su desconfianza en sí misma y por su humildad lo había adivinado al momento. Así es que en vez de refrigerar como ella, con la bebida deliciosa de su fe, el corazón sediento de

(1) Potavit, ut se in communionem immortalitatis ea que in nobis erant vitalia, transfunderet. (In Matth.)

Jesucristo, continuaron llenándolo de amargura con su obstinación, sus insultos y sus blasfemias.

¿Quien creará sin embargo que este crimen de los Judíos se reproduce diariamente entre los cristianos? Jesucristo sentado en el trono de su gloria, rodeado del esplendor de los santos, y en el gozo de una felicidad infinita, no solo como Dios sino también como hombre, no está ya sujeto a las privaciones ni a los dolores; pero si en su humanidad no puede ya sufrir la sed, sin embargo su corazón divino está todavía devorado por la sed ardiente de nuestra salvación, como si faltase alguna cosa a su felicidad, observa S. Bernardo, mientras no la divide con nosotros; como si no fuera ya Dios, como si no se encontrase en compañía de los hombres redimidos con su sangre.

He aquí por que te dice a ti, desventurado hereje: *Tengo sed*, es decir, yo deseo y mando que profeses una fe humilde, sencilla, perfecta, clara, precisa, firme y acompañada con las obras; una fe cuyo fundamento sea la revelación, su intérprete la Iglesia y su término la santidad; una fe en fin como la que se encuentra solo en la Iglesia Católica. ¿Y de cuántas maneras incalculables no te manifiesta este ardiente deseo de que abandones el sendero del error y que entres en el camino de la verdad? *Tengo sed*, te dice por esas luces que hace brillar en tu espíritu, y que en ciertos momentos te hacen ver la verdad católica en toda su pureza y en toda su claridad. *Tengo sed*, te repite por esos deseos frecuentes que excita en tu corazón de volver cuanto antes a la verdadera Iglesia y pertenecer a la gran familia de Jesucristo. *Tengo sed*, te dice finalmente por los ejemplos de tantos correligionarios tuyos como se convierten todos los días en tu patria, y en una propia familia, y que el amoroso Jesús pone ante tus ojos a fin de darte el valor suficiente para romper la barrera de los respetos humanos. Además, el disgusto que tus mismas opiniones te inspiran y las dudas que atormentan tu inteligencia son otras tantas voces amorosas con las que él te habla, te llama y te hace conocer su deseo ardiente, su inmenso deseo de que vengas a buscar tu salvación al seno del Catolicismo.

Y tú, desventurado desertor de la Iglesia, ¿de qué manera respondes, después de tantos años, a la voz de su corazón? ¿Que le ofrees para que apague la sed de su amor? ¿Cuál es tu fe? Es un símbolo redactado por algún tiano estúpido en el interés de su política, es la confesión improvisada por algunos herejes en sus

pudor, para acrecentar las pasiones, es el conjunto informe de opiniones arbitrarias, vacilantes é inciertas, frutos monstruosos de algun cerebro enfermo, ó de tus razonamientos y de tu capricho. Pues bien, está creencia no es otra cosa que un vinagre, supuesto que este licor no es mas que un vino corrompido, y que tus errores no son otra cosa que verdades alteradas. Así es que Tertuliano llama á los herejes taberneros infieles que mezclan el vino de las verdades cristianas con el agua cenagosa del error, componiendo así el vinagre de sus creencias y de sus símbolos erróneos. Los que atribuyen á Jesucristo, dice Orígenes, sentencias que no pronuncio, y le suponen doctrinas inventadas por otros, colocan una esponja empapada en vinagre en la caña de la Escritura y la aplican á los labios del Redentor (1). Hé aquí, infortunado cristiano, que te obstinas contra la fe de la Iglesia, hé aquí el licor amargo que á ejemplo de los Judíos presentas al Redentor para que aplaque su sed, y te atreves á solicitar de ese modo su preferencia y su amor.

Tengo sed, te dice tambien á ti, mal católico, el Dios Salvador; es decir: Yo deseo ardientemente que pongas tu vida en armonía con tu creencia, y que todo cuanto hagas sea santo y justo, así como todo lo que crees es verdadero. Yo deseo que después de haber roto las cadenas del pecado, derramando lágrimas sobre tu vida criminal, vengas á implorar á mis pies el perdón que debe reconciliarte y salvarte. O almas queridas, criadas á mi imagen, fortalecidas con mis llagas, purificadas con mi sangre, y vivificadas por mi muerte; almas queridas, regeneradas en mi bautismo, educadas en mi escuela, hijas de mi Iglesia, colmadas de mis gracias, herederas de mi gloria, objetos de mi misericordia y de mi amor, ¿por qué os obstináis en perecer? Sed: Yo tengo sed de vuestra salvacion. ¡Oh! si supierais cuánto siente mi corazón perderos! Tales son las advertencias que Jesús nos hace incessantemente por las luces del espíritu, las insinuaciones del corazón, los remorimientos de la conciencia, los temores, los disgustos y las amarguras que derrama sobre nuestra culpable felicidad.

Pero vosotros, pecadores, ¿qué le ofrecéis para que apague su sed ardiente de misericordia y de caridad? ¿Alguna oracion pronunciada distraidamente, algun acto de religion practicado por hipocresía,

(1) Qui alienas sententias applicat Christo, quasi eas dicenti, hi spongam impletum aceto imponunt calamo Scripturæ; et offerunt ori ejus. (Rom. 15 in Math.)

alguna limosa hecha por vanidad, tal vez una misa oída cada semana por costumbre, una confesion anual hecha sin dolor, una comunión pascual recibida por respetos humanos, el perdón de las ofensas concedido por interés, la continencia del cuerpo acompañada del desureño criminal de la imaginación y de la corrupción del corazón. Pues bien, esto no es otra cosa que falsas virtudes y verdadero vicio; esto no es mas que un poco de bien aparente con mucho mal positivo y real; esto no es mas que una mezcla de virtudes y costumbres cristianas con las preocupaciones del siglo y las obras del mundo; en una palabra, no es mas que el nombre de católico ocultando una vida corrompida; obrar así con Jesucristo es darle á beber, no solo vinagre, dice Orígenes, sino vino mezclado con hiel; y con este horrible licor, que al mismo tiempo que provoca el enojo de Jesucristo os pierde á vosotros mismos, es con el que os lisonjeáis aplacar la sed que él tiene de vuestra salvacion eterna, y con que creéis ser cristianos y salvados.

¡Ah! no seamos tan ingratos á su amor, ni tan ciegos acerca de nuestro peligro. Cesemos de renovar así el crimen de los Judíos, si no queremos ser envueltos en el mismo castigo. Ofrezcamos al Señor el vino escogido que regocija á Dios y á los hombres, (Judic.) es decir, una fe pura y una vida cristiana, á fin de que en el día de nuestro juicio particular merezcamos oír de la boca de Jesucristo estas palabras de amor: «Venid, benditos de mi Padre; venid, almas queridas: Venite, benedicti Patris mei. Yo tuve sed de vuestra santificación y de vuestra salvacion, y vosotros os apresurasteis á placarla observando mis leyes, llorando vuestras culpas, y aprovechándoos de mi sangre y de mi redencion. Vosotros que me ofrecisteis tantas veces el precioso licor de las lágrimas de vuestra penitencia y el vino de vuestra caridad: Sitiet ei dedistis mihi bibere, venid á recibir, en el reino que os está preparado desde la eternidad, la recompensa de la caridad que usasteis conmigo, procurando la salvacion á vosotros mismos: Venite, benedicti Patris mei, percipite regnum, quod vobis paratum est ab origine mundi.

SEGUNDA PARTE.

Al beber Jesús el vinagre que los Judíos, por un refinamiento de crueldad, le ofrecieron para aplacar su sed, cumplió la última profecía. Así pues, cuando después de recorrer en su tranquila imaginacion los cuarenta siglos que separaban el día en que Adán murió

espiritualmente sobre el árbol prohibido del en que muere el mismo sobre el árbol de la cruz, conoce que nada faltaba ya a la grande obra que había venido a hacer en el mundo, da a su corazón amante, dice el Evangelista, un testimonio solemne capaz de consolar el nuestro, diciendo en alta voz: «Todo está consumado: *Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit: Consummatum est.*» (Joan.) Es de notar, dice S. Lorcuzo Justiniano, que el Salvador no habla de la consumación de ninguna cosa particular, sino que dice en un sentido general y absoluto: «Todo está consumado,» para indicar que todo se cumplió en él y por él. (*De Christ. Agon.*) S. Agustín había observado también con relación a estas profundas palabras que el Salvador declaró en ellas que nada le quedaba que hacer antes de morir. (*Tract. 119 in Joan.*) ¡O palabras inefables, cuántos misterios recuerdan! ¡o oráculo profundo, cuántas verdades encierra! ¡o grave sentencia, cuántos errores previene! ¡o declaración preciosa, cuántos consejos prepara! ¡o lección sublime, cuántas virtudes recomienda!

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! *Consummatum est*; palabra que recuerda misterios muy profundos, pues que, según el comentario, que de ella había hecho David, el Hijo de Dios quiso decir a su Eterno Padre: Padre mío, vos me habéis dado una misión muy grave y muy difícil. Vos habéis querido que yo naciese en un pesebre, pobre, ignorado y humillado; que yo sufriese por espacio de treinta y tres años una vida laboriosa, molesta, oscura y llena de dolores; que yo terminase una larga carrera de tormentos con una muerte ignominiosa y cruel. Tal ha sido vuestra voluntad; yo la he cumplido en todo con la más minuciosa exactitud. (*Ps. 118.*) El cáliz de vuestra cólera se ha derramado sobre mí hasta la última gota; ya nada tengo que hacer; mi obediencia se acaba con mi vida; mi carrera de dolores ha llegado a su término; la medida de mis sufrimientos y de mi ignominia está colmada; mi ministerio está cumplido; mi misión está terminada.

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! Oráculo profundo que encierra grandes verdades. Porque esto era decir en una palabra: Lo que está escrito con relación al Mesías en el libro de los eternos decretos, lo que fue figurado en los patriarcas, anunciado por los profetas, representado en los sacrificios, prometido por Dios y esperado por el universo, todo está ya consumado. La esperanza de la tierra está ya satisfecha, los votos del cielo han sido oídos, el universo está rescatado, el demonio vencido, la sabiduría humana confundida, la concupiscen-

cia refrenada, la idolatría abatida, la ley antigua abrogada, el velo de la Escritura desgarrado, el Evangelio descubierto, Dios conocido, el hombre salvo, la Iglesia fundada, el verdadero sacerdocio establecido, la nueva alianza sellada, y la ley del antiguo temor, propia solamente para formar esclavos, ha sido sustituida por la ley de adopción de los hijos de Dios. Finalmente la plenitud de los tiempos ha llegado, el gran consejo de sabiduría, de poder y de misericordia, meditado ante todos los siglos y destinado a mudar la faz del mundo, se ha cumplido en el tiempo para durar por toda la eternidad: *Consummatum est.*

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! Sentencia grave que previene muchos errores. Porque esto quiere decir que no quedan ya mas misterios que descubrir, mas verdades que revelar, mas leyes que imponer, mas auxilios que preparar, ni mas bienes que prometer, y que la razón no tiene ya nada que investigar, ni la filosofía cosa alguna que inventar para el culto de Dios, para la salvación del hombre y para la perfección de la sociedad. ¡Todo está consumado! Es decir, ya no es tiempo de ratiocinar sino de creer; no es tiempo ya de discutir sino de obrar. Ninguna otra doctrina, ninguna otra ley, ninguna otra religión es ya posible. La humanidad no encontrará jamás una cosa mas perfecta que la religión del Calvario, la doctrina de Jesucristo y el código del Evangelio. El verdadero progreso consiste en el perfecto desarrollo, en la aplicación sincera y en la práctica fiel de esta religión, de esta ley y de esta doctrina. Fuera del Cristianismo no se encuentra otra cosa que ignorancia de Dios, degradación del hombre y ruina de la sociedad. ¡Todo está consumado! Es decir: Los inventores de nuevas religiones no son mas que impostores que reciben sus inspiraciones del infierno, y no del cielo; que halagando al hombre, le corrompen y le pierden; y que afectando honrar a Dios, le insultan, le blasfeman y le ocultan al conocimiento de los hombres: *Consummatum est.*

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! Declaración preciosa que promete grandes consuelos. Porque el Salvador quiso decirnos entonces: O hijos de los hombres, vosotros nada tenéis ya que temer; vuestras deudas están satisfechas, vuestro rescate está pagado; se ha satisfecho por vosotros a la justicia de Dios; la sentencia de condenación está anulada, la reconciliación está estipulada, el perdón está prometido, la participación de la gracia está asegurada, la bendición divina pedida para vosotros se ha obtenido, vuestra resurrección está decretada,

el cielo está abierto, el camino de la salvación eterna está preparado; todo está provisto; todo está dispuesto: *Consummatum est.*

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! Esta palabra en fin es una lección sublime que recomienda grandes virtudes. Porque el Señor nos ha anunciado claramente por esta exclamación: Que él no esperó el instante de su muerte para obrar nuestra salvación, sino que dedicó á ello todos los días de su preciosa existencia; que en el Calvario no ha hecho otra cosa que dar la última mano á la obra que había comenzado desde la cuna, en la gruta de Belén; que toda su vida no fué otra cosa que una ofrenda continuada de sí mismo, por la que alcanzó para siempre la conversión de los pecadores y la santificación de los elegidos, y que, á ejemplo suyo, no debemos esperar nosotros la hora de la muerte para aplicarnos el fruto de su oblación. En efecto, supuesto que Jesús no vivió ni murió sino para salvarnos, nosotros no hemos venido al mundo, ni vivimos en el mundo sino para salvarnos á nosotros mismos, de modo que no solo en nuestra última hora, sino durante el curso de nuestra vida debemos pertenecer á Dios: *Sine enim vivimus, Dominum vivimus: sine morimur, Dominum morimur. Sine ergo vivimus, sine morimur, Dominum vivimus.* (Rom. 14.)

Mas ¡ay! ¡pensamiento funesto, vergonzosa contradicción! De que nos servirá, hermanos míos, que Jesucristo se sacrificase por nuestra salvación, si nosotros somos tan filibos, tan indiferentes y tan indolentes para ocuparnos de ella? Lo que Jesucristo solo podía hacer por nosotros está ya concluido, pero lo que depende de nosotros no se ha principiado aun. Nosotros hemos invertido nuestros mejores años en proporcionarnos una posición brillante en el mundo; nosotros hemos abusado de nuestra salud y de nuestra vida para perdernos; nosotros no hemos hecho nada aun por nuestra salvación. Nosotros no hemos pensado jamás en ella de un modo serio; lejos de ocuparnos de este gran negocio, hemos diferido de año en año nuestra conversión, hemos vivido y vivimos todavía como si nuestra existencia no debiera acabar, como si el tiempo estuviera en nuestra mano; como si la eternidad no debiera comenzar jamás; y de este modo dejamos la obra tan difícil de la salvación eterna para el último instante, en que solo deberíamos terminarla y decir: *Todo está consumado.*

¡O Dios mío! ¿es cosa tan fácil arreglar unos cuentas generalmente muy complicadas en el momento en que es necesario satisfacerlas?

Morir como cristiano y salvarse es morir con una fe viva, una esperanza firme, una caridad pura, un dolor sincero y un odio profundo y sobrenatural de los pecados; es detestar y aborrecer todos los vicios, amar y practicar todas las virtudes, borrar todos los escándalos, encomendar todas las confesiones sacrilegas, reparar todas las injusticias, romper todos los lazos, no pensar mas que en el cielo, despreciar la tierra, desprenderse de los hombres y no aspirar mas que á Dios. ¿Y es fácil hacer todas estas cosas cuando el espíritu turbado conserva apenas la conciencia de sí mismo; cuando las fuerzas nos abandonan; cuando toda pesa, molesta y abate? ¿Es fácil formar en pocos instantes un penitente fervoroso y sincero de un hombre para quien la virtud ha sido estraña, el vicio familiar y la penitencia desconocida? ¿Es fácil formar un cristiano de un hombre profano, en el momento en que, anonadado y próximo á su destrucción, no es mas que la sombra fugitiva de un hombre, una figura que causa horror? Lo único que podrá hacerse entonces será paliar nuestros vicios, y no destruirlos; disgustarnos de nuestros pecados, y no arrebatarnos de ellos; ponernos una máscara engañosa de penitencia, que dejara subsistir nuestros desórdenes en el fondo del corazón en toda su integridad, y morir en el pecado.

¡Ay! apresurémonos desde ahora á hacer lo que quisiéramos haber hecho á la hora de la muerte: *Et dixi: Nunc capí.* (Psal. 121.) Si hasta ahora hemos sido demasiado prófugos de nuestros años, basta ya: *Peccasti? quiesce.* (Ecclef. 21.) Detengámonos en el camino del desorden; ya es algo tarde, pero por lo mismo debemos hacerlo cuanto antes. Formemos la resolución de utilizar para nuestra salvación estos santos días de penitencia, de gracia y de perdón. Principemos por una conversión pronta y sincera, de tal modo que en nuestra última hora no falte mas que consumir y completar una obra comenzada mucho tiempo antes. Hagámos por nosotros mismos lo que Jesucristo hizo por nosotros, á fin de poder, llenos de la confianza de los justos, repetir con él en aquel terrible momento: La obra de mi salvación está consumada: *Consummatum est.* Así sea.

CONFERENCIA TRIGÉSIMA PRIMERA.

La Muerte de Jesucristo.

*Preciosa in conspectu Domini mors sancto-
rum eius.*

La muerte de los elegidos es preciosa delante del
Señor.

(Psal. 113.)

No solo la vida de los elegidos es admirable en presencia de Dios, sino que su muerte es igualmente dulce y preciosa á sus ojos.

Sin embargo los santos, dice S. Leon, han recibido á su muerte la recompensa y la corona de sus obras, pero no han podido merecerla á los demás. Su fin ha sido para sus semejantes un ejemplo de paciencia, por el valor con que lo han sufrido; pero no han podido hacerse para otros una fuente de méritos y de virtudes. Los santos han dejado la vida como simples particulares, y el fruto de su último combate ha recaído principalmente sobre ellos mismos. Y si á pesar de esto la muerte de los santos es preciosa á los ojos del Señor, ¿qué será de Jesucristo, que solo entre todos los hijos de los hombres ha dado su vida por los demás y no por sí mismo; que se ha inmolidado en cualidad de Señor y de Salvador; que ha representado casi todos los hombres, los ha ofrecido todos á su Eterno Padre, los ha asociado todos á su sacrificio como una sola hostia, les ha comunicado todo el mérito de su crucifixión, de su muerte y de su Resurrección, y ha santificado de ese modo la vida de los verdaderos cristianos, y hecho su muerte preciosa?

Hoy pues, que vamos á celebrar de nuevo la memoria siempre tierna y dolorosa de la muerte del Dios Salvador, no separemos estas ideas para honrarla con los sentimientos que ella exige de nuestra fe y de nuestra piedad; y veremos como, por las circunstancias que la acompañaron y por los efectos que produjo, ha sido á un tiempo mismo preciosa para él y para nosotros, pues que ha comunicado un inmenso valor á nuestra muerte.

¡O cruz santa, símbolo de flaqueza, de crimen, de dolor, de oprobio y de muerte, pero que el Salvador ha convertido en vara mar-

villosa, en mérito de santidad, en fuente de gozo, en trono de gloria y en remedio de resurrección y de vida! Prosternados delante de ti, te adoramos con humildad, te alabamos con entusiasmo, y te invocamos con confianza como el fundamento de nuestra fe, el sosten de nuestra esperanza y el motivo poderoso de nuestro amor para con Dios: *O cruz, ave, spes unica!* Te pedimos, en este santo tiempo en que toño nos recuerda la caridad que obligó á Jesús a sufrir y á morir por nosotros, que nos apliques el fruto de la sangre preciosa, con que fuiste rociada, á fin de borrar las culpas de los pecadores y aumentar en los justos la gracia y la virtud: *Huc passionis tempore.* Haz que, por el mérito infinito de la muerte preciosa que el Redentor del mundo sufrió en tus brazos, la muerte de los hombres á quienes vino á redimir sea igualmente preciosa á sus ojos: *Preciosa in conspectu Domini mors sanctorum eius.*

PRIMERA PARTE.

Lo que causo uno de los mayores escándalos de la muerte del Salvador fue que tuvo lugar en medio de las burlas y de los insultos, de las maldiciones y de las blasfemias de todo un pueblo, y que, lejos de haber sido mirada como un sacrificio voluntario, apareció como el suplicio ignominioso de un criminal. Pero, ¿cómo pudo ser consumado con unas circunstancias tan infamantes el gran holocausto de los siglos, ofrecido á Dios por su mismo Hijo para su gloria y para la salvación del género humano; el acto mas sublime de adoración, el homenaje mas perfecto de religión que ha recibido Dios jamás; la ofrenda mas magnífica, mas sublime y mas santa que la tierra ha hecho jamás al cielo; la grande obra, la obra divina por excelencia, el exceso de la divina misericordia y de la caridad infinita? ¿Cómo Jesucristo, provocado por la audacia infernal de los Judíos á descender de la cruz para probar su divinidad, pudo sufrir este insulto sacrilego sin manifestar alguna señal de su grandeza, de su majestad y su poder?...

¡Pero insensato! ¿qué es lo que estoy diciendo? Si la cruz hubiera estado rodeada de un pueblo fiel, religioso y reconocido; si todos hubieran asistido al gran sacrificio del verdadero Melquisedec con las señales de un profundo recogimiento; si el sacrificio de Jesucristo hubiera estado acompañado de preces públicas, de humildes y sinceras acciones de gracias, de lágrimas de arrepentimiento y de amor, de testimonios de religiosa compasión, ¿cuán infortunados seríamos entonces! este sacrificio no se hubiera ofrecido por nosotros.

Nosotros éramos injustos, nosotros éramos pecadores, y por consiguiente dignos de una confusión pública, universal y eterna; nosotros habíamos merecido ser burlados, insultados y escarnecidos por todos las criaturas y a presencia de todo el mundo. Mas como el sacrificio consumado en el Calvario era el nuestro, como era ofrecido en nuestro nombre, en nuestro lugar y en nuestro provecho, era necesario que la víctima sufriese nuestra confusión y nuestro desprecio. Una muerte que era sufrida por los pecadores debía reunir un orgullo excesivo a un inmenso dolor. A las heridas hechas por los clavos debían juntarse las causadas por los dardos, mas acerados aun, de las lenguas. A el dolor de las contusiones debían juntarse las reconvenciones mas acerbas, la ironía mas amarga, los insultos mas atroces y los ultrajes mas indignos. Era necesario que la víctima apareciese bajo la forma de un criminal, que se viese rodeada de los anatemas y de los desprecios del universo. No era suficiente que el hijo de Dios ofreciese en sacrificio su cuerpo desgarrado por los tormentos; era necesario tambien que sacrificase la dignidad de su persona y el honor de su nombre.

Pues bien, esto es lo que sucede en el Gólgota. Por consiguiente, las profundas ignominias que rodean la cruz, lejos de escandalizarnos, nos edifican, nos mueven y nos excitan á contrición. Porque nosotros comprendemos claramente que este sacrificio nos pertenece, que es ofrecido por nosotros; que Jesucristo, que sufre y muere como nosotros deberíamos sufrir y morir, sufre y muere para expiar nuestros pecados, y por consiguiente es verdaderamente nuestro Salvador. De aquí resulta que el oprobio mismo que sufre es una prueba del ministerio que ejerce. Y de este modo la muerte del Santo de los santos, por lo mismo que es un escándalo para los profanos, es edificante para los fieles y preciosa á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sapientium ejus.*

¡Cuán ciegos pues y cuán insensatos son los Judíos que blasfeman diciendo: « El ha salvado á otros, y no puede salvarse á si mismo! Si él confia en Dios, como en su propio Padre, ¿por qué Dios no se apresura á librarse? Si él es Hijo de Dios y el Mesías, que despenda de la cruz, y creemos en él. » (Matth.)

Mas si Jesucristo hubiera descendido de la cruz en vista de su infamia insolente, esto hubiera sido arreglar su poder á unos caprichos impetuosos, mostrarse débil, ceder á los insultos de sus enemigos, y hacer una vana ostentación de su omnipotencia, á expensas de la redención de los hombres, que tenía la misión de obrar;

hubiera sido tambien dejarse vencer por la impaciencia, desmentir su mansedumbre, y mortarse mas sensible á los ultrajes que celoso por su deber.

Si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, si no hubiera muerto sobre este madero sagrado, despues de haber hecho anunciar á los profetas que el Mesías debía espirar en una cruz, esto hubiera sido quitar á la Escritura su verdad, impidiendo su cumplimiento; dar un mentís á los profetas, ponerse en contradicción consigo mismo, y manifestar que no era Dios ni Hijo de Dios.

Si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, esto hubiera sido para él lo mismo que abandonar el altar, al que habia subido voluntariamente, interrumpir el sacrificio que habia comenzado con tanto amor, anular el precioso testamento que habia hecho, y que no podia ser eficaz sino por la muerte del testador; despojarse de su carácter de pontífice de los bienes futuros, y renunciar á su alta dignidad de Redentor.

Un mesías semejante, no solo no sería Dios, sino que sería menos que hombre; sería un falso mesías, impotente para salvar á los otros, supuesto que podría degradarse á si mismo. Si Jesucristo se rendía á una provocación tanto mas indigna de aceptar por él, cuanto mas insolente era de parte de los que la hacían; si Jesucristo descendía de la cruz, no sería por lo mismo el Mesías verdadero ni el verdadero Salvador, y ningún hombre razonable podría ni debería creer en él.

Al ver al Salvador que permanece en la cruz á pesar de las provocaciones que le dirigen para hacerle bajar de ella; al ver que todos los ultrajes con que los Judíos le deshonran, todas las blasfemias con que le envilecen, y todas las excitaciones que le hacen no le separan un momento del ministerio sublime que ejerce; al ver que en vez de irritarse por tantos insultos, y de confundirse con el milagro que pide, les confunde con un milagro todavía mayor, el de una paciencia invencible, el de una dulzura inalterable y una caridad infinita; al considerar que se compadece de los mismos que insultan su paciencia cuyo misterio ignoran, y que pide para ellos el perdón, y se lo asegura, si quieren aprovecharse de su ejemplo, ¡ah! por estas señales reconocemos en Jesucristo erigiendo la hostia viviente, anunciada por tantos siglos, que su ofrece por todos los hombres; reconocemos en él el Cordero divino, descendido por tanto tiempo, que se inmoló por todos; el verdadero sacerdote que sacrifica por todos, el verdadero pontífice de los bienes futuros que,

bajo el velo de su carne cubierta de flagas y de ignominias, entra en el santuario eterno y abre sus puertas. Nosotros reconocemos en él el verdadero mediador que se presenta en nuestro nombre ante el trono de Dios para aplacar su cólera; el verdadero testador que escribe con su sangre y confirma con su muerte el gran Testamento de los siglos, en el que la herencia y la investidura del reino eterno se aseguran á los hijos de la promesa; reconocemos en una palabra al verdadero Mesías, al verdadero Hijo de Dios, al Salvador del mundo. Y por consiguiente, esta muerte, rodeada exteriormente de tantos oprobios y tantos escándalos, pero acompañada interiormente de tantos prodigios y de tanto amor, es á nuestros ojos un objeto de adoración, de alabanza, de reconocimiento y de piedad, así como es un objeto de complacencia infinita á los ojos de Dios: *Preiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*. Por esta razón, Señor, sustituyendo la alabanza á la blasfemia, y el homenaje al insulto, os decimos: Si, divino Jesús, porque vemos que no descendéis de la cruz, y que, despreciando las provocaciones impías de vuestros enemigos, insistís en morir en ella por nuestro amor, es por lo que os reconocemos por el verdadero rey de los Judíos, el verdadero Mesías, el verdadero Hijo de Dios, nuestro Señor y nuestro Redentor.

Pero aun exteriormente, Jesús, aunque humillado, degradado y envilecido por la crucifixión como un criminal, manifiesta por la virtud de su espíritu la santidad, el poder y la gloria de Dios. (*1. Petr. 3.*) En efecto, reconcentrando todas sus fuerzas, lanza de nuevo una fuerte exclamación: *Jesus autem iterum clamans voce magna* (Matth.). ¡O muerte del Hijo de Dios, bien diferente por cierto de la de los hombres! En nosotros los mortales, la voz se pierde antes que el espíritu nos abandone. La muerte hiela nuestra lengua antes de separar el alma del cuerpo. Cuando nosotros morimos, dice S. Gerónimo, nuestra voz se pone ronca, se debilita, y va disminuyendo por grados hasta que se extingue totalmente antes que exhalamos el último suspiro. Así mueren los hijos de Adán. Pero Jesucristo espira lanzando un fuerte grito, que anuncia que se halla lleno de fuerza y de vida aun en el completo desfallecimiento de su carne; él respira con una voz sonora, majestuosa y sublime. (*In Marc.*) Así pues el que da su vida por los hombres nos revela con este grito que él no muere como los demás hombres; que no es un simple mortal; que si él muere, no es por necesidad, sino por su propia elección; no por la voluntad de los hombres, sino por su propia voluntad.

Nosotros, hijos de Adán, herederos de su culpa como de su naturaleza y de su castigo, llevamos en nosotros mismos el principio de nuestra disolución, y nos colocamos bajo el imperio de la muerte en el momento mismo en que entramos en la vida. (*1. Cor. 1.*) En Jesucristo por el contrario, estando la humanidad unida sustancialmente a la persona del Verbo, al Hijo de Dios, que es la vida misma, esta humanidad tenía el germen de la vida en la persona del Verbo en la que subsiste; era pues inaccesible á la muerte, y no podía morir. Del mismo modo que nosotros no podemos evitar la muerte, Jesucristo no podía incurrir en ella. Así como sería necesario un milagro para que nosotros fuésemos exceptuados de morir, se necesitaba uno todavía mayor para que Jesucristo muriese, y así como nosotros no podemos alayentar la muerte con nuestros gritos, así también se necesitó que Jesús arrojas una fuerte exclamación, un grito de autoridad, para hacerla aproximarse á él.

Por consiguiente, este grito seguido de la muerte, anunciando que ella no había venido, por decirlo así, sino porque había sido llamada, prueba, dice S. Gerónimo, que Jesús espira reinando sobre la muerte y por un acto supremo de su poder: *Qui morti dominatur et precepit, potestatispirat*. (*In Marc.*)

¡Cuán majestuoso es, pues, este grito que manda á la muerte, y á quien la muerte se apresura á obedecer! ¡Ah! ¿quién es el que duerme cuando quiere, dice S. Agustín, como Jesucristo murió cuando quiso? ¿Quién se despoja de sus vestidos tan libremente como Jesús se despoja de su carne? ¿Quién se sienta de un lugar con tanta independencia como Jesús se asentó de la vida? ¿Cuánta esperanza y cuánto temor al mismo tiempo debe inspirar el poder de Jesús como juez, cuando manifiesta tanta majestad á la hora de la muerte (1)! Ved aquí por que este grito borra todo lo que podía deshonorar la libertad de su sacrificio, porque él lo convierte en una obediencia voluntaria, y devuelve al sacerdote y a la víctima la majestad de que el odio y la maldad de los hombres habían querido despojarles; por que él confunde de una manera nueva las reconvenções de flaqueza y de impotencia que le dirigen, y á las que su inalterable paciencia y su caridad invencible servían de pretexto y de velo; por que convierte en fin la muerte de Jesús en un sacrificio el mas

(1) *Quis ita dormit quando voluit, sicut Jesus, quando voluit mortuus est? Quis ita vestem deponit quando voluerit, sicut se carne exuit quando voluit? Quis ita cum voluerit alit, sicut iste cum voluerit aluit? Quamla speranda et timenda potestas judicantis, si apparuit tanta morientis?* (Tract. 114 in Joann.)

santo, el mas puro, el mas perfecto, el mas agradable á Dios, el mas eficaz para la salvacion del hombre, y tan precioso á los ojos del hombre como en presencia de Dios: *Preciosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Y, que significa esta poderosa exclamacion: «Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum?* (Luc.) ; O tiernas y afectuosas palabras! Observamos que las pronuncia con los ojos elevados al cielo. El las dirige á Dios que está en el cielo; y al llamar Padre á este Dios hasta el último instante, declara, dice Beda, revela y manifiesta que es el verdadero Hijo de Dios. Al encomendarle despues su alma, manifiesta una plena confianza en el y un poder igual al suyo: *Patrem invocando, filium Dei se esse declarat. Spiritum vero commendando non defectum suae virtutis, sed confidentiam ejusdem cum Patre potestatis insinuat.* (In Luc.) El quiso decirle: Padre mio, yo os he confiado mi causa, y ahora os entrego mi alma. Yo deposito la una y la otra en vuestro seno, yo las pongo bajo la custodia de vuestro amor. Y como mi causa protegida por vuestro amor será victoriosa, mi alma abrigada en vuestro seno me será devuelta, y así como mi nombre triunfara, así tambien mi vida se hará inmortal: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

Esta palabra dice mas aun; porque tal es la fecundidad y la virtud de la Palabra divina, que puede tener y tiene á un mismo tiempo muchos sentidos, que están muy lejos de excluirse mutuamente, todos los cuales los tuvo Jesus muy presentes, y todos ellos son igualmente ciertos.

En efecto, el Evangelista se espresa de este modo: «Jesus lanzando de nuevo un fuerte grito: *Jesus autem iterum clamans.* » Matth. Pues bien, es muy conveniente notar estas palabras, de nuevo, que S. Mateo tiene preceder al grito de Jesus, tanto mas cuanto que por estas palabras nos da claramente á entender, que entre estos dos gritos, los únicos que Jesus dió en la cruz, el uno cuando se quejó del abandono de su Padre, y el otro cuando le encomendo su alma, hay una relacion íntima, y tienen el mismo objeto y el mismo fin. Ya hemos visto que, aunque Jesus pronuncio las primeras palabras por sí mismo, se referian tambien á nosotros; por consiguiente, él debió dar tambien este segundo grito por sí y por nosotros á un tiempo mismo. Es decir, que así como en la primera exclamacion pidió encarecidamente á su Padre que no nos abandonase, así en la segunda le dió gracias por haber sido oído por nosotros. Por esta

razon; despues de haber llamado la primera vez á su Padre: «Padre mio! *Deus meus!* » Llama ahora á Dios: «Padre mio! *Pater!* » En la primera invocacion apareció turbado; ahora se manifiesta tranquilo. Entonces dejó entrever el miedo; ahora manifiesta la confianza, la seguridad y el amor. La turbacion con que acompañó su primer grito indicaba el temor de que fuésemos abandonados; la calma con que acompaña el segundo revela la alegría por habernos librado; y por consiguiente, así como el primer grito fué el de una súplica humilde y ardiente, el segundo es el del reconocimiento y el amor. Mas supuesto que, por la virtud de su oracion, el seno del Padre se abrió para nosotros y sus brazos se extendieron hacia nosotros, así tambien en la expresion de su reconocimiento se apresuró á depositar en los brazos y en el seno de su Padre á todos los que habia salvado del abandono de Dios; esto es lo que hace cuando dice: «Padre mio, en tus manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* »

Y así como la espada y la vaina, separadas momentáneamente, permanecen unidas en la misma persona que lleva la vaina en la cintura y tiene la espada en la mano, así tambien el alma y el cuerpo de Jesucristo, separados momentáneamente por la muerte, debían permanecer unidos en la persona misma del Verbo. Y supuesto que la persona del Verbo permanece siempre en el seno del Padre, *Unigenitus qui est in sinu Patris.* (Joan.) se sigue que el alma santa del Salvador debía encontrarse en el mismo seno con el Verbo á el que está sustancialmente unida; Jesucristo, pues, no necesitaba poner por sí mismo su alma en manos de su Padre, de las que no podia separarse. Así pues, al encomendar su alma, dice S. Atanasio, quiso encomendar á todos los hombres que debían ser vivificados en él. Porque todos los cristianos, como enseña S. Pablo, son una misma cosa en Jesucristo y forman no solo su cuerpo, sino tambien su espíritu: *Commendat universos mortales in se vivificandos: nam sumus membra ejus secundum illud apostoli: Omnes unum sumus in Christo Jesu.* (De Orat. Christi.)

Para comprender mejor este misterio, observemos, hermanos míos, que el hombre pecador se hace carnal y terreno, no solo en su cuerpo, sino tambien en su espíritu, porque el espíritu se degrada, se envilece, y casi se hace materia en consecuencia de los desórdenes del cuerpo. Por el contrario el hombre verdaderamente cristiano, unido á Jesucristo por una fe pura y por la gracia santificante, se hace en cierto modo incorpóreo, espiritual, angelico y celestial

aun en su cuerpo mismo; en él todos los sentimientos se elevan, se ennoblecen y se espiritualizan por las intenciones, los sentimientos y las virtudes del espíritu. Por esta razón dice S. Pablo: « Vosotros habéis sido justificados en nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por el espíritu de Nuestro Dios. El hombre que permanece unido al Señor es un mismo espíritu con Dios y en Dios (1). »

¡Desventurados pecadores, degradados por los vicios! vosotros estais separados de Jesucristo y escluidos de su oración, porque sois como miembros cortados por el pecado, y no formais parte de su espíritu. Pero vosotras, almas fervorosas, amantes fieles de Jesús, vosotros formais su espíritu, lo mismo que su cuerpo místico, su alma y su vida que es toda amor, porque vive amandoos, y os ama viviendo en vosotras. Jesucristo pues os ha encomendado a su Padre; y él os ha depositado en el seno de Dios por su oración, porque es como si hubiera dicho: « Padre mío, las almas de los justos me pertenecen; yo soy su cabeza, ellos son mis miembros, yo soy su padre, ellos son mis hijos, mi descendencia, mi familia. Su estado depende del mío. Así pues al recibir mi alma, recibid también las suyas. Así como yo no puedo estar separado de vos, no permitais que ellos estén separados de mí. Ellos son como mi espíritu y mi vida, porque así como ellos viven en mí, yo vivo en ellos por amor. Yo os los encomiendo como cosa mía; haced por sus almas lo que hacéis por la mía. Recibidlas con el mismo cariño, abrazadlas con el mismo amor: *In manus tuas commendo spiritum meum.* »

Mas si al ofrecernos Jesús, y encomendarnos a su Padre con estas afectuosas palabras, nos ha dado una nueva prueba de su ternura, nos ha revelado también una verdad de mucho consuelo. Antes que el Redentor muriese, antes que la sangre de esta augusta víctima fuese derramada sobre la tierra para aplacar al cielo, y nos abriese la puerta, cerrada inexorablemente a la raza de Adán, las almas más justas y más santas, al separarse de sus cuerpos, descendían al limbo, al horror de una profunda noche. Allí la luz estaba tan solo en expectativa y en esperanza; la vision de Dios, el reposo en el seno de Dios, los consuelos de la patria eterna se diferían hasta un término ignorado. La muerte era para aquellas almas una especie de excomunion que, separándolas de la tierra, las separaba igualmente del cielo, y que, privándolas de las solemnidades de Israel y de la sa-

(1) Justificati estis in nomine Domini Jesu Christi, et in spiritu Dei nostri. Qui adhucet Dominum, unus spiritus est. (I. Cor. 6.)

ludacion que experimentaban al tributar á Dios un culto verdadero, no ofrecia compensacion alguna á su fe ni á su caridad. Por consiguiente, aunque los justos de entonces tuviesen la misma fe que nosotros tenemos, y creyesen al morir que debían resucitar un día, sin embargo su muerte era en cierto modo lúgubre, triste y funesta. Ella se presentaba á su imaginacion como la entrada en una triste soledad, como el principio de un largo viaje que debía separarlas de la sociedad de los hombres, sin proporcionarles la de Dios. Ellas no podían pensar en la muerte sino temblando, y este temor, esta idea del estado triste que les esperaba á la muerte, derramando una amargura continua sobre su vida, las tenia, dice S. Pablo, en la melancolía y sombría espectación de una dura esclavitud: *Timore mortis, per totam vitam, obnoxii erant servituti.* (Hebr.)

Cuando Jesús al morir exclamó: « Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi alma, » esto es. « En vuestras manos encomiendo las almas de mis fieles que mueren, » nos enseñó claramente, dice Teofilacto, que habia concluido el tiempo en que no se podía subir de la tierra al cielo, ni volar hacia Dios al dejar á los hombres, y que desde aquel instante las almas de los justos, purificadas durante la vida por la penitencia y los sacrificios del amor, seguirán cuando salgan del cuerpo el mismo camino, y llegarán al mismo término que el alma santa de Jesucristo, es decir, á los brazos y al seno de Dios: *Per hæc verba voluit declarare, quod sanctorum anima in manus Dei ascendunt: nam prius apud inferos detinebantur.* (In Joan.)

Además, añade el mismo intérprete, así como el cazador acecha una fiera al salir de su cueva para matarla, así el demonio acecha nuestra alma al salir del cuerpo para apoderarse de ella. Pero, después que Jesucristo depositó en las paternales manos de Dios nuestra alma en compañía de la suya, hemos adquirido el inmenso privilegio de poder dirigirnos libremente hasta el seno de Dios sin ningún riesgo, supuesto que el demonio no tiene derecho ni poder alguno sobre las almas que pertenecen ya á Dios, y que han sido encomendadas á Dios por el Hijo mismo de Dios; *Ex quo Filius paternis manibus commendavit spiritum suum, libertatem consecutus sumus: nullam diabolo in animas potestatem, ut Patri commendatas.* (In Joan.)

Efectivamente, en esta revelación se funda principalmente la esperanza de los cristianos que mueren en gracia de Dios. Ellos saben, y creen firmemente que al encomendar Jesucristo su alma en manos

de su Padre, les mereció que pudiesen á la hora de la muerte encomendarle la suya; y la persuasión que tienen de pasar directamente, si se hallan enteramente purificados, desde nuestra prision de cieno á la vision de Dios, y gozar de la sociedad de Jesucristo, es la que les hace desear la muerte con tanto ardor, y repetir con S. Pablo: *a Yo tengo un ardiente deseo de verme desprendido de los lazos del cuerpo, y estar con Jesucristo: Cupio dissolvi et esse cum Christo.* (Philip. I. 23.)

Sin embargo, por estas palabras tan afectuosas, no solo nos revela el Salvador al morir lo que debemos creer y esperar, sino que tambien nos enseña, dice S. Bernardo, como debemos creer y como debemos orar. Del mismo modo que una madre tierna enseña á su pequeño hijo la manera con que debe hablar á su padre, así nuestro Salvador, siempre lleno de ternura para con nosotros, nos ha enseñado en esta oración el lenguaje de confianza y de amor con que debemos intervenir en la hora de la muerte á nuestro Padre celestial, y poner nuestra alma en sus manos; él nos ha comunicado al mismo tiempo el valor necesario para repetir en su nombre estas mismas palabras, con la misma fuerza de su espíritu y con la misma confianza. (De Pass.) Según este ejemplo de Jesucristo, observa S. Gerónimo, ha adoptado la Iglesia el uso de poner esta misma súplica en la boca de sus hijos moribundos; y los santos han aprendido á repetirla en el momento supremo en que sus almas abandonan sus cuerpos. (In Ps. 36.) Y en efecto, reflexionándolo bien, poner su alma al morir en las manos de Dios, y repetir el tierno lenguaje del Redentor, es substituirse á él, es poner en el todo su confianza, es unirse á su sacrificio, aplicarse sus méritos, hacer una dulce violencia al corazón de Dios, y obligarle á recibir nuestra alma en su seno, como en un asilo de paz, de seguridad y de salvación. Al salir esta palabra de la boca y del corazón del Hijo de Dios, adquirió una fuerza infinita. Ella es capaz de hacer descender abundantemente el espíritu de gracia sobre el cristiano que la repite con la misma confianza y el mismo amor con que fué pronunciada la primera vez, y con un corazón lleno de fe y de esperanza; ella se hace un escudo impenetrable contra los asaltos del tentador, y un remedio eficaz contra los temores que atormentan en el último momento aun á las almas de los justos.

Finalmente, la encomendación de su alma que el Salvador hace al espirar encierra aun otra advertencia muy útil. Ella nos recuerda que si Dios es nuestro primer principio, es tambien nuestro

último fin; que él nos ha criado y mandado á este mundo á fin de que sirviéndole durante la vida, como á nuestro único Señor, podamos poseerle en la otra como á nuestro único remunerador; que supuesto que el espíritu que nos anima, el soplo divino que conserva nuestra vida, ha salido de Dios, debe volver á Dios: *A Deo exiit, ad Deum vadit*; que así como el confío este espíritu á nuestro arbitrio, y lo puse, por decirlo así, en nuestras manos, nosotros debemos un día volverlo á poner en las suyas; que supuesto que sus manos lo formaron (Job.), sus manos deben tambien recibirlo; en una palabra, que nosotros debemos, durante la vida y despues de ella, ver de Dios y para Dios, y repetir con el corazón y con la boca: Padre mio, en tus manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

¿Ay! ¿tendremos nosotros la dicha de pronunciar estas palabras con el verdadero sentimiento de una fe viva, de una esperanza firme y de una caridad ardiente? Confiamos entonces el depósito de nuestra alma á las manos de Dios que la ha criado, ó á las manos del enemigo que la ha seducido? ¿Será nuestro último suspiro un acto de confianza y de amor, como el de Jesucristo, que pondrá el sello á nuestra salvación, ó será un grito de desesperación y de vergüenza interior que consumará nuestra reprobación? ¿Al salir nuestra alma del cuerpo, encontrará un padre amoroso que la reciba, ó un juez severo que la condene? Nosotros lo ignoramos. *Nescit homo finem suum.* ¿O terrible oscuridad! ¿o espantosa incertidumbre!

Pero nosotros podemos tener algun conocimiento de este misterio; porque, como dice Orígenes, solo los justos que, por la práctica de las buenas obras y la imitación fiel de Jesucristo se han preparado un refugio en el seno de Dios, son los que pueden poner su alma con confianza en sus manos. Ellos son los únicos que al morir pueden encomendar su espíritu con la firme confianza de ser oídos. (Caten. in Luc.)

Yed aquí, por que los que no han hecho esta preparación durante la vida no pueden esperar razonablemente que tendrán estos sentimientos á la hora de la muerte. En aquel momento supremo nuestra alma no será de Dios, si Dios no la ha poseído durante la vida. Dios no será nuestro Dios en lo futuro, si no lo es al presente. Dios no será nuestro Dios en la eternidad, si esperamos el último instante para entregarnos á él. Unámonos pues á él en este mundo, sometámos á él nuestro espíritu á fin de poder, cuando venga la muerte á sorprendernos, depositarlo en sus manos, y repetir con

Jesucristo: Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

¡Cuán instructiva, cuán consoladora, cuán magnífica y poderosa es esta última palabra del Dios Salvador! El Señor al pronunciarla cumplió un misterio, reveló una verdad, nos preparó una lección, nos aseguró un auxilio, nos dio una instrucción importante, y de este modo por su muerte preciosa nos dejó los medios necesarios, para hacer la nuestra igualmente preciosa á sus ojos: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Todos los evangelistas advierten que, después de haber pronunciado Jesús estas palabras de ternura, inclinó dulcemente su cabeza adorable sobre su pecho: *Inclinato capite.* (Joan.) Pues bien, estas historiadores divinos revelan esta circunstancia, como las demás que acompañaron esta muerte singular y única, para hacernos comprender mejor, dice S. Juan Crisostomo, su misterio, su prodigio y su magnificencia. En efecto, los hombres exhalan primero su espíritu, y después su cabeza no solamente se inclina, sino que cae y se abandona; Jesucristo por el contrario, inclina voluntariamente la cabeza, y después espira, manifestando en esto que es dueño de todas las cosas.

¡O precioso movimiento de nuestro Salvador! Todo su cuerpo, sujeto por los clavos, está inmóvil sobre el altar en que es inmolado; sola su cabeza está libre; este es el único miembro que puede mover, y él la inclina con un humilde respeto sobre su pecho, á fin de hacernos conocer más y más que él da su vida voluntariamente, que acepta gozoso la muerte de manos de su Padre, que se somete á ella con una resignación amorosa, una tranquilidad profunda y una obediencia entera y perfecta: *Factus obediens usque ad mortem.*

Sin embargo, al inclinar Jesús la cabeza, no solo acepta la muerte, sino que la invoca. No contento con haberla llamado por medio de un gran grito, viéndola lenta y tímida, la anima con el semblante, porque la muerte jamás se hubiera atrevido á aproximarse á él, dice San Atanasio, si él no la hubiera invitado. (*Serm. de Pass.*) El inclina pues la cabeza, y de este modo permite á la muerte ejercer sobre él el imperio funesto, que el pecado le había dado sobre todos los hombres. El le cede y le abandona con gozo su preciosa vida. (*Is. 53.*) Además, por este último movimiento permite también al demonio que prevalezca sobre su vida para quitársela, como le había permitido prevalecer sobre su carne sagrada para desgarrarla: le permite, en una palabra, que ejerza injustamente sobre él la autori-

dad que ejercía con justicia sobre los pecadores, cuyo representante y cuyo Salvador es Jesucristo.

Nosotros no tenemos como Jesús el privilegio de morir libremente. Ni el tiempo, ni el lugar, ni el género de muerte dependen de nuestra voluntad. La justicia de Dios nos la envía cuando le place y como le place, nosotros no hacemos más que sufrirla, sin poder suspender su golpe, ni retardarlo un solo instante. Nuestra muerte, en el decreto de Dios que la estableció, no es otra cosa que un castigo impuesto á nuestra desobediencia. Mas supuesto que nuestro Redentor, al inclinar la cabeza ante la muerte, se sujetó á ella por obediencia y la aceptó libremente, varió por este mismo hecho la condición de la muerte, respecto á aquellos que se aplican el fruto de la suya. Esta es la causa porque se ve aun á los mas tímidos y mas débiles de entre los verdaderos fieles, á pesar de la repugnancia que tienen á la muerte, inclinar su cabeza, como una señal de su humilde resignación, y entregar voluntariamente á Dios la vida que de él han recibido. Así pues el verdadero cristiano cuando muere no es un criminal que sufre una pena á que ha sido condenado, sino un sacerdote que ofrece á Dios un sacrificio voluntario y la ofrenda meritoria de su propia vida en unión á la de Jesucristo. Es un navegante que se refugia en el puerto; es un desterrado que vuelve á su patria; es un peregrino que vuelve á tomar el camino de su casa; es una esposa que sale al encuentro á su esposo; es un hijo que se duerme tranquilo en el seno de su madre. Por consiguiente, Jesucristo, con este movimiento misterioso, ha borrado el oprobio de nuestra muerte; ha disminuido su dolor; y de la pena mas terrible y mas repugnante á la naturaleza humana ha hecho una rica recompensa, y por decirlo así una pascua, ó en otros términos, un tránsito descado, un venturoso viaje, un dulce sueño, y una Redención preciosa: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

El Redentor ha dado de este modo á los hombres la última prueba de su eterno amor. La justicia de Dios no tiene ya nada que exigir, ni su misericordia mas que hacer. El Padre Eterno no tiene ya nada que mandar, ni su Hijo divino cosa alguna que cumplir. Ya no resta mas sino que el gran sacrificio, comenzado desde la eternidad en las entrañas de la bondad infinita del Padre celestial, y continuado en el seno virginal de su Madre en la tierra, se cumpla con la muerte del Hijo de Dios y del hombre, para reconciliar eternamente al hombre con Dios.

Sin embargo, las tinieblas milagrosas, que habían comenzado desde el instante en que el Redentor había sido clavado en la cruz, se hacen mas espesas. Los ángeles de paz, (*Zach.*) que asisten á este angusto sacrificio con el recogimiento divino de una adoracion profunda, se cubren el rostro de dolor y prorumpen en amargo llanto; el altar ó la cruz, sobre que debe ser ofrecido este holocausto, tiembla; la víctima que debe ser degollada, ó la vida del Dios hecho hombre, esta pronta y sumisa; el sacerdote encargado de humiliarla, ó la justicia de Dios se adianta; la espada destinada á sacrificarla, ó el pecado, está ya levantada; yo veo brillar el fuego sagrado ó el amor que debe consumirla. El golpe se ha dado.... ¡O amado Jesús de mi corazón! tu frente se cubre de palidez, sus ojos se apagan, el vierte la última lágrima, inclina la cabeza, arroja un prolongado suspiro de caridad, y muere: *Et inclinato capite tradidit spiritum.* (*Joan.*)

¡O muerte bárbara é inhumana! ¿por qué quitas así de la tierra á Jesucristo que había descendido del cielo, y que era el sostén, las delicias, el ornato y la gloria de ella? ¡O muerte bárbara é inhumana! ¿por qué nos arrebatas, á nosotros desventurados hijos de los hombres, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, el compañero fiel de nuestro destierro, y finalmente nuestro Salvador? ¡O muerte!... Pero ¿ay! ¿de qué nos lamentamos? La muerte de nuestro Salvador ha sido tan útil para nosotros como cruel é ignominiosa para él! Lo que en ella hemos ganado es mucho mas de lo que hemos perdido.

Habiéndose vestido Jesucristo en apariencia de la carne pecadora, *In similitudinem carnis peccati*, representaba todos los pecadores. Desde el momento en que muere, todos los pecadores están como muertos en él y con él; por esta razon la antigua sentencia de la divina justicia, que los condenaba á todos, queda sin efecto, así como por la muerte del criminal queda anulada la sentencia pronunciada por la justicia humana. Regenerados nosotros en el bautismo de Jesucristo, si nos unimos intimamente á él por los lazos de una fe viva y de una sincera caridad, nos hacemos nuevas criaturas, nuevos hombres; *Sed nova creatura* (*II. Cor. 5*). La antigua culpa inculpada contra el hombre pecador y rebelde ha quedado sin objeto. La sentencia de muerte eterna pronunciada en otro tiempo contra nosotros no nos comprende ya; ya nada nos condena; por el contrario, todo conspira á salvarnos: *Nihil nunc damnationis est eis qui sunt in Christo Jesu* (*Rom. 8*). Así la muerte de

nuestro Salvador es el complemento que pone el sello á nuestra libertad y á nuestra vida.

Si Jesucristo, después de haber agotado todas las enfermedades y todas las miserias de nuestra vida, hubiera desdenado sufrir el terror, la agonia y los dolores de nuestra muerte, no hubiéramos podido tener en él una entera confianza. No hubiéramos podido mirarle como un pontífice verdaderamente compasivo á nuestros males, supuesto que había rehusado experimentar el mayor de todos. Al verle imposible é inmortal, é infinitamente superior á nuestra condicion, no nos atreveríamos á acercarnos á él. A pesar de su inmensa bondad, nos inspiraría mas temor que confianza, mas respeto que amor. Pero al verle sujeto á la condicion mas penosa y mas humillante de nuestra naturaleza; al verle probarnos hasta ese punto su perfecta semejanza, y su tierna comiseracion por nosotros, nos atrevemos á presentarnos á él, á postrarnos á sus pies sin temor, á arrojarlos en sus brazos con una entera seguridad, á hablarle con la confianza mas íntima y la mas estrecha familiaridad como á nuestro igual, á nuestro verdadero amigo, á nuestro padre y á nuestro Salvador. (*Ja.*) Y por consiguiente, la muerte de Jesucristo es tambien el fundamento y el motivo de nuestra esperanza y de nuestro amor.

Finalmente, si un capitán no se arroja el primero al combate, no comunicará á sus soldados el valor necesario para acometer al enemigo. Si un padre no entra primero en la mar, no decidirá á su pequeño hijo á meter sus tímidos pies en el agua. Si un pastor no va delante de su oveja, todavia joven, ó no la lleva en sus brazos, no podrá conseguir que ella, entre sola en la espesura del bosque. Del mismo modo, si Jesucristo no nos hubiera precedido como cabeza, como modelo y como guia en el sendero de la muerte, temeríamos, en ese terrible instante, caer en un abismo sin fondo y quedar sepultados en él para siempre. Nos veríamos poseídos de un horror indecible por el temor de encontrarnos rodeados de fieras crueles, en el tránsito tenebroso del tiempo á la eternidad. Así pues, Jesucristo que muere por nosotros y con nosotros es el capitán que nos inspira el valor necesario para recibir con intrepidez al enemigo terrible de la especie humana, la muerte; es el nuevo Jonas que nos escita con su ejemplo á arrojarnos intrépidos al mar interminable de los años sin fin, seguros de que hemos de salir de él vivos y con una vida inmortal; es el buen pastor que toma en sus brazos nuestra alma tímida, la escuda con su ternura, y con su poderosa voz

ahuyenta al lobo infernal que quiere apoderarse de ella, la hace atravesar sin peligro y sin temor la horrible soledad de la muerte, infestada de serpientes insidiosas y de bestias feroces devoradas por el hambre, y la conduce, como á una oveja ahortunada, á las dulces praderas y á los celestiales pastos de la eterna bienaventuranza.

Hechos fuertes por este sublime ejemplo, no por eso debemos dejar de ser humildes. Al ahuyentar de nuestra alma las angustias del terror debemos procurar no abandonarnos á una seguridad presuntuosa. Así como nuestra miseria no debe disminuir nuestra confianza, del mismo modo el exceso de la confianza no debe ahogar enteramente en nosotros el temor saludable nacido del conocimiento de nuestra indignidad y de nuestra flaqueza. Este santo terror debe servirnos de guía, como nos lo aconseja el Apóstol, para trabajar en nuestra salvación, (*Philip. 2.*) á fin de que podamos coger de estos santos temores de la vida, como de un árbol precioso, el delicioso fruto de la verdadera confianza y de la venturosa tranquilidad de la muerte (*Eccli. 1.*)

No nos hagamos ilusión, hermanos míos, el valor y la indiferencia que los pecadores endurecidos, los impíos y los incrédulos manifiestan algunas veces en el momento de la muerte, no es otra cosa que el terror de la desesperación, un odio frío de sí mismos, oculto bajo la máscara de una calma afectada. Al verlos se diría que su semblante está sereno, pero el espanto está en su corazón; ellos se parecen á esos mares cuyo fondo está tanto mas agitado por corrientes opuestas, cuanto mas tranquila está su superficie. (*Is. 57.*) ¡Ay! mas les valiera temblar en esa hora suprema, que manifestar una calma tan espantosa y tan funesta. El verdadero valor, la verdadera confianza del cristiano en el momento de su muerte es el fruto de la inocencia ó de la penitencia de su vida. La paz verdadera nace entonces de la humilde fe en la verdadera religión, y no de las opiniones flotantes de la filosofía humana. La muerte del pecador, del enemigo de Dios, del blasfemador, del apóstata de la fe y de la ley de Dios, sean cualesquiera las apariencias, es siempre funesta: *Mors peccatorum pessima*. Solo la muerte de los justos, de los fieles, de los santos, es verdaderamente dulce y feliz, porque recibe el verdadero valor y los verdaderos consuelos del misterio de la muerte de Jesucristo, y aunque algunas veces parece dolorosa y humillante al jolico de los hombres, es siempre preciosa á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*.

SEGUNDA PARTE.

Dios habia anunciado por su profeta que á la muerte del Mesías obraría prodigios inauditos y estupendos, y que trastornaría el cielo y la tierra. (*Aggei. 2.*)

Esta profecía se cumplió literalmente. Apenas el Redentor espiró en la cruz, cuando el velo del templo, como dicen los evangelistas, se dividió en dos partes, desde arriba hasta abajo, por una mano invisible y con un ruido inmenso. (*Matth. Luc.*) Las espesas tinieblas, que tres horas antes se habian espesado sobre la tierra, se disipan, y el sol sale mas brillante de su eclipse sangriento. La tierra se conmueve, las rocas se despedazan, las tumbas se abren y los muertos resucitan: *Et tenebra factae sunt in universum terram usque ad horam nonam.* (*Luc.*) *Et terra mota est, et petrae scissae sunt, et monumenta aperta sunt: et multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt.* (*Matth.*)

Notad bien la expresión: « Y ved aquí » que el historiador sagrado hace suceder inmediatamente á esta: « Espiró: » *Espiravit, et ecce*. Ella tiene por objeto indicar que todos esos prodigios sucedieron precisamente en el instante mismo en que el Salvador exhaló su alma santa; que tuvieron relación con su muerte; que fueron el efecto, la consecuencia y la prueba de ella; y que no fueron fenómenos de la naturaleza, sino milagros de la omnipotencia de Dios, obrados por la gloria del ilustre difunto; en una palabra, para hacer reconocer y adorar en Jesús de Nazaret, muerto en un infame patibulo como el mas criminal de los hombres, al verdadero y augusto Hijo de Dios, al Señor y al arbitro del universo, al Mesías y al Salvador del mundo.

Y como dudar en efecto, dice S. Gerónimo, que unos prodigios tan grandes, tan nuevos y tan variados, y efectuados todos á un mismo tiempo, no fuesen un acto solemne por el que los cielos, la tierra y todos los seres creados reconocían en Jesucristo á su Señor y su Dios? (*Hieroni.*) Además, según San Máximo, todo este desorden de la naturaleza sensible que, conmovida y trastornada hasta en sus fundamentos parecia querer volver á la nada, fué como una explosión unánime del dolor que esperimentaron todas las criaturas, al ver espirar á su Criador en un infame patibulo. (*Serm. de Pass.*) Y, qué cosa mas justa y mas conveniente, añade S. Leon, que los elementos manifestasen que querían morir tambien en compañía del

artífice divino que los había formado, y que el universo entero diese, por esta resolución general, un testimonio público de que Jesucristo era el autor y el criador del mundo? (*De Pass.*)

¡Oh! cómo resplandecen en estos prodigios la sabiduría, la majestad, la grandeza y el poder de Dios! A la manera que un gran rey respicea los ultrajes que le hacen unos viles esclavos, a que, no queriendo bajarse a responderles, deja al último de sus ministros el cuidado de responder por él; así Jesucristo no creyó propio de su dignidad responder, mientras vivió, a los Judíos que le insultaban y le blasfemaban en la cruz; mas apenas entregó su espíritu, cuando les respondió de una manera digna de Dios, por el trastorno de toda la naturaleza. De modo que, como dice S. Leon, los prodigios que acompañaron la muerte del Redentor no fueron otra cosa que la respuesta de hecho que el cielo y la tierra se encargaron de dar en su nombre a los estúpidos y colardes imprecaciones de los Judíos; respuesta magnífica, sorprendente, capaz de imponerles silencio, de confundirlos y humillarlos, porque ella les prueba que Jesucristo era realmente el Hijo de Dios; porque ella los convence de un horrible delicto, y los entrega a la execración universal. (*Serm. X de Pass.*)

Sin embargo, así como Jesucristo ejerció un doble misterio con respecto a los dos malhechores crucificados con él, el de absolver y salvar, y el de condenar y castigar; así también los prodigios que se siguieron su muerte tuvieron un doble fin y un doble objeto: a saber, el manifestar la indignación del cielo contra los Judíos, y el de anunciar la clemencia divina para con los Gentiles; ellos fueron a un tiempo mismo reconvencciones terribles y dulces promesas de consuelo y de alegría, que los hicieron entrever los efectos saludables que esta muerte preciosa debía producir en el mundo.

En efecto, el velo del templo ocultaba a los ojos de todos el arca que encerraba las tablas de la ley y el maná prodigioso. Pues bien, Dios descubrió ahora a todos lo que, bajo las penas mas severas, había prohibido ver aun a los mismos sacerdotes; el mismo desgarró este velo y lo hizo caer a pedazos en el momento en que Jesús espira, y de esta modo nos da a conocer, dice S. Agustín, que por el mérito de esta muerte todas las sombras que ocultaban las Escrituras santas estaban desechas, y que todo lo que en el antiguo Testamento era misterioso e incomprensible se encontraba ya manifestado e inteligible a todos por virtud del misterio de la cruz. (*Serm. CCC. de Sanct.*) En efecto, en el momento en que este velo se rompió, prosi-

gue S. Gerónimo, todos los misterios de la antigua ley, ocultos hasta aquel día, se llenaron de claridad y pasaron a los Gentiles. (*In Matth.*)

El velo del templo ocultaba al pueblo el segundo tabernáculo, y todos los sacrificios que se ofrecían en él. Pues bien, desgarrando Dios este velo a la hora en que Jesucristo exhala su último suspiro, es decir a la hora en que se le ofrecía con el incienso el sacrificio del cordero, indicó de una manera palpable que por la inmolación del verdadero Cordero de Dios, por la consumación de su sacrificio, había cesado el uso del tabernáculo; que la importancia y la majestad del templo habían caído, que todas las ceremonias de la ley estaban abrogadas, el sacerdocio de Aaron estaba destruido y los sacrificios figurativos se habían hecho vanos y sin efecto.

El velo del templo ocultaba el Santo de los santos, lugar venerable, augusta y tremendo, en el que, a excepción del gran sacerdote á quien estaba permitido entrar una vez al año, nadie podía penetrar bajo pena de muerte; y esto para significar, como dice S. Pablo, que el cielo, cuya figura era el Santo de los santos, se había hecho inaccesible a los hombres por causa del pecado. (*Hebr.*) Así pues, cuando Dios destruyó el velo que prohibía acercarse al Santo de los santos, cuando dejó la entrada libre á todos, en el momento en que Jesús espiraba, nos hizo patente, dice Teófilacto, la grande y consoladora verdad de que la muerte del Redentor destruyó la enemistad de Dios y el pecado que nos había cerrado el cielo para siempre; y que desde aquel momento las puertas del eterno santuario de Dios se abrieron a los hijos de los hombres. (*In Luc.*) De modo que, según la reflexión de S. Pablo, habiendo Jesucristo rasgado el velo que nos ocultaba el rostro de Dios, cuya figura era el que ocultaba el rostro de Moisés, podemos ser admitidos en adelante en el Paraíso para contemplar allí al descubierto la majestad y la gloria del Eterno. (*II. Cor. 3.*)

Los demás prodigios, aun en su misma realidad, no son menos misteriosos y proféticos. El eclipse del sol y las espesas tinieblas que se extendieron sobre la tierra significaron la ceguedad profunda en que habían caído todos los pueblos del mundo relativamente á Dios, verdadero sol que ilumina las almas, y respecto al Medidor prometido á los hombres. Ellas indicaron también, en el concepto de S. Cirilo, las tinieblas penales con que serían castigados los Judíos por haber crucificado al Dios Salvador. (*Caten. in Luc.*) Y en cuanto á la luz que principió á brillar de nuevo, en cuanto al sol que desde su disco de oro arrojó sobre Jesús ya muerto unos rayos

mas vivos aun que antes, representaba de una manera sensible que la luz espiritual del conocimiento del verdadero Dios volvería á aparecer en el mundo; que la cruz, despues de haber estado envuelta por algun tiempo en la oscuridad de la ignominia, brillaria en las naciones con un esplendor nuevo, y que el verdadero sol de justicia, Jesucristo, seria reconocido, creído, amado y bendecido en todo el mundo.

Los sacudimientos terribles que conmovieron entónces el globo anunciaban la destruccion de Jerusalem, la ciudad deicida, en la que, segun la profecia del mismo Jesucristo, *no debía quedar piedra sobre piedra*; y al mismo tiempo hicieron presentir la sorpresa, la agitacion y el trastorno de toda la tierra, cuando se le anunciase el misterio de Jesus crucificado; la sublevacion de los príncipes y de los pueblos, para detener el curso de la predicacion evangélica; los horrores de las persecuciones, la lucha de los mártires, la caída de la idolatría, y el establecimiento de la Iglesia, que debía conmovier los tronos, agitar todas las naciones y mudar la faz del universo, segun estas palabras del profeta rey: « El Señor ruina, tiemblen los pueblos; el está sentado sobre los querubines, muévase la tierra. » (Ps. 98.)

Respecto á las piedras que se hacen pedazos, en tanto que ceñan en cara á los Judios su terquedad en permanecer ellos solos insensibles á la muerte del Redentor, llorada por toda la naturaleza inanimada, son tambien, segun Sto. Tomás, una profecía admirable, y significan que la misma fuerza de Dios, que ha despedazado las rocas de la tierra, romperá con la misma facilidad los corazones empedernidos de los hombres y los ablandará con la accion de su gracia; (3. p. 2. 44. a. 4.) y que así se cumplirá el oráculo pronunciado por el mismo Salvador, de que Dios manifestaría su poder haciendo salir del seno de las piedras, es decir de los pueblos del Gentilismo, hijos de Abraham, herederos de su fe y participantes de sus recompensas: *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abraham.* (Matth.)

Finalmente, Jesucristo habia declarado que tenia, lo mismo que su Padre, el poder de vivificar y de resucitar los hombres, no solo interiormente y en cuanto al alma, sino tambien exteriormente y en cuanto al cuerpo: *Sicut enim Pater suscitavit mortuos, et vivificat: sic et Filius quos vult, vivificat*; (Joan. 5.) pues bien, las tumbas que se abren y los muertos que resucitan, cuando Jesus muere, son la prediccion, la esperanza y el signo de la doble resurreccion que

experimentaran todos los hombres por los méritos infinitos de la muerte del Redentor.

¿Y no hemos visto en efecto, esclama S. Gerónimo, todos esos prodigios del orden corporal renovarse de una manera mas sorprendente aun en el seno de muchas naciones idolátras convertidas á la verdadera fe, que reconociendo y sirviendo á su criador, de tumbas que eran llenas de huesos y de podredumbre se han hecho vasos de eleccion y de vida? (In Matth.)

Yo diré mas: esos prodigios de gracia, figurados por los que brillaron en el orden de la naturaleza y rodearon la muerte del Mesias de gloria y de magnificencia, resplandecieron á los ojos de todos en el Calvario mismo, en torno de la cruz en que estaba pendiente aun el sagrado cuerpo del Salvador.

En el Gólgota se hallaba un Centurion con una compañía de soldados á sus órdenes. Encargado de hacer ejecutar la sentencia de muerte pronunciada contra Jesucristo, y obligado á cuidar de todo y á observarlo todo, se habia colocado en frente de la cruz, con los ojos fijos en el Crucificado. (Matth. Marc.) Testigo por consiguiente de la paciencia con que Jesus sufre, de la generosidad con que perdona, de la mansedumbre con que escucha, de la dulzura de sus respuestas, del religioso fervor de su oracion, de la autoridad de su precepto, del tono sobrenatural de su voz, de la fuerza, de la confianza y de la calma de su muerte, encomendando su alma á Dios como á su Padre; el Centurion queda poseído de admiracion. Por consiguiente, dispuesto así á la luz y á la gracia divina, cuando al ultimo suspiro del Señor siente la tierra temblar bajo sus piés, y ve el trastorno de toda la naturaleza, no duda ya que el que habia muerto, como el mas criminal de todos los hombres, era verdaderamente el Hijo de Dios, santo e inocente.

Y como la fe que salva es aquella que, teniendo principio en el corazon, se manifiesta exteriormente por la confesion y por las obras, el bravo militar, en el arrebatado de un santo terror, de una fe viva, de una ardiente caridad y de una contricion sincera, prorrumpe primero en llanto, y despues comienza á gritar en voz alta: « Yo reconozco y confieso que este hombre crucificado era verdaderamente justo. Yo reconozco y confieso que este que no parecia mas que un simple mortal era verdaderamente el Hijo de Dios. » Ademas, á ejemplo del capitán, los soldados, testigos como el de este espectáculo, y poseidos del mismo terror y aun mas todavía iluminados por la misma luz dóciles á la misma gracia, prorrum-

dieron como él en gemidos, mostraron el mismo arrepentimiento, é hicieron la misma confesión. (*Matth. Marc. Luc.*)

¡O confesión! ¡o prodigio! El esforzado Centurion habia oído los insultos y las blasfemias con que el pueblo y los sacerdotes mismos echaban en cara á Jesucristo haber usurpado el título de Hijo de Dios: *Dicit enim quia filius Dei sum.* Así pues, al exclamar: «Verdaderamente este hombre era justo.... Ciertamente este hombre el Hijo de Dios,» es como si hubiera dicho á los sacerdotes y al pueblo: Es en vano, hombres perversos, que os obstineis en mirarle como un criminal; á pesar vuestro yo le reconozco santo é inocente, Es en vano que le despreciéis como al último de los hombres; yo le proclamo verdadero Dios como el mismo Dios de quien es Hijo; vosotros le negáis, y yo le confieso; vosotros le acusáis, y yo le defiendo; vosotros blasfemáis de él, y yo le alabo; vosotros le insultáis, y yo le adoro: *Vere filius Dei erat iste.*

Mas esto era acusar públicamente á los sacerdotes deicidas; esto era tratar de injusto al gobernador, vituperar el apoyo que el habia prestado á la ejecución de una sentencia inicua, provocar contra sí el odio de una facción poderosa, esponerse á perder su grado, á incurrir en la prision y en la muerte, y todo esto por dar testimonio á un muerto que no puede ya apreciar su generosidad ni recompensar su valor. ¡Ah! el Centurion nada teme; él está dispuesto á sacrificarlo todo y aun á salir al encuentro á los tormentos por la confesión, y el amor de Jesucristo. Él no se ruboriza de los oprobios del Crucificado; él no se escandaliza de ver que ha muerto, porque le cree todavía vivo; porque aunque le ve todavía clavado en el infame patíbulo, le cree reinando en los cielos, y porque bajo los despojos humillados del hombre le reconoce por el verdadero Hijo de Dios: *Vere filius Dei erat iste.*

¿Y qué dire de los soldados? no cñeron la frente del Salvador, después de haberle azotado en el pretorio, con una dolorosa corona de espinas; no pusieron en sus manos una caña por cetro, y echaron sobre sus hombros un andrág de púrpura á manera de un manto real? No le azotaron con sativas; no le hirieron con azotes y le escarnecieron sacrilegamente como un rey de burlas? Ellos mismos son tambien los que en el Calvario le han emponzonado con hiel, le han maltratado y crucificado, y los que, después de haber jugado sus vestidos, por una burla atroz, han insultado tambien su paciencia y su dolor. Y vedles ahora transformados en otros hombres, reparando sus blasfemias contra Jesus con sus bendiciones, su fero-

cidad con su compasion, sus ultrajes con sus alabanzas, sus desprecios con su confesion, en una palabra, todas sus iniquidades con un arrepentimiento sincero.

¿Y quien ha podido iluminar unos espíritus tan elegos, mover á contrición unos espíritus tan duros, amansar esos monstruos de crueldad y de barbarie, y hacer en un momento de esos verdugos de Jesucristo los primeros creyentes de sus misterios, los primeros apologistas de su inocencia y los primeros apóstoles de su divinidad? ¡Ah! este cambio tan instantaneo y tan solemne no ha podido efectuarse sino por la mano de Dios: *Hinc iuvantio dextera Excebi.* ¡O poder del Crucificado! ¡o tierno Jesus! ¡cuán bella es esta victoria en la que vuestra gracia convierte á tan grandes criminales y en la que vuestro amor perdona un crimen tan atroz!

Observad sin embargo, que el Centurion y los soldados eran idólatras. ¡Que espectáculo tan prodigioso! dice S. Leon; mientras que los sacerdotes judíos, adoradores del verdadero Dios y tan versados en la ciencia divina, se obstinan en negar la divinidad del Mesías que les estaba prometido, que ellos esperaban, y que habia venido por ellos especialmente, mientras que vomitan la blasfemia y el insulto contra el Hijo de Dios, su Salvador; los soldados romanos, nacidos en el seno del Gentilismo, imbuidos en los errores de su educación, llenos de vicios, culpables de muchos excesos, sin conocimiento del verdadero Dios ni de sus misterios, de sus Escrituras ni de sus promesas, se convierten en un instante y glorifican al verdadero Dios comprendiendo y confesando el misterio de su Unigénito Hijo.

Así pues, dice el venerable Beda, ved ahí las primicias y los precursores de la humildad, de la docilidad y de la prontitud de los Gentiles en escuchar la predicacion evangelica y en someterse al yugo de la fe. Ved ahí una admirable profecía que anuncia que la verdadera creencia pasará muy pronto de la sinagoga á la Iglesia, de Jerusalem á Roma, y que Roma, á despecho del silencio y del furor de Jerusalem, confesará á Jesucristo Hijo de Dios. (*In Luc.*)

O Rom, tú tomaste desde entonces posesion de esta fe, porque un gobernador romano fué el primero que proclamó á Jesucristo como el Mesías y el Salvador; un Centurion y unos soldados romanos fueron los primeros que le reconocieron, le confesaron y le ofrecieron sus adoraciones; ¡Dichosa tú sí, como fuiste la primera en reconocerle, en persona de sus representantes, te muestras siempre la mas fiel en servirle, la mas fervorosa en amarle y la mas celosa en hacerle conocer, amar y servir en todo el mundo!

Observad que Roma principió desde el Calvario á ejercer esta bella mision, anunciando á Jesucristo al mismo pueblo deicida, y obligándole á adorar á su Redentor. Porque S. Lucas refiere que todo los Judíos que habian asistido al espectáculo de la crucifixion mofándose de Jesucristo, atraídos despues por el ejemplo del Centurion y de los soldados romanos, abrieron sus almas al arrepentimiento, confesaron por Hijo de Dios y Salvador al mismo Jesus de quien habian blasfemado hasta entonces, y volvieron del Calvario con la cabeza baja, los ojos inundados en lágrimas y dándose golpes de pecho en señal de dolor y de penitencia: *Et omnis turba eorum, qui simul aderant ad spectaculum istud, et videbant quae fiebant, percutientes pectora sua revertentur.* (Luc. XXIII.)

¡O prodigio! el Gólgota, cuyos ecos habian repetido hasta entonces las risas sacrilegas de insulto y los gritos de blasfemia contra Jesucristo, resuena ahora y repite á lo lejos los acentos de sus alabanzas y los gemidos de penitencia, y el lugar envilecido por el suplicio de los criminales se transforma en un templo de Dios, en un santuario de la oración!

¡O confusion! ¡o penitencia! ¡cuanta humildad, cuánto recogimiento, cuánto fervor en estos nuevos penitentes! Ellos no abrumen con sus reconvenções á los sacerdotes que los han seducido, ellos no acusan al injusto gobernador que ha cedido con tanta ligereza á sus exigencias; por el contrario, ellos reconocen y detestan como un crimen personal el enorme atentado que han cometido contra el Salvador, pidiendo con horribles amenazas su crucifixion y su muerte. Ellos hacen recaer la culpa sobre sí mismos, y piden públicamente perdon de ella á Dios y á los hombres: *Percutientes pectora sua.* Mas este perdon no lo esperan sino del mismo Jesus á quien han crucificado, del mismo Hijo de Dios de quien han blasfemado; confesando de ese modo que su misericordia es infinita, supuesto que puede salvar con su sangre á los mismos que la han derramado, y vivificar con su muerte á los mismos que se la han dado.

¡Ay! amados hermanos, los Judíos no fueron los únicos culpables de la muerte de Jesucristo. Todos nosotros cooperamos á ella con nuestros pecados, supuesto que el Redentor la sufrió para expiar los crímenes de todos: *Altitus est propter scelera nostra.* (Is.) Debemos pues recordarla con los mismos sentimientos que manifestaron esos buenos soldados y esos buenos Judíos que la presenciaron. Por consiguiente, humillados, confundidos y afligidos por haber con-

tribuido con nuestros extravíos los mas deplorables á la dolorosa pasion y á la muerte cruel de nuestro Salvador; humillados, confundidos y afligidos por haber respondido á su ternura con el olvido de su bondad, el abuso de su gracia, la violacion de su ley, la profanacion de sus misterios, el escándalo de sus fieles y el menosprecio de su Religion; humillados, confundidos y afligidos por no haber reconocido sus beneficios sino con nuestros ultrajes, y su amor con nuestro odio, debemos salir de este santo templo, y volver á nuestras casas dándonos golpes de pecho, ó al menos escitando en nuestros corazones un dolor sincero de haber sido tan ciegos, tan insensatos y tan ingratos á vista de tanto amor: *Percutientes pectora sua revertentur.* Es necesario tambien que procuremos, á ejemplo de los penitentes del Calvario, morir á nosotros, volver sinceramente á Dios, y principiar á vivir como verdaderos cristianos, como verdaderos creyentes y como verdaderos discípulos de Jesucristo que se dignó darse todo á todos y morir por todos; á fin de que, preparándonos para nuestro tránsito con una vida conforme á la de los santos, podamos alcanzar de la misericordia divina la gracia de morir con la muerte de los justos: esta es la suerte mas feliz que puede tocar al hombre, así como tambien el espectáculo mas agradable á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* Así sea.

CONFERENCIA TRIGÉSIMA SEGUNDA.

La Sepultura de Jesucristo.

Conque consummasset omnia quae de eo scripta erant, deponentes eum de ligno, posuerunt eum in monumento.

Y después que cumplieron todas las cosas que estaban escritas de él, le quitaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro.

(Act. XIII.)

Parece extraño e inconcebible a primera vista que Dios, según la narración del Génesis, después de haber terminado en seis días la creación del mundo, descansase al séptimo, como el que está fatigado de una obra grande y trabajosa. En efecto, como el poder infinito que, según las palabras de Jesucristo en el Evangelio, crea á cada instante millares de almas, reproduce á cada momento una infinidad de seres nuevos, y les conserva la existencia, obra sin cesar después de tantos siglos, sin fatigarse jamás, *Pater usque modo operatur, et ego operor* (Joan. 5); ¿cómo, repito, esta potencia infinita se había de cansar con solos seis días de trabajo de tal manera que tuviese necesidad de reposo?

La oscuridad de este pasaje proviene de que se atribuye solo á Dios, como Dios, lo que es propio del Hombre-Dios, de que se quiere entender de lo pasado lo que es una profecía brillante de lo futuro, y de que se aplica á la figura lo que solo se verifica literalmente en el que es la realidad. El mismo Dios que creó el mundo fué el que lo reparó. La misma sabiduría eterna, que en otro tiempo formó al hombre en el sexto día, le rescató precisamente en el sexto día, muriendo por él: *Sexta die quo hominem fecerat, pro eodem passus est* (A. Lap.); con la diferencia sin embargo de que mientras que la creación del mundo fué como un pasatiempo, como un juego del poder divino, *Ludens in orbe terrarum* (Prov. VIII), la redención fué un verdadero trabajo, fué la obra de Dios por elección, *Domine opus tuum in medio agnovimus* (Habac. III); mientras que la creación fué el efecto de uno precepto general, de una palabra ema-

nada de Dios con una especie de indiferencia, *Ipse dixit et facta sunt* (Psalm.), la redención fué un trabajo penoso y largo, una verdadera fatiga para el divino artífice que la llevó á efecto, *Laboravi sustinens* (Is. 1. *In laboribus à juventute mea* (Ps. 87.))

Efectivamente, mas trabajo costó á Jesucristo disipar las tinieblas de la idolatría que erar la luz; mas trabajo para destruir los velos que para producir los brutos; mas se afano para reparar en el hombre la imagen de Dios desfigurada por el pecado que para formarla la primera vez. Así pues, dice S. Agustín, al revelarnos la Escritura que Dios, en cuanto Dios, descansó al séptimo día después de acabada la obra de la creación, quiso anunciar de antemano que el Hombre-Dios descansaría en la tumba al séptimo día, después de haber consumado la obra mucho mas sublime é importante de la Redención del género humano: *Diem quo Christus erat in sepulchro quieturus hoc modo pronuntiavit dicens: et requievit die septimo ab universo opere quod patrarat*. (De Gens. ad lit.)

Ved aquí por que la historia del reposo del Dios Criador se lee el sábado santo bajo el título de *profecía*, porque ella es en efecto una profecía del reposo del Dios Redentor; y porque este misterio debía cumplirse en sábado, fué por lo que los Judíos celebraron siempre el sábado como un día de grande solemnidad: *Erat enim magnus dies illo sabbati*. (Joan. 31.) Si el misterio de la sepultura de Jesucristo es tan importante como el de su muerte y el de su Resurrección, porque es la prueba de la una y de la otra, y porque las une á las dos para formar de ellas un grande y profundo misterio. Así es que en el símbolo de los apóstoles se hace mención espresa de ella: *Fuè crucificado, muerto y sepultado*; y S. Pablo, en sus famosos discursos á los Judíos, en los que refería la historia de la Redención, llamaba particularmente su atención sobre este misterio, diciéndoles: «Después que los discípulos hicieron todo lo que estaba escrito de él, le bajaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro: *Cum consummasset omnia quae de eo scripta erant, deponentes eum de ligno, posuerunt eum in monumento*. Meditemos pues en el día de hoy sobre los misteriosos secretos encerrados en estas sencillas palabras, apenas consideradas por los cristianos; encontremos en ellas motivos para instruirnos cada vez más, y para abrasarnos en el amor de Dios que murió por nosotros.

Suspended por un instante, o José y Nicodemus, la obra de vuestra piedad. Un momento todavía antes de bajar de la cruz el cuerpo sagrado de Jesucristo, á fin de que nos prosternemos delante de ese

altar augusto en tanto que la víctima esta todavía en él, y tributamos á la víctima y al altar nuestro homenaje y nuestras adoraciones. Si, cruz adorable, en tanto que pende todavía de vos el precio de la Redención y la esperanza del mundo, prosternados delante de vos, os adoramos, y os suplicamos rendidamente que dejéis caer sobre nuestras pobres almas una sola gota de esa sangre divina con que fuisteis regada, para que borre en nosotros las manchas del pecado, nos alicente la gracia y el perdón, acreciente nuestros méritos y nos asegure las recompensas eternas: *O cruz, aze, spes unica! hoc passionis tempore; piis adauge gratiam, reisque dele criminibus.*

PRIMERA PARTE.

La flor de Nazareth habia inclinado ya sobre su tallo su cabeza lánguida. El autor de la vida habia sufrido voluntariamente la muerte mas cruel. Jesucristo habia consumado ya el grande é incomprendible misterio de su caridad y de nuestra salvacion; y de su corazon amoroso, atravesado de parte á parte por una lanza cruel, del seno del nuevo Adán, que dormia un sueño de muerte, habia nacido ya, purificada en su sangre, cubierta del rocío de su gracia y rica con sus méritos, la nueva Eva, brillante y gloriosa, la Iglesia. (*Ephes. 5.*) Y sin embargo, ¡o indiferencia, o cobardía de los discípulos! Ninguno de ellos se presenta para tributar los últimos deberes al cuerpo adorable de su Divino Maestro; del mismo modo que le habian abandonado cuando estaba vivo al furor de los soldados en el huerto de Getsemani, así tambien despues de su muerte le abandonan en el Calvario al furor de los Judios que ya se disponen á insultar estos divinos despojos, sepultándolos sin consideracion alguna al pié del Gólgota en la fosa comun de los ajusticiados.

Pero no temáis, hermanos míos; este cuerpo tan puro que veis suspendido en la cruz todo acendrado y sangriento, aunque separado del alma santa que le animaba, está todavía, lo mismo que su alma, unido á la persona del Verbo. El Padre Eterno vela sobre los preciosos despojos de su Hijo. Los ángeles, que le forman un cortejo invisible con sus innumerables legiones, le defienden al mismo tiempo que le adoran. Ahora, que el sacrificio se ha cumplido y que el tiempo de las humillaciones ha pasado, no será permitido á nadie ultrajarle. La rabia de los Judios no puede conseguir romperle las piernas (*Juan. XIX, 32*), porque Dios habia dicho que no se rompería un hueso á su cordero (*Ibid. 36*); ella no podrá tam-

poco profanar su carne inmaculada, confundiéndola con las carnes impuras y corrompidas de los pecadores, porque ha dicho tambien que no permitirá que el Santo por escelencia vea la corrupcion. (*Ps. 15.*) La misma virtud divina que habia burlado la primera intencion de los Judios burlará tambien esta.

No debéis escandalizaros tampoco de la conducta de los apóstoles. Dios permitió esta monstruosidad de parte de los hombres para hacerla servir, como sirve en efecto de una manera admirable, á un profundo designio. Si los apóstoles, observó S. Ambrosio, hubiesen cuidado del cuerpo inanimado del Salvador, nadie hubiera impedido á la malicia de los Judios decir que los apóstoles no le habian sepultado, sino que le habian ocultado; supuesto que, á pesar de que fué realmente sepultado, se atrevieron á afirmar que los apóstoles le habian robado. Era necesario pues que este entierro, al que estaba unida la verdad de la Resurreccion del Señor, se ejecutase de una manera pública y solemne, y por hombres de distincion, pertenecientes al mismo Sanhedrin, y sobre los que no pudiese recaer la menor sospecha de traicion ó de supercheria: *Ut domesticis Judaei revinceretur testimonio. Nam si apostoli sepelissent, dicerent utique non sepultum, quoniam sepultum, reaptum esse dixerant.* (In Lat.) Pues bien, tales fueron los personajes á quienes Dios inspiró el pensamiento y el valor de dar sepultura al cuerpo de su divino Hijo.

El uno de ellos fue José, originario de Arimatea, y que habitaba en Jerusalem, distinguido por la nobleza de la sangre y por sus riquezas, y condecorado con las mas altas dignidades, pues que era uno de los setenta magistrados que componian el consejo supremo de los ancianos del pueblo. Este José era tambien uno de los diez senadores que, bajo el gobierno de los Romanos, ejercian la mas ilimitada autoridad (*Luc. XXIII, 40*); él era tambien discipulo de Jesucristo, pero en secreto, porque temia á los Judios. (*Juan. XIX, 38.*) Sin embargo, este temor no era cobardía; José era hijo de la prudencia evangélica que oculta la verdad para hacerla triunfar en tiempo oportuno, y no de la política mundana que la niega y la oprime. En efecto, no solo no se habia asociado á los designios del Sanhedrin, sino que habia protestado contra la injusta condenacion del Salvador. (*Luc. 23.*) Esta es la razon porque el Evangelio hace de él un elogio igual al del santo viejo Simeon, llamándole hombre sencillo y justo que esperaba con una fe viva el reino de Dios y la Redencion del mundo. (*Ibid.*) El reunia pues la fe mas pura ó la piedad mas sincera, y la prudencia al valor, supuesto que el valor sin la

prudencia se convierte en audacia, y la prudencia sin el valor es cobardía. Así pues, mientras que la presunción de los apóstoles degenera en temor en el momento del peligro, la prudente reserva de José y la humilde desconfianza con que se preparaba por medio de la oración a confesar á Jesucristo, cuando llegase el tiempo oportuno, se convirtieron en valor. Tal es el hombre que la Providencia ha elegido en sus sabios consejos, dice el venerable Beda, para la alta misión con que los mismos ángeles se hubieran creído honrados, de dar sepultura al cuerpo del Hijo de Dios; es decir, un hombre que reunía en sí la grandeza de la autoridad y la grandeza de las virtudes, o fin de que su autoridad le permitiese ejercer entre los hombres el noble ministerio que su virtud le había merecido de parte de Dios: *Talem autem esse decebat, qui corpus Domini sepeliret, qui per nobilitatem potentie secularis facultatem posset obtinere ministrandi, et per justitiam meritorum tali ministerio dignaretur.* (In Marc.)

José cree que ha llegado el momento en que es necesario que el discípulo de Jesucristo se declare y nose ruborice de su Maestro; él se presenta pues á Pilatos con un aire intrepido y un corazón resuelto: *Intrebit audacter ad Pilatum* (Marc. 47), y sin temer la política del gobernador, mas inhumano aun que su crueldad, le dice: Sabe que yo soy también discípulo de Jesucristo y me honro de serlo. En esta virtud vengo á perderte su cuerpo; él me pertenece y yo lo cuido: *Petit ut tolleret corpus Jesu, eo quod esset discipulus Jesu*; (Luc. 23; Joan. 38.). Pilatos, sorprendido y confuso al oír esta libertad del lenguaje, no le objeta que el cuerpo de un ajusticiado pertenece á la justicia pública, y que un simple particular no puede tener derecho á reclamarle. Solo se contenta con mandar llamar al Centurion, encargado en asistir á la sangrienta ejecución del Calvario, é informarse de si el Jesus estaba efectivamente muerto; permitiéndolo Dios así, para que la certeza de esta muerte, que nos ha dado la vida, quedase mas consignada con respecto á nosotros. Despues de haber oído Pilatos de la misma boca de este testigo fiel, que Jesus habia espirado realmente lanzando un gran grito, mandó que el cuerpo de Jesus se entregase á José, á quien en cierto modo hizo un regalo de él: *Pilatus jussit reddi corpus; dignevit corpus Joseph* (Matt. 26; Marc. 45). [Regalo magnifico!; precioso tesoro! ¡Oh!; quién podría expresar el gozo santo de José al verse depositario y árbitro del cuerpo de su Señor! Con mucha razón dice el Evangelista, como observa S. Ambrosio, que este hombre afortunado era

rico; porque, ¿cómo no ha de ser rico el hombre que posee á Jesucristo? *Merito dices hic dicitur, ubi corpus accepit Christi.* (In Luc.)

El generoso Nicodemus se asocia al intrepido José en este piadoso deber; él lleva una composicion exquisita de mirra y de aloé, como unas cien libras, para embalsamar, segun costumbre, el cuerpo del Señor. (Joan. XIX. 39.) Cualquiera otro que José se hubiere ofendido de esta generosidad, y hubiera dicho: «Guarda tus perfumes. Nicodemus; ¿no soy yo bastante rico para dar aun mas de lo que sea necesario? Yo doy espontáneamente el sepulcro, ¿o puedo tambien dar la mirra. A mí solo es á quien se ha dado el cuerpo, y á mí solo es á quien pertenece proveer de todo lo necesario, o Poro no, una misma gracia ha elegido estas dos almas generosas, una misma caridad y una misma Religion las unen. El piadoso José ve con un santo gozo á su colega en el Sanchedrín asociarse á él para tributar los últimos honores á la sepultura de Jesucristo. Ven, hermano mío, le dice, ven á participar de la gloria que Dios me conceda. Esta gloria es tan grande que aun dividida me queda toda entera. Tu compañía no disminuye en nada mi mérito, siro que lo duplica. Cuando se trata de honrar á Jesucristo, todos los que le aman deben concurrir á ello. o Ten cierto es, hermanos míos, que no hay rivalidades escandalosas ni debates mezquinos y ridículos en las obras de religion, cuando el celo es puro, cuando la caridad del Espíritu Santo es el principio de ellas, y la gloria de Jesucristo es su objeto.

Nicodemus es aquel personaje distinguido que en otro tiempo habia sido de noche en busca de Jesus, (Joan. XIX. 39.) y le habia confesado por Hijo de Dios y Redentor del mundo con estas admirables palabras: « Maestro, nosotros sabemos que vos sois un doctor bajado del cielo, y que habeis venido de Dios, porque no podríais hacer los prodigios que obráis si Dios no estuviera en vos y con vos. » (Joan. III. 2.) Y Jesucristo le habia recibido con bondad, le habia instruido con el amor en el gran misterio de su cruz; (Ibid.) y de este modo le habia iniciado en la gracia y en el honor que debía tener mas tarde de depositarle en el sepulcro.

Mas, así como Nicodemus dividía con José á los ojos de Dios la gloria de ser discípulo de Jesucristo, así tambien ante los hombres tenia como él la justa distincion de ser miembro del gran consejo, principe y anciano del pueblo; O providencia de Dios!; cuán admirable os mostrasteis en los honores de que quisisteis rodear los despojos mortales de vuestro hijo!; cómo supisteis vengar su memoria y su nombre, y confundir el odio ciego y la grosera calumnia de sus

enemigos! Los Fariseos en su insolente orgullo habían dicho hablando del Salvador: «¿Quién es este hombre que se supone el Mesías? ¿Acaso ha creído en él alguno de los príncipes de los sacerdotes ó de los senadores? El no encuentra partidarios sino entre las mujeres, el bajo pueblo y los ignorantes que no conocen la ley, personas todas que, por lo mismo, están como malditas de Dios.» (Joan. VII. 45.) Pero ved aquí que Dios da un mentis solemne á estas palabras insultantes. Ved aquí que dos de los miembros mas ilustres, mas opulentos y mas influyentes, y sobre todo los únicos hombres de probidad, los únicos piadosos del Sanhedrin se declaran abiertamente discípulos de Jesucristo después de su muerte, y tributan á su inocencia y á su divinidad un testimonio público y solemne. A vista de un pueblo inmenso suben á la cruz, que no era todavía el adorno de la diadema de los emperadores, sino solamente un infame patíbulo. Ellos no se avergüenzan de ejercer las funciones propias de los verdugos bajando con sus propias manos al Crucificado. Ellos no temen incurrir en la impureza legal, siendo así que la ley declaraba manchado é inundo á cualquiera que hubiese tocado un cadáver, y se separaba como un escomulgado de la sociedad de los hombres: *Quicumque mortuam tetigerit, polluetur; et erit inmundus.* (Levit. XI.) ¡Ah! esto consiste en que ellos saben que el contacto del cuerpo de Jesucristo no produce impurezas, sino que las borra, no mancha la carne del hombre, sino que purifica su alma. Esto consiste en que ellos son verdaderos discípulos é imitadores fieles de Moisés porque hollando los respetos humanos, y desdendiendo la envidia de sus colegas y la mofa de la multitud, se asocian de corazón, como Moisés lo hizo en otro tiempo en espíritu, á los oprobios de Jesús, y los prefieren á todas las riquezas y á todos los honores del universo. (Hebr. XI.) Estos son los primeros discípulos que se glorían de la cruz, que adoran la cruz, que publican las grandezas de la cruz, y que, previniendo los arrebatos de la generosa caridad de S. Pablo, parece que dicen desde lo alto de la cruz: Nosotros ciframos toda nuestra gloria en esta cruz de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha redimido y salvado, y de la que descendiendo, para propagarse en el mundo, la gracia, la salvación, la resurrección y la vida. (Galat. VI.)

Ved á esos hombres magnánimos, verdaderos pontífices, primicias y modelos del sacerdocio cristiano. ¡Con qué sentimientos de ternura y de respetuoso temor en su corazón, con cuánta modestia, con cuánto recogimiento y con cuánta devoción acercan sus manos

puras para tocar el cuerpo inmaculado de Jesucristo, el tabernáculo de la divinidad!

Ese cuerpo puro, flexible y odorífero, porque no es obra del hombre, sino la obra maestra de la virtud del Espíritu Santo, ese cuerpo exhala en torno suyo un perfume divino, y está como rodeado de una atmósfera celestial. Nicodemo, dice San Buenaventura, quita los clavos y José recibe este cuerpo sagrado en sus brazos, y dichoso con tan preciosa carga lo estrecha contra su corazón.

Maria asiste á este acto de piedad y de religión con el corazón atravesado por la espada del dolor, pero con la frente serena, el semblante tranquilo y majestuoso, y la actitud sublime como convenía á la Madre de tal Hijo. De pie al lado de la cruz, dicen los intérpretes fundados en la autoridad de algunas crónicas antiguas, recibe primeramente en su seno los clavos que atravesaron cruelmente las manos y los pies de aquella Humanidad tan amada de su corazón: *Clavos qui extrahebantur, in sinu suo suscepit.* (Apud Metaph.) Ella recibe igualmente en sus brazos aquel cuerpo adorable, y le coloca en el mismo seno virginal que lo había lactado. Después, toda absorbida en tan sublimes misterios y como en el éxtasis del dolor, estrecha contra su seno la prenda tan amada de sus castas entrañas, y la ofrece al Padre eterno por la salvación de todos los hombres: *Toto corpore circumfusa, membra illius amplexu est.* (Baron.) Juan, el discípulo amado, se precipita sobre los divinos despojos, y reclina por segunda vez su cabeza virginal en aquel pecho sagrado, santuario del amor infinito, sobre el que había tenido la dicha de reposar la víspera de la Pasión, y de donde había recibido tantos secretos y tan celestiales delicias: *Joannes plorans cecidit super pectus Jesu.* (Euseb.) Magdalena toma en sus manos; riega con lágrimas y culbre de piadosos besos aquellos pies divinos inmoviles, de los que había recibido en otro tiempo tanta contrición, tanta gracia, tanta paz y tanto amor: *Magdalena vero suscepit pedes, apud quos tantam gratiam olim inveniunt.* (Id.) En una palabra, todas las personas santas y devotas presentes á esta triste ceremonia, las santas mujeres, el Centurión y sus soldados convertidos, se apresuran á porfía á tocar con una respetuosa ternura aquella carne divina, de la que emana un perfume y una virtud inefable que infunden el consuelo y la paz en todas las almas.

Pero los misterios de Jesucristo, cumplidos de una manera perfecta, subsisten y se renuevan continuamente. Así pues, lo mismo

hoy que en otro tiempo en el Calvario, todos los cristianos sin distinción de edad, de condición ni de sexo, deben tomar parte en la sepultura mística de Jesucristo, es decir en el sacramento eucarístico. Todos deben ir á buscar al Señor á su altar, como al pie de su cruz, dispuestos á renunciar á todo para serle fieles; dispuestos á recibirle como si acabara de bajar de la cruz, á contemplar sus llagas y á besarlas con un amor mezclado de reconocimiento y de respeto, dichosos de reemplazar á las santas personas del Calvario, y de poder cumplir de una manera interior y espiritual los deberes de piedad religiosa que ejercieron exteriormente aquellas personas con el cuerpo adorable del Salvador. Porque la Eucaristía, según la intención de Jesucristo que es su autor, no es otra cosa que el compendio y la memoria perpetua de los misterios de su muerte: *Hoc facite in meam commemorationem*.

José! Nicodemo! hombres afortunados, elegidos por Dios para cumplir tan piadosos misterios! Ellos son los que, después de haber embalsado y envuelto en lienzo muy blancos el cuerpo del Hijo de Dios, le elevan en alto y le ofrecen al Padre eterno por sus pecados personales y por los de todo el mundo; ellos son los primeros en continuar este sacrificio eterno que durará en nuestros altares hasta el fin de los siglos, para perpetuarse después en el cielo en los abismos del amor infinito. Ellos no consagran aquel cuerpo divino de una manera eucarística, porque le tienen visible y realmente en sus manos; pero le ofrecen á Dios y le presentan desde la cumbre del Golgota á la adoración de los hombres. ¡Ah! en el mismo lugar en que Jesús y su Santísima Madre ofrecieron el sacrificio sangriento, se ofrece por los discípulos el mismo sacrificio de una manera inefructa. José y Nicodemo son en cierto modo los primeros sacerdotes de la Iglesia; y casi me atrevo á decir que en el Calvario fue donde se celebraron por primera vez los santos misterios por los hombres, supuesto que el sacrificio del cenáculo fué celebrado por el mismo Jesucristo. La Iglesia aprendió en efecto de estos santos hombres, observa el venerable Beda, el modo de tratar, de sepulturar místicamente y de recibir el cuerpo de Jesucristo. Para conservar la memoria del acto de José y de Nicodemo que embalsamaron este cuerpo sagrado, le envolvieron en lienzo simplemente blancos, y le depositaron, no en un ataúd, sino en un sepulcro abierto en la roca, la Iglesia usó también por altar una piedra de una sola pieza, sobre la que derrama ciertos perfumes y deposita el augusto Sacramento en unos lienzo blancos que del cuerpo del Señor toman en el nombre

de corporales; costumbre muy antigua de la Iglesia que el pontífice San Silvestre convirtió en ley: *Hinc Ecclesie mos obtinuit, ut sacrificium altaris non in serico, neque in panno; sed in lino celebraretur; sicut corpus Domini est in sudore munda sepultus; juxta illud quod á B. Sylvestro legitimus esse statutum.* (In Marc.)

Mas, si estos piadosos discípulos son unos maestros de la Iglesia, lo son también todos los verdaderos fieles. En otro tiempo José, el esposo inmaculado de María, suministró blancas telas de lino en las que esta divina Madre envolvió á Jesús en su nacimiento: *Et pannis involvit*; (Luc. 2.) y los santos reyes Magos llevaron la mirra misteriosa para honrarle. (Matth. II.) Ahora que Jesucristo acaba de morir, otro José proporciona el lienzo sagrado destinado á envolverle. *Joseph autem mercatus sintonem*, (Marc. XV. 46.) y Nicodemo, y las Marias, como otros reyes magos, llevan la mirra para embalsamarle. (Joan. 39.) Hay sin embargo la diferencia de que el lino y la mirra de que se sirvieron en su nacimiento fueron el emblema de la condición de su cuerpo real, mientras que los lienzo y la mirra de que usaron para sepultarle son una enseñanza para la conducta de su cuerpo místico, es decir de los fieles. La blancura de los lienzo y el olor de la mirra que rodean su cuna significan que Jesucristo viene al mundo para observar una vida pura, pero llena de amarguras, una vida inocente pero mortificada; que, á escepción de la sombra misma de pecado, se verá sujeto á las enfermedades, al dolor, á la ignominia, á la pasión, á la muerte y á todas las penas del pecado; ellos representan en una palabra á Jesucristo santo é inmaculado, porque es verdadero Dios, pero pasible y mortal, porque es verdadero hombre. Al contrario, por la blancura del lienzo en que Jesucristo quiere ser envuelto después de su muerte, y por la mirra y el globo, enseña al alma fiel que las disposiciones, con que debe recibirle en la tumba mística de su corazón, deben ser la pureza del alma, la amargura de la penitencia y la mortificación del cuerpo. Así pues, lo que hace, que el celestial esposo de los Cantares alaba á su esposa, figura del alma fiel, es que ella sale á su encuentro, por una parte, perfectamente adornada y con una belleza pura y sin mancha, *Vota pulchra es, et macula non est in te*, y por otra, perfumada con la mirra que vierte de sus manos: *Manus tue distillaverunt myrrham*. (Cant.)

S. Marcos observa que José compró un lienzo nuevo para sepultar el cuerpo del Señor. (Marc. 46.) Con esto quiso darnos á en-

tender no solo que este lienzo no había servido para otro uso, sino tambien que es necesario preparar á Jesucristo para recibirle una morada pura. El lienzo nuevo, que no se ha manchado por ningún contacto, es en cierto modo el emblema de la virginidad. Así pues, dice Beda, envolver á Jesús en un lienzo blanco, no es otra cosa que recibirle con un corazón puro y sincero : *Ille in sidone munda involvitur Jesus, qui pura cum mente suscepit*. Si el Salvador quiso ser depositado en un sepulcro nuevo, añade Teofilacto, fue para indicarnos la vida nueva que debemos emprender después de haberle recibido en nuestro corazón, y de qué modo es necesario que nos renovemos en el después de haber recibido este gran favor : *Natum sepulchrum, futuram novitatem manifestat ; et quomodo per sepulturam Domini innovandi sumus in illo*. S. Gregorio de Nazianzo dice á este propósito : « La conducta del virtuoso senador José debe ser nuestra regla y nuestra ley : *Quod ab honesto senatore gestum est nobis sit tanquam lex*. » Es decir que debemos usar de las mismas precauciones que él cuando recibimos en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo ; que debemos guardarnos de envolverle en los pliegues de una conciencia inmunda y darle por sepulcro un corazón corrompido, lleno de huesos de muertos y de obras de pecado : *U' idem quoque nos prestemus, cum illud corporis munus suscipimus : nec in sordido conscientia lino involvamus nec in cordis momenta reponamus, pleno omni immunditia, et ossibus mortuorum*.

El misterio del sepulcro ofrece otras lecciones todavía mas importantes. Observemos en primer lugar, que si Jesucristo no hubiese muerto, no podía resucitar, y que sino hubiese resucitado, su muerte de nada nos hubiera servido. ¡ Ah ! esclama S. Pablo, si el drama de una pasión tan ignominiosa y tan cruel no hubiera tenido la resurrección por desenlace, Jesucristo no hubiera sido mas que un hombre justo, morir de su celo por la ley de Dios y de su amor por el prójimo, pero no hubiera sido el Hijo de Dios y Redentor del hombre. Nuestras dendas para con Dios no estarían satisfechas ; nuestros pecados subsistirían aún, y con ellos nuestra concupiscencia y nuestra condenación. Por consiguiente, la predilección y la fe evangélica serían impotentes. El Cristianismo entero sería un absurdo, y los cristianos, condenados, para cumplir la ley de Jesucristo, á toda clase de privaciones en el tiempo sin esperar nada de él en la eternidad, serían los mas desgraciados de todos los hombres : *Si autem Christus non resurrexit, ... omnibus hominibus*, (1. Cor. XV.) Solo

la resurrección de nuestro Salvador borra los oprobios de su muerte, y nos hace conocer que esta muerte fué de un valor y de una eficacia infinita para redimirnos, supuesto que nos prueba que el que la sufrió era verdaderamente Dios : *Declaratur Dei Filius ex resurrectione mortuorum*. (Ibid.) y ella es por consiguiente la piedra fundamental de la verdad de su religion. Pero el misterio de la sepultura es el que une y hace evidentes los dos dogmas tan importantes de la muerte y la resurrección de Jesucristo. Esta es la razon porque este misterio está espreso en el símbolo entre la resurrección y la muerte ; por esta razon insistia tanto S. Pablo sobre este punto ; y por esta misma razon lo esplican los evangelistas con las mas pequeñas circunstancias.

El misterio de la sepultura de nuestro Salvador es tambien la manifestación y la prueba de otros tantos misterios no menos importantes. En primer lugar, este sepulcro no es propiedad suya ni de su familia ; es una concesion que se le ha hecho por la piedad de otro. ¡ Cosa sorprendente, dice Teofilacto, el Hijo de Dios hecho hombre no tuvo cuna en su nacimiento, no tuvo casa propia durante su vida mortal, y ahora después de su muerte tampoco tiene un lugar propio donde sepultarse ! *Qui non habuit domum in vita, neque mortuus habuit sepulturam*. Pero el amor incomparable que oblige al Hijo de Dios, segun la espresion de S. Pablo, á hacerse pobre, aunque era rico, y á nacer, á vivir y á morir en la mayor miseria para nuestra instruccion, nuestro ejemplo y nuestro consuelo : *Qui cum dives esset, factus est pro nobis egenus*, fué tambien, segun senten los santos Padres, una prueba de su grandeza y de su divinidad. En primer lugar, dice Orígenes, la sábana que envuelve el cuerpo del Señor es blanca, la sepultura que le recibe es nueva, la piedra que le cubre es grande, porque es ciertamente Dios aquel en cuyo alrededor todo respira candor, novedad y grandeza : *Munda sindonem, novam sepulchram, magnam saxum, quia omnia que sunt circa corpus Jesu, et nova, et munda sunt et magna valde*. Por esta razon añade S. Agustín que Jesús fué depositado en un sepulcro perteneciente á otro, porque murió por la salvacion de otros : *Ille in aliena sepultura positus, quia pro aliena salute moriturus*. A los demás hombres, mortales por su naturaleza, pertenece, por decirlo así, la muerte, y el lugar de la sepultura es en cierto modo su propiedad. Jesucristo, para quien la muerte no era una condicion necesaria, no tiene necesidad de sepulcro propio. La prueba pues de que la muerte le era extraña, es que fué sepultado en una tumba

ajena: *Ut quid illi propria sepultura, qui propriam mortem non habebat?* ¿Tenia acaso necesidad de sepulcro el que tiene los cielos por morada? ¿Tenia necesidad de sepulcro el que solo habia de permanecer en el por espacio de tres días, no como un cadáver, sino como un hombre recostado para descansar? *Ut quid tumulus in terra qui sedem habebat in caelis?* *Ut quid illi sepulchrum, qui tridui tantum spatio non tam in sepulchro jacuit: quam in lecto quiescit?* Así pues, si Jesús no tuvo casa ni sepultura propia en el mundo, esto prueba que su reino no es de este mundo, que el tiempo es de este mundo, y si nada poseyó en propiedad, consistió en que es el dueño de todas las cosas.

Los grandes de la tierra, según el pensamiento de S. Ambrosio, se construyen magníficos mausoleos, para tener un lugar donde disolverse con honor. Pero el vencedor de la muerte no tenia necesidad de un lugar especial para reducirse en el á polvo, como los demás hombres: *Victor mortis proprium tumulum non habebat*. El fué encerrado en la tumba para que la verdad de su muerte quedase consignada, pero no para sufrir allí la corrupción; el fué puesto allí como en depósito para salir al momento, mas no para permanecer allí como en la region eterna de la muerte.

Ellos refieren en efecto que el sepulcro, en que el Señor fué depositado, solo estaba á algunos pasos de distancia del lugar en que fué crucificado, y que se hallaba en un huerto situado en el Calvario mismo. (Joan. 41.) Este sepulcro pues estaba en un lugar abierto, y no fue necesario andar mucho para llegar á él; no hubo pues tiempo ni facilidad para cambiar el cuerpo y ocultarle, y tanto mas cuanto que el entierro fué público, lo mismo que la operación de embalsamarle, y la muerte. Los santos evangelistas observan que los mismos espectadores que le habian visto espirar en la cruz, embalsamar y envolver en la sábana, le vieron tambien colocar en el sepulcro. (Matth. 27.) y que se aproximaron para observar con sus propios ojos el cuerpo que se acababa de depositar en él. (Luc. 24.) Los historiadores sagrados añaden que el sepulcro era nuevo, *Monumentum novum*, y notan además con un cuidado especial que ninguno otro cadáver habia sido depositado en él. (Luc. 24.) para que no pudiera decirse, observa S. Juan Crisóstomo, cuando resucitase el Señor, que era algun otro justo, ó algun otro profeta. (Ja Joan.) Ellos nos dicen igualmente que el sepulcro no era un subterráneo, o una obra formada con piedras que se pudieran quitar y volver á poner, sino una escavacion practicada en la roca viva, co-

locada en el monte, inaccesible á los reptiles, impenetrable á los hombres, que no tenia ni podia tener comunicacion alguna interior, y solo estaba abierta por la parte del mediodia. (More. 34.) á fin de que ninguno pudiese decir que moviendo la tierra, ó practicando alguna comunicacion por bajo del sepulcro, hubiesen podido llevarse el cuerpo por alguna salida secreta. Finalmente, ellos nos enseñan que la abertura unica fué cerrada con una piedra de un grueso extraordinario, asegurada despues con cal y con betun, y que por consiguiente no podia ser levantada sino por muchos brazos; y no sin grandes esfuerzos, sin hacer mucho ruido, y sin mucho trabajo; (Matth. 28.) de modo que era imposible que el cuerpo fuese robado secretamente, en silencio y en un instante.

Además, los mismos enemigos de Jesucristo, que no contentos con haberle hecho morir quisieron tambien insultar su memoria y su nombre, contribuyeron con su odio ciego y su furor infernal á confirmar la verdad de su triunfo. Porque los fariseos, despues de haberse asegurado de que el cuerpo de Jesucristo estaba encerrado en el sepulcro, y haber comprobado su identidad, le encerraron de nuevo, y volvieron á asegurar con cal y con betun la enorme piedra que lo cerraba; despues, con licencia que habian obtenido de Pilatos, hicieron construir una especie de barrera alrededor del sepulcro: *Munierunt sepulchrum*; (Matth. 28.) y lo rodearon de guardias pretorianas armados, de centinelas militares que se relevaban por turnos, para prohibir que nadie se acercase. Finalmente, para evitar toda infidelidad por parte de los mismos centinelas, pusieron, todo alrededor de la losa que lo cubria, los sellos de la sinagoga, de cuya integridad hicieron responsables á los soldados: *Signantes lapidem eam custoditis*. (Ibid.) ¡O Judios insensatos, que habeis hecho! les grita S. Juan Crisóstomo; en tanto que procurais impedir la resurreccion, haceis mas fuertes las pruebas de ella! *Quanto magis resurrexerit, tanto magis virtus resurrectionis ostenditur*. ¡O sabiduría de Dios, como te complaces en burlarte de la malicia de los hombres, y en hacerla servir al cumplimiento de tus misericordiosos desiguos! Los Judios reúnen allí centinelas y guardias por odio á Jesús, pero Dios, valiéndose de ellos, los envia para honrar la tumba de su Hijo; y en tanto que los Judios agotan todos sus esfuerzos para impedir que el cuerpo de Jesús sea robado, solo trabajan para hacer creer muy pronto que ha resucitado.

En vista de estos hechos, seria tan absurdo sostener que los discípulos de Jesucristo robaron el cuerpo durante la noche, como de-

el que los cristianos inventaron las profecías. En efecto, del mismo modo que el depósito de estas profecías está en manos de los Judíos, así también el cuerpo del Salvador permaneció en su poder después de su muerte. Sus fortificaciones le rodean, sus centinelas le guardan, y sus sellos hacen auténtica su identidad. Por consiguiente, de sus manos y no de las nuestras saldrá el Señor vencedor de la muerte. Ellos mismos, dice S. Juan Crisóstomo, establecen sin conocerlo la verdad del gran misterio que manifestará al que ellos se han atrevido a infamar con el nombre de seductor, *Seductor ille*, (Matth. 23.) colocado, como sobre un glorioso pedestal, sobre la cabeza de sus enemigos. Esos satélites de la sinagoga son por consiguiente las centinelas avanzadas de la Iglesia: colocados alrededor del sepulcro por la incredulidad de los Judíos, contribuyen a afirmar nuestra fe: *Imiti certatis demonstrationem adiuvant; quantum in illis est munus opponant, ut diligentia cornus fidei nostra profueret*. (Loc. cit.)

Observemos también que el sepulcro de Jesucristo, prestado solo por algunas horas, es propiedad de José, que es el que lo da. ¡O admirable coincidencia de funciones de nombres! dice en este lugar Cornelio A. Laplace; Jesucristo entró en el mundo á la sombra de la castidad de José, esposo de María, y ahora sale del mundo á la sombra de la piedad de otro José: *Notandum est Christum introisse in mundum per Joseph spinissimam Virginis, ac rursus per Joseph exiisse de mundo*. El sepulcro nuevo, dice S. León, es la imagen de la virginidad de María: *Novum sepulchrum Mariæ virginitatem demonstrat*. El primer José habla tomado á María por esposa, y por el milagro de su castidad la dejó intacta al Verbo Eterno para que pudiese ser concebido en su seno virginal; del mismo modo, el segundo José había construido una tumba para sí, pero, arrebatado por su piedad, la cede pura e intacta á Jesucristo á fin de que puesta en ella resucitar, depositara los afortunados del mismo tesoro, el uno viste á Jesús en su nacimiento, y el otro le reviste después de su muerte; el uno fué testigo de su milagrosa concepción y de la virginidad de la Madre, y el otro lo es de la resurrección y de la divinidad del hijo.

El sepulcro es sencillo y sin fausto; en él no se ven mármoles ni metales, ni adornos, y Jesús condena así, dice S. Gerónimo, el loco orgullo y la ambición insensata de los grandes que no quieren separarse de sus riquezas ni aun después de su muerte: *Ex simplici sepultura Domini ambitio divitiarum condemnatur, qui nec in tumu-*

lis volunt carere divitiis. Mas sin embargo de renunciar el Salvador á la vanidad, no por eso renuncia á la pureza; porque él quiso ser depositado en un sepulcro sencillo, pero nuevo, así como en otro tiempo quiso nacer de una madre pobre, pero virgen. Ninguna mas que Jesús fué concebido en las castas entrañas de María, ni antes ni después de él: *Sicut in Mariæ virginis utero nemo ante illum, nemo post illum conceptus est; ita in hoc monumento nemo ante illum; nemo post illum sepultus est*. (Aug.) Así pues, añade S. León, el sepulcro que recibió el cuerpo del Salvador permaneció siempre virgen, como el seno que le concibió: *Dominica ergo et virgo vulva; et virgo est sepultura*. El Evangelista, continúa el mismo Padre, da á José el título de ilustre decurion, pero le llama al mismo tiempo el justo, así como llama á María la Virgen. ¡Cuán admirable es pues este misterio! Cuando nace el Señor es engendrado en el seno de un virgen; cuando muere es confiado al sepulcro de un justo: *Cum nascitur, utero virginis gignitur; cum moritur, sepulchro justis commendatur*. ¡O cuerpo verdaderamente santo, adorable y bienaventurado por haber tenido la virginidad por madre y la justicia por guarda! *Nonnum plane corpus: quod virginitas peperit, iustitia custodivit!* En el seno de María, no conoció el desorden de la concupiscencia humana; en el sepulcro de José no sufrió la corrupción de la muerte. En todos tiempos y en todos lugares, este cuerpo sagrado, aunque pobre, humilde y víctima del dolor y de la aflicción, se ve siempre rodeado de pureza y adornado de santidad: *Illic viri pollutione non tangitur; hic mortis corruptione non foeditur. Ubique beato corpori defertur sanctitas, atque virginitas*. Así pues, Jesucristo se muestra siempre y en todas partes verdadero hombre y verdadero Dios. Verdadero hombre, pasando por los estados mas abyectos de la humanidad; verdadero Dios, no mostrándose coloso sino por la santidad y la pureza, la única compañía digna de su persona, el único don que conviene á su majestad: *Dominus tuam deest sanctitudo*.

Ved aquí porque, así como en su nacimiento despreció los palacios de los reyes, así en su muerte rehusó los mausoleos de los Augustos. Mas, así como á pesar de nacer en una pobre cabaña quiso que esta humilde gruta estuviese adornada con la virginidad de María, con la fe de José, con la inocencia de los pastores y con la humildad de los Magos, del mismo modo, al morir, quiso ser depositado en un sepulcro sencillo, abierto en la roca; él no permitió sin embargo que ninguna mano profana, que ninguna mirada malévola,

que ningún corazón inmuerto se aproximase á él; por el contrario quiso tener por cortejo todas las virtudes, es decir, la constancia de María su Madre, la virginidad de Juan su discípulo, las lágrimas de penitencia de Magdalena, la piedad de las Marías, el valor de Nicodemo, la justicia de José y la fe del Centurion. Las mismas flores del pequeño huerto donde estaba el sepulcro, abriéndose en el momento en que se presentó en aquel lugar el cuerpo de Jesús, é inclinándose sobre sus tallos para rendirle homenaje, fueron el emblema de las flores mucho más agradables á sus ojos de todas las virtudes, que le acompañaron y le anunciaron como el Dios de la santidad infinita. Solo á un Hombre-Dios correspondía morir, como murió Jesús, sin debilidad. Solo á un Hombre-Dios correspondía ser sepultado, como lo fué Jesús, rodeado de pureza y de santidad: *Domum tuam decet santidad*. ¡O santidad! ¡o pureza! ¡o encanto de los misterios cristianos! ¡O santidad, o pureza, o divinos encantos de la religión cristiana!

SEGUNDA PARTE.

Nuestro Salvador, verdadero hombre y verdadero Dios al mismo tiempo, no separó jamás, en estos misterios tan sublimes y tan tiernos, la causa de Dios de la causa del hombre, ni los intereses de Dios de los intereses del hombre. Ved aquí porque en el misterio de su sepultura no solo tuvo presente el triunfo de su religión y la gloria de su divinidad, sino también nuestra instrucción y nuestro consuelo.

En primer lugar, el apóstol S. Pablo descubrió en la sepultura de Jesucristo una enseñanza profunda sobre el espíritu de la moral, y la santidad del Evangelio: « Subed, decía a los primeros cristianos, que nosotros hemos recibido el bautismo para expresar en nosotros, con todas sus circunstancias, la muerte de Jesucristo, de modo que estar bautizado es estar sepultado con él: *Nescitis quia qui baptizati sumus, in mortem ipsius baptizati sumus...* » *quosopulii ei in baptismo.* » (Coloss. II.) S. Cirilo aludía á esta doctrina del Apóstol cuando decía á los neófitos, bautizados según el antiguo rito de la triple inmersión: « Tres veces habeis sido sumergidos en el agua, y tres veces habeis salido de ella, y por esta ceremonia sagrada habeis expresado en vosotros mismos el misterio de Jesucristo que permaneció tres días en el sepulcro: *Mersi ter in aqua, rursus emeristis; atque per hac symbola triduanam significatis sepulturam.* » S.

Epifanio decía igualmente á los fieles: « Acordáos de que fuisteis conducidos al baño sagrado del bautismo, como Jesucristo fué llevado á la sepultura: *Ducebamini ad sanctum baptismi lacrum, sicut Christus ad sepulturam.* » El bautismo es pues, según la Escritura y los Padres, una obligación solemne que contraemos en presencia del cielo y de la tierra, de morir y de sepultarnos místicamente con Jesucristo, para participar del mérito de su muerte y de su sepultura real, y recibir el carácter, los privilegios y las gracias de estos dos grandes misterios figurados por el bautismo.

En efecto, Jesucristo muerto, es Jesucristo separado esteriormente de toda sociedad humana, de toda ocupación, de todo interés terreno. De la misma manera el cristiano, al hacer en el bautismo el juramento de renunciar á todas las sugestiones de Satanás, á todos los encantos de los sentidos, y á todas las pompas profanas, muere en cierta manera al mundo, á la carne y al demonio; muere místicamente con Jesucristo: *Baptizati sumus in mortem ipsius*. Pero, mientras que Jesús muerto estaba todavía pendiente de la cruz, la vista de su cuerpo adorable, aunque inanimado, le hacía en cierto modo considerar como vivo. No sucedía así, cuando colocado en el sepulcro fué cubierto con una piedra, y quedó allí como separado absolutamente del mundo. Pues bien, esto mismo lo vemos nosotros diariamente; mientras que el cadáver del hombre, que acaba la muerte de segar, está todavía sobre la tierra, inspira interés y llama sobre sí nuestros pensamientos y nuestras afecciones. La sepultura es quien, ocultándole á nuestra vista, nos hace olvidar muy pronto su memoria, acaba la separación y consume el triste misterio de la muerte. Así pues, no basta que el cristiano, para ser fiel á las promesas del bautismo, haya renunciado á todo y haya muerto con Jesucristo; es necesario también que por su amor á la soledad, al retiro y al recogimiento, y por una entera separación del mundo, se entierre, por decirlo así, con Jesucristo: *Consepulti ei in baptismo*. Por consiguiente, la primera obligación del cristiano, continúa S. Pablo, es la de morir al mundo y á sí mismo. Pero esto no basta, es necesario también que sepultado en el secreto de su fe, en la oscuridad de sus virtudes, y como un hombre á quien cubre la piedra del sepulcro, no se ocupe de la estimación ni del desprecio del mundo, y observe una vida oculta en Dios con Jesucristo: *Mortui enim estis, et vita vestra abscondita cum Christo in Deo.* (Coloss. III.)

Más el cuerpo de Jesucristo, encerrado en la tumba, permanece

siempre con la persona del Verbo por la union hipostática; permanece con los ángeles que le adoran; y aunque oculto á los ojos de los hombres, está siempre con Dios. Del mismo modo, nosotros, en la sepultura mística á que descendamos por nuestro divorcio absoluto con los intereses del mundo y de las pasiones, debemos conservar una comunicacion dulce con Dios por el ejercicio continuo de la oración, supuesto que la gracia santificante nos une á Dios, y que vivimos en Dios cuando estamos muertos para el mundo: *Quasi morientes et ecce vivimus*. Separados en espíritu de la tierra, debemos dirigir nuestras miradas al cielo y conversar allí: *Nostra autem conversatio in caelis est*, esperando con una fe viva y una firme confianza el día en que nuestro amoroso Salvador nos hará participantes de los privilegios y de la gloria de su resurrección: porque es indispensable que muramos y que seamos sepultados con él, si queremos resucitar con él: *Nostra autem conversatio... corporis claritatis suae*. (Philip. III. 20, 21.)

¡Felices aquellos que mueren de este modo, y son místicamente sepultados en espíritu para el mundo, antes de serlo corporalmente! ¡Dichosos los que se desprenden desde ahora, por espíritu de fe y de virtud, de todo lo que es terreno, antes que la muerte los sorprenda y los obligue á este sacrificio por una triste é inevitable necesidad! Efectivamente, dice el apóstol San Pedro, el hombre de corazón, el hombre oculto, el hombre encerrado en la misteriosa tumba de su conciencia, cuando ella es pura, inocente é incorruptible, está pacífico y tranquilo; y en el tiempo mismo en que parece triste, humillado y pobre á los ojos de los hombres, es feliz y colmado de gloria y de riquezas á los ojos de Dios: *Qui absconditus est cordis homo in corruptibilitate quieti et modesti spiritus, qui est in conspectu Dei locupletis*. (1. Pet. 3.) porque el misterio de la sepultura de Jesucristo no solo es para nosotros una magnífica lección, sino también un motivo de valor y fortaleza.

Indudablemente fué para el Hijo de Dios una grande humillación que su cuerpo sagrado, unido á la persona del Verbo, envuelto en una sábana, perfumado con aromas, y cubierto el rostro con un sudario finísimo, á ejemplo de los cadáveres comunes, permaneciese encerrado é inmóvil en la tumba, y que el que es la resurrección y la vida reposase en la región de las tinieblas. Mas esta humillación era necesaria para fortalecernos; y en este supuesto Jesús no se negó á sufrirla. Si al momento que espiró hubiera resucitado sin pasar por el sepulcro, hubiera dado á entender que desdeñaba

una de las condiciones mas humillantes para el hombre, la de verse obligado á entregar su cuerpo á la tierra antes de volverle á tomar glorioso en el cielo; hubiera cuasi hecho dudar de su perfecto amor, de su perfecta semejanza con el hombre, supuesto que rehusaba someterse á esta condición universal de la humanidad. Pero, supuesto que consintió en permanecer en la tumba, lo mismo que había querido reposar en la cuna, como el resto de los hombres; supuesto que quiso tener la sepultura semejante á la nuestra, lo mismo que había tenido el nacimiento y la muerte; al ver pasar así por todos los estados, por todas las condiciones y todas las miserias del hombre, por estos inefables rasgos, exclama S. Pablo, quedamos convencidos de su misericordia y de su tierno amor al hombre, y le miramos como el verdadero hermano del hombre, semejante en todo al hombre: *Per omnia voluit fratribus similari, ut misericors fieret*. (Hebr. II. 17.)

Por otra parte, al tomar el Hijo de Dios nuestras miserias nos hizo participantes de sus riquezas; al experimentar todas las condiciones aun las mas pobres, las mas abyectas y las mas dolorosas de la humanidad, las elevó en cierta manera, las santificó, las divinizó y las convirtió en gérmenes de consuelo y de gloria. Del mismo modo que, cuando nació pobre, cuando se humilló, cuando sufrió y murió, nos hizo amables y preciosas la pobreza, las humillaciones, los sufrimientos y la muerte, así también, al querer ser sepultado como nosotros, quitó al sepulcro el horror natural que inspiraba. Ved aquí porque las almas verdaderamente cristianas no tiemblan al se espantan, como las almas irreligiosas y profanas, á la idea de que un poco de tierra va á cubrir muy pronto su cadáver. La soledad, la oscuridad y la insensibilidad de la tumba no las aterra. Jesucristo pasó por este camino, y mudó su condición; ellos le miran como el pedestal desde donde deben remontarse al cielo. ¡Con cuánto gozo hablan de ella, con cuánta indiferencia la esperan, con cuánto valor la llaman, y con cuánta alegría descienden á ella! No diríais que son hombres que mueren por necesidad, sino hombres que van á reposar para olvidar sus trabajos: *Ut requiescant a laboribus suis*. Ese es, dice S. Pablo, el reposo o el sábado de los santos, del verdadero pueblo de Dios, el reposo porque suspiran para descansar de las fatigas que les ha costado la conquista de la salvación eterna; ese reposo, cuyo símbolo fué en otro tiempo el de Dios después de la creación

del mundo, y el del Hombre-Dios después de la creación de los hombres. (Hebr. IV, 9, 10.)

Mas, así como el placer y las dulzuras del reposo son la recompensa de la fatiga, así también por la vida de crucifixión, que los verdaderos fieles se imponen, es por lo que se les ve apetecer el reposo de la tumba. La muerte no es un sueño de paz en Jesucristo sino para el que ha sido crucificado con Jesucristo: *In pace in idipsun dormiam et requiescam.*

Para hacernos palpable esta importante verdad, y convenecernos de que la calma y las dulzuras de la tumba del sepulcro son el fruto de los sufrimientos de la cruz, quiso el Salvador ser sepultado en el mismo lugar en que fue crucificado, y ordenó que su sepulcro se colocase al pie del trono de sus dolores: *In loco ubi crucifixus est, erit monumentum.* Y así como se acostumbra grabar sobre los mausoleos de los grandes los atributos de su dignidad y de su grandeza, así también Jesucristo quiso que sobre su sepulcro se enarbolase la cruz en que espiró, porque este trofeo sangriento forma sus blasones, él es la insignia de su dignidad de Redentor, y el principio de su gloria y de su exaltación en cuanto hombre: *Mortem autem crucis: propter quod et Deus exaltavit illam.*

¡O cruz! ¡o misterio! ¡cuán hermoso es verla, flotando sobre la cima del Calvario semejante á un estandarte glorioso, anunciar que el que yace á sus pies ha triunfado ya, ha conquistado toda la tierra y ha tomado posesión de ella, supuesto que ha fijado en ella la bandera que deberá enarbolarse pronto en todo el universo ¡O cruz santa, árbol precioso! aunque viuda del crucificado, eres sin embargo todavía el altar en que la víctima divina se ofreció voluntariamente en sacrificio por la salvación del género humano: *Sola digna tu fuisti ferre mundi victimam.* Tú eres todavía la balanza infalible en que el peso de un solo cuerpo divino no solo contrabalanceó, sino que hizo muy leve el peso enorme de los pecados del mundo: *Statera facis corporis.* Tú eres todavía la grande aca en que fue depositado el precio infinito de nuestro común rescate: *Beata ejus brachia pretium pendunt sceculi.* Tú eres aún el arma despreciable en apariencia, pero terrible y poderosa en realidad, con la que el príncipe de las tinieblas vencido se vio arrebatar la presa: *Tullitque prædæm tartari.* Tú eres todavía el trofeo de la victoria del Rey de los reyes,

y el trono majestuoso desde donde el Dios hecho hombre dictará muy pronto leyes al universo: *Vexilla regis prodeunt. Regnavit á ligno Deus.*

Permite pues en este día en que celebramos la memoria de los grandes misterios que el Redentor cumplió agonizando y muriendo en tus brazos, permite que nos prostremos á tus pies, permite que adoremos en ti el lugar sagrado en que el Hijo de Dios colocó sus pies, es decir, su humanidad: *Adoravimus in loco ubi steterunt pedes ejus.* Si, cruz santa, asociados en la unidad de la fe á todos los verdaderos cristianos esparcidos por la superficie de la tierra, te adoramos de nuevo profundamente como á nuestra única esperanza; te suplicamos que apliques á todos el fruto de la sangre divina con que fuiste regada. ¡Ah! alcanza en este día el perdón para los pecadores, el fervor para los tibios, y para los justos el acrecentamiento de la gracia y de la santidad: *O cruz, ave, spes unica, hoc passionis tempore, piis adauge gratiam, reisque delo erimina.*

Y vos, Trinidad adorable, fuente augusta de salvación, que obrasteis en ese día unos misterios tan portentosos por medio de la cruz, recibid hoy las acciones de gracias, las bendiciones y las alabanzas de todas las inteligencias creadas. Mas, en tanto que nuestros homenajes se elevan hacia vos, haced descender sobre nosotros la abundancia de vuestra gracia; bendicidnos con esa misma cruz con que nos habéis rescatado: á fin de que, después de alcanzar por ella nuestro triunfo en la tierra, alcancemos también por ella la recompensa eterna en los cielos: *Te fons salutis Trinitas, collaudet omnis spiritus: quibus crucis victoriam largiris, adde præmium.* Amen.

FIN.

TABLA

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO TERCERO.

PAGADO DEL AÑO.

CONFERENCIA I. Jesús se dirige al Huerto de las Olivas.	1
II. Los pasiones.	18
III. La Oración en el Huerto con relación a Jesucristo.	38
IV. La Vigilancia y la oración.	56
V. La Oración en el Huerto con relación al bandero.	76
VI. La Agonía.	94
VII. El sudor de Sangre.	112
VIII. Judas en el Huerto.	130
IX. La Prisión de Jesús.	150
X. El Tribunal de Caifás.	169
XI. La Bofetada.	187
XII. La Sentencia de muerte en el tribunal de Caifás.	199
XIII. Los Oprobios.	214
XIV. La Negación de San Pedro.	238
XV. La Penitencia de San Pedro.	244
XVI. El Tribunal de Pilatos, y la revelación del reino del Mesías.	262
XVII. La Desesperación de Judas.	284
XVIII. El Silencio.	298
XIX. Barrabás.	313
XX. Los Azotes.	328
XXI. La Coronación de espinas.	343
XXII. Las Insultas de la dignidad real de Jesucristo.	359
XXIII. La Sentencia de muerte de Jesucristo.	374
XXIV. Jesucristo proclamado por Pilatos Rey y Mesías.	392
XXV. La Salida de Jesús de Jerusalén.	414
XXVI. El Viaje al Calvario.	437
XXVII. La Crucifixión.	446
XXVIII. El Verano.	459
XXIX. Las Tres Cruces.	484
XXX. El Abandono, la Sed y la Consternación.	503
XXXI. La Muerte de Jesucristo.	520
XXXII. La Sepultura de Jesucristo.	546

